

UNA HISTORIA DE GUERRA, PASIONES
Y TRAICIÓN EN LA SUECIA DE 1940.

EN UN HOTEL
de
Malmö

MARIE
BENNETT



B

En un hotel
de Malmö

MARIE BENNETT

Traducción de
Rosa Alapont



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PRIMERA PARTE

No era en absoluto así como habíamos imaginado el principio de nuestra carrera militar: acarreados, desde Malmö hasta Norrbotten, en un vagón de ganado. Algunos de nosotros exhibimos una sonrisa socarrona e incrédula, otros parecen incómodos o desasosegados; por mi parte, tengo miedo, pero doy el pego ironizando con los demás, meneando la cabeza con escepticismo.

Sea como fuere, diez minutos más tarde hemos aquí a todos sentados en el suelo mientras el tren abandona lentamente la estación central de Malmö. Somos treinta, apretados como sardinas en lata. El frío es cada vez más intenso y acabamos por apreciar esa promiscuidad, al igual que la fina capa de paja extendida en el suelo. Otros treinta reclutas han subido asimismo al vagón que nos precede, y en el inmediatamente posterior a la locomotora se encuentran los dos suboficiales encargados de conducirnos al norte.

Nadie conoce nuestro destino exacto, pero una cosa es segura, nos dirigimos a alguna parte en la región de Norrbotten. El año 1940 acaba de empezar, hace poco más de un mes que los rusos invadieron Finlandia. Se necesitan hombres para proteger la frontera, con objeto de impedir que los rusos puedan acceder a territorio sueco; resulta fácil extraviarse en un paisaje nevado, donde algunos graneros de heno dispersos constituyen los únicos puntos de referencia. Las autoridades temen que, llevados de su entusiasmo, a los rojos se les ocurra invadirnos.

Me esfuerzo por permanecer sentado muy erguido en mi sitio. No hay

espacio suficiente para extender las piernas. Un soldado debe mantener un porte correcto, de manera que me preocupo de hacer un buen papel. Dirijo una mirada circular en la penumbra. La mayoría de los llamados a filas parecen más jóvenes que yo. Algunos todavía son unos chiquillos, el rostro granujiento y la barba rala contrastan vivamente con sus fanfarronadas viriles. Hay quienes hablan ya abiertamente de «cambiar de bando», es decir, de alistarse como voluntarios para luchar con Finlandia contra los comunistas. Durante largo rato rivalizan en frases patrióticas y actitudes heroicas, y eso pese a que ni ellos ni nosotros, que guardamos silencio, tenemos la menor idea de lo que nos aguarda a la llegada.

Llevo botas de invierno, calcetines de lana, calzoncillos largos y dos jerséis debajo del abrigo. El gorro que Kerstin me ha tejido no es muy bonito, pero con este frío se revela un bien precioso, al igual que la bufanda, los guantes y las polainas forradas que llevo en la mochila. No me apetece participar en la animada conversación de los más jóvenes de nosotros, me limito a observarlos. Reparo en un rostro familiar. Un tipo flaco sentado frente a mí, despeinado, que lleva gafas oscuras; considera a los demás con desdén. Se trata de Axel, fue conmigo a la escuela en último curso: un tipo original que se distinguía del resto de la clase por sus notas deplorables, excepto en sueco y en historia, en los que era brillante. Mientras que yo tuve que dejar la escuela, él continuó hasta bachillerato. Dados sus resultados, es un misterio que pudiera proseguir. Según las últimas noticias, trabajaba como reportero en *Arbetet*.^[1]

Mi instinto me dice que a nuestra llegada será preferible que evite la presencia de Axel. Recuerdo que era pésimo en deportes y que no cesaba de desafiar a los profesores en clase de historia. Ahora me está mirando con

insistencia: no cabe duda, me ha reconocido. Abro la mochila y finjo buscar algo, hasta que aparta la vista.

Tras varias horas de viaje, el único cambio notable es el descenso de la temperatura. A mi alrededor todos se agitan, algunos se levantan para estirar las piernas y la espalda.

—¿Dónde estamos? ¿Alguien tiene la menor idea?

Un hombre de unos treinta años, ancho de espaldas, de ojos castaños y mirada grave, sentado muy cerca de la puerta, se levanta, la entreabre y echa una mirada fuera. Un aire vivo se cuela en el vagón. Entrevemos un paisaje invernal llano y monótono, sembrado aquí y allá de pequeñas granjas espaciadas y bosquecillos de abetos oscuros con la copa nevada. Podría ser cualquier parte del país. Varios hombres se levantan y miran por el resquicio.

—Tal vez se trate de Småland —sugiere uno de los jóvenes soldados.

Poco después el tren reduce la velocidad y pasa por delante de una pequeña estación rural. Varios de nosotros nos asomamos al exterior para divisar el nombre, pero, al igual que en todas las demás estaciones, lo han ocultado con el fin de engañar al enemigo, una medida necesaria en tiempos de guerra. Finalmente, el hombre ancho de espaldas cierra la puerta.

—No tiene sentido jugar a las adivinanzas. Todavía nos queda un largo trecho. Si nos detenemos, preguntaremos a alguien.

Es medianoche, las paredes y el techo están cubiertos de escarcha centelleante, nos apretamos unos contra otros para mantener el calor. Si necesitamos orinar, hemos de hacerlo por la puerta entreabierta, contra el viento. Espero el mayor tiempo posible; me parece indigno descubrirme así ante todo el mundo, pero al cabo de un rato ya no puedo aguantar más.

Avanzo en la oscuridad, tropiezo con los que están sentados de través en mi camino y me esfuerzo por ignorar sus refunfuños.

Me cuesta abrir la puerta, el hombre de ojos castaños me echa una mano. Tengo los dedos tan helados que no consigo desabrocharme la bragueta; me decido a bajarme los pantalones sin más, exponiendo así mis blancas nalgas a las miradas de todos. Mientras me alivio, trato de no pensar en ello. El chorro humeante dibuja formas irregulares en la nieve del exterior. Me subo los pantalones y miro al cielo, un firmamento tachonado de estrellas como jamás lo he visto en la ciudad. Y de pronto los bosques, oscuros y silenciosos, se cierran sobre nosotros.

Alguien me apostrofa desde el fondo del vagón:

—¡Cierra la puerta, carajo, hace un frío que pela!

Me pongo como un tomate y lucho con el batiente helado. Vuelvo a mi sitio tambaleándome, escoltado por las protestas. Me hundo en la paja, aliviado por el hecho de que mi breve excursión a los servicios haya llegado a su fin, cuando de pronto mi estómago se pone a rugir de hambre. Kerstin quería prepararme unos bocadillos, pero como la mochila ya pesaba mucho, me negué.

—Sin duda habrá con qué comer durante el camino —le respondí—. No creerás que van a dejarnos luchar contra los rusos con el vientre vacío...

Como siempre, hablaba por hablar.

Maldigo mi despreocupación y abro la mochila; tal vez a escondidas Kerstin haya metido alguna cosilla para comer. Hurgo entre la ropa interior, los jerséis, los pañuelos y las polainas, hasta que mi mano encuentra en el fondo un paquetito. ¿Serán bocadillos? Lleno de esperanza, extraigo mi botín. Lamentablemente, solo se trata de una bolsita de caramelos Rey de Dinamarca. Sin duda, Kerstin se dijo que podría necesitarlos, allá en el norte, si me entraba dolor de garganta. ¡Menuda decepción!

Me apresuro a abrir la bolsita y engullo un puñado de caramelos. Su sabor levemente dulce y anisado me aplaca de momento el hambre, pero apenas me he recostado en la pared para relajarme, alguien me tira de la manga.

—¿Se puede probar?

Trato de ocultar la bolsita a la espalda, pero ya es demasiado tarde. Mi vecino, un joven pelirrojo de rostro salpicado de pecas, con el que hasta el momento no he intercambiado palabra, me mira con avidez; otros han comprendido también de qué va la cosa. Sus ojos golosos me miran con intensidad y, aunque maldigo para mis adentros, sonrío a fin de no parecer mezquino. Entrego la bolsita al pelirrojo.

—Por supuesto. Sírvete.

Me siento obligado a ofrecer a los demás y, cuando la bolsita vuelve a mí, está vacía. Dolido, la estrujo haciéndola una bola y me la guardo. El pelirrojo observa con atención mis movimientos —tal vez espera ver salir de mi mochila otras golosinas— y luego me tiende la mano para presentarse.

—Harald Möller, estudiante. Es un gesto simpático que los hayas compartido.

Le dirijo una mirada furtiva y mi primera impresión se confirma: ese espárrago larguirucho de aspecto vulgar procede a todas luces de la clase obrera y carece por completo de experiencia militar. Lo saludo con la mayor indiferencia posible.

—Georg Lindkvist, capataz.

Me incorporo y le estrecho la mano con firmeza.

—¿Capataz? ¿Dónde?

Me saco un paquete de cigarrillos del bolsillo, enciendo uno y expulso el humo en su dirección. Esta vez no pienso compartirlo.

—En la Compañía del Azúcar.

Doy unos golpecitos en el cigarrillo para hacer caer la ceniza; luego añado

que mi mujer trabaja en la Colonial y de inmediato lo lamento. Está claro que el tal Harald Möller no vale la pena y me hace perder el tiempo.

—¿Tu mujer? ¿Así que estás casado? —prosigue con entusiasmo.

Asiento y miro a mi alrededor. Estamos en mitad de la noche y en el vagón la mayoría dormitan. Algo más allá, algunos juegan a las cartas, a la luz vacilante de una linterna colgada del techo.

—¿Hijos?

Aprieto los dientes y aplasto la colilla.

—Todavía no. Somos recién casados —digo evasivo.

No tengo ningunas ganas de hablar de mi vida privada con Harald, y su pregunta inocente me hace recordar la violenta discusión que estalló hace unos días entre Kerstin y yo. Las semanas que precedieron a mi partida fueron muy agitadas, ambos estábamos de los nervios; de ahí mi arrebato cuando la sorprendí con el frasco vaporizador.

Un olor a vinagre flotaba en el cuarto de baño. Kerstin estaba de pie en la bañera, desnuda y con las piernas abiertas, vaporizándose en el lugar mismo donde la había besado media hora atrás. Acabábamos de hacer el amor; justo después, se había eclipsado en el cuarto de baño, con el pretexto de lavarse.

Cuando abrí la puerta, se puso colorada de pies a cabeza con aire culpable. No comprendí de inmediato de qué iba la cosa.

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Nada.

Bajó la vista y depositó el vaporizador. Me dio la espalda, abrió el grifo y empezó a rociarse con agua fría. Entré en el cuarto de baño y, antes de que tuviera tiempo de impedírmelo, me apoderé del pequeño recipiente. Era de cristal rosa y llevaba una pequeña pera incorporada al gollete. Parecía un

frasco de perfume común y corriente. Pero, indudablemente, estaba lleno de vinagre.

—¿Por qué te vaporizas eso entre las piernas?

La voz me temblaba de cólera, empezaba a comprender. Kerstin cerró el grifo, salió de la bañera y se puso la bata, siempre sin mirarme.

—Me he lavado con eso —farfulló—. Unas chicas de la fábrica me lo han recomendado.

—¿Lavarte?

Di un paso al frente y la agarré del brazo.

—Lo cierto es que no querías quedarte embarazada. Pretendías matar al...

Kerstin se liberó y me fulminó con la mirada.

—No quiero quedarme embarazada. No ahora, que tienes que irte, ¿lo entiendes? No sabemos lo que va a ocurrir, ni siquiera cuándo volverás. Todo es tan incierto en este momento... Esperaremos, ¿te parece?

Poco a poco, su voz se había vuelto suplicante; sabía cuánto significaba aquello para mí, hasta qué punto deseaba crear una familia. Nuestra disputa se prolongó más de una hora. Ignoro por qué me resultaba tan doloroso; tal vez me sentía abandonado. Como si, al actuar de ese modo, Kerstin no solo hubiera rechazado al niño, a nuestro hijo, sino también a mí.

Vuelvo a pensar en todo aquello y el tren prosigue su camino, bamboleándose. Ese recuerdo es como una piedra en el zapato, espero que mi rostro no traicione mi desazón. Evidentemente, Kerstin y yo acabamos por hacer las paces. Nuestra despedida, varios días más tarde, rebosaba ternura.

—Tu mujer debe de echarte de menos, ¿no? —prosigue Harald.

Sobresaltado, levanto la cabeza. Perdido en mis pensamientos, casi había olvidado su presencia.

—Sí. Pero volveré pronto. Sin duda conseguiré un permiso antes de que

acaben los cuatro meses de servicio.

Se apresura a asentir.

—¿Crees que te lo concederán?

—¿Y por qué no?

—Oh, qué sé yo... Eres mayor que yo, tienes más horas de vuelo.

Me mira con tanta admiración que dudo si decirle que ni siquiera he hecho el servicio militar. Mi única experiencia consiste en varias semanas de entrenamiento en un campamento militar montado a toda prisa en el norte de Escania, durante la movilización, el otoño pasado. Todos los de mi año de nacimiento quedaron exentos del servicio militar con ocasión del desarme de Suecia; suprimieron los cuerpos de ejército, los regimientos y las unidades, con objeto de ahorrar. Hace apenas unos años, poca gente pensaba que estallaría una nueva guerra tan pronto.

—Esto..., en fin..., no sé si poseo tanta experiencia como todo eso —dije con falsa humildad—. Pero desde luego tenemos derecho a un permiso de vez en cuando. Para un bautizo, una boda o un entierro... entre otras cosas.

Harald se contenta con un breve «Ya veo».

Durante un buen rato no vuelve a dirigirme la palabra. Llego a creer que nuestra conversación ha concluido cuando, para mi gran sorpresa, vuelve a la carga.

—Yo no estoy casado. Mi padre murió hace algunos años, vivo en Limhamn con mi madre y mi hermana mayor, Gunilla. Pero curso mis estudios en Lund.

Observo su viejo abrigo y sus zapatos gastados. No tiene aspecto de estudiante. Sin duda se ha beneficiado de una beca cualquiera. Experimento una punzada de celos aunque finja desinterés. No le preguntaré lo que hace en la universidad, no le daré ese gusto al muy jactancioso. No obstante, sin que necesite hacerle la pregunta, Harald se apresura a informarme que estudia

historia y que sueña con una licenciatura. Frunzo el ceño y exhibo tal expresión de incredulidad que pierde toda seguridad y empieza a farfullar.

—En todo caso es con lo que sueño. Pero, quién sabe, tal vez me vea obligado a abandonar los estudios para mantener a mi madre y a mi hermana. Ya veremos.

—Puede que aprendas mucho más trabajando que estudiando. Me parece un poco..., digamos..., asocial encerrarse de ese modo, rodeado de un montón de libros viejos.

Sí, debo admitirlo, me siento celoso. Harald asiente y luego, sorprendentemente, sonrío.

—Es posible... Sin duda aquí acumulamos mucha más experiencia —admite—. Lo cual no impide que mi madre se preocupe un poco por mí.

Me encojo de hombros. Experiencia, y un cuerno. Sus palabras no hacen sino confirmar la magnitud de su ignorancia y su ingenuidad.

—Es muy normal. Las madres... —digo vagamente, reajustándome la mochila a la espalda.

Yo tenía doce cuando mi madre murió, y mi padre la siguió apenas un año más tarde. Siento que me invade una gran fatiga, me apetece tumbarme, pero no hay manera con lo apretados que estamos. Me tiendo a medias y me arrebujo con el abrigo. Digo a Harald que necesito dormir. Parece un tanto decepcionado, pero cierro los ojos para demostrar que no estoy fingiendo. Ya estoy harto de esta conversación, de su mirada insistente, de su ingenuidad. Salta a la vista que busca un aliado, un protector, a fin de escapar de eventuales contrariedades. Pero yo no soy esa persona ni tengo vocación de ángel de la guarda.

Me vuelvo con un suspiro. Me gustaría gozar de un poco de paz, pensar en Kerstin, evocar las últimas horas pasadas juntos, su rostro cuando nos dijimos

adiós. Y pensar que esta misma mañana, sentados a la mesa de la cocina, tomábamos juntos nuestro último desayuno...

A medida que avanza la noche, pierdo la noción del tiempo. La impaciencia y la inquietud que experimentaba al principio del viaje han dado paso a momentos de indiferencia y apatía cada vez más prolongados. Consigo dormirme a ratos, pero la incomodidad, el frío y el bamboleo del vagón me despiertan sin cesar. Permanecemos pegados a la pared, con el cuello del abrigo subido y la cabeza balanceándose a sacudidas al ritmo del tren.

Frenazo. Chirridos. Me despierto. Por unos instantes no tengo la menor idea de dónde estoy. También a los demás los han sacado del sueño. Nos vociferan la orden de apearnos e inmediatamente después la puerta se abre desde el exterior. Todavía es de noche. El tren se ha detenido en una estación más importante. Me levanto despacio, agarrotado por el frío y las agujetas. Bajo a trancas y barrancas al andén. Harald, que me ha seguido, me tira con nerviosismo de la manga.

—Creía que no iba a hacerse nunca de día —dice—. Tengo las manos congeladas. Apenas he dormido.

—Pues ponte las manoplas —le suelto sin contemplaciones.

Entonces me doy cuenta de que ya lleva unos guantes gruesos. Le están demasiado grandes; sin duda los ha heredado de su padre.

En el horizonte despunta el día en un cielo descolorido. El frío es punzante. Algo más allá, unos soldados van llenando platos hondos con una sopa que hierve a fuego lento en grandes marmitas humeantes; un aroma a sopa se propaga por el aire fresco y límpido.

—El rancho —murmura uno de nosotros con desdén.

Yo habría preferido café y gachas de avena, pero tengo tanta hambre que

podría guisarme un zapato, como Charlot en *La quimera del oro*.

Comemos fuera, de pie en el andén, con el plato en la mano. Los oficiales se mantienen algo apartados. Al ser nuevo en el ejército, no consigo determinar su grado con certeza; supongo que uno de ellos, un hombre bigotudo de unos treinta años y semblante triste, debe de ser subteniente, y el bajito con gafas, teniente. Charlan mientras fuman y de vez en cuando vuelven la vista hacia nosotros, simples soldados de segunda clase. El hombre de gafas se vuelve y nos mira de arriba abajo, luego menea la cabeza como si fuéramos material defectuoso. Observo su gesto y, cosa curiosa, me siento herido como si fuese yo personalmente el objeto de su desdén.

Acabada la comida, enciendo un cigarrillo y empiezo a caminar de un lado a otro por el andén en busca de un grupo al que incorporarme. Veo al hombre ancho de espaldas y de ojos castaños conversando con un individuo de elevada estatura, esbelto, de cabello castaño rojizo y dientes muy blancos. Debo admitir que es apuesto. Y él parece ser muy consciente de ello. Para mi gran sorpresa, Harald se ha unido a ellos.

Con el cigarrillo en la comisura de los labios, decido abordarlos. Harald es el primero en reparar en mi presencia y me saluda. Me presenta a los otros dos; el hombre de ojos marrones se llama John Åkesson, y el de sonrisa resplandeciente, Erik Månsson. Este, un tanto renuente, me hace sitio en el círculo. Nos estrechamos la mano y ofrezco un cigarrillo a cada uno.

—John sabe dónde estamos —dice Harald.

—¿Ah, sí? —me sorprendo—. ¿Has hablado con las auxiliares femeninas?

—No ha habido necesidad. Estoy casi seguro de que se trata de Örebro. Ya había pasado por aquí. Reconozco esta estación.

El nombre de Örebro no me evoca gran cosa, y el hecho de que se ubique con tal facilidad me impresiona.

—¿Así que ya habías venido aquí?

John expulsa el humo lentamente y mira a lo lejos.

—Eso creo, sí. De hecho, hice el servicio militar en el norte, hace unos años.

Harald y Erik lo miran de hito en hito con admiración y adivino que piensan lo mismo que yo: un amigo como él puede revelarse útil.

—Yo lo hice en Småland —interviene Erik—. Un montón de mosquitos en verano... Pero también rebosante de arándanos. —Entonces, volviéndose hacia mí, me pregunta—: Y tú, Georg, ¿dónde lo hiciste?

Es la pregunta que estaba temiendo y no creí que tuviera que contestar tan pronto; apenas acabamos de conocernos. Tiro la colilla, con un capirotazo, en la oscuridad.

—La verdad es que en ninguna parte, y eso que lo deseaba. Podemos decir que fue culpa de Per Albin, al proceder al desarme. Quedé exento del servicio militar. Como tantos otros de mi quinta, por lo demás.

Erik levanta una ceja, burlón.

—Lo siento por ti... Así pues, tienes mucho que aprender.

Harald me dirige una mirada intensa, a la que hago caso omiso. No le he mentado; sencillamente, no se lo he dicho todo. Pasa un ángel. Harald echa un vistazo a los suboficiales y exclama nervioso:

—Podrían decirnos adónde nos dirigimos... ¡O al menos hacernos saber que hemos llegado!

Veo a Erik y John cambiar una mirada cómplice y me alejo un poco de Harald. No quiero que crean que soy su amigo. Sin embargo, John le responde en tono más bien cordial:

—Puede que ni los propios suboficiales sepan adónde vamos, que reciban las órdenes con cuentagotas. Más vale que no te hagas ilusiones y te prepares para un largo viaje. —Acto seguido se vuelve hacia mí con aire de reproche—. Y tú no deberías criticar a Per Albin. En Escania tenemos sobrados

motivos para sentirnos orgullosos de él. Y ahora que estamos en guerra, necesitamos un hombre de confianza en Estocolmo.

—Sí, eso es verdad —admito, irritado por mi propia docilidad.

Al poco, John declara que tiene frío y que se vuelve al tren.

Me quedo a solas con Erik y Harald, que me miran de hito en hito, uno con ironía y el otro con asombro. Ahora que John se ha ido, ya no tenemos gran cosa que decirnos. Al cabo de unos minutos les pido que me disculpen y me arrastro, contrariado, hacia el vagón de ganado.

Al cabo de tres largos días con sus tres largas noches y una sola parada incluida, las puertas se abren por última vez. Hemos llegado. Sin ceremonias, nos ordenan bajar y vaciar los vagones lo más deprisa posible. El tren está enteramente cubierto de nieve. El frío no se parece a nada que haya conocido hasta ahora, un dolor violento e inmediato me recorre el cuerpo. Pasado el choque inicial, un único pensamiento se impone: volver, cueste lo que cueste.

Alrededor de la pequeña estación, la nieve se acumula en peligrosos montones y, pese a ser última hora de la mañana, está oscuro como en plena noche. Nos alineamos en el andén, nuestras cejas y nuestras barbas de tres días se cubren de escarcha. En menos de un minuto el aire que espiro forma una bolita de hielo en la punta de mi nariz. Un frío intenso sube de la tierra y atraviesa las botas. Me arrebujó un poco más con el abrigo y discretamente me pongo a patear.

Cuando el subteniente —que responde al nombre de Wahl— ha terminado de hablar con el jefe de estación, se aparta para mantener un breve conciliábulo con el otro suboficial, antes de volverse finalmente hacia nosotros.

—Al presente os encontráis en Morjärv, y os dirigiréis a los barracones

situados a unos ocho kilómetros de aquí. El lugar se llama Svartnäset. El tren no llega hasta allí, habrá que hacer el resto del camino a pie.

Aquí y allá surgen protestas entre las filas, pese a lo cual al instante siguiente nos ponemos en marcha hacia el oeste. Allí donde acaba la pequeña aldea termina asimismo la carretera, y nuestros pies no tardan en hundirse profundamente en la nieve. El subteniente camina en cabeza. En cuanto al teniente, que se llama Chapman, se ha adelantado en la carreta tirada por un caballo que lo aguardaba a nuestra llegada.

El camino que debemos recorrer supone un anticipo de la vida militar que nos espera en el norte. Al cabo de solo un kilómetro, los menos abrigados empiezan a castañetear los dientes y arrastrar los pies. Yo salgo mejor librado gracias a mis robustas botas y mi abrigo de lana, pero pese a todo esta marcha me produce el efecto de una tortura rara vez soportada con anterioridad. Apenas unos minutos más tarde, ya no me siento los pies, los dedos, los lóbulos de las orejas ni el rostro. El dolor no tarda en transformarse en un entumecimiento preocupante, como si mis rígidos miembros ya no me pertenecieran.

La región que atravesamos es llana y fea. Se divisan bosques a cierta distancia, pero casi ninguna casa. Me invade una gran aprensión. El término «barracones» no me resulta demasiado tranquilizador. ¿Unas cabañas de madera pueden realmente protegernos de este frío abominable? Delante de mí, a un lado, camina John; dudo si preguntarle su opinión, temo parecer tan ignorante como Harald. John, uno de los pocos que visten abrigo de pieles, se abre camino en la nieve, con suma dificultad pero con determinación. Parece tan concentrado que no me atrevo a acercarme. Tanto da, no cabe duda de que acabaré por saber lo que nos espera.

Una hora más tarde, nuestro periplo acaba por fin. Ahora bien, al primer

vistazo ninguno de nosotros reconoce en aquello un campamento. Hasta Wahl parece sorprendido, y nos ordena hacer un breve alto. En la penumbra que sustituye a la luz del día distingo una docena de tiendas verdes. Algo más allá, donde empiezan los bosques de abetos, se perfilan dos barracones y algunas construcciones anejas. Ni la menor señal de vida. Wahl se vuelve hacia nosotros y toma la palabra.

—Soldados, hemos llegado. Esto es Svartnäset, donde pasaréis los cuatro próximos meses. Id inmediatamente a ver al guarda para que os anote en el registro. Os entregará vuestro equipo.

Acto seguido emprendemos un penoso descenso hacia el campamento situado más abajo, sin prestar ya atención a la nieve, ahora que nuestro destino se halla al alcance de la vista. Aquí y allá, voces llenas de esperanza evocan pieles abrigadas, comidas calientes, y, al igual que todos los demás, me siento aliviado. Por fin podré descansar, saciarme, escribir a Kerstin.

Wahl nos conduce al barracón más próximo y abre la puerta. Un hombre flacucho, vestido con un uniforme gris que le queda demasiado grande, asoma la cabeza. Lleva los pies envueltos en arpillera de yute; en un primer momento no entendemos por qué. Una débil corriente de aire caliente nos llega desde el interior; nos acercamos.

—¿Qué pasa? —vocifera nervioso.

No obstante, al divisar al suboficial, su tono cambia de inmediato.

—¡Mi subteniente! —vocifera cuadrándose.

—Estos son los nuevos. Hay que inscribirlos y entregarles el equipo.

El guarda asiente con entusiasmo y se frota las manos como para limpiarlas.

—Inscribirlos puedo, mi subteniente. Pero hay un pequeño problema...

—¿Qué problema?

—Pues... los equipos...

—¿Sí?

—Esto... En fin, allá va: no hay equipos. No nos han entregado los uniformes ni las botas..., todavía no.

Al hombre se le estrangula la voz. Observa al subteniente. Wahl pasa por delante de él y entra en el barracón para cerciorarse. Nosotros esperamos fuera, silenciosos, incrédulos. Poco después el subteniente vuelve a salir, con los brazos cargados de sombreros grises que datan de la Gran Guerra; los arroja a los pies del atemorizado guarda.

—Quiero hablar con el jefe.

El guarda señala el segundo barracón, y al instante Wahl se dirige hacia él con paso decidido. Espero entre los demás soldados hambrientos, agotados y transidos de frío. Dirigimos miradas de reproche al guarda, el cual se apresura a ocultarse en el almacén de la ropa. Apenas ha cerrado la puerta todos empiezan a hablar al mismo tiempo.

—No hay equipos, ¿es que quieren matarnos?

—¡Bienvenido al hotel Frío Mortal!

Algunos juran que se van a cargar al guarda, otros afirman que quieren volver a Malmö en el acto.

—¡Silencio!

El teniente Chapman parece furioso. Presos de frustración y de cólera, lo habíamos olvidado por completo. Murmullos de descontento surgen del grupo. El teniente se yergue y nos estudia con mirada sombría.

—¡Hombres de Escania! Os hemos hecho venir al norte para defender a la patria porque no podemos confiar en los amigos de los rusos que viven aquí. Vuestro deber es dar ejemplo.

Nos miramos. Desearíamos que solo se tratase de un gran malentendido, tal vez una broma pesada. John da unos pasos hacia el teniente y le dirige un torpe saludo.

—Estamos listos para cumplir con nuestro deber. Ahora bien, con estas temperaturas, necesitamos abrigo de pieles y botas —afirma, apoyado por murmullos de aprobación.

El teniente adopta un aire desdeñoso.

—Por lo que veo, usted ya lleva abrigo de pieles. En cuanto a los demás, solo tienen que esperar. Es la actitud la que hace al soldado, no el equipo.

En el guirigay resultante, nadie se da cuenta de que Wahl ha vuelto, todavía más pálido que antes. Reclama nuestra atención y nos cuenta lo que ya sabemos: el campamento carece de equipos. No hay bastantes uniformes, botas de nieve, armas o abrigo de pieles ni para nosotros ni para los soldados llegados con anterioridad.

—Lamentablemente, tenemos un problema de organización y de medios. Han movilizad a miles de soldados sin planificar nada en absoluto... — Meneando la cabeza, prosigue—: Preparémonos para la noche. Encontraréis tiendas en el almacén de la ropa. Cinco hombres por tienda. Os aconsejo que extendáis ramas de abeto por el suelo antes de acostaros. Hay estufas destinadas a las tiendas. No dejéis que se apaguen. El fuego debe arder toda la noche, de lo contrario moriréis. Montaréis guardia por turnos.

Estamos cansados, asustados, congelados, y pese a todo obedecemos las órdenes, ¿qué otra cosa podemos hacer? Cuando Chapman nos divide en grupos, me las arreglo para estar cerca de John, que se mantiene algo apartado del rebaño, charlando en voz baja con Erik. Por suerte, voy a parar a su tienda, al igual que Harald, que, para mi gran irritación, no deja de seguirme como mi propia sombra. El quinto no es otro que Axel, mi compañero de escuela, cuyo saludo indiferente y mirada apocada revelan lo que piensa de mí.

Salimos de noche al bosque, provistos de hachas, y volvemos con los

brazos cargados de punzante ramiza de abeto, que extendemos por el suelo de la tienda que nos han atribuido. John y Erik se apresuran a encender la estufa. El humo escapa por un tubo que sale por el techo. Nos instalamos. El fuego nos quema el rostro, mientras que tenemos la espalda congelada. Erik y John exhiben un semblante sombrío, Harald abre unos ojos como platos y castañetea los dientes. Confío en no poner la misma cara.

—Pero ¿qué demonios es este sitio de mierda? —exclama Erik, meneando la cabeza y acercando las manos al fuego.

Desalentados y llenos de aprensión, ni siquiera nos hemos preocupado de deshacer el equipaje. Apenas hemos conseguido calentarnos mejor o peor, cuando el hambre vuelve a atenazarnos. Hace varias horas que no nos llevamos nada a la boca. Al parecer nos hemos perdido el almuerzo del campamento, y no hay la menor huella de cantina ambulante ni de alimentos. Soldados hambrientos —reconozco a algunos que iban en el tren— merodean ya, llenos de esperanza, alrededor de los dos barracones, de donde no sale ni un ruido. John dice que sin duda tendremos que esperar a la cena; al final resulta estar en lo cierto.

Llega la hora de formar. Por primera vez veo a los demás reclutas y, tras un breve cálculo, estimo que somos más o menos ciento veinte. El teniente Chapman lleva una linterna, que balancea al pasar por delante de nosotros. La luz se refleja en sus gafas y le oculta la mirada. Reajusta un sombrero por aquí, un cuello por allá, ordena a algunos que se pongan erguidos, mientras que a otros les ruega que se embetunen los zapatos o se afeiten antes de la próxima formación.

Aterrorizado por la idea de que me haga alguna observación, me yergo hasta casi partirme la espalda, esforzándome por no temblar. Cuando obliga a uno de nosotros, por una nimiedad, a hacer flexiones en la nieve, constato

que sobre todo no hay que llamar la atención. El soldado que ha sido castigado ejecuta sus dos docenas de flexiones, jadeante y con el rostro enrojecido por el esfuerzo; aparto la vista.

Chapman designa entonces a los que relevarán a la guardia nocturna en el siguiente turno y, para mi gran alivio, ni yo ni ninguno de mis compañeros de tienda resultamos elegidos. Los centinelas permanecen de servicio dos horas seguidas; Chapman llama a cuatro hombres y, con el fin de defender el campamento en caso de ataque, les confía un fusil máuser provisto de bayoneta.

Tras diez minutos de inmovilidad, ya no siento los dedos de las manos ni de los pies, que justo acababan de entrar en calor; a mi alrededor oigo el ruido discreto pero nítido de castañeteos de dientes simultáneos. Por fortuna, a los novatos el teniente no nos retiene más de unos minutos, y únicamente para informarnos de que pasaremos nuestras jornadas efectuando marchas y ejercicios agotadores, con el fin de corregir cuanto antes las eventuales lagunas de nuestra formación militar.

Solo hay cuatro suboficiales en el campamento: el teniente Chapman, el subteniente Wahl, un cabo llamado Brandt y el capitán Cedrenius.

—En estos momentos, Suecia carece de militares de oficio —explica Chapman.

Añade que mañana mismo saldremos ya a caminar.

—Debéis familiarizaros lo antes posible con el terreno y las condiciones climatológicas. De lo contrario no serviréis para mucho si los rusos atacan.

—¡Si los rusos atacan! Pero ¿habéis visto el fusil? Por Dios bendito..., si es tan viejo como Matusalén. No puedo por menos que preguntarme cuántas armas habrá en este campamento. Permitir que cuatro soldados compartan un

único fusil... —se lamenta John una vez que nos han dado permiso para retirarnos a nuestras tiendas.

Axel, acomodado en un rincón con su pipa, declara:

—He ahí la prueba de que Per Albin es un embustero. Nuestra preparación no solo es insuficiente, sino asimismo lamentable.

John, que ha abierto la boca para protestar, se apresura a cerrarla. Axel tiene razón, nadie puede negarlo.

—Desde luego, es posible que el propio Per Albin no esté al corriente — prosigue Axel, pensativo—. Tal vez tenga consejeros que hagan que se las trague como ruedas de molino. El tal Archibald Douglas es una basura.

—¿Quién es Archibald Douglas? —pregunta Harald, que no parece en absoluto reacio a exhibir su ignorancia sin límites.

Axel frunce el ceño.

—Un fascista.

—Es teniente general —lo reprende John—. Es el jefe de las tropas de Norrland.

—¡Y fascista! —enfatisa Axel—. Solo quiere una cosa, que Alemania gane la guerra.

John menea la cabeza.

—Eso solo son especulaciones. Por lo demás, ni siquiera Archibald Douglas puede hacer que aparezcan como por arte de magia abrigos de pieles y botas de nieve que no existen.

—Pues yo creo que sí —insiste Axel.

John lo mira de arriba abajo y siento vergüenza por mi excompañero de escuela. No tengo la menor intención de decir a los demás que lo conozco.

—Las autoridades no contaban con la guerra. No imaginaban que los rusos penetrarían en Finlandia o que Suecia necesitaría tan rápido tal cantidad de

soldados. Por lo tanto, se requiere algo de tiempo para organizarse —digo conciliador.

—¿Que no contaban con la guerra? Hace años que se oye el chasquido de las armas. ¡Ya han arramblado con Polonia y Checoslovaquia! —exclama Axel.

Erik me dirige una sonrisa socarrona y bajo la vista.

—Hay que reconocer que él..., tu nombre es Georg, ¿no?... tiene razón. Enviar los recursos allí donde se encuentran los reclutas es solo cuestión de organización —dice John.

Asiento, feliz por ese signo de reconocimiento, aunque John apenas recuerde mi nombre.

—Y el hecho de que esa falta de organización nos costará los dedos de manos y pies cuando mañana salgamos de marcha supongo que no cuenta — replica Axel.

A las cinco de la tarde se ha formado cola ante la cantina ambulante, que llevan el guarda y otro hombre, sin duda un cocinero. Observo que la mayoría de los soldados presentes se han envuelto los pies con arpillera de yute. Todos llevan varias capas de ropa y una bufanda alrededor del rostro, de la que solo asoman los ojos. Algunos tienen la suerte de ir vestidos con abrigos de pieles, pero la mayoría llevan un simple abrigo de lana. Dos linternas a uno y otro lado de la cantina iluminan la nieve cercana, mientras la noche, más allá de los halos de luz, se vuelve más cerrada. Delante de nosotros, un soldado tose como para echar los pulmones por la boca.

—Neumonía —anticipa John.

El soldado se vuelve y clava en nosotros unos ojos brillantes de fiebre. Rezo por que no me tosa en la cara.

—O algo peor —murmura Erik.

A los novatos no nos han dado escudillas. Solo algunos soldados por delante de nosotros parecen disponer de ella. El guarda vierte la comida en los platos con exagerado entusiasmo, lo cual contrasta notablemente con el aspecto de la susodicha. Tras una larga espera nos llega por fin el turno. Nos acercamos, nos sirven una sopa de col, dos trozos de pan y un vaso de chocolate caliente; miramos con incredulidad las magras raciones. John muestra su plato.

—¿Eso es todo? —pregunta con escepticismo.

El guarda levanta el cazo como un arma e imita el acento de Escania de John:

—*¿Eeso ees todo? ¿Eeso ees todo?* Pues sí, eso es todo, y ahora desaloja, no eres el único que espera.

John se queda quieto un instante, antes de ceder el sitio, estupefacto.

Una vez servidos, lo seguimos hasta una pequeña hoguera preparada por unos soldados mientras hacíamos cola. La sopa ha empezado a congelarse en los platos, la engullimos lo más deprisa posible.

—Os lo juro, acabaré por darle una hostia a ese tipo —promete John.

En la tienda, el frío sigue siendo igual de insoportable pese a la estufa, que lleva horas encendida; solo son las seis de la tarde, demasiado pronto para dormir. Por acuerdo tácito, dejamos de evocar nuestra situación; a decir verdad, nos sentimos demasiado abatidos para hacerlo. Axel y Erik se han tumbado sobre la ramiza de abeto y se ponen a jugar al *vändåtta*. Harald está abismado en un libro y observo que mueve los labios al leer, igual que un niño. Resulta difícil imaginarlo como universitario. John sigue junto a la estufa y, maldiciendo entre dientes al tiempo que ajusta algunas tuercas, intenta que caliente con más eficacia.

En cuanto a mí, me dispongo a redactar mi primera carta a Kerstin. Hace

tres días, casi cuatro, que me fui, y sé que ya debe de estar preocupada. No obstante, tras las primeras palabras —«Querida Kerstin»—, el bolígrafo permanece suspendido largo rato encima del papel; reflexiono sobre lo que puedo decirle. No quiero inquietarla sin necesidad. Además, la carta puede ser interceptada por la censura si me quejo demasiado. Opto por hacerle un relato neutro, sin excesivos detalles.

Querida Kerstin:

Hemos necesitado casi tres días para llegar a nuestro acantonamiento. Hicimos todo el viaje en tren; hacía más bien frío, pero la sopa de guisantes que nos sirvieron nos calentó bastante. Los muchachos con los que he viajado parecen buenos tipos. Uno de ellos ya había estado en Norrbotten y nos da buenos consejos. Comparto la tienda con Axel Böcklin, un excompañero de escuela. ¿Te acuerdas de él? Qué curiosa coincidencia: ¡nos han movilizado en el mismo momento y en el mismo lugar! Aquí hay toneladas de nieve, afortunadamente manejo la pala como un campeón. En cuanto lo tenga, te daré mi código postal militar para que puedas escribirme. ¿Podrías enviarme también jerséis gruesos, calzoncillos largos y otras prendas de abrigo? ¡No veas cómo las necesito!

Hago una pausa, no sabiendo muy bien cómo seguir. El mero hecho de pensar en Kerstin, sola en el piso de Malmö, me retuerce las tripas. Casi todas las palabras de mi carta suenan a falso, soy consciente de ello; no expresan lo que siento realmente. Con el corazón cada vez más encogido, escribo:

Te echo de menos. Si necesitas lo que sea, házmelo saber. Supongo que pronto tendrás que instalarte en casa de tu madre. Ánimo, Kerstin, todo esto

es solo temporal. Intentaré conseguir un permiso en cuanto sea posible, tal vez el mes que viene.

En esta última frase ni siquiera creo. Sin embargo, al igual que Kerstin, debo ser valiente. Al ocultar la verdad nos protejo a los dos. Ignoro lo que nos espera aquí, en Norrland, pero sé que todos nos disponemos a vivir tiempos difíciles. Simplemente, guardamos las apariencias evitando compartir nuestras inquietudes.

No sé qué me empuja a maquillar la realidad. Tal vez la sensación de que algún día la ignorancia de Kerstin me dispensará de tener que recordar.

Me despierta un alarido, no lejos de aquí. La oscuridad es tal que resulta difícil saber si es de noche o por la mañana. Aunque todavía estoy aturdido y adormilado, me invade la absoluta certeza de que jamás en mi vida he tenido tanto frío. Los gritos son cada vez más estridentes y, poco a poco, en la tienda todos van saliendo del sueño. Harald gime y se cubre los oídos con la manta, mientras que John se apresura a levantarse y salir de la tienda.

—Es la hora de formar, daos prisa —dice.

—Pero ¿cómo es posible que un retrasado como Chapman consiga gritar tan fuerte? —se queja Erik, que se levanta de inmediato para seguir a John.

Axel maldice y les pisa los talones penosamente. Nadie se ha desnudado para dormir. Harald parece no querer moverse, le doy una patadita.

—¡Anda, ven, joder! No me apetece nada tener problemas con Chapman por tu culpa.

La noche es más negra que nunca; una luz amarilla y pálida sale de las tiendas. Chapman camina arriba y abajo, con una linterna en la mano, y llama a gritos a los que todavía no han salido. Consulto mi reloj: son las seis de la mañana. El frío me quema la cara, atraviesa mis ropas y me hiela la sangre. Al igual que la víspera, Chapman nos ordena que nos pongamos erguidos, nos ajustemos el uniforme, en una palabra, que nos comportemos como soldados.

—¡Lamentable! —chilla al ver a Harald, hecho polvo y dormido en el

sitio.

Acabada la inspección, nos transmite las últimas noticias del frente y nos recuerda que el Ejército Rojo tiene tres veces más soldados, treinta veces más aviones y cien veces más carros de asalto que los finlandeses.

—Es aquí donde vosotros intervendréis, hombres de Escania. Habéis sido enviados aquí porque, lamentablemente, no podemos confiar en los autóctonos.

La mirada de Chapman se vuelve hacia un grupo de soldados situados algo más allá entre las filas, sin duda gente de Norrland. Ellos lo miran a su vez, inexpresivos.

—Los simpatizantes de la ideología comunista representan una amenaza para la seguridad de la nación —dice, levantando el dedo en señal de advertencia—. El ejército espera mucho de vosotros, sobre todo en cuestión de lealtad y patriotismo. Los comunistas, los amigos de los rusos o de los ingleses, así como los sindicalistas, no tienen nada que hacer aquí.

Acabada la perorata de Chapman, volvemos a las tiendas. Las advertencias del teniente se nos antojan a un tiempo absurdas e inútiles: todos somos jóvenes sin historia. Es poco probable que entre nosotros haya agitadores o traidores. En el tono altanero que lo caracteriza, Axel suelta:

—Los políticos no confían en ciudadano alguno al norte del río Skellefteå. Creen que la gente de Norrland recibirá a los rusos con solomillo de reno y helado de moras silvestres. Por eso han preferido recurrir a nosotros, ¿a que no lo sabíais?

Después de desayunar, el cabo Brandt nos ordena reunirnos en vistas a nuestra primera marcha. Aunque la mañana está muy avanzada, es como si no hubiera amanecido. Pese a su aspecto de lo más corriente, Brandt gruñe y ladra como el más diligente de los generales.

—Un auténtico dictadorzuelo de tres al cuarto —cuchichea alguien a mi espalda.

Pese al frío, me desternillo de risa.

Estamos a treinta bajo cero. Caminamos a través de un paisaje cubierto de hielo y nieve, sin vida aparente. Desde el principio, el dolor de pies resulta insoportable y, si bien estoy en continuo movimiento, los escalofríos me recorren todo el cuerpo. Mi sentido de la orientación, acostumbrado al frenesí de la actividad urbana, brilla por su ausencia en esta uniformidad blanca. A mi alrededor, los hombres renquean en silencio. Solo se oye el chasquido de las armas y el ronco jadear de los que ya sufren penalidades. Si bien a ratos el terreno y los senderos no ofrecen grandes dificultades, de vez en cuando nos vemos obligados a tomar caminos accidentados, con profundos hoyos llenos de nieve. Se da el caso de que tengamos que caminar sobre aguas heladas.

Una hora más tarde ya no consigo mover los músculos faciales; supongo que debo de poner la misma cara que los demás, con las cejas cubiertas de escarcha, las mejillas lívidas y la piel tensa, y una estalactita colgando de la nariz. Lo único que confiere a mis piernas la energía necesaria para avanzar es el temor a quedarme distanciado, abandonado allí, en medio de la nada.

Al cabo de unas dos horas, tenemos derecho a diez minutos de descanso. Me paro en seco y deposito el fusil. Qué felicidad poder quedarse quieto, siquiera un instante. Dejo allí mi impedimenta y, al igual que los demás, me dirijo a aliviarme al bosque. De regreso me cruzo con John, que me hace una seña con la cabeza. La bufanda le cubre toda la cara a excepción de los ojos. Hace demasiado frío para hablar.

Damos cuenta de parte de nuestras provisiones y proseguimos la marcha. No tengo la menor idea de dónde nos encontramos; hace ya largo rato que perdí la noción del tiempo y del espacio. Tengo los pies doloridos y gimo a

cada paso. No puedo evitarlo, y no soy el único. Todo en derredor se dejan oír las quejas de los soldados que carecen de abrigo de pieles o de calzado adecuado. Solo el frío impide que se nos salten las lágrimas.

El cielo se oscurece. Media hora más tarde empieza a nevar. Primero unos copos vacilantes que a medida que transcurren los minutos se vuelven gruesos y algodonosos; al cabo de un cuarto de hora, la nieve cae en abundancia y nos nubla la vista. El fusil, que pesa como el plomo, me golpea la espalda con regularidad. Me tiembla todo el cuerpo, sobre todo las piernas. Sea cual sea el lugar al que nos dirigimos, espero de todo corazón que ya no quede muy lejos. Me recito largas oraciones pensando en la estufa que arde en la tienda. En cuanto a Brandt, nos hace avanzar como si ni siquiera hubiese reparado en la nieve.

—Hala, con brío, hatajo de holgazanes. ¡Más deprisa!

Pese a las invectivas de Brandt, la travesía de aquel paisaje immaculado resulta cada vez más lenta y laboriosa. Un soldado tropieza, cae en la nieve y no se levanta. Los que lo siguen de cerca están a punto de pisotearlo, pero lo salvan de una zancada en el último momento y siguen avanzando. Yo hago lo mismo, tras una breve vacilación. «Si me detengo, moriré.» Poco después oigo voces amortiguadas llamando; alguien ha acabado por detenerse junto a nuestro camarada caído en el suelo y pide a los demás que acudan en su ayuda.

Hundo el rostro en la bufanda y sigo andando. Sé que no soy el único que finge no oír nada. La nieve se yergue como un muro ante nosotros, cae como una cortina y parece absolutamente compacta. De repente me asalta un pensamiento: tal vez nos hayamos perdido, en cuyo caso todo se ha ido al garete. Brandt acaba de ser nombrado cabo recientemente y, además, no es de la zona. ¿Se habrá familiarizado al menos con el terreno?

Un hombre me adelanta a toda prisa, no conozco su nombre, pero, por el

acento, diría que es de Norrland.

—¡Mi cabo! Un soldado acaba de caer. Hay que volver al campamento.

Brandt sigue caminando pero el soldado lo alcanza y lo obliga a detenerse. Solo me llegan retazos de la conversación. Veo a Brandt menear la cabeza e indicar por señas que avancemos, mientras el soldado señala en dirección opuesta. Esperamos órdenes. La nieve nos impregna la ropa y nos cubre de pies a cabeza. Se me acumula en las cejas y las vuelve pesadas.

—¡Continuamos, es una orden! —grita Brandt.

—Mi cabo, vamos en la dirección equivocada. Si seguimos adelante, moriremos de frío. El campamento está por allá.

—¡Lo sé muy bien! —aúlla Brandt—. Pero la marcha aún no ha terminado.

—Uno de nuestros hombres ya ha caído. No tenemos fuerzas para cargar con él. Mi cabo, ¿acaso tiene intención de dejarlo ahí?

Brandt parece exasperado. Suelta una maldición. Poco después la voz de Chapman, estridente, nos llega a través de la extensión nevada. Al haberse quedado atrás con los rezagados, todavía no conoce el motivo de este alto repentino.

—¿Qué ocurre aquí, cabo?

El de Norrland insiste en que demos media vuelta. Me acomete una inmensa fatiga, la idea de tumbarme resulta tentadora. Chapman me adelanta caminando con dificultad para reunirse con Brandt y el de Norrland. No oigo lo que dicen, pero pocos minutos más tarde Chapman regresa con expresión siniestra. Da la orden de levantar al soldado caído; la marcha se reanuda.

Las horas siguientes se pierden en una niebla de nieve y dolor. Otro soldado cae y no se levanta, yo ni siquiera me detengo. Sé que lo único que cuenta es seguir caminando, pese a la resistencia que ofrece cada partícula de

mi cuerpo. Ya no sé si los jadeos y gemidos que percibo provienen de mí o de mis camaradas.

Finalmente, alguien que va en vanguardia anuncia que hemos llegado. Levanto la vista y entreveo los vagos contornos de las tiendas, los dos barracones algo apartados, la caballeriza y la hilera de letrinas en la pendiente. Las piernas me flaquean. Me desplomo. Los demás me rodean para seguir avanzando. Soy como una roca en medio de un río imperturbable; a mi alrededor solo veo piernas y botas. No puedo dar un paso más.

Unas manos robustas me aferran y me levantan. Me vuelvo, esperando ver a John o a Erik, pero es el rostro de facciones irregulares de Axel lo que aparece ante mi vista. Cuando diviso el resplandor de la estufa en el interior de nuestra tienda, el alivio me invade y la esperanza renace.

Diez minutos más tarde estamos sentados dentro de la tienda, ocupados en examinarnos los pies, las manos y el rostro en busca de sabañones. Harald se queja pero nadie le presta atención. Erik se masajea los dedos de los pies con vigor, mientras que Axel, gruñendo y maldiciendo, se acerca a la estufa. En cuanto a mí, tiemblo violentamente y me da la impresión de que tengo fiebre. Mi cuerpo recupera su temperatura y todos mis miembros empiezan a hincharse. El dolor es casi insoportable, tengo que esforzarme para no gemir como Harald.

Apenas nos hemos calentado cuando unos gritos estridentes rasgan el silencio. John entreabre la tienda y mira fuera. Nos sumamos. La puerta de uno de los barracones está abierta y uno de los soldados que se han desmayado durante la marcha está sentado en el suelo, justo delante. Otro le sujeta los brazos mientras Brandt le frota los pies descalzos con nieve.

John se pone las botas y el abrigo de pieles; sin pensármelo dos veces, voy

tras él. Se ha formado un grupo de espectadores silenciosos. John se abre camino y se enfrenta a los tres hombres.

—¿Qué se supone que están haciendo?

El soldado que sujeta al hombre por detrás levanta la vista y ríe sarcástico.

—Pues, a ver, lo estamos ayudando. Tiene sabañones. Hay que restablecer la circulación.

Brandt vuelve a recoger nieve, el soldado herido chilla hasta desgañitarse. John avanza y agarra el brazo del cabo.

—¿Quién ha dado esa orden?

Brandt, picado en lo más vivo, se suelta. El soldado gime, cae de lado y se hace un ovillo. Tiene los pies violáceos, hinchados y ulcerosos.

John se vuelve hacia el grupo de soldados que observan.

—¿Y vosotros no decís nada? Frotar con nieve el cuerpo de un hombre con hipotermia, ¡no hay nada peor que eso!

En ese preciso momento reparo en una silueta recortada en el marco de la puerta. Antes de que tenga tiempo de abrir la boca para avisar a John, el capitán Cedrenius cruza el umbral del barracón. Hemos oído hablar del capitán pero todavía no hemos tenido que habérmolas con él. Es un hombre esbelto, algo más bajo que la media. Tiene la tez amarillenta y los ojos oscuros. Aunque aún no haya dicho ni pío, emana de él una autoridad natural.

John se incorpora con torpeza y se cuadra, pero Cedrenius hace como si no lo hubiera visto. Con la punta de su fina bota, golpea como al desgaire al hombre del suelo, que gruñe y se encoge todavía más.

—Soy yo quien ha dado la orden, soldado... ¿Cuál es su nombre?

John se incorpora.

—¡Soldado Åkesson, mi capitán!

—Venga aquí, soldado Åkesson.

John sigue en posición de firmes. Le saca una cabeza al oficial.

—Soldado Åkesson, no hace mucho que ha sido movilizadado, de manera que por esta vez estoy dispuesto a perdonar su insubordinación.

—No sabía que era usted, mi capitán, quien había dado la orden de... —se disculpa John.

Calla al ver el ceño fruncido de Cedrenius.

—Pasaré la noche en chirona. Eso le dejará tiempo para meditar sobre la jerarquía en Svartnäset. ¡La próxima vez obedezca las órdenes!

John mira a Cedrenius con más asombro que cólera. Luego, señalando al soldado del suelo, insiste:

—No se pueden curar los sabañones frotándolos con nieve. Eso no hace sino agravar las cosas. Ahora se expone a perder los dos pies.

El hombre del suelo se sobresalta y de nuevo empieza a gemir.

—¡Usted, a callar! —le vocifera Cedrenius.

Curiosamente, el hombre obedece.

—Salta a la vista —prosigue el capitán dirigiéndose a John— que es usted tan estúpido como arrogante, pero ¿qué se puede esperar de un hombre de Escania? Aquí soy yo quien da las órdenes, no usted. Y están hechas para ser respetadas.

John lo mira estupefacto. El capitán hace una seña con la cabeza a Brandt, todavía arrodillado y con las manos llenas de nieve.

—Cabo, escolte al soldado raso Åkesson hasta el calabozo. Y no lo moleste con la comida ni la cena, tiene que meditar.

John, pasmado, ni siquiera protesta cuando Brandt lo agarra del brazo y se lo lleva. A medio camino se vuelve. Lo miro impotente. Los demás soldados, sin decir ni mu, empiezan ya a esfumarse.

Ahora me encuentro a solas con Cedrenius, que parece reparar en mi presencia por primera vez. Tengo un nudo en el estómago y lamento amargamente no haberme quedado en la tienda con los demás.

—¿El soldado Åkesson es uno de sus amigos? —pregunta Cedrenius.

—Sí, mi capitán —murmuro titubeante.

—¿Su nombre?

Tengo la boca seca y la lengua me pesa toneladas. No quiero decirle mi nombre, no quiero que sepa quién soy.

—Georg Lindkvist, mi capitán.

—Soldado Lindkvist, ¿desea reunirse con su amigo en el calabozo?

—No, mi capitán.

—Entonces despeje la zona, ¡muévase! Pero no olvide la escena a la que acaba de asistir. Cuénteselo a sus camaradas.

Me mantengo más tieso que un palo.

—A la orden, mi capitán.

Cuando por fin deja de escrutarme, siento que respiro un poco mejor. Me encamino hacia la tienda, conteniéndome para no correr. Detrás de mí, oigo a Cedrenius dar una orden.

—En cuanto a ustedes, sigan frotando las piernas de ese desdichado con nieve. Es el único remedio contra los sabañones...

El calabozo es de hecho una choza, provista de un banco y cerrada por fuera con un candado. Se encuentra a medio camino entre el campamento y el bosque. Cuando el guarda libera a John, al día siguiente, este está tan congelado que no consigue moverse; Erik, Axel y yo nos encargamos de llevarlo a la tienda. Lo acomodamos junto a la estufa, lo cubrimos con cuanto tenemos a mano y le masajeamos piernas y brazos por turnos. Harald demuestra iniciativa y va a solicitar una taza de chocolate caliente al guarda, que le saca por ella cincuenta céntimos.

Para nuestro gran asombro, John no tarda en restablecerse y además sin secuelas, pero se queda alelado y apagado. No hace alusión al hecho en sí, se

limita a repetir que en el calabozo hacía «un frío de mil demonios», la estufa se había apagado en mitad de la noche. Pese a todos sus esfuerzos, no consiguió volver a encenderla. Llamó pidiendo ayuda pero no acudió nadie. Debe su supervivencia únicamente a los ejercicios que realizó para calentarse en las horas más frías de la noche.

Cabe decir que, si el objetivo del castigo era inspirar respeto —terror, para ser exactos—, Cedrenius lo ha logrado plenamente. En lo sucesivo, ninguno de nosotros correrá el riesgo de que lo metan en el calabozo. Tras cuarenta y ocho horas pasadas en Svartnäset, de una cosa estamos seguros: es peligroso atraer la atención. Y dar prueba de insubordinación puede acarrear tremendas represalias...

Pasan varias semanas, sin otros sinsabores que los sabañones y los pies doloridos. Poco a poco nos habituamos a la rutina del campamento. El día comienza con una formación, seguida del desayuno: gachas y pan duro. Más o menos una hora después, emprendemos una marcha cuya duración varía en función del suboficial que nos comanda. Solo vemos a Cedrenius de lejos, pero hemos observado que suele pasar las veladas con el teniente Chapman. En cuanto a Wahl, pasa la mayor parte del tiempo en el almacén de la ropa, donde duerme en compañía del guarda. El cabo Brandt todavía no ha adquirido el suficiente prestigio para dormir en el interior. Comparte una tienda con cuatro soldados que exhiben abiertamente su admiración por Alemania.

Las tardes se dedican a actividades diversas y variopintas. Construimos un refugio reforzado por los dos cañones que han llegado al campamento; aprendemos el manejo de los explosivos y para ejercitarnos hacemos saltar un puente; construimos terraplenes con lonas y arena y desbrozamos el campo de tiro; fabricamos cohetes de emergencia a partir de materiales improvisados y nos entrenamos en la instalación de vivaques.

Lo que detestamos por encima de todo es reptar por la nieve. El ejercicio consiste en arrastrarnos sobre el vientre un centenar de metros, ida y vuelta. Resulta sumamente desagradable y agotador, y con este frío terrible...

—Ridículo, a decir verdad —afirma Erik—. No tenemos uniformes de

camuflaje. Para alcanzarnos, el enemigo ni siquiera necesitará apuntar.

Sea como fuere, Brandt y Chapman se aseguran de que reptemos lo más cerca posible del suelo con el fin de «evitar que nos detecten». Chapman incluso tiene un cronómetro, y el que no avanza lo bastante deprisa debe repetir el ejercicio dos veces, incluso a veces tres. A Axel y Harald suelen castigarlos y se ven obligados a volver a empezar. Acabado el ejercicio, estamos blancos como muñecos de nieve.

También aprendemos a esquiar, pero a la antigua usanza. Los esquíes son largos y pesados, y deben ser minuciosamente encerados. No soy el único que no ha esquiado jamás, el resto de los que vienen de Escania no son más diestros en dicha actividad, lo que provoca las risas de los de Norrland, que se lanzan como si tuvieran alas en los pies. Algunos de ellos hasta parecen esquiar mejor de lo que caminan, y es la primera vez que los soldados de Norrland parecen divertirse. Hasta el momento más bien se replegaban en sí mismos.

Absorbido por los entrenamientos o muerto de cansancio, tengo pocas ocasiones de pensar en Kerstin, pero la echo de menos continuamente. Es como una tristeza sorda, enterrada. Le he enviado varias cartas, siempre sin respuesta. Tal vez todavía no haya recibido mi código postal militar.

Para lo bueno y para lo malo, mis camaradas y yo nos hemos ido conociendo un poco mejor y mis primeras impresiones se han revelado más bien acertadas. John realiza sus tareas con esmero y eficacia. La mayor parte del tiempo da prueba de valor, competencia y espíritu de solidaridad.

Un día me ponen como ejercicio aprender a desmontar y volver a montar un viejo máuser con los ojos cerrados. Huelga decir que mi inexperiencia no ha pasado inadvertida a los suboficiales, en especial a Brandt, quien, tras

haber constatado mi torpeza y mi falta de seguridad en el manejo del fusil, me confía esa tarea irrealizable.

—Hay que hacerlo en menos de dos minutos —recalca en tono altanero.

Acto seguido, a la velocidad del rayo, me indica el procedimiento que debo seguir. Por supuesto, no tengo tiempo de captar la maniobra. Lo cual no me impedirá ser castigado si fracaso. Brandt exige que al día siguiente sin falta le muestre lo que he aprendido.

John se pasa más de dos horas explicándome el funcionamiento del fusil. Primero despacio, luego cada vez más deprisa, abre el fusil, desmonta las piezas y las ensambla de nuevo. Para terminar, lo hace con los ojos vendados, exactamente como me ha ordenado Brandt, y todavía más rápido que él.

No sé por qué el ejercicio me resulta tan difícil; tal vez a causa del frío, que me entumece los dedos y resta velocidad a mis reacciones. Sin embargo, John no pierde la paciencia. Me enseña una y otra vez hasta que consigo hacerlo.

Para su gran pesar, Brandt no encuentra ningún reparo que poner cuando al día siguiente me pide que ejecute la maniobra.

Mi gratitud y mi admiración hacia John no cesan de aumentar, y redoblo los esfuerzos por ganarme su amistad. No nos encontramos con frecuencia los dos a solas, pero durante las marchas me mantengo cerca de él y de vez en cuando intercambiamos unas palabras. Me habla de su granja en Simrishamn, heredada de sus padres, así como de sus dos hijos, Tore y Britta. No evoca mucho a su mujer; se llama Helena y lo que cuenta de ella lleva a pensar que se trata de una persona porfiada y competente.

No obstante, se da el caso de que tome distancia, que busque la compañía de Erik antes que la mía. Siempre parecen tener un tema de chanza, y a menudo sus bromas no nos conciernen. De manera que me siento herido cuando, de manera ostensible, me vuelve la espalda y me ignora.

Entre los de la tienda, con Erik es con quien tengo menos afinidades. Se

diría que no ha abierto un libro en toda su vida y que solo le interesan los coches y las chicas. Su novia es rubia y de vez en cuando nos enseña una foto suya. Lleva pantalones ceñidos, una camisa a cuadros atada a la cintura y en la cabeza, un pañuelo cuyo estampado hace juego con el de la camisa. Lleva los labios pintados, tiene una mirada impúdica y estoy casi seguro de que es rubia teñida, aunque no soy ningún experto. Para mi gran irritación, Erik se muestra habilidoso y eficaz, es robusto y aprende deprisa. Al contrario que yo, parece tener un don natural para afrontar las duras pruebas de la vida militar.

Axel sigue manteniéndose apartado; es un solitario que observa las cosas con distanciamiento e ironía. Quizá sea precisamente ese distanciamiento lo que lo ayuda a soportar las duras tareas del campamento. Durante los entrenamientos, se comporta exactamente como en la clase de gimnasia de la escuela. Hace lo menos posible, solo lo suficiente para que los mandos no lo reprendan en exceso. Es más coriáceo de lo que creía y no tiene un pelo de tonto. Huelga decir que ha reparado en lo que se está jugando entre John, Erik y yo, y en ocasiones bromea abiertamente al respecto.

Y luego está Harald... El más débil de nosotros, que siempre se cae durante las marchas y acumula torpeza tras torpeza. Apenas consigue levantar el fusil de cuatro kilos con el que nos ejercitamos en el tiro, y menos aún dar en el blanco. Insiste en aferrarse a mí más que a los otros, y por razones que me superan; yo no lo animo a ello. A veces nos despierta gimiendo en sueños.

Solo tengo una foto de Kerstin. Fue tomada el verano pasado, en el parque de Rör sjö. Está sentada en un banco, con un vestido estampado de flores, farolillos en concreto. Lleva las piernas desnudas y el cabello castaño le cae en rizados por la frente. Sus ojos azules tienen una expresión divertida y en sus labios se dibuja una sonrisa discreta. El vestido oculta sus encantos y al

mismo tiempo los pone de relieve. El pecho exuberante y turgente, las caderas bien moldeadas, las largas piernas... Todas las noches saco la foto. Podría contemplarla sin descanso.

Por fin me llega su primera carta, a finales de enero. Nadie puede imaginar hasta qué punto me conmueven sus palabras. Su letra redondeada y un tanto infantil me resulta tan familiar... Con el corazón en un puño, desdoble la carta.

Todas las noches permanezco despierta y pienso en ti. La cama se me antoja tan grande... Me entristece despertar a solas, desayunar a solas en la cocina frente a tu silla vacía, acostarme sola. En la entrada se amontonan nuestros muebles y nuestras cajas de cartón. Ya casi lo he embalado todo para mudarme a casa de mis padres. Tu ropa y tus zapatos me recuerdan tanto tu presencia..., lloré al guardarlos. Sobre todo las camisas, que conservan tu olor...

Saboreo cada palabra, me habría gustado que se extendiera más, pero me consta que no es muy amante del género epistolar. Mi nostalgia se intensifica y se halla muy presente durante días. Me aprendo la carta de Kerstin de memoria y todas las noches la releo. Evidentemente, los demás se dan cuenta y se ríen de mí. Al final, Harald me pregunta:

—¿Cómo es?

Ha interrumpido mi ensoñación. Tendido de cualquier manera sobre la ramiza de abeto, con la mochila como almohada, juego distraídamente con la carta de Kerstin entre los dedos. Trato de imaginar la mudanza a casa de sus padres, en Kornettsgatan. Me gustaría poder ayudarla a llevar nuestros pesados bultos. Echaré de menos nuestro pisito. Kerstin lo acondicionó tan

bien, con cortinas de color claro y alfombras de franjas... No habremos pasado en él ni cinco meses...

Sentado a mi derecha, Axel lee un periódico que data de una semana atrás y, justo al lado de la estufa, John y Erik juegan a cartas. Estamos a domingo, el único día de la semana en que gozamos de tiempo libre por la tarde.

—Lo sabes muy bien. Te enseñé su foto —digo a Harald.

—Me refiero a su personalidad.

Lo miro con desconfianza, pero no detecto ni segundas intenciones ni burla en su mirada atenta. Solo quiere saber.

—Pues bien...

La personalidad de Kerstin resulta más difícil de describir que su aspecto.

—Adivino que tiene un fuerte temperamento —aventura Harald.

—Así es —admito, falto de palabras.

Hace apenas algo más de un año que Kerstin y yo nos conocemos. Nos encontramos en el baile de Nochevieja, en Folkets Park. Le hice la corte durante toda la primavera y en verano nos prometimos. No hace ni seis meses que nos casamos y nos fuimos a vivir juntos.

Vacilo. Por mi mente desfilan banalidades que no le harían justicia. Kerstin es como la mayoría de las jóvenes. Le gustan los folletines, los zapatos, la ropa y el cine. Prefiere el jazz a la música clásica, es buena cocinera... y es guapa. No de una belleza evidente o intimidatoria. Todo en ella es agradable, desde el cabello brillante hasta la tez de leche, de las mejillas redondeadas a la sonrisa que tan a menudo le ilumina el rostro cuando escucha algo, lee o trabaja.

—Es... más bien cándida, desde luego. Por lo general está de buen humor. Le encanta ir al cine y escuchar música. Canturrea mientras cocina, aunque afirme no saber cantar —balbuceo, preocupado ante la idea de parecer bobo.

Pero Harald sigue sonriendo.

—¿Cómo os conocisteis?

—Fue en Amiralen. Había ido con unos amigos, y ella también. Nos encontramos en mesas contiguas y... Ya está. Bailamos una o dos veces. La aprecié de inmediato. Resultaba tan fácil hablar con ella...

—La amas.

—Por supuesto que sí. Es mi mujer.

—Ambas cosas no tienen por qué ir forzosamente juntas —interviene Erik. Me vuelvo. Él y John me observan con aire divertido, me pongo colorado. No me había dado cuenta de que estaban escuchando.

—Y tú qué sabes —replica John—, eres soltero.

Harald los ignora y se vuelve de nuevo hacia mí.

—Se ve en tus ojos cuando hablas de ella. Y se percibe en tu voz.

En esta tienda donde reina una virilidad exacerbada, me siento expuesto y vulnerable. No es el lugar ideal para hablar de sentimientos. Aparto la vista. Guardo la carta en la mochila y saco una hoja de papel, para escribir a Kerstin y quizá también a mi hermana, Greta.

Me callo los detalles penosos. No les digo que tengo miedo a morir cada vez que nos ordenan marchar mientras seguimos sin haber recibido el equipo. Tampoco les cuento que he perdido casi todas las uñas de las manos y de los pies. Intento convencerme de que actúo así por temor a que censuren mi carta; en realidad, me avergüenzan nuestras condiciones de vida.

La temperatura no deja de bajar; por la noche llegamos a casi cuarenta bajo cero. Una mañana, dos soldados no responden a la llamada durante la formación. Hirviendo de indignación, Chapman se dirige a largas zancadas hacia su tienda, situada a cierta distancia. En ella ponen en cuarentena a los que están aquejados de neumonía u otras enfermedades contagiosas.

—¡Despertad, hatajo de gallinas, es hora de formar!

Silencio. Chapman, irritado, avanza un paso, descorre la cortina de la tienda y vocifera a los remolones. De pronto, se queda paralizado y se aleja reculando. Se vuelve y carraspea varias veces antes de decir:

—Necesito voluntarios. Cuatro hombres. Al parecer ha habido un accidente.

Como nadie reacciona, Chapman designa a cuatro hombres al azar.

—¡Hala, moveos! —les ladra—. Los demás, a desayunar.

No obstante, pocos son los que siguen la orden de Chapman. Nos acercamos a la tienda. Los cuatro «voluntarios» sacan de ella dos cuerpos congelados en un abrazo, con el rostro ceniciento y cubierto de una capa de escarcha centelleante. Los cuatro soldados no consiguen separar los cadáveres y deben luchar por que no se hundan en la nieve.

Los reconozco, se llaman Karlberg y Andrén; vienen de Värmland.

—Llevadlos al almacén de la ropa —dice Chapman.

Seguimos con la vista la laboriosa marcha del pequeño grupo hasta que se meten en el barracón.

Chapman nos ordena dispersarnos y se encamina hacia el barracón de Cedrenius. Nos quedamos allí plantados, estupefactos, a merced de este frío despiadado que acaba de arrebatar la vida a dos soldados. Todos pensamos lo mismo: «Habría podido ser yo.»

—¡Cabrones! —exclama alguien no lejos de mí.

Otros insultos surgen aquí y allá.

Pronto, objeciones e invectivas dan paso a una algarabía donde se mezclan toda clase de dialectos, desde el de Dalecarlia hasta el de Escania, pasando por el de Göteborg y el de Norrland.

—¡Mierda, esto se pasa de la raya!

—¡Es un escándalo!

Unidos por la excitación, el miedo y la cólera, seguimos sin movernos. Ni

siquiera la aparición de la cantina ambulante consigue atraer nuestra atención. Los que han entrado a inspeccionar la tienda de Karlberg y Andrén salen para informarnos de que la estufa está apagada y helada. Ha debido de apagarse en plena noche y, en lugar de levantarse para ponerla de nuevo en funcionamiento, Karlberg y Andrén se han acurrucado uno contra otro a fin de darse calor.

A lo largo del día recuperamos un poco el ánimo, pero la cólera continúa latente. La marcha de la mañana transcurre en una atmósfera opresiva, y por la tarde, cuando llega del sur un camión militar, la tensión sigue siendo palpable. Circula lentamente a través del campamento y se detiene justo al lado del almacén de la ropa. Un sargento y tres soldados se apean de él y piden hablar con un oficial. Se forma una aglomeración, los curiosos son numerosos; las visitas son poco frecuentes en Svartnäset.

—Venimos de Boden —informa el sargento—. Tenemos orden de llevarnos a los dos soldados que murieron de frío la noche pasada.

—No es muy sorprendente si se vive en una tienda en pleno invierno —rezonga uno de los que lo acompañan, un hombre de elevada estatura, cabello cortado al cero y ojos azules ligeramente rasgados.

Me mira de hito en hito un momento y luego repara en la arpillera de yute que me envuelve las botas.

—Pobres diablos —dice en voz baja.

Seguimos observándonos hasta que uno de los soldados del campamento vuelve con Wahl, que abre el almacén de la ropa. El sargento y sus subordinados entran en el barracón con una camilla. Cuando salen con los cuerpos, Wahl les pregunta:

—¿Qué vais a hacer con ellos?

Han tendido una manta sobre Karlberg y Andrén, pero los pies asoman.

Jadeando por el esfuerzo, cargan la camilla en el remolque y la cubren con una lona. El sargento se enjuga la frente y se vuelve hacia el subteniente.

—Primero los llevaremos a la enfermería, mi subteniente. Deben descongelarse a fin de que podamos separarlos. Luego los enviaremos a su casa. Sus familias los enterrarán según su voluntad.

Wahl asiente, lúgubre.

—Necesito su firma, mi subteniente —prosigue el sargento tendiéndole un trozo de papel arrugado y un bolígrafo.

Wahl firma y le dan un recibo. Le lanza una breve ojeada antes de guardárselo en el bolsillo. El sargento parece incómodo.

—Puede parecer un tanto extraño, un recibo por dos soldados muertos, pero hay que plegarse a las reglas, mi subteniente. Cuando ocurren este tipo de cosas, se requiere mucho papeleo.

El subteniente aprueba con gesto adusto. El sargento le hace el saludo militar.

—Mis condolencias, mi subteniente, se trata de un triste accidente. Y gracias por su cooperación —concluye.

En cuanto Wahl vuelve los talones, los soldados suben al camión. Parecen aliviados de abandonar el campamento. El soldado de pelo al cero toca el claxon con vigor para que dejemos el paso libre, da media vuelta y arranca en tromba. Los neumáticos chirrían y levantan una nube de nieve.

—¿Se cree al volante de un coche de carreras o qué? —comenta Erik.

El vehículo desaparece al otro lado de la colina, los cuerpos de Karlberg y Andrén sacudidos por los tumbos que da el remolque.

Durante la formación de la noche, escuchamos el breve discurso de Chapman; lamenta el incidente y declama una oración un tanto pomposa en homenaje a los difuntos. Sus condolencias crispadas no nos convencen en

absoluto, salvo cuando afirma que Karlberg y Andrén se hallan ahora en otro lugar más clemente, más hermoso, un vago paraíso que describe meramente por cumplir. Nos sumamos sin dificultad a la idea de que nuestros camaradas, que aún no tenían ni veinticinco años, se encuentran en estos momentos en un lugar más vivible que Svartnäset; resulta difícil imaginar algo peor.

Ni yo ni mis compañeros de tienda conocíamos muy bien a Karlberg y Andrén, pero estamos de acuerdo, las condolencias de Chapman no bastan. Lo que ha ocurrido podría muy bien repetirse. Debemos exigir mejores alojamientos, mejores equipos. Ciertamente, no podemos confeccionar nosotros mismos abrigos de pieles, pero con tanto pino como hay alrededor, no sería muy difícil construir una docena de barracones siguiendo el modelo de los dos ya existentes.

Axel es el más entusiasta. En el curso de los días siguientes hablamos de ello con el mayor número posible de soldados, y la mayoría comparten nuestra opinión. Las tiendas no son un abrigo suficiente para protegerse del frío nocturno. Si tuviéramos barracones, podríamos construir literas superpuestas fijando tablas a lo largo de las paredes, alojar de ese modo a una veintena de hombres e instalar al menos dos estufas.

Ya que la idea se nos ha ocurrido a nosotros, nos corresponde someterla al capitán. Visitamos a Cedrenius después de comer. Está sentado en su despacho, con el teléfono pegado al oído y un bolígrafo en la mano, y cuelga al advertir nuestra presencia.

Miro el teléfono: es el único del campamento, sin duda el único en dos kilómetros a la redonda. Me digo que sería maravilloso poder telefonar a Kerstin y oír su voz siquiera unos minutos. Algo impensable, evidentemente. Nos ponemos firmes.

—¡Soldados Åkesson, Lindkvist, Böcklin, Möller y Månsson, mi capitán!

—Descansen. ¿De qué se trata?

—Mi capitán, permítanos someterle esto —responde John tendiéndole una hoja de papel.

Se trata de nuestra propuesta, acompañada de planos rigurosos de los barracones en cuestión. Uno de los soldados es ingeniero y se ha ocupado de dibujarlos. Cedrenius echa un fugaz vistazo al papel y lo deja sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Axel prosigue:

—Es a propósito de Karlberg y Andrén, mi capitán. Han muerto de frío y no queremos que eso se repita. Lo hemos discutido con nuestros camaradas y... le proponemos construir barracones a fin de que podamos dormir calientes durante la noche.

—De eso ni hablar.

Nos quedamos estupefactos. Ciertamente, nos habíamos preparado para una negativa, pero al menos confiábamos en discutir el asunto.

—No puedo dejarlos salir al bosque para talar árboles. Construir barracones para un campamento que no está destinado a durar carece de sentido. Además, no tenemos tiempo. Marchas y ejercicios se realizarán como de costumbre, hasta nueva orden.

Axel pierde la sangre fría.

—Pero ¿por qué...?

Cedrenius frunce el ceño y Axel cierra la boca.

—La guerra en Finlandia no durará eternamente y, cuando lleguen los rusos, sin duda Svartnäset será cerrado. No puedo acceder a su propuesta. Sería una pérdida de tiempo y de medios.

Nos miramos con el rabillo del ojo. Estamos completamente pasmados: el capitán Cedrenius no duda en ningún momento de que los rusos vencerán a Finlandia. Hasta entonces nunca habíamos oído ese tipo de discurso en boca

de un oficial, muy al contrario: Brandt y sus esbirros siempre hablan de pasar al otro lado, de luchar por Finlandia, una idea que la mayoría de nosotros hemos dejado correr tras una semana pasada en Svartnäset.

Cedrenius nos mira de hito en hito con disgusto.

—De todos modos, desapruebo que vengan aquí con una propuesta escrita. ¿A cuántos soldados más han hablado de ello?

—A casi todo el mundo, mi capitán —admite Axel—. Y todos están de acuerdo.

Cedrenius aprieta los dientes. Esa última información parece sacarlo especialmente de quicio.

—¿De manera que han conspirado entre ustedes? Eso no me gusta nada, pero nada en absoluto. Los sindicatos no tienen cabida aquí, y no toleramos a los agitadores.

—No somos agitadores —replica Axel, irritado.

Ya no está en posición de firmes y ha olvidado pedir permiso para hablar.

—Silencio —vocifera Cedrenius—. Soldado Böcklin, ¿cree que no sé lo que vale usted? Lo he observado durante los ejercicios y también he oído lo que dicen los demás suboficiales a su respecto. Créame, no sale precisamente beneficiado. ¿Todo esto es idea suya?

—Sí, mi capitán —responde imprudentemente Axel.

—Ya veo.

Nos dirige una mirada aviesa. El silencio en el barracón y el ruido del viento en el exterior vuelven el ambiente cada vez más opresivo. Finalmente, John pide la palabra.

—En su origen, la idea fue de Böcklin, pero la mayoría de los soldados la aprueban. Por eso hemos venido a hablarle de ello.

—Soldado Åkesson, ya lo conozco. Desobedeció mis órdenes y tuvo que pasar la noche en el calabozo. ¿Acaso no le bastó con eso?

John guarda silencio al tiempo que Cedrenius nos escruta lentamente, por turnos, como si tratase de grabarse nuestros rostros en la memoria.

—Y aquí tenemos a Harald Möller. El peor recluta de Svartnäset.

Harald se sobresalta. Está al borde de las lágrimas.

Cedrenius pregunta de nuevo su nombre y profesión a Erik. Entonces me llega el turno.

—Georg Lindkvist, también me acuerdo de usted. Su rendimiento en Svartnäset no despierta entusiasmo precisamente. Según tengo entendido, no tiene la menor experiencia militar, y eso salta a la vista. ¿Qué hace en la vida civil?

Con voz temblorosa, respondo que soy capataz en la Compañía del Azúcar, en Malmö.

Cedrenius frunce el ceño.

—La Compañía del Azúcar... No la conozco. ¿Es una fábrica? ¿Está usted sindicado?

La pregunta me pilla por sorpresa y ni siquiera sueño con mentir.

—Sí, mi capitán.

Cedrenius me mira fijamente un instante y luego se retrepa en la silla con un suspiro.

—Lo sospechaba.

Tras un largo silencio, nos señala la puerta.

—Ahora márchense. No vuelvan con nuevas propuestas y dejen tranquilos a los demás. ¿Comprendido?

En un primer momento nadie responde. Finalmente, decimos en voz baja:

—De acuerdo, mi capitán.

Ir a ver a Cedrenius ha sido un error, un error que no carece de consecuencias: ya a la mañana siguiente Chapman nos anuncia que hemos sido designados, los cinco, para hacer la guardia nocturna durante una

semana entera, orden que evidentemente debe ser considerada una sanción, por haber «conspirado».

Cada guardia dura dos horas y resulta casi imposible, durante ese lapso, evitar los sabañones. Ahora bien, al parecer, el frío no es lo peor. Lo peor es estar a solas, patrullando con el pesado fusil a cuestas. Jugamos a sacar la pajita más corta para determinar quién hará tal o cual guardia y tengo la suerte de que me toque la primera, entre las diez y las doce. Hemos de empezar esa misma noche.

John y Erik están en pleno concurso de ronquidos cuando me levanto. Me echo el abrigo de John por encima del mío y salgo a la noche. Lo único que distingo es el resplandor anaranjado de las estufas encendidas en las tiendas; más allá, la oscuridad es compacta. Me pongo el fusil en bandolera y doy unos pasos. La nieve cruje bajo mis botas y, pese al abrigo de pieles de John, que hemos acordado ponernos por turnos, no tardo en constatar que con esta temperatura es imposible quedarse quieto más de un minuto. Empiezo a caminar arriba y abajo con energía. Oigo los ronquidos, los gruñidos; algunos tosen o hablan en sueños, y estoy impaciente por volver a estar calentito, al abrigo.

Camino, me paro, camino. El dolor de pies y manos se intensifica. Las manecillas del reloj avanzan muy lentamente, tal vez el frío lo haya bloqueado. Allá en lo alto brillan miríadas de estrellas, hermosas, frías e indiferentes.

Hago una nueva ronda y dirijo una mirada desconfiada al bosque. Creo oír un ruido..., tal vez un zorro, un alce, una manada de lobos... O bien un ruso, con un largo abrigo, un gorro de fieltro y botas polares. «Varios rusos.» Dicen que cuando ves a uno, puedes estar seguro de que hay otros por los alrededores, nunca salen solos. Pero ¿qué hacer si se da el caso? ¿Primero

disparar y luego hacer preguntas? Tengo los dedos tan congelados que sin duda ni siquiera podría apretar el gatillo...

Para cambiar un poco, durante la última media hora zigzagueo entre las tiendas, arrastrando el fusil tras de mí por la nieve. No pueden oírme, no pueden verme, es casi como si no existiera. Me pregunto cuántos dedos de los pies me costarán las guardias. Los que ya tienen sabañones se han vuelto de un azul negruzco, se pelan y me hacen sufrir continuamente. ¿Qué pensará Kerstin cuando los vea?

He acabado mi guardia. Vuelvo a la tienda, la abro y me arrastro a gatas a su interior. Harald duerme panza arriba, con la boca abierta. Pasando por encima de mis camaradas, sordo a sus protestas, llego a su catre.

—¡Despierta, es tu turno!

Harald gime pero mantiene los ojos cerrados; le aparto la manta de un tirón. Abre a medias un ojo.

—¡Hala, en pie! De lo contrario, Chapman nos regañará...

Harald hace una mueca y me vuelve la espalda.

—Déjame tranquilo. Lárgate.

Tiemblo de pies a cabeza, tengo la sensación de que me van a fallar las piernas. Tal vez la fatiga me vuelve más irritable que de costumbre. Obligo a Harald a levantarse. No pesa casi nada, puede que incluso menos que Kerstin. Su cuerpo de niño despierta en mí una ternura que me apresuro a sofocar.

—¡Joder, maldita sea, amigo, haz el favor de moverte! Pronto hará cinco minutos que el campamento no está vigilado, ¿crees que a los suboficiales les alegrará saberlo?

Harald menea la cabeza, cierra los ojos y vuelve a tumbarse.

—No quiero.

Pierdo la paciencia y grito:

—¡Levántate y cumple con tu deber!

Erik rezonga a su vez y me dirige un insulto antes de volverse.

—Sí, hombre, deja de vociferar así —me implora Harald.

Me quito el abrigo de pieles y se lo tiendo.

—Toma. El fusil está justo delante de la tienda. Va, sal ya, el tiempo apremia.

Harald acaba por levantarse. Se arropa, se encasqueta el sombrero, se desplaza sin ruido hasta la abertura de la tienda y se vuelve hacia mí. Solo diviso el blanco de sus ojos. Parece aterrorizado.

Me quito las botas, me desplomo en mi catre y me cubro hasta las orejas. Pese a estar extenuado, tardo en dormirme. Primero mis manos y mis pies deben entrar en calor, necesito largo rato antes de sumirme en un sueño agitado.

Una semana entera haciendo las guardias... Al cabo de tres noches ya no soy el único en tenerla tomada con Harald, cuyo comportamiento se vuelve cada día más preocupante. Ya de regreso de su primera guardia parecía desproporcionadamente agotado, habida cuenta de en qué consiste la actividad en cuestión. Duerme mal, se muestra nervioso, y una noche evoca la oscuridad alrededor del campamento, a los enemigos invisibles que allí se ocultan y los extraños ruidos que oye por la noche en el bosque.

Habla entre risas, nos mira y busca en nuestros ojos algún asentimiento.

—¡No lo habéis oído! Todo chirría y cruje, se diría que el bosque entero está poblado de duendes y trols. O de rusos, que solo esperan a arrojarse sobre nosotros...

—Déjalo correr, Harald. Los rusos todavía no han cruzado la frontera — replica Erik, irritado.

Harald sigue sonriendo como si no hubiera oído nada.

—¿Os lo imagináis? ¡Tal vez me toque a mí defenderos cuando lleguen

aquí!

—Ahora te estás apuntando un tanto —admite John.

Harald no se lo toma a mal; de hecho, el comentario no tenía por objeto ofenderlo. Pese a lo buen estudiante que es, jamás se convertirá en un soldado digno de tal nombre. Sin haber dicho palabra, todos estamos de acuerdo en ese punto, y Harald no es lo bastante idiota para no darse cuenta por sí mismo.

—No hay nada en el bosque, de manera que basta de elucubraciones —lo corto bruscamente.

Al instante lo lamento, pues salta a la vista que lo he herido. John me dirige una mirada cargada de reproche; debo moderar mis palabras a fin de que Harald pueda aguantar las tres últimas noches. Vuelvo a tomar la palabra, esta vez para animarlo:

—Vas a conseguirlo. El sábado quedarás libre y lo celebraremos. Piensa en ello cuando hagas la ronda. Encasquétate bien el sombrero hasta las orejas y dejarás de oír ruidos raros.

Creía que mis palabras apaciguarían a Harald, pero tras la guardia siguiente vuelve a empezar. Irrumpe en la tienda, justo antes de las dos de la madrugada, como si hubiera visto al diablo en persona.

—¡Nunca más! —exclama arrojando el fusil de cualquier manera, sin contemplaciones.

Respira tan fuerte y arma tanto escándalo que todo el mundo se despierta.

—Pero ¿se puede saber qué cojones haces, mierda? ¿Estás mal de la cabeza o qué? —grita Erik.

Por mi parte, lucho por no salir del sueño; apenas acabo de dormirme. Tengo la sensación de pesar toneladas y mis párpados parecen de plomo. Sin embargo, el guirigay en la tienda se amplifica y, cuando oigo a John

amenazar a Harald con atizarle un bofetón, acabo por asomar. Apoyado en los codos, percibo su pálido rostro, los ojos desorbitados, y de inmediato veo que no está fingiendo. Lisa y llanamente, está aterrorizado.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto.

Harald permanece mudo y se cubre la cara con las manos.

—No puedo más —murmura—. Estar solo ahí fuera durante horas... ¡No lo consigo, es demasiado peligroso!

—No es posible, estoy soñando... —gime John tumbándose de nuevo.

Axel ha perdido su sangre fría, nunca lo había visto así, le tiembla la voz.

—¿Nos despiertas solo porque te da miedo la oscuridad? ¡También yo he de hacer mi guardia y necesito dormir!

—Dame el abrigo —gruñe Erik arrancándoselo a Harald sin contemplaciones.

Este cae de rodillas.

Permanece así largo rato. Erik sale de la tienda y volvemos a acostarnos. Apenas se ha hecho de nuevo el silencio cuando Harald empieza a hablar otra vez de la oscuridad. Me suplica que le eche una mano.

—Haré cuanto quieras. Te pagaré... Puedes contar con mis cigarrillos, dinero, todo lo que quieras, pero te lo ruego, hazme la guardia —me implora.

John lo interrumpe antes de que yo tenga tiempo de contestarle.

—Georg no puede montar guardia cuatro horas seguidas. Moriría de frío. No puedes pedirle eso. Se trata de tu guardia y debes asumir solo esa responsabilidad.

Me quedo sorprendido y muy reconocido a John por haber intervenido. Parece sentir apego por mí y me alegra no tener que cargar solo con la angustia de Harald. Al fin y al cabo, todos remamos en la misma galera.

Harald no logra recuperar la calma. Tengo la sensación de oírlo cuchichear para sí mismo. Me tapo los oídos.

Con todo, Harald parece haberse tomado en serio las palabras de John, pues a la noche siguiente se mantiene tranquilo. Acabada su guardia, se desliza en la tienda sin decir palabra, tras haber depositado con cuidado el fusil a la entrada. Se lo agradecemos mucho y me digo que es bueno para Harald verse zarandeado de vez en cuando.

Nuestro «castigo» llega a su fin, es nuestra última noche de guardia y, mientras camino de un lado a otro a través del campamento dormido, pienso en Kerstin. Evoco el invierno pasado, cuando empezamos a salir con regularidad. Pasábamos los domingos patinando en el lago Pildammarna; luego íbamos a tomar un café y comer pasteles. A veces también íbamos al cine, pero la única película que recuerdo es *Robin de los bosques*; me sentí irritado porque Kerstin había sucumbido a los encantos de Errol Flynn y su ridículo bigotito a lo Clark Gable.

Sí, hace un año apreciaba el invierno, el frío, la nieve y el aire vivificante. Estaba enamorado y me sentía despreocupado. Ahora bien, el invierno en Norrland, solo en medio de la nada, es algo muy distinto. Consigo rememorar el rostro y el cuerpo de Kerstin, retener un instante su imagen.

Cuando llega por fin la hora del relevo, Harald ya está despierto, tumbado, esperándome. Parece tranquilo. Me desabrocho el abrigo de pieles y se lo entrego; me hace una seña con la cabeza y desaparece en la noche sin una palabra.

Apenas acabo de adormecerme, cuando unos disparos nos arrancan del sueño. Al instante siguiente, fuera se arma un alboroto. No cabe la menor duda: el enemigo ha atacado, el campamento se halla en peligro. En la más absoluta oscuridad, ciento veinte hombres se esfuerzan por recuperar sus armas y sus botas; muchos son presa del pánico, reina el caos.

—¡Nos están disparando!

—¡Los rusos han llegado!

Nos afanamos por saltar de los catres y la ramiza de abeto. Erik es el primero en salir; John le pisa los talones, seguido de Axel, y en el momento en que asomo la cabeza al exterior, suena otro disparo.

Los soldados corren en todas direcciones en la oscuridad; algunos buscan un refugio, otros intentan averiguar de dónde vienen los disparos. La confusión es total, me quedo paralizado unos instantes, impotente. No nos han preparado para esto, se suponía que los rusos aún no habían cruzado la frontera.

—¿Cuántos son? —pregunta un soldado, jadeante, que me adelanta corriendo.

—¡No tengo ni idea, pero viene del bosque! —grita otro.

Un instante después Chapman sale del barracón del capitán pistola en mano, con el abrigo abierto y las botas sin atar.

—¡Formación! —vocifera.

Al ver que nadie lo escucha, dispara cuatro ensordecedores tiros al aire.

—¡Formación!

Al minuto siguiente la mayoría de los soldados han formado filas frente a él, pero a muchos les cuesta permanecer en el sitio. Nos hacemos muy pequeños y miramos sin cesar por encima del hombro, temerosos de que nos disparen por la espalda.

—¿Dónde está el soldado de guardia? —pregunta el teniente.

Nadie está en situación de responderle. No hay ni rastro de Harald; reina un silencio repentino.

—¡Han matado a nuestro centinela! —cuchichea uno.

El rumor se extiende con tal rapidez que Chapman se ve de nuevo obligado a desgañitarse.

Entre tanto, Wahl y Brandt se han unido a él.

—¡Silencio en las filas! —ordena Wahl—. ¿Quién está de guardia?

Mis camaradas y yo nos miramos de hito en hito; Axel da un paso al frente y responde:

—Harald Möller, mi subteniente.

Apenas ha pronunciado su nombre cuando un nuevo disparo suena a nuestra espalda.

Todo el mundo se agacha y se vuelve. Una silueta sale del bosque y se acerca. Es imposible distinguir su rostro a esta distancia, pero todos advertimos que lleva un fusil.

—¡Alto o disparo! —grita Chapman.

Apunta con la pistola al hombre, que se para en seco y levanta las manos. De inmediato reconozco a Harald, que suelta el fusil.

—¡No dispare! Soy yo, Harald. Harald Möller.

Murmullos de estupor surgen de las filas; por su parte, Chapman no parece demasiado sorprendido, ordena a Harald que se acerque. Este obedece, siempre manos arriba. Chapman no deja de apuntarlo hasta que llega a nuestro lado.

—¿Por qué ha disparado?

Ruego por que Harald proporcione al teniente una explicación coherente; por ejemplo, que ha visto lo que le han parecido rusos y ha abierto fuego.

—Yo... he creído oír unos ruidos raros, por allí, en el bosque. De manera que para no correr riesgos...

—Ha disparado al vacío —concluye Chapman por él—. ¿Finalmente había motivo para abrir fuego?

El silencio es opresivo. Tiemblo a la espera de la respuesta de Harald.

—No, mi teniente. No era nada —dice con absoluta sinceridad.

Chapman ni siquiera tiene tiempo de responder, cuando una voz grave se deja oír a nuestra espalda.

—Teniente Chapman, ya me ocupo yo.

Cedrenius se abre camino a través de las filas de soldados y se sitúa frente a Harald.

—Así que es usted. ¿Por qué será que no me sorprende?

Antes de que nadie pueda reaccionar, el capitán agarra a Harald por el cuello del abrigo y lo levanta. Tiene un aspecto ridículo, colgando así en el aire, pero nadie ríe. Cedrenius lo mantiene en esa posición un instante más, sin mostrar el menor signo de cansancio, y luego lo suelta.

—Ha disparado sin motivo durante la guardia. Ha creado el pánico y el desorden en el campamento, ha malgastado municiones y es incapaz de proporcionar una explicación válida. Según usted, ¿cómo juzgará el tribunal militar a alguien de su especie?

—Yo... no lo sé —admite Harald con voz temblorosa—. Ha sido un error. ¡Un accidente!

Cedrenius asiente despacio, antes de inclinarse hacia Harald y gritarle a la cara:

—¡Estamos en guerra!, ¿o es que no se había enterado?

Todo el mundo —Chapman incluido— se sobresalta. Harald recuerda más que nunca a un niño grande y aterrorizado, pillado en falta, y que no tiene el buen sentido de callarse.

—He tenido miedo —farfulla, con voz cada vez más aguda—. Me ha parecido oír ruidos. Y, además, ¡ya había dicho que no podía más con estas guardias!

—¡Silencio! ¡No está en posición de contestar! Debo encontrar un castigo adecuado para usted, con el fin de que tanto usted como sus camaradas aprendan a reflexionar antes de actuar. Venga conmigo.

Sin esperar respuesta, Cedrenius gira sobre sus talones. Harald se queda quieto, como petrificado, hasta que Chapman le asesta un golpe en la espalda. Me esfuerzo por interpelar a mi camarada en el momento en que pasa por

delante de mí, pero mis palabras de consuelo se quedan atascadas en el fondo de mi garganta. Lo único que puedo es asistir impotente, al igual que los demás, a la desaparición de Harald en el barracón de Cedrenius.

Durante la formación, varias horas más tarde, ni Wahl ni Chapman evocan los acontecimientos de la noche, y después de desayunar debemos ponernos en camino, como de costumbre. Por mucho que Harald consiga irritarme a menudo, siento gran malestar ante la idea de saberlo encerrado en ese barracón con Cedrenius. ¿Qué le estarán haciendo exactamente? ¿Pegarle, privarlo de alimento, obligarlo a hacer flexiones hasta el desmayo? Como la puerta permanece cerrada, solo podemos hacer suposiciones.

Volvemos al campamento poco antes de mediodía, congelados, con pies y manos enrojecidos por los sabañones. Comemos de pie, junto al fuego, cerca del almacén de la ropa. Estoy a punto de acabarme el estofado ya congelado cuando un tipo de Norrland llamado Sven Fahlgren se me acerca.

—Siento mucho lo de vuestro camarada —dice en voz baja, señalando con el mentón el barracón de Cedrenius—. ¿Sabes lo que ha ocurrido exactamente?

Suspiro.

—La verdad es que no. Se ha comportado de un modo raro toda la semana. Decía que las guardias se le habían hecho insoportables. Y, sin embargo, solo nos quedaba una noche... No tengo la menor idea de qué mosca le ha picado.

—¿Y si realmente hubiera oído algo en el bosque?

—¿Te refieres a los rusos? No, creo que su imaginación ha debido de

gastarle una mala pasada. Ya sabes lo largas y aburridas que son las guardias. Cuando caminas tanto rato, con ese frío, es fácil que se te ocurran cosas.

—Cierto. No todo el mundo lo aguanta.

Está a punto de girar sobre sus talones, cuando lo retengo.

—Llevas aquí desde diciembre, ¿no es eso? ¿Cómo es posible que haya tan pocos suboficiales en Svartnäset?

—Podría ser que el ejército no hubiera formado a los suficientes. Por otro lado..., sin duda has oído hablar de esa historia... —Vacila mirando a su alrededor—. A decir verdad, antes teníamos otro subteniente. A Cedrenius no le caía bien. Desapareció justo antes de Navidad. Poco después Brandt fue destinado aquí.

—¿Desaparecido, dices? ¿Y por qué?

—Lo ignoro. Tengo la impresión de que se iba demasiado de la lengua. Por ejemplo, criticó el hecho de que nos obligaran a caminar todos los días sin el equipo adecuado... —Me dirige una mirada entendida y baja un poco más la voz—. La otra explicación es que sencillamente Cedrenius no quiere compartir el poder. Y sobre todo no con oficiales que escapan a su control...

—¡Pero no es más que el capitán de una simple compañía!

Fahlgren exhibe una sonrisa guasona.

—En efecto. Pero, ¿qué quieres?, tiene ambiciones.

Al día siguiente nos aguarda una sorpresa. No es Chapman sino Cedrenius en persona quien dirige la formación. Se trata de la primera vez y sabemos que no es buena señal. Cuando pasa por delante de mí, aguanto la respiración y miro al frente; no repara en mí. Constato que es mayor de lo que creía. Tiene el rostro cubierto de arrugas, más profundas alrededor de los ojos y de la boca; en las sienes, su cabello es gris.

Se ventila la inspección con tal rapidez que da la impresión de que no se la

toma realmente en serio. Sin embargo, en lugar de dejarnos romper filas, nos da una orden inesperada: debemos ir al bosque y volver con una rama cada uno. Nos quedamos boquiabiertos y, como tardamos en ponernos en movimiento, pierde la paciencia:

—Vosotros, los hombres de Norrland, sabéis a lo que me refiero. Se trata de la misma ramiza de abedul que utilizáis en vuestras interminables sesiones de sauna. ¡Hala, adelante, en marcha! Tenéis cinco minutos, yo os espero aquí. Los rezagados serán castigados: ¡cincuenta flexiones en la nieve!

Sin más dilación, subimos la pendiente, en lo alto de la cual empieza el bosque.

—Mierda, ¿qué estará tramando esta vez? —rezonga John.

—En todo caso —digo—, no se tratará de una sesión de sauna.

Apenas cinco minutos después nos encontramos de nuevo frente a Cedrenius, en posición de firmes. Algunos han encontrado ramos, otros acarrean lo que más bien parece la mitad de un árbol entero. El capitán camina de un lado para otro y pasa revista a las ramas, asegurándose de que todos hayan recogido una. Luego nos ordena que nos dispongamos en dos hileras, frente a frente, a un metro de distancia. Obedecemos y aguardamos en la nieve.

Cedrenius va y viene entre las dos hileras y las ajusta hasta que se siente satisfecho.

—Nos hemos reunido aquí a fin de aplicar el castigo que el soldado Harald Möller se merece, por haber dado prueba de negligencia y haber abierto fuego de forma desconsiderada. Con tales actos, Möller provocó el desorden y puso vidas en peligro. Por eso el castigo debe ser especialmente severo.

Unos murmullos inquietos surgen entre las filas, pero cesan en cuanto Cedrenius se vuelve para identificar a los alborotadores. Al instante siguiente, la puerta de su barracón se abre; Chapman y Brandt salen por ella

flanqueando a Harald, que avanza con paso vacilante y la cabeza gacha. Lleva el abrigo abierto y la cabeza descubierta. Me siento dividido entre el alivio de volver a verlo y cierto malestar ante la idea de lo que se prepara. Chapman y Brandt lo llevan a presencia de Cedrenius, quien, lleno de autoridad, prosigue:

—Las faltas graves deben a todas luces ser juzgadas por el tribunal militar. Sin embargo, nos encontramos aquí, en plena campiña, lejos de las autoridades; la inminencia de la guerra se precisa día a día. En momentos así, hay que saber hacer ciertas excepciones. Lo que significa que, en mi calidad de capitán, me corresponde poner en práctica el castigo de que debe ser objeto el soldado Möller.

Cedrenius ordena a Harald que se ponga erguido y lo mire a los ojos. Harald obedece, pero cuando levanta la cara parece completamente perdido; se diría un sonámbulo, y me pregunto si es siquiera levemente consciente de lo que está a punto de ocurrirle. Cedrenius vuelve a caminar de un lado para otro; finge meditar sobre una decisión difícil, pero nadie se engaña al respecto.

—¿Sabían ustedes que uno de los castigos más habituales y más eficaces en el ejército sueco, la carrera de baquetas, fue abolido en mil ochocientos doce? En la práctica, la carrera de baquetas perduró largo tiempo y, en mi opinión, abolir ese castigo tan disuasorio para los criminales fue un error. El número de reincidencias entre los malhechores sometidos a dicho tratamiento era muy escaso.

Nadie chista, pero he visto a Wahl estremecerse al oír la palabra «baquetas». En este momento mira a Cedrenius con incredulidad. El vientre me arde y de repente siento la necesidad de aliviarme. Mi frente se cubre de un sudor frío, que casi instantáneamente se transforma en escarcha.

Tras hacer una pausa, Cedrenius prosigue, dirigiéndose a Harald:

—Soldado Möller, por su crimen, lo condeno a caminar entre estas dos hileras de soldados. Tendrá que efectuar, al paso..., está prohibido correr..., dos idas y vueltas entre sus camaradas, que se servirán de sus ramos para azotarle la espalda. Los que no obedezcan serán castigados. Möller, haga el favor de desnudarse de cintura para arriba.

Murmullos de asombro y de indignación surgen de las filas. Wahl parece aterrorizado, pero Harald, que al parecer lo ha captado todo, no protesta. Sin más dilación, se quita el abrigo y los jerséis; los murmullos se intensifican.

—¡Silencio! —vocifera Cedrenius volviéndose hacia nosotros—. Los que no obedezcan pueden ir directamente al calabozo. ¡Soldados!

Como en un sueño, veo a mis camaradas sujetar sus ramos, flojamente en un primer momento, luego cada vez con mayor firmeza. Por mi parte, sé que no lo utilizaré. En el ínterin, Harald, medio desnudo, con la piel del delgado cuerpo azulada por el frío, se ha colocado en posición. Parece aturdido, como bajo los efectos de una droga. Cuando Chapman le da un capirotazo en la espalda, empieza a avanzar a paso lento. Parece tener dificultades en mantener el equilibrio; en varias ocasiones tiende las manos para no caer hacia delante.

Da un paso, luego otro. Está pálido como un muerto y temo que en cualquier momento se quede en el sitio. A quienes se cruzan con su mirada debería resultarles imposible golpearlo y, sin embargo, la mayoría acaban por hacerlo. Cedrenius nos arenga:

—¡Golpead! ¡Golpead os digo, hatajo de nenazas!

Harald se encuentra ahora muy cerca, distingo el sudor en su frente y el grito mudo en el rostro. Se acerca, levanto el brazo... «¡Que Dios me perdone!»

Solo pretendo rozarlo y crear la ilusión de que obedezco las órdenes. Ni

siquiera tengo tiempo de levantar el brazo cuando sobreviene un hecho inesperado. Wahl acaba de interponerse.

—¡Basta! —dice.

De inmediato, Axel, John y algunos otros forman corro alrededor de Harald. Uno de ellos —uno de Norrland, creo— se quita el abrigo de pieles y se lo echa sobre los hombros. Al instante siguiente Wahl se planta ante Cedrenius en posición de firmes.

—Ya es suficiente, mi capitán. Möller ha recibido su castigo.

—Pero qué diablos... ¡Tiene que hacer dos pasadas, joder, son las órdenes! —grita Cedrenius, ofendido.

—Es imposible, mi capitán. Mírelo. Si sigue adelante morirá.

Entre tanto, Harald se ha desplomado. Axel y los demás lo sujetan pero parece haberse desmayado. La mayoría de los soldados han soltado las ramas. Hago lo mismo. En el suelo, a mis pies, se ha formado un charco maloliente; no he podido resistir la presión de mis entrañas, ni siquiera he reparado en la mierda que me corre por las piernas.

Cedrenius está furioso. Se lo ve pálido, con las mandíbulas apretadas. No obstante, finalmente al cabo de unos segundos se vuelve hacia Wahl.

—De acuerdo, subteniente. Ha tenido su castigo, y tardará en olvidarlo. — Luego, volviéndose hacia nosotros, añade—: ¡Y vosotros también! La próxima vez quizá sea vuestro turno, ¡así que andaos con cuidado!

—¡Bien, mi capitán! —lo corta Wahl con un saludo militar.

Dicho gesto tiene por objeto que Cedrenius no quede en ridículo ni su orgullo resulte herido, a fin de que gire sobre sus talones y se marche. Sin embargo, no nos suelta con tanta facilidad. Acaba de experimentar un fracaso y alguien debe pagar por ello.

—Lo lamentaré, Wahl.

Somos pocos los que lo oímos.

Mientras los demás se ocupan de Harald, salgo pitando hacia nuestra tienda, agarro unos pantalones limpios y corro a cambiarme al bosque. Tiro los otros, desanimado: quiero olvidar por siempre jamás mi humillación, así como la de Harald. Por orden de Wahl, lo llevan a la tienda que hace las veces de enfermería, donde un hombre competente, farmacéutico en la vida civil, se hace cargo de él.

Varios días más tarde, Harald regresa entre nosotros. Ha perdido varios kilos, está más pálido que antes, pero, aparte de eso, no se lo ve demasiado maltrecho. Nos cuenta que ha tenido fiebre alta durante varios días, que el farmacéutico, Rosengren, se ha ocupado muy bien de él. Le curó las heridas y lo hizo tomar caldo hasta que le volvió el apetito. Las heridas no eran profundas, de hecho ya se están cerrando: tiene la espalda cubierta de costras negras y rojas.

El descanso y la estancia en la enfermería parecen haberle sido beneficiosos. En todo caso, ha recuperado cierta serenidad, ya no es la bola de nervios que empezó a liarse a tiros en plena noche. Naturalmente, nos preguntamos qué pudo pasar cuando estaba con Cedrenius, pero en un primer momento Harald prefiere no hablar de ello. Cuando lo interrogamos al respecto se escapa por la tangente, alegando que no lo recuerda muy bien.

—¡Pues algo debes de recordar, maldita sea! Pasaste más de veinticuatro horas en ese barracón —dice Erik.

Al cabo de un rato Harald empieza a largar, con voz vacilante.

—No me acuerdo de todo. Es la verdad. Me hizo sentar en un taburete en medio de la estancia; debí de dormirme o bien me dio un patatús mientras me hablaba. La cosa se produjo cierto número de veces. Estoy casi seguro de que en un momento dado me encontré en el suelo.

—¿Te golpeó? —quiere saber John.

—No, no creo. Sí, puede que una vez, cuando me caí del taburete. Me abofeteó para que lo escuchara con mayor atención. Aparte de eso, se limitó a hablar.

—¿Chapman estuvo presente todo el tiempo? —pregunta Axel.

—Sí, prácticamente. Jugaban al ajedrez. Cedrenius tiene un bonito tablero, ganó casi todas las veces. O bien Chapman es un negado o no quiso vencer a su superior. En cierto momento Chapman se fue a descansar; el capitán, por su parte, no dejó de hablarme y no durmió ni un segundo.

—¿No durmió nada durante todo ese tiempo? —exclamo.

—Creo que no.

—La falta de sueño puede hacer perder la razón a cualquiera. Solo a un loco se le puede ocurrir semejante suplicio —rezonga Erik.

Harald se pone en cuclillas y nos pide que no levantemos tanto la voz.

—Entonces, ¿qué fue lo que te dijo? —pregunta Axel, impaciente.

—No lo entendí todo. Pero hablaba mucho del soldado sueco, sin igual en Europa, tal vez en el mundo entero...

Axel suelta una risa sarcástica.

—Y de lo que nos distingue de los demás militares, nuestra gran lealtad y el amor a la patria —prosigue Harald—. Pero también de los individuos nocivos que tratan de neutralizar esas fuerzas y de... ¿Cómo lo expresaba? «Sembrar la cizaña y la rebelión entre los bravos soldados.» Sí, eso es.

—En tu opinión, ¿qué quería decir con eso? —inquire John.

—Pues bien —responde Harald—, tal vez que las malas compañías llevarían a los soldados a desafiar la jerarquía... Puede que se volvieran lentos, recalcitrantes; siempre machacaba sobre lo mismo. Y que ese era el primer signo de gangrena. Sí, tuvo la gentileza de explicarme que yo debía servir de ejemplo, a fin de evitar que *la gangrena se extienda* entre vosotros.

Nos miramos estupefactos. Tras un breve silencio, pregunto a Harald si

Cedrenius dijo alguna otra cosa.

—Sí... Él y Chapman hablaron mucho del glorioso pasado de Suecia. Para entonces yo ya no escuchaba realmente. Hablaban sobre todo de la guerra. De los alemanes y de la máquina de guerra alemana en especial.

Axel carraspea y levanta el dedo índice.

—Déjame adivinar. Aunque los alemanes son nuestros enemigos y en este mismo momento probablemente están planeando la invasión de Suecia y de los países nórdicos en general, esos dos no pueden evitar sentir admiración por la eficacia brutal de Hitler y de su ejército. A saber: ¡disciplina, fuerza, organización!

Durante un momento reina el silencio, mientras Harald reflexiona.

—Sí, algo así.

—No creo que esa clase de opiniones sean raras entre los oficiales suecos, muy al contrario —comenta John con gravedad—. Ya lo observé hace algunos años, cuando llamaron a mi quinta.

—Hay otra cosa —recuerda Harald—. Cedrenius me propuso un castigo menos duro: pasar una sola noche en el calabozo, a cambio del nombre de un simpatizante de izquierdas presente en Svartnäset. «Sin duda, soldado Möller, habrá oído hablar de política a sus camaradas.» Eso fue lo que me dijo.

—¿Te pidió que nos espieras?

—Intentaba convencerme de que con eso prestaría un gran servicio a la patria. Se mostraba muy elocuente, estuve a punto de creérmelo. Entonces le dije la verdad. Que todos erais gente honesta y sin historia. Se enfadó y gritó que estaba mintiendo.

Se vuelve, con lágrimas en los ojos.

—¡Mierda! —exclama Erik—. Mira que ir a parar aquí, qué mala pata... ¡Mierda!

Se levanta y se pone el abrigo y el sombrero.

—Necesito tomar el aire —suelta brevemente antes de salir.

Lo entiendo. Con esta conversación la tienda se ha vuelto todavía más claustrofóbica e irrespirable que antes.

El ambiente se ha degradado ostensiblemente desde el episodio de la carrera de baquetas. Vemos muy poco al subteniente Wahl; corre el rumor de que le han asignado un sinfín de tareas administrativas; sin duda, para Cedrenius se trata de una manera de hacerle pagar su insolencia. En cambio, el capitán se hace más presente; en las formaciones, en los ejercicios de tiro, en las comidas, durante algunas de las marchas. Pese a que no participe ni nos dirija la palabra, sentimos clavada en nosotros, en todo momento, su mirada penetrante.

Tras la formación de la noche, siempre hace un discurso. Camina de un lado para otro, con las manos a la espalda, y denuncia a aquellos a quienes la patria les importa un bledo, a los marginales, a los comunistas y otros agitadores. Nos habla de campamentos secretos adonde envían a esa clase de hombres, «esos perros». Según él, uno de tales campamentos no se encuentra muy lejos de aquí.

En el curso de esas alocuciones extrañas e intimidatorias, Chapman permanece en un aparte, sin decir palabra, y parece más bien incómodo. Son discursos difíciles de descifrar, pero, aunque no hayamos cometido nada reprehensible, tienen el efecto de hacernos sentir vagamente culpables.

Cedrenius nos observa durante los ejercicios y toma notas en un pequeño cuaderno rojo, cuyo contenido solo podemos imaginar y temer.

El mes de febrero se nos hace eterno. Las trifulcas y las peleas son cada vez más frecuentes. Estamos hartos de pasar frío, del agotamiento, de que siempre nos duela algo; ya no soportamos el aislamiento, sea físico o psicológico. En dos meses no hemos podido ni escuchar la radio ni telefonar. Si el resto del mundo se viniera abajo, ni siquiera nos daríamos cuenta.

Mis camaradas y yo nos esforzamos por mantener un perfil bajo en el curso de esas agotadoras semanas. Sabemos que Cedrenius no nos quita ojo y no queremos darle motivos de disgusto. Caminamos y realizamos todos los ejercicios sin una queja. Se trata de aguantar, de sobrevivir. A principios del mes de mayo volveremos a casa, puede que incluso antes. John marca los días en su agenda y, en los momentos de desánimo, nos recuerda la próxima liberación.

Un día nos llega una entrega de trineos, lanzagranadas, fusiles más modernos y gran número de uniformes de tallas disparatadas, repartidos sin tener en cuenta nuestras medidas. Dichos uniformes apenas protegen del frío, pero estamos obligados a llevarlos; los suboficiales no quieren oír recriminaciones ni a ese respecto ni en relación con los abrigo de pieles y las botas, que siguen brillando por su ausencia.

Ni señal de la llegada de la primavera, muy al contrario: a finales del mes de febrero las temperaturas vuelven a caer. Brandt nos obliga a hacer largas marchas, y cuando volvemos al campamento, tenemos las mejillas y la nariz cubiertas de manchas blancas. Esas heridas dejan marcas similares a las que produce la viruela; mi rostro se cubre de cráteres, de rugosidades, y se tiñe de una gama de colores que van del blancuzco al violeta. Cuando las heridas de mis orejas cicatrizan, descubro que uno de los lóbulos ha desaparecido, como si hubiera sido roído por el frío. Ni siquiera me había dado cuenta.

Dos soldados son enviados a Boden, la gravedad de sus heridas supera las competencias del farmacéutico Rosengren; dispone de muy poco material, vendas de gasa, talco, varias cajas de aspirinas, un termómetro y un poco de sulfamida. Tras las largas marchas, permanece en vela hasta bien entrada la noche para curarnos. Derrite nieve en un hervidor para lavar las heridas y las venda con gasa. Cada paciente tiene asimismo derecho a dos aspirinas.

Me he herido gravemente en el pie derecho. Rosengren me advierte que cojearé largo tiempo, tal vez hasta el fin de mis días. Me aconseja que no piense demasiado en ello.

—Cojear confiere a un hombre cierta distinción. Sobre todo si ha hecho la guerra —dice para consolarme, antes de asegurarme que no necesitaré ir a Boden.

—Yo no he hecho la guerra —replico.

Kerstin y yo nos escribimos como si mi regreso fuera inminente. Dice que entonces buscaremos un nuevo piso y me hace partícipe de sus grandiosos planes de decoración. Finjo compartir su entusiasmo, interesarme por las cortinas, muebles y alfombras que le gustaría comprar, pero en realidad no puedo evitar sentirme irritado por la ingenuidad y despreocupación de sus cartas. Kerstin suele quejarse de su situación, sin tener en cuenta las duras pruebas por las que paso aquí.

En parte es culpa mía. Deliberadamente he omitido los peores detalles a fin de ahorrárselos. De todos modos, tampoco puede hacer nada. Si adivinase hasta qué punto estoy mal, se preocuparía mucho. No digo nada sobre mi pie ni menciono los sabañones salvo de pasada. «Aquí le sucede a todo el mundo», escribo, cosa que es verdad.

A principios del mes de marzo recibo un paquete de Kerstin. Impaciente,

desato el cordel con los dientes y rasgo el papel de estraza. Un jersey grueso, varios calcetines de lana y otro par de guantes, ropa interior limpia y camisetas, unos cuantos pañuelos multicolores, una bufanda a rayas, polainas, un sombrero y una gorra de invierno con orejeras, que lamentablemente me está pequeña; tal vez Harald pueda llevarla.

Y también una bolsita de tabaco. El tabaco es la divisa más fuerte en el campamento, podré procurarme a cambio más comida. Kerstin ha añadido asimismo un bizcocho, congelado. Lo pongo delante de la estufa para que se descongele. Cuando saco la ropa nueva para sacudirla, un objeto centelleante y rosado cae al suelo y desaparece en el revoltijo de mantas y ramiza de abeto. Me veo obligado a buscar largo rato hasta que encuentro un collarcito de perlas rosadas de cristal, el que Kerstin lleva siempre. ¿Por qué me lo habrá enviado?

Lo miro brillar, algo tan singular en la oscuridad de la tienda, trato de percibir su olor..., sí, capto vagamente un perfume floral, el de Kerstin. Tengo miedo de que el collar se rompa entre mis dedos entumecidos. Mi mujer habrá querido enviarme un poco de su presencia, algo que reconocería de inmediato y podría llevar conmigo en todo momento; un talismán.

Dios sabe cuánto lo necesito. Me guardo el collar en el bolsillo del pecho, el más cercano al corazón.

Sigo teniendo la ambición de convertirme en el mejor amigo de John. Gracias a sus grandes cualidades, tiene numerosos admiradores en Svartnäset. Es un excelente soldado y me gustaría demostrar que soy tan diestro, competente, valeroso y diligente como él. Solo muy raramente lo consigo. En algunos momentos ignora mi presencia, pero a veces me gratifica con una cálida sonrisa o una palabra amable. Son esos instantes los que guardo en mi memoria como un bien preciado.

Un día, nos envían al bosque a talar árboles. Debemos apilar los troncos al borde de la carretera en un montón, fácilmente accesibles a fin de poder bloquear el camino si el enemigo llega a cruzar la frontera. John y yo talamos cuatro árboles entre los dos. Se trata de una ardua tarea y pronto nos quedamos sin aliento. A nuestro alrededor otros se dedican a la misma labor; el ruido de las sierras y las hachas resuena en el bosque. Los árboles, congelados, resultan más frágiles que de costumbre. Se rompen en pequeñas astillas bajo nuestros hachazos y al caer provocan un torbellino de nieve en el que desaparecemos por completo. Un aroma dulzón a savia emana de los troncos.

Sudamos la gota gorda. Hemos preparado una pequeña hoguera, justo al lado, para calentar de vez en cuando la hoja de las hachas. No tarda en dolerme la espalda, las manos, todo el cuerpo, pero no dejo que se note. Muy al contrario, redoblo los esfuerzos. Es la ocasión soñada para demostrar a John de lo que soy capaz. Y, al revés que otros, no me quejo de las herramientas que nos han suministrado: una sierra desafilada y un hacha oxidada.

Cuando terminamos la noche ya ha caído. Debemos dejar allí los troncos hasta el día siguiente; varios de nosotros vendremos a despojarlos de ramas y ramiza antes de apilarlos al borde de la carretera. Tengo agujas de abeto en el cuello, y las manos cubiertas de ampollas. Al igual que los demás, me siento extenuado, pero cuando Harald solicita mi ayuda —lucha por acabar con su último árbol—, le cojo la sierra sin decir palabra y los ayudo, a él y a su camarada, a terminar el trabajo.

Al dirigirnos hacia el campamento, John me rodea los hombros con el brazo.

—Bravo, Georg.

Por dentro me siento exultante.

—He tenido suerte al formar equipo contigo —dice apretando brevemente el abrazo—. Con alguien más débil no habría sido posible.

Sonríe y me hace un guiño. Silenciosos y cómplices, recorreremos el resto del breve trayecto. Siento una especie de plenitud ante esa proximidad, esa benevolencia recíproca. Me consta que este momento será uno de mis escasos buenos recuerdos de Svartnäset.

Lamentablemente, tal estado de gracia es de breve duración. Pocos días después, por la tarde, mientras conversa con Sven Fahlgren y Erik, trato de atraer su atención; me envía literalmente a paseo.

—Mierda, ¿por qué me sigues siempre como un perro faldero?

Su observación me produce el efecto de una bofetada. Erik se carcajea, Fahlgren parece incómodo; corro a refugiarme en la tienda. El resto del día me las arreglo para evitar a John, y por la noche viene a presentarme sus disculpas. Sencillamente estaba cansado, aclara. Está harto de Svartnäset y se preocupa por sus seres queridos. No puede evitar preguntarse cómo se las arregla su familia sin él y cómo va el trabajo en la granja.

Le respondo que lo entiendo. Lo tranquilizo como puedo, recordándole que Helena, su esposa, es una mujer espabilada. Sin duda logra salir adelante mejor que las demás, le aseguro, aunque no la conozca. No obstante, mis palabras parecen surtir cierto efecto. Al cabo de un momento John se relaja.

—Tienes razón —dice con un suspiro sonriendo débilmente—. Me preocupo por nada. A propósito..., ¿por qué no vienes a verme a Simrishamn cuando todo esto termine? Sin duda Helena se alegrará de conocerte. Y te enseñaré la granja.

Me regocijo con su invitación..., y lo perdono, evidentemente. Es tan buen tío..., todo el mundo en el campamento lo aprecia, dejando aparte tal vez a los oficiales. Supongo que deseo gozar de rebote de esa popularidad.

El hecho de que nuestra relación se parezca a la que me une a Harald no

me ha pasado por alto. También él se me pega como un perrito faldero, buscando mi amistad tan asiduamente como yo busco la de John.

El 13 de marzo la guerra de Invierno llega a su fin. Finlandia firma un acuerdo de paz con la Unión Soviética. Las condiciones de dicho acuerdo se consideran muy severas para Finlandia. Chapman nos anuncia con aire grave la noticia al día siguiente, al tiempo que nos aconseja no sacar conclusiones demasiado apresuradas en cuanto a nuestro propio futuro.

—Eso no significa que vayáis a volver o que la guerra haya terminado. La amenaza rusa ya no es tan inminente, pero Suecia sigue en peligro. Sabemos que la invasión de Escandinavia forma parte de los planes tanto de Alemania como de Gran Bretaña; si eso ocurriera, de nuevo os necesitaríamos. Tal vez no aquí, puede que en el otro extremo de Norrland, en la frontera noruega. O en la costa sur, hacia Dinamarca.

Una carta de Kerstin es de la misma opinión. En vista de la posición estratégica de su ciudad, los habitantes de Malmö temen una invasión alemana por el sur. Habla del toque de queda general que acaba de entrar en vigor y de los mercadillos previstos en todo el país para el mes de abril, ya que los trastos amontonados constituyen un riesgo en caso de ataque aéreo. Según parece, han dispuesto alambradas de espino en el puerto de Malmö, a todo lo largo de la costa, y aquí y allá han instalado refugios antiaéreos.

No reconocerías tu ciudad. Hay alambradas de espino y casamatas a todo lo largo de nuestras bonitas playas, incluso en Ribersborg. Han instalado una ametralladora en la plaza Mayor y por todas partes pululan uniformes polacos, franceses, ingleses y noruegos. Todo el mundo anda de un lado para otro, excepto los suecos. Aquí nos tienes completamente expuestos a los

alemanes, mientras vosotros, los reclutas, resistís ahí arriba defendiendo una frontera que ya no necesita ser defendida. ¿Al final cuándo vuelves?

Pronto procederán a los primeros racionamientos, escribe. Primero el café, puede que también la carne. Por no hablar del azúcar, el tabaco, el té, las especias, el cacao, los huevos, la mantequilla, las telas y los zapatos..., en una palabra, todo lo que hace agradable la vida, según Kerstin.

Su carta me preocupa. He estado tan ocupado en sobrevivir que no he tenido tiempo de preocuparme del desarrollo de la guerra; me siento conmocionado al darme cuenta de hasta qué punto está próxima. Si los alemanes invaden Dinamarca, debo estar allí para defender a Kerstin. Al parecer, la cuestión ya no estriba en saber *si* los alemanes van a llegar, sino *cuándo*. Nadie lo sabe. Mucho me temo que no nos marchemos de aquí a tiempo.

Axel pretende que solo los ingleses pueden parar los pies a Hitler, pero que también ellos quieren invadir los países escandinavos.

—¿Por qué habría de interesarles Suecia? —pregunto.

—No les interesa Suecia en cuanto tal —responde Axel—. Lo único que quieren es impedir que los alemanes se hagan con nuestras materias primas.

Es la hora de comer. Sven Fahlgren y yo hacemos cola en la cantina ambulante. Me confirma lo que ha dicho Axel y no se muestra demasiado optimista. Nadie cree que la guerra haya terminado para Suecia.

—Puede que incluso acabe de empezar —dice Axel.

Parece seguro de sí mismo, sin duda está más informado que yo al respecto. Lo cual no impide que rece por que todos se equivoquen: los periódicos, Chapman, Axel y Kerstin. Ruego por que la guerra llegue a su fin, o al menos por que Suecia no se vea mezclada.

Ya no somos útiles en Norrbotten; quizá nunca lo hayamos sido. Si bien

los mandos no nos dan la menor esperanza de que abandonaremos Svartnäset antes de lo previsto, en las tiendas se oye hablar de regreso y de reencuentros. La frontera finlandesa ya no necesita ser vigilada, de ahí que las marchas y entrenamientos se nos antojen tanto más superfluos.

Chapman parece haber reparado en nuestra impaciencia. Nos recuerda con regularidad que nuestros cuatro meses de incorporación pueden verse prolongados si las circunstancias así lo exigen.

Dado que la guerra de Invierno ha terminado, Brandt y compañía ya no hablan de luchar contra los rusos. En cambio, parecen todavía más frustrados que nosotros por la inestabilidad y la incertidumbre reinantes. Sus voces chorrean desprecio cuando evocan la neutralidad de Suecia y a los políticos que desean evitar a toda costa que el país se vea implicado en el conflicto.

—En lugar de esperar el próximo ataque de los alemanes o los ingleses — dicen—, deberíais elegir vuestro bando desde ahora mismo e ir a luchar como hombres de verdad.

Su impaciencia los lleva a albergar en ocasiones propósitos sorprendentes; algunos compañeros de Brandt, por ejemplo, una vez concluida la incorporación, tienen intención de dirigirse a Alemania y alistarse en el ejército hitleriano.

La mayoría de nosotros no prestamos oídos a tales estupideces. Excepto Axel, que no vacila en pelearse con soldados más altos y corpulentos que él; enfrentamientos que no mejoran un ápice su reputación. La pandilla de Brandt lo apoda «el rusófilo» y a veces «la estrella roja»; la consecuencia de esta aversión mutua le reporta frecuentes sanciones.

De vez en cuando sus amigos nos implicamos, aunque hagamos lo que sea para no destacar. Pese a que no estemos forzosamente de acuerdo con las convicciones de Axel, no podemos quedarnos de brazos cruzados cuando

Brandt lo acosa, y eso que a veces encuentro que merece el severo tratamiento a que lo someten como represalia por sus cáusticas observaciones.

Un día la cosa degenera. Brandt acusa a Axel de insolencia y le ordena que haga una serie de flexiones. Axel acaba justo de terminarlas cuando de pronto Brandt le planta la bota en la espalda y le hunde el cuerpo y el rostro en la nieve.

—Hemos dicho cuatro docenas, no tres —dice Brandt dirigiendo un guiño a sus camaradas, que ríen cómplices.

El cabo mantiene el pie apoyado en la espalda de Axel y le impide levantarse.

—¡Mierda! —maldice John, que se lanza en su dirección.

Nosotros lo seguimos. Los colegas de Brandt intentan cerrarnos el paso y la disputa acaba en pelea; una pelea que tendrá consecuencias inesperadas, tanto para nosotros como para los demás.

Esa misma noche nos convocan a presencia de Cedrenius. Brandt está allí, está claro que se ha chivado. Nos mira con insolencia y con un brillo de triunfo en los ojos.

—El cabo Brandt me ha contado lo que ha ocurrido hoy. Afirma que han provocado una reyerta. Al parecer, no es la primera vez que cometen ustedes una torpeza, ¿me equivoco? Por esa razón, he decidido separarlos. Dejarán de compartir la tienda, no ganan nada con estar juntos.

Axel protesta:

—Mi capitán, es el cabo Brandt el que...

—No —corta Cedrenius, que nos estudia fríamente—. Me doy cuenta de que me he mostrado demasiado permisivo. He cometido un error, debería haber prestado oídos a mi instinto. Rara vez me engaña en lo que concierne a la naturaleza humana.

John y yo nos dirigimos una mirada furtiva y sé que está pensando lo mismo que yo: el hombre sentado a la mesa de despacho está loco. Sí, Cedrenius está loco, listo para entrar en el manicomio, debería estar encerrado. Lamentablemente, el capitán ha reparado en nuestro discreto cambio de miradas.

—¡Y desde el principio mi instinto me dice que todos ustedes son unos miserables! —grita descargando un puñetazo sobre la mesa.

Alucinado, veo una gruesa vena, similar a una serpiente, aparecer e hincharse en la frente de Cedrenius. Segundos más tarde cierra los ojos, como si mirarnos le resultara insoportable.

—Lárguense. Líen el petate. El teniente Chapman les indicará dónde han de instalarse.

Una hora más tarde me encuentro en una tienda con cuatro desconocidos: Greger Martinsson, Folke Weber, Sture Nicklasson y Peter Stolt. El quinto, Nils Bohlin, por orden de Chapman se ve obligado a cederme el sitio a regañadientes e instalarse con Erik, el único autorizado a quedarse en nuestra vieja tienda. También John, Axel y Harald han tenido que mudarse. Harald se encuentra con cuatro tipos de Norrland, entre ellos Sven Fahlgren, mientras que Axel se instala con gente de Halland y de Dalecarlia. Hasta el momento no hemos tenido contacto con ninguno de ellos.

Mi llegada despierta escaso entusiasmo entre los demás, que naturalmente lamentan la forzosa partida de Nils. Al igual que mis camaradas y yo mismo, que acabamos de ser separados, están juntos desde el principio: han sobrevivido codo con codo a las marchas y los entrenamientos, comparado sus desolladuras y sus cartas de amor, compartido las mordeduras del frío, la comida infecta y soportado el autoritarismo de los suboficiales. El tiempo pasado en Svartnäset los ha unido, se han hecho buenos amigos, han

compartido jerga, chistes y referencias, en ocasiones incomprensibles para mí. He necesitado este traslado para darme cuenta de hasta qué punto nos hemos convertido en íntimos mis cuatro camaradas y yo. Los echo de menos; sobre a todo a John, huelga decirlo.

Sea como fuere, acabo conociendo a mis nuevos compañeros y acostumbrándome a mi nueva situación. Me entiendo bien con Peter Stolt; curiosamente, hemos descubierto que tenemos amigos comunes en Trelleborg. Al igual que yo, Peter tuvo que dejar la escuela a la edad de quince años para ponerse a trabajar y, también como yo, era capataz en una fábrica antes de que lo movilizaran.

Deduzco que mis viejos camaradas deben de sentirse tan perdidos como yo. La hostilidad inicial muda poco a poco en indiferencia, y después en aceptación. Ahora bien, me consta que no puedo confiar en encontrar a un amigo como John entre mis nuevos camaradas.

Dicho lo cual, nuestro desplazamiento forzoso tiene consecuencias que Cedrenius no había anticipado. Al estar desperdigados, conocemos a gente con la que hasta el momento apenas habíamos hablado y se traban lazos de amistad. Formábamos grupos aislados, reagrupados según nuestras regiones de procedencia; ahora empezamos a unirnos, cualesquiera que sean nuestros orígenes. El infierno de Svartnäset es el mismo para todos.

6

Es la última semana del mes de marzo y algunos signos, si bien discretos, no llaman a engaño: la primavera ha regresado. Los días se alargan y cada uno de ellos la temperatura sube medio grado respecto del anterior. De nuevo es posible dormir sin dejarse toda la ropa puesta. Aparecen brotes en los árboles y, al removerla, la tierra exhala un aroma ácido.

Con todo, el suelo sigue cubierto de una espesa capa de nieve, y el hielo en pantanos y lagos permanece compacto. Cada vez que tengo ocasión, alzo la cara hacia el sol y cierro los ojos. Sus rayos me acarician los párpados y me reconcilian con el mundo. Después de Svartnäset, no volveré a considerar el calor y la luz como algo que se da por hecho. Todo en derredor de nosotros, el agua brota y gotea; en los bosques, los gorriones pían. En cuanto a los aromas, nos resultan embriagadores: resina, verdor, humus...

Ironías del destino, un camión cargado de abrigos y botas en cantidad suficiente para todos los soldados aparece una mañana en Svartnäset. El chófer abre las puertas traseras; nos ordenan descargar el cargamento, llegado con tres meses de retraso y ahora ya inútil. No sabemos si echarnos a reír o a llorar; por su parte, Chapman permanece impertérrito y no parece disfrutar con la chanza.

—Pronto volverá el invierno —rezonga.

Cierto, me digo, pero yo estaré lejos.

La idea de ver de nuevo a Kerstin despierta mis ardores. Le escribo largas cartas de amor, cartas poéticas, describo la llegada de la primavera a Norrbotten y la belleza que despunta tras el paisaje blanco y silencioso. Desde que sé que mi partida es inminente, la mirada que vuelco sobre la región se ha dulcificado.

Sven Fahlgren y su camarada de Norrland, Adrian Karlsson, al que también hemos conocido, afirman que no hay nada más bello que el verano en Norrbotten. Evocan a los salmones que saltan en los torrentes, las turberas tachonadas de moras boreales, las noches en que el sol jamás se pone. Me fío de sus palabras, no pienso ir a comprobarlo por mí mismo.

Las cartas de Kerstin son cálidas, pero a todas luces no tan apasionadas y regulares como las mías. Percibo a veces en ella cierta impaciencia, y en cada misiva me pregunta sobre mi regreso. No me cuesta perdonárselo. Pronto estaremos de nuevo juntos, ya no necesitaré escribirme. A veces no consigo evocar claramente su rostro ni su voz. ¿Le ocurrirá a ella lo mismo?

Un día, hacia finales de mes, salimos de excursión con Brandt. El ambiente es sereno, relajado. Hasta el cabo nos habla con normalidad, sin vociferar como tiene por costumbre. No lo necesita. Somos verdaderos borregos y seguimos las órdenes al pie de la letra.

Me las he arreglado para ir en la cola del pelotón con John; Erik, Axel y Peter caminan delante. Harald se encuentra lejos por detrás..., de hecho es el último. Me consta que las desolladuras lo hacen sufrir más que a nosotros; sus pequeños y delicados pies no se han acostumbrado a las botas de nieve. Cojea ligeramente, ceñudo. Lo animo con una breve seña de la mano. Al verme me dirige una sonrisa fugaz y forzada.

John y yo caminamos charlando. Hablamos sobre todo de nuestra desmovilización y de lo que haremos una vez que estemos lejos de aquí. John

creo que tendrá mucho trabajo en la granja, tras llevar tanto tiempo fuera. Habrá que sembrar la avena y la cebada, ocuparse de los terneros y de los corderos. En cuanto a mí, volveré a la Compañía del Azúcar; Kerstin y yo encontraremos un nuevo piso y pronto todo volverá a ser como antes. ¡Cómo echo de menos mi vida cotidiana, mi verdadera vida en Malmö! Ahora me doy cuenta de hasta qué punto era feliz.

—Un día pensaremos en Svartnäset y nos reiremos de todo esto —afirma John, optimista.

—Sí, puede ser —digo sin gran convicción.

En lo que a mí respecta, trataré de olvidar lo antes posible este lugar y todo lo relacionado con él. Seguimos caminando y, aunque cambiamos de tema, volvemos sin cesar a nuestra nostalgia de casa. Nuestras botas marcan al compás la palabra: «volver», «volver», «volver».

A lo lejos divisamos el río, cuyas aguas quedan ocultas bajo el hielo. Serpentea a través del paisaje nevado, unas veces ancho y otras estrecho, a semejanza de las docenas de cursos de agua que ya hemos atravesado. Aquí y allá, el hielo, lechoso, forma como pequeños islotes oscuros. Al igual que la mayoría de la gente de Escania, jamás he oído hablar de las grietas de desmoronamiento. El nombre por sí solo evoca algo traicionero y peligroso. Dichas grietas son el resultado del deshielo, cuando agua a más de cero grados se infiltra por debajo del hielo. Esta fragilización no se efectúa de manera homogénea, lo que convierte en inestable el hielo sobre la corriente de agua. En la superficie la capa parece sólida, pero por debajo han ocurrido ya muchas cosas desde la llegada de la primavera.

Lamentablemente, cruzamos el río por su parte más ancha. Nadie de Norrland —sin duda nos habrían advertido— se encuentra en cabeza. Ciertamente, cuando caminamos sobre el hielo lo oímos crujir un poco, pero

no prestamos atención, ya que el ruido nos resulta un tanto familiar. Solo nos quedan siete metros para alcanzar la otra orilla, mi vista permanece clavada en la ribera. Empiezo a acusar la fatiga y me pregunto cuánto falta para estar de vuelta. Pronto será mediodía y tengo hambre.

Me hallo a apenas un metro de la orilla, cuando de pronto oigo a mi espalda un rugido siniestro y atronador. Me vuelvo justo a tiempo de ver el rostro estupefacto de Harald, antes de que desaparezca, junto con otros dos rezagados, entre los trozos de hielo quebrado. En menos de un segundo, la corriente, violenta, los ha arrastrado bajo la superficie. Los que se encuentran cerca de la grieta huyen hacia la orilla. John, que ya ha ganado tierra firme, vocifera en mi dirección, pero me quedo plantado en el sitio, como paralizado. Los gritos a mi alrededor me llegan amortiguados, lejanos, como si llevara algodón en los oídos.

Alguien me agarra y tira de mí hacia la ribera. Harald y los otros dos soldados han desaparecido, tragados por la corriente. Brandt aparece de sopetón y empieza a vociferar órdenes, cubiertas de inmediato por los gritos de terror y de pánico de mis camaradas.

Cinco soldados han podido dar media vuelta y permanecen al otro lado del río. Entre ellos figura Greger Martinsson, uno de mis compañeros de tienda. En la orilla donde me encuentro, todo el mundo corre de acá para allá y Brandt intenta restablecer un poco el orden. Toda tentativa de salvamento resulta absolutamente inútil, todo el mundo da por supuesto que nuestros camaradas hace rato que han muerto ahogados; pese a todo, seguimos buscándolos activamente durante más de una hora.

Me consta que no me es posible salvar a Harald; solo puedo mirar cómo los demás corren a lo largo de la orilla entre gritos, tratando de romper el hielo en las curvas del río a fin de practicar un agujero para que respiren, una salida. Oigo decir que tal vez hayan quedado atrapados en esa oquedad donde

se han acumulado numerosas ramas, que hay que buscarlos ahí. Contra toda lógica, mis esperanzas se reavivan. Tal vez en alguna parte de la superficie haya una fisura por la que puedan respirar. Quizá se han dejado llevar por la rápida corriente antes de conseguir ganar la orilla río abajo. Puede que uno de ellos se encuentre fuera del alcance de nuestras miradas, a la espera de ser rescatado, demasiado agotado para responder a nuestras llamadas.

Sin embargo, los que han ido a explorar los meandros del río regresan con las manos vacías, al igual que quienes han ido más lejos. Y nadie se atreve a aventurarse de nuevo sobre el hielo.

Al cabo de largo rato, Brandt nos ordena abandonar la búsqueda.

—Es inútil. Están muertos. Hay que volver al campamento.

Todo ese tiempo he permanecido sentado en el suelo y solo ahora me doy cuenta de que tengo los pantalones helados, húmedos, y que estoy tiritando. John me ayuda a levantarme. Nunca lo había visto tan conmocionado.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Harald era tu mejor amigo...

Lo miro estupefacto. ¿Cómo ha podido engañarse hasta ese punto?

—No, no era mi mejor amigo.

Parece sorprendido, pero no tengo tiempo de explicárselo; Brandt acaba de ordenar que formemos. Nos dice que habrá que cruzar el río otra vez, que algo más allá hay un lugar lo bastante estrecho para ello. A apenas trescientos metros de la grieta de desmoronamiento, la anchura del río es tan escasa que podemos atravesarlo de un salto. Esta vez nada de accidentes. Todo el mundo llega sano y salvo a la otra orilla, donde nos reunimos con los cinco camaradas que nos esperan allí, pálidos y desencajados.

Caminamos alelados y en silencio hacia el campamento, y esta vez John no está ahí para distraerme. Anda lejos por delante, con Erik y Axel. Pienso en la madre de Harald, en su reacción cuando se entere de la noticia. Trato de imaginarla en la casita de Limhamn donde Harald creció y de la que hablaba

de vez en cuando. Casi consigo representármela. La madre y la hermana de Harald deben de mantenerla en perfecto estado; tal vez haya geranios en las ventanas. Sin duda, la madre de Harald será una de esas viudas apagadas de mediana edad en las que nadie repara nunca. Me pregunto si su hermana será bonita, y me digo que un día debería preguntárselo. En ese preciso instante, me quedo como fulminado, caigo en la cuenta de que nunca podré hacerlo: está muerto. Empiezan a temblarme las piernas, estoy a punto de tropezar. Deseaba ser mi amigo. No me guardaba rencor cuando a veces lo rechazaba irritado. Nunca andaba lejos y, aunque no he sido consciente hasta ahora, había algo de reconfortante en ello. Harald era el único de aquí que me apreciaba realmente.

Algunos de los que me rodean no intentan ocultar las lágrimas. Los otros dos ahogados son uno de Norrland, William Jönsson, y uno de Småland, Carl Hede. Nos hemos saludado alguna vez, hemos cambiado unas palabras de vez en cuando, pero no los conocía demasiado; en cambio, Fahlgren y Karlsson eran bastante íntimos de William Jönsson. Y desde hace unas semanas Erik dormía en la misma tienda que Hede.

Cuando volvemos al campamento, el sol está empezando a ponerse; los oblicuos rayos confieren matices anaranjados y violeta a la nieve pisoteada y fangosa. Brandt nos ordena volver a las tiendas. La mayoría obedecen, yo no.

Dejo resbalar al suelo la mochila y el fusil. Los demás son como sombras que planean a mi alrededor. A un tiempo incrédulo y conmocionado, lucho. Las emociones contenidas me han provocado un dolor de cabeza fulminante, el llanto me quema la garganta; me siento absolutamente vacío. Uno me da unos golpecitos en la espalda, otro me susurra al oído unas palabras de consuelo. No reacciono. Al cabo de un buen rato, me encuentro solo en medio del campamento.

De regreso en la tienda, encuentro a Martinsson tendido boca abajo llorando, mientras que Folke Weber, Sture Nicklasson y Peter Stolt miran silenciosos al frente. No me prestan atención cuando regreso. Veo en su mirada sombría y sus labios crispados que la conmoción provocada por el accidente no se ha disipado. Durante largo rato nadie dice nada. Siento algo parecido al hambre, pero no se trata de un hambre corriente. Vuelvo a ver a Harald sonreír y desearme buenos días esta misma mañana, cuando nos hemos cruzado en el desayuno. Le gustaba madrugar, a mí no, y como siempre le he respondido refunfuñando.

Sé que Harald está muerto pero me niego a admitirlo. Al contrario que Martinsson, que solloza y se lamenta, no consigo verter la menor lágrima. Por supuesto, no llora tanto a Harald como a su camarada Carl Hede, a quien al parecer conocía desde hace mucho. Y dado que él ha escapado por los pelos, tiene motivos para estar trastornado.

Al cabo de un buen rato, Martinsson deja de llorar. Nos vuelve la espalda y se hace un ovillo. Nicklasson y Weber evocan el drama. Según ellos, el responsable es Cedrenius. Ciertamente, Brandt debería haberse informado mejor, no tendría que habernos hecho cruzar el río, pero todos sabemos que es el capitán quien nos ha enviado allí, cuando desde hace tiempo las marchas ya no tienen ningún sentido; Brandt se limita a obedecer sus estúpidas órdenes.

—Desde que llegamos no ha habido una semana sin algún descalabro —dice Weber—. ¡Los incidentes se suceden y ahora cinco hombres han muerto! Los que han sobrevivido sufrirán toda su vida las secuelas de los sabañones. ¿Y qué han hecho los oficiales para mejorar las cosas? ¡Nada en absoluto!

—Esto tiene que cambiar desde ahora mismo —reitera Nicklasson—.

Nada de marchas. Nada de ejercicios. ¿Por qué habríamos de soportar todo eso cuando la guerra ha terminado y no tardaremos en volver?

Sus ojos brillan de cólera en la penumbra.

—Lo ignoro —responde Weber—, pero estoy de acuerdo contigo, lo que ha ocurrido hoy supone un espantoso estropicio. Este drama podría haberse evitado.

Martinsson nos apostrofa con vehemencia.

—No se trata solo de un estropicio, ¡sino de una negligencia criminal! Y el responsable es Brandt.

—Pero ¿qué podemos hacer? —suelta Sture.

—Tiene que ser castigado de una vez por todas. Llevado ante la justicia, condenado, encarcelado... Santo Dios... ¡Tres hombres han muerto hoy debido a su incompetencia!

Nos miramos en silencio. Me digo que todos estamos de acuerdo con Martinsson; en todo caso, nadie lo contradice. Me invade una sensación de impotencia; estamos a merced de los suboficiales. Pueden llevarnos al matadero si se les antoja. Cedrenius se contentará con reprocharles que hayan malgastado unas cuantas vidas y ambos saldrán bien librados.

—Esperemos a ver lo que pasa en la formación. Tal vez Cedrenius tenga algo que decir —propone Weber.

—Le conviene elegir bien sus palabras —rezonga Martinsson—. Las cosas no pueden continuar así.

Esa tarde, en las tiendas, ni risas, ni peloterías, ni juegos de cartas. A las cinco y media nos reunimos ante la cantina ambulante; tras veinte kilómetros de marcha, nos morimos de hambre. Me avergüenza sentir hambre después de lo que acaba de ocurrir, pero es necesario ingerir algo. Ayunar no nos devolverá a nuestros camaradas.

Algo más lejos diviso a Axel, John y Erik: no parecen haberme visto. Por costumbre, y sabiendo que siempre lo llevo pegado, me vuelvo para ver dónde se ha metido Harald. Es como un directo al estómago.

Miro a mi alrededor. Algunos aprietan los dientes y se encierran en sí mismos, otros están todavía bajo los efectos del *shock*. La cena transcurre normalmente. Sin embargo, alrededor de la hoguera reina un silencio nada habitual; el guarda, que llena nuestras escudillas de patatas y beicon, se muestra mucho menos parlanchín y bocazas que de costumbre. Lo sucedido no deja indiferente a nadie. Hede y Jönsson habían llegado a Svartnäset mucho antes que yo, habían hecho numerosos amigos.

Al tratarse de una estación con más horas de luz, la formación tiene lugar hacia las seis y media de la tarde. Cuando nos ordenan salir de las tiendas, Cedrenius ya se encuentra en su puesto, detrás de Brandt y de Chapman. También Wahl está presente, se mantiene a unos metros de distancia y parece todavía más perdido que de costumbre. La expresión de Cedrenius es, como siempre, impasible. En cuanto a Brandt, se diría dividido entre la inquietud y la arrogancia. Chapman parece acusar el golpe y, al igual que a mí, se lo ve conmocionado. Está pálido y ha envejecido varios años en pocas horas.

Antes de tomar la palabra, Cedrenius deja transcurrir treinta segundos, durante los cuales su mirada grave y severa pasa revista a cada uno de nosotros. El silencio reinante es total, no necesita levantar la voz para hacerse oír.

—Soldados, como todos sabéis, un lamentable accidente ha tenido lugar hoy. Tres hombres, tres bravos soldados, han perdido la vida. Se llamaban Carl Hede, Harald Möller y William Jönsson. La policía ha sido advertida y mañana recorrerá el río a fin de tratar de recuperar los cuerpos, que serán repatriados a su casa, para ser inhumados según la voluntad de sus familias.

Hace una pausa, durante la cual busca y capta algunas miradas entre las filas. Como siempre, parece más un orador dirigiéndose a la multitud que un simple capitán de Svartnäset, el agujero del culo de Suecia.

—Mañana por la mañana tengo intención de enviar un telegrama a las familias de las víctimas. Como he dicho, las autoridades ya han sido advertidas. En consecuencia, no podemos hacer otra cosa que deplorar tan triste acontecimiento. Möller, Hede, Jönsson y sus seres queridos permanecerán en nuestros pensamientos y nuestras oraciones, estoy convencido de ello.

El tono de su voz traiciona una falta de ardor que se contradice con el lirismo de sus palabras. Luego prosigue:

—El cabo Brandt no es responsable de esta tragedia. Nadie podía saber que el hielo sería tan frágil en ese lugar preciso. El ahogamiento de Möller, Hede y..., esto..., Jönsson se debe a la mala suerte, eso es todo. Que quede perfectamente claro.

Cedrenius parece haber llegado al final de su discurso. Observo que las manos de Martinsson, que se encuentra a mi lado, tiemblan ligeramente.

—Sé que muchos de ustedes están impacientes por ser desmovilizados. No permitiré que este incidente, por lamentable y trágico que sea, ensombrezca los días que nos quedan por pasar en Svartnäset. Estamos a viernes; en razón de este acontecimiento, estarán exentos de obligaciones todo el fin de semana. Dedicemos ese tiempo a la memoria de nuestros camaradas desaparecidos. Quienes lo deseen pueden escribir cartas de condolencia a las familias. Pero no toleraré ni quejas ni conflictos en relación con nuestras actividades habituales, que se reanudarán el lunes sin falta. Es nuestro deber continuar, aunque algunos de nosotros... ya no estén. El sentido del deber y la constancia en el esfuerzo, eso es lo que hace al buen soldado.

De pronto, Martinsson da un paso al frente y, apuntando con dedo

acusador a Brandt, suelta con voz ronca:

—¿Y él? ¿Va a salir tan bien librado? ¡Fue él quien nos hizo cruzar el río!
¡El responsable es él!

Murmullos de aprobación surgen de los presentes. Cedrenius dirige a Martinsson una mirada torva.

—Se equivoca, Martinsson. Nadie podía prever lo que iba a ocurrir. Aunque Brandt, por supuesto, lamenta profundamente el accidente. Como todos nosotros.

Pero Martinsson menea la cabeza con obstinación.

—¡Jamás volveré a marchar bajo sus órdenes! —grita entonces, señalando de nuevo a Brandt, el cual se sobresalta y se pone colorado, pero sigue mirando al frente con incomodidad—. Puedes..., quiero decir, *puede* olvidarse de mí. Pronto volveré a casa y no tengo intención de correr riesgos inútiles.

Los murmullos indistintos adquieren amplitud, aquí y allá surgen voces en apoyo de Martinsson:

—Tiene razón. No cuente tampoco conmigo.

—Nada de marchas. Nada de...

El resto de la frase se pierde en un guirigay tumultuoso. Miro a mi alrededor, fascinado. Sabía que los soldados estaban furiosos, pero no me esperaba semejante reacción colectiva.

Cedrenius sale disparado como una flecha hacia Martinsson.

—Lamentará su insubordinación, Martinsson. ¿Quiere que haga un informe?

El otro se encoge de hombros.

—Haga lo que quiera. No volveré a ir de marcha con el cabo Brandt.

—Entonces, prepárese para pasar el resto de su estancia en el calabozo. Vaya a ofrecer sus disculpas al cabo —responde Cedrenius.

Resulta difícil decir qué mosca pica a Martinsson en ese momento preciso. Tal vez se diga que ya no tiene nada que perder; quizá tras la muerte de su camarada Carl Hede las consecuencias le traigan sin cuidado. Echa una mirada a su alrededor y de nuevo mira a Cedrenius. Su acento de Escania es aún más marcado cuando responde:

—El cabo Brandt es un incompetente. No merece su grado.

Retengo el aliento y observo al capitán; me parece que sería capaz de estrangular a Martinsson. Tras un largo silencio de mal agüero, Cedrenius se vuelve y hace seña a Chapman de que se acerque.

—Teniente, haga el favor de escoltar a este soldado al calabozo. Luego pasaré a verlo, Martinsson. Puede estar seguro de que su audacia y su insubordinación tendrán consecuencias...

Martinsson no protesta cuando Chapman lo agarra del brazo y se lo lleva. Peor aún, ríe sarcástico y nos saluda de forma festiva.

—¡Nos vemos al otro lado, colegas!

Lo vemos alejarse con Chapman. Cedrenius permanece inmóvil y parece aislado, pese a la presencia de Brandt y de Wahl. El alboroto ha remitido un tanto. Todos los rostros se han vuelto hacia Cedrenius; el capitán está tan furioso que hasta le cuesta hablar.

—Que quede claro: lamentará el escándalo que ha armado. ¿Alguno de ustedes tiene intención de seguir su ejemplo? Si ese es el caso, están invitados a reunirse con él en el calabozo.

Nadie chista.

—¿No? Tanto mejor. Piensen en sus camaradas ahogados, hagan que se sientan orgullosos de ustedes. ¡No se deshonren como el soldado Martinsson!

Tras un breve silencio, prosigue:

—Bien, eso es todo. Tienen el fin de semana para descansar. El lunes volveremos a empezar. Con brío y determinación.

Muy erguido, como buen militar, Cedrenius nos saluda y, maquinalmente, nosotros hacemos lo mismo.

Brandt se escurre siguiendo los pasos de Cedrenius. Wahl sigue allí plantado. Tiene un aspecto agotado, exangüe. Parece dudar entre acercarse a hablarnos o girar sobre sus talones. Acaba por decidirse. Con un estremecimiento, baja la vista, pasa por delante de nosotros y se dirige al barracón de la ropa.

Lo que acaba de ocurrir no es algo anodino y esa sensación persiste tras la partida de los suboficiales; pese al frío, varios de nosotros nos quedamos fuera en lugar de volver a la tienda. Algunos evocan a Karlberg y Andrén, otros hablan del ahogamiento. Se muestran febriles, nerviosos. Según la opinión general, Cedrenius ha mostrado signos de debilidad durante su enfrentamiento con Martinsson. Ciertamente, el calabozo es un lugar terrible, pero no constituye la misma trampa mortal que en invierno.

El duelo, sumado a la conmoción, provoca en mí una tensión indefinible, como un zumbido sordo cuya procedencia no logro determinar. Busco y encuentro a mis viejos camaradas. John, Axel y Erik están conversando con Fahlgren, Karlsson y algunos otros. Están agitados. No hablan del ahogamiento, sino de Martinsson y su castigo, que califican de injusto. Karlsson se ha lanzado en voz baja a un discurso febril en relación con Martinsson y Svartnäset.

—Cedrenius dejará que se pudra allí hasta la desmovilización. ¿Y por qué? ¡Porque ha optado por decir la verdad!

Los otros asienten.

—Sin embargo, tenemos otro problema —prosigue Erik—. Ya habéis oído a Cedrenius: el lunes marcharemos de nuevo. Solo ha habido tres muertos, ¡no por eso va a aflojar el ritmo!

—A partir de ahora —interviene Fahlgren—, se acabaron los

entrenamientos inútiles. Sin duda pronto volveremos a casa. Mierda. Ni siquiera Cedrenius puede impedir la desmovilización.

Axel y Karlsson aprueban con aire solemne.

—Tal vez sea eso lo que teme: perder su influencia sobre nosotros — murmuro yo echando una ojeada al barracón de Cedrenius—. Pretende mostrarnos su fuerza, es su última oportunidad.

Poco después la puerta se abre y reconozco en el marco la silueta delgada y oscura del capitán. Parece observarnos.

—No nos quedemos aquí —sugiere John fugazmente—, reunámonos mañana, después del desayuno, en el claro junto a la caballeriza.

Vuelvo a mi tienda con el corazón desbocado de miedo y excitación. Rememoro las vehementes protestas durante la formación. Si logramos obtener la adhesión de todos los soldados, tal vez..., tal vez hagamos que las cosas se muevan.

Casi no pego ojo en toda la noche; pienso en Harald, y lamento haber sido rudo con él a veces. Pienso asimismo en todos los incidentes ocurridos en Svartnäset, desde los simples sabañones hasta los accidentes mortales. Weber ha olvidado mencionar las amputaciones y a las docenas de soldados aquejados de neumonía desde nuestra llegada. Incontestablemente, nuestro período de incorporación no ha sido más que una retahíla de calamidades y todavía nos queda más de un mes de servicio. La sola idea me espanta. ¿Cuándo se producirá el próximo drama?

Al día siguiente, al despertar, me siento vacío y extenuado. Después de desayunar, me reúno con mis camaradas en el claro. Karlsson me saluda en silencio. Sus ojos, ligeramente rasgados, son de un azul glacial. El cabello alborotado le da un aire de perrito loco.

—Aquí estamos todos reunidos —dice tras un carraspeo.

Parece haber asumido tácitamente el papel de líder. No sé muy bien qué pensar, hay en él algo de imprevisible que siempre me ha hecho desconfiar.

—¿Habéis hablado con vuestros compañeros de tienda? ¿Podemos contar con ellos?

Confirmamos que sí. Bien entrada la noche he hablado con Stolt, Weber y Nicklasson. Nadie quiere seguir con las marchas bajo la dirección de Brandt. Según Axel, John y Erik, la opinión es unánime. Fahlgren nos informa que no solo lo ha hablado con sus camaradas, sino también con todos los soldados de Norrland del campamento, que a su vez han hecho correr la voz entre sus conocidos.

—Es demasiado pronto para tener la certeza, pero al parecer la mayoría de nuestros camaradas están por la labor —dice.

Karlsson escupe al suelo a modo de asentimiento.

—Creo que estamos de acuerdo, entonces: no podemos confiar en los suboficiales. Cedrenius, Chapman, Brandt, Wahl... En el mejor de los casos, nuestra suerte les es indiferente. En el peor, se comportan como sádicos.

—Wahl no —objeto yo—. Él no es como los demás.

—¿Cómo lo sabes? Hasta el momento no ha hecho gran cosa por nosotros —replica Erik.

—Lo sé, eso es todo —insisto.

Karlsson parece dudoso.

—No sabemos realmente de qué lado está Wahl. Se pasa la mayor parte del tiempo en el barracón de la ropa.

Intento no ceder a la presión de su mirada inquisidora.

—¿Qué sabes de él, Georg?

Llevamos allí plantados apenas diez minutos, pero el frío ya nos resulta insoportable. Cruzo los brazos, me caliento las manos bajo las axilas y hundo

un poco más la cabeza en la bufanda. La primavera todavía no ha llegado realmente.

—Digamos que... no conozco a Wahl en mayor medida que vosotros. Pero ayudó a Harald durante el suplicio de las baquetas... Tal vez se pueda hablar con él. Al menos vale la pena intentarlo.

John está pensativo.

—Cedrenius y Chapman son los superiores del subteniente, sin duda por eso no se atreve a contradecirlos. Ahora bien, quizá deberíamos, antes que nada, darle la oportunidad de que haga entrar en razón a Cedrenius y...

—Y si no aprovecha la ocasión, ¡pasaremos de él! —lo interrumpe Karlsson.

Al observarlo capto un brillo de desafío en su mirada. Es un verdadero exaltado.

—Debemos tener cuidado —dice John un tanto incómodo—. Yo tengo mujer e hijos. Por insoportable que sea la vida aquí, lo más importante, en lo que a mí concierne, es volver a casa...

—No eres el único que tiene familia, John —lo tranquiliza Fahlgren—. No creo que Karlsson esté sugiriendo hacer irrupción en el barracón de Cedrenius para asesinarlo...

Por un momento reina el silencio. Luego, de repente, se me ocurre una idea.

—¿Y si intentásemos la resistencia pasiva? —propongo.

—¿Es decir? —pregunta Fahlgren.

—La resistencia sin violencia. El lunes, en lugar de ir de marcha, nos quedamos en nuestras tiendas. No salimos, digan lo que digan, o hagan, Cedrenius y los demás.

Todos empiezan a hablar al mismo tiempo:

—No funcionará.

—¿Cuánto tiempo tendremos que quedarnos en las tiendas? ¿Un día? ¿Dos días?

—¿Cómo organizar todo eso?

Fahlgren levanta la voz para hacerse oír.

—Es una idea interesante, Georg. ¿Puedes desarrollarla?

Los demás me miran, me pongo como un tomate mientras busco las palabras. A decir verdad, no he pensado en ello en absoluto. Lo poco que sé de la resistencia pasiva me viene de un artículo que leí sobre un indio llamado Gandhi.

—Todavía no he pensado en los detalles, pero... la ventaja es que resulta inútil recurrir a la violencia para imponer nuestra voluntad. De ese modo a Cedrenius le será más difícil responder mediante la violencia. Si además dejamos los fusiles delante de las tiendas, para los comandantes será patente que no vamos armados.

—No pienso separarme de mi fusil —objeta Karlsson.

—¿Se te ocurre algo mejor? —replica Axel—. La otra posibilidad consiste en obedecer las órdenes y marchar el lunes, y todos los demás días hasta que nos larguemos de aquí. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Por supuesto que no! —exclama Karlsson, ofendido—. ¿No has oído lo que he dicho? Simplemente, creo que no funcionará.

—Eso no lo sabes —dice Fahlgren—. Yo estoy dispuesto a intentarlo.

—¿Los demás estáis de acuerdo? —inquire John.

Todo el mundo aprueba la moción.

—Entonces, esto es lo que propongo —prosigue John—. Para empezar, vamos a ver a Wahl. Le decimos que no queremos volver a marchar a las órdenes de Brandt y que exigimos la liberación de Martinsson. Si se niega o si su intervención no obtiene ningún resultado, pasamos al plan B. A la «resistencia pasiva», ¿no es eso, Georg?

Asiento. Le quedo reconocido por el interés que me muestra, pero percibo que mi proposición engendra cierto nerviosismo entre mis camaradas.

—Volved todos a vuestras tiendas y exponed a los demás el desarrollo del plan —concluye Fahlgren—. Hablad con todos vuestros conocidos, haced correr la voz al máximo, eso sí, sin atraer la atención. Ved si los demás están de acuerdo, tantead el terreno. Cita aquí mismo mañana después de medianoche.

Voy a ver a Wahl en compañía de Fahlgren. Este parece menos nervioso que yo y llama a la puerta sin contemplaciones. Oímos pasos en el interior del barracón y un momento después tenemos delante al subteniente. Wahl está solo y parece sufrir un terrible resfriado. Tiene los ojos rojos, casi hinchados, y la tez pálida. Lleva un bolígrafo en la mano. Cuando Fahlgren solicita hablar con él, nos deja entrar sin una palabra.

Wahl lleva por encima del abrigo una gruesa manta de fieltro, va tocado con una gorra forrada de pieles y se ha puesto mitones. Nos invita a acomodarnos. Su mesa de despacho está situada justo al lado de la estufa. En los estantes se amontonan varios uniformes y abrigos de invierno, la estancia huele a naftalina. Wahl toma asiento. Al no encontrar con qué hacer lo propio, nos quedamos de pie; él se disculpa.

—No tengo costumbre de recibir visitas —dice sonándose.

Fahlgren y yo cambiamos una mirada cómplice. Un suboficial que presenta disculpas es algo poco frecuente. Tal vez no deberíamos haber tardado tanto en venir a verlo. Como dudamos en tomar la palabra, frunce el ceño.

—¿Y bien, de qué se trata? Hablen.

No cabe ninguna duda, nos hallamos ante un oficial. Aunque Cedrenius constituya un caso extremo, también Wahl, aunque en menor medida, posee esa arrogancia que caracteriza a los militares de carrera. Mi lengua se niega a

obedecerme, ni una palabra sale de mi boca. Fahlgren me dirige una mirada irritada y, con un suspiro, expone el motivo de nuestra visita.

De entrada evoca a Karlberg y Andrén, luego a Harald, William y Carl. Hace alusión a los desaciertos de Brandt, que nos han puesto en peligro, menciona la intransigencia del cabo, sus convicciones políticamente dudosas, y denuncia la iniquidad del castigo de Martinsson.

En un primer momento, el subteniente se limita a garabatear en su cuaderno. Resulta difícil saber si nos escucha, si nuestras palabras encuentran en él un eco cualquiera. No obstante, cuando Fahlgren evoca a los soldados ahogados, el subteniente suelta el bolígrafo.

—Muy lamentable —farfulla entre dientes—. Una tragedia.

Nos miramos llenos de esperanza y Fahlgren prosigue:

—No crea que no somos patriotas, mi subteniente. Lo que ocurre es que ya no podemos más con estas condiciones de vida. Sabe muy bien lo duro que ha sido el invierno para nosotros. La guerra en Finlandia ha terminado y, sin embargo, el capitán no nos suelta, nos fuerza a hacer marchas y ejercicios de suma dificultad, cuando la situación ya no lo exige. Tres de nuestros camaradas murieron ayer. Ya no confiamos en Brandt, ni siquiera en Chapman. Creemos que nos exponen a riesgos extremos e inútiles.

—¿Riesgos? Me temo que eso forma parte de la vida militar.

—No ese tipo de riesgos, mi subteniente —se apresura a objetar Fahlgren—. No es normal que unos soldados suecos mueran o resulten gravemente heridos durante las marchas rutinarias. ¡Mientras a ustedes, los oficiales, parece traerles sin cuidado! Tres hombres murieron ahogados ayer y Cedrenius sigue como si tal cosa... Se supone que el lunes hemos de volver a la carga. Tememos que se produzcan nuevos accidentes.

El subteniente asiente pero no dice nada.

—Solo queríamos que lo hablara con el capitán —continúa Fahlgren—.

Que le pregunte si sería posible dejar de hacer marchas bajo el mando de Brandt a partir de ahora. Y...

—¿Sí? —pregunta Wahl, escéptico.

Fahlgren se quita un guante y le enseña los dedos, a fin de que el subteniente pueda constatar hasta qué punto están dañados. Ignoraba que Fahlgren hubiera tenido sabañones tan profundos. Tres de sus dedos están negros, necrosados hasta la primera articulación. Miramos estupefactos la mano ganchuda de Fahlgren. Wahl acaba por apartar la vista.

—Y los pies todavía están peor. Si el subteniente quiere verlos...

—No, gracias, realmente no es necesario.

Fahlgren vuelve a ponerse el guante.

—El capitán Cedrenius ha declarado que Martinsson se quedaría en el calabozo hasta la desmovilización. Todavía hace un frío glacial allí por la noche, se expone a morir congelado.

El subteniente lanza un prolongado suspiro. Pasa un ángel.

—Martinsson ha desafiado a un oficial —dice finalmente—. El tono empleado, así como las palabras, eran inaceptables. Comprendo muy bien por qué está allí.

—Y, sin embargo, se limitó a decir la verdad, mi subteniente. Brandt no es un buen oficial. Lo sabe tan bien como yo.

Fahlgren ha ido demasiado lejos; un brillo de cólera arde en la mirada del subteniente.

—No olvide con quién está hablando, soldado Fahlgren. Al igual que yo, Brandt es su superior.

La voz es cortante, pero de inmediato el subteniente sufre un acceso de tos y escupe en el pañuelo. Cuando deja de toser, tiene el rostro lívido. Se enjuga la boca y vuelve a tomar la palabra, tan débilmente que apenas lo oigo.

—La falta me incumbe en parte. No crean que no soy consciente de ello.

Debería haber estado allí, con ustedes... Hace más de tres años que soy soldado y heme aquí arrinconado, llevando las cuentas. Pero ¿qué puedo hacer? Las órdenes son las órdenes...

El subteniente ya no se expresa con mucha claridad, puede que tenga fiebre.

—Si lo he entendido bien —dice incorporándose con dificultad—, desean que transmita sus quejas al capitán.

—Sí... —balbuceo yo—. A partir de ahora debería bastar con unos ejercicios menos extenuantes, en las proximidades del campamento. Pronto volveremos a casa.

Una leve sonrisa se dibuja en el rostro fatigado del subteniente. Abre un cajón del despacho y saca un cigarrillo, que se lleva a los labios. Tras encenderlo, da una calada, pero tan pronto como el humo llega a sus pulmones, empieza a toser. Los ojos se le llenan de lágrimas; se los seca con la palma de la mano.

—Dudo que sus peticiones sean atendidas. Los ejercicios y las marchas forman parte de la vida militar, haya guerra o no. Pero sí, puedo hablar con Cedrenius.

—¿De veras? —exclamo sorprendido.

El subteniente se quita una brizna de tabaco de la punta de la lengua.

—Sí, es hora de que hable con él. Comparto su opinión. Pero me sorprendería mucho que me escuchase. El capitán y yo hemos tenido algunas diferencias estos últimos tiempos. —Tira la colilla en la taza de café—. Les doy mi más sentido pésame. Deben de echar de menos a sus camaradas —dice—. Y, ahora, fuera. Tengo trabajo.

Le damos las gracias y lo saludamos, pero Wahl ya ha hundido de nuevo la nariz en el papeleo que abarrota su despacho. Salimos del barracón. Es difícil saber qué impacto tendrá esta entrevista. Ciertamente, el subteniente ha

accedido a hablar en nuestro nombre, pero al mismo tiempo nos ha parecido tan pesimista que no nos atrevemos a albergar demasiadas esperanzas.

Fahlgren y yo nos separamos delante de mi tienda.

—¿Has oído eso? ¡Prácticamente ha reconocido que los oficiales eran responsables de lo que sucedió ayer!

—Se podría ver así —digo vacilante.

—Entonces..., ¿podemos confiar en él?

Reflexiono.

—No tengo ni idea —admito finalmente.

—Al menos valía la pena intentarlo.

—Eso espero.

No sé si habríamos tenido agallas para actuar así de no haber experimentado, desde hace meses, tanta impotencia y frustración. Al responder a toda expresión de dolor, miedo o incomodidad con la indiferencia o el desprecio, Cedrenius y los otros suboficiales nos han sacado de nuestras casillas. El fuego de la rebelión está latente y la tregua del fin de semana podría ser favorable a la erupción del volcán.

Cuando evocamos a Harald Möller, William Jönsson y Carl Hede, lo hacemos con una tristeza mezclada con rebeldía. Alguien debe pagar, no solo por la muerte de nuestros camaradas, sino también por el calvario que vivimos. El episodio del ahogamiento ha supuesto para nosotros un viraje decisivo. Nadie confía ya en los suboficiales, al contrario: en ese momento la mayoría de nosotros estamos convencidos de que hay que plantarles cara si queremos sobrevivir.

Tal vez no tengamos las ideas claras, quizá nos aqueje una especie de locura colectiva, pero si ese es el caso, se debe a la desesperación, a la

sensación de hallarnos entre la espada y la pared. La mayoría de los soldados con los que hablamos afirman estar decididos a enfrentarse a los mandos.

La tragedia ha despertado una cólera que solo está pidiendo explotar, y la perspectiva de una resistencia pasiva no convence a todo el mundo. Algunos hablan de venganza y se oponen a la idea de rendir las armas. Otros, minoritarios, dudan de la eficacia de esta rebelión y rechazan el plan en su conjunto. Nos recuerdan que la movilización llega a su fin y creen que deberíamos tratar de aguantar hasta entonces. En definitiva, logramos convencer a la mayoría de los soldados de que se unan a nosotros. Cuanto más numerosos seamos, mayor peso tendremos.

Los únicos con los que no hablamos son los soldados que comparten la tienda de Brandt. Muy al contrario, nos esforzamos por mantenerlos a distancia. Les faltaría tiempo para correr a denunciarnos.

Ese fin de semana el tiempo transcurre con infinita lentitud. Ninguna noticia de Wahl. Nos sentimos aliviados al vernos exentos de ejercicios y marchas, pero no nos libramos del aburrimiento generado por tantas horas pasadas sin hacer nada. Ociosidad a la que ahora se suma una tensión sorda. Todos esperamos a que ocurra algo. Nos pasamos la mayor parte del tiempo en las tiendas. El domingo por la tarde escribo una larga carta a Kerstin. Si supiera lo que estamos preparando, ¿pensaría que estamos en nuestro derecho o que cometemos un terrible error?

Huelga decir que no desvelo nada de todo eso en mi carta; le hablo de los ahogamientos y de la tristeza que nos embarga a todos. Le cuento que la familia de Harald vive en Limhamn y le propongo que algún día, cuando todo esto haya acabado, vayamos a expresarles nuestras condolencias... En un ataque de desesperación, le escribo que la echo de menos, que la amo y que

estoy impaciente por estrecharla de nuevo entre mis brazos. De repente, al escribirle, me invade el temor de no volver a verla nunca.

Seguimos esperando a que Wahl se manifieste, mas en vano. Por lo demás, nada nos lleva a pensar que el subteniente haya hablado con Cedrenius. El domingo, alrededor de medianoche, me escurro fuera de la tienda. Stolt, Nicklasson y Weber se hallan al corriente de nuestros planes; están tan nerviosos que no consiguen pegar ojo.

Me desplazo en silencio por el bosque y pocos minutos después llego al claro, detrás de la caballeriza. En la penumbra distingo las siluetas de mis compañeros, que cuchichean apretados unos contra otros. Reparo en la brasa de un cigarrillo —el de Axel—, que, cual luciérnaga, emprende el vuelo para volver a caer cuando toma la palabra.

—¿Tienes noticias de Wahl? —me pregunta Karlsson en cuanto llego—. Esta tarde he ido al almacén de la ropa y no estaba. Tampoco ha respondido a la nota que le había dejado. Es extraño, parecía dispuesto a hablar en nuestro nombre. Incluso lo prometió —añade decepcionado.

Nos quedamos pensativos un instante. Finalmente, Karlsson se encoge de hombros.

—Ya os lo había dicho: no podemos confiar en los suboficiales. Sea como fuere, tampoco lo necesitamos. ¿Sabemos todos lo que hay que hacer? ¿Habéis hablado con vuestros camaradas?

Todos asentimos. Axel nos muestra el breve mensaje que depositará ante la puerta del almacén de la ropa una vez acabada nuestra reunión. En él expone brevemente las razones por las que nos negamos a salir de marcha, así como nuestra voluntad de que Martinsson sea liberado. En teoría, el guarda debería encontrar el mensaje por la mañana y entregárselo a Cedrenius en el acto.

—Solo una pregunta —interviene Erik—. ¿Cuánto tiempo nos quedaremos en las tiendas, en caso de que Cedrenius no ceda?

Tras un momento de silencio, resulta obvio que nadie puede responder a su pregunta; no tenemos la menor idea de cómo reaccionarán los mandos.

—No mucho, espero —digo—. No podrán dejar que nos pudramos allí indefinidamente. Tendrán que decidirse a actuar, y deprisa. O bien acceden a nuestras peticiones, o bien...

El repentino ulular de una lechuza en el bosque a nuestra espalda, seguido de un batir de alas, me sobresalta. John parece incómodo, como si hubiera cambiado de opinión y quisiera desolidarizarse de nuestro plan. Sin embargo, no dice nada.

—Ya veremos —dice Karlsson—. Creo que deberían entrar en razón a toda prisa. Solo son cuatro, y nosotros, cuatrocientos. No pueden meternos a todos en el calabozo. O bien Cedrenius informa a su superior, o bien cede y se pliega a nuestras exigencias, a saber, liberar a Martinsson y anular las marchas. Sea como fuere, hemos de llegar hasta el final. Se lo debemos a aquellos que han muerto.

Nadie tiene nada que objetar. Nos estrechamos la mano antes de separarnos. Todos volvemos a las tiendas; no dejo de preguntarme si tenemos razón al actuar así, pero ya es demasiado tarde para retroceder. Solo cabe esperar una salida rápida y sin tropiezos.

—¿Y bien? —cuchichea Stolt en cuanto entro en la tienda.

Siempre el mismo olor a lámparas de petróleo, a pino, a tabaco y a pies malolientes. Peter se sienta, colgado de mis labios.

—No saldremos mañana por la mañana. Está decidido.

—Sienta bien actuar por fin —me asegura Weber—. El gesto es al menos tan importante como el resultado. Ahora bien, deberíamos haberlo hecho hace mucho tiempo. Cuando estábamos a cuarenta bajo cero.

No le respondo. Recupero mi lecho de ramiza, me acuesto y me subo el

edredón hasta las orejas. Estoy cansado, no, extenuado, y ya no tengo fuerzas para hablar.

Al mismo tiempo, me siento demasiado ansioso para confiar en conciliar el sueño.

Estoy muy decepcionado por el extraño comportamiento de Wahl. No logro entender cómo ha podido hacernos promesas para luego saltárselas a la torera. Entonces recuerdo su tos persistente y me pregunto si no se habrá agravado su estado. Pero un resfriado tampoco es excusa. La próxima vez que lo vea le diré lo que pienso, tanto da que sea mi superior.

Permanezco despierto toda la noche, al acecho del menor ruido, ya provenga del exterior o del interior de la tienda: los sonoros ronquidos de Nicklasson, los resoplidos de Weber, los suspiros, los vapores de flatulencias que se propagan por el aire ya viciado... Y fuera, el crujido de ramitas, los gritos de animales en el bosque, el ruido de pasos... Imagino a Cedrenius, ya advertido de nuestras intenciones, apareciendo para echarnos de las tiendas y amenazarnos con someternos a un consejo de guerra.

Me persiguen las imágenes de ese viernes. Todavía no he calibrado la magnitud de lo sucedido. No he empezado realmente a llorar a Harald; su muerte se me antoja tan irreal..., no puedo creer que haya desaparecido para siempre. Recuerdo el terrible rugido cuando el hielo cedió. Ni Harald ni los otros soldados tuvieron tiempo de pedir socorro. Todo ocurrió tan deprisa..., el río se los tragó de golpe.

La escena se desarrolla una y otra vez, como al ralentí. Vuelvo a ver la expresión estupefacta de Harald justo antes de desaparecer, el terror en los ojos de los otros dos, que no podían escapar de la voracidad del río.

Despierto sobresaltado poco antes de las seis. Los otros todavía duermen, pero la luz del día se filtra por el resquicio de la tienda; sé que pronto será la

hora. Me pongo con calma las botas y echo una ojeada fuera. Aunque sea de día, el campamento está desierto. El barracón de Cedrenius no muestra el menor signo de vida; como de costumbre, las ventanas permanecen ocultas por cortinas de fieltro oscuro. Salgo y estiro cada miembro de mi cuerpo molido y anquilosado. Delante de cada tienda, excepto una, en la que duermen los compañeros de Brandt, los fusiles están colocados en montones bien ordenados.

Me dirijo rápidamente algo más allá, detrás de un pino donde tengo costumbre de orinar cuando me da pereza ir a las letrinas. A la vuelta, reparo en un humo blanco que escapa del barracón de la ropa. El guarda ya se ha levantado y prepara el desayuno. Al parecer, aún no ha encontrado el mensaje de Axel.

Tengo hambre pero me esfuerzo por no pensar en ello. En la mochila llevo un trocito de pan por si el apetito se vuelve insoportable. Cuando regreso a la tienda, los otros ya se están despertando.

—¿Ya ha empezado? —pregunta Peter Stolt con los ojos todavía nublados de sueño.

—Aún no.

Me sitúo en la entrada y miro fuera por el resquicio. Al cabo de un momento veo al guarda salir del barracón y correr hacia el de Cedrenius. Lleva un papel en la mano y, al pasar por delante de las tiendas, lanza una mirada temerosa en nuestra dirección.

—¿Qué ocurre? —pregunta Sture Nicklasson, que aparece con el cabello todavía más alborotado que de costumbre.

—¡Chitón!

Tengo un nudo en el estómago. Al presente, todo el mundo en el campamento parece despierto. Algunos ya han salido de las tiendas y miran

ostensiblemente hacia el barracón del capitán; otros permanecen ocultos como yo tratando de adivinar lo que pasa.

Pocos minutos más tarde la puerta del barracón se abre y Cedrenius sale por ella, seguido de cerca por Brandt y Chapman. Incluso de lejos, la cólera del capitán resulta palpable. Va vestido con los pantalones del uniforme y una camisa blanca arremangada. Viendo el tono ceniciento de su mentón, es obvio que aún no ha tenido tiempo de afeitarse. Me llegan algunas de sus palabras.

—Pero ¿qué significan estas gilipolleces?

Se acerca a las tiendas a largas zancadas, con Brandt y Chapman pisándole los talones. Entonces aparece otra silueta ante el barracón de Cedrenius. El subteniente Wahl.

Cierro rápidamente la abertura de la tienda y me vuelvo. Cambiamos una mirada inquieta.

—¿Qué ocurre? —repite Nicklasson.

—Viene en nuestra dirección —balbuceo—. ¡Y va armado!

—¿Qué? —exclama Weber—. Pero ¿no ha visto que hemos depuesto las armas?

Me empuja y mira por la abertura.

—¿Qué ves? —cuchichea Peter.

Antes de que Weber tenga tiempo de contestar, la voz atronadora de Cedrenius se deja oír.

—¿Qué significa esta historia? ¿Quién está detrás de esta idea ridícula? ¡Salgan de las tiendas, hatajo de gallinas mojadas!

Silencio. Los cuatro compañeros de Brandt se precipitan fuera de su tienda. Se alinean detrás de Cedrenius, como estaba previsto. Este apenas los mira.

—Salgamos —dice Weber—. No permitamos que nos acuse de cobardes.

—Espera —digo cuando se levanta—. Veamos lo que hacen los demás.

Me deslizo hasta el resquicio; el capitán arremete contra la tienda más próxima y la abre.

—¡Salgan! ¡Es una orden! —grita.

Como ninguno de los soldados contesta, la cólera de Cedrenius sube de nivel. Sacude la tienda con tal violencia que esta amenaza con derrumbarse.

—¡Salgan, les digo! ¡Tienen dos segundos para prepararse y formar!

—No, mi capitán —dice una voz procedente del interior de una tienda—. Hoy no marcharemos.

—Pero ¿qué mierda es esta? —exclama Cedrenius, que suelta la tienda como si acabara de quemarse los dedos—. ¿Quién está detrás de todo esto?

Sin esperar respuesta, se precipita hacia la tienda siguiente y lanza una violenta patada a través de la pared. Se oye un grito de dolor. Aparte de eso, nada. El capitán se dirige hacia una tercera tienda: mismo rechazo silencioso.

En ese momento, Chapman apoya la mano en el brazo de Cedrenius con el fin de alejarlo. Brandt los sigue, perdido y con la mano crispada en torno al fusil, lanzando miradas inquietas en derredor.

—Creo que nos enfrentamos a un motín, mi capitán —dice el primero.

—¿Un motín?

Se libera de Chapman y empieza a vociferar por todo el campamento.

—¿Conocen la pena que se aplica a los amotinados? ¡La misma que a los desertores!

Peter parece inquieto.

—¿No estará pensando en la pena de muerte?

Nicklasson trata de tranquilizarnos:

—Se está marcando un farol. Es un cuento, intenta meternos miedo, eso es todo.

Miro de nuevo fuera. Aparentemente las amenazas de Cedrenius no han cambiado gran cosa. El campamento está tan desierto y tranquilo como antes.

Nada de soldados asustados asomando la cabeza de la tienda, avergonzados y dispuestos a ceder. Cedrenius sigue desgañitándose.

—¡Los que no obedezcan serán castigados, y severamente! ¡Que lo sepan!

Pasan varios minutos y no sucede nada. Veo a Chapman menear la cabeza y volver la espalda al viento, que sopla con violencia.

—No cederán. Venga, hablaremos de lo que conviene hacer.

—¿Lo que conviene hacer? ¡Empecemos por fusilarlos! —replica Cedrenius, iracundo.

—Otro farol —balbucea de nuevo Nicklasson, ahora mucho menos convencido.

—¡Salgamos! —cuchichea Weber—. No quiero que me fusilen...

Para nuestra gran sorpresa, Brandt señala los fusiles abandonados en el suelo.

—No, es una protesta pacífica. No van armados —dice.

—¿Protesta pacífica? —ladra el capitán—. Se niegan a obedecer las órdenes. ¿Tengo que recordarle hasta qué punto es una falta grave?

Brandt no responde; Chapman lo agarra del brazo y hace seña a Cedrenius de que los acompañe. Aunque furioso, tras un breve instante y a regañadientes este los sigue. Los tres se dirigen al almacén de la ropa, hablando entre ellos en voz baja. Wahl sigue plantado ante el barracón del capitán, con la vista clavada en las tiendas; parece agobiado y perdido.

Diez minutos más tarde los oficiales han vuelto, con Cedrenius a la cabeza. Por el momento el capitán parece muy seguro de sí mismo, como si dominara por completo la situación.

—¡Soldados! —grita—. Sé que la mayoría de ustedes son hombres valientes. Se han dejado embaucar por unos cuantos canallas..., y creo saber de quiénes se trata..., que solo desean su perdición. A esos hombres les importa un bledo su futuro, su familia y su país. Son bolcheviques que

aspiran a que reine el caos y la anarquía, que desprecian el orden y la paz. Si los siguen, estarán precipitándose hacia el abismo. Todas sus esperanzas y sus sueños de futuro quedarán reducidos a la nada, su carrera se verá comprometida. ¡Sus familias jamás lo comprenderán! Se preguntarán por qué los dejaron en la estacada y por qué fueron a parar a la cárcel. Pues, pueden creerme, irán a parar a la cárcel. Tengo el número de teléfono de mi superior, el que dirige el conjunto de las tropas de Norrland, y cuento con llamarlo sin más dilación.

Hace una pausa y mira en derredor con arrogancia. Tras varios segundos de silencio, de la tienda situada justo a su espalda surgen sordas protestas y juramentos. Cedrenius ha conseguido meter el miedo en el cuerpo a algunos soldados, que hacen amago de salir; sus camaradas intentan impedirselo.

Tal vez el intenso viento le lleva la promesa de una victoria, pues en los labios del capitán se dibuja una leve sonrisa; abre los brazos, como si tratara de abarcar el conjunto de las tiendas y a cuantos se encuentran en ellas.

—Estoy convencido de que han sido manipulados, que no tardarán en entrar en razón, y estoy dispuesto a concederles una última oportunidad. A los que ya han empezado a cambiar de opinión, los que están tomando conciencia de la locura a que han cedido, les concedo una hora para salir. Quienes opten por hacerlo pueden ir directamente a la cantina ambulante antes de prepararse para los ejercicios del día. En cuanto a los demás...

Levanta el mentón con aire amenazador. Me invade la extraña sensación de que solo me mira a mí. Tengo la carne de gallina, y me retiro un poco hacia el interior de la tienda a fin de escapar a su mirada de acero.

—... Ustedes verán.

Cedrenius recorre con la vista por última vez el conjunto del campamento. Acto seguido gira sobre sus talones y se dirige a su barracón, seguido de

cerca por sus dos subordinados. Wahl, por su parte, parece haberse volatilizado.

Cuando el capitán desaparece, el ambiente en las tiendas es más opresivo que nunca. De aquí y de allá, llega el sonido de agrias discusiones.

—Joder —rezonga Nicklasson—. La cosa se pone fea.

Oímos ruido de pasos en el exterior. Se trata de los escépticos, los pocos soldados que solo se habían sumado de boquilla a nuestra iniciativa. Ya se están rindiendo.

—Cedrenius no cederá —constata Weber—. Es evidente.

—No sabemos lo que va a ocurrir —asevero—. Esperemos a ver qué pasa. Pensad en Martinsson. El capitán no lo liberará si nos echamos atrás.

Seguimos allí esperando y escuchando. Al parecer ha estallado una trifulca en la tienda contigua.

—¡No quiero ir a la cárcel! ¡Prefiero marchar! —grita alguien.

Suspiro desalentado. Poco después, una vez más, oigo pasos fuera, seguidos de chasquidos metálicos. Uno o varios soldados están recogiendo sus armas. Hatajo de traidores... No son mejores que Wahl, me digo.

Weber entreabre la tienda y echa una ojeada al exterior.

—¡Venid a ver! Ahí está Arne y ese... ¿Cómo se llama el tipo de Småland que bizquea? ¿Mattsson? Se dirigen a la cantina ambulante.

—Si te refieres a Arne Svensson, sabes muy bien lo que vale —replico con acritud—. No hay un cagueta como él. En cuanto a Mattsson, me guardaré mi opinión.

Pero Weber no me escucha.

—Allá va otro... Uno de Norrland, no conozco su nombre..., ¡y otros dos de la misma tienda! Ljunberg, Kempe... y uno de tus amigos, me parece —dice volviéndose hacia mí.

Me pongo rígido y lo aparto para verlo por mí mismo. Erik.

—Erik, pero ¿qué estás haciendo? ¿No irás a rajarte?

Al oír su nombre, se queda paralizado y se vuelve. Parece avergonzado y al mismo tiempo a la defensiva.

—Lo siento muchísimo, pero no vale la pena. Mis padres me esperan. No puedo ir a la cárcel.

Da media vuelta y se dirige a la cantina ambulante. Mi desesperación da paso a la cólera, le grito:

—Pero ¿y Harald, y nosotros, todos los demás? ¡Estábamos de acuerdo, mierda!

Erik aminora el paso. Se para y me responde:

—Era una mala idea, debería haber comprendido que no funcionaría. ¡Sal tú también, antes de que sea demasiado tarde!

Lo sigo con la vista hasta que desaparece. Vuelvo a sentarme. No me sorprende que Arne Svensson y Henry Mattsson se hayan rendido tan rápido. Pero Erik... Es en los momentos críticos cuando la gente muestra su verdadero temple. Al menos ahora ya sé lo que vale. Solo mira por sí mismo. ¿Acaso no lo presentí desde nuestro primer encuentro?

Me pregunto si John y Axel lo han visto largarse; habría preferido estar con ellos en este momento. Pese a todo, me siento más cerca de mis viejos camaradas que de los que en este momento me rodean. Echo de menos la voz sosegada y la mirada tranquilizadora de John. Hasta la presencia de Axel me reconfortaría. Tenemos nuestras divergencias, pero él al menos no tira la toalla.

Estoy a punto de gritar algo así como «¡Nosotros no cederemos tan pronto!», cuando de repente Weber, sin previo aviso, pasa por delante de mí y sale de la tienda. Antes de que yo tenga tiempo de reaccionar ha recogido su fusil.

—Ven, Peter. Sture, ¿vienes tú también? —suelta dirigiéndose a sus compañeros.

Incrédulo, consulto mi reloj. Solo han transcurrido cuarenta minutos desde que Cedrenius nos ha dirigido su ultimátum. Me vuelvo y miro de hito en hito a Peter; después de John, es al que más aprecio en Svartnäset. Evita mi mirada, se pone el abrigo y se acerca a la abertura de la tienda.

—Tú no, Peter...

Aprieta los dientes y su expresión se vuelve hermética.

—Déjame pasar.

—¿No puedes esperar un poco más? Cedrenius se ha marcado un farol, ¡ya has oído lo que ha dicho Sture!

—¿Y de qué serviría esperar un poco más? Se acabó, Georg, ¿es que no lo ves? Aprecio mucho a Martinsson, pero de eso a ir a la cárcel por él... No, no vale la pena. Así que déjame pasar. Ya estoy harto y ahora quiero mi desayuno.

Con mayor brusquedad de la necesaria, me empuja y sale de la tienda.

—¡Bien por ti! —le grito con lágrimas en los ojos—. ¡Nos abandonas por un plato de gachas! Me decepcionas, Peter.

Sture permanece mudo. Sin siquiera dirigirme una mirada, se levanta para seguirlos. Lo oigo recoger el fusil y alejarse a toda prisa.

Estoy solo en la tienda.

El silencio no tarda en reinar en el exterior. No tengo la menor idea de cuántos se han echado atrás. Lo que más me hiere es la traición de Erik y de Peter. De todos modos, me deja perplejo constatar a qué velocidad los que pocos días atrás, al ver ahogarse a tres camaradas en el río, juraban que nunca más volverían a marchar se han rajado en cuanto Cedrenius ha levantado la voz.

Me seco las lágrimas. Tengo hambre. Agarro la mochila y saco el pan que guardaba en ella; está duro como una piedra pero es mejor que nada. Lo mastico despacio, a trocitos, mientras mis dedos juegan con el collar de Kerstin. ¿Cuánto tiempo aguantaré todavía? Tal vez John, Axel, Fahlgren y Karlsson ya se hayan rendido. ¿Seré lo bastante idiota para hacerlo el último?

Miro la hora: en ocho minutos expira el ultimátum de Cedrenius. El pan está muy reseco y tiene un sabor acre a serrín. ¿Por qué sigo aquí, cuando es evidente que hemos perdido? La protesta habrá durado menos de una hora, es para echarse a llorar. También yo temo a Cedrenius, pero según parece no tanto como mis compañeros, Erik, Peter, Folke, Sture y todos aquellos que se han rajado con el rabo entre piernas..., un montón de caguetas.

Cuatro minutos. Trago el último bocado pastoso y me pongo el abrigo. También para mí ha llegado la hora de aceptar la derrota, de encontrarme pronto en presencia de Cedrenius, que reirá victorioso, de avergonzarme de mi debilidad. ¿Podré soportar todavía una marcha más? Supongo que sí. El cuerpo se ha acostumbrado, basta con avanzar sin reflexionar. Sobre todo, no pensar en aquellos a los que hemos abandonado, en nuestros camaradas muertos y en Martinsson, que a estas horas ya debe de estar hecho un bloque de hielo.

Solo quedan dos minutos, y sin embargo aquí sigo. Recuerdo la sonrisa cansada de Harald durante la última marcha, la manera en que me saludó pese a su agotamiento. El fusil era demasiado pesado para él, tenía moretones en el hombro tras haberlo acarreado, unas flores violáceas que lastimaban su piel blanca de muchacho.

De repente comprendo que no puedo abandonar bajo ningún pretexto, cualquiera que sea la opción que hayan tomado los demás. Es posible que sea el único, pero no quiero dar a Cedrenius el gusto de vernos temblar en cuanto

frunce el ceño. Aunque sea indirectamente, él es el responsable de los ahogamientos. Karlberg y Andrés murieron de frío hace poco, y también lleva sobre su conciencia esas muertes. No, me quedo, aunque sea el último. Kerstin lo comprenderá, se lo explicaré en mi próxima carta, sin duda le quedará claro que han colmado mi paciencia...

Oigo algo, muy cerca; me quedo paralizado. El ancho rostro de John asoma por la abertura de la tienda. Recupero con felicidad su sonrisa radiante, su dulce mirada.

—Pero..., Georg, ¿estás solo?

—Sí...

—Pobre. No puedes quedarte aquí. Ven a mi tienda.

—¿También tú estás solo?

—¡Qué va! En la mía hay un gentío. Pero como eres bajito y delgado, apretándonos un poco podremos hacerte sitio.

—Pero... si ya no hay nadie. Se han ido todos, hace un momento.

John recula para dejarme salir.

—Son menos de una docena los que se han echado atrás. Acabo de dar una vuelta para hacer un recuento.

Atónito, avanzo hacia la luz mortecina; algunos rayos de sol atraviesan el cielo nuboso.

Respiro hondo y sigo a John. Por el camino constato que la mayoría de las tiendas están llenas. Algunas cabezas asoman por las aberturas; a nuestro paso, los camaradas nos hacen señales de ánimo. No logro responderles, todavía no he calibrado lo que está en juego. Cuando Weber, Stolt y Nicklasson han abandonado la tienda, he creído que todo estaba perdido. Sin embargo, me he quedado solo únicamente por la mayor de las casualidades.

Justo antes de reunirme con los demás en el interior de la tienda, apoyo la mano en el hombro de John.

—Erik se ha ido.

Su rostro se paraliza un instante y se le ensombrece la mirada.

—Lo sé —se limita a responder—. Anda, ven.

En la oscuridad brillan cuatro pares de ojos vueltos hacia mí.

—Hola, Georg, sé bienvenido —me suelta Axel con su habitual sonrisa irónica.

En ese preciso momento sería capaz de abrazarlo. Con el sonido familiar de su voz, al ver su sonrisa socarrona, recupero algo de esperanza. Las lágrimas se agolpan en mis ojos, pero esta vez consigo reprimirlas.

—Hola —digo con toda la despreocupación de que soy capaz—. ¿Queda sitio?

Se corren gustosos para que John y yo podamos sentarnos. Estamos apretados, no resulta muy cómodo, pero lo prefiero a la soledad de mi tienda.

—¿Quieres un poco de cerdo? —me pregunta uno de ellos.

Le quedo agradecido y encuentro la pitanza de mi gusto, aunque lleva más tocino que carne. Me siento aliviado y río a mi pesar.

—¿Qué ocurre? —pregunta John.

—Yo... No sé, creía que todo había terminado. Que Cedrenius había ganado.

—Todavía no —declara Axel—. Hemos perdido a cuatro hombres, cierto, pero nos las arreglaremos sin ellos.

Me pregunto cómo puede estar tan sereno, pero me limito a asentir mientras devoro el tocino grasiento y salado. Entonces consulto mi reloj. El ultimátum ha expirado.

Cedrenius está tieso como un palo, con las manos a la espalda, y observa el campamento por la pequeña ventana de su barracón. Ha cubierto los tragaluces con cortinas de fieltro, para que no se cuele el frío y para pasar desapercibido. Le basta con apartarlas un poco. Fuera, a la luz del sol naciente, todo parece tranquilo. De las tiendas emanan tenues luces rosadas, pero sigue sin verse a nadie. Los soldados que han tenido el buen sentido de renunciar a esa ridícula protesta —tan solo una docena, muchos menos de lo que esperaba— proceden a hacer sus ejercicios a quinientos metros del campamento.

Brandt y Chapman los encuadran. Los ha enviado allí a fin de disponer de tiempo para reflexionar. Tiene dos problemas que resolver: en primer lugar, el subteniente Wahl. Y después esas calamidades que vegetan en sus tiendas. ¿Cómo pueden rebelarse cuando Suecia está a punto de entrar en guerra, acaso la más importante de su historia?

Un resoplido lo saca de sus pensamientos y le recuerda que no está solo. Al otro lado de la mesa de despacho está sentado el subteniente Wahl. Lleva ahí desde la víspera, está ojeroso y sus rasgos aparecen tensos. Por mucho que Cedrenius lo ha interrogado en relación con los soldados que le pidieron que fuese su portavoz, hasta el momento el subteniente se ha negado a darle sus nombres. Quién sabe, tal vez esté conchabado con los insurgentes... Sea como fuere, la verdad acabará por salir a la luz. No más marchas con Brandt,

ejercicios menos duros y levantar el castigo a ese granuja de Martinsson... Pero ¿dónde se creen que están? ¿En un balneario?

Curiosamente, Wahl no parece considerar sus peticiones como una prueba de traición; carece de firmeza. ¡Santo Dios, con lo evidente que resulta! Ahí los tienes clavados en sus tiendas como una pandilla de chiquillos testarudos. Si solo dependiera de él, los haría marchar a latigazos. Y si no, existen muchos otros métodos, más eficaces y persuasivos...

Lo que es seguro es que no se puede confiar en esos hombres. No cabe duda de que hay algunos muchachos valientes, pero también demasiadas frutas podridas, como comprendió hace bastante tiempo. Ya el otoño pasado recibió la orden de permanecer atento a la presencia de izquierdistas entre los movilizados. Ahora se reprocha no haberse ocupado antes del problema. Confiaba en que una cura de ejercicios extenuantes y largas marchas sofocaría las veleidades de insurrección entre los que tenían ideas y valores corrompidos, al igual que la mayoría de la población en aquel rincón apenas civilizado del país.

Desde el principio tiene puesto el punto de mira en los tipos de Norrland. Todos son unos rojos, al igual que sus padres, hermanos, primos y sobrinos. Cabe decir que al principio no suponía realmente un problema. Se mantenían en un aparte y no prestaban atención a los demás soldados. La situación parecía bajo control. Sin embargo, justo después de Año Nuevo llegaron los de Escania, y casi de inmediato crearon problemas. Recuerda al fortachón de John Åkesson, que le plantó cara desde los primeros días y al que envió al calabozo. A Harald Möller, que se volvió loco durante su guardia nocturna y empezó a disparar a su alrededor en la oscuridad. Él, al menos, ya no creará problemas.

Y luego está ese detestable periodista, Axel Böcklin; evidentemente, él había comprendido que era de izquierdas mucho antes de que sus fuentes, tras

haber indagado en el pasado de Böcklin y de sus camaradas, se lo confirmasen. Ese debía de llevar bastante tiempo ya haciendo propaganda. En un momento dado, los de Escania y los de Norrland —puede que también otros— debieron de empezar a codearse. Él mismo vio a Axel Böcklin y a sus camaradas hablar con Sven Fahlgren y Adrian Karlsson en varias ocasiones. En consecuencia, la gangrena se propagó. Y al presente tiene un motín entre manos.

Cedrenius se aleja de la ventana, da unos pasos por la estancia y, con el fin de intimidarlo, se planta justo delante del subteniente, casi rozándolo; Wahl se pone rígido.

Cuando este llegó al campamento, muy al principio, el capitán se mostró más que acogedor. Todas las noches lo invitaba, y compartía con él los cigarrillos y el coñac. Pero en lugar de mostrarse agradecido, el subteniente se atrevió a quejarse de las condiciones de vida de los soldados. Wahl exigió mejoras inmediatas y no vaciló en insistir; hasta el día en que Cedrenius, irritado, dejó de invitarlo.

Wahl no parece haber entendido que nunca hay que mimar a los soldados. La comodidad los vuelve cobardes y afecta a su combatividad. Por lo demás, que carezcan de equipos no es culpa suya, sino del gobierno, cosa que ha intentado explicar varias veces al subteniente.

Quien está en el origen de todo ese follón es el tipo ese de Escania, Albin Hansson, ese adivinador del futuro supersticioso. Cuando se moviliza a un centenar de miles de hombres sin tener nada previsto, uno recoge lo que ha sembrado, y, si se despoja a la Defensa hasta de la última corona, es evidente que uno puede encontrarse corto de equipo cuando se trata de proteger las fronteras. La casi totalidad de las armas, los abrigo de pieles, los aviones y los tanques han sido enviados a Finlandia, y lo que queda para los suecos es

francamente insuficiente. De manera que más vale hacer de la necesidad virtud, endurecer a los hombres y convertirlos en verdaderos guerreros, a fin de multiplicar las oportunidades de victoria en caso de enfrentamiento, en caso de invasión por parte de los rusos.

No había tardado en percibir que Wahl no estaba con ellos, que no pensaba como ellos. Tal vez sea probritánico. De hecho, Cedrenius recuerda una conversación en el curso de la cual el subteniente pretendía que los ingleses jamás se dejarían invadir, pese a la superioridad del ejército alemán. ¡Ridículo! La conquista del islote inglés por los alemanes es más que probable. Después de Polonia y Checoslovaquia, estos podrían volverse hacia el oeste y, después de Francia, Inglaterra constituiría como es natural la etapa siguiente.

Wahl reaccionó con energía; casi perdió los estribos cuando Cedrenius y Chapman se rieron en sus barbas. Recuerda que fue justo antes de la carrera de baquetas, a la que Wahl cometió la imprudencia de oponerse. No, decididamente es tan poco fiable como los amotinados. Ni siquiera parece preocupado por esa escandalosa protesta, y lo cierto es que debería estar furioso. Es un misterio cómo ese hombre pudo llegar a convertirse en oficial...

No falla, el presuntuoso Wahl ya no puede más, salta a la vista. Se retuerce en la silla, cambia sin cesar de postura, lanza profundos suspiros. De vez en cuando tose y se enjuga el rostro con el pañuelo ya húmedo. Por su parte, Cedrenius no está cansado, aunque haya permanecido en pie toda la noche. Tiene la costumbre de limitarse a cabezadas esporádicas y, de todos modos, la adrenalina y la cólera lo mantienen despierto. El subteniente está a un paso de desmoronarse, tanto mejor: con un poco de suerte, eso abreviará el interrogatorio.

Cedrenius apoya pesadamente la mano en el hombro de Wahl, quien, así lo percibe, desearía sustraerse al contacto. El capitán lo prolonga un momento y luego se dirige a sentarse en el borde de la mesa, justo al lado del subteniente.

—¿Ha oído hablar de la compañía de trabajo Storsien?

Por un breve instante, el rostro demacrado de Wahl exhibe una expresión de sorpresa, que intenta disimular con un fugaz encogimiento de hombros.

—Sí, la conozco. Pero no veo la relación con lo que ocurre aquí.

—¿Sabe a qué clase de tipos envían allí? —le pregunta Cedrenius, fingiendo no haber reparado en el malestar de Wahl.

Un brillo de suspicacia aparece en la mirada del subteniente.

—A comunistas, me parece. Individuos peligrosos para la sociedad. Traidores.

—Pero también a indisciplinados y probritánicos.

El subteniente frunce el ceño.

—Allí no se requiere ni proceso ni veredicto —prosigue Cedrenius—. Basta con que alguien, preferentemente un hombre de confianza, bien situado en la jerarquía, lo denuncie a uno, aportando un simulacro de prueba. Puede tratarse de algo anodino; por ejemplo, una llamada en el curso de la cual la persona en cuestión haya expresado ideas sospechosas.

El subteniente se agita, dándose cuenta con angustia del curso que están tomando los acontecimientos.

—¿Adónde quiere ir a parar? —inquire.

Sin embargo, el capitán no se deja engañar por esa despreocupación fingida; del cajón de su escritorio saca un mapa, que coloca delante de Wahl.

—Aquí está Storsien —dice, señalando con el índice en pleno centro de un espacio vacío—. En este momento hay internadas unas trescientas personas. Y aquí —prosigue desplazando el dedo— estamos nosotros. Como ve, no queda muy lejos. Al igual que Svartnäset, ese campamento está aislado.

Pocos conocen su existencia, de hecho, me sorprende que ese sea su caso. Los detenidos pasan tanto frío como nosotros, y comen lo mismo. Ahora bien, todo parecido acaba ahí. Los que han servido a su país regresarán a casa aureolados de gloria; en cambio, el futuro del que ha estado allí internado se verá comprometido para siempre. A partir del momento en que a uno lo consideran un peligro para la sociedad, conserva la marca para el resto de sus días.

Cedrenius guarda silencio con objeto de dejar que Wahl digiera la información. Alisa el mapa con la palma de las manos y lo dobla con esmero. Un músculo empieza a palpar espasmódicamente bajo un ojo del subteniente; su boca se mueve como si fuera a decir algo, pero ni un solo sonido sale de ella. Vaya terquedad... Cedrenius lanza un suspiro.

—¿Para qué sirve una compañía de trabajo como Storsien? Pues bien, para tener bajo vigilancia a las personas sospechosas y aislar a los que ponen en tela de juicio la jerarquía militar. ¿Ve adónde quiero ir a parar, subteniente? *Usted* pone en entredicho la jerarquía militar mediante su negativa a cooperar conmigo en este asunto. *Usted* está poniendo su propio futuro en juego.

El subteniente explota y se levanta a medias de la silla.

—¡Pero eso es absurdo! Yo no soy comunista. ¿Cómo iba a amenazar a la disciplina militar? ¡Esa acusación es insensata!

Se enjuga el rostro. Cedrenius nota que la mano de Wahl ha empezado a temblar. Le responde melifluo:

—¿Insensata? Es posible. Y, no obstante, bastaría con una declaración común de Chapman y yo mismo para que pasase el resto de la guerra en Storsien. Sabemos de lo que es capaz. Ha expresado sus opiniones aquí y allá en varias ocasiones, y compartimos el parecer de que su influencia sobre los soldados resulta pernicioso. No tiene nada que hacer aquí.

Wahl se pone colorado y frunce el ceño con incredulidad.

—¿Me está amenazando?

Cedrenius observa el sudor que perla la frente del subteniente, así como su respiración breve y entrecortada. Él mantiene una calma total.

—¡En absoluto! Solo quiero que se entere de lo que está en juego. O bien opta por cooperar, y permanece en su puesto, o bien se niega, en cuyo caso no me deja otra elección que contactar con las autoridades. Resulta que conozco a los responsables de Storsien y sé que tienen el proyecto de..., digamos, desarrollar su actividad. Mayor número de campamentos un poco por doquier en Suecia. Por consiguiente, más detenidos.

El subteniente lo mira pasmado.

—¿Qué quiere de mí?

Pese a su victoria inminente, Cedrenius se esfuerza por no mostrarse triunfal. Debe tener cuidado y elegir bien sus palabras a fin de convencer a Wahl.

—Quiero que denuncie a los que han tomado la iniciativa en este motín absurdo, a fin de que pueda castigarlos. Me dijo que unos soldados fueron a verlo el sábado y solicitaron hablar con usted. ¿Quiénes eran esos hombres?

El subteniente parece vacilar y Cedrenius se permite una leve sonrisa. Wahl está a punto de ceder. Con objeto de llevarlo exactamente adonde quiere, aclara:

—Hay que dar ejemplo, de lo contrario tendremos un nuevo motín entre manos cada vez que no tengan ganas de hacer algo. No quiero parecer demasiado solemne, pero me parece que lo que está en juego es el futuro de Svartnäset, no solo el suyo. ¡Suecia puede entrar en guerra en cualquier momento y nuestros soldados actúan como si estuvieran de vacaciones! Me hacen peticiones a las que ni puedo ni quiero acceder.

—¿Qué piensa hacer con ellos? —pregunta Wahl.

—Eso no le concierne, es a mí a quien corresponde decidir.

—¿Ha telefoneado ya a las autoridades?

—Tampoco eso es asunto suyo. Ahora, responda a mi pregunta o mi llamada a las autoridades será relativa a usted. Si se niega a ayudarme, se convertirá en un lastre para mí. Entonces ya no querré tenerlo en Svartnäset. Y en tal caso, creo que Storsien será lo más adecuado para usted. Tengo las pruebas aquí mismo. —Abre el cajón y saca un cuaderno negro—. He anotado en él fragmentos de conversaciones durante las cuales ha expresado ideas que solo cabe considerar en extremo sospechosas. Dado que el teniente Chapman se hallaba presente durante dichas conversaciones, dispongo de un testigo dispuesto a confirmar la veracidad de tales enunciados. Este, por ejemplo, elegido al azar: «Es innegable que gran parte del pueblo ruso vive mejor gracias a Stalin. El analfabetismo está retrocediendo y el metro de Moscú es una maravilla de la técnica.»

El subteniente se atraganta y mira el cuaderno.

—¡Jamás he dicho nada semejante!

Cedrenius señala con el dedo el pasaje en cuestión.

—Sí —afirma—. El veintiuno de enero de este año.

Wahl se levanta bruscamente. Sus ojos despiden rayos, se tambalea.

—¡Es un embuste! ¡Se lo ha inventado todo!

Cedrenius vuelve a guardar el cuaderno en el cajón.

—Esto constituyen pruebas. Le toca a usted decidir si las utilizo o no.

Wahl lo mira fijamente durante un minuto. Cedrenius contiene la respiración. Al final, el subteniente vuelve a sentarse, tan pesadamente que la silla emite un crujido. El capitán lanza un imperceptible suspiro de alivio.

—Atravesamos una crisis —se apresura a recordarle—. Hay que restablecer el orden y la disciplina lo antes posible, de lo contrario, todo esto puede degenerar.

Sin embargo, Wahl ya no parece oír nada. Cuando, al cabo de largo rato,

empieza de nuevo a hablar, su voz es tan débil que Cedrenius debe inclinarse para captar sus palabras.

—Tal vez tenga razón. Pero no puedo evitar sentir compasión por esos hombres a los que trata de amotinados. Pasan frío, sufren, y jamás he apreciado su manera de dirigir este campamento. Hace apenas unos días, el cabo llevó a tres soldados a la muerte y usted fuerza a sus camaradas a ir de nuevo de marcha bajo su mando.

Una oleada de impaciencia e irritación inunda a Cedrenius. Pronto hará quince horas que está en compañía del subteniente. Es evidente que este se encuentra enfermo y completamente exhausto. Y, sin embargo, ¡se niega a ceder!

—Pero en el nombre de Dios, ¿acaso no llevamos ya aquí demasiado tiempo? ¿Se puede saber a quién protege? ¿Es que esos hombres son más importantes que su propia carrera?

—Lo siento muchísimo, pero no puedo darle los nombres que me pide, no quiero cargar con su castigo sobre la conciencia.

Acto seguido, Wahl se levanta y se quita el abrigo. Con los dientes apretados, se quita la insignia militar y la arroja sobre la mesa, delante del capitán.

—Dimito de mis funciones como responsable del campamento.

Por primera vez, la sorpresa y la cólera hacen que Cedrenius pierda su sangre fría.

—¡No puede hacer eso! Está usted completamente loco. Uno no puede dimitir de sus funciones de mando cuando la guerra es inminente. ¡Sería tratado como un desertor!

—¿No se puede dimitir? Pues ya ve, yo lo hago. Ha convertido usted en insostenible mi situación, me ha amenazado y ha tratado a los soldados como

a ganado. También yo tengo relaciones, y si me acusan de deserción sabré defenderme. Lo único que lamento es tener que abandonar a los demás aquí.

Dirige una mirada a través de la ventana por encima del hombro de Cedrenius. Este ha olvidado correr las cortinas de fieltro y un tenue rayo de luz se cuele por ella.

—Que Dios los proteja —murmura Wahl.

Luego, sin una palabra de despedida y sin pedir permiso, se precipita hacia la puerta y sale del barracón.

Wahl se instala por última vez a la mesa de contrachapado del ventilado barracón donde ha dormido y trabajado los últimos tres meses. Barre los documentos amontonados con el dorso de la mano, toma la pluma y empieza a redactar su carta de dimisión. Una vez que ha terminado, firma *subteniente Anders Patrik Wahl* y la introduce en un sobre dirigido al capitán. Cuenta con dejarla allí a fin de que la encuentren sobre la mesa.

Se arrellana en la silla y se pone a reflexionar. Apenas ha dormido ni comido desde hace casi veinticuatro horas, su mente está nublada y se siente especialmente débil. Le cuesta respirar. No obstante, la situación exige que se recupere. ¿Está dando prueba de cobardía al desaparecer así? ¿Qué les ocurrirá a los desdichados que esperan en sus tiendas?

Finalmente, toma una decisión: hablará con un oficial en funciones en otro campamento. Irá a ver a personas de confianza que dirigen el de Boden, les hablará de Cedrenius y de las cosas terribles que ocurren en estos momentos en Svartnäset. Sabe que hay que actuar de prisa. Cedrenius es un irresponsable, la protesta puede muy bien acabar en masacre.

Pese a que la cabeza le da vueltas, consigue recoger sus cosas en menos de cinco minutos. Debe tomar el tren a Boden en Morjärv, pero solo es posible llegar allí a pie o con esquíes. Opta por lo más rápido: los esquíes. Al salir del

barracón, se cruza con el guarda, que, al ver el abrigo de pieles y la maleta de Wahl, no tarda en comprenderlo todo.

—¿Se va, mi subteniente? ¿Ahora? —dice señalando las tiendas.

—Sí. ¿Puedo tomar prestados unos esquíes?

El guarda le desentierra unos esquíes que rara vez se han utilizado y que a todas luces necesitarían ser encerados. Pero Wahl no tiene tiempo ni de encerar ni de argumentar. Lo esencial es abandonar Svartnäset lo antes posible.

—¿Puede transmitir este mensaje al soldado Lindkvist?

Entrega al guarda una carta sellada. Contiene unas palabras explicando su partida y lo que piensa hacer. Al menos les debe eso a los que fueron a pedirle ayuda. No quiere que se crean abandonados.

—¿Habla del tipo de Escania, mi subteniente?

—Sí. Si no lo encuentra, dásela a Sven Fahlgren.

Wahl se tambalea, pero, tras pasarse la mano por la frente, recupera el equilibrio. La fiebre lo asalta como si quisiera engullirlo. El guarda no es su amigo, pero al menos han compartido el mismo barracón durante tres meses. Wahl espera poder confiar en él.

El guarda le dirige un guiño. Con mano experta, oculta la carta y se cuadra.

—¡Así se hará, mi subteniente!

Wahl se pone trabajosamente en camino. Los esquíes son pesados y recalitrantes. Corta por la pendiente detrás de la caballeriza a fin de evitar que Cedrenius lo vea. Se aleja sin volverse y no ve al guarda dar unos golpecitos al sobre con una sonrisa socarrona.

Wahl se pone en camino hacia Morjärv. Debilitado y sufriente, avanza muy despacio. Se ve obligado a detenerse varias veces durante el trayecto, sus accesos de tos son incesantes. Le cuesta respirar y al cabo de un momento

solo consigue avanzar de manera esporádica. Tiene la sensación de asfixiarse. A un kilómetro de Morjärv, se desvanece, cae de lado y ya no se levanta. Unos soldados lo encuentran una hora más tarde en estado de hipotermia.

Le diagnostican una neumonía. Es trasladado a un hospital cerca de Luleå y por espacio de varios días Wahl se debate entre la vida y la muerte. Cuando está lo bastante restablecido para hablar, Svartnäset ya no interesa a nadie. Por una parte, porque nuestra protesta ya ha llegado a su fin, y por otra, porque Cedrenius se ha adelantado al subteniente: apenas confiarle el guarda el mensaje de Wahl, el capitán telefona a su superior y a otras personas influyentes.

Les cuenta que Wahl ha huido del campamento. Tilda al subteniente de traidor, un bolchevique implicado en la organización de un motín. En consecuencia, debe ser considerado extremadamente peligroso. La versión de Cedrenius convence. Pocos días más tarde, dos policías acuden al hospital donde se encuentra Wahl y lo detienen.

No me enteraré de la verdad hasta años más tarde. Al igual que los demás, estoy convencido de que Wahl nos ha traicionado, que se ha aliado con Cedrenius. Seguimos pensando que un oficial siempre es un oficial y no se puede confiar en ellos. Tengo la impresión de haber sido personalmente abandonado y, en mis peores momentos, detesto a Wahl todavía más que a Cedrenius.

De vez en cuando salimos de las tiendas para ir a las letrinas o a llenar las tazas con nieve. Una vez está fundida, nos la bebemos. El agua aplaca un tanto el hambre, pero tenemos el vientre vacío, de manera que el líquido se limita a pasar por él y nos vemos obligados a salir corriendo para aliviarnos de nuevo. Fuera, nos cruzamos con camaradas de otras tiendas y cambiamos unas palabras. Los que tienen algo que comer lo comparten de buen grado. El ambiente sigue siendo tenso, pero la mayoría nos esforzamos por disimular la aprensión. Intentamos hacer acopio de valor y no quitamos ojo al barracón de Cedrenius.

Son alrededor de las cinco de la mañana, y sigue sin haber ni policía ni militares, lo que demuestra que, al amenazarnos, el capitán se estaba marcando un farol. Tampoco hay ni rastro de los otros oficiales. Sin duda Brandt y Chapman han ido a dirigir una sesión de entrenamiento, y la puerta de Cedrenius permanece cerrada. Huelga decir que la ausencia de acontecimientos genera numerosas especulaciones. Cuando cae la noche, nos

sentimos escasamente dispuestos a la lectura, al sueño, a la correspondencia, a los juegos o a la charla. Tenemos un único tema de conversación: las intenciones del capitán.

—No puede dejarnos aquí de plantón indefinidamente —aventura Fahlgren.

Karlsson no está de acuerdo:

—Por supuesto que sí. Tal vez quiera matarnos de hambre.

A la caída de la noche, vemos luz en el barracón de Cedrenius y en el otro donde se esconde el guarda. Yo en su lugar tampoco me atrevería a salir. Figura entre los individuos más detestados de Svartnäset y se ha creado numerosos enemigos en el campamento. Muchos sospechan que estos últimos meses ha vendido a escondidas parte de nuestras raciones. Los mandos no se han quejado al respecto, sin duda porque sus platos siempre estaban bien colmados.

Brandt y Chapman están de regreso con los soldados que nos han abandonado esta mañana. A su paso, algunos salimos de las tiendas. Parecen agotados y se dirigen al almacén de la ropa. Se supone que pasarán la noche allí. Erik y Peter Stolt figuran entre ellos. Les lanzo una torva mirada. Aunque los muy traidores finjan no vernos, seguro que les resulta más difícil no oír nuestros insultos.

A las nueve de la noche, una luna perfectamente redonda aparece por detrás de las copas de los abetos, bañando el campamento de una luz azulada. Ha vuelto el frío, encendemos las estufas. Voy a buscar mis cosas, así como una manta suplementaria, y me acuesto al lado de John y Axel. Sin embargo, el miedo, la promiscuidad y el hambre me impiden conciliar el sueño.

John y yo charlamos un rato. Al igual que los demás, esperaba una solución rápida, un enfrentamiento tal vez, pero no este extraño statu quo.

Parecía tan poco probable que Cedrenius tolerase nuestra insurrección más de diez minutos..., qué digo, ¡dos segundos! Por otra parte, el tiempo juega a su favor.

Por supuesto, la idea de que el capitán se burla de nosotros, que ha establecido una estrategia para hacernos salir de nuestro escondite, nos ha pasado por la cabeza.

—Tendría que haber almacenado más comida. Aquí nos tienes, muertos de hambre —murmura John con aire lúgubre.

Como para ilustrar sus palabras, mi vientre emite un rugido sonoro y reivindicativo.

—No es culpa tuya —cuchicheo a mi vez—. Todos deberíamos haber pensado en ello.

John suspira y se vuelve boca arriba.

A la luz difusa de la estufa, su perfil destaca en la oscuridad. Algunos han conseguido dormirse y roncan ruidosamente.

—¿Cuánto crees que podremos aguantar solo bebiendo agua? —susurra.

Ahora me toca a mí suspirar. Al igual que John, sé que la situación se volverá insostenible si se eterniza. No obstante, trato de mostrarme tranquilizador:

—Bastante tiempo, en mi opinión. Por otra parte, Cedrenius deberá tener cuidado. Los hombres hambrientos son peligrosos. Cuando el hambre atenaza, uno no tiene las ideas claras. No creo que se atreva a adoptar semejante estrategia.

—Ojalá sea cierto.

Se vuelve otra vez. Pocos minutos más tarde oigo su respiración pesada y regular: se ha dormido. Por mi parte, permanezco largo rato mirando la luz oscilante de la estufa en las paredes de la tienda, con las manos juntas como en una plegaria.

Cuando despierto, en la tienda hace frío y humedad. Como nadie se ha preocupado de vigilar la estufa, esta se ha apagado durante la noche. Afortunadamente, nuestras vidas ya no dependen de eso. Pero estoy helado, y es uno de esos días en que uno no querría levantarse en absoluto. Son las cinco y media y los demás duermen todavía. A medida que voy despertando, me doy cuenta de que estoy hambriento. Solo he comido un trozo de pan y una loncha de cerdo en las últimas veinticuatro horas.

Me levanto haciendo el menor ruido posible y saco la botella de agua de la mochila, que ha hecho las veces de almohada. Tiritando, doy unos sorbos. Mi estómago, recalcitrante, ruge un instante. Uno no puede engañar al vientre eternamente haciéndole ingerir agua por todo alimento. John duerme panza arriba, con la boca abierta, mientras que Axel y los otros tres dormitan hechos un ovillo, casi invisibles bajo las mantas de piel de caballo.

Salgo para aliviarme y, cuando vuelvo de las letrinas, todo el mundo está en pie. Olle Ekman se afana en encender la estufa, mientras que Axel, Karl y Jim bostezan mirando a su alrededor, con los ojos hinchados y ojerosos. John acaba de despertar y permanece boca arriba, pensativo.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Has visto a alguien? Algún oficial, quiero decir — me pregunta Axel.

—A nadie. Todo está muerto.

Nos ocupamos como podemos. John, Olle y Axel van a lavarse y a hacer sus necesidades. No tardamos en oír voces y ruido de pasos en el exterior; nuestros vecinos despiertan a su vez. Es una mañana deprimente, el cielo gris contribuye al desánimo general y resulta difícil determinar qué nos atenaza más, si el hambre o la incertidumbre. La puerta de Cedrenius permanece cerrada, el barracón se halla sumido en la oscuridad.

No sabiendo qué hacer, nos vestimos y nos armamos de paciencia. John escribe a su mujer, yo trato de seguir su ejemplo pero no logro concentrarme;

acabo por estrujar la hoja en una bola. Axel lee, Karl y Jim juegan a las cartas. Olle ha ido a ver a unos amigos en otra tienda.

A las siete Karlsson irrumpe en la nuestra. Le brillan los ojos y se muestra muy agitado.

—El guarda ha sacado la cantina ambulante. Les está preparando el desayuno a esos cabrones.

Lo miramos de hito en hito, pero John vuelve a abismarse rápidamente en su correspondencia.

—¿Y qué? Es muy natural. Tienen que comer.

—No merecen comer —replica Karlsson, rabioso—. ¿Y si fuéramos a pedirles si hay un poco para nosotros?

Lo miramos estupefactos.

—Olvidalo. ¿Por qué iba a darnos de comer el guarda? Jamás desobedecería a Cedrenius.

—Precisamente por eso —prosigue Karlsson—, no sabemos si el capitán ha dado orden o no de que nos sirvan comida. Podemos *suponerlo*, simplemente.

—Pero si es evidente —responde Axel, irritado—. ¿De veras crees que Cedrenius accedería a darnos de comer dada la situación?

—Los hombres de mi tienda se mueren de hambre. ¿Qué queréis que les diga, eh?

Suelta un juramento y se retira. Lo oímos alejarse con paso pesado; cambiamos una mirada inquieta.

—Cedrenius va a tener que actuar —dice Jim, nervioso—. No puede dejarnos así.

Axel menea la cabeza.

—Puede muy bien obligarnos a ceder. Tiene la ley de su parte, y él y los demás disponen de suficiente comida todavía para semanas.

—Creo que nuestros preparativos no han estado a la altura —constata John, lúgubre.

Pliega la carta que acaba de terminar, la mete en un sobre azul y la cierra. Escribe el nombre de su mujer, así como la dirección: Helena Åkesson, Skällningagården, Simrishamn.

—Tenemos nuestros fusiles —dice Karl.

Nos miramos. A todos nos ha pasado esa idea por la cabeza.

—No, Karl —dice Jim despacio—. Sería un error, lo lamentaríamos hasta el fin de nuestros días.

A las ocho, Brandt y su reducida tropa se ponen en camino hacia el campo de tiro, situado fuera del campamento; un inmenso terreno a cuyo extremo han instalado blancos de cartón con forma humana, para representar al enemigo, así como botellas vacías. No logro comprender por qué los suboficiales siguen con esa mascarada, cuando un centenar de soldados ya no responden a la llamada.

Tal vez quieran dar ejemplo; yo los encuentro ridículos. Desearía que todo esto acabase. Que Cedrenius llamara a la policía o al ejército, tanto da. Todo antes que pudrirnos un día más en nuestras tiendas, presos de angustia y sin comida.

Durante la mañana perdemos a otros dos hombres, compañeros de Karlsson. Oímos gritos y asomamos la cabeza. Los dos hombres ya han recogido su fusil. Karlsson los abronca furioso, pero ni sus amenazas ni sus ruegos surten efecto en sus dos camaradas.

—No vale la pena. ¿Acaso no ves que ya ha ganado? —dice uno de ellos antes de alejarse a toda prisa.

Los vemos correr hacia el almacén de la ropa, a cuya puerta llaman. Los dejan entrar. Abandonamos la tienda para unirnos a Karlsson.

—¿Qué ocurre? —pregunta John.

Karlsson mira de nuevo hacia el barracón. Cuando se vuelve, la rabia se lee en su rostro.

—¿Qué crees tú? ¡Están hambrientos! —responde, antes de volver a su tienda.

John, Fahlgren y yo vamos de grupo en grupo a fin de evaluar la situación. La mayoría nos reciben con un silencio abatido. Algunos nos preguntan irritados qué pensamos hacer ahora y cuánto tiempo más va a durar la cosa. No se nos ocurre nada que decir, pero intentamos calmar a los que empiezan a perder la paciencia. Les aseguramos que encontraremos una solución.

John pone en juego su carisma y logra convencer a la mayoría de que la partida no está perdida. A regañadientes, nuestros camaradas vuelven a sus libros o sus juegos de cartas. A cuanto pueda ayudarlos a pasar el rato. Globalmente considerado, tal estado de cosas no nos reconforta en absoluto. Se nos antoja que estamos perdiendo el control de la situación.

Justo antes del mediodía, nos reunimos con Fahlgren, Karlsson y algunos otros para hablar de la posibilidad de dirigirnos a otro campamento —tal vez el de Morjärv— en busca de ayuda. Fahlgren y Karlsson rechazan esa eventualidad. Tienen amigos allí y les consta que el alto mando se entiende muy bien con Cedrenius. De hecho, los de Morjärv no tienen la menor idea de lo que hemos vivido en Svartnäset; es altamente probable que vean nuestra protesta con malos ojos. Lo mejor sería procurarse comida aquí mismo.

Fahlgren sigue convencido de que el capitán acabará cediendo, que es solo cuestión de horas. El hecho de que resistamos tanto tiempo constituye para él una afrenta personal.

—No si gana... —interviene con calma Axel.

—No ganará —asevera Fahlgren—. Consigamos comida y ya verás, lograremos que se doblegue.

Karlsson habla poco. Sus ojos azules ligeramente rasgados están entornados, y sus labios se curvan hacia abajo en un rictus severo. Sin duda piensa en los dos soldados a los que no ha sabido retener.

Acordamos esperar hasta la noche. Si no ocurre nada, iremos a ver a Cedrenius y le exigiremos que nos informe de sus intenciones. Si sigue sin querer atender nuestras peticiones, pasaremos al plan B: una razzia en la despensa del barracón de la ropa. No se trata del más brillante de los planes, pero, dadas las circunstancias, es lo que nos parece más apropiado.

Agotado tras nuestra reunión, vuelvo a acostarme. Tengo frío, las mantas no me calientan; la mejor manera de conservar la energía sigue siendo no moverse. Mi mente está centrada en este único pensamiento: «Tengo hambre.»

—Quien pretenda que se puede sobrevivir solo con agua está claro que no lo ha probado —dice Axel.

Se tiende a mi lado. Tiene las mejillas hundidas.

—Ya no nos quedan reservas —cuchichea.

—Estos últimos tiempos nos alimentaban como a gorriones. Ya había motivo para protestar. Pero aquí la mayoría parecen haberlo olvidado.

He debido de quedarme dormido un momento. Cuando despierto, Axel ya no se encuentra a mi lado. Estoy solo, todos mis camaradas han salido. Hago lo mismo y, una vez en el exterior, me asalta un olor a sopa y a carne que se propaga desde la cantina ambulante por todo Svartnäset. No soy el único que se queda plantado en la nieve, escrutando el barracón, delante del cual el guarda está sirviendo la comida. He de obligarme a quedarme quieto, cuando mi único deseo es correr hacia allí y hundir la cara en la marmita.

—¡El muy cabrón lo hace adrede! ¿Cuándo nos han servido sopa con trozos de carne?

Vemos a nuestros antiguos camaradas ponerse en fila ante la cantina ambulante; les llenan los platos hasta el borde, acompañados de rebanadas de pan como la mano de grandes. En lugar de comer fuera, entran en el barracón.

Acabada la comida, en la cantina el guarda levanta la marmita. Nos dirige una mirada temerosa. No apartamos la vista de él mientras acarrea el recipiente pendiente arriba en dirección a las letrinas.

—Queda sopa —me susurra Axel al oído.

El guarda vacía el contenido en las letrinas. Cuando ha terminado, regresa hacia el barracón. Camina tan deprisa que está a punto de tropezar, y los últimos metros los hace corriendo.

—¡Menuda crueldad! —exclama Karlsson.

—Las órdenes de Cedrenius... —dice John.

Karlsson gira sobre sus talones, se dirige a su tienda y recoge el fusil. Cuando vuelve, su mirada es fría y decidida.

—Ya basta —decide—. Voy a pedirles pan. ¿Alguien quiere venir conmigo?

Echa una ojeada en derredor. Tras unos segundos de vacilación, algunos se le unen.

—Ahora no —dice Fahlgren interponiéndose—. Hemos acordado esperar hasta la noche. Cuanto más aguardemos, más posibilidades hay de que Cedrenius ceda.

—¡Cedrenius me importa un bledo! —grita Karlsson con las manos crispadas sobre el fusil—. Quiero comer. ¡No cederá jamás, lo sabéis muy bien!

Sus palabras resuenan por todo el campamento. Un instante después, otros dos soldados agarran sus armas y se unen a Karlsson.

—Esperad —dice Axel—. Reflexionad un poco. Corremos el riesgo de que

todo se vaya al garete. Si vais allí con vuestros fusiles, toda la protesta habrá sido en vano. ¿Qué impedirá a Cedrenius responder con la fuerza si amenazamos al guarda?

—Me trae sin cuidado —replica Karlsson con brusquedad—. Vamos.

Entonces, Fahlgren y John le cierran el paso.

—Voy con vosotros. Pero dejad aquí las armas —dice este último.

Karlsson vacila un instante y, finalmente, menea la cabeza con decisión.

—No, John, no puedo. Queríamos una protesta pacífica, pero ahora las cosas han cambiado. ¿Es que no has visto al guarda vaciar la sopa en las letrinas? El capitán intenta hacernos fracasar matándonos de hambre. Es hora de responder a la violencia con la violencia.

John da un paso al frente. Tiende la mano hacia Karlsson, invitándolo a que le entregue el fusil.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero ir con armas es un error.

Karlsson se yergue, a la defensiva.

—Dámelo, por favor —insiste John.

El otro suspira, abre el cargador del fusil y se lo enseña.

—No lo utilizaré. ¿Lo ves? No lleva balas.

John asiente con la cabeza, los demás nos acercamos para cerciorarnos.

—Bien. Pero ni el guarda ni los mandos saben que el cargador está vacío.

Con un suspiro, Karlsson vuelve a cerrar el fusil y se lo echa de nuevo al hombro.

—Tanto da. Es únicamente para mostrarle que no bromeamos. ¿Y bien? ¿Venís o qué? —grita dirigiéndose a los que se le han unido.

Ahora son más numerosos, una docena. Cuando resulta evidente que Karlsson no cederá, John los deja pasar, a él y a los demás. En su mayoría es gente de Norrland, casi todos de elevada estatura, fuerte complexión y ojos y cabello oscuros. Hombres que inspiran respeto, con o sin fusil.

Karlsson nos dirige una mirada por encima del hombro.

—Vamos allá. No volveremos con las manos vacías.

Se ponen en camino. John parece muy inquieto.

—Tal vez sea mejor que vaya con ellos. Solo para asegurarme de que no pase nada grave.

Tengo un mal presentimiento. Estamos seguros en las tiendas y mi instinto me dice que, incluso famélicos, haríamos mejor en quedarnos en ellas.

—No vayas —le pido.

—Debo hacerlo.

—Entonces voy contigo.

Axel, Fahlgren y algunos otros nos pisan los talones.

La puerta del barracón está cerrada; la cantina ambulante se ha quedado fuera, abandonada. El guarda no ha dejado ni una migaja del desayuno. Como perros salvajes y hambrientos, hurgamos en la hierba en busca de un trozo de pan perdido.

—Es inútil —afirma Karlsson acercándose a la puerta.

Llama con el puño, y luego con el fusil. Como nadie responde, sacude la manija. La puerta está cerrada, era de prever.

—¡Mirad! —grita uno de los soldados señalando algo con el dedo.

El barracón tiene dos ventanas, o más bien dos tragaluces, a cierta altura, a uno y otro lado de la puerta. Detrás de uno de ellos vemos el rostro alargado y asustado del guarda, y detrás del otro, a unos soldados igualmente atemorizados.

—¡Abran! —grita Karlsson, antes de asestar una violenta patada a la puerta—. ¡Nos estamos muriendo de hambre!

Oímos al guarda gritar a su vez:

—¡Váyanse, no tengo permiso para abrirles!

—Me importa un bledo. ¡Abran o derribamos la puerta! —ordena Karlsson.

Dentro del barracón suenan voces.

—¡Abridles!

—¡No, no les abráis, nos matarán!

—¡Dadles lo que quieren y se irán!

—¿No ves que van armados? ¡Abre la puerta, joder!

Siento crecer el miedo en mi interior. Tengo ganas de girar sobre los talones y huir, pero John se queda, de manera que yo también. Karlsson sigue dando patadas a la puerta, mientras otros dos tipos de Norrland asestan puñetazos a la pared. Los que se han quedado en las tiendas, alertados por el estrépito, acaban, en su mayoría, uniéndose a nosotros. Ahora somos un grupo numeroso, todos igual de famélicos y desesperados. Karlsson y los demás golpean el barracón con pies y puños, vuelan astillas de madera por los aires.

Al cabo de unos minutos, se abre una ventana y arrojan por ella hogazas de pan, así como cerdo envuelto en papel. La ventana vuelve a cerrarse. La comida es recibida con gritos de alegría y recogida en medio del mayor desorden. Me abro camino entre la melé y logro procurarme un trocito de pan. Me lo meto en la boca y sigo buscando. Karlsson, victorioso, blande una hogaza todavía entera; arranca trozos que va repartiendo en derredor.

Apenas hemos empezado a engullir esas sobras, cuando suena un disparo ensordecedor. Al volvernos vemos a Cedrenius venir en nuestra dirección pistola en mano. Va seguido de Brandt y de Chapman. Como me encuentro al extremo del grupo, el capitán se detiene justo delante de mí. Su arma todavía huele a pólvora.

Nunca me habían apuntado con una pistola. Me siento aterrorizado y me

quedo clavado en el sitio. Hasta que alguien se coloca justo delante de mí. Se trata de John, evidentemente. Levanta las manos.

—No vamos armados, mi capitán. No dispare.

Cedrenius no baja el arma. Es como si no hubiera oído a John, cuya corpulencia me protege y me oculta. Temblando de miedo, me pongo de puntillas para mirar al capitán. En sus ojos brilla un extraño fulgor.

—¡Disuélvanse! ¡Vuelvan a sus tiendas y dejen aquí la comida!

Nadie se mueve. A mi lado, un soldado de elevada estatura sigue masticando pan. Karlsson se abre camino hasta Cedrenius. Al ver su fusil, el capitán desorbita los ojos.

—Creía que no iban armados, soldado Åkesson.

—Los fusiles no están cargados.

Cedrenius lo mira con desprecio.

—¿Y pretende que me lo crea? Tanto da. Armados o no, están metidos en un buen lío. Confiaba en que entrasen en razón, esperaré un poco más antes de contactar con alguien del exterior. Pero esta locura ya ha durado demasiado. He telefoneado para conseguir refuerzos...

—¿De veras? ¿Y dónde están esos refuerzos? —lo interrumpe bruscamente Karlsson—. ¿Por qué habríamos de creerle? ¡Se está marcando un farol!

Estupefacto por las agallas de Karlsson, desaparezco detrás de John, lo cual no impide que levante la cabeza al oír asentir a algunos hombres; voces en un principio vacilantes y luego cada vez más numerosas.

—¡Enséñenoslos! ¿Dónde se han metido? —ríen sarcásticos.

En un primer momento, el capitán se muestra impasible, en su pálido rostro ni un solo músculo se estremece. Sin embargo, de pronto levanta el brazo y golpea a Karlsson con la culata del revólver.

Todo el mundo, Chapman y Brandt incluidos, se queda patitieso. Se

produce un silencio, tan denso que hasta nosotros llega el canto de un mirlo desde el bosque; el anuncio del verano.

Cedrenius mira de hito en hito a Karlsson, quien a su vez le devuelve la mirada, atónito. La herida que le recorre la mejilla se abre, la sangre empieza a gotear y le baña el rostro. Karlsson abre la boca, pero cuando intenta hablar, brota un chorro de sangre mezclado con mucosidad, así como lo que parecen dientes. Se lleva la mano a la mejilla, mira al capitán y exclama:

—¡Me ha..., me ha desfigurado!

Al menos eso creemos entender; lo cierto es que no consigue articular bien.

El ambiente ha cambiado por completo. Lo que Cedrenius acaba de hacer nos ha electrizado. El hambre, la incertidumbre y el miedo dan paso a la cólera y el odio. A mi espalda los hombres empiezan a gruñir como lobos. Se acercan a Cedrenius. Me empujan a diestro y siniestro, no puedo resistir la presión ni su implacable avance. Al ver que nos acercamos, Brandt y Chapman, conscientes de su inferioridad numérica, empiezan a retroceder, abandonando al capitán, el cual sigue allí plantado, pistola en mano.

Mientras Chapman y Brandt huyen hacia el barracón de Cedrenius, este dispara una bala a quemarropa contra la multitud. En medio del barullo, no sabemos a quién le ha dado, lo cual no nos impide arrojarnos sobre el capitán. Puede que Fahlgren sea el primero en echársele encima, o tal vez Karlsson, ya no lo sé.

Durante varios minutos reina el caos. Cedrenius desaparece bajo la masa. Entre gruñidos, gritos y maldiciones, nos servimos de manos, pies y dientes para golpear, arañar y morder. Dado nuestro gran número, en varias ocasiones nos golpeamos unos a otros en lugar de al capitán, que ahora yace en el suelo, fuera de alcance para la mayoría de nosotros; no por eso remite nuestra rabia.

En ese momento, para mí todo ha dejado de existir. Kerstin, mi futuro, la

perspectiva de pasar varios años en la cárcel..., todo eso me resulta indiferente. Lo único que me importa es golpear una y otra vez, maquinalmente, como si en realidad aquello no fuera conmigo. Siento que yo también recibo en varias ocasiones, pero el dolor me impulsa a continuar. Obtengo placer con ello, hace rato que la excitación ha sustituido al temor. La locura se lee en nuestras miradas.

Ignoro cuánto tiempo dura la cosa, pero al cabo de un rato se elevan unas voces con el fin de hacernos entrar en razón. A fuerza de un sinfín de patadas y puñetazos, Fahlgren y otros tratan de apartarnos, a los que no tardan en sumarse Erik, Peter, Folke Weber y otros soldados surgidos del barracón. Sus gritos y llamamientos se revelan ineficaces.

—¡Dejadlo ya, joder!

—¡Dejadlo!

—¡Apartaos! ¡Apartaos!

Nos es imposible contenernos, como si fuéramos olas estrellándose contra el dique. ¿Por qué quieren salvar a Cedrenius? Finalmente, si bien con dificultad, consiguen hacernos retroceder. En el preciso instante en que me apartan, con tal brusquedad que pierdo el equilibrio y caigo de espaldas, a un paso de que me pisoteen, toda furia me abandona.

Me alejo del grupo, logro bordear el barracón y me recuesto en la pared a fin de recuperar el aliento. Tengo desgarrones aquí y allá en el uniforme, un corte en la mano y sabor a sangre en la boca. Me palpo la mandíbula superior: me han saltado dos dientes. Escupo al suelo dos coágulos rojos antes de inspirar profundamente una o dos veces para calmar mi pulso galopante. Acto seguido echo una ojeada por la esquina del barracón.

Axel, Fahlgren, Stolt y los demás están a punto de controlar la situación. Algunos hombres se obstinan en debatirse para arrojar sobre el capitán (una

de cuyas piernas —reconozco su bota embetunada con esmero— asoma por debajo de un soldado muy corpulento), pero a fuerza de gruñidos, golpes y empujones mis camaradas consiguen apartarlos.

El último en levantarse es el soldado tumbado sobre Cedrenius, un campesino de Närke un tanto idiota. Con una sonrisa vacilante e incómoda, se incorpora y se aleja del grupo sacudiéndose el uniforme.

Solo ahora me doy cuenta de que Cedrenius no es el único que está tendido en el suelo. Algo más allá yace otro cuerpo, pero la sangre y el polvo que le cubren el rostro me impiden reconocerlo de inmediato. Se ve claramente la herida de bala en su uniforme; la sangre sale a borbotones por el pequeño agujero del pecho al ritmo de las pulsaciones cardíacas. Tiene los ojos y la boca entreabiertos. Cuando me doy cuenta de quién se trata, todo se derrumba.

Cedrenius ha disparado a John. Y luego lo hemos pisoteado hasta la muerte.

Me acerco. Alucinados y aterrorizados, contemplamos su cuerpo inerte. Axel es el primero en correr hacia él. Le coge la cabeza entre las manos. Me gustaría imitarlo pero estoy como paralizado. John ha muerto intentando protegerme. Es evidente. Se ha puesto delante de mí, ha recibido la bala que me estaba destinada. Soy yo quien debería estar tendido ahí, en la nieve, con las piernas rotas y el rostro lacerado.

A mi alrededor todos corren y gritan. Varios hombres levantan a John y lo llevan al almacén de la ropa. ¿Con qué fin? Como la puerta del barracón se encuentra abierta, otros hombres se cuelan dentro. Salen con las manos cargadas de comida y se atiborran de pan y salchichón. No puedo imaginar que en tales circunstancias todavía tengan apetito. Asqueado, me derrumbo en la escalera, para no volver a levantarme.

Al cabo de unos instantes oigo zumbidos de motor. Los hombres que me rodean se detienen y miran hacia la entrada del campamento. El ruido se acerca y no tardamos en ver aparecer, a toda velocidad, tres jeeps y dos camiones.

Cuando chirrían los frenos del primer jeep, Cedrenius abre los ojos y levanta la cabeza. Mientras unos soldados se apean de la parte trasera de uno de los camiones y se dirigen hacia nosotros apuntándonos con el fusil, él se incorpora. Menea la cabeza y se sacude el uniforme. Vuelve a ponerse la gorra, se levanta, titubea y, finalmente, da unos pasos vacilantes. Cojea, tiene el rostro cubierto de rasguños y el uniforme destrozado, pero aparte de eso, parece indemne.

Estupefactos, lo seguimos con la mirada al tiempo que los soldados que acaban de llegar se acercan a él. ¡Cedrenius debería estar muerto! Un estremecimiento de náuseas me recorre de pies a cabeza; en un acceso de locura, me digo que es su fantasma el que está allí plantado ante nosotros. Pero no. El soldado de Närke —el destripaterrones— ha protegido a su pesar al capitán de los golpes, al envolverlo con su enorme corpachón.

Cojeando ligeramente, Cedrenius va al encuentro de los soldados llegados al rescate. Tras dar unos pasos, se vuelve y nos suelta:

—Ya os he dicho que había pedido refuerzos.

Suenan gritos y amenazas al tiempo que el capitán se refugia detrás de los oficiales. Los recién llegados, armados hasta los dientes, se arrojan sobre nosotros, y en menos de diez minutos hemos ahí agrupados junto al barracón de la ropa, manos arriba; nos registran por si llevamos alguna arma oculta. Encuentran varias, pero no están cargadas; pese a todo, nos vemos obligados a seguir allí, con los brazos tensos y anquilosados. Axel y Fahlgren intentan hablar con ellos, mas en vano.

Cedrenius y los demás oficiales nos observan mientras conversan con

expresión grave. Salta a la vista que el capitán les está contando lo que ha ocurrido, y nada nos lleva a creer que diga la verdad. Brandt y Chapman se han atrevido a acercarse a su vez y permanecen abochornados en un aparte; Cedrenius los ignora.

Al cabo de un momento avanza hacia nosotros, acompañado de un oficial algo mayor. Nos miran de hito en hito. Luego, sin más preámbulos, el capitán nos va señalando a uno tras otro. Como si apuntase con una pistola cargada, señala con el dedo a Axel, Erik, Fahlgren, el desfigurado Karlsson y algunos otros.

Finalmente, me llega el turno. Cedrenius precisa:

—Mayor, esos son los responsables de la insurrección. ¡Puedo demostrarlo, poseo documentos que los comprometen!

Me entran ganas de protestar, de gritar, pero ni una palabra sale de mi boca. A los que se atreven los hacen callar a puñetazos y porrazos. Cuando señala a Erik, este exclama estupefacto:

—¿Por qué yo? ¡Yo no he hecho nada!

Por toda respuesta recibe un golpe en la cara; su voz se apaga en un gemido.

Cedrenius y el mayor siguen conversando como si nada. Oigo decir al capitán que ha llevado un diario de lo ocurrido en Svartnäset y desearía mostrárselo al mayor. Pronuncia una palabra desconocida, «Storsien»; leo el desprecio y la desconfianza en el rostro del mayor cuando nos mira.

Alguien me echa los brazos atrás. A los que hemos sido denunciados nos empujan, bajo la amenaza de los fusiles, hasta los jeeps. Me siento completamente aturdido, la cabeza me da vueltas y me cuesta seguir el curso de los acontecimientos. Todo se vuelve borroso. De pronto pienso en mi ropa, mi maleta, mis cigarrillos, mis libros, mis cartas. ¡Las cartas de Kerstin! Por atontado que esté, comprendo que no volveré a ver Svartnäset.

—¡Mis cosas! ¡Quiero mis cosas! —exijo, antes de ponerme a gritar en el momento en que empiezan a asestarme puñetazos en el estómago.

Cuando me obligan a subir al vehículo, no me resisto.

Solo varios días más tarde, ya en detención preventiva, de repente me acuerdo de Martinsson. En la confusión nos olvidamos por completo de él. Tal vez siga encerrado en el calabozo. Con tal de que alguien haya pensado en liberarlo antes de que se muera de hambre...

SEGUNDA PARTE

Los años de guerra solo me han dejado el recuerdo de un invierno interminable. Las cañerías que se hielan por la noche, el caos en la ciudad cuando la nieve vuelve impracticables las calles, la perpetua escasez de gasolina. Obligarse a abandonar el calor del lecho todas las mañanas y a lavarse tiritando en un cuarto de baño glacial, antes de ponerse ropa interior de lana, que de inmediato provoca irritaciones.

En Ribersborg, a todo lo largo del río, la nieve helada se ha amontonado hasta formar una especie de grandes torres; la gente acude allí el domingo únicamente para admirar el fenómeno. Más allá, al borde del canal excavado en el hielo por el paso de los buques, unos viejos pescan con caña. Aunque el hielo parece sólido, ya se han producido varios accidentes. Pese a todo, la mayoría de los pescadores vuelven allí todos los fines de semana, atraídos por los grandes bacalaos que bullen bajo la superficie.

Pronto será la una de la madrugada, es Nochevieja; mis padres ya están acostados. Yo estoy acomodada en el sofá cama, en el salón que desde hace tres años me sirve de dormitorio; celebro el Año Nuevo con una última copa de Pommac, con un toque de aguardiente. Estoy agradablemente ebria; levanto la copa y brindo con mi sombra en la pared. ¡Por el año 1943! Este otoño los ingleses han obtenido victorias importantes en el norte de África y en Rusia, y los alemanes han sufrido algunas derrotas; en Stalingrado, aunque

rodeados por todas partes, todavía siguen luchando; esas son las órdenes de Hitler.

Debería alegrarme, pero las noticias me dejan indiferente. Tengo en el regazo un montón de sobres con membrete del ejército. Contienen las cartas que he recibido de Georg, la mayoría de las cuales se remontan a varios años atrás. Cuando se fue me escribía al menos dos veces por semana; luego, el año pasado, nuestra correspondencia se espació.

Al principio su ausencia me resultó insoportable. No lograba dormir sin él, y todas las noches mi almohada quedaba empapada de lágrimas. De eso hace mucho tiempo, desde entonces el recuerdo de Georg se ha desdibujado.

Hace tres años que la guerra nos separó. Los maridos, hermanos o hijos de otras mujeres, que también llevan años fuera, han conseguido algún permiso. Pese a ello, esas mujeres se quejan y se consideran viudas de guerra.

Reviso las cartas de papel azul claro, casi transparente. Vienen de Svartnäset, Storsien, Naartijärvi o Stensele. Desde que aterrizó en Storsien, a Georg lo han llevado de un campo de internamiento a otro. Ignoro por qué; él también. Todas las apelaciones han sido rechazadas, Georg cree que por culpa de ese oficial, Cedrenius.

Tal vez tenga razón, pero es igualmente posible que estos tres últimos años lo hayan vuelto un tanto paranoico. Ahora pretende entender cómo funcionan las cosas: los que están en el poder no tienen ni la fuerza, ni la voluntad, ni las ideas necesarias para llevar a cabo los cambios que se requieren.

Insiste en decir que me quiere, que debemos aferrarnos el uno al otro, y yo no tengo corazón para defraudarlo. De manera que le sigo el juego y le escribo que también yo lo amo, aunque esas palabras hayan perdido sustancia desde hace tiempo.

Reúno las cartas y las guardo en la caja de puros, que sigue oliendo a

tabaco. Doy un último sorbo al Pommac y mi atención se centra en nuestra foto de boda. Llevo un vestido largo, azul oscuro, guarnecido con rosas. Miro fijamente al objetivo, los ojos de Georg están posados en mí, o más bien en el ramillete que llevo en las manos. Las flores son casi negras, como si ya hubieran empezado a marchitarse. Tengo las mejillas sonrosadas y mi sonrisa denota cierta complicidad con el fotógrafo.

Me pregunto si Georg sigue pareciéndose a ese joven alto y rubio, de sonrisa algo vacilante e inquieta. Escruto su rostro hasta que sus rasgos se vuelven borrosos. En última instancia, la foto no es otra cosa que un conjunto de puntitos grises de diversos matices, que componen un retrato gracias a su proximidad.

Era un día soleado de septiembre, el aire era límpido, montones de hojas cubrían el suelo. Yo estaba tan nerviosa que apenas oía lo que decía el cura. Las lágrimas de Georg, en el momento de los votos matrimoniales, me habían sorprendido. Solo cuando me puso la alianza empecé a relajarme; por fin podía sonreír de nuevo. Nos besamos.

Siempre había soñado con pasar la noche de bodas en el Hotel Angleterre, pero después de la cena en casa de mis padres —cerveza, tostadas, *spettekaka*^[2] y café— nos habíamos dirigido a nuestro nuevo piso. Con la compra de la ropa, los zapatos, las alianzas, las flores y la comida, no podíamos permitirnos un viaje ni un hotel. En aquel momento me daba igual. Me sentía tan feliz..., por fin teníamos nuestra casa, nuestro propio hogar.

El suelo del salón estaba cubierto por una alfombra de franjas confeccionada por mi madre, Elna; en las ventanas, unas cortinas claras y finas, decoradas con discretas rosas verdes. En la pequeña biblioteca, la enciclopedia de Georg y varias figuritas de porcelana. Una gran colcha de retazos cubría la cama. La radio la había comprado a plazos.

Era una vivienda modesta, pero para nosotros suponía la libertad; la

libertad de hacer la limpieza cuando me viniera en gana, de cocinar o no, de escuchar los programas de radio que me interesaban o de pasarme las horas que quisiera frente al espejo del cuarto de baño. La libertad de hacer el amor todas las veces que nos apeteciera, y donde nos apeteciera. Antes de la boda, teníamos que robar esos momentos íntimos; nos besábamos y nos acariciábamos en los parques o en escaleras oscuras. Unas veces la meteorología estaba en contra nuestra, otras teníamos el tiempo medido; en ocasiones, el temor a ser descubiertos nos arrebatava toda posibilidad. Había perdido la virginidad en el hueco de una escalera de Friisgatan, un lluvioso sábado del mes de marzo, tras un paseo por el parque del Pueblo.

Una vez nos hubimos instalado, todo ese deseo contrariado se liberó. Hacíamos el amor al menos dos veces por noche. Tenía los labios agrietados, despellejados de tantos besos, me veía obligada a ocultar chupetones a mis colegas de la Colonial. Nos olvidábamos de hacer la compra, de dormir por la noche, y solo teníamos ojos el uno para el otro.

Creía que esa embriaguez duraría para siempre, pero una mañana de noviembre desperté sin sentir el menor deseo. Estaba a punto de venirme la regla, tenía la espalda hecha polvo y el vientre hinchado y dolorido. Georg dormía con la boca abierta. Roncaba un poco, y su aliento era acre. Salté penosamente de la cama y me dirigí al cuarto de baño para asearme antes de preparar el café. En ese momento me sorprendí deseando que Georg tardase un rato en despertar. Resultaba grato estar sola. Al acabarme el café, la sensación de malestar había desaparecido, pero el deseo no volvió hasta una semana más tarde, para hacerse cada vez menos frecuente en lo sucesivo. Nuestra relación había perdido ya, al menos para mí, el encanto de la novedad. En cambio, para Georg todo seguía igual y, cuando lo rechazaba, se sentía herido.

Todo cambió de repente cuando la movilización cobró mayor importancia.

Hombres de nuestro barrio partían uno tras otro hacia Norrland u otras regiones de Suecia. Sabíamos que Georg no tardaría en ser llamado a filas. Al otoño siguiente lo enviaron unas semanas a un campamento militar. A su regreso declaró que era un hombre quien se había dirigido allí y un soldado el que había vuelto. Ignoro lo que tuvo tiempo de aprender en tan breve período. En sentido estricto, no se trataba de un servicio militar.

Esa época se nos antojó a un tiempo intensa e irreal. Sabíamos que la guerra hacía estragos en algunas partes de Europa, pero en Suecia parecía muy remota. Todavía no habían impuesto ni el racionamiento ni el toque de queda; la vida seguía su curso.

Ahora bien, cuando los rusos invadieron Finlandia, fue como si el país despertara de repente. El enemigo estaba ahora en el país vecino y amenazaba con cruzar la frontera. Cuando Georg recibió su aviso de movilización, lloré todas las lágrimas de mi cuerpo, aferrándome a él como si no fuéramos a volver a vernos jamás. Aunque lo esperábamos, de todos modos nos conmocionó. Puede que en ocasiones exagerase mi angustia, pero en conjunto mis sentimientos eran sinceros.

Las semanas que precedieron a su partida hacia Norrbotten, se apoderó de nosotros la misma fiebre que al principio de nuestro matrimonio. La inminencia de la separación había reavivado el deseo y el afecto, y me preguntaba cómo había podido ser tan estúpida para preferir los crucigramas, un programa de radio o simplemente el sueño a estar con Georg.

Me sentía abatida ante la idea de que durante cuatro meses no nos veríamos. Si hubiera sabido entonces que se trataría de años...

Cuando internaron a Georg, nos esforzamos por ocultarlo a la curiosidad de nuestros vecinos, mas en vano. Ignoro cómo se enteró la gente, pero no tardé en reparar en que se había producido un cambio en su manera de

mirarme, en su solicitud, cierta compasión mezclada de satisfacción, las cuales dieron paso a la desconfianza y en ocasiones a una hostilidad mal disimulada. No puedo decir que no los comprenda. Si el marido de una de nuestras vecinas fuera enviado a una compañía de trabajo, también yo imaginaría lo peor. No hay humo sin fuego, como suele decirse.

Me aterra la idea de que se enteren en la fábrica, que sirva de pretexto para despedirme; sin embargo, en la Colonial, aparte de Judit, mi mejor amiga, nadie está al corriente. A cuantos recaban noticias de Georg les digo que sigue movilizado y solo vuelve muy de vez en cuando, que le conceden pocos permisos. Se apiadan de mi mala suerte y eso puedo soportarlo. Al menos, gracias a la Colonial no me siento recluida. No sé cómo podría sobrevivir, sola y sin la rutina del trabajo; por no hablar del sueldo, cuya mayor parte entrego a mis padres, que me dan techo y comida.

Estos últimos años han sido muy difíciles para mí. Estoy casada pero no tengo marido. Soy adulta pero vivo en casa de mis padres. Debo mentir a cuantos me preguntan sobre Georg, dar el pego pese a mi tristeza. Lo peor es no saber cuándo tendrá fin todo esto, y si tal será el caso.

Me he acabado la copa, tengo la cabeza pesada pero lucho contra el sueño. Tiempo atrás me divertía en Nochevieja. Todo era jarana y bailes de disfraces, vestidos nuevos y tacones altos, fuegos artificiales...

Dejo resbalar la copa de la mano, la oigo romperse en el parqué. Me inclino y recojo un fragmento de cristal del tamaño adecuado. Lo presiono sobre la piel blanca de mi muñeca hasta que mis venas aparecen como a través de una lupa. Varias veces me he sentido tentada de poner fin a mis días. Y la Nochevieja exacerba mi tristeza y mi nostalgia.

Los fines de semana en casa de mis padres transcurren tan lentamente que

casi me siento aliviada cuando puedo volver a la fábrica. Del equipo de obreras que había en mis comienzos en la Colonial solo quedamos Judit, yo y una o dos chicas más. Todas las demás se han casado y han dejado de trabajar. Supongo que a estas alturas deben de tener niños y estar hasta la coronilla de ellos.

Georg quería hijos, me atosigó varias veces al respecto antes de su partida. Yo no me sentía preparada, pretextaba que aún éramos jóvenes, que teníamos toda la vida por delante. Además, el futuro era tan incierto... Ahora me felicito por haber sido tan razonable, aunque estuviera lejos de adivinar lo que iba a ocurrirle a Georg allí.

Antes de la guerra, en la Colonial envasábamos café, té y especias: vainilla, cardamomo, azafrán, canela, pimienta, jengibre. Nos bastaba con cerrar los ojos para imaginarnos en un zoco, en la India o en Marruecos. No obstante, desde que las aguas costeras están trufadas de minas, nuestras costas se han vuelto por completo inaccesibles. Suecia ya no importa casi nada, se necesitan cartillas de racionamiento para todo.

Hoy no empaquetamos, por así decirlo, más que achicoria y té, destinados al Estado. Dicen que la Colonial debe diversificar su actividad o bien cerrar. Numerosas empleadas ya han sido despedidas y la fábrica todavía podrá sobrevivir un poco más, con el mínimo de personal. Hasta el momento yo he salido bien librada, y me alegra que el director, Anisovitj, se niegue a «diversificar su actividad».

Pocos días después de Año Nuevo me uno al grupo de obreras que se dirigen a las fábricas de la ciudad y a Kockums, en los almacenes del puerto. Siempre me ha gustado la hora punta matutina. Retahílas de ciclistas me adelantan en Föreningsgatan, la mayoría vestidos con monos o delantales bajo el abrigo; llevan las fiambreras colgadas del portaequipajes. Las ruedas patinan en las calles nevadas, pero se las arreglan; están acostumbrados a la

bicicleta haga el tiempo que haga. En cuanto a los tranvías, van tan atestados que los pasajeros desbordan de ellos.

Inundan las aceras montones de obreras, algunas secretarias o burócratas bien vestidos, así como numerosos soldados, tanto suecos como extranjeros. Todo el mundo tiene la obligación de ser puntual. En lo que a mí respecta, debo estar en mi puesto antes de las ocho, de lo contrario me reducirán parte del sueldo. Más al sur, hacia Bergsgatan, el aroma a cacao de las fábricas Mazetti se propaga por el aire, y su inmenso rótulo —unos ojos desmesuradamente abiertos— vela sobre la ciudad. Ya no recuerdo cuándo comí un bombón de praliné por última vez, pero su intenso aroma me hace sonreír para mis adentros; en lugar de rodearlo, salvo de un brinco un montón de nieve. Camino a ritmo regular entre la multitud que se encamina hacia las humeantes chimeneas de la fábrica de hilados de lana, la de calcetines, la de mostaza y la Colonial. Malmö tal vez no sea la más hermosa de las ciudades, pero sí una de las más vivas.

Llego casi al mismo tiempo que Judit. Nos dirigimos volando al vestuario, donde nos quitamos el abrigo y el sombrero, y nos ponemos el delantal, la redecilla para el cabello y los guantes.

Judit, con los pómulos colorados y la mirada brillante, me susurra al oído: —Tengo algo que contarte. Quedemos en la pausa de mediodía.

Nos incorporamos a nuestros puestos. Podemos ya sea seleccionar, pesar o envasar; en lo que a mí respecta, siempre me han destinado al envasado. Es un proceso rápido, mis manos trabajan solas. Una fina capa de polvo ocre se nos mete por todas partes, en el sujetador, por las ventanas de la nariz, en las bragas y en los zapatos. Cuando volvía del trabajo, Georg siempre me decía que olía a pan de jengibre.

La pausa de mediodía dura una media hora. En verano subimos a la azotea

de la fábrica para comer al sol. Allí arriba, la ciudad entera se extiende a nuestros pies. En cambio, en invierno nos apiñamos en la cantina del sótano, una sala más bien lúgubre. Pese al frío, hoy no estamos solas. Otras varias mujeres fuman no lejos de la puerta. Nosotras tenemos «nuestro» rincón, detrás de las dos grandes chimeneas de ladrillo color óxido; nos recostamos en ellas a fin de aprovechar su calor.

—¿De qué son tus tostadas?

—De arenque frito y cebolla.

—Yo llevo *spickekorv*.^[3] ¿Quieres que intercambiamos?

Resulta curioso constatar que las tostadas de las demás siempre están más sabrosas.

Hace un día gris, un tanto deprimente. Casas y fábricas desaparecen entre la niebla, y no se ve el mar. Nos pegamos a la chimenea entre tiritones. Mientras mastico, observo discretamente a Judit. Se la ve radiante, y está silenciosa. Come deprisa sin dejar de contemplar la ciudad, perdida en sus ensoñaciones.

—A ver, ¿qué querías contarme? —le pregunto.

Se vuelve hacia mí sonriente; varios mechones le asoman del gorro y revolotean al viento.

—Kerstin..., ¡he conocido a alguien!

Me quedo de una pieza.

—En Nochevieja. Fui a bailar con Emilie, a Amiralen. Me resistí un poco al principio, no estaba en absoluto de humor, pero ella insistió. De manera que me puse mi viejo vestido verde, y apenas me tomé la molestia de peinarme. Pensaba quedarme hasta medianoche, ni un minuto más.

Hace una pausa y saca del bolso un paquete de cigarrillos de la marca Istanbul, una cajetilla blanca adornada con dibujos de minaretes.

—¿Y bien? —la apremio, al tiempo que agarro entre los dedos el cigarrillo

encendido que me tiende.

—Apenas llegar, sacaron a Emilie a bailar. Ya sabes que tiene mucho éxito. Sin duda gracias a su larga melena.

Emilie es la hermana pequeña de Judit. Se pasa el rato mirando fotos de estrellas de cine en las revistas, tratando de imitar su maquillaje y su corte de pelo.

Expulso el humo por la nariz para disimular. Tengo un nudo en el estómago. Hoy el cigarrillo no me sabe bien; se lo devuelvo a Judit.

—Me encontré sentada a una mesa con la botella de limonada por toda compañía. Había buen ambiente. Gente ruidosa que reía y cantaba. Ya no veía a Emilie de lo atestada que estaba la pista.

»Me aburría mortalmente. Solo eran las diez, pero como Emilie no aparecía, decidí volver a casa. Nochevieja o no, prefería estar bien calentita en mi cama con un buen libro antes que pudrirme en aquel lugar.

»Estaba a punto de salir, cuando alguien me dio unos golpecitos en el hombro. Me volví ¡y era él! El hombre más guapo del mundo. Alto, esbelto, cabello castaño. Una especie de oficial, vestido de uniforme. Como no era de aquí, no hablaba muy bien sueco, pero consiguió decirme su nombre, Krystof. Me sacó a bailar; si hubieras visto lo elegante que estaba haciendo una reverencia..., las demás chicas debían de sentirse celosas. En un momento estábamos en la pista. Bailamos toda la noche. ¡Fue como estar en un sueño, Kerstin!

Me esfuerzo por contener los celos.

—Así pues, ¿es extranjero?

No tenía nada de sorprendente. Desde hace algunos años, la ciudad es un hervidero de soldados de todos los países. Franceses, ingleses, noruegos, alemanes...

—Es polaco, y vive en Suecia desde hace un año. Afortunadamente, se

encontraba en el extranjero cuando invadieron Polonia; lleva años sin ver a su familia. Pasó algún tiempo en Inglaterra y luego llegó aquí. Ah, Kerstin, es tan...

—Pero ¿cómo os las arreglasteis para charlar? ¿Recurriendo al lenguaje de signos?

Judit se pone tiesa, al parecer ofendida.

—Resulta que habla algo de sueco. Y un poco de inglés, y también de alemán... ¡Parece mentira cómo llega uno a comunicarse cuando realmente lo desea!

—Desde luego. Sobre todo si habla alemán e inglés tan bien como tú.

Los conocimientos de Judit en alemán se limitan a *Guten Tag* y *Auf Wiedersehen*. Y ni ella ni yo hablamos una palabra de inglés. Mi amiga frunce el ceño.

—Tanto da la manera en que conseguimos hablar, ¡me cogió la mano mientras contábamos hasta doce y me besó!

—Todo eso es muy interesante, Judit, pero ahora hemos de irnos. Me gustaría ir al baño antes de ponerme de nuevo a la tarea.

Judit me mira de hito en hito, estupefacta.

—Nos vemos abajo, pues —dice secamente—. Voy a fumarme un último cigarrillo.

Judit llevaba sola casi tanto tiempo como yo. En la época en que movilizaron a Georg, tenía novio, Anders. También él se había visto obligado a marcharse a Norrland, para incorporarse a la gran guarnición de Boden. Juntas habíamos echado de menos a nuestros hombres, nos habíamos apoyado cuando la soledad resultaba demasiado penosa y regocijado con cada una de sus cartas. Habían acordado casarse en cuanto desmovilizaran a Anders. Judit iba ahorrando dinero y dedicaba todo el tiempo libre a preparar

su ajuar, cuando no tejía polainas, calcetines o bufandas destinados bien a Anders, bien al Socorro Finlandés.

Menos de tres meses más tarde, Anders dejó de enviarle noticias. En un primer momento Judit mantuvo la calma, pero tras varias semanas de silencio, empezó a preocuparse. Más o menos por la misma época, comprendí que algo no iba bien en Svartnäset. Me inquietaba tanto por Georg que me temo que durante ese período no debí de ser de gran ayuda para Judit. Se puso en contacto con amigos de Anders, así como con su familia, y finalmente logró reunirse con él en Boden. Su novio le soltó sin rodeos que estando allí se había enamorado de otra chica, una tal Irene, a la que había conocido en un baile organizado por el ejército. Anders le dijo que, lamentándolo mucho, debía romper el compromiso. Esa traición sumió a Judit en una profunda depresión, que coincidió con el *shock* que recibí yo al enterarme de lo que Georg había sufrido en Svartnäset.

Ignoro cómo conseguimos salir adelante esa primavera y ese verano; todo lo que sé es que nos apoyamos la una en la otra, mientras que solas no hubiéramos podido soportar todo aquello. Nuestra amistad se hizo más profunda e intensa. Nos convertimos casi en hermanas, sin la rivalidad ni las mezquindades inherentes a ese tipo de relación.

De vuelta en casa, mi buen humor se ha disipado por completo. Digo «en casa», pero con eso me refiero, por supuesto, al piso de dos habitaciones de mis padres, que tienen la amabilidad de acogerme desde que Georg se fue. Sola ya no podría pagar el alquiler del nuestro. Me vi obligada a abandonarlo apenas unas semanas después de la movilización de Georg.

En cuanto entro en el recibidor, sé que Börje está allí. Sin duda ya no le quedan camisas limpias y viene para que nuestra madre le lave la ropa. Cosa que se apresurará a hacer, huelga decirlo.

Mi hermano y yo no tenemos casi nada en común. Yo carezco de confianza en mí misma y él está muy seguro de sí, yo soy una zoquete y él, un seductor, yo soy miedosa y él, atrevido. Es curioso que no tengamos nada que ver hasta ese punto, tras haber crecido en el mismo hogar y sin gran diferencia de edad. Es como si Börje irradiase, desde su nacimiento, un aura resplandeciente, insolente. Cuando éramos pequeños, solía envidiarlo. Al igual que muchos niños, no soportaba la injusticia. Me costaba aceptar que lo favoreciesen tanto, y eso que Nils, nuestro padre, se enfrentaba a menudo a mi madre para defenderme.

Gracias a su encanto y su seguridad, para Börje la vida constituye un viaje de placer. Encuentra trabajo con facilidad, aunque nunca lo conserva mucho tiempo. No tarda en aburrirse de las cosas y busca sin cesar nuevas experiencias, cada vez más apasionantes. Nuestro padre se preocupa por él, teme que nunca se haga un hombre; le afectó mucho que lo declarasen inútil para la actividad militar. Confiaba en que unos años en el ejército le inculcarían virtudes como la disciplina y el respeto y le evitarían comportarse como un niño mimado hasta el fin de sus días.

Börje lo intentó todo para eludir la movilización. Fue a Limhamn a consultar a un médico conocido por su indulgencia en cuestión de diagnósticos; le dijo que tosía por las noches y lo convenció para que le hiciera una radiografía de los pulmones, en la que se detectó la presencia de una mancha diminuta. Dicha mancha no era otra cosa que una cicatriz, recuerdo de una neumonía que mi hermano había sufrido de niño; él lo sabía perfectamente, pero la radiografía sembró la duda en el médico, el cual redactó una carta donde estipulaba que Börje tal vez estuviera aquejado de tisis y que, en consecuencia, debía ser declarado inútil. Todos los hombres de su edad que gozaban de buena salud se vieron obligados a partir, mientras que él, gracias a la carta de exención, pudo quedarse en Malmö. No tardó en

sacar partido de ello: tenía de sobra donde escoger, ya se tratase de actividades profesionales o de mujeres, que ahora debían apañárselas solas.

Cuando Börje regresó con la carta, creí que a mi padre le daba un ataque de ira. Börje se sentía muy orgulloso y la blandía como si fuese un boletín de notas brillante. Mi madre, por supuesto, se alegró; en cuanto a mí, me irritó ver que Börje eludía una vez más sus obligaciones. Muy propio de mi hermano.

Entro en la cocina. Börje me saluda con entusiasmo. Respondo con voz apagada y me siento en la silla frente a él. Mi madre prepara una olla; otra vez sopa de col, por el olor. Sin volverse, nos anuncia que la cena pronto estará lista.

Mi padre está sentado al lado de Börje leyendo el periódico. Levanta la cabeza, me sonríe y me pregunta si he tenido un buen día. Viste su sempiterna camisa raída y los pantalones con tirantes. Lleva el ralo cabello peinado con esmero para disimular la calvicie; sus ojos azules son tan claros que parecen transparentes, y capilares reventados surcan sus sonrosadas mejillas. Tiene manchas de pintura en las manos. Es encuadernador y trabaja en un taller de nuestro barrio, en Rörsjöstaden, a pocas manzanas de casa.

—Sí, todo bien —digo con la misma voz monocorde, cosa que despierta la atención de Börje.

—Pues no pareces en muy buena forma —suelta mientras devora una tostada untada de sirope.

Debía de estar tan hambriento que mi madre se la ha servido antes de la cena. Es el colmo, pero qué le vamos a hacer, así son las cosas. Mi padre me interroga con la mirada.

—Todo va bien —replico irritada.

Börje tiene el cabello oscuro y ondulado, y lo lleva untado con fijador.

Pese al frío invernal, viste una americana ligera de *tweed*, con el cuello de la camisa desabrochado y la corbata desanudada con descuido. Pese a que llevamos meses sin ver el sol, su piel olivácea está ligeramente bronceada. En la familia no tenemos los dientes bonitos: son grises y se montan unos sobre otros, y los de Börje no constituyen una excepción. En cambio, tiene unas pestañas preciosas, muy largas.

Se encoge de hombros y, repantigándose en la silla, se acaba la tostada. Lo miro con hostilidad; me gustaría que se partiera la jeta.

—¡Mamá, nos estamos muriendo de hambre! —gime.

—Ya está lista —dice ella depositando la olla humeante sobre la mesa.

Durante la cena, Börje nos cuenta divertidas anécdotas sobre gente a la que ha conocido. Desde hace algunos meses es aprendiz en el taller de un ebanista que fabrica muebles para clientes de posibles. Es un trabajo que parece tomarse a la ligera, pero que presenta una ventaja: la habitación que le permiten alquilar encima de la tienda, en la plaza Davidshall. A mi hermano no le interesa lo más mínimo la ebanistería, pero sabe hablar a los clientes, como Roslund, su patrono, no tardó en constatar. A decir verdad, Börje pasa más tiempo en la tienda que en el taller.

Continuamente se queja de la lentitud de los negocios y del coste demasiado elevado de los materiales. Las variedades de madera que llegaban de países lejanos, como el ébano, la caoba y la teca, ahora son inencontrables.

—La gente ya no sabe lo que es calidad.

—¿Has olvidado que estamos en guerra? Ocurre lo mismo con las especias, el té, el café... Ni siquiera sé cuánto tiempo más podré seguir en la Colonial.

—¿Tan alarmante es la situación? —se inquieta mi padre.

No es la suerte que pueda correr la Colonial lo que me entristece, sino Judit y su admirador polaco. Y también la ausencia de Georg, desde luego, así

como cosas anodinas: mis calcetines desgastados —ya no me queda ni un par a juego—, mis viejos zapatos y las blusas, cuyo cuello oculto. Todo se me antoja de repente tan desesperante... No logro retener unas lagrimitas.

—Si pierdes tu trabajo, siempre puedes ir a Doffeln. Necesitan mano de obra —dice mi madre.

Levanto la cabeza y la miro directamente a los ojos.

—¿Doffeln? ¡Eso, jamás!

Doffeln es la hilatura de lana, el lugar de trabajo más horrible, sucio y ruidoso de toda la ciudad, donde trabajan los que sin eso se morirían de hambre.

—Pues de alguna manera tendrás que ganarte la vida. ¿O es que crees que el dinero cae del cielo?

Estoy a punto de enfadarme, pero mi padre interviene.

—Aquí nadie irá a trabajar a Doffeln. Kerstin todavía no ha perdido su trabajo. Confiemos en que no haya que llegar a eso. Al menos hasta que Georg regrese para mantenerla.

De pronto se hace el silencio en torno a la mesa. Mi padre ha abordado un tema muy sensible. Nadie sabe cuándo volverá Georg, y menos si estará en condiciones de «mantenerme». Son cosas de las que nunca hablamos. Börje, incómodo, carraspea y trata de distender el ambiente:

—Cuando vuelva Georg, lo enviarás a trabajar y tú te quedarás tumbada en el sofá comiendo *wienerbröd*.^[4] Tendrás uno o dos críos, si te apetece...

—No hables de él, por favor —lo corto.

Börje adopta una expresión asombrada y socarrona.

—Oh, desde luego... *Cool it*, hermanita.

Mi padre enarca las cejas.

—¿*Cool it*? Pero ¿qué demonios es ese lenguaje? ¡Otra expresión que has aprendido en el cine, supongo!

Un detalle atrae mi atención. He visto algo dorado brillar en la muñeca de mi hermano.

—¿Cómo has conseguido ese reloj? ¿Es nuevo?

Mi padre levanta la nariz del plato. Mi madre, que ya ha empezado a fregar los cacharros, también se vuelve.

Börje suelta una risita nerviosa.

—Nuevo, lo que se dice nuevo, no es —dice alargando el brazo para enseñármelo—. Lo he conseguido gracias a mis relaciones.

Miramos el reloj. La pulsera es ancha y parece de oro macizo.

—¿De dónde has sacado el dinero para comprar eso? —pregunta con vehemencia mi padre.

—Papá, por favor, no empieces. No me ha salido caro.

—¿De dónde viene? —se inquieta mi madre.

—No lo sé. ¿Qué importa? De Dinamarca, tal vez de Alemania...

—¿De Alemania? —exclama mi padre.

Börje se apresura a apartar la mano y abrocharse el puño de la camisa.

—Puede ser. Aunque me sorprendería. Venga de donde venga, ahora es mío.

—Aún no has contestado a mi pregunta. ¿De dónde has sacado el dinero?

—El hombre que me lo dio me debía un favor, eso es todo —dice mi hermano con fingida despreocupación—. No me ha costado ni un céntimo.

—¿Ni un céntimo? Pero si es de oro macizo —insiste mi madre.

Börje esboza una sonrisa maliciosa y se da unos golpecitos en la nariz con el índice.

—Tal vez desarrolle otras actividades aparte de la ebanistería.

Mi padre deja caer la cuchara sobre la mesa y le dirige una dura mirada.

—Espero por tu bien que no se trate de nada ilegal.

Mi madre corre hacia Börje y lo rodea con un brazo protector. Mi padre los

mira y suspira.

—Lo único que hago es echarle una mano con algunas entregas, una o dos veces por semana. Este mes, Svensson, para quien trabajo, no podía pagarme en líquido, de manera que me ha dado este reloj.

—¿Qué clase de entregas? —le preguntamos al unísono mi padre y yo.

—Francamente, no lo sé. Nunca lo he comprobado, me limito a conducir el camión varias veces por semana.

—Escúchame bien —dice mi padre—. Vas a dimitir del trabajo con el tal Svensson. De inmediato. Apesta a chanchullo a una legua. Dile que estás demasiado ocupado, que ya no dispones de tiempo para trabajar por la tarde... Cuéntale lo que quieras, pero déjalo lo antes posible, te expones a acabar en la cárcel.

—Pero papá...

—Prométemelo.

—Pero es que todavía le debo dos semanas por el reloj...

—¡Entonces devuélvele el reloj!

La cólera de mi padre surge tan rara vez que todos nos sobresaltamos. En casos así, nadie rechista. Hasta mi madre se abstiene de salir en defensa de Börje. Ha ido demasiado lejos.

—Te lo prometo.

Esa noche me despierta una alarma aérea. «Fredrik el Ronco» aúlla en oleadas estridentes y regulares; me levanto en la semioscuridad y busco la bata. En el recibidor tropiezo con mi madre. Sigue siendo presa del pánico durante las alarmas, como todos nosotros, por otra parte; resulta tan violento que te despierte ese ruido penetrante y lo que significa: los aviones pueden soltar una bomba por error —ha ocurrido una o dos veces—, o también es

posible que un casco de metralla de nuestra propia DCA de Bulltofta provoque incendios en la ciudad.

—Nils, ¿tienes tú nuestros objetos de valor? —exclama mi madre antes de volver corriendo al dormitorio.

—Sí, sí, los tengo —responde mi padre saliendo al recibidor con una cesta bajo el brazo.

Los objetos en cuestión son varios candelabros de plata, uno o dos joyeros, collares, dos broches de mi madre y un alfiler de corbata dorado. Nada de gran valor, pero ella les tiene apego.

Nos instalamos en la cocina y esperamos. Los aviones sobrevuelan la ciudad, zumbando sordamente como grandes abejorros metálicos. Poco después oímos las detonaciones y, aunque sé que se trata de nuestra propia DCA, la angustia me atenaza. Los disparos son una pura formalidad, no se supone que deban acertar el blanco. Ahora bien, los obuses que explotan en el aire y caen en forma de cascos de metralla sobre la ciudad no tienen nada de trivial.

En el sótano hay un refugio que podemos utilizar en caso necesario. Las paredes están tapizadas de sacos de arena. Hemos bajado varias veces, durante las primeras alarmas. Algunos inquilinos siguen haciéndolo sistemáticamente, sin duda allí se sienten más seguros. El gran peligro es que se declare un incendio. Al vivir en el cuarto piso, somos los más expuestos: el desván está situado justo encima de nuestra vivienda. De pronto recuerdo que mi foto de boda y las cartas de Georg siguen debajo del sofá. Si llegaran a destruirse, casi no me quedarían recuerdos. Sería como si nada de lo que he vivido con él hubiera ocurrido... Los últimos tres o cuatro años de mi vida ¡borrados de un plumazo!

Los bombarderos se limitan a hacer una pasada de cinco a diez minutos, mas no por eso la espera se nos hace menos larga. Mis padres están tensos y

permanecen atentos al menor ruido. Nadie dice ni pío. Cuando los aviones se acercan, el edificio entero empieza a vibrar, cada vez resulta igual de angustioso. Y luego se acabó. Tras el paso de los aviones, la DCA deja de disparar, y pocos minutos después oímos la sirena que anuncia el fin de la alarma.

—Gracias a Dios —musita mi madre.

Me levanto, me acerco a la ventana y, tras levantar el papel que la oculta, echo un vistazo al exterior. En el suelo nevado del patio veo una docena de cascos de metralla incandescentes, que se ennegrecen al enfriarse.

—Los ingleses no cejarán hasta haber hecho trizas Alemania —dice mi padre, que acaba de reunirse conmigo.

—Esta situación me preocupa mucho —añade mi madre—. Necesitamos más gente para vigilar el desván y el edificio.

Volvemos a la cama. No logro conciliar el sueño. La adrenalina corre por mis venas y mi cerebro está en plena ebullición. El aullido de la sirena a través de la ciudad, el brusco despertar, el rugido de los bombardeos y el ruido de los cañones; cuerpo y mente permanecen en continua alerta.

Cuando, bien entrada la noche, consigo dormirme por fin, sueño que el piso de Judit está en llamas y yo intento salvarla. Cuando logro entrar en su casa, solo encuentro mi foto de boda y un montón de viejas cartas con membrete del ejército, lamidas por las llamas.

Un sobre me espera sobre la mesa de la cocina. Reconozco la letra de inmediato, pero dudo en abrirlo. Desde hace cierto tiempo, las cartas de Georg me minan la moral. El año que siguió a su partida, las leía una y otra vez hasta aprendérmelas de memoria.

Una vez más, me envía un regalito. Los acumulo en una caja que guardo debajo del sofá. Son objetos hechos a mano, de asta o de madera: pasadores, pendientes, botones, figuritas, una plegadera muy fina. La mayoría los ha confeccionado él mismo; los demás los ha conseguido mediante trueque. La cosa empezó apenas llegado a Storsien. Con los años ha desarrollado un verdadero talento. Algunas de esas miniaturas son encantadoras, y, sin embargo, no logro sentir apego por ellas; siempre me recuerdan que Georg está internado.

Hago caso omiso de la carta. Saco la leche de la nevera, me sirvo un vaso y miro por la ventana. La noche aún no ha caído del todo y todavía puedo distinguir, en el patio, los cubos de basura sin tapa, los tejados de las letrinas, las huellas fangosas de pisadas, que se cruzan formando vagos entramados en la nieve, las estructuras metálicas en las que las mujeres cuelgan y sacuden las alfombras. Me acabo la leche y, con vistas al toque de queda, sustituyo el papel negro de la ventana. La tenue luz del día que se demoraba en la estancia se eclipsa, y de repente me siento abatida.

Desde que Judit conoció a Krystof, solo habla de él. Confiaba en que no

volvieran a verse tras aquel baile de Nochevieja, en que él desapareciese, encontrara a otra, pero no, se ven varias veces por semana, después del trabajo, y los fines de semana, la mayoría de los cuales van a bailar. Judit disfruta en su compañía, parece más feliz que nunca; debería alegrarme por ella y, sin embargo, me siento triste y abandonada. Ya casi nunca volvemos juntas del trabajo y, cuando ocurre, solo tiene palabras para Krystof.

Quiere presentarme a toda costa a su providencial polaco, pero hasta el momento he logrado declinar sus propuestas de encuentro. No sé de qué tengo miedo. Tal vez de descubrir que Krystof es precisamente tan guapo y maravilloso como pretende Judit. Ya me siento bastante celosa así.

Mi madre entra en la cocina y enciende la luz, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué haces aquí a solas en la oscuridad? —se sorprende al pasar por delante de mí para acceder a la nevera—. Hoy he conseguido encontrar arenques, pero más bien parecen anchoas.

Vierte el contenido de un cubo, una docena de pescados plateados, en el papel que ha extendido directamente sobre la encimera. Tiene razón: son minúsculos. Saca un cuchillo bien afilado y empieza a limpiarlos. Tira las entrañas y las cabezas en el fregadero; no tarda en invadir la cocina un olor a yodo y a sangre.

Observo su espalda delgada, el vestido negro, el cabello entrecano recogido, como tiene por costumbre, en un moño, y me embarga un sentimiento, lamentablemente nada frecuente, de afecto.

—¿Puedo ayudarte? —digo.

Vuelve la cara hacia mí y, al reparar en la carta sobre la mesa, frunce el ceño.

—¿No has visto que hay una carta para ti? Es de Georg, ¡anda, léela!

—Puede esperar. Deja que antes te ayude a preparar la comida.

—¡Tal vez sea importante! Ve a la sala de estar y léela. Después ya pelarás las patatas.

A regañadientes, cojo la carta y me instalo en el sofá de la sala. Mi padre descansa en el dormitorio tras una larga jornada de trabajo, y me alegra estar sola cuando abro el sobre con las yemas de los dedos. La carta viene de Stensele, en alguna parte de Västerbotten.

Un objeto resbala del sobre y me cae en el regazo: es un marcapáginas de asta de reno, adornado con guirnaldas de flores. Al dorso figura mi nombre en elegante caligrafía. Doy vueltas al objeto en todos los sentidos y mis ojos se llenan de lágrimas. «Mierda, el gran lector eres tú, ¿por qué regalarme esta cosa?»

Al cabo de un momento me agacho para sacar la segunda caja de cartón que guardo debajo del sofá. La tapa está decorada con rosas. Hace mucho tiempo contenía trufas, hoy está llena de regalos de Georg. Tiro dentro de cualquier manera el marcapáginas y rápidamente vuelvo a poner la tapa.

Agarro con suavidad la carta entre las manos, respiro hondo y empiezo a leer. Como de costumbre, Georg está harto de esperar y lo embarga una sensación de impotencia. Trabajan duro en una construcción cuya naturaleza no puede revelar, la carta sería retenida por la censura. Se queja de ampollas en las manos y de dolor de espalda, pero lo prefiere al letargo del campo de Naartijärvi, donde permaneció internado previamente. La inactividad total estuvo a punto de volverlo loco, se percibía en sus cartas. A raíz del traslado lo separaron de sus camaradas, Sven Fahlgren, Axel y Erik. Como siempre, me pregunta si tengo noticias tuyas; no las tengo. Ni siquiera sabemos si han sido puestos en libertad o internados en otro campo.

Pero sobre todo evoca sus nuevas convicciones políticas.

Si bien antes no era un simpatizante de izquierdas, aquí me he convertido

en uno, como por lo demás la mayoría. Eso es lo que han conseguido con los campos de trabajo.

Frunzo el ceño y continúo leyendo. La palabra «comunista» sigue siendo un insulto para mucha gente. He evitado conscientemente mencionar el «despertar» político de Georg a mis padres, ya están bastante preocupados por él. ¿Acaso no comprende que de ese modo se complica la vida, que está comprometiendo su futuro, nuestro futuro? Hace tanto que se fue, ha estado tan aislado que ya no sabe cómo son las cosas en la vida real.

Acaba su carta deseando que la primavera llegue lo antes posible; luego, la letanía habitual, cargada de culpabilidad:

Perdóname por todo esto, Kerstin. Algún día trataré de compensarte.

Tu Georg

Solo releo la carta una vez antes de meterla en el sobre y guardarla con las otras. Podrían muy bien haber sido escritas por un extraño. El tono tan sombrío, tan grave, tan serio... Cierto que no tiene nada de sorprendente cuando uno piensa en lo que ha vivido. Y, sin embargo, se me antoja que ese Georg no tiene nada que ver con el que conocí. ¿Sentirá él lo mismo al leerme?

Una vez más, tengo la impresión de que nos mentimos a nosotros mismos. Si nos encontrásemos cara a cara en este preciso instante, tal vez no tuviéramos nada que decirnos.

Como siempre que leo una carta de Georg, me siento llena de acritud. Decido no responder enseguida; voy al baño y me lavo la cara y las manos con agua fría antes de reunirme con mi madre en la cocina.

Un sábado por la tarde, al volver del trabajo, me cruzo con la señora Söderström en la calle. En la acera han depositado un montón de cosas, a la espera de entrarlas en el edificio, junto a un camión volquete de gasógeno cuyo motor emite carraspeos; unos hombres van y vienen bajando de él muebles, cajas de cartón y maletas.

—¿Alguien se muda aquí? —le pregunto.

—Una mujer de Estocolmo —me cuchichea con entusiasmo—. Se ha quedado el piso de la viuda Schmidt.

Hasta donde llegan mis recuerdos, la anciana señora Schmidt siempre ha vivido en el piso de la segunda planta que da a la calle. Es una de las más fastuosas viviendas del edificio, con sus espaciosas estancias, en las que la viuda había instalado muebles macizos y suntuosos. Cuando era niña, en varias ocasiones le había hecho recados; en agradecimiento, me daba una o dos monedas, con las que corría a comprar caramelos. Su piso, con sus cortinas de terciopelo, sus gruesas alfombras, sus plantas crasas en pedestales y sus muebles de madera oscura, era casi tan impresionante como la propia señora Schmidt, quien, con sus largos vestidos encorsetados y su larga cabellera, espesa y bien peinada, parecía directamente salida del siglo pasado. Nunca he visto a su marido, debe de llevar muerto mucho tiempo.

—¿Qué le ha pasado a la señora Schmidt? ¿Ha... fallecido?

—No, no..., simplemente se había vuelto un poco senil. Su hijo vino a buscarla la semana pasada. Se va a vivir con él, tienen una casa cerca de Fridhem, me parece. ¡Cuidado con la puerta! —grita a uno de los mozos de mudanzas, ocupado en transportar un armario.

Los hombres fingen no oírla y sudan la gota gorda pese al frío. Como dispongo de algo de tiempo, me demoro antes de subir a casa de mis padres. Hoy no tengo nada previsto y aquí rara vez ocurren cosas interesantes. Nos quedamos un rato mirando trabajar a los hombres. Al parecer, la señora

Söderström se ha adjudicado la misión de asegurarse de que no causen desperfectos. Siempre ha dedicado gran energía a mezclarse en los asuntos de los demás.

—¿Y quién viene a vivir aquí? ¿Otra anciana viuda rica? —acabo preguntándole.

—Rica es posible. Pero no anciana. Tendrá más o menos su edad, señora Lindkvist, como mucho unos años más.

—¿Y su marido?

La señora Söderström menea la cabeza con desaprobación.

—No tiene. No está casada, vive sola. Me lo ha dicho el portero del edificio.

Una mujer vestida con uniforme de auxiliar del ejército sale del inmueble en ese preciso momento. Sin duda se trata de la nueva inquilina. Las auxiliares femeninas no están remuneradas; debe de tener otros ingresos y debe de pertenecer a la alta sociedad. Pasa por nuestro lado y se dirige al camión, en este momento casi vacío.

Mientras intercambia unas palabras con el conductor, me mantengo en un aparte para observarla con atención, tratando de identificar signos exteriores de riqueza. Su cabello descubierto brilla con mil reflejos, pero no va maquillada; lleva las uñas cortas y, por lo que puedo ver, no luce ninguna joya. Las botas son algo masculinas, pero sus piernas... Hace años que no veía medias de seda tan finas. Han debido de costarle muy caras en el mercado negro.

He reparado en su acento al oírla hablar con el conductor. Tiene labia, habla como los actores en la radio o en el cine, a excepción de nuestro Edvard Persson. Si bien la lengua sueca es innegablemente más bonita en Estocolmo, resulta asimismo un tanto afectada; a decir verdad, los que se expresan así no me inspiran confianza.

La mujer me mira fijamente un breve instante, luego se vuelve hacia la señora Söderström para darle las gracias por su ayuda. Esta suelta una risita forzada y añade que no tiene la menor importancia, y que si la señorita Ahrle necesita lo que sea, no dude en llamar a su puerta, en el tercer piso. Observo con una pizca de irritación que la señora Söderström se esfuerza por disimular su acento de Escania.

Tras otro breve intercambio de frases formales, la recién llegada se vuelve hacia mí, sonriendo tímidamente. Permanezco distante, decidida a no dejarme impresionar. Me tiende la mano.

—Me llamo Viola Ahrle. ¿Vive usted aquí?

Le estrecho la mano con indiferencia, sin quitarme el guante.

—Sí. Kerstin Lindkvist.

—Encantada.

Sus ojos son de un gris poco habitual, algo plateado, y tiene una boca ancha de labios generosos. Posee una belleza singular. Pasa un ángel, y me doy cuenta de que la señora Söderström sigue allí, dando pataditas. Parece querer atraer la atención de la joven a cualquier precio; entonces carraspea y dice:

—Soy la presidenta de protección civil del edificio. Veo que es usted auxiliar del ejército... ¿Puedo contar con usted? Las alarmas son cada vez más frecuentes y no tenemos suficientes voluntarios.

La señorita Ahrle se apresura a asentir.

—Desde luego que sí. Cuando uno piensa en los bombardeos de la cuenca del Ruhr por parte de los ingleses... Tenemos suerte de no vivir en Essen. ¿En qué puedo serle útil?

Su tono se ha vuelto profesional y grave.

—Necesitamos observadores para encargarse de la vigilancia —responde la señora Söderström—. Lo mejor sería que dos personas pudieran montar

guardia juntas todas las noches mientras sea necesario. Si llegara a declararse un incendio, nos encontraríamos en muy mala situación.

—Puede contar conmigo. En cuanto a usted, señora Lindkvist, tal vez esté ya demasiado ocupada. De no ser así, podría unirse a mí. Gustosamente montaría guardia con alguien de mi edad.

—Pues la verdad, lamentablemente trabajo... a jornada completa.

La señora Söderström me dirige una mirada cargada de reproches, pero la mujer de Estocolmo se muestra comprensiva.

—Y necesita dormir —dice.

A mi pesar, me oigo decir que después de todo creo que podré quedar libre al menos varias noches por semana; tal vez por mala conciencia —al fin y al cabo, muchos de los que se han comprometido en la protección civil local también trabajan—, o quizá por deseo de impresionar a la de Estocolmo.

—¡Entonces perfecto! —exclama ella con una ancha sonrisa.

También la señora Söderström parece gratamente sorprendida, ya he declinado varias veces sus propuestas. Al instante me arrepiento, pero ya es demasiado tarde. Empiezan a planificar las rondas y, antes incluso de que nos digamos hasta la vista por primera vez, ya nos llamamos por nuestros nombres de pila: me ha pedido que la llame Viola, y no me veía insistiendo en que en mi caso mantuviera el «señora Lindkvist». Con todo, tan repentina intimidad me incomoda un poco. No tengo por costumbre tutear a los extraños con tal rapidez. Quizá sea habitual en Estocolmo...

Por lo demás, la idea de formar parte de protección civil no es que me entusiasme demasiado; pasarme horas en un desván helado vigilando una calle desierta... ¿Por qué habré aceptado? Es culpa de la tal Viola, me he dejado llevar por su entusiasmo, sin pensar en lo que realmente deseaba. Una muchacha como ella no debe de hacer jornadas tan largas como las mías.

Acabada la ronda nocturna, sin duda podrá ir a acostarse, mientras que yo tendré que dirigirme a la fábrica.

Subo a casa de mis padres contrariada, reprochándome mi precipitación. Ahora he de encontrar la manera de zafarme, de liberarme de ese estúpido compromiso.

—¿Protección civil? ¿Para hacer qué? —dice Judit escéptica.

Como de costumbre, hemos subido a la azotea para comernos las tostadas. Por una vez hace buen tiempo; mi amiga ofrece al sol su rostro de nariz salpicada de pecas y cierra los ojos. Esta vez no tengo nada consistente sobre las tostadas, tan solo azúcar en polvo. Las de Judit llevan morcilla de hígado y prefiere guardárselas para sí, no puedo reprochárselo.

—Estamos en guerra, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Nunca te habías interesado en la protección civil con anterioridad.

Me irrita: muy ocupada en broncearse, apenas me mira y solo habla de la fiesta a la que fue con Krystof este fin de semana. En cuanto a mí, me quedé en casa de mis padres, remendando un vestido y los cuellos de dos blusas.

—Viola y yo haremos la guardia juntas.

—¿Viola? ¿Y quién es?

—Una amiga. Es auxiliar del ejército y viene de Estocolmo. Vamos a hacer la ronda de vigilancia. Realmente estoy impaciente.

Judit me escruta, pensativa.

—Nunca me habías hablado de ella. ¿Hace mucho que la conoces?

Me saco un cigarrillo del bolso y no le ofrezco.

—La verdad es que no. Una semana nada más, pero nos entendemos muy bien.

—Ah, vale —responde Judit.

Para mi gran placer, detecto una leve tensión en su voz.

Saca un cigarrillo a su vez; fumamos en silencio, contemplando la ciudad. Por un momento, dudo si rodearle los hombros con el brazo, si reír para disipar el malestar que nos distancia, pero renuncio: su expresión se ha vuelto hermética.

—¿Cuándo crees que llamarán a Krystof? —le pregunto mirándola a hurtadillas.

—Y yo qué sé... Mientras Polonia esté ocupada, no tiene motivo alguno para volver.

Tira el cigarrillo a medio consumir, recoge sus cosas y se dispone a bajar, aunque aún nos queden unos minutos de la pausa.

—La cosa todavía puede durar mucho tiempo —añade volviéndome la espalda.

—O no —murmuro yo.

No parece haberme oído.

En casa, mi decisión es asimismo recibida con incredulidad. Cuando Börje se entera de que me he ofrecido voluntaria, prorrumpe en carcajadas. En la cocina se cuadra ante mí. Su gesto contrasta con el cabello untado de fijador y ondulado, la camisa amarilla, los zapatos de punta y los pantalones ajustados a cuadros.

—¿Dónde están sus armas, auxiliar Lindkvist? —pregunta, agarrando un plumero y agitándolo ante mi rostro—. ¿Es esta o... esta otra? —dice guasón, tras alargar la mano hacia la encimera y agarrar una cuchara de madera.

Le arranco el plumero de las manos y lo utilizo para golpearlo. Hace una mueca, que no tarda en convertirse en una ancha sonrisa.

—¡Basta! —exclamo—. No porque tú seas demasiado cobarde para defender al rey y a la patria...

—Todas mis disculpas. Tienes razón. Cuando llegue el enemigo, lo

rechazarás tú solita como una chica mayor, ¿no es así, hermanita?

—No entiendes nada. ¡No se trata de eso!

—¿Ah, no? ¿Y de qué, entonces?

Me esfuerzo por recordar lo que la señora Söderström ha dicho sobre el riesgo de incendio y, colorada como un tomate, farfulto:

—¡Pues bien, se trata de los cascos de metralla que pueden caer encima durante la noche, por ejemplo! O de que el enemigo pudiera sabotear...

De nuevo Börje se carcajea en mis narices.

—¿Y tú vas a protegernos? ¡Ánimo, pues! Claro que dispones de un camión de bomberos y mil litros de agua. ¿O acaso te propones salir a la caza de los espías que se esconden en la ciudad? Podría ser divertido, también a mí me gusta disfrazarme...

Las bromas de Börje divierten a mi madre, que está de espaldas frente a la cocina, y sus frágiles hombros se sacuden de risa. Impotente, busco a alguien que me apoye.

—¡Papá! ¡Díselo!

Mi padre, sorprendido, levanta la cabeza de su crucigrama.

—Ya sois mayorcitos, apañaos —dice a bote pronto, para luego ordenar a Börje que me deje tranquila.

Este me dirige una sonrisa socarrona, y tengo que dominarme para no atizarle de nuevo. La mirada dulce y tranquila de mi padre me apacigua un tanto. Mordisquea el lápiz y me mira de hito en hito como si yo fuera un enigma insoluble de su crucigrama fetiche.

—Protección civil... Confieso que me sorprende un poco —admite—. ¿Te lo has pensado bien? Tendrás que hacer la vigilancia varias noches por semana.

—Dos.

—Es muy loable, desde luego... Lo único es que debes evitar que tu trabajo

principal se resienta. Finalmente, eso es lo más importante.

Lo sé demasiado bien. Es mi medio de sustento. Si no puedo contribuir al alquiler y la comida, mi madre me obligará a trabajar en Doffeln. Antes muerta.

Es sin duda porque todo el mundo muestra sus reservas por lo que decido cumplir mi promesa. Si un día fragmentos incandescentes de obuses caen en nuestro desván y prenden fuego al edificio, será a mí a quien deban no acabar quemados vivos. El rictus de Börje y la incredulidad de Judit me hacen olvidar mis propias reticencias.

Así, pocas noches más tarde me dirijo al desván en compañía de esa desconocida que me pide que la llame Viola. Previamente la señora Söderström me ha entregado un documento donde se detallan los puestos de vigilancia, los horarios y el nombre de las personas que deben relevarnos, así como una breve descripción de la misión. En pocas palabras, los observadores permanecen en el desván para vigilar unas horas la calle y el patio, mientras que los vigilantes de incendios patrullan la calle de dos en dos, atentos al edificio y los alrededores. Llevan por todo equipo sacos de arpillera, bombas de agua, hachas y bocinas de diversas clases, entre ellas timbres de bicicleta, que deben utilizar para alertar a la gente a fin de que se pongan a salvo lo antes posible. También tienen varias lonas y cincuenta litros de arena a su disposición.

Cuando la señora Söderström me reveló ese equipo de lo más elemental, no pude por menos que sonreír. Me endilgó un sermón y me recordó que no había que subestimar la gran importancia de la tarea.

—Señora Lindkvist —me dijo muy solemne—, tendrá que actuar deprisa para impedir que el fuego se propague, dar la alarma y administrar los primeros auxilios a los heridos. Eso no tiene nada de cómico.

Asentí con expresión grave. Luego me preguntó si recordaba la preparación a que nos habíamos sometido, como inquilinos, varios años atrás. En efecto, fue en la primavera de 1940. Parte de los adultos tuvimos que jugar a la guerra en el patio y simular que estábamos heridos o muertos, mientras los demás acudían en nuestro auxilio. Hubo que practicar el boca a boca a un maniquí, poner vendajes y aprender a evacuar un edificio en llamas.

La preparación era obligatoria y coincidió con los acontecimientos de Svartnäset. Por entonces me sentía más preocupada que nunca por Georg, de manera que no estuve muy atenta; siempre que podía me escaqueaba para ir a fumar y calmar los nervios.

Como no me apetecía nada tener que repetir los ejercicios, aseguré a la señora Söderström que lo recordaba perfectamente. Se contentó con mi respuesta y me preguntó si estaba disponible para empezar lo antes posible. Dado que llevaban desatendidas demasiado tiempo, mejor poner en orden cuanto antes las guardias de vigilancia. Por parte de los ingleses, me advirtió, podíamos esperar alarmas aéreas con mayor frecuencia.

Hace un frío glacial en el desván, los cristales de varias ventanas están rotos y el viento se cuele por todas partes. Gracias al mercadillo de tres años atrás, el lugar está casi vacío; solo quedan hilos de tender, que cuelgan un poco por doquier a través de la estancia, en los que hay colgadas prendas de ropa y sábanas, tiesas debido al frío. Estamos sentadas una frente a otra en dos sillas plegables y, aunque arrebujadas en unas mantas sin duda dejadas allí por otra centinela, estamos tiritando. La señora Söderström me ha aconsejado que me pusiera la ropa más abrigada que tuviese; por eso llevo gorro, guantes, unos calcetines viejos y gruesos de Georg, un vestido de lana, un jersey y un abrigo.

La señorita Ahrle —Viola— viste pantalones y una trinchera ceñida; lleva los mismos zapatos de tacón bajo que el primer día, una boina con rabillo y unos refinados guantes de piel muy fina, adornados con botones de nácar. Su rostro queda oculto en la oscuridad. Los rayos de la luna medio llena se filtran por las aberturas y bañan el desván con una luz irreal.

Nos apostamos por turnos en las ventanas que dan a la calle y al inmueble de enfrente. Es una noche tranquila, ni un alma en el patio ni en la calle. Todas las ventanas están cubiertas y solo se oyen los crujidos sordos propios de los edificios viejos.

Reprimo un bostezo y consulto el reloj: es la una y media, todavía faltan treinta minutos para el relevo. Estoy congelada y ardo en deseos de volver a mi cama bien calentita. Con todo, no me siento tan cansada como cabría esperar. El frío me mantiene despierta, así como la excitación.

Además, la conversación a solas con Viola resulta vivificante. En un primer momento me muestro más bien distante, respondo de manera lacónica a sus preguntas, sin entrar en detalles. No sé si puedo confiar en ella o no, y cuando me interroga sobre mi marido, me limito a contestarle que está movilizado en Norrland. Su acento y sus orígenes nos distancian de forma irremediable, pese a su trato simpático y cordial.

No obstante, poco a poco me relajo en su presencia, mis prejuicios se atenúan. La compañía de Viola resulta grata, incluso divertida cuando, por ejemplo, imita a la señora Söderström, sus aires de grandeza y sus vanos esfuerzos por disfrazar su acento de Escania; me desternillo de risa, un tanto incómoda pese a todo. Al hablarle de la Colonial y de cuánto me gusta ese trabajo, parece sinceramente interesada. Aunque sin duda trabajar en una fábrica no signifique nada para personas como ella.

—En lo que a mí respecta —dice—, me gustaría que me encomendasen tareas algo más apasionantes. Por el momento se trata sobre todo de cocinar

para los hombres, de estar siempre ahí para ellos. Hasta hemos tenido que pagarnos nuestros propios uniformes, ¿te lo imaginas?

—¿Y qué te gustaría hacer? Como auxiliar del ejército, quiero decir.

—En todo caso, no guisar. Telegrafista tal vez, o asistente en el sector de los transportes. Estoy sacándome el carnet de conducir, podría llevar un camión.

—Ah, eso se me antoja... ¡fascinante! —admito, yo que nunca he soñado con nada semejante.

—Pero, bueno, tal vez jamás se dé el caso. Ya veremos —dice estirándose hasta que le crujen las articulaciones—. Aquí una se hiela. ¿Cuánto falta todavía?

—Veinte minutos. La próxima vez traeré un termo. Un poco de té o de chocolate caliente no nos hará ningún daño.

—¡Excelente idea! Bueno, me toca a mí hacer la vigilancia, ¿no?

Sigo con la mirada su esbelta silueta cuando se levanta, pasa por delante de mí y atraviesa la estancia, para desaparecer detrás de una sábana. Poco después la oigo decir:

—Todo está en calma. *Sin novedad en el frente.*

Vuelve a su silla y se arrebujá con la manta antes de sentarse.

—Creo que esta noche no habrá «fortalezas volantes» —dice.

—Tanto mejor. Sienta bien que no haya mucho follón la primera noche.

—Pues no sé qué decirte. A mí me gustaría mucho que ocurriera algo.

La miro de hito en hito, dudando si hacerle la pregunta que me quema los labios.

—¿Por qué has venido aquí, a Malmö? ¿No te sentías a gusto en Estocolmo? Supongo que tuviste que abandonar a tu familia y todo lo demás...

—En absoluto —responde sorprendida—. ¡Yo soy de aquí! De Lund, para

ser exactos. Lo cierto es que hace años que no vivo en Escania. Fui allí al colegio, a un internado, en Värmland, y luego trabajé un tiempo en Estocolmo. Sin duda mi acento ha cambiado, pero, créeme, ¡soy tan de Escania como tú!

Me quedo boquiabierta.

—Pero eso es..., ¡jamás lo habría adivinado!

—Y, sin embargo, es la pura verdad.

De pronto abandono toda reserva.

—¿Por qué estabas interna? ¿Y cómo es posible que ya no tengas acento?

—Ah, es una larga historia. Tal vez te la cuente algún día... o una noche. Antes quizá deberíamos aprender a conocernos un poco mejor. Eso sí, respecto del acento, puedo contestarte. En el internado llevábamos uniforme, todas debíamos tener el mismo porte, comportarnos y hablar de la misma manera. La lengua de Escania no se consideraba lo bastante mundana, me libraron de ella golpeándome en los dedos, literalmente, durante los seis primeros meses. Nos castigaban, unas veces sin salir y otras privándonos de comida. Para sobrevivir aprendí con rapidez a hablar como ellos. Solo tenía quince años, era, por así decirlo, influenciable. Pasé allí cuatro años y luego me instalé en Estocolmo.

—¡Tuvo que ser horrible!

Viola sonrío con tristeza.

—Sí. Supongo que encontrarse allí ya era una forma de castigo, una escuela para niñas difíciles salidas de familias adineradas...

Me dispongo a responderle cuando de pronto se oye ruido de pasos en la escalera. Poco después aparecen nuestras sustitutas, Ingeborg y Ulla. Algo mayores que nosotras, son «viudas de la movilización» y tienen varios hijos. Las saludamos, les hacemos un breve informe y les dejamos las mantas,

deseándoles una noche tranquila. Ulla ha traído una labor de punto; Ingeborg, un termo. Al parecer, están acostumbradas.

Viola y yo nos separamos en el patio. Apoya la mano en mi hombro y me da las gracias por nuestra breve conversación.

—Sabía que nos entenderíamos bien —me dice.

Así termina mi primera guardia de vigilancia.

En lo sucesivo me encuentro dos o tres veces por semana en el desván con Viola. De vez en cuando oímos aviones a lo lejos; solo dan la alarma una o dos veces, y la mayor parte del tiempo no ocurre nada especial. En la oscuridad la conversación se desarrolla con mayor facilidad, se vuelve más íntima. Revelo sin dificultad algunos detalles de mi vida que hasta entonces me había guardado para mí; Viola me escucha sin juzgarme. Como si estuviéramos dentro de una burbuja donde se puede decir todo.

Cuanto menos veo a Judit, más aprendo a valorar los momentos pasados con Viola. Empezamos a conocernos mejor y mi desconfianza respecto de sus orígenes se borra. No tiene nada de mojigata; me resulta evidente que su dinero —o más bien el dinero de su padre— no la hace más feliz, al contrario de lo que había podido imaginar. Ha reconocido con medias palabras que las relaciones con su familia son complicadas, sobre todo con su padre, profesor de derecho en Lund.

—Desaprueba mi manera de vivir. Cree que debería casarme y dejar de trabajar.

Apenas distingo su rostro, oigo su voz dulce y un tanto ronca.

—Entonces, ¿vas a casarte?

—No, ni pensarlo —responde entre risas—. Es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? Pero si no debes de tener más de veinticinco años... Puedes interesar a un montón de hombres.

Viola cruza las piernas y se sube la manta hasta la barbilla.

—¿Y qué te hace pensar que a mí me interesan ellos?

—¡Bien debes de querer casarte! Hay que hacerlo, ¿no?

Viola prorrumpe en carcajadas y me suelta:

—¡No pongas esa cara! No soy desgraciada en mi torre de marfil, no debes preocuparte por mí.

Descruza las piernas y se levanta para echar una ojeada al patio; estamos a finales del invierno y la nieve se amontona en pequeños montículos fangosos.

—Prefiero que hablemos de ti, Kerstin. De tu trabajo, por ejemplo. ¿Qué es lo que más te gusta de él?

—Judit —respondo sin pensar, sorprendida por la pregunta—. Yo... quiero decir mis colegas. La sensación de comunidad. Y también los productos, claro. Antes de la guerra envasábamos especias del mundo entero. Olía maravillosamente bien.

No obstante, a Viola no parecen interesarle mucho las especias. Vuelve a sentarse y acerca la silla a la mía.

—¿Judit?

Suspiro.

—Mi mejor amiga. Al menos lo era.

—Ya veo. ¿Y cómo es la tal Judit?

De nuevo me sorprende la pregunta.

—Pues... es única. Tiene un abundante cabello pelirrojo y pecas. Ojos castaños y nariz respingona.

—¿Es... bonita? ¿La encuentras guapa?

—Yo... supongo que sí, pero no soy la única. Ahora tiene novio. Por eso ya no somos tan íntimas...

—Ya no dispone de tanto tiempo para concederte, ¿es eso?

Alarga la mano enguantada y la posa sobre la mía.

—Es un poco eso, sí.

—Pobrecilla. Debes de sentirte... abandonada.

Asiento; tengo un nudo en la garganta.

—Pero cuando erais amigas... ¿te sentías más cerca de ella que de cualquier otra persona? ¿Incluso de tu marido? ¿Podías contárselo todo, podías pasar con ella la mayor parte del tiempo?

Sin comprender muy bien adónde quiere ir a parar, se lo confirmo. Viola se retrepa de nuevo en la silla y marca una breve pausa. Estoy tiritando y me frota los brazos con energía. La primavera está llegando pero todavía hace frío, sobre todo en este desván abierto a los cuatro vientos. Estoy a punto de levantarme para caminar un poco, cuando de nuevo toma la palabra.

—Una sola vez conocí una amistad semejante. O mejor dicho, dos veces. Cuando era niña, y después en la edad adulta. La primera nos separaron, la segunda fui abandonada.

Eso despierta mi curiosidad. Ha hablado muy despacio, con una voz vibrante de sentimientos contenidos. Cuando me dispongo a preguntarle más cosas, se levanta, aparta la manta con gesto impaciente y desaparece detrás de las sábanas tendidas. Oigo sus pasos al otro extremo de la estancia.

—¡Creía que me tocaba a mí! —le grito.

No responde.

Cinco minutos después vuelve, se derrumba de nuevo en la silla y enciende un cigarrillo. Me entran unas ganas locas de fumar yo también, y, sin embargo, la sermoneo.

—No creo que podamos hacerlo aquí..., el riesgo de incendio...

Viola da una última calada, deja caer el cigarrillo y lo aplasta. Parece agitada.

—Tienes razón.

—Me estabas diciendo que os separaron...

Perdida en sus pensamientos, Viola no responde enseguida. Poco a poco recupera la calma y la compostura.

—Tal vez en otra ocasión te hable de ello.

—Pero ¿por qué te metieron en el internado?

Ignoro cómo me he atrevido a hacerle esa pregunta, quizá la penumbra, el hecho de no ver su rostro. Algo me dice que es importante, que debo insistir. No tengo por costumbre ser tan metomentodo.

Oigo a Viola suspirar en la oscuridad.

—Fue decisión de mi padre. Le pareció que había adquirido demasiados malos hábitos.

De nuevo guarda silencio. Lo único que se oye es la carrera furtiva de las ratas por el suelo y en los tabiques.

—¿Qué hora es? ¿Qué están haciendo nuestras sustitutas?

Parece impaciente, casi irritada. Consulto mi reloj.

—Deberían aparecer de un momento a otro.

La miro con insistencia, pero está claro que el tema está zanjado. Por esta vez.

3

El cartel colgado en la entrada de nuestro edificio lleva ahí tanto tiempo que los colores se han apagado. El fondo azul se ha vuelto pálido, las tres coronas doradas han perdido el brillo, pero el texto sigue siendo legible:

Cuando los tiempos son difíciles, se requiere:

Solidaridad

Vigilancia

Discreción

Han fijado un segundo cartel, más reciente, al lado del primero. Representa a un tigre con rayas azules y amarillas, acompañado de una leyenda: *Un tigre sueco*.^[5] El año pasado, los muchachos del Landstorm^[6] vendían chapas con esa efigie. La señora Söderström sigue llevando una en la solapa de la chaqueta.

En el patio, los niños juegan a policías y espías, dado que los indios y vaqueros ya no están de actualidad. Eso me recuerda una conversación entre dos colegas oída de manera fortuita el otro día en la fábrica.

—Los boches han reclutado a agentes suecos en todos los barrios de la ciudad. Anotan los nombres de la gente que no les cae bien para que los alemanes sepan de quién ocuparse una vez lleguen aquí.

—Sí, todos tienen espías en esta ciudad: los ingleses, los rusos, los

alemanes... —responde la otra con una mezcla de temor y excitación—. Y de Estocolmo ni hablemos.

—De hecho, algunos ya han sido condenados y encarcelados... Y no olvidemos que en Copenhague los alemanes tienen los cañones dirigidos hacia Malmö.

Por lo general permanezco sorda a ese tipo de rumores, pero esta vez me quedo impresionada.

Desde el principio de las alarmas, la paranoia se ha disparado. Cómo no sentirte en guerra cuando oyes silbar en la oscuridad los obuses por encima de tu cabeza, así como el paso de los bombarderos, aunque seas consciente de que no constituyes su blanco favorito. Hasta yo me siento más nerviosa en razón de estas noches agitadas. Además, me asusta la idea de que algunos ya no se atrevan a confiar en sus vecinos y pueda haber delatores en el seno mismo del edificio.

Me dispongo a subir la escalera, cuando oigo unos pasos pesados procedentes de arriba. La señora Söderström aparece sin resuello; se dirige hacia el lavadero con un gran barreño lleno de ropa sucia. Al verme, deja ruidosamente el barreño en el suelo, se incorpora y se enjuga la frente. Como de costumbre, lleva el cabello recogido en un moño, calza zuecos y viste su sempiterna bata de hacer la limpieza.

La colada es la tarea más dura para las mujeres del edificio, lo sé muy bien, una vez a la semana ayudo a mi madre. La ropa se remueve con una pala en grandes tinas que contienen varios cientos de litros de agua, que es necesario vaciar, aunque puede resultar muy peligroso. Doscientos cincuenta gramos de jabón verde y pegajoso, vendido a peso, hacen las veces de detergente. Has de acarrear la ropa desde el lavadero, situado en el sótano, hasta los tendederos, que se encuentran en el desván, y luego volver a bajarla para

plancharla; cinco pisos, diez tramos de escalera, cargando con ropa mojada que parece pesar toneladas...

La señora Söderström no tiene a nadie que la ayude, es viuda de la movilización y su hijo mayor solo tiene siete años.

—Ah, todo esto me mata... —rezonga dirigiéndome un saludo.

—Buenos días, señora Söderström. ¿Puedo ayudarla?

—No, gracias, me las arreglaré. Seguro que hace nada que ha vuelto del trabajo. Mejor suba a reunirse con su madre, sin duda la espera para comer. Por cierto, ¿no le toca guardia esta noche?

Asiento. La señora Söderström se seca de nuevo el rostro y me mira con atención.

—A propósito, ¿cómo le va con la señorita Ahrle?

—¿Con Viola? Bien.

—Es una tarea que conlleva grandes responsabilidades.

—La verdad es que no ocurre gran cosa. Hemos tenido una sola alarma.

—Cierto, pero nunca se sabe. Me gustaría participar, pero no querría dejar solos a los niños por la noche...

—¡Solo faltaba eso! Deje ese trabajo en manos de las jóvenes, señora Söderström, no nos molesta.

Parece agotada; le echarías más de los treinta y cinco que tiene. Me pregunto cuánto hace que no ve a su marido. Como si me hubiera leído la mente, me pregunta:

—¿Y Georg? ¿Ha tenido noticias suyas?

Me quedo paralizada. Ignoro lo que sabe de mí y de mi situación.

—Sí. Está bien —digo en tono neutro.

—¿Volverá pronto?

—No lo sé.

A decir verdad, su pregunta no parece malintencionada. Se inclina y vuelve

a coger el barreño con un suspiro discreto.

—En el fondo, qué sabemos, es cierto... Hace ya tres años que mi marido fue movilizadado.

Me aparto para dejarla pasar, ella empieza a bajar la escalera hacia el lavadero, pero de nuevo se detiene.

—Por cierto, ¿ha visto el piso de la señorita Ahrle? ¿Ha estado en su casa?

—Esto..., pues no.

—Yo fui a recoger un material que quería darnos... Había conseguido máscaras de gas para protección civil, no me pregunte cómo —prosigue, manteniendo a duras penas el barreño apoyado en la cadera.

Ha despertado mi curiosidad y espero la continuación. Me cuenta con un cuchicheo:

—Tuve un *shock*. El piso está irreconocible, ¡y amueblado de un modo muy extraño!

—¿Ah, sí?

—Sí. ¡Pielas de animales por el suelo e imágenes muy raras, morbosas, en las paredes! Si uno piensa en lo que debe de desembolsar su padre cada mes por ese piso...

—No conozco el montante de su alquiler.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que Viola no anda por allí, escuchándonos.

—Dicen que su padre y ella no se hablan desde hace años —cuchichea la señora Söderström.

Tras haberse afianzado bien el barreño en la cadera, se dirige al lavadero.

Me demoro un poco en la escalera. Los chismorreos de la señora Söderström nunca tienen mayor importancia, pero esta vez ha despertado mi interés. Por amistosa que sea nuestra relación, Viola sigue siendo un misterio para mí. Durante nuestras noches de guardia, yo me he destapado mucho más

que ella. Me ha animado a evocar mi infancia, mi trabajo, a hablar de mis padres y de Börje. Lo único que todavía no le he confiado, aunque varias veces he estado tentada, es la situación de Georg.

¿Qué sé de Viola en realidad? Poca cosa: procede de Lund, estudió interna en Värmland, luego pasó un tiempo en Estocolmo, para finalmente convertirse en auxiliar del ejército al estallar la guerra. Eso es todo. Me gustaría ver su piso. Ya encontraré una excusa.

Doy con una antes de lo previsto. Una semana después de la conversación con la señora Söderström, se produce una alarma aérea mientras Viola y yo montamos guardia. En su precipitación, ella olvida el termo en el desván; vuelvo a subir, acompañada de nuestras sustitutas. Me llevo el termo, decidida a devolvérselo a su propietaria al día siguiente. Pero de aquí a entonces podría necesitarlo, me digo, deseando en realidad saciar mi curiosidad.

Siento cierta aprensión al llamar a su puerta. Puede que no esté, o que esté durmiendo. Las auxiliares suelen vivir con desajuste horario. Podría parecerle raro que llamase a su puerta, cuando se supone que no nos veremos hasta el próximo turno de guardia.

Viola abre la puerta. Va descalza, vestida con un pijama y un cárdigan que parece haberse puesto a toda prisa.

—¡Kerstin! ¡Ven, entra!

Le tiendo el termo.

—He pensado que podrías necesitarlo.

Ella lo coge riendo.

—¡Gracias! Pero podía esperar...

Cuando me dispongo a responderle, ya se ha metido de nuevo en casa.

—¿Quieres un café?

Vacilo, le he dicho a mi madre que solo salía un momento, pero acabo por aceptar.

No sabía lo que me esperaba y me sobresalto al ver en qué se ha convertido el piso de la viuda Schmidt. Nada de muebles finamente labrados, colgaduras y bibelots diversos y variopintos. El piso, de confort espartano, está casi vacío. Las paredes están pintadas de blanco, ninguna cortina cubre las altas ventanas. Las alfombras sobre el parqué han sido en efecto sustituidas por pieles de animales... En la pared, encima del sofá, cuelgan un gran cuadro abstracto, sin marco, y varias fotos de mujeres desnudas que adoptan poses lascivas. El sofá, un sillón, un gramófono, dos bibliotecas y una mesita baja constituyen todo el mobiliario.

Estoy acostumbrada a la sala de estar estrecha y atestada de casa de mis padres; esta habitación no resulta en absoluto acogedora. Mis pasos resuenan cuando camino. Me acomodo en un extremo del sofá y, tras haber echado una ojeada circular, constato que lo único que aquí se encuentra en abundancia son los libros; libros que desbordan de las estanterías, amontonados por el suelo o en la mesita baja.

—¡Si supieras de todos los trastos que he tenido que deshacerme para poder hacer habitable este piso! —me grita Viola desde la cocina.

No puedo por menos de sentir cierta compasión por la pobre señora Schmidt. No sé qué responder: ¿que prefería el piso con su configuración anterior? No me atrevo; temo parecer chapada a la antigua, además de una aguafiestas. Viola asoma la cabeza en el salón.

—¿Lo quieres con leche y azúcar? Lo siento, nata no tengo.

Digo que sí a todo y me arrellano en el sofá a la espera de que regrese. Me vuelvo; no puedo evitar mirar de nuevo las fotos. Son demasiado buenas para tratarse de vulgares clichés pornográficos. No por eso resultan menos atrevidas.

El tintineo de la porcelana me avisa de que Viola regresa; doy media vuelta y siento que me arden las mejillas. Percibo un olor..., ¡es café de verdad! Viola deposita la bandeja. Cuando se sienta, la parte de arriba del pijama se entreabre ligeramente, revelando el nacimiento de los senos; me pongo colorada y aparto la vista, pero ella hace como si no hubiera pasado nada. Me tiende una taza. Aspiro el aroma del café y doy un sorbito.

—Hace tanto que no tomaba café de verdad...

Viola se acomoda a mi lado.

—Me lo permito de vez en cuando.

—Pero ¿cómo te las arreglas? Los cupones de racionamiento no bastan para...

Elude la cuestión con un gesto de la mano.

—No lo he comprado con cupones.

Sé lo que me está dando a entender: lo consigue en el mercado negro. Tal vez también haya sacado de allí su bonito pijama, diría que de seda. Me embarga cierta amargura. Digan lo que digan, algunas cosas resultan más fáciles cuando se tiene dinero.

—No me has hablado mucho de tu marido.

No me esperaba que abordase ese tema.

—Es cierto —digo brevemente, con la vista clavada en el café.

—Pero ¿por qué? No os habéis casado en secreto...

Finjo sacudirme la falda.

—Desde luego que no.

—Simplemente lo encuentro un poco raro. Las otras auxiliares hablan sin cesar de sus maridos. De sus próximos permisos, de las cartas que han recibido, dicen hasta qué punto los echan de menos o no... Pero tú, en lo que a Georg concierne, ¡chitón y punto en boca! Porque se llama Georg, ¿no?

Asiento evitando su mirada.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

No respondo de inmediato.

—En enero del cuarenta —digo finalmente.

—¿Qué? ¡Pero si hace más de tres años! ¿No ha tenido ningún permiso?

—No.

Viola se me acerca, percibo el aroma delicado de los polvos de talco en su piel. Me rodea los hombros con el brazo. No la aparto.

—Kerstin, ¿qué ha ocurrido? ¿Te ha abandonado?

Apenas la conozco, ignoro si puedo confiar en ella y hete aquí que se lo cuento todo. Bastaba con una pregunta inocente, cargada de compasión y dulzura. Hace ya años que arrastro el lastre de ese secreto...

—Está internado en una compañía de trabajo de Västerbotten.

—¡Mi pobre Kerstin!

Prorrumpo en sollozos. Mientras me estrecha entre sus brazos, se lo cuento todo: Cedrenius, lo que les ocurrió a Georg y a sus camaradas en Svartnäset, la primera compañía de trabajo en Storsien y las demás; la inocencia de Georg y el hecho de que ni él, ni yo, ni nadie sepamos cuánto tiempo más durará su cautividad.

—De manera que comprenderás que tenga la sensación de ser una viuda de guerra... Ya no está aquí, solo me llegan sus cartas, de vez en cuando. Lo peor es no poder hablar de ello con nadie. ¡Y avergonzarme de él!

—Lo comprendo —dice Viola acariciándome el cabello.

Me seco la nariz con la manga y suelto unos hipidos; debo de resultar patética. Cosa curiosa, Viola no parece violenta por mi rostro bañado en lágrimas y mi pelo revuelto. Encuentra un pañuelo, me lo tiende y, mientras me sueno y me arreglo el cabello, me mira con ternura.

—Pobrecilla...

La sonrisa que me esfuerzo en exhibir debe de tener más de rictus que de

sonrisa.

—Pobre Georg, querrás decir... Es él quien está encerrado.

—Pero a él no lo conozco. A ti sí, y es por ti por quien siento pena. Debe de resultarte insoportable.

Ante esas palabras, de nuevo estoy a punto de deshacerme en llanto. ¿Alguien siente pena por mí? ¡Menuda novedad! Mis padres no cesan de repetir hasta qué punto están preocupados por Georg, pero lo que es por mí...

Pasa un ángel. Viola mantiene el brazo en torno a mis hombros y su abrazo me reconforta, a tal punto que cuando acaba por retirarlo me embarga cierta desazón.

—Tengo algo que enseñarte —dice de repente.

Se dirige a la biblioteca y vuelve con una foto, que me tiende.

En ella se ve a una adolescente vestida con traje negro, blusa blanca y corbata. Es rubia. Tiene una expresión grave, casi triste. Necesito cierto tiempo para reconocerla.

—Tenía quince años —prosigue Viola—, fue durante mi primer curso en el internado. Ese era mi uniforme de colegiala.

Estudio la foto buscando el parecido. Los ojos gris claro... Viola la coge y vuelve a sentarse.

—Mientras todos mis compañeros se preparaban o bien para el diploma de primaria o para entrar en el instituto, en Lund, yo tuve que ir a Värmland, donde no conocía a nadie. Tenía nostalgia de casa, me sentía tremendamente desdichada. Me repetían que era muy afortunada al poder beneficiarme de semejante educación. Pero en realidad fue para castigarme, por lo que mi padre me envió allí.

—¿Castigarte? ¿Por qué razón?

—Bueno, dado que te has confiado a propósito de Georg, puedo decírtelo... El último curso en la escuela había empezado a vivir lo que mi padre veía

como una relación inconveniente con otra chica de mi clase. Lo hacíamos todo juntas. Llevábamos la ropa igual, lucíamos idéntico corte de pelo. Escuchábamos la misma música y leíamos los mismos libros. Teníamos una amistad muy... intensa. No demasiado ortodoxa, según mi padre. No nos interesaban los chicos de nuestra edad, los encontrábamos feos, groseros e inmaduros.

—Muchas adolescentes viven una relación así con sus mejores amigas. Creo que es muy habitual.

—Puede ser. Pero sin duda nosotras íbamos más allá que la mayoría. Cuando estábamos solas, poníamos un disco y nos entrenábamos en bailar el tango, el vals o el fox-trot. Estábamos perfectamente sincronizadas y habíamos adquirido la costumbre de agarrarnos. De tocarnos.

Hace una pausa, las mejillas me arden. La miro furtivamente, pero no me atrevo a abrir la boca. Contengo el aliento a la espera de la continuación. Viola está pálida y habla en voz baja, visiblemente emocionada.

—Cuando Beata proponía que nos ejercitásemos en besarnos, yo no veía nada de raro en ello. Me parecía a un tiempo natural e inocente. Y lo deseaba tanto como ella. Cuando nos veíamos, nos encerrábamos para intercambiar besos. Pasaban las semanas y nos íbamos animando, íbamos más allá. Nos decíamos que estaba bien que nos entrenásemos, para saber cómo hacerlo, en el futuro, con los hombres que se convertirían en nuestros maridos. Mi padre casi nunca estaba en casa, pero debió de sospechar algo. Nos encerrábamos con demasiada frecuencia, tal vez nos espiaba, qué sé yo. El caso es que un día abrió la puerta de mi habitación, que no me había preocupado de cerrar con llave, y nos encontró en la cama, semidesnudas. Envió ipso facto a Beata a su casa y me prohibió que volviera a verla, cosa bastante complicada, puesto que íbamos a la misma clase. Dio orden a nuestro viejo jardinero de que me acompañara todos los días a la escuela y cuidase de que no diera

ningún rodeo. Yo me moría de vergüenza. ¡Pronto cumpliría quince años y tenía un celador para mí solita! Echaba de menos a Beata. Empezamos a intercambiar notitas en clase, era la única manera de seguir en contacto.

—¿Y luego qué pasó?

—Todo eso sucedió al final del semestre de primavera. Normalmente habrían tenido que matricularme en el internado mucho antes, pero como mi padre tenía contactos en las altas esferas, me enviaron en otoño. Lo que yo deseara no contaba. Lo único que podía hacer era subir al tren y dirigirme allí. Mi madre no lo vio venir, estaba demasiado ocupada en jactarse de mi buena educación ante sus amigas. —Viola suelta una risa amarga—. Si mi padre llega a sospecharlo... En el internado, las relaciones como la que acababa de mantener con Beata eran legión, tanto entre las chicas como entre los chicos. Si lo piensas, es muy natural. Éramos adolescentes, teníamos nuestras pulsiones y vivíamos separadas la una de la otra. Fue allí donde conocí a Eleonor... Después se casó y tuvo hijos, pero en el internado éramos tan íntimas como con anterioridad Beata y yo. Puede que incluso más, pues éramos mayores y por eso mismo nuestra relación era más profunda. Por eso te he dicho que es demasiado tarde para contraer matrimonio.

—¿Demasiado tarde?

Lo que me describe resulta tan inesperado, tan extraño... No estoy segura de haberlo captado bien.

Viola me mira de hito en hito.

—Sí, demasiado tarde. Jamás querré tener una relación con un hombre. Mi padre lo sospechó mucho antes de que yo fuera consciente de ello. El internado no hizo sino confirmar mis inclinaciones naturales. Sencillamente, soy... una perversa.

Los días siguientes, lo que Viola me contó me vuelve con regularidad a la mente. Me siento turbada, impactada. Por supuesto que he oído hablar de hombres que prefieren a los hombres. Existen toda clase de apelativos para designarlos. Pero que haya mujeres que cometan el mismo crimen, eso es nuevo para mí. Amistad, sí, por supuesto. Reconozco haber albergado sentimientos hacia Judit que podrían parecerse al amor, sobre todo desde que Georg se fue. La relación con Beata y más tarde con Eleonor, ¿finalmente no serían otra cosa que la prolongación de ese género de amistad? Y en tal caso, ¿dónde se halla el límite entre lo que es normal y lo que no?

Nunca había conocido a una mujer como Viola. Sus confidencias me turban, pero al mismo tiempo despiertan algo en mí. Son pensamientos apenas formulados que ni siquiera yo comprendo. Siento al mismo tiempo temor e impaciencia ante nuestro próximo turno de guardia.

Georg me ha escrito, lo cual posee el don de minarme la moral, aunque cabe decir que su última carta denota cierto optimismo. Los alemanes se encuentran en dificultades, la noticia ha llegado a Stensele, cosa que reconforta a los camaradas prorrusos de Georg, los cuales confían en que el giro de los acontecimientos tenga repercusiones positivas para ellos.

Los alemanes empiezan a perder terreno, y quienes nos dirigen se verán

obligados a dar un giro de ciento ochenta grados. Ya no habrá motivo para que nos tengan encerrados. Deberán admitir por fin que los nazis son mucho peores que los comunistas.

Menciona igualmente a nuestro ministro de Defensa, Per Edvin Sköld, y afirma que piensa crear una comisión para estatuir sobre las compañías de trabajo. Yo no estaba al corriente; no leo mucho la prensa y, cuando es el caso, encuentro pocos artículos sobre la cuestión. Mucho me temo que Georg seguirá encarcelado hasta el final de la guerra. A pesar de todas las pruebas por las que ya ha pasado, en ocasiones hace gala de gran ingenuidad.

Me habla también de la primavera, que ha llegado por fin al norte de Suecia; el frío comienza a atenuarse. Consigo redactar una carta en la que describo mis nuevas funciones de centinela, y las noches agitadas con motivo de las recientes alertas. Menciono a Viola de pasada, le digo que se trata de una nueva amiga con la que hago los turnos de guardia, lo cual es cierto. Después, abordo los temas habituales: el tiempo que hace, el trabajo, la lucha por los cupones de racionamiento, las ganas de tener zapatos nuevos, mis sueños relacionados con el sol, con las naranjas...

«Y contigo», añadido.

A la noche siguiente me reúno con Viola en el desván, algo nerviosa. Ella ya ha llegado, y me saluda con cordialidad. Me ofrece té, pero, muy a mi pesar, no aborda el tema del otro día. Con lo cerca que nos sentíamos la una de la otra, y ahora hablamos con la cortesía de los extraños. No sé qué me esperaba, pero comprendo el mensaje y le sigo el juego. Tal vez tiene miedo de haber hablado demasiado, y demasiado pronto. Evita mi mirada y se limita a preguntarme si he recibido noticias de Georg.

Estamos sentadas en la oscuridad, oigo su voz tranquila y melodiosa

comentar cosas anodinas, y experimento de nuevo el deseo de acercarme a ella. Me siento muy confusa y la tensión que se instala entre nosotras resulta palpable. ¿Sentirá ella lo mismo? Es difícil decirlo. Parece serena y dueña de sí misma. La única vez que le vi bajar la guardia fue cuando habló del internado.

En el momento en que Viola se levanta para dar una vuelta por el desván, aprovecho para tratar de serenarme. Un día, la guerra terminará y Georg regresará. Las guardias de vigilancia en el desván con Viola ya no tendrán razón de ser, quién sabe si seguiremos viéndonos. Cierto, me fascina y me atrae, pero quizá, después de todo, solo se trate de curiosidad por mi parte. En circunstancias normales, ni siquiera nos habríamos conocido. Sin embargo, los años de guerra reúnen a las personas, sean ricas o pobres, de Escania o de Norrland...

Si Viola se reconciliara con su padre, podría recuperar en cualquier momento la existencia privilegiada a que estaba destinada, mientras que a mí me dejaría plantada. No suele evocar sus orígenes acomodados. Se ponen de manifiesto de una manera más sutil: sus pijamas y medias de seda, los magníficos guantes de piel de becerro, el café de verdad y los pendientes incrustados de diamantes. Y qué decir de los muebles, las obras de arte, los libros, así como del hecho de que hable con fluidez inglés y alemán; cosa que menciona de pasada, como si se tratase de algo obvio.

Recuerdo que Georg soñaba con aprender inglés, que intentó matricularse en clases nocturnas. No obstante, su candidatura fue rechazada porque había abandonado la escuela a los quince años, y por lo tanto carecía de nociones previas; al final trató de aprender alemán por sí solo. Yo me burlaba de su sed de conocimientos, cosa de la que ahora me arrepiento. Solo ansiaba aprender, escapar de la condición a la que lo condenaba su nacimiento.

Viola pasa cerca de mí, el faldón de su abrigo me roza la pierna. La miro,

me sonrío; sus dientes son de una blancura resplandeciente, lo cual atestigua un régimen alimentario sano desde la infancia. Todo lo contrario que el mío; una diferencia más...

—Creo que se me han enredado telarañas en el pelo, ¿puedes comprobarlo?

Acerca su silla a la mía, se sienta y me muestra su rubia cabellera. Tras sacudir el polvo del cuello del abrigo con disimulo, inspecciono su pelo, pero no descubro nada.

—Está demasiado oscuro...

Se levanta y menea la cabeza con un escalofrío.

—Esto está tan sucio... Apenas se puede ver a través de los cristales. ¿Desde cuándo no limpian, en tu opinión?

—Desde mil novecientos cuarenta. Ya sabes, cuando los mercadillos de particulares.

—Sí, lo recuerdo. Estaba en Estocolmo y eché una mano en Strandvägen... Claro, a lo largo de tres años el polvo ha tenido tiempo de acumularse.

—Creo que las mujeres de este edificio tenían otras cosas de que preocuparse —replico con sequedad.

Da la impresión de que no me oye.

—Es una noche tranquila. Un poco aburrida, ¿no? —dice, mientras sigue explorando su cabellera en busca de telarañas.

No contesto, me limito a verter las últimas gotas de té. Bebo un poco y le ofrezco la taza.

—Puede que tú te aburras, pero yo prefiero esto a las alertas.

—Ah, maldita telaraña —exclama irritada, mientras sacude la cabeza—. ¡Bajo enseguida a lavarme! A propósito, ¿tienes suficiente agua caliente en tu casa?

—Más o menos... Resulta cara.

—Lo peor es cuando no hay ni gota. De vez en cuando voy al hotel al salir del trabajo. Tienen agua caliente a voluntad. Puedo pasarme dos horas en la bañera.

Lo sé muy bien. Cuando el combustible escasea, las autoridades cortan el agua caliente de los edificios. Quienes disponen de medios alquilan una habitación de hotel, donde corre a raudales. Acto seguido llaman a sus amigos para que acudan con toalla y jabón, a fin de compartir gastos. No conozco a nadie de mi entorno que se lo pueda permitir.

—Tienes suerte —comento—. ¿A qué hotel vas?

—Al Hotel Angleterre. Ya sabes, en la plaza Mayor. Trabajo justo al lado.

No contesto. El Hotel Angleterre es el más caro de Malmö. Jamás he puesto los pies en él.

De repente, el rostro de Viola se ilumina.

—¿Por qué no vienes conmigo un día? Tengo derecho a recibir invitados en mi habitación, y no lo hago nunca. Me harías muy feliz.

Me ruborizo.

—No me parece apropiado.

—¿Por qué no?

Sí, por otra parte, ¿por qué no? No sabría responder a esa pregunta sin evocar las extrañas sensaciones que tanto me han confundido estos últimos tiempos. Me contento con decirle que lo pensaré.

Al final acepto. ¿Cómo resistir semejante ofrecimiento? Me convengo de que la cosa no tiene nada que ver con Viola. Por fin sabré cómo es el interior del hotel más lujoso de la ciudad y, por un breve instante, soñaré que vivo en él. ¡Cuando se lo cuente a Judit y a las demás de la Colonial!

Sin embargo, decido no decir nada a mis padres. La idea no les haría gracia, y no quiero brindarles la ocasión de convencerme de que no lo haga. Finjo que voy al cine al salir del trabajo.

—¿Qué vas a ver? —pregunta mi padre.

—Lo decidiremos al llegar.

—¡Que te diviertas! —dice, antes de preguntarme si tengo dinero para la entrada.

Rechazo su oferta, un poco avergonzada de mentirle.

Ese día, en la fábrica, me cuesta mucho concentrarme. Es viernes, mis colegas están de buen humor, trazan proyectos para el fin de semana. Cuando Judit me dice que va a ver a Krystof, que este ha pedido prestado un coche para ir de excursión al campo, me siento de nuevo celosa, pero dura muy poco. También yo estoy ocupada. Y nerviosa. La espera es larga y tengo tiempo de cambiar de opinión una o dos veces, hasta que la sirena de la fábrica anuncia el fin de la jornada laboral.

El vestíbulo del Hotel Angleterre es inmenso como una sala de baile; una fuente borbotante reina en el centro. Mis tacones se hunden en la mullida moqueta, y la araña del techo es la más grande que he visto en mi vida. Todo es elegancia y lujo; los perfumes suntuosos se mezclan con el humo de los puros, los ramos de flores se alzan en jarrones de porcelana china. Desde una pieza contigua, tal vez el comedor, me llegan unas notas de piano.

Tanta opulencia hace que me sienta mareada, lo cual se suma a mi gran nerviosismo. Con las piernas temblorosas, me dirijo a recepción, horrorizada ante la idea de que me interroguen sobre el motivo de mi presencia; pero, como es lógico, nadie me presta atención. El recepcionista está inclinado sobre un libro de gran formato, en el que sin duda anotan los nombres de los clientes del hotel. Cuando me acerco, alza la vista, sonrío y me mira de arriba abajo. Siento vergüenza de mis zapatos usados, mi viejo abrigo y mi cabello.

—Yo... vengo a ver a una amiga. Viola Ahrle.

El hombre se inclina sobre el registro.

—Señorita Ahrle. Sí, habitación treinta y dos. Tercera planta. El ascensor está allí.

Le doy las gracias, aliviada, y me dirijo con la mayor dignidad posible hacia el ascensor. Pido al botones que me suba a la tercera planta y le doy de propina una moneda de diez céntimos. No tengo la menor idea de si es demasiado o demasiado poco, y la verdad es que tampoco deseo saberlo.

Reina la tranquilidad en el pasillo, la mullida moqueta amortigua los sonidos. Tras dejar atrás numerosas puertas de pomos dorados, llego a la habitación 32, al fondo de todo. Paseo la vista a mi alrededor antes de llamar con los nudillos. No hay respuesta.

Dejo transcurrir un minuto y llamo de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¡Ya voy!

La puerta se abre. Viola va cubierta con un albornoz y lleva el pelo envuelto en una toalla. Tiene la cara sonrosada y reluciente.

—¿Hace mucho que esperas? Estaba en el baño, lo siento.

Me quedo en el umbral y paseo la vista en derredor. La habitación es en realidad una suite, y en el centro hay una antigua y alta cama con dosel, rodeada de telas sedosas que cuelgan pesadamente. En el suelo se extiende una ancha alfombra persa, y de una pared cuelga un espejo gigantesco de marco dorado. Me sobresalto cuando, al pasar por delante, veo mi reflejo. Me atuso el cabello instintivamente. El techo está adornado con paneles de madera oscura.

Viola parece de muy buen humor; me arrastra hacia el interior de la habitación y se lanza sobre la cama.

—No está mal, ¿eh? Por lo general, siempre reservo una habitación individual, pero hoy estaban todas ocupadas y no he tenido elección. Un poco anticuada, aunque no me quejo. Además, así hay más espacio, ¿no te parece?

—Sí —digo con voz vacilante.

Tanto lujo me pone nerviosa, pero me comporto como si estuviera acostumbrada. Atravieso la estancia para echar un vistazo por la ventana. La plaza, situada al pie, rebosa de coches y peatones que, desde aquí, permanecen absolutamente silenciosos. El viento dispersa las nubes sobre un fondo de cielo azul. Aún no ha anochecido.

—¡Desnúdate y ven a ver el cuarto de baño!

Es de mármol verde; la bañera, con pies en forma de garras de león, podría acoger a una familia entera. Grifos de oro, un lavabo inmenso, un frasco de perfume, pequeños charcos de agua por donde Viola ha pasado, una toalla mojada sobre el lavabo.

—Es tan grande como nuestra sala de estar —murmuro.

—¿Ah, sí? —dice Viola, indiferente—. Debo confesar que es una ocasión un tanto especial... Es la primera vez que recibo visitas en el hotel. Por cierto, ¿te apetece beber algo? Puedo pedir té. ¿Y unas tostadas, tal vez?

Hace calor en el baño, sudo un poco.

—No, gracias. Prefiero bañarme cuanto antes —digo al tiempo que me quito el abrigo.

Viola me ayuda.

—Te lo dejo fuera. De todos modos, creo que voy a pedir algo. Tengo un poco de hambre —anuncia sonriente, antes de salir del cuarto de baño caminando hacia atrás.

Asiento y cierro la puerta. Ardo en deseos de dejarme engullir por el agua del baño. Mientras la bañera se llena, me desnudo, dejo la ropa encima de un taburete y observo un instante mi reflejo en el espejo empañado; tengo la cara pálida, también el cuerpo, y mi mirada traiciona la inquietud, de manera que me apresuro a apartar la vista. De repente, demasiado tarde, caigo en la

cuenta de que he dejado en la habitación la mochila que contenía mi toalla. Me digo que Viola me la traerá y me decido a meterme en la bañera.

El agua asciende, clara, verde y acogedora. Introduzco un pie y luego el otro, cuestión de acostumbrarme al calor, antes de sumergirme por completo. La bañera es tan grande que puedo tenderme sin que mis pies toquen la pared.

El calor se extiende por mi cuerpo, siento que se me abren los poros, mis miembros se relajan. Por primera vez en todo el día me siento serena, casi feliz. Esto es vivir, me digo, mientras me hundo más profundamente en el agua, con la cabeza apoyada en el borde. Imágenes borrosas de Georg surgen para desdibujarse de inmediato. Solo existe mi cuerpo, me siento tan ligera y despreocupada como una pluma...

Hundo la cabeza en el agua y me divierto un instante haciendo burbujas, después me incorporo y me quedo así, por el simple placer de no hacer nada. El cabello se me pega a la cara, pero no me preocupa en absoluto la forma que adoptará una vez seco. Saco un pie del agua, mil gotas centelleantes se desprenden de mi pierna. Observo que tengo la piel cubierta de vello castaño claro. No me he afeitado las piernas en todo el invierno. Un tanto molesta, centro mi atención en los caprichosos reflejos que la luz dibuja sobre mi vientre y mis senos.

Encuentro un jabón con aroma a lilas todavía espumoso, utilizado hace poco. Lenta, metódicamente, me lavo de la cabeza a los pies. Por primera vez desde hace meses tengo la sensación de estar limpia. Durante demasiado tiempo he tenido que conformarme con asearme en el lavabo o ir a los baños públicos. Me gustaría tanto que alguien me enjabonara la espalda...

Cuando termino, el jabón se ha reducido al tamaño de una uña y el agua está cubierta de una espuma gris. Debería vaciar el agua sucia y enjuagarme con el grifo, pero me siento tan bien que no quiero salir. Cierro de nuevo los

ojos. Apenas oigo a Viola cuando llama con discreción a la puerta y después la abre sin esperar respuesta. Me vuelvo, sobresaltada, y me cubro los senos.

—Has olvidado esto —dice mientras entra, en apariencia nada molesta por mi desnudez.

Deja mi mochila en el suelo de baldosas y me mira. Nunca me había sentido tan desnuda. Me alegro de que el jabón haya vuelto opaca la superficie del agua.

—Veo que has aprovechado bien el baño —añade sentándose en el borde de la bañera.

No digo nada. Recorre con la mirada los contornos de mi cuerpo. Su rostro exhibe una expresión indescifrable. Reina el silencio, solo turbado por el agua que gotea del grifo. Estoy a punto de pedirle que abandone el cuarto, pero en lugar de eso, me estiro, cierro los ojos y abro un poco las piernas.

Viola mete una mano en el agua y la remueve un poco. Las ondas me producen el efecto de una descarga eléctrica, mi respiración se acelera un tanto. Ella se levanta con brusquedad.

—El agua ya no está caliente. Procura no coger frío —dice, antes de dirigirse hacia la puerta—. He pedido tostadas. Date prisa, te espero para comer.

Sale. Estoy de nuevo sola. Con la respiración entrecortada, como si hubiera subido diez peldaños corriendo. Tras recuperar el dominio de mí misma, vació la bañera y me enjuago con agua fría; experimento un vivo y repentino dolor entre las piernas, como si una herida acabara de reabrirse.

Ya no distingo mi rostro en el espejo empañado que hay encima del lavabo, lo cual me viene bien. ¿Por qué he permitido que Viola me mirara así? ¡Resulta vergonzoso, humillante! Me visto despacio. El calor me hace sudar de lo lindo, y he de luchar con los calcetines húmedos y los botones

resbaladizos de la blusa. Me hago un turbante con la toalla alrededor de la cabeza, me salpico la cara con agua fría y doy unos sorbos; me muero de sed.

Viola está sentada, hecha un ovillo, y lee el *Dagens Nyheter*. Apenas me mira cuando salgo del cuarto de baño. Sobre el taburete hay una bandeja: varias tostadas, dos tazas y té. Paso por delante de ella para dirigirme al espejo del pasillo, rebusco en mi mochila, saco un peine y me dispongo a desenredarme el pelo. Cuando levanto la vista, me encuentro con los ojos de Viola en el espejo; los aparta al instante.

—¿Quieres té?

—Desde luego que sí.

Después del baño y las intensas emociones que lo han acompañado, me doy cuenta de que tengo hambre. Viola deja el periódico y nos sirve té.

—Sienta bien el baño, ¿verdad?

El sol se está poniendo, el cielo ha virado al violeta, nos queda poco tiempo antes de correr las cortinas de cara al toque de queda. Acercó una butaca a la cama y me instalo frente a Viola, quien me tiende la taza de té y el apetitoso plato de tostadas: cuatro barritas de pan con jamón y queso.

Muerdo una y digo con la boca llena:

—¿Has de pagar con cupones?

—Por supuesto.

—En ese caso te daré algunos, así compartimos. ¿Cuánto has de pagar en total?

—No te preocupes por eso. Invito yo. Pero si te empeñas en darme unos cuantos, no me opondré.

—Solo faltaría —contesto, al tiempo que cojo una tostada.

Viola me sonrío.

—Parece que tenías hambre...

Sigue llevando el albornoz blanco y esponjoso, y no puedo evitar

preguntarme si va desnuda debajo. El rubio cabello le cae en ondas alrededor del rostro; al mirarle las piernas, descubro con gran sorpresa que lleva las uñas de los pies pintadas de un rojo escarlata. Nunca he visto laca de uñas en las manos de Viola, que suele llevar cortas. El intenso color contrasta con la blancura de la sábana, como gotas de sangre en la nieve. Su piel nacarada parece brillar desde el interior, y tiene las piernas perfectamente lisas.

De pronto vuelve el dolor, leve pero perceptible. No puedo apartar la vista de las piernas desnudas de Viola. No consigo acabarme el bocado. Dejo la tostada a medio comer y me levanto. Ella me interroga con la mirada, por lo visto no ha reparado en mi turbación.

—Se está haciendo tarde —digo—. Tendría que volver antes de que anochezca.

—Ah, qué pena. Esperaba que pudieras quedarte un poco más. La cama es lo bastante grande para las dos. Habrías podido dormir aquí y desayunar conmigo mañana.

No me atrevo a mirarla. Me inclino para ponerme los zapatos.

—No puedo, lo siento. Mis padres no saben dónde estoy... Se preocuparían.

Viola se deja caer contra las almohadas y señala el teléfono.

—Pues llámalos.

Me levanto y niego con la cabeza.

—En otra ocasión.

—Como quieras. De todas formas, yo me quedo.

Me visto a toda prisa, saco unos cuantos cupones del monedero y los dejo junto al teléfono. Se ha hecho un pesado silencio, me esfuerzo por sonreír.

—Adiós. Y gracias por el baño y las tostadas.

—Ha sido un placer.

—¿Nos vemos en el turno de guardia?

Ella tarda en contestar.

—Supongo que sí.

Busco algo que decir para distender el ambiente, para lograr que sonría, pero no encuentro nada.

—Será mejor que te marches ya, si no quieres volver demasiado tarde — dice por fin, al tiempo que recupera el periódico.

Su frialdad me hiere, de repente vacilo. ¿Debería quedarme?

Me quedo allí plantada, perdida, a la espera de una señal por su parte, una mirada, una palabra amable. En ese caso sí, le pediría perdón, lanzaría mi sombrero al otro lado de la habitación y correría a reunirme con ella en la cama. ¡Por supuesto que me quedo!

Pero Viola sigue leyendo el periódico. Es como si se hubiera olvidado de mí.

—Hasta pronto, pues —digo apenada.

No espero a que conteste; de hecho, no lo hace.

Las calles están casi desiertas. Los faros de los escasos coches o bicicletas con que me cruzo han sido ocultados con sumo cuidado. Al igual que todas las ventanas de los alrededores; nadie quiere correr el riesgo de recibir una multa por parte de protección civil, cuyas patrullas velan por que se respete el toque de queda. Caminar sola por las calles me da un poco de miedo, de manera que apresuro el paso.

La velada con Viola ha acabado mal, pero me digo que no es el fin del mundo. Dentro de unos días volveremos a vernos y tendremos ocasión de hablar de ello si es necesario. Me apetece hacerle un pequeño regalo, para darle las gracias por haberme permitido visitar el Hotel Angleterre por primera y quizás última vez. Algo sencillo, como un ramo de flores; un gesto

de reconciliación. Tengo mala conciencia, tal vez la he ofendido al marcharme con tanta rapidez.

Subo los escalones de cuatro en cuatro. Como de costumbre, mis padres están sentados a la mesa de la cocina; mi padre con el periódico, mi madre con un montón de calcetines para zurcir. Escuchan la radio, oigo la melodía de *Volgalied*. Levantan la vista hacia mí y mi padre deja el diario.

—¿Has vuelto a subir la escalera corriendo? Estás sin aliento.

—¡Estás roja como un tomate! —añade mi madre.

—Sí, me he dado prisa en volver. No me gusta andar por la calle sola cuando oscurece.

—¿Judit no te ha acompañado? —pregunta mi padre.

—Sí, sí..., pero solo parte del trayecto. Nos hemos separado en Bergsgatan.

Prefiero no sentarme con ellos. Se fijarían en mi pelo alborotado y me acribillarían a preguntas. Además, necesito estar sola para reflexionar sobre todo lo que ha ocurrido esta noche. Bostezo ostensiblemente.

—Creo que voy a acostarme. Estoy muy cansada.

—¿No quieres comer nada? —se sorprende mi madre, que conoce mi apetito—. Te hemos guardado algo.

—No, gracias. Judit ha traído tostadas —digo mientras me retiro, para eludir la mirada interrogante de mis padres.

—¿Y la película? —grita mi padre.

Me paro en seco en mitad del pasillo. Mierda, olvidé comprobar qué películas estaban en cartel.

—Pues... bastante aburrida —murmuro, mientras desaparezco a toda prisa en la sala de estar.

Varios días después subo al desván, provista de un termo con chocolate caliente y un ramo de lirios. Ardo en deseos de ver a Viola, y espero que le

gusten las flores. Suele llegar con retraso, de modo que me sorprende cuando, una vez en el desván, distingo una silueta que me saluda en la oscuridad. Me asombro todavía más al descubrir que no se trata de Viola, sino de la señora Larsson, sentada en una silla. Toda seguridad me abandona y me quedo plantada en mitad de la estancia, con el ramo en la mano.

—¿Viola no está?

—No. Le ha surgido un imprevisto. La señora Söderström ha tenido que modificar el plan, ha sido muy complicado. Me ha pedido que hiciera este turno. Me viene bien, así volveré un poco antes a casa.

—Pero... ¿qué le ha pasado, está enferma?

—No creo. Es algo relacionado con su trabajo, me parece.

Deslizo el ramo bajo el abrigo, con tal precipitación que los tallos se rompen. Me embarga una terrible decepción. Me gustaría volver sobre mis pasos, ir a llamar a la puerta de Viola, pero me siento a regañadientes en la silla que hay frente a la señora Larsson; una mujer menuda, robusta y mal proporcionada, inclinada sobre una labor de punto informe.

—Esto me relaja. Los trabajos manuales son muy agradables, debería probar.

—¿Qué está tejiendo?

—Todavía no lo sé. Tal vez una manta para la muñeca de mi hija pequeña... Tampoco me preocupa mucho saberlo. De todos modos, solo son jirones de un viejo cárdigan de mi marido, demasiado raído para tratar de arreglarlo, en los codos se le habían hecho unos agujeros grandes como puños.

No digo nada. La situación me resulta violenta.

—¿Ha dicho la señora Söderström cuándo volvería Viola? Solo estará ausente una noche, ¿verdad?

Las agujas de la señora Larsson tintinean en la oscuridad, como pequeñas

flechas plateadas; distingo sus reflejos de vez en cuando. Noto que la mujer me observa.

—¿Tanta prisa tiene por deshacerse de mí?

—¡No, en absoluto! Solo quiero saberlo.

—No puedo ayudarla. Ya que es tan importante, pregunte mañana a la señora Söderström. Ahora me gustaría que echase un vistazo al desván. He comprobado la calle hace ya rato, cuando he llegado.

Contrariada, obedezco. Es primavera, las sábanas ya no se congelan durante la noche, ondean al viento que se cuele por las ventanas rotas. Como de costumbre, no hay ninguna novedad en la calle, pero me demoro más de lo necesario. No tengo muchas ganas de volver al lado de la señora Larsson, no puedo evitar echarle la culpa de la ausencia de Viola.

La noche sin ella transcurre con infinita lentitud. La señora Larsson ha detectado mi mal humor y rápidamente renuncia a entablar conversación. Ambas guardamos silencio, contando los minutos. Cuando lleguen nuestras sustitutas, la señora Larsson habrá tejido varios decímetros de su fea y gris manta para la muñeca. No sé en qué ocupar mi tiempo, casi deseo que suene la alarma, pero esta noche Fredrik el Ronco no está de mi parte.

En el turno de guardia siguiente, Viola sigue sin aparecer. Lo único que la señora Söderström puede decirme es que al parecer han confiado nuevas funciones y otros horarios a nuestra vecina. Por consiguiente, ha pedido que la dispensaran de hacer el turno durante un tiempo.

—¿Lo deja? ¿Definitivamente?

—Me ha dado la impresión de que era algo temporal. Ha comentado vagamente algo acerca de un nuevo entrenamiento. Finalizado este, creo que se reincorporará a los turnos de guardia. Pero no tengo ni idea de cuándo exactamente. Lo cierto es que reorganizar el empleo del tiempo supone un verdadero calvario.

No deseo seguir escuchando sus jeremiadas. Le doy las gracias a toda prisa y corro sin abrigo al patio, subo la escalera que lleva al piso de Viola y llamo con los nudillos a la puerta. No hay respuesta.

El cuartel general de las auxiliares femeninas se encuentra en la plaza Mayor, pero ignoro si Viola presta servicio precisamente allí. Lo único que me ha dicho es que trabaja no lejos del Hotel Angleterre, y que sus horarios son bastante irregulares. Yo le he hablado bastante de la Colonial y de Judit, pero ella no me ha contado nada sobre sus colegas o la naturaleza de su trabajo.

Procuro no pensar más en ello. Me pongo paranoica, como todo el mundo, por culpa de esta guerra que se eterniza. Tiene que haber un buen motivo para su ausencia, y cuando volvamos a vernos le preguntaré dónde trabaja y cuáles son sus funciones exactas.

Transcurre una semana, Viola no ha vuelto a hacer su turno de guardia, y nunca está en casa cuando llamo a su puerta. La echo de menos, y el malentendido del Hotel Angleterre no hace sino agravar la situación. Nuestra amistad es reciente, frágil, y semejante desencuentro puede aniquilarla. Sin ella, sin nuestras breves charlas en el desván, ya no sé a qué aferrarme; me siento más sola que nunca.

De día las cosas resultan más fáciles, me mantengo ocupada en el trabajo, aunque Judit y yo nos veamos menos que antes. Se ha producido cierto distanciamiento entre nosotras desde que comprendió que yo no sentía el menor interés por su Krystof, ni por Polonia, y que este podía irse a freír espárragos.

Sin embargo, por la noche es harina de otro costal. Pienso una y otra vez

en mi último encuentro con Viola, y en los curiosos sentimientos que me embargan desde el episodio del hotel.

Es inmoral, condenable, pero ya no puedo negar que existe algo especial entre nosotras, algo que nunca había sentido por ninguna mujer. Cada vez que pienso en el Hotel Angleterre, el corazón se me embala, y vuelve el dolor entre mis piernas. Me siento avergonzada. Hasta ahora estaba demasiado obnubilada por mis problemas, demasiado preocupada por las desgracias de Georg para ceder a la tentación; sin embargo, hoy se me antoja que infidelidad y divorcio son moneda corriente.

En la Colonial son muchas las que han conocido a hombres en ausencia de sus maridos. Otras se han acostumbrado tan bien a su vida de solteras que ya no pueden soportar tener que obedecerlos y han solicitado el divorcio. No obstante, también ellos se revelan a menudo infieles: conocen a una mujer de la zona durante un baile y esconden en el bolsillo la alianza matrimonial o de compromiso, ¡como le ha ocurrido a Judit!

En lo que a mí respecta, eso todavía no me ha pasado por la cabeza. Tampoco es que frecuente a muchos hombres, la verdad. La mayoría de los que cuentan entre veinte y cuarenta años se fueron hace mucho tiempo, y en la Colonial solo trabajan mujeres, salvo el director, por supuesto, que lleva perilla y tendrá más de sesenta años.

Tampoco he echado de menos lo que suelen llamar pasión. Tales sentimientos no tardaron en verse acallados cuando empezaron los problemas de Georg en Svartnäset. La ausencia fue rápidamente sustituida por la angustia, y después por la desesperación, que sofoca el deseo con la misma eficacia que el alejamiento total. ¿La pasión? Mejor dadme una tostada y *spickekorv*, una blusa a cuyo cuello no necesite darle la vuelta, un café de verdad, media hora más para holgazanear en la cama por las mañanas...

Me cuesta admitir mis sentimientos. Me rebelo contra ellos y tengo miedo.

Es como si una pequeña llama se hubiera encendido en mi interior. Un leve resplandor, el primero en años.

Viola no reaparece hasta dos semanas más tarde. Una noche, mis padres, Börje y yo estamos sentados en torno a la mesa del comedor, ante unas anchoas gratinadas y una sopa de manzana, cuando llaman a la puerta. Mi madre envía a Börje a abrir. Guardamos silencio; es raro recibir visitas a estas horas.

Reconozco de inmediato la voz de Viola y salto de la silla, ruborizada, sin perder tiempo en terminarme el bocado. Ante la mirada estupefacta de mis padres, me atuso el pelo, me arreglo la ropa de trabajo y me precipito hacia el recibidor. Intento empujar a un lado a Börje, que no se mueve ni un centímetro, acodado en el marco de la puerta, seguro de sí.

—Es para mí —digo—. Ya puedes irte.

No quiero que se apodere de mi amiga antes de que tenga tiempo de reencontrarme con ella. Levanta las manos y hace una mueca.

—Está bien, hermanita, os dejo. ¡Hasta la próxima! —dice, al tiempo que lanza una mirada seductora a Viola.

—Lo mismo digo —murmura Viola mirándome.

—Has... Has vuelto...

Va de uniforme, está impresionante. Con sus rizos rubios, los ojos gris claro, la generosa boca sin carmín, la estrecha cintura y las largas piernas, posee un encanto arrebatador. La gente debe de volverse sin cesar al verla

pasar, no me cabe la menor duda. Börje me ha parecido bastante impresionado...

Viola ríe por lo bajo.

—Sí, he vuelto. En realidad, siempre he estado ahí, pero solo varias noches a la semana, para dormir. ¡Al final me han puesto de telegrafista! Todo fue muy rápido: una auxiliar se puso enferma y me pidieron que la sustituyera... Saben que domino el alemán y que ya he seguido la formación por correspondencia. Los primeros días trabajé con una colega para aprender los rudimentos, pero la semana pasada gocé de mayor autonomía. Resulta apasionante, aunque muy exigente. Cuando estás de guardia, por la noche, solo duermes en franjas de dos horas.

—Por eso no te he visto en el desván...

—Exacto. Me habría gustado avisarte, pero, como te decía, todo sucedió muy deprisa y no podía rechazar esta promoción. Me apetecía tanto conseguir un puesto así, Kerstin... Tengo la sensación de estar haciendo algo importante.

Intento sonreír y ocultarle hasta qué punto me siento herida. Durante dos semanas he imaginado lo peor: que un tranvía la había atropellado, que había tenido apendicitis y estaba hospitalizada, que había regresado a Estocolmo..., y su única excusa, pragmática, es no haber pensado en enviarme un mensaje.

—Te felicito.

Le tiendo la mano. No lleva guantes y, cuando sujeta la mía, el contacto con su piel desnuda y tibia me fulmina. Me apresuro a liberarme.

La voz de mi madre llega desde la cocina.

—¿Quién es, Kerstin?

Sin contestar, pregunto a Viola:

—¿Quieres cenar con nosotros? No tenemos gran cosa, pero...

—No, gracias. Siento haberos molestado en plena cena. Además, no puedo

quedarme, solo quería saludarte y saber si estabas de guardia esta noche.

Pese a mi decepción, brilla una lucecilla de esperanza.

—Sí. Con la señora Larsson...

—No, conmigo. Ya he avisado a la señora Söderström. ¿Nos vemos a medianoche, pues?

—Llevaré achicoria —digo, incapaz de disimular mi alegría.

Tal vez habría debido moderar mi entusiasmo, hacerme un poco de rogar, pero no soy tan calculadora. De haber sido un perro, habría meneado la cola. Cierro la puerta, el corazón me brinca en el pecho. Viola ha vuelto y no parece estar resentida conmigo por lo que pasó en el Hotel Angleterre. Volveremos a vernos dentro de pocas horas. En adelante haré lo posible por no poner en peligro nuestra amistad.

Al contrario que yo, Viola se interesa por lo que ocurre en el mundo. Lee el periódico para mantenerse informada sobre los acontecimientos en Europa, Túnez y el Pacífico. Sin duda, a causa de su profesión. Me habla de las fosas comunes que los soviéticos han dejado atrás en Polonia, de la de Katyn en especial, que la Wehrmacht acaba de descubrir. Me cuenta, asimismo, que los judíos de Varsovia siguen luchando contra los alemanes, que han enviado refuerzos para aplastar la resistencia.

Por primera vez, siento una pizca de compasión por Krystof. Debe de ser doloroso asistir impotente a los desgarros del propio país. Han matado a muchos oficiales; si se hubiera quedado allí, sin duda habría sufrido la misma suerte. Hasta ahora me esforzaba por mantener a distancia las desgracias de la gente que me es ajena. Pero lo que sucede en Polonia afecta a Krystof, a Judit y, de rebote, a mí; me doy cuenta de que sigue importándome todo lo que concierne a mi amiga.

No sé gran cosa sobre las ocupaciones de Viola. Cuando le formulo

preguntas, se limita a sonreír y me dice que sus actividades, de momento, son confidenciales, que no puede revelar ni su naturaleza, ni la ubicación de su puesto de trabajo.

—Está en el centro de la ciudad. Bajo tierra —dice.

Debo contentarme con esa explicación, por más que mi curiosidad no haga sino aumentar.

Tengo mi propia teoría sobre las actividades de Viola. Habla con fluidez el alemán, de lo cual deduzco que traduce las comunicaciones alemanas al sueco. A causa de su desajuste horario, ya no puede acompañarme en el desván con tanta frecuencia, pero da igual, ahora sé que volveré a verla. Me esfuerzo por ser cortés con la señora Larsson; me gustaría atenuar la mala impresión que le causé la primera vez.

Las horas que paso con Viola se han convertido en la única luz en mi monótona vida cotidiana. Este mes he recibido carta de Georg, acompañada de un broche en forma de narciso, y como siempre, su carta provoca en mí una mezcla de mala conciencia, nostalgia y frustración. Me dice que casi han terminado la obra de Stensele. En los alrededores del campamento hay un río al que va a pescar cuando tiene tiempo libre; acaba de capturar su primer salmón. En su opinión, la naturaleza en el norte de Suecia es más bonita que en Escania, lo cual, más que cualquier otra cosa, demuestra que ya no es el mismo de antes. Sin embargo, no consigue que me olvide de Viola.

Me esfuerzo por disimular la tensión y los deseos inconfesables que me acosan desde lo del Hotel Angleterre, pero cada vez que oigo su voz, vibro como una adolescente enamorada.

Da la impresión de que Viola no se ha dado cuenta. Estoy convencida, tal vez porque soy una mujer casada, de que solo ve en mí a una amiga. De vez en cuando me pregunta si he recibido noticias de Georg; se diría que a sus

ojos encarno a la buena mujercita de soldado, desconsolada, que únicamente espera el regreso de su marido.

Podría alimentar *ad vitam aeternam* las fantasías prohibidas que Viola despierta en mí. No tengo la intención de pasar al acto; verla con regularidad, estar cerca de ella, me basta con holgura. Sufrí durante sus dos semanas de ausencia, pero en el momento actual me siento mucho mejor.

Una noche, me anuncia:

—El viernes es mi cumpleaños. ¿Quieres celebrarlo conmigo? Te invito a cenar en el Hipódromo. Un poco tarde por culpa de mi trabajo, pero ¿qué me dices?

El Hipódromo es un antiguo circo reconvertido en teatro: una verdadera institución. Lo he visitado una o dos veces. Su restaurante, lujoso, no está al alcance de mis posibilidades, y conviene ir vestida con elegancia.

Acepto la invitación con el pulso acelerado. Durante los días siguientes solo pienso en eso. Hace mucho que no me visto para salir, que no me maquillo ni me preocupo de mi cabello. Mi madre no puede evitar estropearme el placer: según ella, el Hipódromo se ha convertido en un lugar dudoso desde la guerra.

—¿Y si suena la alarma cuando estás allí? Con todos esos soldados extranjeros en la ciudad, no es prudente que una chica joven vaya por la calle cuando cae la noche.

—Si suena la alarma, me esconderé en un refugio antiaéreo —digo indiferente, mientras me pruebo el vestido verde ante el espejo del pasillo.

No sé cómo vestirme. Me gustaría sorprender a Viola con algo nuevo, pero no tardo en darme cuenta de que poseo muy poca ropa adecuada. El vestido verde o, tal vez, la falda plisada gris con una blusa azul. Desecho el vestido. Está muy gastado y se forman feos pliegues en la ingle. La falda gris tiene

mal aspecto a fuerza de lavadas, y descubro horrorizada que está agujereada por detrás. Podría remendarla, pero no tengo tiempo; todavía he de maquillarme y peinarme.

Una maleta me hace las veces de ropero desde que me instalé en casa de mis padres. Al fondo se encuentra mi traje de novia, de raso azul adornado con motivos florales; lo saco y lo examino. Está un poco arrugado, pero es un bonito vestido de antes de la guerra, de buena calidad. Sin vacilar ni un momento más, me quito el vestido floreado que llevo en la fábrica y me pongo el de raso. Sigue viniéndome bien. Para terminar, elijo un sobrio collar de perlas y unos zapatos negros corrientes, embetunados para la ocasión.

Cuando me estoy poniendo las ligas, mi madre irrumpe en la sala.

—¿Vas a ponerte eso?

Fingiendo despreocupación, me reajusto el vestido y, una vez acomodada en el sofá, saco un espejo de bolsillo y, para su disgusto, me pinto los labios.

—¿El vestido? Ah, sí... Al Hipódromo uno no va de cualquier manera.

—Pero... ¡es tu traje de novia! ¿Qué diría Georg?

Me empolvo la nariz y la frente, y entonces me doy cuenta de que he olvidado depilarme las cejas. Miro a mi madre de reojo.

—Como sin duda habrás observado, Georg no está aquí. Desde hace tres años. No voy a esperar a estar gorda, vieja y demás para ponerme de nuevo este vestido. Por una vez que me invitan a salir, no me apetece parecer una mendiga.

Mi madre suspira. De nuevo me examino en el espejo. Me lavé el pelo ayer, y me cae en ondas alrededor del rostro.

Ella vuelve a la carga.

—Dicho sea de paso, una mujer casada no sale así como así de noche.

Sin hacerle caso, me dirijo al recibidor para calzarme.

—He de irme. No volveré muy tarde, te lo prometo.

—¡Eso espero!

Cierro de un portazo.

La noche empieza a caer cuando atravieso el puente del Amiral y tomo, a la izquierda, el paseo sur. Sopla una brisa suave, primaveral. Me siento ligera y estoy impaciente por cenar. La palabra que ha utilizado Viola, tomar el *supé*, tiene resonancias exóticas y refinadas; si supiera hasta qué punto me siento excitada, nerviosa y, por encima de todo, feliz... Esta noche no quiero pensar, ni siquiera un segundo, en Georg.

Una vez en Kalendergatan, cruzo la gran puerta, insólita, en forma de herradura. En el patio interior, algunos hombres que visten traje negro fuman; sin duda son espectadores del teatro, que han aprovechado el intermedio para ausentarse. En el Hipódromo pueden verse operetas, comedias y revistas; espectáculos ligeros muy de mi gusto, a los que por desgracia no tengo ocasión de asistir desde el inicio de la guerra. La puerta del vestíbulo está abierta, en el bar se apretuja gente vestida de fiesta. Hay mucho ruido.

Una mujer de pelo castaño y vestido verde lanza una carcajada estridente que me taladra los oídos; cuando paso por su lado, está a punto de quemarme con la boquilla.

La sala del restaurante es inmensa, con capacidad para unas trescientas personas. Pesados cortinajes ocultan las altas ventanas; las columnas se elevan hasta el techo. La sala solo está llena a medias, pero el ambiente se halla saturado de humo y vapores de cocina; el nivel sonoro es apenas algo inferior al del vestíbulo. Distingo a Viola a través de las volutas de humo, sentada en una mesa preparada para dos. Al verme, se levanta, viene a mi encuentro y, para mi gran sorpresa, me da un beso furtivo en la mejilla.

—¿Hace mucho que esperas? —balbuceo, para disimular mi emoción.

—En absoluto —dice al tiempo que me toma de la mano y me guía hacia

la mesa—. Ya he pedido, espero que no te moleste. Tengo un hambre de lobo...

—En absoluto —la tranquilizo, antes de sentarme y consultar la carta de borde dorado—. ¿Qué has pedido?

—*Smörrebröd*. Creo que sirven tres: con cangrejo de río, con paté y con queso.

—Suenan muy bien, tomaré lo mismo.

Viola hace una seña al camarero.

—¿Quieres una cerveza? —pregunta, al tiempo que me señala su vaso.

Solo vacilo un instante, pero acepto. El camarero toma nota y desaparece.

Hace calor en la sala. Fascinada, observo el decorado y a los clientes de semblante alegre. Me quito el abrigo y lo cuelgo en el respaldo de la silla.

—¡Menudo lugar! —digo intimidada.

—¡Estás guapísima! —exclama Viola contemplando mi vestido.

—Gracias —murmuro, y me ruborizo levemente.

No le digo que es mi traje de novia, prefiero que crea que tengo varios como ese y así no parecer tan pobre a sus ojos. Viola lleva su ropa de trabajo y zapatos de hombre. Aun así, resulta elegante; lo es por naturaleza y, finalmente, tal vez el estilo sea más una cuestión de confianza en uno mismo que de indumentaria.

Busco las palabras, pero se quedan en el fondo de mi garganta. Todo aquello, sumado al hecho de encontrarme sola aquí con Viola, es casi demasiado bonito para creerlo. Hurgo en mi bolso, saco un pequeño paquete y se lo tiendo.

—¡Feliz cumpleaños!

—¡Oh, gracias, no tenías por qué hacerlo! Aunque lo cierto es que me encantan los regalos —se maravilla Viola.

Rasga sin contemplaciones el envoltorio de papel de seda en el que tanto

esmero he puesto unas horas atrás.

Contiene un librito de cubierta jaspeada, los *Cien poemas* de Hjalmar Gullberg. Mi padre lo ha conseguido a un precio interesante gracias a su trabajo.

—Gullberg... ¡Pero si yo lo conocí! Mi padre lo invitó varias veces a casa cuando aún vivía en Lund. Es un hombre muy simpático —comenta Viola, mientras hojea las finas páginas del volumen.

—Sí, y como es de aquí, se me ocurrió que era una buena idea —digo entusiasta—. Y, además, lo admiro. ¿Sabías que, apenas transcurridas unas horas de la entrada de los alemanes en Dinamarca y Noruega, eligió, como *Poema del día*, «Lo eterno» de Tegnér?

Leo bastante poco, pero me gusta mucho Hjalmar Gullberg, sobre todo desde que Judit me prestó su obra, bastante explícita, *El amor en el siglo xx*.

—¿La emisión de radio? Sí, comprendo por qué Gullberg lo eligió —dice Viola.

Acto seguido cita de memoria la primera estrofa:

*Hábil, el poderoso moldea el mundo a golpes de espada.
Su aliento surca el aire como un águila.
Pero la espada siempre acaba por romperse
y las águilas por morder el polvo.
Lo que nace de la violencia es efímero.
Se extingue como cesa el viento del desierto.*

—Menuda memoria —la felicito.

Aunque la mayoría de los suecos conocen esos versos, tantas veces difundidos por la radio desde el inicio de la guerra, gracias a la voz cálida de Viola el poema parece más bello que nunca. Rechaza mi cumplido con un gesto.

—Me lo sé de memoria desde el internado. Gracias por este bonito regalo.

Ardo en deseos de leerlo.

Llegan nuestros platos y los disfrutamos. Viola pide una segunda cerveza y, poco a poco, mi angustia se disipa. El Hipódromo, o el Hipp, como dice ella, me parece más acogedor a cada momento. Ya no sé por qué estaba tan inquieta. ¿Qué hay más natural que celebrar el cumpleaños de una amiga en un lugar simpático como este? ¿Y por qué no me había gustado la cerveza hasta ahora?

La conversación es fluida. Hablamos de los vecinos, en especial de una joven de nuestro edificio que ha recibido «visitas» en su piso mientras su marido estaba movilizado. Si bien la señora Söderström finge estar escandalizada, en realidad se siente excitada por la situación, lo cual provoca nuestra hilaridad.

Viola habla de los jóvenes judíos daneses que van a bailar el *jitterbug* al parque del Pueblo. Por lo general acuden de punta en blanco y han traído consigo, por mar, los últimos éxitos estadounidenses; un soplo de aire fresco procedente del continente.

—Los zapatos de las chicas llevan suela de corcho —dice Viola—. No sé cómo se las arreglan para bailar con ellos, pero me encantaría tener un par.

Intento mirarle los pies, pero la mesa me lo impide.

—¡Seguro que te quedan bien!

Hemos acabado de cenar, me retrepo en la silla. Tengo calor y siento una especie de agradable mareo. El ambiente es delicioso, aquí resulta fácil olvidar la guerra y sus tormentos. Brindamos, Viola me mira y sonrío, radiante. Tomo conciencia de que he pasado demasiado tiempo aburriéndome en casa de mis padres.

Viola tiene el cabello alborotado y las mejillas escarlata. Al hablar de lo que sea, se anima y gesticula. De repente, me echo a reír. Me mira, sorprendida al principio, y finalmente también ella se echa a reír. Sin duda

estamos un poco achispadas. Esta noche, por fin, todo resulta ligero. Olvido mi promesa de volver pronto. Lo único que importa es que la cerveza siga fluyendo a raudales, la noche se prolongue y Viola siga ahí, tan cerca.

Ya es tarde cuando salimos del local; el camarero bosteza con ostentación mientras recoge los vasos y los platos de las mesas vecinas. Comprendemos el mensaje, consulto la hora y compruebo con terror que es casi medianoche. Me pongo el abrigo y me levanto, vacilante. Viola saca dinero de su bolso.

—Con esto debería bastar —farfulla.

Lanza un billete de cincuenta coronas sobre el mantel, sin duda demasiado.

Curiosamente, eso también me hace reír. Esta noche es imposible tomarse nada en serio.

El camarero se espabila al ver el dinero, nos hace una reverencia y nos desea un feliz regreso. Cierra la puerta a nuestra espalda; somos las últimas clientas. De pronto nos sumimos en la oscuridad más absoluta. El jubiloso público del teatro se ha evaporado. El frío resulta vivificante, respiro hondo hasta que la embriaguez empieza a atenuarse. Viola me agarra del brazo y nos encaminamos hacia el sur. Tropieza con un adoquín y se muere de risa.

—Sin ti no encontraría el camino.

—Ah, ¿y crees que yo sí?

—¿Estamos seguras de que sabremos llegar a casa?

Nos acomete un incontrolable ataque de risa.

Apenas llegar a Stora Nygatan, un sonido lejano y familiar me hace detenerme en seco. Fredrik el Ronco. En la calle, la sirena resulta todavía más estridente. Viola se tapa los oídos con las manos, me lanza una mirada aterrorizada y vuelve a troncharse de risa. No obstante, esta vez no me río.

Arrastro a Viola, que se resiste. No cabe duda de que está más ebria que yo, y no parece tener conciencia de la gravedad de la situación. Nos queda

todavía un cuarto de hora de trayecto y, a juzgar por el ruido, los aviones ya están sobrevolando la ciudad. Cuando veo los haces de los focos taladrar la oscuridad del cielo, sé que la DCA va a empezar a disparar; es inminente.

—Date prisa —digo, al tiempo que arrastro a Viola hacia el puente del Amiral y los refugios antiaéreos.

Rememoro las palabras de mi madre. Ahora me siento mucho menos segura de mí misma.

—¡No tendremos tiempo de llegar!

Da la impresión de que por fin ha recuperado el dominio de sí misma. Cogidas de la mano, recorremos como podemos los cincuenta metros que nos separan del refugio más cercano. Llegamos justo en el momento en que los aviones desgarran las nubes por encima de nuestras cabezas.

A través del estruendo me llega un ruido entrecortado, repetitivo, y de inmediato una lluvia de cascos de metralla cae sobre nosotras. Me introduzco en el refugio en forma de cilindro. Viola me sigue, tropieza y, tras perder el equilibrio, cae y lanza un grito. Avanzo hacia el fondo y me acucillo, sin poder disimular mi preocupación.

—¿Va todo bien?

Viola se sujeta la rodilla con una mueca de dolor.

—Sí... Todo bien.

Le agarro la mano.

—Nos ha ido de un pelo...

Viola no dice nada. Es presa de temblores.

Estoy acucillada sobre un charco de agua, no aguantaré mucho más en esta postura. Finalmente, me dejo resbalar hasta el suelo. El agua fría y estancada empapa la ligera tela de mi traje de novia. Me siento triste, agitada, y de repente me da por pensar en Georg. ¡Extraño colofón de una velada tan encantadora! Imagino ya la cara de mi madre cuando me vea con el vestido

sucio. A estas horas debe de estar en la cocina con mi padre, muerta de preocupación...

Viola se saca un periódico del bolso, lo rasga y me tiende una de las dos mitades para que me siente encima.

—Pronto habrá acabado todo —dice, y me rodea los hombros con el brazo.

Agradecida, me inclino hacia ella con la mayor naturalidad. Su cabello me acaricia la mejilla.

—Por lo general no dura más de diez minutos —corroboro.

Sin duda Viola lo sabe tan bien como yo. Siento el calor de su cuerpo a través de su abrigo. Su aroma flota en el aire fresco de la noche, una mezcla de flores, cigarrillos y cerveza. Tiene los dedos tibios y firmes, dejo que se entrelacen con los míos, que están helados.

—Me alegro de estar aquí contigo —me oigo decir.

Viola no dice nada, se limita a mirarme. En medio del estrépito, se inclina hacia mí y su boca encuentra la mía en la negrura. Experimento un movimiento de retroceso. No lo deseo. ¡Sí, lo deseo! Tomo el rostro de Viola entre mis manos y la beso a mi vez.

No me cuesta nada acostumbrarme. Su piel es más suave que la de Georg, pero la sensación es la misma. ¿Por qué pienso en él, cuando es a Viola a quien estoy abrazando? Con el fin de alejarlo de mi mente, la estrecho con más fuerza y aprieto de nuevo mis labios contra los suyos, dejo que mi lengua se enrosque alrededor de la suya. Su boca no solo tiene el sabor acre de la cerveza, sino también otro, dulce, peculiar de ella.

No sé cuánto rato permanecemos así. El estruendo ha ido remitiendo poco a poco. En las brumas de mi conciencia, oigo que la DCA dispara una última ráfaga hacia el cielo y, minutos más tarde, la señal que anuncia el fin de la alerta aérea. Viola se libera de mi abrazo y me mira un momento. Respira ruidosamente, con la boca entreabierta.

—Kerstin, ¿estás segura? ¿Estás segura de desear esto?

Segura... Ansiaba que llegara este momento, pero existe una gran diferencia entre la relación soñada y pasar al acto. Con todo, no quiero, al hacerla partícipe de mis dudas, correr el riesgo de rechazarla.

—Estoy segura.

Volvemos a besarnos, hasta que el frío y la humedad resultan insoportables. Viola se aparta entre risas.

—¡Qué bien eliges los sitios, Kerstin! ¡Nunca había visto un cuchitril más romántico!

Sonrío y me levanto no sin dificultad. Tengo nalgas y piernas empapadas y heladas. La señal que anunciaba el fin de la alarma ha dejado de sonar hace bastante rato. Asomo la cabeza al exterior.

—Creo que ya podemos salir.

En el camino de regreso, apenas hablamos. Caminamos cogidas del brazo por las calles oscuras. No nos cruzamos con nadie, es como si estuviéramos solas en una ciudad fantasma. Resulta un tanto lúgubre, pero al mismo tiempo muy agradable; puedo estrechar a Viola entre mis brazos sin peligro de llamar la atención. De vez en cuando nos paramos para besarnos.

En el vestíbulo del edificio, se vuelve hacia mí. Retengo el aliento. ¿Y si me propone ir a su casa? Besarse es una cosa, pero de momento no estoy preparada para ir más allá. Me gustaría decir algo, farfullar alguna excusa, cuando de pronto interrumpe el hilo de mis pensamientos con un estrecho abrazo. Después se aleja.

—Buenas noches —susurra.

—Buenas noches —digo en voz baja, antes de atravesar el patio con una mezcla de alivio y frustración.

Al día siguiente, la borrachera ha dado paso a la duda y el miedo. Cuando

mi madre llama a mi puerta, a las seis de la mañana, despierto sobresaltada con la sensación de que acaba de producirse un acontecimiento terrible. Tan sombríos pensamientos se disipan cuando rememoro la velada en el Hipódromo; me invade una dulce excitación en el preciso momento en que mi madre asoma la cabeza. Me ruborizo. En la silla que hay junto al sofá yace mi vestido, cubierto de barro. Mis calcetines y mi ropa interior están tirados por el suelo, junto con mis zapatos. Me duele la cabeza, siento la lengua seca y pesada.

—Solo quería asegurarme de que habías llegado sana y salva —dice mi madre, al tiempo que olfatea el aire.

Me hundo en el sofá hasta desaparecer casi por completo bajo la manta.

—¿Has bebido?

—Por supuesto que no. Pero ¿por qué me despiertas tan temprano? ¡Podrías haberme dejado dormir! —protesto, y me vuelvo hacia la pared con el fin de rehuir su mirada.

Avanza unos pasos.

—¿Qué querías que hiciera? No llegas, suena la alerta, tu abrigo no está en la entrada... Estábamos preocupados por ti, Kerstin. ¿Dónde estabas?

—¡En el Hipp, como te dije!

—Pero también me dijiste que volverías pronto...

Ve mi vestido sobre la silla.

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente. Resbalé. ¿Es que no puedes dejarme en paz? —suplico, y me tapo la cara.

Está a punto de salir, cuando de pronto se detiene. El tictac del reloj de péndulo dorado resuena en el silencio; me vuelvo y miro a mi madre, inmóvil.

—Es sábado —dice, con ese tono hiriente tan suyo—. De todos modos, has

de levantarte dentro de media hora.

Sale y cierra la puerta.

En la fábrica me paso el día soñadora y distraída. Me cuesta concentrarme debido al cansancio y se me cierran los ojos. Estoy rodeada de colegas dinámicas, en plena forma, que manipulan los embalajes con destreza, mientras que yo voy retrasada, me muestro más torpe que nunca. El olor de la achicoria me repugna. Me consume más la inquietud que la resaca; al fin y al cabo, no estaba tan bebida, solo lo justo para dejarme llevar.

Judit, que se ha fijado en mi estado, viene a verme durante la pausa y me pregunta si va todo bien. Es la primera vez en mucho tiempo que me dedica algo de atención, pero está claro que no puedo contarle lo que me pasa.

—Un pequeño resfriado, nada grave —digo, y me sorbo los mocos de manera ostensible.

—Pobrecita mía...

Se saca un pañuelo del bolsillo.

—Puedes quedártelo. Y esta noche acuéstate pronto.

—Eso está hecho.

Me esfuerzo por sonreír. Evito mencionar que esta noche me toca turno de guardia con Viola. Pienso en la velada con sentimientos encontrados. La sensación de una catástrofe inminente atenúa la euforia, mientras que el miedo y la culpa luchan por imponerse. Mi infidelidad no es lo que más me atormenta. Por Dios, hace años que Georg se fue, y ni él ni yo sabemos cuándo volverá. Al fin y al cabo, ¿tan raro es que busque consuelo en otra persona, tras largos años de soledad?

No, lo que me angustia es haber violado un tabú. Y alegrarme de que Viola y yo compartamos los mismos sentimientos. ¿Qué pensarían Judit, las demás compañeras, mis padres, Börje?

Esa misma noche subo al desván en estado de gran agitación. Me sorprendo deseando que Viola no se muestre demasiado lanzada; así podría comunicarle mis dudas, culpar al alcohol del incidente. Podríamos reírnos y olvidarlo, prometernos seguir siendo amigas... Por otra parte, he pensado en ella todo el día y me siento impaciente por estar de nuevo a su lado.

Sin que sirva de precedente, Viola ya ha llegado. Apenas abro la puerta, se levanta y viene a mi encuentro. Me quedo plantada en medio de la estancia, toma mis manos entre las suyas y el mero contacto de su piel me libera de toda reserva.

Me da un delicado beso en la mejilla y me guía hacia las sillas. Nos sentamos. Me dirige una mirada tierna y bondadosa.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Sonrío y, un tanto avergonzada, respondo que agotada.

—Es comprensible, has tenido una larga jornada. Me estaba diciendo que no tendrías fuerzas para venir esta noche, que iba a encontrarme con la señora Larsson.

La idea de no acudir ni siquiera me ha pasado por la cabeza.

—No, quería verte.

Me mira con sus magníficos ojos gris claro. Por primera vez parece vacilar y, cuando vuelve a tomar la palabra, casi balbucea.

—Yo... espero que no hayas cambiado de opinión. Lo que pasó...

—Estoy un poco alterada...

Viola parece decepcionada, de manera que me apresuro a tranquilizarla.

—Pero no me arrepiento de nada.

¿De dónde han salido esas palabras? No reflejan la realidad de mi estado de ánimo. La verdad es que todo esto me aterra y me colma a la vez, que me siento feliz y al mismo tiempo llena de dudas... Viola parece aliviada.

—Me alegro. Tenía miedo de que... Como sabes, a veces no puedes evitar

dar vueltas a las cosas. Tú casada, y yo una...

—Una mujer.

Contemplo nuestras manos entrelazadas. Tras unos segundos de silencio, mi decisión está tomada. Tal vez sea un tanto apresurada, pero me resulta más fácil decidir en su presencia. Las dudas vendrán después, cuando me quede sola de nuevo, soy consciente de ello.

—Me siento feliz por lo que pasó, Viola. No ha sido un día fácil, en la fábrica no he parado de pensar en ello. Sé que muchos se opondrían, pero lo deseo y punto.

Viola me aprieta la mano y sonrío.

—Eso me complace mucho, Kerstin. Jamás me habría atrevido a esperar que compartieras mis sentimientos.

La miro sorprendida.

—Así pues, ¿lo de ayer no fue un acto impulsivo? ¿Ya lo habías pensado antes?

—¿Bromeas?

Estoy encantada. Ríe, le digo que también yo he pensado mucho en ella.

—Todo esto es nuevo para ti. Propongo que al principio vayamos despacio —concluye.

Haber evocado lo sucedido la víspera ha disipado mis dudas. De nuevo tengo ganas de estar cerca de Viola, tan cerca como ayer. Sin embargo, cuando me inclino hacia ella para besarla, esboza un movimiento de retroceso.

—Una cosa más: cuando estamos de servicio, somos observadoras y nada más. Esta conversación ha sido excepcional, era necesario hablar de ello. Pero a partir de ahora debemos mostrarnos profesionales. Aquí no hay lugar para el romanticismo. Habrá otros momentos, otros lugares. En mi casa o en el hotel, por ejemplo.

De repente se levanta. La miro estupefacta.

—¿Te refieres al Hotel Angleterre?

—Sí, ¿por qué no? —dice, antes de dirigirse al otro extremo de la estancia para hacer su ronda—. Te gustó, ¿no?

—Sí —murmuro, y me dejo caer contra el respaldo de la silla.

Me siento febril, pero logro dominarme. Pienso un momento en Georg, si bien lo expulso enseguida de mi mente. Él se encuentra lejos, a ella la tengo aquí y deseo estar con ella. Así de sencillo.

A partir de ese momento, cada una en su silla, mantenemos las distancias. A intervalos de un cuarto de hora, una de las dos se levanta para recorrer la estancia y echar un vistazo por las ventanas situadas en el lado opuesto. La noche es apacible y clara. Llegan nuestras sustitutas.

—Todo está tranquilo. No ha pasado nada —dice Viola.

Nos separamos en la escalera con un apretón de manos. Me quedo un rato plantada en la oscuridad, hasta que dejo de oír los pasos de Viola. Reprimo la tentación de seguirla y subo a casa de mis padres.

La reserva de Viola tiene por efecto calmar mi ansiedad en lo tocante a nuestra relación. Cuanto más me frena, más la deseo. En cuestión de días, mis prioridades han cambiado por completo. En este momento lo más importante es estar con ella; todo lo demás se ha vuelto anodino, incluso el miedo. Hasta Georg, cuya última carta duerme, sin abrir, en la caja de tabaco que hay debajo del sofá.

Creía que Viola, dada su experiencia, se arrojaría sobre mí, pero a todas luces me he equivocado. Da prueba de una paciencia y un control increíbles a la hora de seducirme, despertar mi deseo y echarse atrás en el último momento, para luego recordarme que voy demasiado deprisa, que no estamos

preparadas, o al menos yo no lo estoy. Es ella quien dirige la función y se revela de una firmeza ejemplar.

Lo cierto es que soy yo quien intenta ir más allá, pero, por cada minuto dedicado a besarnos, me paso al menos dos en el sofá, vestida de pies a cabeza, mientras Viola lee el periódico o escucha la radio sin dedicarme la menor atención. La idea de que actúa así de manera voluntaria no me pasa por la cabeza. Sea como fuere, poco tiempo después de la velada en el Hipódromo, ardo de deseo; en cambio, Viola parece dominar sus sentimientos.

Pasa el tiempo: dos, luego tres semanas. Los días se alargan y, por primera vez desde hace años, me alegro del regreso de la primavera. Estoy muy sensible, y percibo cosas a las que ya no prestaba atención desde que Georg se fue: el canto de un mirlo frente a la ventana, de noche, el cielo que se incendia al ponerse el sol, la floración de un árbol frutal, todo eso solo para Viola y para mí, estoy segura. Despierto de un largo sueño y el mundo se me antoja todavía más bello que antes.

En el trabajo, las colegas me dicen que he recuperado el color, que parezco más ligera y tiendo a soñar despierta en plena conversación. Algunas me preguntan si es que Georg ha vuelto.

—¡Es la primavera la que me produce ese efecto!

Una noche, en el desván, Viola me dice que tiene intención de alquilar una habitación en el Hotel Angleterre el sábado, para pasar la tarde.

—Puedes venir, si estás libre —propone en tono indiferente, sin mirarme.

Estamos sentadas en nuestras respectivas sillas del desván, a respetable distancia, escuchando la lluvia primaveral que repiquetea en el techo. Consigo mantener la calma y contesto, distante como ella, que quizá me pase, que antes debo asegurarme de que mi madre no necesite mi ayuda, cosa que

no pienso hacer, por supuesto. Estas dos últimas semanas he aprendido que no conviene mostrarse demasiado entusiasta. Mi respuesta parece satisfacer a Viola. Esa noche no volvemos a hablar del asunto.

Se trata de la misma habitación que la última vez. Llamo con los nudillos a la puerta, presa de una aprensión mezclada de impaciencia. Viola grita que entre. Está hablando por teléfono. Me indica por señas que no tardará mucho. Habla en inglés, solo capto algunas palabras dispersas. Le doy la espalda, finjo contemplar los cuadros que cuelgan en las paredes.

Acabada la conversación, recoge los papeles que descansan en su regazo, los arrolla y se los guarda en el bolso.

—Perdona, era una llamada urgente relacionada con el trabajo.

—Ningún problema. ¡Qué bien hablas inglés!

—Ah, ¿no te lo había dicho? Pasé unos años en Inglaterra cuando era adolescente. Mi padre tiene amigos en Oxford. Universitarios, por supuesto.

Sus conocimientos de inglés no es lo que más me interesa en este momento. Sonríe cuando me siento en el brazo de su sillón y le doy un beso en la oreja. Muerta de risa, se vuelve hacia mí y deja que la bese en la boca. Seguimos un rato así; cuando al cabo deslizo la mano bajo su blusa, se libera y se pone de pie.

—¡Glotona! —bromea mientras se arregla el pelo.

Tiene las mejillas encendidas, tan ardientes como las mías, y le brillan los ojos. Se echa a reír y, acucillándose, me besa las rodillas.

—Tenemos todo el día... Pensaba que podríamos comer primero, y quizá darnos un baño... Esta vez, juntas. ¿Te quedas a dormir?

—Imposible. Pero puedo quedarme hasta tarde. Mis padres creen que estoy en casa de una amiga y que hemos ido al parque del Pueblo.

—Con Judit... ¿Has hecho las mismas cosas con ella que conmigo?

—Por supuesto que no.

Empiezo a quitarme el cárdigan y la blusa. Ella me contempla mientras me desnudo, prenda tras prenda. Me deja sitio para que me quite la falda y los calcetines. Acabo encontrándome sentada delante de ella, completamente desnuda en el sillón de cuero, demasiado excitada para sentir vergüenza.

Viola se inclina hacia mí, me separa las piernas y empieza a acariciarme. Echo atrás la cabeza, cierro los ojos, abro más los muslos. No obstante, justo en el momento en que emito un débil gemido, se aparta con una carcajada y, levantándose, corre hacia el cuarto de baño.

—¡La última es una blandengue! —grita.

Al instante oigo correr el agua de la bañera.

Ebria de deseo, la sigo. Ya se ha quitado la blusa, la ayudo con el resto. Es mucho más delgada que yo, sus caderas son esbeltas, el vientre liso. Tiene unos senos pequeños de pezones rosa claro. El vello del pubis es casi tan rubio como su cabello. Es hermosa. Una vez la bañera llena, me coge de la mano y nos metemos en el agua.

Me quedo con Viola hasta las once de la noche. Cuando salgo de la habitación, tambaleante, los labios me arden de tantos besos, mi ropa está arrugada, tengo chupetones en el cuello y llevo el pelo alborotado. El botones y el portero apenas se fijan en mí, sin duda han visto de todo.

Heme aquí sola de nuevo en las calles oscuras, pero es sábado, estamos a las puertas del verano y no tardo en cruzarme con otras aves nocturnas, en su mayoría parejas jóvenes que vuelven de bailar o del cine. Sin prestarles atención, me dirijo al barrio de Rörsjö. ¿Qué has hecho?, susurra mi conciencia. Sin embargo, con cada recuerdo me estremezco de alegría.

Los ojos, los labios, las piernas suaves pero asombrosamente firmes de Viola enroscadas en torno a las mías, mis senos en sus manos, el deseo que

barre mis dudas y mis reticencias, mi cuerpo dictando su ley; solo tenía que aceptar el hecho de desear a otra mujer.

En los brazos de Viola, imágenes de Georg me pasaban por la mente de vez en cuando, similares a los parpadeos luminosos de una bombilla a punto de extinguirse. Pensamientos dolorosos; los apartaba, me emborrachaba con la piel de Viola, me decía que era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Mientras atravieso la ciudad solitaria, Viola estará durmiendo entre nuestras sábanas arrugadas y tibias. Empiezo a recuperar el dominio de mí misma, la ebriedad de mis sentidos se diluye poco a poco en el aire fresco de la noche. A cada paso voy despertando, y cuanto más despierto, menos sé quién soy.

6

Una noche de mayo, al volver de la fábrica, me cruzo en Södergatan con un hombre cuyo rostro me resulta familiar; solo cuando lo tengo cara a cara lo reconozco. Hace más de seis meses que Börje trabaja para el ebanista Roslund. No se trata de un allegado a mi familia, pero nos hemos cruzado en un par de ocasiones. La última Navidad me pasé por el taller a dejar unas cosas para Börje de parte de nuestra madre. Todavía recuerdo el olor de la madera en la tienda de la plaza Davidshall y sus bonitos objetos, demasiado caros para mí, evidentemente.

El señor Roslund es un hombre de unos cincuenta años, cabello blanco como la nieve y barba corta y cuidada. Más bien delgado para su edad. Me reconoce enseguida y se quita el sombrero para saludarme. Para mi sorpresa, se acuerda de que trabajo en la Colonial; pregunta por mis padres.

—Están bien. Precisamente ahora voy para casa.

Él se dirige a ver a su anciana madre, que vive en Drottningtorget. Me enseña lo que le lleva: pan, una salchicha ahumada, una botella de *svagdricka* y queso Limburger, cuyo olor percibo incluso antes de que abra la bolsa. Estamos a punto de despedirnos, cuando algo le viene a la mente.

—¿Cómo le va a Börje? ¿Ha encontrado otro trabajo?

Me echo a reír, incrédula.

—¡Pero si trabaja para usted!

—Huy, ya no, hace meses que no lo veo. Desde que renunció en febrero.

Börje pasa por casa al menos una vez por semana, si no más, para comer y recoger su ropa limpia. En ningún momento ha mencionado el hecho de que ya no trabajara para los Roslund. Por el contrario, recuerdo que nuestro padre le preguntó hace poco cómo le iba en el trabajo, y Börje contestó que el señor Roslund estaba muy contento con sus servicios.

La situación resulta incómoda tanto para mí como para el señor Roslund, pues salta a la vista que Börje se ha burlado de nosotros. Me despido a toda prisa y voy directa a casa. Me preocupa la idea de que Börje pueda estar tramando algo. Ciertamente, me he fijado en que con frecuencia lleva ropa nueva, pese al racionamiento. No obstante, como siempre ha cuidado mucho su aspecto, me dije que o bien hacía trueques o alguno de sus numerosos amigos le prestaba esas prendas. También recuerdo haber oído decir a Börje que tenía alquilada una habitación al ebanista. Supongo que ya no vive en ella, puesto que Roslund hace meses que no lo ve. Pero entonces, ¿dónde vive ahora?

Presa de un mal presentimiento, dudo si dirigirme a la antigua dirección de Börje, en la plaza Davidshall, para informarme. Sin embargo, desecho la idea; a estas horas la tienda de Roslund está cerrada, y no conozco a los vecinos. Lo ideal sería preguntar directamente a mi hermano, pero no tengo ni idea de dónde se encuentra. Tendré que esperar a su próxima visita y encontrar la manera de hablar con él cara a cara.

La ocasión se presenta pocos días después. Propongo a mi madre ir a buscar la colada al desván. Olvido adrede las camisas de Börje. Cuando mi hermano llega, esa misma noche, mi madre se da cuenta de mi error y me pide que suba. Al principio finjo refunfuñar.

—¿Otra vez yo?

—Puedo ir yo mismo, mamá —se ofrece Börje, tal como me esperaba.

—Subo para enseñarte dónde están —digo, y me dirijo a toda prisa al recibidor, antes de que tenga tiempo de pensar en hacerme cambiar de opinión.

El desván se encuentra justo encima de nuestro piso. No obstante, Börje ha tenido muy pocas ocasiones de subir. De niño, cuando aún vivíamos los dos en casa, estaba dispensado de recoger la colada. Creo recordar que ni siquiera colaboró en el mercadillo de 1940. Mientras subimos la escalera, pienso en lo que voy a decirle. ¿Andarme con rodeos y preguntarle cómo va su trabajo con los Roslund, brindándole así la ocasión de decir la verdad, o ir al grano y revelarle que estoy al tanto?

Partículas de polvo centelleante flotan en la estancia, todavía bañada por la luz del sol. Unas telarañas adornan los rincones, y la ropa y las sábanas se están secando, pero ya no veo nada de fantasmal en ello.

—Ahí están —digo, guiando a Börje por entre la ropa colgada.

Nos deslizamos entre las sillas que utilizamos durante los turnos de guardia.

—No es que esté muy limpio —comenta Börje, visiblemente incómodo.

Sin contestar, me vuelvo y lo miro a los ojos.

—Sé bueno y cuéntame un poco en qué andas metido. Es inútil que mientas, el otro día me encontré con el señor Roslund. Hace meses que no te ve el pelo.

Börje se para en seco y se pone colorado.

—¿Se lo has contado a los papás?

—No, pero lo haré si no me dices la verdad. Toda la verdad, Börje.

Pasea la vista a su alrededor como si buscara una salida. Con mirada huidiza, empieza a descolgar sus camisas del tendedero, una tras otra. Avanzo un paso.

—Estoy esperando.

Mi hermano suspira y se vuelve a medias hacia mí.

—¿Qué quieres que te diga? No podía quedarme en casa del viejo Roslund. No estaba a gusto en la tienda. Es un trabajo penoso y mal pagado. La verdad, Kerstin, ¿tú me ves de ebanista?

Sinceramente, no, pero no pienso decírselo.

—¿Por qué no dijiste nada?

Con un suspiro, se echa las camisas limpias al hombro, se dirige a una ventana y la entreabre. Cuando se saca un cigarrillo del bolsillo, avanzo hacia él.

—Está prohibido fumar aquí. Puedes provocar un incendio.

Me desafía con la mirada y lo enciende. Se lo permito, otras cosas me preocupan más en este momento.

—¿Y bien?

Se quita una brizna de tabaco de los labios y mira por la ventana.

—No puedo decírtelo. ¿Has olvidado el escándalo que se armó con lo del reloj de oro?

—¿Sigues trabajando para el tal Svensson?

—Sí. Tres veces mejor pagado y diez veces más interesante que estar encerrado, día tras día, ante un banco de carpintero.

—Pero lo que haces ¿es ilegal?

—Existen muchos matices en la ilegalidad... No se trata de asesinatos ni de atracos a bancos. Lo único que hacemos es localizar artículos que la gente busca, gente que puede pagar. Están hasta el gorro del racionamiento, ¿vale? Quieren café, azúcar, puros, medias de seda y champán. Nosotros se lo conseguimos.

Lo agarro del brazo y lo obligo a mirarme.

—¿Te crees que nací ayer? ¿Eres consciente de que puedes ir a parar a la cárcel?

—Antes tendrían que detenerme...

Harta de su arrogancia, doy media vuelta.

—Voy a contárselo a papá. Veremos si entonces vas tan de chulo.

Me alcanza y me cierra el paso. Su voz adquiere un tono dulce, suplicante.

—Kerstin, por favor, no lo hagas. Prometo que lo dejaré pronto. Cuando haya ahorrado lo suficiente para hacer lo que quiero.

A mi pesar, eso despierta mi curiosidad. Lo miro con atención.

—¿Qué harás con ese dinero?

—Ir a Estocolmo a buscar trabajo en una cava de jazz. Después abriré mi propio club, si todo va bien. Aquí o en Copenhague. Cuando termine la guerra, por supuesto.

Me doy cuenta de que madura ese proyecto desde hace mucho tiempo. Cuando era más joven, se gastaba todo el dinero en discos y en revistas de música. Siempre era el primero del barrio en conocer las últimas canciones de moda. Las cantaba en un inglés muy personal, pero aun así... Por una vez, parece sincero.

—Pero ¿de dónde salen todas esas cosas que... vendéis?

—No lo sé. Es Svensson quien se ocupa de eso. Yo solo me encargo de la venta. Tengo don para el comercio, el viejo Roslund también lo decía. Es la primera y última vez que me hizo un cumplido.

—De acuerdo, pero... me gustaría estar segura de que no robáis a gente necesitada —insisto, mientras maldigo mi debilidad.

Debería informar a mis padres, por supuesto. Por el bien de Börje, antes de que lo detengan. No obstante, vacilo, confío en que me tranquilice, que me diga que no se trata de nada grave, que me dé una razón para no denunciar sus actividades. Börje lo intuye y aprovecha para tomarme la delantera, entusiasmado.

—No se trata de individuos, si te refieres a eso. Creo que algunos

productos proceden del ejército, otros de existencias abandonadas no sé dónde y que, por consiguiente, nadie echará de menos.

—¿Estás completamente seguro?

—Como te he dicho, yo no me ocupo de eso. Pero estoy seguro de que nadie sufre a causa de nuestras actividades. Los que eran ricos antes de la guerra lo siguen siendo. Quieren disponer de esos productos. Están dispuestos a pagar por ellos, con racionamiento o sin él.

—No sé, Börje. Me parece peligroso.

Me coge la mano.

—Voy con cuidado, tranquila. Unos meses más, tres a lo sumo, y lo dejo.

Aprieto la suya y luego la suelto.

—A menos que te detengan antes...

—Eso no sucederá. Te lo prometo.

—No debería creerte... Por cierto, ¿dónde vives ahora? Supongo que has tenido que irte de Davidshall...

—En efecto, vivo en casa de Svensson. Tiene una villa en Fridhem y me aloja en el sótano de manera provisional. No está casado, de modo que no hay ningún inconveniente.

—¿En qué parte de Fridhem?

—Cuanto menos sepas sobre Svensson, mejor. Lo digo por tu bien. Además, no se llama Svensson.

—Börje, por Dios...

—Lo único que necesitas saber es que no corro riesgos inútiles. Y que todo habrá terminado dentro de unos meses.

Como soy una ingenua, me muerdo la lengua. Espero que cumpla su promesa. No me cuesta imaginarlo en su cava de jazz, en Estocolmo; una sala

oscura, llena hasta los topes, con música ensordecedora y un camarero negro que prepara combinados exóticos, adornados con sombrillitas.

A todas luces Börje estaría más en su salsa ahí que en el taller del señor Roslund, con virutas de madera hasta las rodillas y la cara y el pelo cubiertos de polvo. Nuestro padre no quiere ni puede aceptar que su hijo sea diferente; mi madre y yo lo sabemos, sin que nunca hayamos tenido necesidad de hablar de ello. Jamás lo atraerá un trabajo vulgar, alimenta otros sueños y, pese a su descaro, lo comprendo y lo respeto. Los sueños son muy frágiles, se rompen con suma facilidad, no quiero ser yo quien ponga en peligro los suyos. Me resigno, pues, a dejar a mi hermano en paz el tiempo que haga falta.

A Viola y a mí en ocasiones nos cuesta mucho respetar nuestro acuerdo, comportarnos como profesionales y no tocarnos durante los turnos de guardia. Con frecuencia la acompaño después y me quedo en su casa hasta bien entrada la noche. Mis padres siempre están dormidos cuando acabo el turno, no se dan cuenta de si vuelvo a las dos o a las cuatro de la madrugada, o incluso más tarde.

Empiezo a acusar la falta de sueño. En la fábrica no paro de bostezar, y cuento las horas. Me gustaría mucho hablar de Viola con alguien, pero es imposible. Judit solo piensa en su Krystof y las demás chicas se jactan de sus relaciones; yo he de morderme la lengua.

Todo el mundo sabe que estoy casada. Si mantuviera una relación con un hombre, ya estaría muy mal visto. De manera que con una mujer... Cada vez me siento más alejada de mis colegas.

Una vez que entro en casa de Viola, ya no soy la misma. Gracias a su contacto, descubro aspectos de mi personalidad que ignoraba. Soy mucho más apasionada y temeraria de lo que creía. Me he descubierto asimismo un

talento inigualable para el engaño. Debido a las circunstancias, llevo una doble vida, y constato asombrada que me resulta muy fácil pasar de la una a la otra. Finalmente, Börje y yo no somos tan diferentes.

Solo con Viola me siento existir realmente. Todo lo demás (la fábrica, las horas monótonas en casa de mis padres, los tres años de soledad desde la partida de Georg) únicamente habrá sido un paréntesis.

Escribo a mi marido todas las semanas. Jugar con él a la viuda de guerra no me es más difícil que hacerlo con mis padres y mis colegas, al contrario: la distancia no hace sino facilitar la simulación, mi rostro es incapaz de traicionar mis pensamientos. Hablo un poco de mi trabajo, de la vida con mis padres, del tiempo que hace. Le doy noticias de nuestra ciudad, y mi carta termina con cariñosos saludos. Firmo «Tu mujer».

Lo cual no significa que mi culpabilidad se haya disipado; sencillamente, he decidido hacer abstracción. Si quiero vivir mi amor con Viola, debo relegar los pensamientos sobre Georg a los recovecos de mi memoria, donde su recuerdo vegeta sin desaparecer del todo.

Noche de verano. Estoy en la cama de Viola, cobijada en sus brazos. Mientras lucho contra el sueño, un pájaro solitario anuncia el alba. Pronto se convertirá en un coro. Viola se ha dormido hace un cuarto de hora y debo volver a casa. Me libero con dulzura de su abrazo y me levanto. Nuestra ropa está desparramada por el suelo, las sábanas arrugadas. Los rizos rubios de Viola se recortan contra la almohada. En la semipenumbra, distingo su silueta. La cubro con la sábana rechazada a los pies de la cama y empiezo a vestirme.

Me estoy poniendo los zapatos, cuando Viola despierta y me atrae hacia sí. Pierdo el equilibrio e intento, sin éxito, ajustarme las ligas. Dudo si dejarlas

allí, si volver con las piernas desnudas en plena noche; de todos modos, nadie me verá.

—¿Adónde vas? —susurra con voz adormilada.

Se inclina para besarme, yo la acaricio y me levanto.

—Tengo que volver a casa. Mi madre podría despertarse y reparar en mi ausencia.

Busco por el suelo la blusa. Cuando me la estoy abrochando, Viola se pega a mi espalda y posa sus manos en mis senos.

—No te vayas todavía —murmura, mientras me besa en el cuello y detrás de las orejas, mi punto más sensible.

Siento su cálido aliento y, al contacto de su piel, por fugaz que sea, cedo. Siempre es así. Cada noche me quedo un poco más, rechazo los límites, corro mayores riesgos; lo que sea con tal de que el placer se prolongue todavía.

Nos vemos también de día, las pocas veces en que ambas estamos libres.

Un día vamos a pasear a Ribersborg. Nos quedamos tumbadas sobre las toallas, en una hondonada de la arena, allí donde brota la hierba de mar, la única que sobrevive al viento que sopla aquí en todas las estaciones. Escuchamos somnolientas los graznidos de las gaviotas que vuelan en círculos y los gritos de la gente que se baña en el agua, poco profunda incluso cuando está lejos de la orilla.

La temperatura del agua supera los veinticinco grados. Los bañistas se han congregado en el reducido trozo de playa que el ejército todavía no ha requisado, lindante con el balneario. Algo más allá, la arena está cubierta de alambradas y sembrada de blocaos. La gente la llama «la pista de baile de Per Albin». Ahogado por los gritos de bañistas y gaviotas, un oficial vocifera órdenes. Los soldados deben de estar practicando sus ejercicios. No los envidio; tener que desfilar, correr, saltar, trepar, con este calor, con el uniforme y las botas... Es un día límpido, se distingue con claridad el

contorno de Copenhague, al otro lado del estrecho, extensión centelleante de un azul intenso. Mientras nos bañamos y reímos como si no pasara nada, resulta difícil imaginar que los alemanes están tan cerca.

Viola lleva un bañador azul oscuro, un pañuelo alrededor de la cabeza y elegantes gafas de sol. Está radiante, y debo reprimir la tentación de tocar su piel perfumada de sal, sol y sudor.

Familias y grupos de adolescentes ruidosos retozan a nuestro alrededor; algunos niños construyen castillos de arena o chapotean en el agua con salabres y cubos para atrapar peces espinosos y medusas. En el pontón, tres chiquillos juegan a ver quién se zambulle mejor saltando de espaldas; el eco de sus voces, en plena muda, rebota en la superficie del agua.

En un día como este la guerra parece lejana, casi irreal. Estoy todo lo cerca de Viola que permite la decencia. Nuestros brazos y piernas se rozan, me esfuerzo por contenerme y no arrojarme sobre ella. Un poco antes, a la sombra de las casetas, le he robado un beso. Una niña de unos tres años, demasiado pequeña para comprender, nos ha visto. Viola se ha liberado de mi abrazo y me ha pedido que no volviera a intentarlo, arguyendo que era demasiado arriesgado comportarse así.

Suspiro y me incorporo sobre los codos para contemplar su cuerpo, ya dorado por el sol. Siempre dice que tengo pinta de inglesa, por el cabello castaño, los ojos azules y la piel blanca. Inglesa o irlandesa, tanto da, pero siento envidia de su bronceado y su vientre liso.

Viola intuye que la estoy observando, levanta la cabeza y me mira por encima de las gafas de sol.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Tienes hambre?

Esta mañana le he dicho a mi madre que iba a la playa con unas colegas y

me ha preparado un picnic: tostadas y un termo de leche fresca. Solo con pensar en ello mi estómago empieza a rugir.

—No —contesto pese a todo.

Es apenas mediodía, y a veces Viola se burla de mí porque tengo buen apetito, mientras que ella come como un pajarillo. Dice que la comida no le interesa demasiado.

—Bien —concluye, al tiempo que se incorpora—, vamos a bañarnos por última vez antes de comer.

Se levanta de un brinco y escudriña el horizonte, haciendo visera con la mano.

—Qué día tan fantástico... ¡Ven!

Se quita el pañuelo y las gafas de sol y echa a correr hacia el mar, sin esperarme, convencida de que voy a seguirla. Mientras corre por el pontón, me acerco despacio a la orilla, entro poco a poco en el agua y me sumerjo hasta la cintura. No sé nadar, no me atrevería a ir más lejos, al menos sola. Los hombros me arden, tal vez haya pillado una insolación. Flexiono las piernas y me dejo deslizar poco a poco en el agua hasta el cuello.

Apenas un minuto más tarde, vuelvo hacia la playa. En el pontón, Viola hiende el aire como una flecha y se zambulle sin provocar salpicaduras. Diez metros más allá emerge a la superficie, vuelve dando brazadas hacia la piscina de agua de mar, da unas volteretas bajo el agua y después sale. Podría estarse horas así, lo sé. La observo un instante, luego vuelvo a donde hemos dejado nuestras cosas, saco una tostada de la bolsa y la engullo.

Otro día de verano, Viola me invita a casa de una amiga, Katrin, a la que conoció en Estocolmo pero que es originaria de Escania, de un poblacho en los alrededores de Landskrona. Katrin vive en la plaza de Sankt Knut. Trabaja como secretaria de un mayorista de papel. Viola ya me había hablado

con entusiasmo de la época en que las dos trabajaban en la misma oficina. Siento cierta aprensión ante el encuentro, preocupada por causar buena impresión a Katrin.

Por la tarde nos dirigimos a su domicilio, un edificio de ladrillo rojo, parecido a todos los que rodean la plaza. Katrin tendrá unos treinta años. Lleva corto el cabello castaño claro. No va maquillada, viste pantalones, zapatos de hombre y camisa. Es más menuda que nosotras, pero más ancha de espaldas. Carente de formas, recuerda un poco a un barril. Me siento aliviada, no es rival para mí.

Viola y Katrin se besan cariñosamente en la mejilla y se dan un abrazo. Katrin se vuelve hacia mí.

—¡Así que aquí estás! Viola me ha hablado mucho de ti... ¡Bienvenida!

La mano que me tiende es suave y tibia.

—¿Ella..., ella lo sabe? —balbuceo.

Al lado de Katrin me siento frívola, exageradamente femenina, con mi vestido de verano a lunares rojos y mis sandalias con tacones. Imagino que las uñas pintadas y el cabello cuidado no impresionan demasiado a las mujeres como ella.

Entramos en su piso. La sala se parece bastante a la de mis padres; los mismos muebles oscuros, anticuados, la misma aspiración burguesa. Katrin me invita a sentarme en un sofá de terciopelo marrón.

—¿Queréis café? ¿O algo más fuerte, tal vez? Tengo licor.

—¿Por qué no ambas cosas? —propone Viola mirándome.

Katrin asiente sonriente y desaparece en la cocina.

Paseo la vista en derredor. Encima del sofá, un gran cuadro representa a una mujer desnuda en un sofá muy parecido al que ocupó en este momento. La mujer tiene el cabello castaño y nos mira con desdén.

—Le habrá costado una fortuna —susurro a Viola.

—Es una copia. De un Goya —contesta distraída.

Miro de nuevo a la mujer, su vello púbico un tanto ralo, casi transparente.

—Bonito marco, en todo caso —digo.

Viola alza los ojos al cielo. Katrin vuelve con una bandeja, nos sirve, y acto seguido se instala en el sillón situado frente a mí.

—Así pues, ¿estás casada?

La pregunta me pilla por sorpresa, estoy a punto de atragantarme con el café.

—Katrin... —dice Viola en tono reprobador.

—¿Qué pasa? —pregunta esta con aire inocente—. ¡Fuiste tú quien me lo contó!

Con la mandíbula apretada, respondo que hace tres años que no veo a mi marido.

—¿De manera que él está ausente y tú te consuelas con nuestra pequeña Viola? Cuando el gato no está, los ratones bailan...

—¡No se trata de eso en absoluto! —exclamo indignada.

Viola se limita a reír meneando la cabeza.

—Está bromeando, Kerstin... ¿Y a ti, Katrin? ¿Cómo te va?

Katrin se toma su tiempo, deposita la taza en la mesita baja y se saca un paquete de cigarrillos del bolsillo. Enciende uno y da unas caladas antes de responder.

—¡Tengo penas de amor! ¿Te acuerdas de Pernilla? Ya no quiere saber nada de mí, eso es lo que pasa. Se ha instalado con otra en la peor de las ciudades, Helsingborg.

—¡Pobrecita mía! —exclama Viola—. ¿Qué fue lo que pasó?

El rostro de Katrin se ensombrece.

—Nada especial. Ya sabes lo que dicen: la gallina de mi vecina siempre es

más gorda que la mía... Su nueva novia es más joven que yo y más... femenina. Llevábamos años juntas. Se cansó de mí.

Para mi sorpresa, los ojos de Viola se empañan.

—¿Cansarse de ti? Imposible.

—Suele pasar. Una vez superado el placer de la novedad...

Se enjuga los ojos y sonrío con valentía pese a sus labios temblorosos.

—Se me pasará, eso seguro. Dentro de un tiempo. Pero de momento no puedo pensar en otra cosa...

Viola y Katrin siguen hablando de esa amiga infiel, me siento un poco ninguneada. Me levanto para examinar la biblioteca. Entre un viejo libro policíaco y una novela romántica descubro *El pozo de la soledad*, de Radclyffe Hall. Viola me ha hablado de esa obra como de una «biblia lesbiana». Un libro, pues, para personas como nosotras, pese a que todavía no esté dispuesta a pensar en tales términos. Lo hojeo. Es posible que me ilumine sobre la ambivalencia de mis sentimientos...

Casi he terminado el primer capítulo, cuando oímos un rumor procedente de la plaza. Katrin y Viola se acercan a la ventana, me reúno con ellas.

—¿Qué pasa?

—¡Los nazis! —exclama Katrin—. ¡Los nazis suecos!

Me deslizo entre Viola y Katrin y miro hacia abajo. Un grupo de simpatizantes nazis, vestidos de pardo y blandiendo banderas con la cruz gamada, se han congregado en la plaza. Agitan sus estandartes y corean:

Una Suecia libre, ese es el ideal.

El pueblo se deshará de sus elementos extranjeros.

Las manos fatigadas romperán las cadenas del gran capital.

Veremos el estandarte de la burguesía derrumbarse por fin.

El marxismo en cenizas caerá.

Y en todo el país oiremos gritar:

¡SUECIA, DESPIERTA! [7]

—¿Qué hacen ahí esos granujas? —se indigna Katrin.

—¿Todavía existen? Pensaba que habían tirado la toalla hace mucho —añade Viola.

—Pues todavía era peor hace algún tiempo. Se manifestaban como mínimo una vez al mes. Pero sí, por lo visto, siguen aquí. Como suele decirse, mala hierba...

Alrededor de la plaza, en los edificios, la gente se ha congregado en las ventanas. El líder fascista sube a una caja de madera e impone silencio. Levanta la cabeza, recorre la plaza con la mirada y arenga a sus esbirros para animarlos a tomar las armas contra los comunistas y los conspiradores judíos.

—Ay, qué asco me dan. ¿No tienes nada para tirarles? —pregunta Viola.

Está congestionada de rabia. Katrin reflexiona.

—Antes les lanzábamos tomates y huevos, pero ya no podemos permitirnoslo.

—¡Busca algo! —se exaspera Viola, tapándose los oídos con las manos para no oír el discurso.

Los demás inquilinos también están hartos. Algunos mendrugos de pan seco vuelan por el aire sin alcanzar a los manifestantes.

Un instante después se oye una música ensordecedora; alguien ha puesto la radio en su ventana para ahogar las palabras del líder.

—Buena idea —exclama Katrin, y va a buscar su aparato de radio.

La enciende y pone el volumen al máximo. Otros vecinos siguen su ejemplo y, cinco minutos después, ya no es posible oír los aullidos de los nazis.

Al poco llega la policía, que dispersa a los camisas pardas.

—Mira cómo se van con el rabo entre las piernas —comenta Viola.

Nos quedamos un poco más en la ventana. Katrin apaga por fin la radio.

—Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto —dice entre risas.

Devuelve el aparato a su sitio.

La plaza está desierta de nuevo: algunos gorros olvidados y una bandera roja, blanca y negra, pisoteada cuando los manifestantes se han dado a la fuga.

En el camino de regreso, Viola permanece sumida en sus pensamientos. Por mi parte, lo que acaba de suceder más bien me ha puesto a cien. Sabía que los nazis suecos organizaban de vez en cuando concentraciones ilegales, pero es la primera vez que los veo tan de cerca.

—Han huido como conejos —digo a Viola—. ¿Has visto cuando el líder ha perdido la gorra?

Viola no contesta.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—¡Sí, algo va mal, esos cerdos son libres como el viento! Merecerían que los aplastaran como a cucarachas.

Me sorprende su reacción. La interrogo con la mirada, pero no dice nada más. Está hecha un manojo de nervios. No intercambiamos ni una palabra más hasta el final del trayecto.

Una semana más tarde, mientras subo la escalera para hacer mi turno de guardia, me encuentro con la señora Larsson. Me anuncia que Viola ha tenido un imprevisto y que ella se encarga de sustituirla. Ignora el motivo de su ausencia, así como la duración. Viola se ha volatilizado de nuevo y, al igual que la última vez, mi inquietud se intensifica y a medida que pasan los días se vuelve insoportable.

Encuentro excusas para llamar a su puerta, a veces en plena noche. Ni el menor ruido dentro del piso. Transcurre una semana, tengo la impresión de que todo se derrumba a mi alrededor. Debo rendirme a la evidencia, sé muy poco de ella. ¿Dónde está, qué hace, a quién frecuenta? ¿Por qué no me envía noticias tuyas?

Una tarde, de regreso de la fábrica, me paso por la oficina de las auxiliares del ejército, en la plaza Mayor, con el fin de tratar de recabar noticias. Pese a la hora tardía, la oficina se halla en plena efervescencia. Hay mujeres de uniforme por doquier: algunas escriben a máquina, otras contestan el teléfono. Un grupo hace inventario de las existencias de artículos de primeros auxilios: vendas, algodón, frascos de alcohol, medicamentos...

En un primer momento, la mujer que me indican —hermosa, atlética, con un curioso mechón blanco destacando en la cabellera negro carbón— no reacciona al oír el nombre de Viola. Pero de repente se le ilumina el rostro.

—¡Claro que sí, Viola Ahrlé! Procede de Estocolmo, ¿verdad?

Me limito a asentir, sin dar más detalles.

—Hace tiempo que no la veo. De hecho, ¿no se había mudado a Göteborg?

—En absoluto. Es telegrafista, aquí, en Malmö.

La mujer, a todas luces una oficial, parece sorprendida.

—¿Ah, sí? Entonces lo habré entendido mal. Creía recordar que... En todo caso, no trabaja aquí.

—Lo sé —digo con impaciencia—. ¿Y dónde trabajan las telegrafistas?

La mujer frunce el ceño.

—¿Acaso ignora que eso es confidencial? Aunque lo supiera, que no es el caso, no se lo diría. No se lo tome a mal, pero no la conozco y podría albergar malas intenciones.

Me siento decepcionada y frustrada. Mis ojos se anegan en llanto. La mujer se da cuenta y de nuevo parece sorprendida. Saco un pañuelo.

—¡No soy una espía, si es lo que está pensando! Solo soy una amiga de Viola.

Su rostro se dulcifica, apoya una mano en mi hombro.

—La creo. Pero lo lamento, no puedo ayudarla. Como le he dicho, no tengo ni idea de dónde trabajan las telegrafistas. Hay que ser muy prudente con esa clase de información, sin duda lo comprende.

Asiento mientras me sueno, y la mujer me acompaña a la puerta. Me desea buena suerte y de nuevo me encuentro en la plaza.

Nueve días después de su desaparición, allí está Viola, esperándome a la salida de la Colonial. Está pálida y me dirige una vaga sonrisa a modo de saludo.

Me paro en seco. Mis colegas siguen avanzando a mi alrededor. Permanezco clavada en el sitio y algunas me miran con sorpresa; otras me dicen hasta la vista. No las oigo. Viola se me acerca y me coge del brazo.

—Anda, vámonos.

Me arrastra en dirección al barrio de Rörståden, pero al cabo de un minuto me paro de nuevo.

—¿Dónde estabas? Me sentía muerta de preocupación... Incluso fui a la oficina de las auxiliares, ya sabes, en la plaza Mayor.

—¿Ah, sí? Entonces, fuiste allí para nada.

—¿Y qué querías que hiciera? ¡No tenía noticias tuyas!

—Lo lamento de veras, no tuve tiempo de avisarte. Mi padre tuvo un ataque de apoplejía, los médicos creían que era el final. En este momento está en el hospital de Lund. Fue mi madre quien me avisó. Me he pasado la semana cuidándolo.

—¿Pese a que llevabas años sin verlo?

—Los lazos de sangre son sagrados.

En este momento me siento más asombrada que furiosa. Observo a Viola: está ojerosa, y en la frente le han salido unas arrugas que no le conocía.

—Lo siento muchísimo —digo oprimiéndole el brazo.

Sonríe débilmente y me da las gracias.

Cruzamos el canal cogidas del brazo. Hace calor y, desafiando la prohibición, un grupo de chiquillos en bañador se divierten saltando del puente. Yo habría hecho lo mismo a su edad, pese a mi temor al agente de policía y a las enormes ratas que merodean en torno al canal.

—¿Y ahora cómo está?

—Es difícil decirlo... Su estado es estable. No puede hablar, pero nos da la impresión de que nos reconoce. Según los médicos, podría sufrir nuevos ataques...

Parece abatida. No quiero abrumarla más, de manera que decido no hacerle más preguntas. Lo principal es que está de regreso.

—Es terrible. Lo siento por ti. Y por tu madre.

—Ella es la que más sufre, ciertamente. Sin mi padre no podrá arreglárselas. Ni siquiera sabe cómo pagar una factura.

—Si hay algo que pueda hacer...

Casi hemos llegado a Kornettsgatan. Viola aminora el paso.

—Gracias, Kerstin, pero no veo cómo podrías ayudarnos. Ahora lo único que necesito es una ducha y varias horas de sueño. Estoy agotada.

—Lo entiendo.

Me siento decepcionada pero no lo demuestro. Ya estamos ante la puerta de su piso.

—¿Podrías pasarte un poco más tarde? —me pide.

—Quizá no sea muy buena idea. Tienes que descansar...

—No, Kerstin —dice cogiéndome la mano—, te necesito. No quiero pasar la noche sola... Por favor, ven.

No puedo reprimir una sonrisa.

—Ya que insistes, vendré pasada la medianoche. Una vez que mis padres se hayan acostado.

Me besa en la mejilla, su tibio aliento me hace estremecer y acaba de disipar la cólera acumulada en su ausencia.

Lo retomamos donde lo habíamos dejado; las noches en blanco, los encuentros secretos, los momentos robados... Viola alquila una habitación para varias noches en el Hotel Angleterre y esta vez me quedo a dormir, pretextando ante mis padres una fiesta muy tardía en casa de Judit.

Una noche maravillosa, y sin embargo algo ha cambiado. No me alejo de Viola, al contrario. Pero no consigo olvidar que, una vez más, me ha abandonado sin decir nada. Me siento profundamente herida y la decepción me atormenta. Estaba en casa, al menos habría podido hacerme una llamadita de teléfono.

Además, su comportamiento despierta en mí algunas sospechas; muy pronto, la preocupación por su padre, que sigue en el hospital, parece haberse evaporado. Esperaba que volviese a Lund, o al menos que llamara con regularidad a su madre para recabar noticias. Cuando le hablo de ello, elude la cuestión.

—Ahora le toca a mi madre ocuparse. Yo he hecho cuanto podía.

Cuando, pocas semanas más tarde, pregunto por él, en un primer momento parece sorprendida, como si hubiera olvidado que su padre había estado a punto de morir.

—¿Mi padre? Ha vuelto a casa. Los médicos dicen que va mejor.

La noticia me alegra, la estrecho entre mis brazos.

—Pero ¿por qué no me has dicho nada? ¡Viola, es maravilloso!

Esboza una sonrisa crispada.

—Creo haberte contado que no me entiendo muy bien con él. Pero, evidentemente, me siento aliviada de que se recupere.

La miro con incredulidad.

—¿Ni siquiera piensas hacerle una visita? Como estabas tan preocupada...

—Por el momento no puedo, demasiado trabajo. Y, además, sé que está en buenas manos. Mi madre ha contratado a una enfermera que se ocupa de él las veinticuatro horas.

—Pero ¿no crees que le alegraría que lo visitaras? —insisto.

Salta a la vista que Viola se siente incómoda.

—Francamente, no. Cuando estaba inconsciente, era una cosa. Ahora que va mejor, no quiero correr el riesgo de violentarlo. Cada vez que nos vemos, nos peleamos, y no querría llevar su muerte sobre la conciencia. Según los médicos, el riesgo de ataque subsiste, y a decir verdad, es mi madre quien me ha pedido que permanezca alejada, al menos hasta que recupere fuerzas.

—Ah..., ya veo —digo.

—Preferiría que no volviéramos a hablar de ello.

Lo dejo correr, pero me quedo perpleja.

También por otros motivos, no puedo evitar hacerme preguntas. Encuentro a Viola distraída, ausente. Se da el caso de que llame a su puerta y no me abra a horas en que, sin embargo, me dijo que estaría. La excusa siempre es la misma: sus ocupaciones. Unas veces tiene que hacer horas extraordinarias y otras se ve obligada a quedarse a dormir en su lugar de trabajo. Resulta difícil ponerlo en duda, conociendo la intensidad de su compromiso. Cada vez más a menudo me toca hacer las guardias con la señora Larsson o con alguna otra. Lo cierto es que Viola trabaja duro, así que no puedo reprocharle que parezca agotada o preocupada cuando estamos juntas.

Una noche nos enzarzamos en una pelea. Llevo varios días sin verla y la echo de menos, pero cuando nos encontramos para hacer la guardia, está exhausta, taciturna, y bosteza cogiéndose la cara entre las manos. Acabada la guardia, le propongo ir a su casa pero se niega, pretextando que está demasiado cansada. La idea de dormir sola una vez más en el sofá de mis padres, sin saber cuándo volveremos a vernos, provoca que me ponga un tanto insistente.

—Hace una semana que no nos vemos.

Viola no soporta que me muestre débil. Refunfuña pero acaba por ceder.

—Vale..., pero que sepas que sin duda no seré una compañía muy grata — me advierte mientras bajamos la escalera.

—¡No tiene importancia! —exclamo pisándole los talones.

Lo cual, por supuesto, dista de ser cierto. Una vez en el piso, Viola se disculpa y desaparece en el aseo durante largo rato. Cuando vuelve, va ya en pijama y se dirige al dormitorio sin decir palabra. La sigo y la veo meterse en la cama.

—¿Viola? —susurro.

Me responde mascullando.

Me siento en el borde del lecho y palpo la manta hasta que mi mano encuentra su pierna. Empiezo a acariciarla. Sin embargo, en lugar de levantar la sábana e invitarme a reunirme con ella, se pone tiesa y me aparta la mano.

—Te lo he avisado, estoy demasiado fatigada —dice con sequedad volviéndome la espalda.

La cólera acumulada vuelve de golpe.

—Vale, duérmete, pedazo de aguafiestas —digo apagando la lámpara.

Me dirijo al salón y me acomodo en el sofá. Me siento demasiado agitada para dormir. Poco después me levanto y me acerco a la ventana. No hay nada que ver, estamos en toque de queda.

No sé qué hacer. ¿Volver a casa? No me apetece en absoluto. Me siento cansada pero no podría dormir, mi mente está en plena ebullición. Querría ir al dormitorio y despertar a Viola, pero no me atrevo. Una vez más, me siento abandonada. Doy nerviosos golpecitos en el alféizar de la ventana. ¿Cómo osa tratarme así?

Al cabo de un rato me dirijo a la cocina, hurgo en la despensa y me sirvo un buen trozo de queso, que devoro con fruición. El fregadero está lleno de vajilla sucia, que dudo si lavar. Pobre, ni siquiera tiene tiempo de hacer la limpieza. No obstante, abandono la idea, no me siento muy motivada.

En la mesa de la cocina hay un plato con una fruta podrida; de eso al menos puedo ocuparme. Las moscas revolotean por encima del plato. Lo agarro, abro el armarito de debajo del fregadero y tiro la fruta al cubo de la basura.

El armario está vacío, a excepción de un montón de periódicos viejos. Cuando me dispongo a cerrar la puerta, un papel tirado en el suelo al lado del cubo atrae mi atención. Lo recojo. Es un billete de tren. No recuerdo que Viola me haya hablado de un viaje en tren. Miro al dorso. Se trata de una ida

y vuelta de Estocolmo a Malmö, en primera clase, con salida a las siete de la mañana del 18 de julio. El nombre de Viola figura en él.

Busco en vano una explicación plausible. Viola no solo ha ido a Lund. El día en que vino a esperarme a la Colonial volvía de Estocolmo.

A veces resulta difícil averiguar por qué se degrada una relación, en qué momento una historia de amor empieza a hacer agua. El desencadenante puede ser un hecho anodino. Pero una vez el daño está hecho, suele ser el principio del fin, más o menos rápido. Los dos amantes experimentan un leve desajuste. El que se halla en posición de debilidad, quien ama y espera más, desea oír como el otro, que no se siente inclinado a hacerlo, pronuncia palabras de amor. Entonces mendiga, suplica, se cuelga. Comete el error fatal de mostrar su debilidad, cuando no su desesperación. Lo cual empuja al otro al desprecio y hace que se aleje. El desequilibrio aumenta y, con el tiempo, lo que no era sino una leve asimetría acaba convirtiéndose en un abismo tan profundo que la relación está definitivamente condenada.

Cuando muestro a Viola el billete de tren, al principio parece sorprendida, y luego recelosa. Me pregunta por qué he hurgado en sus cosas; le explico que he encontrado ese billete por casualidad.

—Yo no tengo nada que ocultar —le digo—. ¿Y tú?

Elude mis preguntas, se limita a decir que tenía que hacer unas gestiones en Estocolmo, que es confidencial y no puede contarme más. Me pide que no vuelva a meter las narices en sus asuntos, incluidos los cubos de basura.

Replico que mi reacción es de lo más natural; no me ha hablado de ese viaje a Estocolmo, y por cierto, ¿dónde pasó la noche?

—En el trabajo —responde al cabo de un momento—. Han dispuesto camas.

Me da en la nariz que me está ocultando algo. Es posible que en efecto haya tenido cosas que hacer en Estocolmo relacionadas con su trabajo y que haya pasado allí la noche, pero en el fondo no me lo creo. Sin embargo, no digo nada. Cambio de tema y dejo que piense que la discusión está zanjada. Al cabo de unos días, todo vuelve a la normalidad.

No obstante, su mentira sigue preocupándome. Dado que vivió cierto tiempo en Estocolmo, sin duda todavía le quedan amigos allí, aunque solo haya mencionado a Eleonor, su amor del internado, hoy casada y establecida por alguna parte del barrio de Östermalm, si la memoria no me falla. Viola la evocó de pasada y, en un primer momento, no concedí demasiada importancia a esa información; ahora me vuelve únicamente porque se trata de una de sus viejas amigas. ¿Habrás dormido en casa de Eleonor?

Cuanto más lo pienso, mayor es mi preocupación. ¿Y si hubiera mentido asimismo sobre lo del ataque de su padre, si hubiera pasado todo ese tiempo en Estocolmo? ¿Y si su padre ni siquiera es profesor de universidad en absoluto? Eso, al menos, es un dato fácil de comprobar. Pocos días más tarde, durante la pausa de mediodía llamo a la universidad desde la cabina telefónica puesta a disposición de los empleados. Pido que me pongan en contacto con la facultad de Derecho. Se pone un secretario. Le digo que deseo hablar con el señor Ahrle. Me hace saber que el profesor está de baja por problemas de salud desde hace cierto tiempo. Nadie sabe cuándo volverá.

Finjo sorpresa y tristeza. Digo que soy amiga de la familia y pregunto qué le ha pasado al profesor. El secretario duda, no tiene derecho a proporcionar esa clase de información.

—Se lo ruego... Al menos dígame: ¿no estará moribundo?

—No —responde finalmente—, el profesor Ahrle tuvo un ataque de apoplejía hace un mes pero va mejor.

Le doy las gracias, cuelgo y me recuesto en la pared de la cabina. Una

colega que tiene al hijo enfermo golpea el cristal. Necesita telefonar para saber cómo sigue. Salgo sujetándole la puerta. Así pues, Viola me ha dicho la verdad, como mínimo respecto a eso. A menos que el profesor Ahrle no sea su padre...

Recupero el dominio de mí misma: no debo mostrarme tan suspicaz. Si la historia de su padre es cierta, ¿por qué no habría de serlo el resto? ¿Cómo iba a saber que el profesor Ahrle había sufrido un ataque? Vuelvo a mi sitio y trato de pensar en otra cosa, mas en vano. No puedo librarme de la sensación de que hay algo que no me cuadra.

Es tal vez en ese momento, durante el luminoso otoño que sigue a aquel maravilloso verano, cuando el desequilibrio entre Viola y yo empieza a dejarse sentir. Ahora sé que la amo, aunque ni ella ni yo hayamos pronunciado esas palabras.

Me esfuerzo por no parecer inculta, leo el periódico varias veces por semana a fin de mantenerme informada, pero nuestras diferencias de origen y de educación resultan palpables. A veces Viola tiene que aclararme una referencia o una cita. Y se da el caso de que nuestros gustos en materia de cultura difieren radicalmente.

Ella lee novelas de altos vuelos, en inglés o en alemán, libros que yo no entendería ni siquiera en sueco. Tiene debilidad por el arte abstracto, yo prefiero la pintura figurativa: en caso contrario, ¿cómo saber lo que vale el artista? Me encantan las *big bands* de jazz. Viola escucha exclusivamente música disonante, Stravinsky, Schoenberg y otros compositores no tan conocidos. Cierra los ojos y parece experimentar gran placer en escuchar esas estridencias, que a mí me hacen rechinar los dientes.

Cada vez que se pone de manifiesto alguna diferencia entre nosotras, Viola exhibe una expresión de sufrimiento resignado. Entonces me siento culpable

y me esfuerzo por cambiar rápidamente de tema, por distraerla. Sé exactamente cómo acariciarla para hacerle olvidar mis torpezas; en la cama, al menos, seguimos entendiéndonos la mar de bien.

Otra diversión: hacerla reír. A Viola le encanta que imite a los vecinos, sobre todo a la puntillosa señora Söderström. Le saltan las lágrimas de risa, y tiene que sujetarse las costillas cuando hago muecas y desfiguro la voz. Exagero mi acento de Escania, juego a hacer de palurda. Ella aplaude y me pide más; acabo cediendo, pese a que me siento un tanto incómoda en relación con la señora Söderström.

Es un juego que se me da muy bien, pero al cabo de un rato ya no encuentro nada que decir y empiezo a repetirme. La sonrisa radiante de Viola se borra, recupera el periódico o el libro y solo me resta callarme. Mi momento de gloria habrá sido de corta duración y me deja un regusto amargo. Más tarde, a solas en mi sofá, rememoro avergonzada mis caricaturas maliciosas de la señora Söderström, que es incapaz de matar a una mosca.

Por lo demás, ¿cómo estar segura de que Viola no se burla de mí cuando me ofrezco como espectáculo? De mí y de la gente de mi condición... De todos modos, por humillante que pueda ser, me entregaré a ello de nuevo si me lo pide, por el mero placer de oírla reír y sentirla cerca.

Domingo por la tarde. Hemos comido y hecho el amor. La cama está revuelta, nuestra ropa desparramada por toda la habitación. He abierto la ventana para que se disipe el olor de nuestros retozos. Tibios efluvios invaden la estancia, un aroma a fruta madura con un toque a quemado. En los platos yacen los restos de la comida que hemos abandonado para arrojarnos a la cama: repollo relleno de arroz y un poco de carne picada, todo ello preparado por mí; Viola no sabe cocinar.

Henos ahora en la sala, saciadas. Viola está medio tendida en el sofá, con los pies en mi regazo. Lee el *Dagens Nyheter*, yo hojeo una revista. Es uno de esos domingos típicos, tranquilo, lánguido y melancólico. Voy a tener que encontrar una excusa de cara a mis padres; una vez más, les he dicho que estaba en casa de Judit. Y si llegan a encontrársela por la calle, si se enteran por su boca de que ya no nos vemos fuera del trabajo desde hace meses... Solo es cuestión de tiempo, el mundo es un pañuelo en Malmö, donde tarde o temprano acabas encontrándote a algún conocido, sobre todo a los que deseas evitar.

Viola se incorpora con un crujido de hojas de periódico.

—Escucha esto: los Aliados se plantean bombardear Hamburgo. Los aviones ingleses y canadienses machacarán de noche, y los americanos de día.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no? Las alarmas son incesantes.

Viola abandona el diario, aparentemente satisfecha.

—Ellos se lo habrán buscado.

—¿Quiénes? ¿Las mujeres, niños y ancianos que siguen allí?

Me lanza una mirada de reprobación.

—¿Los nazis son nuestros enemigos! ¿Crees que Hitler hace diferencias entre soldados y civiles cuando bombardea Inglaterra? —concluye reanudando la lectura.

—Pero ¿no te parece horrible pese a todo? Aunque Hamburgo esté repleta de nazis, los niños no tienen nada que ver con eso, estarás de acuerdo, ¿no? ¿Te imaginas sola en Hamburgo todas las noches bajo las bombas, en compañía de tus hijos?

—Bah... Casi todos los niños están en las Juventudes Hitlerianas, no son realmente inocentes. El pueblo alemán al completo está condicionado. Y te diré una cosa, prefiero estar del lado de los ingleses que bombardean

Alemania, aunque eso signifique que algunos inocentes deban pagar el pato, ¡antes que lamer las botas del enemigo, como hace Suecia al permitir que soldados alemanes armados hasta los dientes atraviesen nuestro territorio!

Está muy agitada. La violencia de su reacción me desconcierta.

—Vale, vale, cálmate... Solo decía que me daban pena los civiles que morirán las próximas semanas.

—No entiendes nada de lo que ocurre, Kerstin.

En efecto, hay muchas cosas que no entiendo. Cuando más adelante Suecia se oponga al paso de los trenes que transportan a soldados alemanes y armas destinadas a Noruega, Viola se limitará a decir que ya era hora y que el daño está hecho.

En lo que subsiste de los parques municipales y sobre todo en el barrio de Lugnet, las ciruelas maduran. Las ramas de manzanos y perales están cargadas de frutos sobre los que perla el azúcar. Acabo de recibir carta de Georg.

Ya no tenemos trabajo. Por ahora nos limitamos a contar las horas a la espera de que ocurra algo. Leo en la medida de mis posibilidades, los libros escasean. Afortunadamente, los oficiales no son tan severos como en Storsien. Por la noche jugamos a las cartas o tallamos en madera modestas obras de arte destinadas a nuestros seres queridos. No pasamos ni hambre ni frío. Lo cierto es que podría ser peor, pero solo pensamos en una cosa: volver a casa. A propósito, ¿sabes en qué punto está Per Edvin Sköld? Corre el rumor de que ya ha hecho cerrar gran número de compañías de trabajo como la nuestra. Confío en que Stensele sea la próxima. Estoy tan impaciente por volver a mi vida de hombre libre... Solo la idea de verte de nuevo y de recuperar la libertad me ha permitido aguantar este último año. Ya hemos

esperado bastante. ¿También tú notas soplar el viento del cambio? Nuestros sueños no tardarán en cumplirse, si Dios y Per Edvin quieren.

Su carta me estremece. Se la doy a leer a mi padre. No ha leído ni oído nada sobre las intenciones de Sköld ni sobre el eventual cierre de las compañías de trabajo, lo cual me apacigua un tanto. Mi padre lee *Arbetet* todos los días, y si algo se estuviera cocinando, él lo sabría. A menos que la información sea confidencial o que el rumor sea falso..., o incluso que Georg haya tomado sus sueños por la realidad.

Un sábado de septiembre, hacia el mediodía, me dirijo al bar de leche de Drottningtorget. Por una vez soy yo quien invita a Viola a comer. La gente va y viene por el establecimiento, lleno a rebosar. Los clientes se apretujan en torno a la barra de forma oval, ya sea en taburetes o de pie; todas las mesas están ocupadas, atienden el servicio mujeres ataviadas con vestido a cuadros, delantal y cofia blanca.

Me encuentro en el exterior, pero el apetecible aroma del plato del día — judías con tocino— viene a cosquillearme las ventanas de la nariz y despierta mi apetito. Estoy impaciente por encontrarme con Viola, pasar un buen rato juntas y acabar la comida con un café y, por qué no, un *wienerbröd*.

Viola se retrasa. Ya la veo llegar, sonriente, pretextando una excusa cualquiera. El sol brilla, pero el otoño está en el aire. Un viento fresco barre la plaza y me despeina; tengo la carne de gallina y lamento no haberme puesto medias.

Al cabo de un cuarto de hora decido esperarla dentro. Tengo suerte, acaba de quedar libre una mesa. Corro hacia ella y me instalo, adelantándome a una pareja que también estaba esperando. Me arrellano en el sofá fingiendo no oír sus recriminaciones: «¡Nosotros estábamos antes!»

Sin esperar a Viola, pido el plato del día y un vaso de leche. Consulto el reloj por enésima vez, un tanto incómoda al encontrarme allí completamente

sola. Rebusco en el bolso, saco un espejito y, para guardar la compostura, me empolvo la nariz.

El ambiente está saturado de humo, vocerío y vapores de cocina. Un apuesto caballero de cierta edad se acerca a preguntarme si puede sentarse a mi mesa; le respondo que espero a una amiga. Por suerte, mi plato no tarda en llegar. Me esfuerzo por comer despacio. Viola lleva más de media hora de retraso, ¿qué es lo que ocurre? ¿Nos habremos entendido mal? No obstante, le consta que solo tengo libres los sábados por la tarde y que el bar de leche cierra los domingos.

Acabada la comida, no pido café y vuelvo directamente a casa. Tal vez Viola se haya puesto enferma de repente y no haya podido avisarme. Acabo por convencerme de ello; seguro que la encuentro en casa con fiebre.

Veinte minutos más tarde llamo a la puerta de su piso. Nadie. No es propio de ella. Suele llegar con retraso, pero hasta ahora jamás ha faltado a una de nuestras citas. Encuentro un sobre usado en mi bolso y le escribo una nota, que deslizo por debajo de la puerta:

Avísame en cuanto vuelvas. Estoy preocupada. K.

La tarde se me hace larga. Estoy de los nervios y doy vueltas en círculo por la cocina, fingiendo leer mientras acecho el menor ruido de pasos en la escalera. Por dos veces bajo a ver si ha vuelto, sin resultado: mi nota sigue allí, debajo de la puerta.

Busco explicaciones. Tal vez sencillamente se haya olvidado, o quizá ha tenido alguna urgencia en el trabajo. Me siento muy inquieta y finalmente, a medianoche, cuando mis padres ya están acostados, me pongo el abrigo y los zapatos, sin calcetines, y me dirijo por última vez a su rellano, esforzándome por no despertar a mis padres: sé exactamente qué planchas del parqué debo

evitar para no alertarlos. El edificio está tranquilo, pero, para mi gran sorpresa, llegada al piso de Viola veo luz por debajo de la puerta. La nota ha desaparecido. Mi alivio no tarda en mudarse en cólera: ¿por qué ha ignorado mi mensaje? Me dispongo a llamar pero de pronto cambio de opinión y pego el oído a la puerta. Oigo voces en el piso; reconozco la risa ronca de Viola.

¿Con quién estará hablando? ¿Con una o con varias personas? Rara vez recibe a nadie. A decir verdad, jamás había ocurrido desde que la conozco. ¿Será alguna vecina, la señora Larsson, quizá? No obstante, de repente se oyen unas carcajadas: se trata de un hombre.

Trato de recordar; ¿me ha hablado Viola de algún amigo? No tiene hermanos y, no, el único hombre de su entorno, que yo sepa, es su padre. Vacilo pero finalmente, con la certeza de que no podré dormir sin saber a qué atenderme, llamo a la puerta. Las voces callan, y resuenan unos pasos en el recibidor.

Viola entreabre la puerta y al verme pone unos ojos como platos. Lleva el uniforme. Sale y cierra la puerta a su espalda.

—¿Qué haces aquí? ¿Ocurre algo?

La miro fríamente.

—Creo recordar que hoy teníamos una cita. En Drottningtorget.

Se da una palmada en la frente, parece lamentarlo sinceramente.

—¡Lo había olvidado por completo! ¡Te pido perdón!

Frunzo el ceño al tiempo que señalo el piso.

—Pero no pienso molestarte. Al parecer estás ocupada.

Viola suspira y parece ablandarse.

—He tenido un día muy cargado. Me han telefoneado esta mañana y me he visto obligada a ir a trabajar. Lamento haberme perdido nuestra comida. Otra vez será...

Tiemblo de rabia. Estoy harta de que me trate con displicencia. Y no es la

primera vez.

—¿No has visto mi nota? ¡Estaba aterrorizada por si te había ocurrido algo!

Viola parece caer de las nubes.

—¡Por supuesto que la he visto! ¡Pero no voy a llamar a casa de tus padres en plena noche! Acabo de volver ahora mismo. Tenía intención de pasar por tu casa mañana por la mañana.

Me pongo tiesa e ignoro la mano que me tiende en la oscuridad; un gesto de nerviosismo que indica que empieza a perder la paciencia.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? No te reconozco. Ahora tengo que volver. Es tarde... Hablaremos de todo esto mañana.

Su voz se ha endurecido.

—Claro, debes de estar cansada.

Esboza una vaga sonrisa.

—En efecto. Estoy en pie desde las siete de la mañana.

No puedo evitar insistir, es más fuerte que yo.

—¡Y, sin embargo, recibes invitados en plena noche! ¿Quién es ese hombre?

Frunce el ceño de nuevo. No contesta, de manera que la agarro del brazo.

—¿Y bien?

Se suelta.

—No es de tu incumbencia, pero en nombre de nuestra amistad puedo decirte que se trata de un colega. En condiciones más favorables te lo presentaría gustosa, pero ahora creo que no estás en forma. ¡Vete a casa, Kerstin!

En ese momento se abre la puerta y se dibuja la silueta de un hombre de uniforme. Es alto, atlético, de unos treinta años, con nariz aguilina, boca sensual, pómulos altos y un hoyuelo en el mentón: el estereotipo del oficial

elegante y distinguido. Adivino que no es de Malmö, cosa que se confirma en cuanto abre la boca.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunta con acento de Estocolmo.

Me mira de hito en hito y me siento completamente desnuda pese al abrigo; cruzo los brazos y me alejo de la luz dirigiendo una mirada interrogante a Viola, que apoya la mano en el hombro del hombre para incitarlo a que vuelva al piso.

—Nada —le dice—, no es más que una conocida. Es tarde, hablamos mañana, Kerstin.

Cierra la puerta y me quedo allí plantada en la oscuridad, aturdida. Dudo si llamar de nuevo, pero acabo por bajar la escalera con paso pesado. La manera en que lo ha tocado... Colegas íntimos, o tal vez algo más. No, no le gustan los hombres, me lo ha asegurado en varias ocasiones. Ya no sé qué pensar. Finalmente, ¿qué diferencia hay entre amar a un hombre o a una mujer? Hace un año jamás me habría pasado siquiera por la cabeza el amar a una mujer. Y heme aquí hoy rechazada, abandonada y perdidamente enamorada de Viola.

No pego ojo en toda la noche, incapaz de olvidar su fría mirada. Rememoro el incidente y las palabras que ha utilizado: *una conocida...*, *en nombre de nuestra amistad...*

Al amanecer decido salvar lo que me queda de orgullo y tomar distancia, confiando en que ella dé el primer paso de cara a la reconciliación. No me atrevo a imaginar que no haga nada. Que acabe perdiéndola.

Cuando llaman a la puerta ese día, poco antes de la hora de la comida, apenas levanto la cabeza. Estoy tumbada en el sofá, tras pretextar cierto malestar para que mis padres me dejen en paz. Ahora bien, en cuanto oigo la risa de Viola, me levanto de un brinco y corro al recibidor. Oigo que le dice a mi madre que le gustaría dar un paseo conmigo.

—Hace tan buen tiempo fuera... Quizá sea la última vez antes de que el otoño se instale definitivamente.

—Sí, pero... pronto será la hora de comer —objeta mi madre, poco acostumbrada a que alteren su rutina y sin duda desestabilizada por el acento, el aura y la seguridad de esa mujer, a la que en realidad pocas veces ha visto.

Me acerco y miro a Viola. Parece tranquila.

—Hola.

—Hola.

—¿Te vienes a dar una vuelta? —dice en tono absolutamente neutro—. Hace muy buen tiempo. ¿Y si fuéramos al parque?

Su última pregunta suena más como una orden que como una invitación.

—De acuerdo —digo, distante a mi vez.

—Comemos dentro de media hora —me recuerda mi madre.

—No se preocupe, no tardaremos mucho. —Luego se vuelve hacia mí—. ¿Estás lista? No necesitas el abrigo, se está bien. ¡Hasta luego! —se despide, al tiempo que se adentra en la escalera.

Cierro la puerta y le sigo los pasos, a un tiempo inquieta y llena de esperanza.

—Vamos a mi casa —ordena.

La sigo. Sube los escalones de dos en dos y entra en su piso sin esperarme.

—Cierra con llave.

Ha tirado el cárdigan sobre el sofá y se ha plantado ante la ventana con un cigarrillo en la mano. Vacilante, me quedo en el umbral, entre el recibidor y la sala. No veo ni rastro de su visitante nocturno.

Me mira fijamente, nerviosa al parecer.

—¡Pero bueno, entra de una vez! Y siéntate.

Me siento en el borde del sillón. Le pido perdón por lo de la noche anterior.

—No era mi intención, estaba muerta de preocupación.

Viola da frenéticas caladas al cigarrillo y me escucha sin interrumpirme.

—Al no verte en Drottningtorget y no tener respuesta a mi nota, me dije que te habría pasado algo.

—Todo es por mi culpa —dice bruscamente, antes de aplastar el cigarrillo en el alféizar de la ventana.

—¿Ah, sí?

Asiente y se recuesta en la pared con las manos en los bolsillos. Si no fuera por su cabello rubio y corto, uno creería estar viendo a Katharine Hepburn.

—Sí. Lo que pasa es que no lo comprendí enseguida. Anoche estaba agotada, y tú te comportaste como si te perteneciese. Pero no te pertenezco, no soy propiedad de nadie.

Saca las manos de los bolsillos y se acomoda en el sofá con la gracia que la caracteriza.

—Solo cuando te fuiste me di cuenta de lo que debías de haber sentido al ver que no acudía a la comida. Y te pido perdón. Me telefonearon a primera hora de la mañana, para que sustituyera a una colega enferma. Fue un día muy cargado, desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, figúrate. Y anoche no estaba de humor para hablarte de ello. Solo más tarde comprendí que debías de haberte hecho una idea equivocada respecto a Hasse y yo.

—¿Hasse?

—Mi colega, que acababa de llegar de Estocolmo. El que conociste ayer.

—Me sentí en extremo sorprendida al verlo. Nunca me habías...

—Sí, lo entiendo, no lo conoces. Por lo demás, yo tampoco. Estaba destinado en Estocolmo. Ha venido a Malmö para supervisarnos. Ya viste su uniforme.

—Teniente, ¿no es eso?

—Exacto. Es mi superior jerárquico, pero todavía no se ha familiarizado con sus nuevas funciones. Mi jefe me ha pedido que le haga un resumen antes de que tome el relevo. Es un hombre simpático, aunque algo presuntuoso.

—No en vano es de Estocolmo.

Prorrumpe en carcajadas, noto como la tensión disminuye un grado.

—¡Cuántos prejuicios tienes, Kerstin! Para tu información, los de Estocolmo no son radicalmente distintos de los de Malmö. Solo se trata de un acento.

—Si tú lo dices...

El aire es de nuevo respirable. Además, se ha disculpado, no me atrevía a esperarlo. Me siento a su lado en el sofá y apoyo la mano en su hombro. Ella me acaricia la mejilla. Pasa un ángel. Queda pese a todo una pregunta.

—Pero entonces... ¿qué hacía Hasse en tu casa en mitad de la noche? — murmuro, con el rostro hundido en su blusa blanca, que huele a rosas y a tabaco.

La mano con que me revuelve el cabello se detiene un breve instante.

—Sencillamente, necesitaba que lo alojara por una noche. Tuvo que venir a Malmö precipitadamente, aún no había encontrado alojamiento. Le ofrecí que durmiera aquí.

Me quedo de piedra.

—¿Aquí, toda la noche? ¿Contigo?

Viola se aparta un poco.

—En el sofá, querida, no en mi cama. Y solo era por una noche. Hoy mismo se instala en un piso que le han prestado, en Fersens väg. Este fin de semana su mujer y sus hijos se reunirán con él.

No detecto en su rostro ni culpabilidad ni disimulo. Viola se levanta y va en busca de su bolso. Saca una cosa, que me tira y que aterriza en mi regazo. Se trata de un par de llaves, atadas con un cordelito.

—Debería habértelas dado hace mucho tiempo —dice volviendo a mi lado en el sofá.

—¿Las..., las llaves de tu piso?

—Para que puedas ir y venir a tu antojo.

Ya no tengo motivo alguno para contener mi emoción. Aliviada, desbordante de amor, me arrojo en sus brazos.

—¡Oh, Viola querida, gracias!

Ella ríe y me estrecha entre los suyos.

—Por favor. De haber sabido que te proporcionaría tanto placer, ¡te las habría dado antes!

Pocos días más tarde, en los vestuarios de la Colonial, Judit me dice que le gustaría hablar conmigo. Pese a su aparente serenidad, me doy cuenta de que está en ascuas. Hace mucho tiempo que no pasamos un rato juntas. Propone que vayamos a comer, lo cual me alegra sinceramente. A la hora prevista, me dirijo a la azotea con mi fiambarrera. Es un día ventoso, las hojas secas se desparraman por la calle a nuestros pies. Los castaños están casi completamente desnudos. Como siempre, el otoño me pone un tanto melancólica. El viento se vuelve más cortante. Pronto llegarán los días sin luz.

Judit me hace una seña; ya se encuentra allí, detrás de la gran chimenea. Lleva un cárdigan rojo y una falda gris. Tiene los pómulos sonrosados, el cabello pelirrojo le revolotea alrededor del rostro, sembrado de pecas. No puedo evitar sonreír y enternecerme al verla. Aunque nos hayamos distanciado un poco y hoy dedique la mayor parte del tiempo a Viola, sigo echando de menos nuestra amistad, nuestra proximidad sin reservas.

Apenas reunirme con ella, dice que quiere enseñarme algo. Enseguida adivino de qué se trata y suspiro en mis adentros.

—¡Krystof me ha pedido en matrimonio!

Afortunadamente, está Viola, con quien he hecho las paces y en cuyos brazos acabo de pasar varias horas. Sonrío a Judit y le doy la enhorabuena. Me enseña el anillo, un sello.

—Es de Krystof. Cuando dispongamos de medios, compraremos un anillo de verdad. Por el momento habrá que conformarse con este.

Admiro cortésmente el sello y la felicito de nuevo, esta vez sin tanta efusividad. Me siento un poco celosa, pero no parece darse cuenta.

—¿Cuándo os casáis? —pregunto mientras retiro la tapa de la fiambreira.

—No lo sé. Todo es tan incierto por el momento... Lo importante es que me ha propuesto matrimonio, el resto puede esperar.

—Incierto... ¿A causa de la guerra? —digo hincando el diente en mi tostada.

—Algo de eso hay, evidentemente. Pero no solo. Ignoro cuánto tiempo más podremos seguir trabajando aquí, en la Colonial. He oído hablar de quiebra. Krystof dice que las fábricas deben dar un giro de ciento ochenta grados y que en tiempos de guerra no se puede hacer funcionar una fábrica con productos de importación. Sin embargo, Anisote, el director, se muestra obstinado. Se niega a abandonar el café y las especias en favor de..., qué sé yo, los ladrillos o la pasta de papel.

El apodo que utiliza para referirse al director Anisovitj no me hace reír en absoluto.

—¡Pues considerémonos afortunadas! ¿O acaso te gustaría trabajar en una fábrica de ladrillos?

Judit me dirige una breve mirada y luego se vuelve hacia la lejanía. Hoy el cielo está límpido, casi se adivinan los contornos de Dinamarca más allá de la línea del horizonte.

—Tenemos que reaccionar. Si Anisovitj sigue por esa vía, tarde o

temprano estaremos todas en el paro. Hay que saber adaptarse.

—¡Pero si fue su abuelo quien fundó la Colonial!

Debido al giro que está tomando la conversación, tengo en la boca un regusto a pasta de papel.

—Es comprensible que no quiera abandonar. Un día la guerra habrá acabado y las importaciones se reanudarán con mayor ímpetu.

—Puede ser, pero para nosotras el tiempo apremia. Ya han despedido a ochenta empleadas. El mes pasado les tocó a Agnès y Eva, ¿o es que lo has olvidado?

No lo he olvidado; habíamos empezado a trabajar en la Colonial casi al mismo tiempo. El día en que el director se lo anunció, Eva se deshizo en lágrimas, la oyeron llorar en toda la fábrica. Prefiero no pensar en ello, de manera que cambio de tema.

—¿Dónde viviréis después de la boda? ¿Krystof querrá volver a Polonia algún día?

—No creo. Polonia está perdida, los alemanes y los rusos se la rifan, allí no hay futuro para él. Aprenderá sueco y encontrará trabajo aquí. Al fin y al cabo, antes de la guerra era ingeniero.

—Sí, ya me lo dijiste.

Por muchos estudios que tenga, sigue siendo un extranjero y apenas habla nuestra lengua. Pero eso me lo callo. Judit recupera el buen humor y me ofrece un cigarrillo.

—¿Y tú, tienes noticias de Georg?

—De vez en cuando. Nada ha cambiado.

Me consuela con unas palmaditas en el brazo.

—Cabe decir que te admiro. Debe de ser muy difícil tener al marido en la cárcel y no saber cuándo volverá.

—He conocido a alguien.

Se me ha escapado. Ignoro por qué. Puede que esté celosa, o que la compasión de Judit se me antoje insoportable. No obstante, apenas pronunciadas esas palabras, me arrepiento. Judit se queda boquiabierta, casi resulta cómico. El cigarrillo se le cae de la boca y va a parar al suelo.

—¿Qué...? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No debería haberte hablado de ello. Olvida lo que he dicho.

Su expresión se endurece.

—¿Es que no puedo! ¿En qué lío te has metido, Kerstin? ¿Tienes una aventura?

Me esfuerzo por mantener el dominio de mí misma.

—Y si fuera así, ¿me censurarías? En el nombre de Dios, hace tres años y medio que Georg se fue. ¡Ni siquiera sé si me apetece que vuelva!

Pasa un ángel. Ahora Judit me mira con frialdad.

—Sé que no ha sido fácil para ti, Kerstin. Pero también sabes lo que pienso de la infidelidad. ¿Recuerdas cómo me trató Anders, cómo me rompió el corazón por culpa de la zorra de Luleå? Necesité años para recuperarme de su traición.

—Es diferente.

—No, no lo creo. Sea quien sea, te aconsejo que lo dejes antes de que sea demasiado tarde. De lo contrario... tal vez me vea obligada a hablar de ello a tus padres.

—¡No te atreverías!

Judit recoge el bolso. La pausa ha terminado. Me dirige una mirada acusadora.

—Ya lo creo que sí. Antes de que Georg vuelva y descubra la verdad. No quiero que arruines tu vida, Kerstin.

Durante varios días, ansiosa, no dejo de pensar en esa conversación. Judit y

yo nos evitamos. Finalmente, como no aguanto más, me dirijo a Viola, que me escucha con una mueca de desprecio y exclama:

—¡Pero menuda idiota, la chica esa! ¿Por qué se mete donde no la llaman?

—¿Qué quieres decir?

—Si fuera una verdadera amiga, se alegraría por ti. ¿O es que no sabe por todo lo que has tenido que pasar? Mira que ir a chivarse a tus padres... ¿Qué edad tiene, diez años? ¿Cómo puedes ser amiga de semejante mema?

Sus palabras me caldean el corazón, pero de todos modos me siento obligada a salir en defensa de Judit.

—No es ninguna idiota. Es solo que... se preocupa por mí.

—¡Y un cuerno! Eso es lo que intenta hacerte creer. Más bien pienso que le cuesta alegrarse de tu felicidad. Si con alguien debes romper, es precisamente con ella.

Deslizo con ternura la mano por su cabello revuelto.

—Jamás romperé contigo.

De repente, Viola me mira con intensidad.

—¿De veras? ¿Y cuando Georg esté de vuelta?

La pregunta me hace el efecto de una bofetada. Me dejo caer en la cama. Ella se tiende a su vez y me coge la mano.

—Vivamos el día a día —le suplico—. No sabemos nada del futuro. No sabemos cuándo volverá Georg, si es que vuelve alguna vez. No quiero perderte, Viola.

—De todos modos, deberías reflexionar sobre ello, Kerstin.

—No.

Me vuelvo, presa de una angustia infinita. La idea de que Georg pueda regresar algún día me resulta insoportable. Entonces, siento en la nuca el aliento de Viola. Su brazo me rodea el vientre. Apenas un instante después nos quedamos dormidas.

Algo más tarde, ese mismo otoño, los alemanes decretan el estado de emergencia en Dinamarca. La resistencia danesa se ha vuelto temible, lleva a cabo sabotajes y ejecuta a los colaboracionistas a diestro y siniestro. El eco de los fusilamientos y las explosiones nos llega desde Copenhague, de donde parten en barco los miles de judíos daneses que vienen a refugiarse en Suecia. En cuanto a mí, paso cada vez más tiempo en el piso de Viola, esperándola. Ahora trabaja casi sin solución de continuidad y ha tenido que renunciar al turno de guardia en nuestro edificio. El frío y la oscuridad se instalan de forma permanente, tengo la moral por los suelos. Echo de menos la época del Hotel Angleterre, el período loco de nuestro amor, las insaciables noches en blanco.

Son las ocho y veinte y fuera ya está oscuro como boca de lobo. He devorado todas las revistas posadas sobre la mesita baja junto al sofá y busco alguna otra cosa que leer. Hasta el momento, la nutrida biblioteca de Viola no había logrado atraer mi atención. Ahora me acerco y con el índice recorro los volúmenes. La mayoría están en alemán, en francés o en inglés; de manera que ninguno de estos autores es para mí: Hermann Hesse, Charles Dickens, Walter Scott, Thomas Mann, las obras completas de Shakespeare, Jean-Paul Sartre o André Gide.

Me topo también con *El pozo de la soledad*, cuya lectura emprendo. Renuncio al cabo de media hora, lo encuentro demasiado árido y complejo.

Se está haciendo tarde, me aburro y me apetece salir. Viola ya no debería tardar. Me levanto para devolver el libro a la biblioteca, donde queda poco sitio; mientras me esfuerzo por encajar a Radclyffe Hall entre dos volúmenes, una pequeña foto dejada allí cae a mis pies.

En el cliché, varias personas en un jardín. Es verano; en segundo plano, una vieja casa. Uno de los hombres parece algo mayor que los otros. Viste americana de tweed, pantalones de golf y boina, y lleva un fusil de caza al hombro. Un hombre más joven está sentado en el suelo y acaricia a un gran sabueso. Lleva el negro cabello peinado hacia atrás y la camisa remangada. Detrás de él, una mujer de edad madura vestida con una larga falda negra, una blusa blanca y tocada con un sombrero de paja. Sonríe y hace una seña al fotógrafo. A su espalda se adivinan dos tumbonas y, en la hierba, lo que parece una raqueta de tenis. Se trata de la típica foto de vacaciones, sin duda tomada en Inglaterra; Viola me dijo que de niña a veces pasaba el verano allí, para estudiar inglés.

Me dispongo a devolver la foto a su sitio, cuando el más joven de los dos hombres atrae mi atención; ya lo he visto con anterioridad. Acercó la foto a la lámpara. Pese a que la imagen haya envejecido, reconozco claramente el cabello, la nariz, la sonrisa resuelta, la manera de mantenerse erguido, los anchos hombros...

En el momento preciso en que Viola introduce la llave en la cerradura, comprendo que se trata de Hasse, el hombre al que vi aquí mismo hace unas semanas. No me cabe la menor duda, lo cual me deja perpleja: ¿no me había asegurado que justo acababa de conocerlo?

Sin pensármelo dos veces, me guardo la foto en el bolsillo y, cuando Viola hace su aparición, de nuevo estoy arrellanada en el sillón, sumida en la lectura de *Por el árbol*, de Karin Boye, agarrado al vuelo de un estante de la biblioteca. Levanto la cabeza, sorprendida.

—¿Ya de vuelta? —le digo—. No te he oído llegar.

Viola se pasa la mano por el cabello húmedo, se acerca a mí y me da un beso en la frente.

—Hace un tiempo de perros.

Se sienta a mi lado y se descalza.

—Estoy encantada de haber vuelto, he pasado tanto frío... ¿Qué estás leyendo?

Le enseño la cubierta.

—¿Karin Boye? No sabía que te interesara ese tipo de literatura.

—¿Crees que solo me gustan los folletines y las novelas de estación de tren? —digo pasando la página.

Suelta una risita incómoda.

—No, tampoco diría eso... Pero habrás de reconocer que no eres una gran lectora.

—Uno siempre puede cambiar, ¿no?

—¡Por supuesto! ¡Y está muy bien! Te lo presto gustosa.

—Es..., es realmente muy hermoso lo que escribe. ¿Crees que algún día vendrá a Malmö?

—¿Quién?

—¡Pues Boye, por supuesto! Para leer sus obras. En el teatro, por ejemplo.

Viola me dirige una mirada condescendiente y se levanta.

—Murió hace dos años.

—¿Cómo? ¡Con lo joven que era!

Desaparece en el dormitorio y vuelve al cabo de un momento, vestida con una bata y los calcetines de lana que le tejí yo.

—Se suicidó —me dice en tono un tanto cansado antes de dirigirse a la cocina—. ¿Quieres comer algo? Tengo queso, arenques y un poco de pan duro; pero no hay mantequilla...

Me reúno con ella, con el libro en la mano.

—No, gracias, ya he cenado... En tu opinión, ¿por qué se suicidó?

Viola abre y cierra ruidosamente los armarios, saca unos platos sin mirarme, se prepara un bocadillo de queso y empieza a comer.

—Vete a saber. Tal vez... Tal vez no soportaba ser como era.

Al día siguiente, en la pausa de mediodía, saco la foto robada para examinarla a la luz del día. No cabe la menor duda: se trata del tal Hasse. Lo cual significa que se conocían desde hace mucho tiempo; ¿por qué habrá mentido al respecto?

Observo atentamente el cliché con la esperanza de descubrir otros indicios, mas en vano. No reconozco a la pareja y, viendo la casa y la ropa que llevan, tengo la certeza de que la foto no se tomó en Suecia; tampoco pondría la mano en el fuego de que se trate de Inglaterra. ¿Y quién es la persona detrás del objetivo, a quien la mujer hace una seña con la mano? ¿Viola?

Esa foto, ese hombre al que pretende haber visto por primera vez un mes atrás, todo es tan misterioso... Los celos se apoderan de mí poco a poco.

Tengo la prueba de que Viola me miente, pero sigo sin saber por qué. ¿Debo creerla cuando me asegura que nunca ha tenido un amante masculino? ¿Y si Hasse fuera uno, reaparecido inopinadamente? Quizá Eleonor no sea el único amor que Viola conoció en Estocolmo. Y si miente sobre Hasse, muy bien ha podido ocultarme otras cosas...

Durante varios días no dejo de darle vueltas. Hasse es un hombre apuesto, no puedo negarlo, y mi intuición no me engañó esa noche; la manera en que envolvía a Viola con la mirada, la naturalidad con que ella lo tocaba, esa complicidad, esa intimidad...

Pensar en ello me hace daño, imagino lo peor sobre lo que pudo ocurrir entre ellos esa noche. A mi pesar, los veo besarse, tocarse, y se me revuelve

el estómago. ¿Tuvo al menos la delicadeza de lavarse después, de cambiar las sábanas antes de recibirme en su cama?

A lo largo del día, consigo reprimir un tanto las acometidas de mi galopante imaginación; por la noche, ni siquiera vale la pena intentarlo. La infidelidad, he ahí por qué Viola parece haber perdido todo interés en mí y pasa tan poco por su casa. Tampoco he olvidado su misterioso viaje a Estocolmo. Me quedo sin argumentos, ya no consigo encontrarle excusas: Viola me ha mentido sobre Hasse y probablemente también sobre el billete de tren. Y cuento con averiguar por qué.

Decido proceder de manera metódica. No tiene sentido interrogar a Viola a propósito de la foto, eso traería consigo otras mentiras y me vería acusada de «hurgar en sus asuntos», de «meterme donde no me llaman». Encontraré lo que busco registrando su piso centímetro a centímetro, con absoluta discreción y cuidando de volver a dejarlo todo en su sitio. Acabaré por penetrar su secreto. Miraré por todas partes, en los cajones, debajo del colchón, en sus bolsillos y en su bolso. Y también en los lugares menos evidentes, en la cisterna del inodoro, debajo de las tablas del suelo, al dorso de los cuadros...

Se me ocurre que con ello podría herir a la persona que amo, pero eso no me detiene. Actúo así en interés de ambas. No quiero que haya mentiras entre nosotras. Tengo fundadas esperanzas de comprender por qué Viola me oculta su relación con Hasse.

Heme aquí sola en casa de Viola. Acabo de pasarme una hora registrando. Oigo un ruido detrás de la puerta y me quedo paralizada, con la mano en el tirador de un cajón. ¿Viola, ya? Sin embargo, el ruido de pasos, de la llave girando en la cerradura, de la puerta que se abre y vuelve a cerrarse provienen

de casa de la vecina. Respiro hondo y abro el cajón. Ya lo exploré hace unos días, pero tal vez pasé algo por alto...

Prosigo mi búsqueda. Nada escapa a mi curiosidad: los bolsillos de Viola, los calcetines arrollados en una bola, la despensa, las maletas guardadas debajo de la cama. Presto especial atención a la cómoda y a los cajones del escritorio, llenos de recuerdos instructivos.

Acabo por descubrir las cartas de su amor de juventud, Eleonor Mosse, atadas con una cinta de seda azul y guardadas en el compartimento de una de las maletas bajo la cama. Dichas cartas siguen vinculándola a su primer idilio y, aunque la última date de más de cinco años atrás, el descubrimiento se me antoja de significativa importancia. Viola las ha conservado, prueba de que sigue albergando sentimientos por Eleonor.

Eleonor, Hasse; los celos me devoran mientras leo las cartas con mano temblorosa, veinticinco en total. Es una sensación extraña, a un tiempo placentera y dolorosa, como cuando no puedes evitar rascarte una costra para aliviar la comezón.

Me demoro en la descripción de sus contactos físicos, sus caricias, sus besos robados en el calvero, detrás del internado, y las raras ocasiones en que se atrevieron a pasar la noche en la misma cama mientras todos dormían. Eleonor escribe que espera volver a ver pronto a Viola y que alquilarán una habitación pretendiendo ser tan solo dos amigas que viajan juntas. Las cartas datan del año que siguió al último curso del internado, debían de tener diecinueve años. Eleonor había ido a Uppsala para proseguir sus estudios, y al parecer Viola había encontrado trabajo en Estocolmo.

Las cartas contienen pasajes cuyo sentido se me escapa, por ejemplo, cuando Eleonor evoca acontecimientos o a personas de los que nunca he oído hablar. Eso me frustra, y cuanto más enigmático es un pasaje, mayor significación le atribuyo. Tamaña incompreensión me pone todavía más celosa

e inquieta, aunque nada indique que Viola y Eleonor sigan en contacto. No encuentro más cartas, y no es por falta de buscar; finalmente, Eleonor, Hasse..., ¿qué diferencia hay? Viola se me escapa, lo percibo cada vez con mayor claridad. En mi presencia se muestra distante y distraída. Ya solo hacemos el amor muy de vez en cuando. Estoy obsesionada con el miedo a perderla, por encima de todo querría comprender los motivos de su desamor. Rememoro la vez en que desapareció sin decir palabra y los celos me envenenan. Sigo registrando. En el último cajón encuentro una caja vieja que contiene pequeñas imágenes. Querubines de carrillos sonrosados y bucles dorados, lánguidamente recostados en nubes azul celeste, gatitos en cestas, grandes ramos de flores multicolores. Me asombra que Viola haya conservado esas imágenes de su infancia, cuando jamás da prueba de sensiblería.

Me sorprendería mucho encontrar algo interesante en esas ingenuas imágenes. Con todo, no quiero dejar nada al azar y decido echarles una ojeada. Tras haber examinado el resto del cajón —sus cuadernos escolares, notas, varias estilográficas, dos frascos de perfume vacíos y una bombonera rebosante de collares más o menos costosos, pendientes y broches amontonados al buen tuntún—, vuelvo a dejarlo todo en orden, cierro el cajón y me dirijo a la cocina para tomar un bocado.

Como de costumbre, no hay gran cosa que llevarse a la boca. Varias botellas de cerveza y un trocito de salchichón seco. En la despensa, arriba del todo, encuentro harina, avena y una bolsita de guisantes amarillos, que sin duda llevan ahí desde los tiempos de la señora Schmidt. Ni siquiera un trozo de pan. Me contento con el salchichón, lo muerdo, su sabor ahumado me invade el paladar. Me acerco a la ventana; me gustan las vistas a la calle, supone un cambio respecto del patio trasero que se ve desde casa de mis

padres. En el exterior, la gente camina con dificultad contra el furioso viento, con la cabeza gacha bajo la lluvia.

Oigo el ruido de la llave en la cerradura. Esta vez es Viola. Voy a su encuentro. Parece agotada y me dirige una mirada sorprendida, en la que puedo leer irritación.

—Ah, estás ahí... Creía que habrías vuelto a tu casa. Es tarde —dice.

Arroja el abrigo, el sombrero y el bolso en el sillón más cercano.

Luego procede a quitarse las botas con un suspiro, sin decir palabra.

—Me apetecía esperarte —murmuro.

—Hace demasiado frío fuera. No puedo más. Después de la guerra me instalaré en Francia.

—¿De veras?

—Pues sí, ¿por qué no?

—¿Y qué voy a hacer yo en Francia? No hablo ni jota de francés.

—Sabes muy bien que después de la guerra Georg volverá.

Va hasta la ventana, echa un vistazo al exterior y cuelga el papel del toque de queda. Luego se dirige al sofá para tenderse en él y bosteza ostensiblemente.

—Tengo hambre, pero estoy demasiado agotada para comer —murmura con los ojos entrecerrados.

Me siento en el suelo, a su lado. Le acaricio el cabello, sé que le gusta; ella cierra los ojos.

—De todos modos, aquí no tienes nada de comer.

—Lo sé.

—Puedo ir a buscar algo a mi casa. Un poco de pan y queso.

Me gustaría tanto cuidarla, resultarle indispensable, hacer lo que sea para que no se canse de mí... Viola abre un ojo y vuelve a bostezar.

—No es necesario. Lo que me gustaría ante todo es dormir.

—Ya veo. ¿Quieres que vuelva más tarde?

Me da unas palmaditas en la mano sin mirarme.

—No, gracias. Estoy demasiado fatigada. Ya sabes, he trabajado en turnos alternos durante dos días, no sé cuánto hace que no duermo...

Trato de ocultar mi decepción. Sigo sin moverme. Al cabo de un momento parece haberse adormilado y me pregunto si todavía percibe mi presencia. Querría que me mirase. Necesito que lo haga.

—¿Sabes el hombre al que invitaste a tu casa hace algún tiempo? ¿Hase?

Viola abre de nuevo un ojo.

—¿Sí?

—Su cara me dice algo. ¿Estás segura de que no lo habías visto antes?

—Completamente segura. Lo conocí ese día, al igual que tú...

Su mentira me hace daño. Observo su bello rostro pálido, sus párpados ahora cerrados.

—Oh, vaya. Me decía que igual se trataba de un viejo amigo.

Pasa un ángel. Aguanto la respiración.

—En absoluto —responde, finalmente, dándome la espalda—, te digo que no lo conocía de antes.

Una noche, mientras estoy en casa de Viola registrando metódicamente entre sus libros, suena el teléfono. Sobresaltada, devuelvo con rapidez a su sitio el libro que tengo en la mano, una obra teatral de Schiller. Me siento pillada en flagrante delito. El timbre rasga el silencio, permanezco clavada en el sitio.

Nunca había oído el teléfono en este piso, solo ahora me doy cuenta. Me acerco al aparato con la misma precaución con que lo haría un animal salvaje. Finalmente, el timbre calla y vuelvo a respirar, pero apenas un minuto más tarde vuelve a empezar.

¿Qué hacer? ¿Y si es Viola, que supone que estoy en su casa y trata de ponerse en contacto conmigo? ¿O el tal Hasse? Reconocería su voz, estoy casi segura. Finalmente, me armo de valor y descuelgo el auricular. La comunicación es mala, en un primer momento únicamente oigo un débil chisporroteo. La que supongo que es una telefonista dice rápidamente algo, y luego una voz grita ¡*hello, hello!*, pero queda cubierta por la algarabía de otras conversaciones.

—¿Diga?

El chisporroteo continúa, similar a un zumbido eléctrico. De pronto, una voz clara e inteligible, como si la persona se encontrase en esta misma estancia:

—*Hello, Violet? Is that you?*

Es una voz de hombre. Estupefacta y nerviosa, aprieto con fuerza el auricular y escucho. El hombre repite el nombre de Violet, pero cuando me dispongo a responderle, cuelga. Me quedo un instante allí plantada, con el auricular en la mano, y cuelgo a mi vez.

Me paso otra hora recorriendo los libros de Viola, lista para contestar si el teléfono llega a sonar de nuevo. Cuando ella regresa, no menciono la llamada.

Durante varias semanas vuelvo del revés cada objeto de su piso, sin encontrar el menor indicio que demuestre que mantiene una relación íntima con Hasse. Ahora conozco hasta la menor de sus cosas, incluidas sus cartas personales. He devuelto asimismo la foto de Hasse a su sitio, detrás de *El pozo de la soledad*, ya no la necesito.

Me siento obnubilada por la sensación de que algo se me escapa, y solo al recordar la llamada telefónica de Inglaterra tomo conciencia de este detalle: la única vez que he visto a Viola al teléfono fue en el Hotel Angleterre. Pero

en aquel momento estaba demasiado nerviosa y excitada para reparar en el hecho de que hablaba en inglés. Ahora me viene a la memoria el montón de papeles que tenía en el regazo y que, tras arrollarlos, se guardó en el bolso.

El recuerdo es borroso, pero cuanto más pienso en ello, más convencida estoy: no se trataba de anotaciones comunes y corrientes. Más bien parecían rayas, ondas, pequeños círculos y paréntesis. Todo aquello se me antojó extraño, pero, llevada de la intensidad del momento, no pensé en hablarle de ello. Ahora mismo estoy convencida de que reconocería esas notas, si pudiera echarles mano. Ya he registrado el bolso de Viola varias veces. Evidentemente, tal vez no las haya conservado. Puede que las haya destruido, o escondido en otra parte. Con el fin de salir de dudas, reanudo mi búsqueda por el piso, esta vez todavía más meticulosamente.

Pocos días más tarde, como si hubiera adivinado mis intenciones, Viola me hace por primera vez preguntas embarazosas sobre la manera en que paso el tiempo en su piso. Quizá se ha enterado, de un modo u otro, de que habían cogido el teléfono en su ausencia. Mucho antes de que aborde la cuestión, percibo, por su manera de mirarme, que está tensa.

Como de costumbre, he ido a su casa después de cenar para esperarla. Esperarla y registrar. Cuando llega Viola, estoy sentada en el sillón y hojeo un número atrasado de *Idun*.

Sin una palabra, sin una sonrisa, pasa por delante de mí para dirigirse al dormitorio; sale vestida con un pijama y un cárdigan. Aparentemente disgustada, se sienta en el sofá y me mira de hito en hito.

—¿Aún sigues aquí?

Dejo la revista.

—Sí..., ¿te molesta?

—Me gustaría estar sola de vez en cuando.

—Pero... tú me diste las llaves. Creía que...

—¡No era una invitación a instalarte aquí de forma permanente!

Sus palabras me producen el efecto de una bofetada. Las lágrimas me anegan los ojos.

—¿Tus padres no se preguntan a quién vas a ver todas las noches?

Me enjugo los ojos y me defiendo:

—Les digo que voy a casa de una amiga. Judit o Ida. Bueno, la verdad es que Ida no existe...

—¿De manera que les mientes?

—En realidad, no. Antes de que Judit conociera a Krystof, iba con frecuencia a su casa...

—¿Y Georg? ¿Está al corriente de lo nuestro?

Meneo la cabeza.

—O sea, que también le mientes a él.

Ha ido demasiado lejos, mi estupefacción se muda en cólera.

—Pero, por Dios bendito, ¿qué quieres que haga? ¿Escribirle para decirle que lo engaño con una mujer mientras está preso?

No responde. Se limita a exhibir una expresión suspicaz.

—Mi vecino dice que vienes aquí todos los días y a veces te vas justo antes de que yo vuelva. ¿Qué haces en mi ausencia?

Me pilla desprevenida, apenas empiezo a recuperarme de su pregunta sobre Georg. El soplón debe de ser el solterón del piso de enfrente. Un hombre calvo y del montón, de unos cincuenta años, con el que he debido de cruzarme una o dos veces en la escalera. Creo que se llama Krantz y que es dentista. Aunque apenas me salude, al parecer se ha entretenido en espiar mis idas y venidas a casa de Viola.

Me dispongo a responder, cuando ella prosigue:

—¿Te das cuenta de que lo sabía, antes incluso de que Krantz me

informase? Puede que mi casa sea un caos, pero conozco muy bien el emplazamiento de mis cosas y a veces no las encuentro donde deberían estar. De manera que, dime, ¿qué estás buscando exactamente?

Por el momento no me queda otra opción que negarlo. No quiero perderla. Además, tengo la impresión de que se está marcando un farol. He ido con mucho cuidado y no creo haber dejado ninguna huella. Me esfuerzo por sostenerle la mirada.

—Tu vecino se equivoca —le digo, sorprendida por mi propia seguridad.

Viola me mira con desconfianza. Antes de que tenga tiempo de replicar, prosigo:

—Me parece increíble que confíes más en él que en mí. No sé qué lo lleva a mentir así, pero tú me conoces, Viola. Es verdad, he pasado tiempo aquí esperándote, pero de ahí a acusarme de espiar...

—Yo no he dicho eso —objeta.

—Sí, prácticamente. Puede que haya echado un vistazo a tus cosas, que haya leído algunos de tus libros o revistas, pero ¿no está prohibido, verdad? A veces la espera se me hace larga, como sabes. Ahora bien, si quieres, te devuelvo las llaves. Solo tienes que decírmelo.

No me atrevo a imaginar cuál será mi reacción si Viola me pide las llaves. Sin embargo, mi determinación empieza a hacerla vacilar.

—No veo por qué Krantz tendría que decir eso si no fuera verdad.

—Puede que se haya hecho una idea equivocada, o quizá le guste exagerar las cosas. Sin duda por su parte estaría encantado de tener las llaves de tu piso, por solterón que sea.

Viola asiente sin decir palabra. Dejo que digiera mis palabras.

—Entonces, ¿no es cierto? ¿Palabra de honor? —me pregunta finalmente.

—Desde luego que no. Te quiero, Viola.

Parece dudar un momento más, pero al final se decide.

—Puedes quedarte con las llaves. Eso sí, Kerstin, por favor, no toques mis cosas cuando no estoy. Y no vengas todos los días. ¿No te gustaría también a ti que en ocasiones te dejaran respirar? Mi trabajo es... muy absorbente. Necesito soledad de vez en cuando. ¿Puedes entenderlo?

—¡Claro que sí! Tendrías que habérmelo dicho antes, no soy clarividente. Además, me diste las llaves, y lo interpreté como una invitación a vernos lo más posible.

Viola esboza una vaga sonrisa, yo me levanto y voy a sentarme a su lado en el sofá. Nos quedamos así, codo con codo, no me atrevo a tocarla. De pronto se vuelve hacia mí.

—Puede que me haya pasado un poco. Esta horrible guerra nos vuelve paranoicos, ¿no te parece? Y mi trabajo no hace sino agravar las cosas. Todos los días me recuerdan lo que los alemanes nos tienen reservado. Y resulta tan fácil volverse desconfiado en semejantes circunstancias...

Le digo que lo entiendo. Entonces apoya la cabeza en mi regazo y le acaricio el cabello. El peligro ha pasado, pero sé que he despertado su suspicacia. En lo sucesivo tendré menos libertad para registrar. Debo ir con más cuidado, alejarme del piso, demostrarle que puede confiar en mí de nuevo.

No por eso pienso abandonar. Sé que me oculta algo, debo averiguar lo que es cueste lo que cueste.

Poco después empiezo a notar olor a tabaco en casa de Viola. Al principio no presto especial atención, Viola fuma y olvida con regularidad airear el piso antes de irse a trabajar. Sin embargo, ese aroma tiene un toque distinto, especiado, y un día, al inclinarme para recoger un alfiler caído al suelo, encuentro una pipa debajo del sofá del salón. Viola está en ese momento en el cuarto de baño, refrescándose tras una larga jornada de trabajo. Me llama y me pide que le lleve la toalla que ha dejado encima de la cama.

Hace días que no venía a su casa. Ambas tenemos la menstruación y, debido a los calambres y el vientre hinchado, debemos contentarnos con hacernos carantoñas. En los servicios, los paños higiénicos cosidos con cordel siguen siempre igual de rojos en el centro; las manchas jamás desaparecen, ni siquiera con agua hirviendo.

En el dormitorio reina un olor a cerrado y a sábanas sucias. La cama está siempre deshecha. Enciendo la luz para ver mejor; se adivina la huella de nuestras cabezas sobre las almohadas. Encuentro la toalla en el borde de la cama y, de paso que la recojo, observo las sábanas en busca de pruebas, tal vez manchas, o pelos negros, que no pertenecerían ni a Viola ni a mí...

—¿Vienes o no? —grita Viola.

—¡Ya voy!

Entro en el cuarto de baño y le tiendo la toalla. Está medio desnuda, acaba de lavarse los brazos y la cara. Es presa de tiritones.

—Gracias —murmura.

Cierro a mi espalda antes de volver al dormitorio. Encuentro en efecto una pequeña mancha lechosa en las sábanas. En el momento en que me acerco para verla mejor, Viola entra en la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta con el ceño fruncido.

Solo lleva la falda y los calcetines, y se ha envuelto la cabeza con la toalla. Me incorporo y balbuceo:

—Nada. Me estaba diciendo que tal vez sería hora de cambiar las sábanas. Puedo ayudarte...

Empiezo a deshacer la cama. Ella me observa un instante, luego se encoge de hombros y va en busca de un jersey. Dejo la pipa donde está a fin de que Viola no sepa que la he descubierto.

Y cuando vuelvo, al día siguiente, la pipa ha desaparecido.

Mediados de noviembre, primeras nieves. Una tarde, al volver del trabajo, miro revolotear los blancos copos por el aire. Pronto hará dos meses que no tengo noticias de Georg. Me he dedicado tanto a Viola que ni siquiera me he dado cuenta de que no había recibido respuesta a mis diversas cartas. Nunca había ocurrido con anterioridad. Georg siempre ha sido muy regular.

La mala conciencia me atormenta. ¿Y si se hubiera puesto enfermo? Es probable que los dirigentes de Stensele ni siquiera se tomaran la molestia de informarme. En el norte de Suecia ya es invierno. Va a necesitar ropa suplementaria. Estoy firmemente decidida a adjuntar a mi próxima carta varios pares de calcetines, así como una tarta o un paquete de cigarrillos..., si es que encuentro.

Sí, esta vez le enviaré mi ración completa de cigarrillos. Por lo general, entrego todos mis cupones de tabaco a mi madre, que los cambia por

mantequilla, azúcar, huevos y carne. Decido asimismo enviar a Georg un jersey bien abrigado.

El 18 de noviembre los ingleses sueltan por error una bomba sobre Lund, pero, afortunadamente, nadie resulta herido. Varios días más tarde, gran parte de Berlín resulta devastada tras varios días de ataques aéreos. Viola y yo ya no hablamos de lo que ocurre en Alemania ni del hecho de que los civiles, víctimas de los bombardeos ingleses y americanos, abandonen las ciudades. Ella considera que se lo han merecido, y arguye que los ingleses están pasando por lo mismo. No puedo evitar que me duela por los niños, los enfermos, las madres. Después de todo, no es su guerra.

Pongo sumo cuidado en evitar toda confrontación con Viola. La última vez gritó que los alemanes habían exterminado a un número pavoroso de judíos, tal vez a millones.

Un día de nieve decido seguirla. Tomo esa decisión precipitadamente, un domingo por la tarde, cuando se dispone a salir hacia el trabajo. Ahora estoy al corriente de su empleo del tiempo: suele tener días libres a mitad de semana, cuando yo estoy en la Colonial. En fin de semana rara vez ocurre; de todos modos, hoy hemos podido comer juntas: albóndigas en salsa de perejil, cocinadas por mí.

Después de comer, escuchamos la radio y leemos juntas. Nos hemos acomodado en el sofá, Viola descansa la cabeza en mi regazo. Sin embargo, algo no va bien. Me cuesta concentrarme en el crucigrama. Acabo entendiendo por qué: el olor a pipa, que de nuevo invade el piso y que, por así decirlo, ha impregnado los cojines.

—Vaya, ¿has tenido visita? Hay un olor como a pipa...

Si me lo confiesa todo ahora mismo, la perdonaré, sea cual fuere la verdad.

Si confiesa que ha venido Hasse, que lo conoce desde hace años... Entonces todavía tendremos alguna posibilidad. Ruego por que no me mienta una vez más. La miro fijamente a la cara. Su cabeza sigue posada en mi regazo. Su mirada es tranquila, la frente lisa.

—Ignoro de qué me hablas... Ah, sí, el portero del edificio pasó hace un rato. Tengo problemas con el grifo de la cocina, gotea. Puede que haya sido él...

Ambas sabemos que el portero no fuma en pipa. Rara vez lo vemos sin un trozo de *snus* bajo el labio superior. Los vecinos se lo regalan por Navidad en agradecimiento a sus desvelos.

—Sí, puede que haya sido él —repito en voz baja.

Me entran ganas de sacudirla violentamente. Y también de llorar. Al final no hago ni lo uno ni lo otro, pero la cólera y la desazón subsisten. ¿Acaso pretende burlarse de mí al soltarme un embuste tan grotesco? ¿Ni siquiera se toma la molestia de buscar explicaciones creíbles?

Viola tiene que irse. Parece nerviosa, incómoda; se acerca a la ventana y mira a la calle.

—No me apetece nada salir —dice con un suspiro antes de volverse hacia mí—. ¿Has visto qué tiempo hace?

El viento hace vibrar los cristales de las ventanas, estoy tiritando.

—Pobrecita mía —digo con voz neutra.

Me acerco y ella me abraza, apoya la cabeza en mi hombro. Nos quedamos así un rato, mirando afuera.

—¿Por qué seré la única que tiene que trabajar un día como hoy? ¡En domingo!

—Llámalos, diles que estás enferma.

—Solo faltaba eso. Imagino perfectamente lo que replicaría mi jefe: «¡Estamos en guerra! A menos que la señorita Ahrle esté a las puertas de la

muerte, es su deber presentarse mucho antes de que empiece su servicio. ¡Está en juego la nación!»

—¿De verdad habla así el tal... Hasse?

—Más o menos. De manera que no tengo elección, debo prepararme, ponerme las medias de lana y los botines forrados...

La sigo al dormitorio y la miro vestirse. Ya van varias semanas que no hacemos el amor. Contemplo con dolor sus esbeltas formas. Percibo con claridad que entre nosotras algo se ha roto.

Un instante más tarde está en el recibidor; se abrocha el abrigo, se pone los guantes y se cuelga el bolso al hombro.

—¿Cuándo volverás?

Adopta ese aire profesional que tan bien le conozco. Ya no queda el menor rastro de la Viola quejumbrosa, frágil, que no deseaba asomar la nariz al exterior.

«Le encanta lo que hace. Se queja, pero en el fondo le encanta.»

—No antes de mañana. Y tarde; no sé si podremos vernos... Estaré reventada.

—Lo entiendo.

Me dirige una sonrisa prometedora pero distante. Sé que ya está lejos.

—Puede que vaya a llamar a tu puerta —dice—. Si tengo fuerzas.

Me da unas palmaditas en la mejilla y un beso apresurado. Acto seguido da media vuelta y baja a paso ligero; su *Hasta luego* resuena en el hueco de la escalera.

Cierro la puerta. Me dispongo a volver al salón, cuando de pronto mis ojos tropiezan, en la entrada, con mi abrigo y mis botas, rodeadas de un charquito de agua. En apenas unos segundos estoy vestida para salir, y me precipito hacia la calle. No oigo los pasos de Viola en la escalera, ya ha salido del edificio.

Me sorprende no haber pensado antes en seguirla. Por fin voy a averiguar dónde trabaja, pero debo tener cuidado. Una vez en la calle, dirijo una mirada en derredor. Diviso la silueta de Viola a través de las rachas de viento y me lanzo en su persecución. La nieve amortigua el ruido de mis pasos, pero el granizo me azota el rostro y se me cuele por el cuello, los guantes y el abrigo. Lamentablemente, Viola tenía razón, hace un tiempo de perros, no es de extrañar que las calles estén desiertas. Los escasos coches que circulan por Amiralsgatan avanzan al ralentí.

Viola cruza la calle, pero en lugar de tomar la dirección del centro, se dirige hacia el oeste, coge Kungsgatan y minutos más tarde Storgatan. Permanezco a unos treinta metros; una o dos veces estoy a punto de perderla de vista.

Pasa con rapidez por delante de la prefectura, sita en la plaza Davidshall. Si llega a volverse, no podrá reparar en mi presencia: una pantalla de nieve espesa me hurta a su vista.

Gira a la izquierda en Fersens väg. La veo desaparecer detrás de una puerta de madera gris claro, estilo Art Nouveau. Corro hacia la puerta y agarro la manija; está cerrada, Viola debe de tener llave.

¿Así que es ahí donde trabaja? Ese edificio no tiene nada de oficina. Cruzo la calle para tener una visión de conjunto. Como me quedo quieta, el frío no tarda en apoderarse de mí; doy pataditas y hundo las manos en los bolsillos, fingiendo mirar los escaparates, aunque cabe decir que no hay gran cosa que ver tras cinco años de guerra.

Me apoyo en un coche allí aparcado. Trato de adivinar detrás de qué ventana se encuentra Viola. Aquí y allá se ven lámparas encendidas. Distingo dos siluetas detrás de una ventana del tercer piso. Amusgo los ojos, pero la distancia es demasiado grande. No consigo saber si se trata de Viola. De repente, la luz se apaga y las siluetas desaparecen.

¿No me dijo Viola que Hasse había encontrado piso en Fersens väg? Estoy casi segura, sí, le han prestado uno para que pueda instalarse con su familia en Malmö. No obstante, Viola me ha mentido ya tantas veces, sin ir más lejos hoy mismo, sobre lo de la pipa... Es posible que Hasse no viva allí en absoluto y que lo de su mujer y sus hijos sea asimismo otra invención.

Ya no siento los pies a fuerza de esperar, tengo todo el cuerpo entumecido. Ni rastro de Viola. De pronto surge de ninguna parte el conductor del coche en el que estoy apoyada. Me dirige una mirada extraña; solo en ese momento tomo conciencia de que las lágrimas ruedan por mis mejillas.

Retrocedo unos pasos para que no imagine que lo esperaba y le dirijo una sonrisa de disculpa, al tiempo que me seco las lágrimas con los guantes mojados. El coche arranca y se aleja, privándome de escondite.

Empieza a caer la noche. La luz del tercer piso sigue apagada en el momento en que, con los pies congelados, cruzo la calle y me dirijo hacia la entrada del edificio. Casi he llegado, cuando de repente la puerta se abre y Viola sale por ella, acompañada de un hombre vestido con un abrigo militar: Hasse.

Me precipito de nuevo detrás de un coche, rogando por que no me hayan visto. Siguen allí pero no miran en mi dirección. Viola se arrebujaba un poco más con el abrigo y Hasse se sube el cuello del suyo. Hablan unos minutos y luego Viola se pone de puntillas y lo besa. Los observo pasmada a través del cristal de una ventanilla.

Siempre acuclillada, hundo el rostro en mis guantes empapados. Finalmente, cuando me levanto, decidida a plantarme delante de Viola, los dos han desaparecido.

No recuerdo cómo he vuelto a casa. Sé que de regreso en Kornettsgatan, mi desazón se ha transformado en cólera; ya no lloro. Voy directamente al

piso de Viola. Todos mis intentos de encontrar pruebas han fracasado. He debido de pasar algo por alto, algún indicio crucial. Ahora estoy decidida a encontrar una respuesta.

Tras haber registrado varias horas, la obtengo, en el lugar más improbable, la pieza donde Viola pasa menos tiempo: la cocina. Esta vez vació el estante de las bolsas de harina, avena y guisantes amarillos, y meto las manos hasta el fondo.

En la bolsa de guisantes descubro un cilindro metálico. Una especie de tubo neumático. Lo abro; contiene papeles finos repletos de signos incomprensibles, similares a los del Hotel Angleterre. A fin de no despertar sospechas, extraigo dos y devuelvo el resto al cilindro, que introduzco de nuevo en la bolsa de guisantes.

Sé a quién consultar: a Börje. Gracias a su red de contactos sabrá encontrar respuestas, y estoy segura de que no me traicionará, tiene demasiado que perder.

No tengo manera de ponerme en contacto con él, debo esperar al día de la semana en que viene a comer a casa. Trato penosamente de digerir la traición de Viola. En lo sucesivo me veré obligada a hacer comedia también con ella, ponerme otra máscara, además de las que ya llevo ante mis padres y en la fábrica.

Börje está sentado a la mesa de la cocina tomando una sopa de guisantes. No tiene muy buena cara. Lleva varios meses tosiendo. Mi madre le ha preparado una mixtura de agua y miel, cuidadosamente dosificada a fin de no malgastar el precioso líquido. Está pálido, cansado, y se deja puesta la bufanda incluso dentro de casa. Mi madre da vueltas a su alrededor como una mariposa enloquecida.

—Al menos no se trata de una neumonía —dice, poniéndole la mano en la

frente.

—Déjalo, mamá. Si fuera eso ya estaría muerto, después del tiempo que llevo tosiendo. No tengo ninguna dificultad para respirar.

—Deberías ir a que te viera un médico.

Busca a su marido con la mirada. Este asiente.

—Tiene razón, ve a ver al doctor Gustafsson, solo para estar seguros. No te preocupes, le pagaremos —dice sacando la cartera.

Börje suspira.

—Dejadlo estar, por Dios... Tengo dinero, si he de consultar a un médico, puedo pagarle yo mismo.

Nuestro padre saca un billete de cinco coronas y se lo tiende.

—Cógelo de todas formas.

—He dicho que no. No tengo tiempo. Por lo demás, no hay nada que hacer.

Visiblemente irritado, se seca la boca y se levanta, pero de nuevo es presa de un ataque de tos. Lo miramos preocupados. Tras haber tosido unos minutos, está más pálido que nunca y tiene los ojos rojos e hinchados.

—Has de ir a que te visiten —insiste nuestra madre.

Mi hermano se resiste, dice que lo único que necesita es algo fuerte, algo que lo ayude a dormir, whisky, por ejemplo, ya que el aguardiente no obra el mismo efecto.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunto.

No le da tiempo a responder. Nuestro padre le sugiere que pida al señor Roslund unas horas libres para ir al médico. Ambos siguen creyendo que Börje trabaja con él como aprendiz.

Börje acaba por ceder. Nuestra madre, aliviada, esboza una sonrisa.

—¿Quién quiere postre? Puedo hacer torrijas.

Mi hermano rehúsa, dice que tiene que irse, que ha quedado con un amigo.

Apenas ha tocado la sopa.

—¿Me has preparado la ropa? —pregunta a nuestra madre, que se apresura a ir a buscarla.

—Te acompaño —le digo a Börje, lamentando un poco lo de las torrijas.

—No es necesario —replica.

—Sí, sí, necesito tomar el aire...

Cinco minutos más tarde estamos en la calle. Mi hermano lleva la ropa limpia debajo del brazo. Camina a largas zancadas hacia el sur, casi he de correr para seguirlo.

—¿Adónde vas?

Sin responder, evita mi mirada.

—Menuda jeta tienes, mintiendo así a los papás, ¿no te parece? ¿Cuándo piensas decirles que ya no trabajas para el señor Roslund?

Börje se para en seco.

—¿Qué intentas decirme? ¿Que se lo vas a contar tú?

Vuelve a apretar el paso. Nos dirigimos hacia Möllevångstorget, atravesando las calles desiertas del barrio de Södervärn. El aire es cortante, aunque la nieve se haya fundido hace poco. Busco la manera de pedirle consejo sobre las notas de Viola, pero salta a la vista que está picado.

—¿Era realmente necesario decir a los papás que tal vez tenía motivos para estar asustado? Te lo advierto, no te conviene meterte en mis asuntos.

Lo agarro del brazo y lo obligo a detenerse. Le digo que lo que haga me es indiferente, que vaya al médico o no me trae sin cuidado, es ante todo en nuestros padres en quienes pienso. Es obvio que eso lo hiere, pero al menos aminora el paso.

—Se lo diré cuando llegue el momento. Antes tengo cosas que hacer. Negocios que cerrar.

Atravesamos algunos barrios más, codo con codo, y, tras tomar

Amiralsgatan, recorreremos Falsterbogatan, a cuyo extremo se encuentra el parque del Pueblo, que tiene las farolas apagadas; la noria permanece inmóvil, y los árboles seculares apuntan siniestros sus copas hacia el cielo negro. Sigo sin saber adónde nos dirigimos.

—¿Ahora vives por aquí?

Mi hermano da una última calada y tira el cigarrillo.

—Vivo en el barrio de Möllevången. En casa de una mujer.

—¿Una mujer? ¿Quieres decir que... tienes novia?

—Nada de eso. Y tampoco tengo la menor intención. Pasa de los treinta años y está casada. Su marido está movilizado en Norrland... Ya sabes lo que eso significa.

No digo nada. No puedo por menos de preguntarme qué pensarían nuestros padres de esa situación.

—¿Piensas quedarte ahí mucho tiempo?

—No tengo ni idea. A priori, mientras me apetezca. O bien hasta que vuelva su chico. Por cierto, tú también tienes una aventura, ¿no? Hace una eternidad que Georg se fue. Comprendería que te hubieras cansado de esperar. Todas esas noches en que no duermes en casa... Los papás quizá te crean ocupada con protección civil o con Judit, pero a mí no me la das.

Lo miro estupefacta. Por un breve instante, me digo que lo sabe todo. Pero por la chispa maliciosa que brilla en sus ojos, comprendo que se está marcando un farol.

—No sé de qué me hablas. Desde que Georg se fue, ni siquiera he mirado a otro hombre.

Cosa que es cierta.

—¿De veras? —exclama Börje, sinceramente sorprendido—. Debes de ser endiabladamente más fuerte que yo a la hora de vencer las tentaciones.

Ríe con aire de entendido y debo controlarme para no decirle algo que más

tarde lamentaría. Además, mis intenciones son otras. Saco las dos hojas que llevo en el bolsillo desde hace una semana y se las tiendo. Hemos llegado a Kristianstadsgatan, no lejos de Möllevångstorget. No me apetece seguirlo hasta su casa; cuanto menos sepa respecto a él, y él menos sobre mí, mucho mejor.

—¿Podrías ayudarme a descifrar esto?

Examina las hojas con curiosidad.

—Es taquigrafía —concluye.

—¿Sabes leerla?

—No, pero seguro que Ursula puede ayudarnos. Ha trabajado como secretaria.

—¿Ursula?

—Sí, mi... Es en su casa donde vivo.

Intento recuperar las hojas.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en ella?

—¿Acaso tienes otra opción? ¿De qué se trata exactamente?

—Por el momento no puedo decírtelo. Pero necesito saber, Börje.

Me mira fijamente, pensativo, y se guarda las hojas en el bolsillo interior del abrigo.

—Veré qué puedo hacer —dice, inclinando el sombrero con una cortesía teñida de ironía—. Gracias por acompañarme, pero ahora es mejor que vuelvas. Las calles no son seguras en los tiempos que corren.

Me dirige una breve sonrisa, gira sobre sus talones y camina hacia la plaza.

—¿Hasta pronto? —le pregunto.

Finge no oírme.

Varios días más tarde envió una breve carta a Georg pidiéndole noticias.

No he recibido ninguna suya desde octubre. Ni siquiera me escribió para decirme si había recibido la ropa, la tarta y los cigarrillos.

Me esfuerzo por no alarmarme demasiado; mi preocupación en lo concerniente a Viola me acapara en mayor medida. Tengo que descubrir lo que me oculta. ¿Debo preguntarle o mejor hago como si no pasara nada? No quiero perderla, cosa que sin duda sucederá si llega a descubrir que he hurgado entre sus cosas y, por añadidura, birlado unos documentos.

No parece haber reparado en que faltan hojas; estos últimos tiempos incluso la encuentro más bien afable, y no da muestras de haber percibido la desconfianza que me inspira. Hasta me ha propuesto pasar una noche con ella en el Hotel Angleterre; hace tanto tiempo, cree que necesitamos divertirnos un poco.

Su propuesta me alegra pero sé que resultará difícil justificar mi ausencia ante mis padres; ya no hago guardia en el desván, lo dejé al mismo tiempo que Viola. Sin ella ya no me veía pasando las noches allí arriba. La señora Söderström se sintió decepcionada y me hizo la observación de que las alarmas no tardarían en intensificarse. Pretexté que estaba agotada. Desde entonces apenas me saluda.

A la semana siguiente Börje está de vuelta. Llevo varios días postrada en el lecho con una gripe de mil demonios. Apenas he comido, y la garganta me duele a rabiar, como si hubiera tragado hojas de afeitar. Los comprimidos que me da mi madre solo me alivian el dolor de cabeza. La noche pasada soñé con Georg. Caminaba por un paisaje indeterminado, vestido con harapos y llevando un hatillo, como un pordiosero. Me embargó una angustia inexplicable.

Ya es tarde cuando mi hermano llega a casa. Estoy acostada en el sofá,

pegada a la pared. Lo oigo sacar las hojas de Viola pero, en mi estado, apenas tengo fuerzas para escucharlo.

—Ya no tiene importancia —le digo—, olvídale.

—Imposible.

Se sienta en el borde del sofá.

—¿De dónde has sacado estas hojas?

—No puedo decírtelo.

Ríe entre dientes.

—Al principio pensé que estas notas no tenían ningún sentido. Aunque adivinamos que se trataba de taquigrafía, Ursula no logró interpretarlas enseguida. No obstante, acabamos comprendiendo que era porque estaban en otra lengua. Inglés, para ser exactos.

Me vuelvo hacia él. Börje parece un tanto agitado, presa de excitación. Debe de sentirse orgulloso de haber resuelto el enigma. No digo nada.

—Sé que mis actividades me llevan en ocasiones a cruzar los límites de la legalidad, pero no es nada comparado con esto —prosigue sentencioso.

Me incorporo con dificultad.

—¿Se puede saber qué intentas decirme?

—Esto es..., en fin, no sé cómo ha podido ir a parar a las manos de alguien como tú... Se trata de secretos militares. Secretos militares alemanes, en concreto. Mensajes o telegramas relativos a Suecia, Noruega y Dinamarca, traducidos al inglés. Probablemente informaciones que la persona que las ha recopilado piensa enviar a sus contactos ingleses.

—¿Estás seguro? Solo se trata de un par de páginas...

—Sí, pero están llenas de datos. La taquigrafía es como un alfabeto, un sistema de escritura abreviada. Mira, ¿ves lo densa que es? Solo esta hoja contiene al menos seis telegramas o mensajes, incluyendo el dorso.

—¿Cómo sabes que los mensajes de origen estaban escritos en alemán?

—A causa del contenido. Algunos parecen escritos por un comandante de batallón en Dinamarca. Uno de ellos menciona deportaciones de judíos daneses hacia campos de Polonia. Y este —añade volviendo la hoja—, detenciones de estudiantes y profesores noruegos.

Empieza a darme vueltas la cabeza. Las actividades de Viola, los secretos, las llamadas a Inglaterra, todo se vuelve clarísimo.

—De manera que es en eso en lo que anda metida...

—¿Quién anda *metida*?

Sin responder, recupero las hojas. Dudo si rasgarlas.

—Una amiga que trabaja como telegrafista en un centro subterráneo, aquí en Malmö; ignoro dónde exactamente. Habla con fluidez alemán e inglés. Su trabajo consiste en descifrar mensajes alemanes y traducirlos al sueco, pero es obvio que sus buenos y leales servicios no se limitan a Suecia. Lo cual puede explicar algunas cosas...

—¡No está nada mal! —exclama mi hermano—. Ignoraba que te codearas con gente tan interesante.

—¿Crees que está haciendo algo reprobable? Yo diría que está del lado correcto, ¿no? Todos afirman que Inglaterra y los Aliados ganarán la guerra.

—Tal vez. Si trabajase para los alemanes, evidentemente la cosa sería más grave... De todos modos, se trata de informaciones clasificadas como secreto de Defensa, revelarlas constituye un grave crimen. Debe de ser consciente de ello.

¿Por qué habrá guardado esas hojas? Quizá todavía no haya tenido tiempo u ocasión de transmitir los datos.

—Y si llegaran a desenmascararla, ¿qué sería de ella?

—No sabría decirte. La someterían a un consejo de guerra. Y sin duda iría a parar a la cárcel. Deberías avisarla antes de que sea demasiado tarde.

Börje me da unas palmaditas en la mano y acto seguido se levanta.

—Creía conocerte, hermanita. Siempre has seguido el camino recto: escuela, trabajo, marido. De no ser por la guerra, ahora tendrías hijos. Y hete aquí que de pronto me entero de que tienes una amiga espía. Apasionante. Si necesitas que te descifre más cosas, no dudes en decírmelo. Pero yo en tu lugar me distanciaría de esa persona. Lo digo por tu bien.

Cuando mi hermano se marcha, saco la caja donde guardo las cartas de Georg e introduzco las hojas en el fondo. No sé lo que haré con ellas más adelante, sin duda dependerá de Viola. No quiero comprometer nuestra relación, la idea de no volver a verla nunca se me antoja insoportable. El dolor sería mucho mayor que todo lo que he tenido que soportar hasta el momento. De todos modos, conservaré las hojas. Por si acaso.

A principios de diciembre, el Gobierno sueco decide formar a refugiados daneses y noruegos, a fin de que se incorporen a las fuerzas de policía y puedan intervenir cuando la ocupación alemana llegue a su fin. Los dirigentes parecen convencidos de que ya no falta mucho, un año a lo sumo.

Confío en que estén en lo cierto. En la Colonial, la situación se ha agravado: otras cinco de mis colegas han sido despedidas. La fábrica, con sus vastas salas vacías, se ha convertido en un lugar lúgubre. En estos momentos, con una sola de las diez largas mesas de la cantina nos basta a la hora de la comida. Algunas de nosotras ya han empezado a buscar trabajo en otra parte.

Las hojas de Viola me obsesionan; la idea de que sus actividades puedan perjudicar a Suecia me atormenta. Ya desde el comienzo de la guerra la dirección prefectoral nos previno a todos: «Una declaración irreflexiva puede perjudicar gravemente a toda la nación.» Se nos ordenó que no hablásemos con extranjeros, sobre todo en cafés o restaurantes, pero asimismo por teléfono o durante los desplazamientos.

La idea de verme superada por los acontecimientos me asusta, soy consciente de que he corrido riesgos. En cuanto al tal Hasse, ¿qué papel desempeña? ¿Es posible que ambos sirvan a la misma causa?

De vez en cuando, me siento a dos dedos de dejarlo correr, de no decirle nada a Viola. Intento convencerme de que jamás perjudicaría a Suecia con conocimiento de causa. No alberga malas intenciones.

Al mismo tiempo, empieza a resultarme difícil hacer como si no pasara nada. Sus mentiras nos distancian. Yo sigo queriéndola, pero ¿qué hay de sus sentimientos? Ya no habla de ir al Hotel Angleterre. Hasta parece haber olvidado que a veces lo hacíamos, y cuando se lo recuerdo, pretende que no tiene tiempo. En ocasiones desaparece varios días seguidos con sus noches. Una tarde me anuncia que quiere pasar la Navidad en otra parte.

—Necesito respirar. Estar sola. Reflexionar.

—¿Y adónde irás?

—Todavía no lo sé. Tal vez pregunte a mi madre si puedo disponer de la casa de verano, en Österlen.

Le cojo la mano.

—Deja que vaya contigo. Encontraré una excusa ante mis padres. Creo que podré disponer de algunos días libres...

Me aprieta la mano y luego la suelta.

—No, Kerstin, no es posible. Necesito estar sola. He pasado un otoño difícil, debido al montón de trabajo y... a todo lo demás. De hecho, ni siquiera sé si me darán vacaciones.

Le pregunto si en caso contrario piensa quedarse aquí. Responde que no, que entonces haría el trayecto de ida y vuelta entre Lund y Malmö todos los días, con el coche de su padre. Trato de averiguar si se ha cansado de mí; no dice nada. Quien calla, otorga.

—¿Has conocido a alguien? Dímelo.

Se levanta y, tras dar unos pasos, se vuelve hacia mí.

—Pero ¿qué demonios te pasa? ¡Menuda idea! De vez en cuando siento la necesidad de estar sola, incluso aunque esté enamorada. Y tú siempre estás ahí, Kerstin, casi nunca tengo un momento para mí..., me asfixio.

La discusión que sigue no tarda en agriarse; me deshago en lágrimas, la acuso de descuidarme, de considerarme algo que se da por hecho. Ella replica

que me equivoco, que no me hago desear lo suficiente, que siempre me tiene agarrada a sus faldas, que le impido respirar.

—¿Cómo puedes decir que te asfixio, si nunca estás aquí! —exclamo.

Estoy a un paso de evocar las hojas, aunque solo sea para asustarla, para ver su expresión estupefacta, pero me contengo. No quiero que se aleje con rostro inexpresivo, de manera irrevocable. No quiero que deje de amarme. Presa de un pánico aterrador, me sorprende pidiéndole perdón, colorada como un tomate, con el rostro bañado en lágrimas y farfullando, a fin de retenerla, que la amo. Me conmina a callarme.

—Estás haciendo el ridículo. Anda, levántate, no sigas en el suelo.

Tras incorporarme, me derrumbo en el sofá.

—Tengo que irme.

—No me dejes.

—Tengo que irme, es mejor para las dos.

—No. Es absurdo. No quiero que te vayas.

—No se trata solo de lo que tú quieras, Kerstin.

Pocos días más tarde nos reconciamos. Ambas lamentamos nuestras palabras. No obstante, Viola se atiene a su decisión: se irá por Navidad, diga lo que yo diga. Pongo buena cara, pero la ansiedad me corroe. Estoy segura de que quiere pasar las vacaciones con Hasse.

Pese al apaciguamiento, las dos somos conscientes: algo se ha roto de manera irremediable. La imagino aliviada, ahora ya dispone del motivo de ruptura ideal; en lo sucesivo, he de andarme con cuidado.

Mi impotencia está a la altura de mi cólera. ¿Quiere engañarme? Pues que me engañe. ¿Quiere romper? Pues que rompa, basta con una palabra. ¿Acaso ha olvidado cuanto he arriesgado por ella, mi matrimonio, mi familia, mi reputación?

Ella, en cambio, no ha corrido riesgo alguno. Con dinero todo se puede comprar. Puede cambiar de ciudad, encontrar trabajo en otra parte, un nuevo piso, otra a quien amar... Yo estoy atrapada aquí, y sin ella mi vida ya no tiene sentido.

No dejo de darle vueltas. Llego al extremo de decirme que se ha burlado de mí. Ahora que ya no le intereso, se vuelve hacia algún otro, Hasse en este caso.

Pasan los días. Ya no hacemos el amor. Nos besamos y nos tocamos sin entusiasmo. Nos amamos de manera mecánica y artificial. A veces leo la duda y la inquietud en su mirada; quizá le he puesto la mosca tras la oreja al preguntarle si había conocido a alguien...

Me siento desdichada, es cierto, pero sigue resultándome imposible concebir la vida sin Viola. Me esfuerzo por revalorizarme. Visto con esmero, como al principio. Le preparo sabrosos platillos, le masajeo los tensos hombros. No hago preguntas y me esfuerzo por mantener una conversación ligera y despreocupada. Ante todo, no presionarla, no avasallarla.

Viola no tarda en reparar en la diferencia; se relaja, su desconfianza se evapora, su sonrisa parece más espontánea. Me felicita por mi cocina, me hace cumplidos sobre mi peinado. Incluso elogia mi sentido del humor y mis «profundas reflexiones», cuando lo único que hago es mostrarme de acuerdo con ella.

La víspera de Santa Lucía me invita a pasar la noche con ella. Hace tanto tiempo, me dice con mirada cómplice. Tengo la sensación de haberla reconquistado, al menos momentáneamente. Sin embargo, no consigo que eso me alegre.

—¡No pongas esa cara! ¿Quieres beber algo? Tengo licor, o jerez. Sírvete y reúnete conmigo, te espero en el dormitorio.

Me besa en la oreja y se eclipsa.

Abro la despensa, saco los vasitos de licor y los lleno de jerez hasta el borde. Me tomo uno, luego un segundo; el alcohol me caldea la garganta, siento crecer en mí una dulce embriaguez. Lleno de nuevo los vasos y me reúno con Viola en la habitación. Está tendida en la cama. Aparta las mantas y separa ligeramente las piernas. Contemplo su sexo pero finjo no comprender su invitación; me apetece que las cosas transcurran a mi ritmo, según me plazca.

Me siento en el borde del lecho y le tiendo el vasito. Permanecemos así un instante, degustando el vino dulce. Luego me inclino hacia ella, apoyo la mano en su seno y le acaricio los pezones hasta que se endurecen. Gimiendo quedamente, Viola cierra los ojos, abre la boca y separa más las piernas. Mis manos se pasean por su cuerpo, el vientre, los muslos. Mis caricias, al principio titubeantes, se hacen más firmes. Cuando introduzco dos dedos en ella, abre los ojos, murmura «Kerstin» y me aprieta la mano.

A mi pesar, la excitación se apodera de mí. El calor invade mi entrepierna; me aparto, decidida a mantener el control.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Todo va bien.

Dejo que la excitación remita un tanto y entonces me desnudo y me meto debajo de las mantas. Me da vueltas la cabeza, el alcohol me ha dejado en la boca un regusto amargo. Viola no tarda en relajarse bajo mis caricias. Gime; cuando empieza a gritar, me detengo y le susurro:

—Ningún hombre sabría darte tanto placer.

Abre los ojos un instante y luego me coge la mano para llevársela entre las piernas. Las sábanas ya están húmedas; aparto la mano y me quedo inmóvil, hasta que Viola comprende lo que espero de ella.

—No, ningún hombre, desde luego. Solo tú, Kerstin. Te lo ruego...

Le doy lo que desea. Tras varios rápidos movimientos, se acabó. Observo su rostro cuando echa atrás la cabeza y contiene la respiración. Me quedo de mármol, hace ya rato que el deseo me ha abandonado. Me siento vacía. No he perdido el control.

En el momento de decirnos adiós, Viola me besa con ternura y afirma que se siente feliz de que todo se haya arreglado entre nosotras. Acordamos reencontrarnos al día siguiente, sábado. Si el tiempo lo permite, iremos a caminar, tal vez a Slottsparken o, sugiere ella, a Ribersborg. Viola parece tan serena...

Para mi gran desazón, al día siguiente me cruzo con Hasse en la escalera; baja de casa de Viola. Me quedo paralizada. Nos miramos de hito en hito un instante. Finalmente, me abre y me sujeta la puerta.

—Por favor...

Incapaz de decir una sola palabra, paso por delante de él. Me vuelvo, él se quita el sombrero y me saluda con un «Hasta la vista, señora»; acto seguido desaparece a largas zancadas. Me siento como fulminada. Anoche mismo Viola me dijo que estaría en el trabajo hasta las tres; una mentira más.

Subo los escalones de cuatro en cuatro hasta su casa y abro la puerta. Está en el cuarto de baño, oigo correr el agua. Recorro el piso con la mirada, buscando huellas del paso de Hasse. Nada en la sala. Me precipito hacia el dormitorio; me pone enferma la idea de encontrar las sábanas revueltas, de percibir en el aire el olor a sudor, de ver desparramadas por el suelo las ropas de Viola.

Todo está en orden. La cama está deshecha, como de costumbre. Aparto las mantas y paso la mano por las sábanas; están frías. Vuelvo al salón para esperar a Viola. Poco después, vestida con una bata y con el cabello mojado, sale del cuarto de baño, y se sobresalta al verme.

—¡Menudo susto me has dado! No te he oído entrar.

—¡No estás en el trabajo!

Me mira un instante y suspira.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta? —rezonga mientras se dirige al dormitorio.

La sigo y la miro vestirse.

—¡Te has lavado el pelo!

No dice nada. Mi presencia la incomoda, pero me importa un pepino. Hiervo de celos. Podría arrancarle los ojos.

—Me he cruzado con Hasse en la entrada.

Se para y me dirige una torva mirada. Parece reflexionar, buscar una nueva explicación falaz; finalmente, renuncia.

—Bueno, ¿y qué? Solo ha venido a buscar una cosa —dice con frialdad.

—¿Qué clase de cosa?

La voz me vibra de cólera contenida. Viola hace una mueca.

—Relacionada con el trabajo. No puedo hablar de ello, lo sabes muy bien.

—¿Y lo has recibido en bata? ¿Casi desnuda?

Está enfadada, pero se contiene. Y parece cansada.

—No empieces otra vez. ¿Ni siquiera tengo derecho a asearme?

La miro preparar tostadas y té. No hace el menor esfuerzo por justificarse más, por relajar el ambiente. Quiere que me vaya, me doy perfecta cuenta, pero no tengo la menor intención de hacerlo. Permanezco en el umbral de la puerta mientras ella se sienta a la mesa y finge leer el periódico.

Todo aquello de lo que la acuso me viene a la boca: haberme traicionado con Hasse, haberme mentido sobre su vida, haber pretendido que solo le interesan las mujeres... De manera que Hasse sería una excepción. ¿La única?

Sin embargo, ¿qué hacer? ¿Cómo abordar todo eso? Me dejo caer en la

silla, justo frente a Viola.

—Perdóname. No sé qué me ha pasado. Me he quedado tan sorprendida, como me dijiste que hoy trabajabas hasta las tres...

En un primer momento, Viola parece no haberme oído. Finalmente, deja el periódico.

—Ya sabes cómo están las cosas en mi trabajo. No tengo horarios regulares. Hoy he podido salir antes de lo previsto, mañana tal vez tenga que quedarme más rato.

—Lo sé —digo, fingiendo lamentarlo—. Olvidemos todo esto, no ha sido más que un estúpido malentendido. No permitamos que nos estropee el día, ¿te parece?

Me mira fijamente largo rato, antes de soltar:

—Sí, sería una pena.

—Subo a tomar un bocado, ¿quedamos hacia las tres? Hace buen tiempo, podríamos pasear a lo largo de la playa.

Sonríe y parece aliviada. Realmente debo de parecerle idiota.

—Una larga caminata y aire fresco es precisamente lo que necesito —responde desperezándose—. Llevo una semana delante de la máquina de escribir...

He esperado en vano que Viola me hablase espontáneamente de su relación con Hasse. No he pensado en la manera de sacar el tema a colación durante nuestro paseo, me he limitado a llevar conmigo las hojas que le birlé, decidida a utilizarlas en función del giro que tomasen los acontecimientos.

Atravesamos Slottsparken; a medida que nos acercamos al mar, el aire se carga de un aroma salado. Las gaviotas vuelan por el cielo chillando. Pasamos por delante de Malmöhus, una vieja fortaleza de ladrillo rojo, antaño prisión municipal. Los fosos están secos, patatas y algunas hojas de col

emergen de la capa de nieve que cubre el suelo. Durante la guerra, los parques han sido transformados en huertos, destinados a los que no disponen de jardín para alimentar a su familia.

Tomamos Mariedalsvägen y la carretera de Tessin; un viento glacial nos azota el rostro. Caminamos cogidas del brazo. No tarda en perfilarse el mar. Cerca de la orilla, está cubierto de hielo. Más hacia mar abierto, es gris como el plomo. Me acurruco contra Viola. Recto al frente se encuentra el pontón del balneario, siempre igual de majestuoso pese a la fealdad del entorno. A la entrada del pontón hay un reducido grupo de soldados.

—Vamos hacia allí —propongo.

—Si nos dejan pasar.

Viola tiene la punta de la nariz roja y el viento la hace llorar. Los soldados fuman y charlan ruidosamente, pero guardan silencio al divisarnos. Cambian señas de complicidad: una presencia femenina en la playa debe de ser algo poco frecuente en invierno. Se incorporan y nos dan un buen repaso. Suelto el brazo de Viola y me dirijo hacia ellos.

—Hola. ¿Sería posible pasear un poco por el pontón? Mi amiga ha venido de Estocolmo y le gustaría aprovechar la perspectiva.

—¿La perspectiva? —pregunta uno de los soldados posando la vista en Viola.

Todos se miran y menean la cabeza. Uno de ellos prorrumpe en carcajadas.

—Por favor. En Estocolmo no tienen balneario. Al menos no como este.

El de mayor edad asiente.

—Es bonito este pontón, ¿a que sí? ¿Qué decís, muchachos, dejamos pasar a las damas?

Despejan el acceso. Arrastro a Viola por el pontón, que está muy resbaladizo.

—Un millón de gracias —digo al más cortés de ellos.

—Tengan cuidado, el pontón está cubierto de hielo, y no lo olviden, no les está permitido entrar en el balneario.

Lo tranquilizo con una seña, esforzándome por sonreír mientras Viola y yo avanzamos en dirección a la casa, que parece flotar en el agua gris y profunda.

—¿Al final qué les has dicho? —quiere saber Viola.

—No te preocupes por eso. ¡Mira qué precioso es!

—Cierto —admite, agarrándose a mi brazo.

Resbala y de milagro consigue no caer.

—Mierda, deberíamos haber esperado al verano para dar este paseo.

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

Los soldados están a unos veinte metros a nuestra espalda, de manera que no pueden oírnos. El balneario parece desierto. Delante del edificio hay dos bancos, cubiertos a su vez de una fina capa de hielo.

—Sentémonos —le propongo.

Me acomodo, pero al instante vuelvo a levantarme. El banco está demasiado frío para sentarse. Viola me mira de hito en hito con las manos en los bolsillos y aspecto impaciente.

—¿No prefieres que vayamos al café?

Me acodo en la balaustrada, miro al mar y hago una profunda inspiración.

—Viola, sé lo tuyo con Hasse. Sé que os conocéis desde hace mucho tiempo. Sé que me engañas. Y sé que envías información confidencial a Inglaterra. Encontré el cilindro con los papeles.

Nos miramos directamente a los ojos. Durante unos segundos, incrédula, parece haber perdido el uso de la palabra.

—Te..., te equivocas. No es lo que crees, Kerstin —farfulla.

—Deja de mentirme.

—Es cierto, conozco a Hasse desde hace mucho tiempo, pero jamás hemos sido pareja.

—¡Que dejes de mentirme! —vocifero, de repente fuera de mí—. Os vi en Fersens väg. ¡Lo estabas besando! Fue hace unas semanas, un domingo. Se suponía que ibas al trabajo. Estaba nevando.

—¿Me seguiste?

—Sí, porque sospechaba que me ocultabas algo. ¡Y tenía razón! ¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome? ¿Desde el principio, o desde que llegó Hasse, si es que realmente se llama así?

—Te juro, Kerstin, que no se trata de lo que crees. Hasse y yo trabajamos juntos, eso es todo.

—¿Y por qué pretendías que acababais de conoceros?

Guarda silencio, parece buscar las palabras. Con el fin de no oírla soltar otro embuste, prosigo:

—Encontré una vieja foto de él en tu piso.

—De manera que sí que hurgaste entre mis cosas. Era lo que pensaba. A menudo tenía la impresión de que había recibido una visita en mi ausencia. Pero, mierda, ¿por qué no me hablaste de ello antes, en lugar de hacerlo a hurtadillas?

Constato que tiene miedo. Avanzo hacia ella y le agarro el brazo con firmeza.

—No trates de endilgarme a mí la responsabilidad, es *a ti* a quien he pillado en falta, eres *tú* quien me ha traicionado. Registré tus cosas únicamente porque intuía que me ocultabas algo. ¡Y estaba en lo cierto!

Ahora le toca a Viola exasperarse, pero su cólera es fría.

—No has entendido nada. No podía hablarte de Hasse en razón de nuestras actividades, en razón de la causa que defendemos. Una causa suprema.

Alemania debe perder esta guerra, ¿es que no lo entiendes? Y en tiempos de guerra, el fin justifica los medios.

—Me trae sin cuidado. La política no me interesa.

Viola suelta una risa sarcástica.

—No, si eso ya lo sé. No hay gran cosa que te interese fuera de tu pequeño universo. Ese es nuestro problema, y no Hasse.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nunca habría creído que nuestra relación duraría tanto tiempo. Pensaba que pasaríamos un buen rato juntas y punto. Estás casada y... ¡tú y yo no tenemos nada en común! Venimos de mundos radicalmente diferentes. Me he aburrido tantas veces en tu compañía, oyéndote hablar de la Colonial, del precio del café, de zapatos... He lamentado tan a menudo no poder hablar contigo de arte, de filosofía, de política, ¡qué sé yo! Pero empiezo a sospechar que una complicidad tan profunda tal vez solo es posible cuando se procede del mismo medio...

Me quedo estupefacta. Hasta Viola parece sorprendida de sus propias palabras.

—Supongo que Hasse procede del mismo medio que tú. De hecho, ¿así resulta más fácil en la cama? ¿Te habla en inglés mientras te hace el amor?

—Eso es muy propio de ti, siempre te complaces en consideraciones mezquinas. No se trata de eso. No nos acostamos juntos, nos dedicamos a cosas mucho más importantes que cuanto puedas imaginar...

—¡No me digas!

—Si supieras cómo lamento no poder colaborar más. Lo que hago no es más que una gota en el océano.

—¿Cómo te las arreglas para transmitir esa información? Creía que los teléfonos estaban sometidos a escucha.

—¿Y tú cómo te las apañaste para descifrar mis notas. Debían de resultarte

ilegibles.

—Me subestimas. Siempre lo has hecho.

Me vuelvo hacia mar abierto. Los cuatro soldados han desaparecido. Hace frío, me duelen los pies y los dedos. El cielo está plomizo, no tardará en nevar.

—Dime —prosigue Viola en tono amargo—, ¿tu marido está realmente en la cárcel? ¿Sabías que todos los campamentos han sido cerrados? Desde hace meses, por orden de Sköld, nuestro ministro de Defensa, para tu buen gobierno. Entonces, según tú, ¿cómo es que todavía no ha vuelto? Me dijiste que le interesaba la política..., ¿no estará también él un poco hartado de oírte machacar con lo de la mezcla de colas y jabón verde?

No me doy cuenta de que le he pegado hasta que la veo en el suelo. Le sale sangre por la nariz. Ha debido de resbalar, porque el golpe no ha sido tan fuerte. Oigo el agua borbotear bajo el pontón. Viola se encuentra justo en el borde y, por una fracción de segundo, dudo si empujarla. Ella me mira asustada.

—Pero tú estás loca...

Me acerco.

—No vuelvas a hablarme de Georg.

Intenta levantarse, pero vuelve a resbalar. No la ayudo, me limito a mirarla.

—Lo has echado todo a perder. ¿Por qué me mentiste, sabiendo que te amaba? Ni siquiera sé quién eres.

Repta hasta la barandilla y se agarra a ella para levantarse. Tiene el abrigo y los pantalones manchados de nieve. Abre el bolso y saca un pañuelo.

—¡Pedazo de idiota! Cuanto te he dicho es cierto, salvo en lo concerniente a mi trabajo. Y sobre eso estaba obligada a guardar secreto, para protegernos, a ti, a mí y a todos aquellos que trabajan por la misma causa. Pero supongo que el hecho de que uno quiera servir a un interés superior te sobrepasa.

Sus palabras me hieren de nuevo brutalmente. La alusión directa a mi clase social, su preferencia por Hasse, la historia de los campamentos que al parecer llevan mucho tiempo cerrados, lo que Georg pudo decidir hacer cuando lo liberaron...

Tiende la mano hacia mí.

—¿Llevas encima las hojas? Dámelas.

—No.

Doy media vuelta y camino hacia la playa a largas zancadas. Viola me sigue, grita mi nombre. Echo a correr; las botas de nieve se adhieren al hielo y me impiden resbalar. Me duele la cabeza, y en el aire glacial mi respiración es entrecortada. Todo esto es ridículo, me digo, dos mujeres adultas que se persiguen por un pontón helado.

—Kerstin, pedazo de idiota, vuelve antes de que lo echés todo a perder...

La oigo caer de nuevo. En esta ocasión no se levanta. Vuelo hacia la playa. Ya solo me quedan unos metros. Una vez en la arena nevada, corro a toda velocidad, sin mirar atrás.

En Malmöhus hay un tranvía en la parada, tengo el tiempo justo de saltar a bordo. El vagón va casi vacío y el conductor me dirige una mirada intrigada: tengo los pómulos ardiendo, nieve hasta las rodillas y estoy sin resuello.

Me apeo en la plaza Gustav Adolf y recorro a pie el resto del camino hasta la comisaría de la plaza Davidshall.

Necesito cierto tiempo para convencer a los agentes de recepción de que me permitan ver a un comisario: no tengo muy buen aspecto y mi historia se les antoja prendida con alfileres; una espía de los servicios secretos ingleses, auxiliar del ejército, adinerada y oriunda de Escania, pero con acento de Estocolmo... Los policías me tildan de histérica y me aconsejan que vuelva a casa. Menuda idea ir a pasear a Ribersborg en esta época del año... Me esfuerzo por dominarme con el fin de mantener la calma.

Al cabo de un cuarto de hora me llevan al despacho saturado de humo del comisario Hjelm, un hombre de unos cuarenta años, tez amarillenta y que necesita un buen afeitado. De entrada me pide que no le haga perder el tiempo. Se lo cuento todo. Acto seguido le tiendo las hojas, acompañadas de la traducción de Börje; le doy asimismo el nombre y la dirección de Viola.

—Señora, ¿cómo demonios ha conseguido estos documentos?

—Lo siento, no puedo decírselo.

Me mira pensativo.

—Examinaremos todo esto. Pero si lo que dice es cierto, si la dama en cuestión es una espía al servicio de los ingleses, ¿por qué hacerme partícipe?

No respondo.

—¿Es usted consciente de que su amiga se expone a acabar en la cárcel?

Sus ojos, protegidos por espesas cejas, me escrutan con intensidad.

—Debo obedecer los dictados de mi conciencia —digo finalmente—. Y esa dama no es mi amiga.

Una hora más tarde vuelvo a casa, con paso pesado. Está oscuro como en plena noche. Por última vez, abro la puerta de casa de Viola. Tal como había adivinado, no está allí. Me dirijo al salón y enciendo la lámpara del techo. Sobre la mesita baja, una taza de café a medio beber. Me lo acabo.

Trato de grabarme en la memoria el recuerdo de su piso. Me derrumbo en la alfombra, con el rostro húmedo. Todo me resulta tan familiar...

Cierro la puerta con doble vuelta e introduzco las llaves por la ranura del buzón. Bajo al patio con aire lúgubre. Temo encontrarme con mis padres, sentarme a la mesa, comer, hablar de la lluvia y del buen tiempo...

Subo varios escalones antes de dejarme caer en la oscuridad. Todo ha sucedido tan deprisa... Jamás habría imaginado que la cólera me empujaría a denunciar a Viola. La imagen del comisario cruza mi mente, gimo.

Una rata pasa junto a mis pies, sus ojos amarillos brillan en la oscuridad. Me levanto bruscamente.

Solo me quedan unos pasos hasta mi casa. Arrastro los pies, tratando de ganar tiempo para recuperar el dominio de mí misma.

No tengo noticias de Viola. ¿La habrán detenido en su casa o en su lugar de trabajo? ¿Habrá tenido tiempo de escapar? Nunca quise que fuera a la cárcel. Lo que ha hecho no era una falta, al menos no una falta moral. Ha ayudado a los ingleses, que sin duda van a ganar la guerra. Podría considerársela una heroína.

Sigo sin saber si Hasse y ella eran amantes o simplemente los unía un idealismo ferviente. Es posible que me dijera la verdad al pretender, al principio de nuestra relación, que no la atraían los hombres.

Pero ¿y el beso de Fersens väg? Ciertamente, no lo besó en la boca. Sin embargo, no podía ver en ello otra cosa que la prueba de una atracción mutua.

Pasa el tiempo, mi cólera se evapora y la duda se instala. ¿Y si hubiera dicho la verdad? En Ribersborg pretendió haber mentido para protegerme, así como a Hasse. Era mejor que supiera lo menos posible sobre ella. No tuvo en cuenta mis celos ni mi obstinación, así como que no puedo evitar hurgar en la llaga, pese al dolor y aunque me conste que acabaré por lamentarlo.

En enero oigo a la señora Söderström y al portero del edificio hablar del piso de Viola. De nuevo está libre; según el portero, ya hacen cola para alquilarlo.

—Asegúrese de que se trata de personas correctas —dice la señora Söderström.

No me atrevo a pedirle noticias de Viola. Supongo que se siente

decepcionada de que la inquilina más prestigiosa, llegada de Estocolmo, nos haya dejado al cabo de apenas un año. O tal vez se haya enterado de que Viola ha tenido problemas con la justicia y ahora la avergüenza haber sentido estimación hacia esa mujer que ha resultado ser una criminal.

Durante meses se habla de Viola en todo el edificio. Nadie sabe lo que le ha ocurrido, pero las teorías son numerosas y a menudo disparatadas. Unos creen que la han raptado por su dinero, otros que se ha mudado al extranjero. Incluso hay quien imagina que la han asesinado y enterrado en un parque de la ciudad, o que ha atravesado la capa de hielo del canal.

Finalmente, envían sus muebles y sus efectos personales a casa de sus padres, en Lund. Observo el ir y venir de los mozos de mudanzas. Uno de ellos me mira y me pregunta por qué lloro.

A principios de febrero se instala una familia en el piso vacío. Un jurista, su parlanchina esposa y sus dos hijos varones. Sin duda se trata de un espacio más adecuado para una familia, constata la señora Söderström. De hecho, siempre lo ha pensado.

TERCERA PARTE

En un primer momento había caminado sin rumbo. Cuando lo liberaron, no llevaba otra cosa en el bolsillo que el billete de tren a Malmö, doce coronas y un fajo de cupones de racionamiento para comprar carne, pan, mantequilla, tabaco y café. También disponía de algunos para ropa y calzado. Observaba fascinado los cupones. Cuando lo movilizaron aún no estaban en circulación. No los había necesitado en Svartnäset, donde la comida era repugnante, ni en las compañías de trabajo, donde era más o menos correcta.

En 1940, cuando cerraron el campo de trabajo de Storsien, lo trasladaron a Naartijärvi, al oeste de Haparanda, y después, durante un breve período, a Öxnered; de ahí lo habían enviado a Stensele, en Västerbotten. Era un campo construido hacía poco, el más pequeño y el único que merecía realmente la denominación de «compañía de trabajo». Allí había participado en la construcción de una base aérea secreta y, pese a que le repugnaba contribuir al esfuerzo militar, el trabajo supuso para él una saludable escapatoria de la pesadez del aburrimiento.

El campo de Stensele, al igual que el de Vindeln, en la misma región, estaba ahora cerrado por orden de Per Edvin Sköld. Habían liberado a cuantos habían sido internados sin pruebas o sin ninguna clase de proceso. La mayoría habían vuelto a reunirse con sus familias, pero Georg no se sentía preparado todavía. Había permanecido internado tres años y medio; que él supiera, nadie lo había estado durante tanto tiempo. Cada vez que cerraban un

campo, lo enviaban a otro, sin la menor explicación. Hacía amigos, a los que perdía de vista cuando los liberaban o trasladaban. Desde que cerraran Storsien, en 1940, no había tenido la menor noticia de Axel o de Erik.

El último año, sus cartas a Kerstin se habían hecho cada vez más escasas. Tenía tiempo, pero nada que decir. En el campo, cada día era similar al anterior: los barracones, el paisaje, los guardias armados, la alternancia del desaliento y la cólera, las horas que transcurrían inexorables. Lo único que cambiaba en realidad era el tiempo, pero hacía mucho que había dejado de preocuparle. Daba igual que brillara el sol o que nevara: su situación personal no cambiaba en absoluto. En Stensele se mantenía apartado, ni siquiera intentaba trabar relaciones. Ya no creía en ello.

Ya no escribía cartas, pero de vez en cuando enviaba pequeños regalos a Kerstin y a su familia. Había aprendido a tallar las astas de reno, en lo que había adquirido cierta habilidad. Cuando lo trasladaron más al sur, se dedicó a trabajar la madera. Enviaba a Kerstin y a su hermana mayor cajitas, marcapáginas, bisutería y abrecartas que tardaba un tiempo de locos en confeccionar; todo eso le resultaba más fácil que escribir. Confiaba en que sus seres queridos comprendieran el mensaje: los seguía queriendo y pensaba en ellos, aunque nada fuera ya como antes.

Cerraron Stensele y sus ocupantes se dispersaron, se reunieron con sus familias o fueron a Estocolmo, Göteborg o Malmö, donde era mucho más fácil ocultar el pasado que en los pueblos de donde la mayor parte procedían. En cuanto a Georg, dudaba de poder confundirse en el anonimato de la masa, empezar de cero; como la mayoría de los antiguos detenidos contaban entre veinte y treinta y cinco años, y no presentaban secuelas aparentes, la gente no tardaría en preguntarles por qué no los habían movilizado. Los patronos formularían preguntas incómodas, y los que no dieran respuestas

satisfactorias tendrían todas las dificultades del mundo para hacerse un hueco en el seno de las grandes ciudades.

Cuando la pesada puerta que marcaba la frontera entre Stensele y el mundo exterior se cerró a su espalda, Georg permaneció un instante inmóvil, de cara a la carretera que conducía a Storuman. Echó a andar. En su mochila, algo de ropa, el cuchillo de tallar madera, miniaturas empezadas, las cartas de Kerstin, de Greta y de algunos amigos. Era el final del verano, todavía hacía buen tiempo. Se lo tomó con calma. Sabía que la estación de tren más próxima se encontraba a apenas cuatro kilómetros. No tenía prisa. Aprovechaba el buen tiempo, la libertad. No obstante, cuanto más se acercaba, mayor era su renuencia. Las granjas dispersas dieron paso a casas alineadas, las calles pavimentadas sustituyeron a los senderos. Empezó a experimentar cierto nerviosismo, y poco a poco lo embargó la sensación de que todo el mundo lo miraba. Llevaba cuatro años viviendo en lugares aislados, perdidos en medio de ninguna parte. Ya no estaba acostumbrado a la circulación, las tiendas, los lugares donde la gente charlaba, sentada en bancos públicos, los niños que jugaban alrededor de las fuentes, los ciclistas, la música, los cines.

Los niños: había olvidado sus risas y sus voces. Las mujeres: había olvidado su forma de moverse, sus perfumes... Estaba como hechizado por sus ojos, sus labios y sus formas, con independencia de la edad y el aspecto. Se quedó clavado diez minutos ante una panadería contemplando a la vendedora, una mujer de edad madura, bastante corpulenta, de pómulos colorados y brazos musculosos, hasta que el panadero salió y le preguntó si deseaba comprar algo. En caso contrario, ya podía largarse.

Así lo hizo. Deseaba escapar de Storuman y de las miradas curiosas que parecían juzgarlo. Pasó por delante de la estación y no tardó en encontrarse en las afueras de la ciudad, en una carretera parecida a la que conducía a

Stensele. Caminó varios kilómetros más hasta llegar a una granja. Pasó la noche en el altillo del establo, arrebujado con el abrigo y con la mochila a modo de almohada. A fin de que no lo descubrieran, se marchó antes de que la granjera fuera a ordeñar las vacas, cuyo calor, que durante la noche había ascendido hasta el altillo, lo había reconfortado.

Así empezó su periplo a través del norte de Suecia, a finales del verano de 1943. Iba de granja en granja, de un pueblo a otro. Unas veces dormía al raso, otras en las granjas, en tahonas anejas a las granjas, en lavaderos... Pasó un par de noches en un viejo automóvil abandonado en la cuneta de la carretera entre Umeå y Lycksele, en compañía de unos ratones que habían elegido domicilio en los asientos acolchados. Cuando se gastó las doce coronas, buscó trabajo en las granjas, a cambio de techo y comida. Muy de vez en cuando pescaba. Con frecuencia tenía el estómago vacío, y un día, en el colmo de la desesperación, robó la comida de la escudilla de un perro.

Evitaba lo máximo posible ciudades y pueblos. De trabajo en trabajo, fue efectuando un lento viaje hacia el sur, desde Västerbotten hasta Jämtland, de Jämtland a Dalecarlia. La tez se le iba bronceando, y el cabello y la barba le crecían. Lavaba la ropa en los riachuelos. A fuerza de caminar perdió peso, pero al mismo tiempo su musculatura y su resistencia aumentaron. Pese a que las horas pasadas en el campamento sin hacer nada lo habían debilitado, era capaz de caminar diez kilómetros de una tirada, sin fatiga aparente. Solo le molestaba aquella maldita cojera, que arrastraba desde Svartnäset.

Los soldados pululaban en la frontera noruega, incluso en los pueblos. Hizo lo posible por evitarlos. Finalmente, llegó a la costa oeste, donde no eran tan numerosos. No quería en modo alguno que se fijaran en él, que le hicieran preguntas o, simplemente, que le recordaran su pasado militar. Cuando pillaba un periódico, lo leía de cabo a rabo, con la intención de

comprender, gracias a las noticias del frente y otros acontecimientos más anodinos, en qué situación se encontraba Suecia, que en ese momento le resultaba extraña y lejana. Radios y periódicos estaban prohibidos en el interior de los campos. Las cartas de Kerstin le proporcionaban muy escasos detalles sobre la actualidad. En consecuencia, solo tenía una vaga idea de lo que había sucedido en el mundo desde principios del año 1940.

Durante su internamiento, la guerra había adquirido un alcance mundial. Alemanes e italianos habían sido derrotados en África del Norte, y en el Pacífico, los japoneses se enfrentaban a los estadounidenses; en Noruega, Vidkun Quisling había sido nombrado jefe del Estado por los alemanes; Zarah Leander había regresado a Suecia; el submarino sueco *Ulven* se había hundido tras chocar con una mina en los alrededores de la isla de Marstrand y treinta y tres marineros habían perdido la vida; un tal Nils «Mora-Nisse» Karlsson había ganado la carrera de Vasaloppet.

Los diversos artículos no resumían los episodios anteriores, se suponía que el lector ya estaba informado al respecto. ¿Cómo era posible, por ejemplo, que Japón se hubiera aliado con Alemania? ¿Qué habían ido a hacer los alemanes en África del Norte?

Examinaba con tanta minuciosidad los sucesos como los anuncios por palabras y los publicitarios. Uno de ellos reproducía la foto de un hombre rubio, vestido con boina y camisa roja y con un hacha en la mano, el cual interpelaba al lector: «Hazte obrero nacional, un título honorífico para todos los suecos.» Por qué no, se dijo, pero ¡vete a saber qué era un obrero nacional! Otros anuncios exhortaban a la población a hacer un donativo para Defensa, a recoger restos de caucho, a tener cuidado con los espías. Destinados a las mujeres, se leían consejos para confeccionar vestidos a partir de cortinas viejas así como la receta de la confitura de remolacha y zanahoria. La moda femenina se parecía cada vez más a la masculina, a base de

gabardinas y hombreras. Sí, la vida había cambiado; necesitaría tiempo para adaptarse, pero no le quedaba otra opción. Y algún día tendría que volver a casa. Debería hacer acopio de valor para ello.

¿Qué diferencia había entre volver en septiembre o en octubre, un mes más o menos, después de tanto tiempo? Kerstin no habría oído hablar del cierre de las últimas compañías de trabajo, ese tipo de noticias no aparecían en los periódicos. No se preocuparía, al menos de momento; su correspondencia se había espaciado en los últimos tiempos. Él lo lamentaba, pero no se lo reprochaba. Cuatro años es mucho tiempo, y si el silencio se había instalado entre ellos, también él tenía algo de culpa. Le había resultado cada vez más difícil describir aquellos días vacíos, que habían sido legión durante el último año. Lo cual no tenía nada que ver con lo que sentía por ella, pero ¿cómo explicárselo?

A veces, cuando disponía de un poco de dinero, enviaba algún regalito a Greta. A Kerstin se contentaba con hacerle llegar, por ejemplo, una pulsera de madera acompañada de una nota, sin decir dónde estaba. Era incapaz de encontrar las palabras para explicarle que pensaba en ella todos los días, que estaba impaciente por verla y al mismo tiempo lo asustaba la idea. Y que ese miedo, de momento, se imponía al deseo.

Sobre todo teniendo en cuenta que su vida de vagabundo no resultaba desagradable, al contrario: le producía cierto placer llevar aquella existencia despreocupada y ligera. Se asombraba de la celeridad con que se había acostumbrado a dormir al raso, a lavarse en un lago, a vivir al día, a caminar sin rumbo, a maravillarse ante pequeñas cosas, como un ciruelo silvestre en medio de un bosque... Y sin embargo, no se quitaba a Kerstin de la mente. Sabía que aquel estado de gracia no podía eternizarse; en otoño, su vida errante no tardaría en perder el encanto.

A mediados de octubre, se subió a un tren en dirección a Borlänge. Tenía frío y llevaba varias noches sin comer nada caliente, cuando de pronto se topó con una cantina ambulante en Falun. Al contrario que los demás, no tenía escudilla, y tuvieron que servirle la sopa en el morral que llevaba sujeto al cinturón, una de las pocas cosas que había conservado de Svartnäset. Tal como había supuesto, el frío ponía punto final a su periplo. Tenía que regresar, estuviera preparado o no.

Antes de subir al tren, se puso la ropa menos sucia y, por primera vez desde hacía meses, con la ayuda de un trozo de espejo, se afeitó. Le llevó tiempo, y el resultado le produjo un efecto curioso. La parte superior de su rostro estaba bronceada, el resto, pálido. Además, se había cortado varias veces con la navaja y brotaban gotas de sangre en algunos puntos. No podía presentarse así delante de Kerstin. Decidió que antes iría a casa de Greta. Allí podría lavarse, ponerse más presentable. La idea de retrasar el reencuentro con Kerstin lo alivió de inmediato. No estaba preparado, era evidente.

Durante el trayecto experimentaba tanta aprensión que apenas veía desfilar el paisaje. Cuatro años atrás había hecho el viaje en sentido inverso, sentado en el suelo entre una treintena de hombres hacinados en un vagón de ganado, hacia el frío y la oscuridad, sin la menor idea de lo que se vería obligado a soportar. Al igual que hoy, tenía miedo, pero también se sentía pletórico de expectativas y preocupado por causar buena impresión, allí, en el frío suelo, con el sabor del último beso compartido con Kerstin todavía en los labios. Había olvidado su cuerpo, su piel, su voz, incluso su rostro. Sus sentimientos encontrados en lo tocante al reencuentro —tal vez dentro de unos días, una semana a lo sumo— casi le producían dolor de estómago.

Nadie lo esperaba en la estación. Cosa muy normal, puesto que no había advertido a nadie de su regreso. Mejor así. No deseaba en absoluto abrazos

lacrimógenos en el andén, ya estaba bastante afectado. Comprobó que hacía un poco más de calor en Malmö y que los árboles, a lo largo del canal, no habían perdido todavía todas las hojas. Cargó con la mochila y echó a andar hacia el sur.

El trayecto hasta casa de Greta, en el barrio de Södervärn, fue más largo de lo previsto; se detenía sin cesar, la mirada atraída por tantos cambios: las alambradas en las calles que conducían al puerto, el cañón en la plaza Mayor, los refugios antiaéreos, enormes y horribles cilindros de cemento que habían instalado un poco por doquier; los soldados extranjeros, ingleses, franceses y noruegos. Y también alemanes, por supuesto, los cuales atravesaban el estrecho entre Dinamarca y Suecia por mera curiosidad.

Georg los observaba. Por primera vez, se encontraba frente al enemigo. Lo decepcionó su aspecto común y corriente, tan alejado de la imagen diabólica que se había hecho de ellos.

Como hasta entonces había evitado las grandes ciudades, todo atraía su atención, lo molestaba: las masas, los olores, el estruendo de los coches a gasógeno, los ciclistas, los coches de punto. Comprobó que había más caballos y menos automóviles. Vio a mujeres de uniforme, con pantalones y con mono de trabajo y, por todas partes, largas colas ante las panaderías, lecherías, pescaderías y charcuterías. La gente que no hacía cola parecía apresurada, como si fuera con retraso.

Cuando llegó a Södra Förstadsgatan, Georg tuvo que aminorar el paso, conmocionado por la sensación de que la ciudad y sus habitantes parecían haber dado un gran salto hacia el futuro, hacia una modernidad y un frenesí de actividad que le eran por completo ajenos. Para cuando llegó al barrio de Triangeln, ya no soportaba la vida urbana. Se caló el sombrero hasta los ojos y empezó a caminar con la cabeza gacha para que nadie pudiera reconocerlo.

Por la noche, al llegar a Sigtunagatan, ante el edificio donde residía Greta, estaba agotado y famélico. El trayecto en tren había durado casi veinticuatro horas y solo había comido una tostada. Sin embargo, una vez ante la puerta del piso de su hermana, vaciló. Ignoraba si sería capaz de soportar las preguntas, las miradas, los reproches. Oía sus voces detrás de la puerta. Las de los dos chicos habían cambiado. Eran muy pequeños, la última vez que los había visto. Después reconoció la voz clara de su hermana pequeña, Elsa, y la cansada pero pletórica de autoridad de Greta, que los instaba a sentarse a la mesa.

Cuando llamó con los nudillos, se hizo el silencio. Oyó ruido de pasos, seguido del tintineo de la cadena de seguridad.

—¿Quién es? —preguntó Greta, mientras entreabría la puerta.

Georg comprendió que debía de estar sola con los niños. Sin un hombre en casa, había que tener cuidado, sobre todo de noche. Distinguió su rostro en la rendija, algo más redondo y fatigado que en su recuerdo, y al fondo las miradas curiosas de los niños, que intentaban ver por encima del hombro de su madre. Tras un breve lapso durante el cual dio la impresión de que no lo reconocía, Greta abrió la puerta y se arrojó en sus brazos.

—¡Georg!

Para su gran sorpresa, las lágrimas acudieron a sus ojos. Hacía años que no lloraba, desde Storsien. El calor humano lo pilló desprevenido. Greta lo miraba fijamente y, pese a sus cicatrices y su ropa raída, no dejaba de sonreír.

—No me lo puedo creer —murmuró, mientras se secaba los ojos.

Lo invitó a entrar.

—¡Vuestro tío ha vuelto!

Uno tras otro, los niños se acercaron para saludar a Georg. Mats y Per habían crecido y se mostraban tímidos y torpes, como suelen serlo los adolescentes. Le estrecharon la mano sin mirarlo a los ojos. Solo Elsa

observaba sus pómulos, orejas y dedos con curiosidad mal disimulada. Ahora, con diez años cumplidos, tenía el pelo castaño, trenzas, llevaba gafas y un vestido a cuadros. La última vez que la había visto acababa de cumplir seis, se chupaba el pulgar y arrastraba por todas partes una muñeca que las había visto de todos los colores. Georg observó que estaba tan delgada como sus hermanos.

Tras un breve silencio, Greta prorrumpió en carcajadas y lo ayudó a quitarse la mochila.

—¿No llevas más equipaje? Anda, quítate los zapatos, nos disponíamos a sentarnos a la mesa. ¿Tienes hambre?

Georg se puso colorado y se descalzó.

—Sí, gracias.

Apenas entrar en el recibidor, su estómago rugió, lo cual hizo reír a Greta, quien lo cogió de la mano y lo hizo entrar en el piso, pasando por delante de los niños, al parecer impresionados.

—No me reconocen —dijo Georg.

Echó un vistazo a la sala de estar. No parecía muy cambiada. Seguía amueblada con el mismo sofá cama, la misma alfombra remendada en el suelo, una biblioteca llena de baratijas polvorientas. Una nueva radio presidía la cómoda. Las cortinas del toque de queda ya estaban corridas. La mesita baja desbordaba de libros escolares, plumas y cuadernos.

—No durará mucho —aseguró Greta, mientras lo guiaba hacia la cocina—, es solo que son un poco tímidos. No esperábamos tu visita. Siéntate, no hay más que sopa, pero llegará para todos... ¡Niños, a la mesa!

Durante la cena, Georg notó la mirada de los niños clavada en él. Se esforzó por hacer abstracción. Comía en silencio, con la nariz inclinada sobre el plato, y solo respondía con monosílabos a las preguntas de Greta. Como era su costumbre desde hacía mucho tiempo, sujetaba la cuchara con la mano

derecha y mantenía la izquierda apoyada en las rodillas, lejos de las miradas, con el fin de que no se fijaran en su mutilación. En cambio, no podía ocultar el rostro. Elsa parecía especialmente fascinada por sus orejas, cuyas extremidades había roído el frío de Norrland.

—¿Cuándo te liberaron? —quiso saber Greta.

No había hecho el menor comentario sobre su aspecto, cosa que Georg le agradecía. Ahora bien, cuando se enteró de que lo habían soltado en agosto, fue acribillado a preguntas inoportunas.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Podrías haber escrito, o como mínimo telefonar! ¿Por qué no volviste directamente? ¿Qué diablos has hecho durante todo este tiempo? ¿Vagabundear? ¿Te has puesto en contacto con Kerstin, al menos?

Georg se inclinó todavía más sobre el plato, mientras dibujaba motivos imaginarios con la cuchara. Seguía teniendo hambre, pero no se atrevía a pedir más. Se había terminado la sopa, mientras que Greta apenas había tocado la suya.

—¿Puedo quedarme aquí unos días? —preguntó sin levantar la vista del plato.

—Claro, por supuesto —respondió su hermana, sorprendida—. Pero ¿no vas a llamar a Kerstin?

Bajó la cuchara y la miró por fin. Greta parecía inquieta, desorientada. Le recordaba a su madre.

—Lo haré pronto. Antes me gustaría descansar un poco... Ponerme más presentable. Llevo la misma ropa desde hace años. Ya no está muy limpia.

Su hermana pareció aliviada.

—Ah, entiendo. Primero quieres recuperarte, es normal. Lleváis cuatro años sin veros, comprendo que quieras causarle buena impresión. Los niños

duermen en el sofá, pero tengo un colchón para ti. Si me das tu ropa, la lavaré. Y si quieres cortarte el pelo, hay un barbero no muy lejos.

—Gracias, Greta.

Ella le acarició la mejilla. Georg se sobresaltó e hizo amago de apartarse, pero se obligó a recibir aquel gesto de afecto.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto.

Más tarde, si ella estaba dispuesta a escucharlo, se lo contaría todo, la historia de Svartnäset, Cedrenius, las compañías de trabajo, los amigos a los que había conocido y perdido, las pesadillas que lo atormentaban; el miedo, fiel compañero que con los años se había transformado en cólera, odio y tristeza. De momento se sentía extenuado y, si bien la perspectiva de compartir habitación con los niños no lo entusiasmaba demasiado, estaba impaciente por tenderse en el colchón que Greta le ofrecía. De todos modos, se había acostumbrado a dormir en compañía de otros en los campos de trabajo. Mats y Per, por su parte, tal vez se sintieran incómodos por tener que dormir con un extraño, aunque fuera su tío, en la misma habitación.

Solo esperaba no despertarlos por la noche; a veces gritaba en sueños. En el campo, los demás se quejaban, pero ¿qué podía hacer? Cuando soñaba con Harald o John, despertaba sobresaltado, empapado en sudor.

A la mañana siguiente, toda la familia se levantó temprano para ir al colegio y al trabajo. Mientras unos y otros se lavaban, vestían y desayunaban, Georg se quedó en el colchón, dándoles la espalda y fingiendo que dormía. A las ocho, cuando la puerta se cerró, se levantó. Sobre la mesa de la cocina encontró un billete de cinco coronas, un duplicado de las llaves y una nota de Greta: ella volvería a las cinco, pero los niños un poco antes. Georg no tenía

dinero, le daba vergüenza hablar de ello, pero al parecer Greta lo había comprendido.

Le produjo un gran placer quedarse solo en el piso. Por primera vez desde su llegada a Malmö, se relajó. La noche había sido aceptable, había conciliado el sueño enseguida. Ciertamente, hacia las cuatro de la madrugada despertó a causa de una pesadilla, debió de volver a dormirse hacia las cinco y media, y solo lo despertó el alboroto que armó Greta en la habitación contigua, donde dormía con Elsa, al levantarse. Por lo visto, no había hecho demasiado ruido en sueños, nadie lo había oído.

Se tomó el café y comió la tostada preparada por su hermana, y después dio una vuelta por el piso. Se quedó plantado ante la cómoda gris de la sala de estar, presidida por las fotos familiares. La de la boda de Greta se remontaba a quince años atrás. Ella y Gunnar parecían tan jóvenes e inocentes que se le encogió el corazón. Su cuñado estaba movilizado desde 1940. Al parecer en Boden, no lejos de Svartnäset.

Ahuyentó esos pensamientos y centró la atención en una foto, más reciente, de Elsa, Mats y Per. Después, se detuvo ante una foto de sus padres, tomada con ocasión del cumpleaños de su padre. Reflejaba a aquel hombre de poblado bigote, sentado en una silla y rodeado de ramos de flores. Detrás de él, su madre. Georg recordó que su padre había recibido como regalo un bastón y un par de candelabros de plata. Sus padres ya habían fallecido. Cinco años después de que se tomara esa foto, su madre había sufrido una crisis cardíaca. Él había muerto de pena un año después. Los echaba de menos, sobre todo a su madre, pero se alegraba de no haber tenido que contarle todo lo que había sufrido.

Un poco más tarde, se afeitó con esmero ante el espejo del cuarto de baño, calentó agua en una olla y se lavó, insistiendo en los pies, las axilas y el sexo, antes de enjuagarse con agua fría. En la sala, Greta le había dejado preparada

ropa limpia, que sin duda debía de pertenecer a Gunnar: una camisa, unos pantalones que le quedaban grandes y cortos y unos calcetines gruesos de lana. Habría preferido no llevar la ropa de otra persona, pero quedaba descartado volver a usar sus andrajos de vagabundo; daban testimonio de una época que había quedado atrás y, de todos modos, quería estar limpio e ir correctamente vestido cuando se reencontrara con Kerstin. Al mirarse en el espejo de la entrada y ver su cuerpo flaco, la ropa demasiado holgada, el cabello largo, las secuelas físicas, descubrió que parecía un espantajo. No, así no impresionaría a Kerstin. Más le valía encontrar un empleo para reunir algo de dinero y demostrarle que era digno de confianza. Entre tanto, se quedaría en casa de Greta.

Se puso el abrigo, procurando no cruzarse con su mirada en el espejo; era el miedo lo que lo impulsaba a aplazar su reencuentro con Kerstin, era muy consciente de ello. Se convenció de que esperar una o dos semanas más no cambiaría gran cosa, que su prioridad debía ser encontrar un trabajo.

Se caló el sombrero y salió. Tenía la intención de pasear por los barrios vecinos, acostumbrarse al ritmo de la ciudad. En primer lugar, fue al barbero que Greta le había recomendado. Acto seguido se dirigió a Bergsgatan, echó un vistazo a los titulares del periódico *Arbetet* y lo compró para examinar los anuncios por palabras.

Durante los días siguientes amplió su territorio, se paseó más hacia el sur, hacia Dalaplan, recorriendo los barrios de Møllevången y Pildammarna, después hacia el norte, a los barrios de Triangeln y Lugnet, en dirección a la plaza Gustav Adolf. Atravesó el Slottsparken para ir a Ribersborg, pero la visión de aquel paraíso estival desfigurado, de aquellas dunas invadidas de alambradas, obstáculos antitanques, búnkeres y soldados que montaban guardia en el pontón, lo embargó una gran tristeza. Al otro lado del estrecho

se encontraba Copenhague, ocupada por los alemanes. Pese al aspecto desértico de la playa, se demoró un rato por allí. La melancolía y la desolación del lugar lo retenían, las salpicaduras de las olas y los gritos roncros de las gaviotas le recordaban la época anterior a la guerra.

A medida que Georg se iba acostumbrando a la ciudad, Greta y los niños se habituaban a su presencia. Sobre todo, Elsa, a la que ayudaba de vez en cuando a hacer los deberes; la niña se confiaba gustosa a él. Era tan pequeña cuando movilizaron a su padre que sin duda se acordaba muy poco de él. Con Mats y Per aún no había roto el hielo, pero al menos daba la impresión de que aceptaban que durmiera en la sala con ellos, aunque todavía no lo invitaban a participar en sus discusiones sobre música o fútbol.

Sin duda los niños se preguntaban qué había ocurrido, por qué cojeaba, por qué había estado ausente tanto tiempo. Un día, Elsa quiso saber qué les había pasado a sus orejas y sus manos, y él se lo contó. Mats y Per seguían absortos en su cómic, fingiendo que no les interesaba el relato de Georg, pero en realidad lo escuchaban con suma atención mientras describía el primer invierno en Norrland, en una tienda de campaña a cuarenta grados bajo cero, así como las marchas forzosas cotidianas, sin equipo adecuado. Contó que sus camaradas y él vigilaban por turnos la hoguera con el fin de que no se apagara durante la noche, que dormían apretujados como arenques para darse calor. Cuando relató que Karlberg y Andrén habían muerto de frío, Mats y Per se olvidaron de disimular su interés.

—¿Qué fue de ellos? —preguntó Per.

Georg contempló su rostro inocente. Tal vez era demasiado pequeño para entender ese tipo de historias, pero de ese modo podría crear un vínculo con sus sobrinos, conseguir que comprendieran por qué estaba tan hundido, por qué ya no dormía por la noche y por qué ya no era soldado.

—Un camión militar llegó del campamento de Boden, donde se encuentra

en este momento vuestro padre. Tendieron a Karlberg y Andrén, tiesos a causa del frío, en una camilla. Fueron necesarios cuatro hombres para transportarlos. Dijeron que dejarían descongelar los cuerpos en Boden antes de enviarlos a su casa.

Mats y Per cambiaron una mirada temerosa y excitada al mismo tiempo. Elsa señaló la mano izquierda de Georg. A cada dedo le faltaba la última falange, a excepción del pulgar.

—¿Duele?

—A veces. Sobre todo cuando hace frío. Lo más curioso es que todavía puedo sentir el extremo de mis dedos, aunque ya no estén ahí.

—Es a causa de los nervios —dijo Mats en tono docto.

Georg sonrió y devolvió la mano al bolsillo. Greta preparaba algo de comer en la cocina, y un olor a col invadía el piso.

—De hecho, tuve bastante suerte. Algunos perdieron los pies y las manos. Los mandaban a casa, pues obviamente su carrera de soldados había acabado. A otros los enviaban...

Se interrumpió. No podía decir más sin hablar de Cedrenius, lo cual no deseaba por nada del mundo. Sintió que lo invadía una angustia familiar. Se le humedecieron las manos.

—¿Qué ibas a decir, tío? —preguntó Mats.

Georg se levantó. Lo invadió un ansia irreprimible de huir.

—Nada... Nada especial.

Greta le contó que su antiguo lugar de trabajo, la Compañía del Azúcar, había tenido que cerrar debido a la escasez de materia prima. Georg confiaba en volver a trabajar en la empresa. Ahora estaba obligado a buscar empleo en los anuncios de *Arbetet*, como todo el mundo.

Transcurrieron varias semanas hasta que encontró una oferta interesante.

Un empleo en el sector del tejido de algodón y de alfombras, la fábrica Kürzells, en Ystadvägen; necesitaban un capataz y, ya que él había ocupado ese puesto antes de la guerra, juzgó que sus probabilidades eran bastante buenas. Se preparó para estar presentable. Greta le planchó unos pantalones grises, una camisa, y le prestó una de las corbatas de seda de Gunnar. Tocado con el sombrero, y con las manos en los bolsillos, tenía buena pinta. Guardó sus referencias en una cartera y se dirigió a Ystadvägen temprano.

No lo suficiente, sin embargo. Llegó con un cuarto de hora de antelación, pero la sala ya estaba llena de candidatos. No se lo esperaba y, al ver sus ropas elegantes, su rostro intacto, se puso nervioso. Tuvo que esperar una hora antes de ser convocado. El director de personal ostentaba una avanzada calvicie, solo le quedaba una corona de cabello. Debía de contar unos cincuenta años, y por lo tanto era demasiado viejo para haber desempeñado un papel activo durante la guerra. Invitó a Georg a sentarse y a que le hablara de su experiencia y sus motivos.

Al principio todo fue bien. Georg contó que había sido capataz durante tres años antes de ser movilizado, en una fábrica parecida a la de Kürzells. Por supuesto, no había desempeñado ese cargo desde el primer momento, había empezado de obrero, como todo el mundo, cosa que el director pareció valorar. Georg sacó su certificado de estudios primarios, que ponía de manifiesto unos resultados bastante buenos: sobresaliente en sueco e historia, notable alto en matemáticas, religión y ortografía, y notable bajo en las demás materias. Luego le enseñó las referencias de la Compañía del Azúcar, también muy positivas. El director estudió los documentos con interés, al parecer satisfecho, antes de devolvérselos.

—Todo esto me parece bastante bien, señor Lindkvist.

Su mirada se posó en las manos de Georg, quien se apresuró a apoyarlas en

las rodillas. El director observó con curiosidad sus orejas y las cicatrices de su rostro.

—¿Heridas de guerra?

Georg se puso colorado.

—No exactamente. Sabañones.

—Ah, ya entiendo, cuando su movilización... ¿Estaba en Norrland?

El director lo estudiaba ahora con atención. Georg asintió.

—Mi hijo también está movilizado. En Värmland.

Georg asintió de nuevo y recogió sus documentos.

—Tengo experiencia y estoy dispuesto a empezar cuanto antes —dijo para cambiar de tema.

No obstante, el director no parecía verlo de la misma manera. Se inclinó hacia Georg para examinar más de cerca sus heridas.

—Menudos sabañones. ¿Cuánto tiempo estuvo movilizado?

—Tres meses.

—¿Y en solo tres meses quedó así de malparado?

Como Georg no respondía, le entró desconfianza.

—¿Cuándo lo movilizaron, señor Lindkvist? Ha pasado bastante tiempo, ¿no?

Georg evitó su mirada. ¿De qué servía prolongar la entrevista?, se preguntó. A menos que intentara una mentira...

—En enero del cuarenta. Pero no sé qué tiene que ver eso con el puesto de trabajo.

Aunque no era su intención, la frase implicaba cierta insolencia. El director lo miró con severidad.

—Sus referencias se remontan a varios años atrás. Si solo estuvo movilizado tres meses, ¿qué hizo después?

Georg suspiró y se puso el sombrero. Estaba a punto de levantarse, dar las

gracias al director por haberlo recibido y marcharse sin más; aquel hombre debía de ser de los que glorificaban la guerra y el ejército, sin haber participado jamás, sin la menor idea de lo que significaba realmente ser soldado. Georg no quería, no podía tomar parte en aquella comedia.

—He estado un poco por toda Suecia. En lugares que llaman compañías de trabajo.

Georg le dirigió una vaga sonrisa, pero, presa de repentina fatiga, no se levantó como era su intención. Miró fijamente al director, sentado detrás de su mesa, con cierto desprecio: ¿qué podía saber alguien como él sobre cuanto había tenido que soportar?

El rostro del director se había teñido de púrpura.

—Compañías de trabajo... ¿No es ahí adonde envían a comunistas y demás renegados?

—Sí. Sin embargo, yo no soy ni lo uno ni lo otro, me crea o no.

Georg se levantó. Dudó si estrecharle la mano para darle las gracias. Era lo más normal, pero la idea lo repugnaba. Un vistazo al director resolvió el problema: este, como si un olor nauseabundo hubiera invadido el despacho, exhibía una expresión asqueada. Todo había terminado, de manera irrevocable. Georg se fue sin despedirse.

La escena se repitió en el curso de las semanas siguientes. Fue de entrevista en entrevista. La experiencia catastrófica en Kürzells le había hecho comprender que no podía confiar en encontrar trabajo como capataz, en todo caso de forma inmediata. Teniendo en cuenta la responsabilidad que conllevaba el puesto, cada vez le formularían las mismas preguntas embarazosas. Debía ampliar su campo de búsqueda, plantearse otro tipo de empleos, cosa que no había considerado necesaria en un primer momento.

Durante todo el mes de noviembre desgastó los zapatos en las calles de

Malmö, visitando fábricas, obras, puertos, talleres, almacenes, restaurantes, así como numerosas compañías de transporte. Buscó trabajo de estibador, obrero, vendedor, camarero. Solicitó incluso un empleo de portero en un cine, pero se decantaron por un joven de diecisiete años, cubierto de acné y sin la menor experiencia.

No todo el mundo preguntaba qué había hecho en el ejército, eso solo interesaba a los que se fijaban en sus heridas. Le costaba mucho mentir cuando le pedían precisiones; tal vez por orgullo. Sea como fuere, el resultado siempre era el mismo: estaba desamparado. Cuando no conseguía eludir las preguntas, contaba brevemente la verdad, lo cual provocaba cada vez la misma reacción de rechazo.

Los puestos vacantes estaban muy solicitados, las colas siempre eran largas. Si se presentaba demasiado tarde, corría el riesgo de que ni siquiera lo recibieran, lo cual le sucedió en varias ocasiones. Los directores siempre estaban muy ocupados y, tras entrevistar a una docena de personas, elegían a alguien deprisa y corriendo, y enviaban a casa al resto de los candidatos.

Todos los solicitantes de empleo se parecían. Todos estaban ansiosos por ser útiles, dispuestos a todo por conseguir un empleo. Por regla general, utilizaban el mismo tipo de ropa, vieja, usada, y los mismos zapatos con suela de madera. Los dientes estropeados, los dedos delgados, la mirada inquieta, daban golpecitos nerviosos al ala del sombrero, que se habían quitado de cara a la entrevista con el director de personal encargado de decidir sobre su suerte.

De vez en cuando se presentaban mujeres optando al mismo trabajo. Para Georg era algo nuevo ver a tantas de ellas, y encima casadas, integrarse en el mundo laboral. No sabía qué pensar al respecto, pero distaba de alegrarse de esa nueva competencia. Numerosos soldados desmovilizados se encontraban

igualmente en paro, al no existir ya sus anteriores puestos de trabajo o haber sido atribuidos a otras personas.

A fuerza de cosechar fracasos, la moral de Georg iba declinando. Se atribuía la responsabilidad de cada rechazo, se decía que estaban motivados por su aspecto físico o por su pasado, aunque no todos los patronos habían preguntado por ese asunto. Se sentía herido en su orgullo.

No sabía en qué ocuparse cuando estaba solo. Por las mañanas acudía a los lugares de contratación; después, permanecía mano sobre mano. Greta trabajaba de sirvienta para una familia residente en el barrio de Slottstaden. Por las tardes los chicos jugaban al fútbol, mientras que Elsa iba a casa de una amiguita.

Para matar el tiempo y escapar de la soledad del piso, Georg daba largos paseos por Ribersborg. No se cruzaba con nadie, salvo con algunos soldados de guardia. La fealdad de la playa ya no lo molestaba, se había convertido en un lugar de reposo y bienestar.

Una tarde de noviembre decidió pasar por delante de la Colonial para tratar de ver a Kerstin. No pensaba abordarla, solo verla. ¿Habría cambiado de peinado, engordado o adelgazado? ¿Estaría más guapa que antes, habría envejecido?

Ardía en deseos de volver a verla; los años no habían cambiado sus sentimientos, pensaba en ella todos los días, pero la perspectiva del reencuentro lo aterrorizaba. Cada día daba nuevas excusas a Greta, quien había adivinado, sin decir nada al respecto, por qué vacilaba tanto. Al fin y al cabo, ¿era tan importante para Kerstin que tuviera trabajo? ¿Se pondría furiosa si averiguaba que había tardado tanto en ponerse en contacto con ella?

Llegó a la fábrica diez minutos antes de que cerraran. Sabía que la jornada laboral de Kerstin terminaba a las cinco. La sirena de la Colonial, como la de todas las fábricas de la ciudad, no tardaría en sonar. Esperó al otro lado de la

calle, casi frente a la entrada principal, al abrigo de un castaño. Quería pasar desapercibido y se caló un poco más el sombrero sobre los ojos.

Empezaba ya a oscurecer. Hundió las manos en los bolsillos y, tras plantearse si encender un cigarrillo, renunció con el fin de no llamar la atención. Dejando aparte los sacos de arena apilados delante del edificio, la Colonial no parecía haber cambiado. Se sintió aliviado: al menos una cosa que seguía como antes. La sola idea de volver a verla, allí, tan cerca, después de tanto tiempo —cuatro años—, lo hizo sudar de aprensión.

A las cinco en punto la sirena familiar resonó a través de la ciudad, anunciando el fin de la jornada. Poco después las calles se llenaron de obreros, agotados y aliviados de volver a casa.

Por fin le llegó el turno a la Colonial de abrir las puertas. Georg contuvo el aliento. Salieron algunas obreras, a paso vivo o pesado; tenían más o menos la misma edad de Kerstin.

Fue de las primeras. Se despidió de una mujer a la que él no conocía y que se encaminó a toda prisa hacia el centro de la ciudad. Pronto se quedó sola en la acera, delante de la fábrica. Abrió el bolso, sacó un par de guantes, se los puso y, tras echar un vistazo en dirección a Georg —que se quedó sin respiración—, echó a andar hacia el barrio de Rörsjöstaden. Llevaba un abrigo azul que flotaba alrededor de sus piernas; sus tacones resonaban sobre la acera húmeda. Se alejó y, finalmente, desapareció.

Con un suspiro, Georg apoyó la frente en el castaño y cerró los ojos. Volvía a ver el rostro de Kerstin, su piel lisa, el cabello ondulando sobre la frente, su boca triste.

¿Cómo abordarla? Era tan hermosa...

—Es para ti, ha llegado hoy.

Georg reconoció vagamente la letra. En el sobre figuraban el nombre y la dirección de Greta, de manera que su hermana la había abierto, pero dejó de leer en cuanto vio el nombre de Georg en el encabezamiento, o al menos eso pretendía.

—¿No vas a leerla?

—Sí...

Desdobló la carta con lentitud. No era larga. Al ver que era de Axel, lo invadió una sorda angustia.

He intentado verte en varias ocasiones, pero nadie sabe por dónde paras. No he conseguido tener noticias de Kerstin, una familia se ha instalado en el piso que compartíais. Solo sé que fuiste liberado al mismo tiempo que yo. De momento, trato de ponerme en contacto contigo a través de tu hermana, cuya dirección tengo desde la época en que éramos estudiantes. Por lo visto, es la única que no ha cambiado de domicilio desde 1939.

Dime algo en cuanto puedas.

Axel

Le daba su dirección; no vivía lejos de allí, hacia Møllevångstorget. Georg releyó la carta y la tiró. Aquella intrusión del pasado lo trastornaba. No estaba

preparado para ver a Axel, todavía no. Por lo demás, ¿qué imaginaba, este?, ¿que, llenos de nostalgia, podrían intercambiar recuerdos de Svartnäset? Georg ya tenía bastantes quebraderos de cabeza: buscar trabajo, reconstruir su vida... Si bien no podía impedir que los recuerdos atormentaran su sueño, al menos podía evitarlos de día.

Cada vez tenía menos energías para buscar trabajo. Ya era difícil antes de la guerra, pero ahora sufría la competencia de mujeres y de hombres jóvenes, vigorosos, motivados, sin nada que ocultar. Empezaba a conocer a algunos, a veces charlaba con ellos antes de las entrevistas de contratación, de las que salían cada vez un poco más desanimados. No obstante, al igual que Georg, seguían acudiendo bien arreglados y limpios, con las referencias bajo el brazo, confiando en destacar.

Un día, a mediados de diciembre, volvió a casa más tarde de lo habitual. Había acudido a una entrevista para un puesto de tejedor en la fábrica de calcetines de Malmö. Una vez más, la cosa salió mal, y al acabar se encaminó a una cervecería, no lejos de Trelleborgsvägen, donde gastó sus últimas monedas..., las de Greta, en realidad. Por primera vez había cedido a la tentación. Experimentó cierta satisfacción al vaciar el vaso y el monedero, así como al tocar fondo, de una manera general. Bebió despacio a fin de que la cerveza le durase más.

Estaba rodeado de hombres jóvenes y de ancianos, todavía más borrachos y desdichados que él. Nadie le dirigía la palabra, y empezaba a sentirse bastante a gusto. No obstante, ese bienestar se disipó en cuanto salió del bar y, por obra del aire frío y revitalizante, la embriaguez no tardó en dar paso a los remordimientos. ¿Cómo explicar a Greta que se había gastado en cerveza el dinero que le quedaba?

Como todos los días, lo recibió el olor de la cena. Arenques, esta vez, o eso

le pareció. Se quitó el abrigo, el sombrero y los guantes con la mayor discreción posible, pero Greta salió a recibirlo enseguida y lo interrogó con la mirada, sin hacer comentarios sobre los efluvios de alcohol que sin duda había percibido.

—Llegas muy tarde. Alguien ha pasado a verte hará media hora.

—¿Ah, sí? —preguntó un tanto inquieto—. Espera, voy a ponerme cómodo.

Se agachó y empezó a descalzarse con torpeza, sin mirarla. Ella se encogió de hombros y regresó a la cocina.

Elsa estaba a la mesa haciendo los deberes. Mats se hallaba sentado en el suelo de la sala, y se había puesto a reparar un viejo motor, que sin duda había pertenecido a un vehículo pequeño. Estaba rodeado de tornillos, tuercas y piezas diversas que Georg fue incapaz de identificar. El chico tenía los dedos pringados de aceite, y lanzó a su tío una mirada furtiva, acompañada de un breve «Hola». Al mismo tiempo, intentó apartarse el flequillo de la frente soplando hacia arriba.

—Hola, Mats —dijo Georg, al tiempo que se instalaba en el sofá—. ¿Pero no está?

El chiquillo negó con la cabeza y miró a su madre, que acababa de entrar.

—Está en casa de un amigo, van al cine —comentó Greta, mientras se sentaba a su lado—. Bueno, ¿no quieres saber quién ha venido?

Georg la miró de reojo y vio sus ojos fatigados, el cabello mate. Trabajaba demasiado. Solo tenía treinta y seis años, pero aparentaba muchos más. Ella sola se ocupaba de la casa y los niños, tenía que ganar dinero para el alquiler, las facturas, la comida y la ropa de toda la familia, y veía en muy contadas ocasiones a su marido, cuando le concedían un permiso; los años de guerra la habían transformado en una vieja dama consumida y corriente.

Georg le dedicó una vaga sonrisa y le dio unos golpecitos en la mano.

—La verdad es que no. El día ha sido largo, estoy algo cansado. Pero me da en la nariz que voy a averiguarlo de todos modos.

Greta alzó los ojos al cielo.

—¿Ni siquiera sientes curiosidad por saberlo? Para empezar, casi no lo reconozco. Ha cambiado, al igual que tú. No presenta especiales secuelas, pero ha envejecido. Está hecho un palillo, y ya estaba borracho a las cinco de la tarde. Pero yo no soy quién para juzgarlo. No habrá sido fácil para él. Daba la impresión de que tenía muchas ganas de volver a ponerse en contacto contigo.

—Ah, bueno —contestó Georg, con la vista todavía clavada en el revoltijo de herramientas y el charco de aceite que había en el suelo.

Greta le dio un codazo, visiblemente molesta por su falta de interés.

—¡Era Axel! Tu excompañero de colegio. Me ha dicho que había intentado comunicarse contigo por correo, sin éxito. ¡He sentido vergüenza! Creía que te habías puesto en contacto con él hacía mucho. No pude hacer otra cosa que disculparme en tu nombre, explicar que estos últimos tiempos habías estado muy ocupado. Me dio esto.

Rebuscó en el bolsillo y le tendió una tarjeta de visita.

Axel Böcklin, redactor

Facklan

Simrishamnsgatan, 13

Malmö

—Quiere que vayas a verlo. Me ha obligado a prometerle que le telefonarás. Ha anotado su número al dorso de la tarjeta. Quería saber dónde trabajabas, le he dicho la verdad. Que estás buscando, pero que todavía no has encontrado nada. Que era difícil porque..., porque habías estado en las

compañías de trabajo. Ha dicho que tal vez podría ayudarte. ¡Ve a verlo, por favor! Eso podría cambiar tu situación. Axel también ha estado allí, sabe lo difícil que es...

Georg arrojó lejos la tarjeta, que cayó en la mancha de aceite. Mats lo miró estupefacto y se apresuró a recoger la tarjeta con la mano negra de aceite quemado.

—Has perdido esto, tío.

—Dáselo a tu madre. Le interesa más que a mí.

Greta se quedó estupefacta.

—Pero bueno, ¿no quieres un trabajo?

—Un trabajo sí, no una limosna. Además, no me veo trabajando para Axel. Somos demasiado diferentes.

Era una vulgar excusa. En realidad, tenía miedo de las heridas que reabriría su reencuentro con él.

—La cuestión no es esa —replicó Greta—. Nada dice que habrá trabajo para ti en ese periódico, ¿cómo se llama?... Ah, sí, *Flamman*. Tal vez tenga otras propuestas que hacerte. En todo caso, es el primero que se interesa por ti. ¡Llámallo, al menos para saber qué quiere!

—*Facklan*. El periódico se llama *Facklan*.

—¡*Facklan*, *Flamman* o *Eldsvådan*,^[8] qué más da! Se trata de un trabajo. Tal vez el único que vas a encontrar. Llámallo. Y por el amor de Dios, intenta ser un poco amable. ¿No ves que solo quiere ayudarte?

—Ayudarme... No veo por qué iba a ayudarme, no cabe decir que me aprecie mucho.

Se preguntaba cuándo habrían soltado a Axel y cómo había logrado encontrar trabajo con tanta rapidez, para colmo como redactor. Tenía buena pinta, aunque no conociera el periódico. Experimentó una punzada de celos y

amargura; hizo una mueca. Greta lo miró un instante más y acto seguido se dirigió a la cocina, donde se puso a hurgar en los armarios, cerrando de golpe puertas y cajones.

—Mamá se ha enfadado —constató Mats, volviendo hacia Georg su rostro salpicado de pecas—. Deberías hacer lo que te ha dicho.

—Me gustaría. Pero no puedo.

Contempló la tarjeta que su sobrino llevaba todavía en la mano. Cuando se separaron, en Storsien, al principio había echado de menos a Axel. A lo largo de los años siguientes, de vez en cuando preguntaba a Kerstin si había recibido noticias suyas. La respuesta siempre era negativa, y acabó por no volver a preguntar. Tras el último traslado a Stensele, algo se había roto en su interior. Empezó a decirse que nunca lo liberarían. No quiso establecer relaciones en el campo nunca más, y dejó de recibir noticias de sus amigos. Al presente, la idea de volver a ver a Axel no lo entusiasmaba. De hecho, le producía cierto malestar.

En el mes de diciembre los anuncios empezaron a escasear. Sabía que, durante las fiestas de Navidad y hasta después de Año Nuevo, habría pocas ofertas de empleo. Poco a poco empezaba a rendirse.

Un día, poco después de Santa Lucía, Greta lo arrastró a la cocina y le anunció que debía ponerse en contacto con Kerstin y Axel sin más dilación. Ya estaba harta de excusas, vivía con el temor de cruzarse con su cuñada o con los padres de esta. ¿Qué les diría, entonces? No quería mentir para proteger a Georg, pero la verdad los pondría furiosos, contra él, pero también contra ella. ¡Por el amor de Dios, pronto haría dos meses que vivía en su casa!

Georg comprendió que no bromeaba. Durante unos días mantuvo un perfil bajo, pero cada vez que se cruzaban ella le recordaba sus obligaciones. Acabó

por acceder. Decidió empezar por Axel, con el fin de averiguar si de veras podía ayudarlo.

En vez de telefonarle, decidió ir a verlo de sopetón a su oficina. Quizás estuviera demasiado ocupado para recibirlo, y así podría volver a casa de Greta con la conciencia tranquila; al menos lo habría intentado.

El periódico estaba situado en un barrio de bastante mala fama, no lejos de Möllevångstorget. Los soportales de las casas apestaban a orina, y la miseria del entorno intensificó su malestar. No estaba preparado, no quería ver a Axel ni a nadie de Svartnäset. Sin embargo, le constaba que Greta no lo comprendería, y era demasiado tarde para dar media vuelta. Lo mejor que cabía esperar era que la entrevista fuese breve.

No tardó más de diez minutos en llegar al número 13 de Simrishamnsgatan. En la puerta, alguien había garabateado las palabras «susios comunistas». Georg se fijó en el error ortográfico, se armó de valor y entró en el edificio, donde nada hacía presagiar que albergase la sede de un periódico. La redacción de *Facklan* estaba situada en el primer piso, con el nombre burdamente escrito en la puerta, rodeado de dos llamas dibujadas. Georg oyó ruido procedente del interior, la puerta estaba entreabierta.

Entró. Aquello era un verdadero caos, donde reinaba un ruido terrible. Se encontraba en lo que debía de haber sido la sala de estar de un piso de un solo dormitorio. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado amarillento. La araña suspendida del techo contrastaba con la vetustez del lugar. Tres escritorios que se derrumbaban bajo el peso de periódicos, libros y papeles. Al otro lado del situado más al fondo se sentaba un hombre mayor de pelo gris. Detrás de otro, una joven de cabello corto. Ambos se hallaban inclinados sobre sus máquinas de escribir, y al parecer no se habían percatado de su presencia. La mujer hablaba al mismo tiempo por teléfono, en lo que parecía

una mezcla de alemán y sueco. Había asimismo un par de bibliotecas y, en la pared que separaba las dos ventanas que daban a la calle, la foto de un hombre al que no reconoció.

Georg se quitó el sombrero y avanzó unos pasos. Estuvo a punto de tropezar con un montón de periódicos tirados en el suelo. La mujer levantó la cabeza y cubrió el auricular con la mano.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

En ese momento, Georg vio a Axel, sentado en la habitación contigua, absorto en un ejemplar de *Facklan*. Pese a su nerviosismo, no pudo reprimir una sonrisa al ver a su camarada, la viva imagen del redactor agotado, con la camisa remangada, las manos negras de tinta y el bolígrafo detrás de la oreja. Tenía el cabello revuelto, como si, presa de frustración, se lo hubiera mesado. Iba vestido de manera descuidada, con ropa demasiado grande y mal combinada.

—Axel.

Axel levantó la cabeza con semblante distraído y, al ver a Georg, estuvo a punto de dejar caer el periódico. Se abrió paso entre los montones de diarios, con la mano tendida y una sonrisa de incredulidad. El saludo se prolongó largo rato. Axel olía a tinta, tabaco rancio y alcohol.

—¡Así que estás vivo!

—Más o menos —respondió Georg, con una sonrisa forzada.

Pese a su desasosiego, estrechar la mano de su amigo le sentó bien. Experimentó la sensación fugaz y tranquilizadora de haber vuelto a casa. Alex le sonrió y asintió.

—No doy crédito a mis ojos... He intentado poneme en contacto contigo muchas veces.

—He estado ocupado, me ha costado acostumbrarme... Perdona que haya tardado tanto en dar señales de vida.

—Lo importante es que estás aquí. Tenemos que hablar. Aquí hay demasiado ruido, la rotativa monta un escándalo de mil demonios. Salgamos. Hay un café aquí al lado que sirve tostadas y cerveza. ¡Espérame un minuto, no te muevas!

Axel cambió unas palabras con sus colegas. La mujer miró a Georg con curiosidad antes de reanudar su conversación telefónica.

Un instante después estaban en la calle. Georg señaló la pintada.

—¿Sois vosotros, los sucios comunistas?

—Supongo que sí —respondió Axel con despreocupación.

—¿No lo habéis borrado?

—No. Que se quede así. No nos avergonzamos de lo que somos, más bien resulta positivo.

—¿Y eso?

—Significa que se sienten amenazados por lo que representamos, que tenemos importancia a sus ojos, ¿entiendes? De no ser así, no les preocuparía nuestra existencia. Además, no somos comunistas, aunque seamos de izquierdas, pero intenta explicárselo al idiota que ha hecho la pintada; si apenas sabe escribir...

El café adonde condujo a Georg, el Gyllene Ankaret, se hallaba casi vacío. Se instalaron en una mesa del fondo. Por lo visto, Axel era cliente habitual, llamó a la camarera por su nombre, y ella le dedicó una sonrisa llena de ternura. Pidió dos cervezas, tostadas y salchichón, que pagó antes de que Georg tuviera tiempo de protestar.

—Invito yo —dijo, y encendió un cigarrillo.

Ofreció uno a su camarada. Fumaron unos minutos en silencio, ni uno ni otro sabían por dónde empezar. Georg observó que, aunque estaba bastante

delgado, Axel no mostraba tanto como él los estigmas de los campos y de Svartnäset.

—¿Desde cuándo trabajas en *Facklan*? —le preguntó por fin, con objeto de retrasar el momento de abordar el tema inevitable.

—Desde hace seis meses. Empecé pocas semanas después de regresar.

—Tienes suerte de haber encontrado trabajo tan pronto —dijo Georg, sin poder disimular su amargura.

—Sí, lo sé. Y tú, ¿has encontrado algo?

—No. Hay muy pocas ofertas y mi currículum no ofrece nada demasiado atractivo, sobre todo estos últimos años...

Interrumpieron la conversación mientras les servían las cervezas y las tostadas, y después la reanudaron.

—Hay muchos en tu situación. Todos arrastramos la marca de las compañías de trabajo. No resulta fácil.

Georg dio un sorbo a la cerveza. Era demasiado temprano para beber, pero en compañía de Axel se le antojaba de lo más normal.

—¿A ti no te supuso ningún problema?

Axel sonrió.

—No, en realidad fue al contrario. En nuestro país existen algunos lugares, poco numerosos, es verdad, donde constituye un honor; de alguna manera, te confiere cierta credibilidad. Después de Storsien, tuve la suerte de ir a parar a la misma compañía de trabajo que un periodista del *Norrskensflamman*. ¿Recuerdas ese periódico?

—Por supuesto. Se declaró un incendio cuando estábamos en Svartnäset. Me parece que hubo varios muertos.

—Cinco, para ser exactos. En todo caso, ese periodista me confió que se trataba de editar un periódico parecido en Malmö, algo más neutral que aquel, encargado de cubrir los asuntos locales y regionales. Me presenté apenas ser

liberado. El primer número ni siquiera había salido. Resulta que necesitaban un redactor y, cuando averiguaron que había trabajado como reportero y que además había estado internado con Leif Forsberg, me ofrecieron el puesto.

—¿*Facklan* pertenece, pues, al mismo propietario que *Norrskensflamman*?

—No. Sobre el papel nos administra una sociedad anónima cooperativa, pero no estamos vinculados a ningún partido político, las autoridades podrían causarnos problemas.

—¿Y la tirada?

—No es enorme, pero va creciendo. En estos momentos sacamos ochocientos ejemplares por semana.

—¡No está nada mal! Pero, por lo visto, os habéis creado enemigos...

—En efecto. Ahora bien, el SKP[9] tiene cada vez más militantes. Y las próximas elecciones se presentan bien para el partido. A algunos eso les irrita y la toman con nosotros, aunque no estemos oficialmente afiliados.

Georg se acabó la tostada. Gracias a la cerveza, su angustia dio paso poco a poco a una dulce sensación de levedad. Era estupendo estar allí con Axel, sin recordar Svartnäset.

—¿Quién es el hombre de la foto del despacho?

Axel rio, se limpió la espuma de los labios con el dorso de la mano y, antes de que Georg tuviera tiempo de reaccionar y de terminarse la cerveza, pidió dos más.

—Ah, ¿te has fijado? Es mi héroe, Albin Ström. Fue el primero en criticar al gobierno por su actitud pasiva ante el régimen hitleriano, en el treinta y tres. Cuando propuso un embargo contra Alemania, lo expulsaron del Partido Socialdemócrata. Entonces fundó su propio partido, en Göteborg, el Partido Socialista. Un hombre valiente.

—Ah, sí, creo que lo recuerdo. Es un sindicalista, ¿no? Tiene muchos admiradores en Norrland.

Axel volvió a llenar los vasos. Las mejillas se le habían sonrosado y le brillaban los ojos. La cerveza le producía el efecto de un elixir; Georg, por su parte, empezaba a sentir que la cabeza le daba vueltas.

—No lo dudo. Si en tu compañía los muchachos eran tan rojos como en la mía, habrás oído hablar bastante de él estos últimos años.

Georg sonrió. Le costaba reconocerlo, pero hablar con alguien que sabía lo que había vivido le hacía bien. ¿Por qué había tardado tanto en volver a ponerse en contacto con Axel?

—En efecto. Al principio no me interesaba en absoluto, pero, con el tiempo, las semillas sembradas por ciertas ideas tienden a germinar. Una forma de oponer resistencia a las fuerzas que nos oprimían...

—Entonces, bienvenido al club, amigo mío —dijo Axel, al tiempo que levantaba la jarra.

—No sé... Tal vez sea decir demasiado.

Georg se miró las manos. Pasó un ángel. Axel le preguntó por Kerstin. Él le confesó que vivían separados, que esperaba a encontrar empleo. Se abstuvo de confesar que aún no se había puesto en contacto con ella.

—Como sabes, vivo en casa de mi hermana, Greta, en Södervärn. Pero la situación está un tanto crispada...

—No debe de ser fácil ni para ti ni para ella —dijo Axel, compadecido—. Bueno, vamos a dejar de andarnos por las ramas. Tenemos que hablar de cosas más importantes, ¿no te parece?

Había llegado el momento. Georg clavó de nuevo la vista en el suelo apretando las mandíbulas en silencio.

—Después de Storsien, ¿adónde te trasladaron?

No había manera de evitar aquella conversación.

—A Haparanda, y luego a Västergötland. ¿Y a ti?

—Primero a Sveg. Después a Grytan, cerca de Östersund.

Georg jamás había oído hablar de aquellas compañías de trabajo.

—¿Cómo eran?

—Supongo que habría podido ser peor. De hecho, no se trataba de verdaderos campos de trabajo, apenas trabajábamos. Más bien parecían perreras, donde nos tenían hacinados para domesticarnos. Algunos suboficiales eran verdaderos fascistas, y les producía un perverso placer afirmar su poder. Francamente, me moría de aburrimiento.

—Yo también. ¿Has recibido noticias de los demás?

—Únicamente de Fahlgren, un par de veces. Lo soltaron al cabo de solo nueve meses. Se encuentra bien, volvió a su casa. También escribí a Adrian Karlsson, pero no recibí respuesta. Por lo visto pasó varios meses en el hospital después de Svartnäset. No sé si fue a los campos, en todo caso nunca me topé con él. Según Fahlgren, se ha convertido en una especie de ermitaño.

Georg empezaba a impacientarse. Sin duda, Axel debía de saber lo que más le interesaba: el único de sus antiguos camaradas que seguía con vida,

—¿Sabes qué fue de Erik?

—¿Erik? Por supuesto, nos encontramos en las mismas compañías. Al principio se sentía muy avergonzado de habernos abandonado en Svartnäset.

Georg recordó que Erik se había disculpado en numerosas ocasiones por haberlos traicionado cuando el motín. Al principio, Georg había sentido mucho rencor. Pero tras la muerte de John, después de que los trasladaran a todos a Storsien, los actos de Erik habían perdido importancia; Axel y Georg acabaron por perdonarlo.

—Seguimos en contacto. Vive en casa de sus padres. En fin... Su padre murió hace poco. Tienen una granja en el norte de Escania. Es un trabajo muy duro, sobre todo para alguien como él.

—¿Qué quieres decir?

—Ese cretino intentó fugarse en pleno invierno. Soportaba las compañías

aún menos que yo, no podía resignarse. Sin embargo, ¿existe alguien a quien interese menos la política que Erik? No es más comunista que un cerdo. Sucedió en Sveg, justo después de Storsien. Desapareció toda una noche, estuvo a punto de morir de frío. En el hospital tuvieron que amputarle una pierna, justo por debajo de la rodilla.

Georg hundió el rostro entre las manos. Lamentaba haberle formulado la pregunta. Lamentaba haber ido a verlo. Sospechaba que tendría que oír malas noticias, por eso no había dado señales de vida.

—¿Estás bien? —se inquietó Axel.

—Todo es por mi culpa.

—¿De qué hablas, Georg? Eso no tiene nada que ver contigo. En lo que respecta a Erik, él se lo buscó, con aquel ridículo intento de evasión.

—Si John Åkesson siguiera con vida, no se mostraría de acuerdo contigo. Fui yo quien habló de resistencia pasiva, ¿recuerdas?

—Puede que sí o puede que no, pero, sea como fuere, el único culpable de aquella tragedia fue Cedrenius, y algún día volveré a encontrarme con él. Tengo contactos, he ido recogiendo información un poco por todas partes. Puede que esté algo desquiciado, pero incluso sueño con contratar a un detective privado para localizarlo. No dejaré correr el asunto.

Contempló con tristeza su jarra vacía.

—¿En serio? —preguntó Georg.

—Por supuesto. No me digas que no sueñas con arrancarle el pellejo tú también.

—Esto..., sí, por supuesto.

—Cuanto más seamos, más probabilidades de encontrarlo tendremos. No vale la pena preguntar a las autoridades, nunca revelarán dónde vive un oficial, sobre todo a alguien como yo.

Suspiró, hizo una seña a la camarera, dejó una corona en su bandeja, le

agradeció las excelentes tostadas y se volvió hacia Georg.

—Lo siento, he de irme. Los jueves siempre estamos muy ocupados, es el día de la impresión —dijo al tiempo que se levantaba y se ponía el abrigo.

También Georg se puso de pie, algo titubeante.

—Gracias por la tostada y... por lo demás.

—De nada. La próxima vez pagas tú.

Georg acompañó a su camarada a la redacción. La nieve matutina había cesado, pero hacía un frío terrible. Se levantaron el cuello para protegerse del viento. Cuando llegaron a la entrada, Axel dijo:

—También me puse en contacto contigo porque quiero proponerte algo. ¿Sabes cómo se imprime un periódico?

—Ni la menor idea.

—¿Crees que podrías aprender, digamos, en una semana?

—Yo... no lo sé. ¿Por qué?

—En *Facklan* necesitamos que alguien nos eche una mano. Vamos a aumentar la tirada, y el viejo Jonsson, que nos ayuda, se jubilará pronto. Yo no podría supervisar la impresión y el contenido del periódico al mismo tiempo. El sueldo no es muy alto, pero es mejor que nada. ¿Qué me dices?

Georg estaba tan estupefacto que tuvo que pedir a Axel que repitiera su oferta. Luego se lo pensó. ¿Le proponía ese puesto en serio o solo por caridad? Pensó en Kerstin, en la Navidad que se acercaba, en las ofertas de empleo cada vez más escasas y en todas aquellas que le habían pasado por delante de las narices.

—Supongo que no me quedan muchas alternativas. No tengo nada más y necesito un trabajo, así que...

—Perfecto —respondió Axel, por lo visto indiferente a su ingratitud—. ¡Hasta mañana, pues! ¿Puedes estar aquí a las ocho?

Georg asintió, aturdido. Se encontraba ante Axel, a quien no había visto desde hacía años, en una calle nevada de Malmö. Ese Axel al que nunca había apreciado de verdad, pero del que, en cierto modo, se sentía más cerca que de Greta o Kerstin. Y que, para colmo, le hacía una oferta que no se había atrevido a esperar. Volvió a pensar en lo que le había dicho sobre Cedrenius y el detective privado... Se estremeció. Al estrechar la mano que su antiguo compañero le tendía calurosamente, se sintió un poco mejor.

—Ardo en deseos de trabajar contigo —dijo Axel—, vamos a hacer una estupenda labor juntos.

Se trataba de una prensa rotativa de 1897, procedente de la Maschinenfabrik Johannisberg, en Alemania. Axel la había comprado por una módica suma a una imprenta de litografías que necesitaba material más moderno. La prensa había sido desmontada y transportada en piezas sueltas hasta la redacción de *Facklan*, donde volvieron a montarla los veteranos del oficio. El señor Jonsson había trabajado como impresor en *Arbetet* y *Svenska Dagbladet*, y el contenido del periódico le traía por completo sin cuidado. Lo único que contaba para él era la calidad de la impresión, en cuyo cometido sobresalía. El problema residía en que, tras pasarse toda la vida entre prensas, se había quedado medio sordo. Pronto cumpliría sesenta y ocho años, y estaba a punto de jubilarse.

Jonsson describió metódicamente a Georg el funcionamiento de la máquina. Al cabo de una semana trabajaban codo con codo en un silencio cordial. Jonsson no manifestaba el menor interés por la vida privada de su colega más joven y no hizo ninguna pregunta a Georg, quien le quedó reconocido por ello, sobre el origen de sus heridas.

Trabajaba mucho y se esforzaba por demostrar que había asimilado cuanto Jonsson le había enseñado. Cuando empezó a dominar la técnica, el trabajo le

resultó más interesante. El impresor era un verdadero artesano. Detectó en Jonsson y en sus excolegas, que a veces iban a verlo a *Facklan*, un orgullo que raras veces había observado entre los obreros; amaban su oficio de verdad. Escuchaba sus conversaciones y trataba de estar a su altura.

Se sentía aliviado de poner por fin manos a la obra, de sentirse útil, de haber recuperado una posición y una respetabilidad. En *Facklan* nadie lo juzgaba. Cuando le hacían preguntas, no se sentía obligado a confesar dónde había pasado los últimos años. Decía que era impresor y ya está.

Y todo gracias a Axel. Le había tendido la mano en el momento en que más lo necesitaba. Al cabo de pocos días el desprecio y la desconfianza de Georg se habían disipado casi por completo para dar paso a la gratitud. Durante el día trabajaban en sus tareas respectivas, se veían poco, pero a veces se reunían por la noche, con gran frecuencia en el Gyllene Ankaret. La camarera se llamaba Frida, y no tardó en sonreír a Georg y llamarlo por su nombre de pila.

También conoció a los dos reporteros que trabajaban en *Facklan*, Tage y Liselott. Tage era un periodista de cierta edad que en su juventud había estado muy comprometido con el SKP; en la actualidad no era tan radical y votaba socialdemócrata. Se mostraba meticuloso y experimentado, tenía un estilo un tanto seco y siempre entregaba sus textos puntualmente. Estaba casado, tenía dos hijos y no tardaría en ser abuelo.

Liselott contaba unos treinta años y no estaba casada. Su sueño era ir a la URSS para entrevistar a Stalin. Era bastante seductora, con su corto cabello castaño, una esbelta silueta y ojos azules. Axel se detenía con frecuencia ante su mesa, un poco más de lo necesario. La joven dominaba varias lenguas y, cuando no estaba inclinada sobre su máquina de escribir o al teléfono, se sumergía en la lectura de imponentes obras políticas.

A Georg le caía muy bien, aunque su seguridad en sí misma y sus conocimientos lo intimidaban un poco. No parecía nada preocupada por su situación familiar, más bien al contrario: compadecía a las amas de casa que pasaban cada día por delante de la redacción del periódico con uno o dos niños agarrados a sus faldas. Liselott las observaba con una mueca desdeñosa y lanzaba un «pfff» despreciativo, sin que Georg lograra adivinar si iba dirigido a las madres o a sus hijos.

Tage y Liselott los acompañaban de vez en cuando a la cervecería. Cuando Georg recibió su primera paga, pudo por fin invitarlos a su vez. Fue un momento de orgullo, y sabía que le quedaría dinero después de aquello. Experimentaba un placer secreto al percibir el crujido de los billetes en el bolsillo de los pantalones. Todo volvía a ser posible. Podría devolver el préstamo a Greta, comprar ropa nueva y estar presentable en el momento en que se reencontrara con Kerstin...

Como se acercaban las fiestas, Greta lo acosaba sin cesar para que llamara a su mujer, amenazándolo con hacerlo ella misma si no actuaba. En la ciudad, los adornos navideños florecían en los escaparates, aunque las tiendas no tuvieran gran cosa que ofrecer. Greta llevaba varias semanas almacenando azúcar para las gachas, y los niños decoraban la vivienda con objetos confeccionados en el colegio.

Cuando Georg pasaba la velada en casa, iba preparando sus regalos. La mayoría los había traído de Stensele. Los tallaba y pulía, pero le costaba terminarlos; siempre había algo que mejorar. Greta le preguntaba cada dos por tres cuándo iba a ponerse en contacto con Kerstin; él seguía contestando: «Pronto.»

Era un miércoles por la tarde, dos días antes de Navidad. La multitud se apretujaba en EPA. Las colas se alargaban ante las cajas, las escaleras mecánicas que conducían al restaurante del último piso estaban a rebosar de gente. Casi todo el mundo iba corto de dinero, no había gran cosa que comprar, pero igualmente era Navidad, todos acudían a esos grandes almacenes tan populares de Södergatan para comprar tabaco de mascar, una pulsera barata o un frasco de agua de colonia.

En el interior el calor contrastaba con el frío invernal. Kerstin se había quitado los guantes y desabrochado el abrigo. Pese a todo, sudaba mientras hacía cola, desde un cuarto de hora antes, con sus regalos de Navidad: una pipa para su padre, una estilográfica verde para Börje y carretes de hilo de coser para su madre. Nada extraordinario, pero menos es nada, se decía; con todo lo sucedido en los últimos tiempos, no estaba para celebraciones. Viola se había ido, pero ¿adónde? Hasta la policía lo ignoraba.

Kerstin se arrepentía de haber ido a la comisaría, de haberse dejado arrastrar por la cólera y los celos. Cada día la añoraba más. Nunca se había sentido tan desgraciada. Salvo, tal vez, los primeros años tras la partida de Georg; había pasado momentos muy difíciles, por ejemplo, cuando cerraron Storsien sin por ello dejar libre a Georg. En esos momentos de desesperación había deseado morir. Pero cada día despertaba de nuevo, con el corazón en un

puño, lágrimas en los ojos, y tenía que hacer un gran esfuerzo para levantarse, lavarse, vestirse y dirigirse a la Colonial.

En la fábrica se mostraba apática, ya no participaba en las conversaciones y prefería comer sola en la azotea, eso cuando comía. Sus colegas se habían cansado de preguntarle si todo iba bien sin recibir respuesta. La observaban preocupadas, pero la dejaban en paz.

¿Y Georg? Era como el soldado de la canción «En algún lugar de Suecia», [10] perdido de vista él también. No había recibido noticias suyas en todo el otoño. Tal vez habría muerto de frío, en el fondo de una fosa o de un henil. Cuando sus padres le preguntaban por qué ya no recibía cartas, se salía por la tangente.

Su madre estaba preocupada sobre todo por Börje, cuya tos se había agravado durante el invierno. Kerstin estaba molesta, inquieta y furiosa a la vez por el hecho de que Georg no diera señales de vida. Se sentía tan abandonada por él como por Viola.

La perspectiva de Navidad y de las expectativas que suscitaba le suponía una carga. Había estado a punto de no comprar nada y abstenerse de participar, pero en el último momento cambió de opinión. Börje estaría en casa, su padre había comprado un abeto pese a las protestas de su madre, y esta, a lo largo de casi dos meses, había ido ahorrando cupones con el fin de ofrecerles algunas salchichas y la materia prima necesaria para preparar albóndigas de carne. Jamón no; quedaba descartado, hacía años que ya no se encontraba.

La cola avanzaba poco a poco, y a Kerstin empezaban a dolerle las piernas; se pasaba la jornada laboral de pie en la fábrica. Tenía la boca seca, el cárdigan de lana le arañaba la garganta. Echó un vistazo al exterior. Debido al toque de queda, no había iluminaciones navideñas, pero habían podido

instalar los adornos habituales, ángeles y duendes que daban la impresión de seguir con la mirada a la gente apresurada. El escaparate de EPA estaba engalanado con corazones y estrellas. En la entrada se alzaba un árbol de Navidad muy bien adornado.

Por fin le tocó el turno. Pagó y se apresuró a abandonar los grandes almacenes. Aliviada, se llenó los pulmones de aire fresco. Atravesó la plaza Gustav Adolf y tomó Lilla Nygatan con toda la celeridad que le permitía el hielo. Estaba impaciente por llegar, reencontrar el calor de su hogar y engullir la comida que su madre le había guardado. Al día siguiente, víspera de Navidad, solo trabajaría hasta mediodía, y después volvería a casa para ayudar en los preparativos.

La tradición prescribía que su padre y ella se ocuparían de adornar el abeto. Su madre ni lo tocaba, consideraba que era dinero tirado por la ventana y se quejaba de las agujas que encontraba por todo el piso. Pero su padre había insistido: no hay Navidad auténtica sin árbol. Había sacado la caja donde se guardaban los adornos que Kerstin conocía desde su más tierna infancia: pardillos más reales que los auténticos, bolas de cristal multicolores, cestitas, bastones de caramelo de cristal y, en lo alto, una estrella de papel de aluminio, todos aquellos objetos familiares que casi había olvidado y que la reconfortaban.

Cruzó el canal para tomar Kungsgatan. Las ramas negras y desnudas de los tilos, a lo largo de las aceras, casi se confundían con el cielo oscuro, que contrastaba con la nieve que crujía bajo sus pies. La calle estaba desierta.

Había recorrido la mitad del camino de regreso, cuando de pronto oyó pasos a su espalda. Sin duda alguien que volvía a casa, con los brazos cargados de regalos como ella. No obstante, los pasos se aceleraron; la persona se acercaba.

Caminó más deprisa, cruzó la calle y, tras refugiarse a la sombra de los árboles, se volvió. En la acera de enfrente, otra persona se había detenido. Kerstin no lograba discernir si se trataba de un hombre o de una mujer. Lo único que veía era un rostro borroso, como una mancha clara en la noche. Contuvo el aliento. ¿Sería posible? Hinchida de esperanza, avanzó un paso hacia la silueta.

—¿Viola? ¿Eres tú?

Dio la impresión de que sus palabras se congelaban en el aire glacial.

La persona se dirigió hacia ella a grandes zancadas, muy decidida, y, cuando se aproximó, Kirsten cayó en la cuenta de su error: no era Viola, sino un hombre. Llena de terror, echó a correr por la nieve.

Se precipitó hacia el centro de la calzada, resbaló y cayó no lejos de la acera; de inmediato se levantó y reanudó su carrera. Por culpa de la caída había perdido varios segundos y, una vez en Kornettsgatan, casi oía la respiración de su perseguidor.

Llegó a la puerta de su edificio a tal velocidad que chocó contra ella. Sus manos tensas y crispadas se cerraron sobre el pomo. Tiró con desesperación, pero la puerta, sin duda a causa del frío, se negó a abrirse. Estaba atrapada. Siguió tirando, el hombre no tardaría en llegar. Se volvió, aterrorizada. Una bola de nieve helada la alcanzó en pleno rostro y resbaló por sus mejillas como cristal roto.

Gimió, cegada. Presa del pánico, se volvió de nuevo hacia la puerta y tiró del pomo, el cual, tras unos segundos de forcejeo, cedió por fin con un estruendo ensordecedor. Se precipitó en el vestíbulo y la puerta se cerró a su espalda. Atravesó el patio y subió la escalera sin molestarse en encender la luz. Cuando llegó al tercer piso, se detuvo y prestó oídos, pero no oyó nada, salvo los latidos de su corazón y su aliento entrecortado. La cabeza le daba vueltas, tuvo que aferrarse a la barandilla para no caer.

Temblorosa, se dejó caer en la escalera. Se quitó los guantes y los utilizó para secarse. La piel del rostro le ardía en el punto donde el desconocido, con tremenda puntería, la había alcanzado. Kerstin aún tenía la visión borrosa, como si un montón de gravilla se le hubiera clavado en los ojos. Estaba sana y salva, pero aterrorizada. Hacía apenas una semana, el periódico había hablado de un violador que rondaba por el barrio de Öster. Había agredido a cuatro mujeres, pero hasta el momento solo había logrado sus fines una vez. La descripción que habían proporcionado las víctimas dejaba suponer que se trataba de una sola y misma persona.

Se levantó y se sacudió la nieve del abrigo, aliviada de no haber perdido, en la caída, ni el bolso ni los regalos. Subió despacio hasta el cuarto piso.

La radio transmitía villancicos. Eran las tres de la tarde, la noche empezaba a caer. Kerstin no había salido en todo el día. Ayudaba a su madre con los últimos preparativos: pelar las patatas, cortar la col, vigilar las gachas, envolver sus regalos y disponerlos al pie del árbol, junto a los de sus padres; el conjunto formaba un montoncito de tamaño modesto. Se dijo que si el desconocido la esperaba hoy, se llevaría una decepción. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, se esforzó por no pensar más en ello. Dentro de una hora llegaría Börje y se sentarían a cenar.

Sobre la mesa, cubierta con un mantel de Navidad, habían dispuesto arenques y remolachas en vinagre, queso, pan, cabeza de jabalí. La col y las patatas hervían en el fuego de la cocina, y las gachas de arroz, arrolladas en bolas, se enfriaban en el alféizar de la ventana. Kerstin encendió las velas de la mesa e inspiró. El aroma típico navideño: olor a abeto, a col insípida y a vinagre. Lo habían preparado todo con la esperanza de que el espíritu de la Navidad estuviera bien presente.

Su padre entró en la cocina con los ojos brillantes y las mejillas más

sonrosadas que de costumbre. Pese a su angustia, Kerstin no pudo reprimir una sonrisa al verlo. El hombre adoraba las fiestas navideñas, no se dejaría abatir ni por el mal humor de su mujer, ni por la guerra y los racionamientos. Se acercó a Kerstin y admiró la mesa.

—Todo esto tiene un aspecto delicioso —dijo frotándose las manos—. Solo falta Börje.

Kerstin consultó su reloj. A mediodía solo habían tomado caldo y *knäckebröd*, con el fin de tener suficiente apetito para la cena.

—Aún falta una hora para que llegue.

—Lo sé, pero ya tengo hambre.

Su madre olfateó la col, que cocía a fuego lento.

—Habrá que esperar. Esto todavía no está listo.

—Ya lo sé. Navidad no sería Navidad sin todas estas esperas...

De pronto calló. Alguien llamaba a la puerta.

—Ahí está Börje. Sin duda lo habrá atraído el rico aroma de la cocina, Elna.

—Voy yo —se ofreció Kerstin.

Se enjugó las manos en el delantal para ir a abrir, contenta de que Börje hubiera llegado con antelación; sabría devolver la sonrisa a su madre. Además, así podrían empezar a cenar antes.

No obstante, cuando abrió la puerta, su sonrisa se borró: no era Börje.

El hombre flaco y siniestro que esperaba ante la puerta, con los brazos cargados de regalos, era Georg. Ella lanzó un grito de espanto, lo cual sobresaltó al hombre y los paquetes cayeron al suelo mojado. Se miraron en silencio.

—Será mejor que recoja todo esto —dijo él.

Se agachó. Apenas veía en la penumbra y tuvo que buscar a tientas un buen rato. Finalmente, se incorporó.

—Feliz Navidad, Kerstin.

Kerstin temblaba, incapaz de pronunciar palabra alguna.

Nils, que acababa de aparecer en el recibidor, se inmovilizó boquiabierto. Superada la inmensa sorpresa, pasó por delante de Kerstin y tomó a su yerno por los hombros.

—¡Georg! ¡No me lo puedo creer! ¡Elna, ven a ver quién ha venido!

Georg se dejó abrazar. Kerstin, aturdida, tuvo que apoyarse en el marco de la puerta. Sintió náuseas. No se esperaba aquello. No en Nochebuena. Tal vez ya no lo esperaba en absoluto.

—¿Qué pasa?

Elna salió corriendo de la cocina entre una nube de humo, con un cucharón en la mano. Al ver a Georg, las lágrimas acudieron a sus ojos, murmuró «Dios mío» y lo abrazó con cariño.

Georg esbozó una vaga sonrisa, pero guardó silencio. Se quedó quieto en brazos de su suegra, incapaz de devolverle el abrazo. Había adelgazado y se había encorvado un poco. Los pómulos y la nariz parecían más salientes que antes. Todo en él tenía un aspecto más anguloso: los hombros, los codos, las rodillas. Los lóbulos de las orejas estaban hechos trizas. Tenía el rostro cubierto de cicatrices. Su mirada era arisca, huidiza y sombría.

Cuando se quitó los guantes, sus dedos amputados quedaron al descubierto. Kerstin abrió unos ojos como platos. Él la miró furtivamente.

—Vamos adentro —acabó por decir Elna, antes de conducir a Georg al interior.

Cojeaba.

—No me quedará mucho rato, no quiero molestaros —murmuró quitándose el sombrero, mientras su suegra lo ayudaba a desprenderse del abrigo.

—¿Molestarnos? ¡Pero qué dices! ¿Sabes cuánto hace que esperábamos

este momento? ¡Díselo, Kerstin! —exclamó Nils.

—Cuatro años exactos —dijo ella con un hilo de voz.

—Tres años, once meses y dieciocho días —precisó Georg.

Elna sacó un par de zapatillas y lo invitó a descalzarse.

—¡Pues claro que te quedas, faltaría más! Tenemos comida suficiente para todos. Ve a instalarte en la sala de estar. Te llevaré algo de beber. ¿Cerveza o *svagdricka*?

—Una cerveza, gracias.

Georg se sentó en el taburete de la entrada y trató de descalzarse, lo cual, a causa de sus dedos amputados, se reveló laborioso. Kerstin se sorprendió contemplando fijamente sus manos mutiladas antes de apartar la vista, avergonzada y atemorizada. Su marido era casi un inválido, uno de esos hombres de los que los niños se burlan en la calle y les dicen de todo.

Cuando hubo terminado por fin, se incorporó, avergonzado, y se dejó guiar al salón. Kerstin se reunió con él poco después. La situación se le antojaba irreal. Georg había cambiado, pero tampoco le resultaba extraño del todo. Reconocía su olor, su voz y su cabello rubio y rizado. Ahora estaba sentado en el sofá, con los regalos descansando en su regazo y la vista clavada al frente.

Elna volvió con una bandeja y le ofreció una cerveza. Sirvió a todo el mundo, indicó con una seña a Kerstin que se sentara al lado de su marido y a su vez se acomodó en la butaca. Kerstin obedeció y, como en un sueño, tomó asiento en la otra punta del sofá. Se hizo un momento de silencio. Nils y Elna tenían la vista clavada en Georg y daba la impresión de que esperaban a que dijera algo. Su yerno se retorció las manos, mudo.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamó Nils al cabo de un rato, y propuso un brindis.

Todos entrechocaron los vasos.

El *svagdricka* tenía un sabor amargo. Georg se acabó la cerveza de un trago. Kerstin lo miraba con el rabillo del ojo, y observó que sudaba.

Elna sonrió.

—¡Es increíble! ¡Hace cuatro años que no nos vemos, llamas a la puerta y me pillas cocinando una col! Tienes que contarnos muchas cosas, Georg.

Georg lanzó una mirada furtiva a su suegra, y después a Kerstin.

—Yo... no sé por dónde empezar.

—¡No sé! ¡Habla como alguien de Norrland! —exclamó Elna, fascinada.

Georg se quedó desconcertado.

—No tiene nada de sorprendente. Después de tanto tiempo pasado en Laponia... —matizó Nils.

Pasó un ángel.

Al ver la angustia de Georg y su incapacidad para tomar la palabra, Kerstin hizo un esfuerzo.

—¿Cuándo has vuelto?

Sobresaltado, él se puso como un tomate y miró al fondo de su vaso vacío.

—Hace poco. Unas cuantas semanas —murmuró, antes de secarse la boca.

—¡Unas cuantas semanas! ¿Por qué no viniste directamente aquí? —exclamó Elna.

Georg eligió sus palabras.

—Yo... necesitaba algo de tiempo —respondió por fin—. Me encontraba bastante mal. Tenía que descansar, hacerme a la idea de que estaba de vuelta. Fui a casa de Greta. Vivo allí desde entonces. Resulta... muy extraño estar de nuevo en Malmö, tras tantos años pasados en medio de la nada. Pero nunca dejé de pensar en... vosotros.

Nils le aseguró que no debía preocuparse por nada, que lo entendían y que se alegraban mucho de su regreso.

—Además, antes quería encontrar trabajo. Volver así, con las manos

vacías, después de cuatro años de ausencia, no está bien. Durante las últimas semanas me he dedicado a buscar trabajo. —Intimidado, se volvió hacia Kerstin—. ¿Y tú cómo estás?

Aquello era demasiado. Kerstin se echó a llorar, corrió a la cocina y cerró la puerta a su espalda. ¡Cuatro años de soledad y quería saber cómo estaba! ¿Qué responder a eso? ¿Imaginaba que se arrojaría en sus brazos, solo porque él había juzgado oportuno regresar por fin, tras haberse pasado varias semanas en la misma ciudad, a solo dos kilómetros de allí?

Entre dos sollozos, oyó a su padre tranquilizar a Georg diciéndole que únicamente necesitaba tiempo, que no podía por menos de sentirse trastornada después de tantos años. En cuanto a su madre, consideraba excesiva la actitud de Kerstin; el padre trató de atenuar sus reproches.

—No debería haber venido —dijo Georg—, ha sido un error.

—¡De ninguna manera! —insistieron Nils y Elna.

Kerstin hizo un esfuerzo por calmarse. Tenía que prepararse para aguantar durante toda la velada. Se secó las lágrimas, apagó la radio, que seguía difundiendo su irritante música navideña, y se acercó a la ventana. ¿Por qué había aparecido precisamente hoy? Un día más o menos no habría cambiado nada, así que ¿por qué venir a molestarla en Nochebuena? Cerró los ojos; seguía oyendo sus voces en la sala. Agradeció que la dejaran en paz durante un rato.

Poco después oyó el chasquido de la puerta de entrada, seguido de la alegre voz de Börje.

—¡Feliz Navidad a todos! ¡Santo cielo, ahí fuera hace un frío que pela! Pero ¿dónde os habéis metido?

Siguió un momento de silencio, y después una exclamación: «¡Madre mía!»

Kerstin se secó los ojos por última vez, se atusó el cabello y se quitó el

delantal antes de salir a reunirse con los demás. En la sala, Georg y Börje se estrechaban la mano. Su hermano no encontraba las palabras, casi resultaba cómico verlos.

—Pero esto... ¡es fantástico! Georg, amigo mío, ¿cuándo has vuelto?

Con una disculpa, Kerstin se instaló de nuevo en el sofá. Börje la miró.

—¿Estabas al corriente?

—No, ha sido del todo inesperado.

Börje soltó al fin la mano de su cuñado, se quitó el abrigo y, tras depositar sus regalos en los brazos de su madre, se volvió de nuevo hacia él.

—Has cambiado.

Para gran sorpresa de Kerstin, Georg no pareció ofenderse. Se encogió de hombros y respondió:

—Tú también. Según parece, siguen sin haberte movilizado, ¿no?

En efecto, Börje no tenía buen aspecto. Tosía más y se limpiaba con regularidad la boca con un pañuelo verde.

—¿Esto? No es más que un pequeño resfriado sin importancia. Además, estos últimos tiempos no duermo bien. Pero tienes razón, nunca me movilizaron, por motivos de salud.

—¿Has ido al médico? Hace meses que arrastras ese resfriado —lo interrumpió Elna.

Börje, irritado, replicó que no quería molestar al médico con un resfriado común y corriente, que la semana anterior había mejorado mucho pero con el frío había empezado de nuevo a toser y que, por lo demás, deseaba comer algo porque se estaba muriendo de hambre. Börje tomó a Georg del brazo con la intención de conducirlo a la cocina, pero este dirigió a Kerstin una mirada vacilante.

—No debería quedarme. Debo volver a casa de Greta.

—¡De eso ni hablar! —exclamó Börje—, ¡ya lo creo que te quedas a

cenar! Santo cielo, hace cuatro años que no te vemos y ya quieres huir... ¡No te dejaremos marchar antes del postre!

La cena fue un calvario. Kerstin no tocó su plato. Estaba sentada frente a Georg, con lo que resultaba difícil que sus miradas no se cruzaran. Para ella, su presencia suponía una verdadera tortura y le impedía relajarse. Menos mal que Börje estaba allí y hablaba por los dos, al parecer sin percatarse de la tensión reinante.

Después de las gachas, Georg y Börje fumaron un cigarrillo. El primero parecía ya un tanto más tranquilo, más a gusto. Cambió algunas frases con sus suegros y de vez en cuando dirigía una mirada furtiva a Kerstin, que se levantó para ayudar a su madre a quitar la mesa. Mientras secaba los platos, sentía en su espalda la mirada ardiente de Georg. El ambiente estaba tan cargado que le sorprendía que nadie más se diera cuenta.

Se acomodaron en la sala. Nils encendió las velas, Börje sacó las cartas y la lotería, juegos que practicaban en casa desde la infancia, solo en Nochebuena y en Nochevieja. El juego de la lotería consistía en una pequeña ruleta de casino, una bola metálica, pequeñas placas multicolores y fichas de plástico.

Kerstin se arrellanó hecha un ovillo en la butaca y tiró lejos las zapatillas. Se sentía irritada y agotada al mismo tiempo, como vacía de sentimientos. Georg y Börje volvieron a fumar, mientras que Nils intentaba poner en marcha el gramófono; quería escuchar villancicos con aquel sonido chisporroteante, anticuado, que recordaba el siglo pasado.

—Bien, como ya he dicho, este año no tenemos gran cosa que ofrecer —se disculpó Elna.

Dejó sobre la mesa una bandeja con varias botellas de Pommac, limonada,

un plato grande lleno de manzanas, otro más pequeño con avellanas y, por último, el bizcocho más minúsculo que Kerstin había visto en su vida.

—Casi me olvido —dijo Börje, al tiempo que se levantaba—. ¡He traído algo para todos!

Abandonó la estancia y volvió con una bolsa pequeña, que abrió.

—¡Cogedlas!

Una pequeña bola naranja voló hacia Georg, que la atrapó con una mano, y después cayó otra en el regazo de Kerstin. Börje dejó dos en la bandeja.

—¡Naranjas! ¿Dónde las has encontrado? —exclamó Kerstin, y cerró los ojos para olfatear el aroma de la fruta, antes de entregarla a su madre.

—¡Mi pequeño Börje, menudo milagro! —dijo Elna.

—¿De dónde vienen? —preguntó Nils, un tanto desconfiado.

—Es un regalo de un cliente agradecido.

—Pero ¿cómo es posible? No nos llega fruta del sur desde hace años.

—¿Es que no te enteras, papá? Para quienes tienen dinero, el racionamiento no significa nada.

Nils dio un violento puñetazo sobre la mesa. Georg se sobresaltó como si el golpe lo hubiera recibido él.

—Vas a explicarme de dónde las has sacado, ¿de acuerdo? Si no, las tiro a la basura.

—¡No! —exclamaron Kerstin y Elna al unísono.

—Vienen de Estados Unidos, de California en concreto, donde el racionamiento no existe. También hay plátanos, chocolate, salchichas... De hecho, uno de mis clientes acaba de volver en avión, con las maletas llenas de fruta, chicles y medias. Las vende al mejor postor, o las obsequia a aquellos que le deben dinero.

Nils no parecía creerse ni una palabra.

—Estados Unidos, por avión... ¡Pamplinas!

—Si quieres saberlo, es un regalo de despedida. He decidido dejar este negocio.

Un ataque de tos se apoderó de él y sacó el pañuelo. Le brillaban los ojos. Su padre lo miró de hito en hito, estupefacto. En cuanto a Georg, miraba confuso a todo el mundo. Por fin, Nils, resignado, tomó la palabra.

—Perdónanos, Georg. No vamos a discutir el día de tu primera velada en casa.

—No pasa nada —dijo su yerno, al tiempo que dejaba la naranja en la mesa con la misma precaución que si se tratase de una granada.

Comieron las naranjas y tiraron las mondas al fuego. La disputa había incrementado la tensión del ambiente, de modo que no se lanzaron a los juegos de mesa. Börje guardó silencio, Georg se bebió el Pommac y anunció que no tardaría en marcharse, que Greta lo esperaba.

—Yo también os he traído algo. En fin, nada tan lujoso como las naranjas, pero...

Sacó los objetos. Kerstin reconoció el tipo de figuritas que Georg le había enviado con frecuencia. A Elna le correspondieron unas pinzas para el azúcar; a Nils, un peine. Se quedaron maravillados. En el paquete destinado a Kerstin, una caja contenía toda una familia de muñecos minúsculos: dos adultos y tres niños, de los cuales uno era un bebé no mayor que un grano de arroz.

—Es de asta de reno —explicó.

Kerstin contempló las figuritas, un tanto desconcertada, y volvió a tapar la caja.

—Gracias.

—Tengo otro regalo para ti, por si no te gustaban las figuritas.

—¿Ah, sí? No era necesario.

Se trataba de un collar, igualmente de asta de reno pero de tallado más

delicado. En su centro aparecía grabado *Kerstin*, rodeado de flores. Börje cantó sus alabanzas.

—Es bonito —admitió ella.

—Invertí mucho tiempo en él. ¿Recuerdas el collar de perlas rosa de EPA que me enviaste? Me salvó en más de una ocasión. Me decía que estaba obligado a sobrevivir a fin de poder devolvértelo.

Georg le dirigió una mirada insistente. Kerstin se ruborizó, porque había detectado deseo en ella. Casi había olvidado aquel collar. Se lo había enviado varios años atrás, para que pensara en ella de vez en cuando.

—Por desgracia se rompió el año pasado, a fuerza de ser manipulado noche tras noche. Entonces, decidí tallar uno nuevo, confío en que te guste tanto como el otro.

—Es un trabajo magnífico —aprobó Nils.

Elna, que se había inclinado para ver mejor, asintió.

—¡Póntelo a ver cómo te queda, Kerstin!

—No. No... voy vestida adecuadamente para eso, con estos viejos harapos.

Si Georg se quedó decepcionado, supo disimularlo. Se levantó, estrechó la mano de Börje y Nils, y prometió que volvería a verlos pronto.

—Me cuesta soltarte —dijo su suegro, mientras retenía su mano entre las suyas—. Estamos muy contentos de que hayas vuelto.

Kerstin permanecía inmóvil. No podía evitar sentirse aliviada por el hecho de que la velada llegara a su fin, y al mismo tiempo la embargaba una mezcla de confusión, tristeza y culpabilidad.

—Hasta pronto —dijo, todavía sentada.

—¡Kerstin, no te quedes ahí, acompaña a Georg a la puerta!

Mientras Georg se esforzaba por ponerse los zapatos, ella lo contemplaba en silencio, hasta que acabó por decir:

—¿Cuándo pensabas anunciármelo?

—Lo siento muchísimo —dijo él con aire contrito.

Tras incorporarse, se puso el abrigo y la bufanda. Kerstin tenía lágrimas en los ojos; era incapaz de disimular su desazón. Cerró la puerta de la sala y se volvió hacia su marido.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Irrumpir así, sin avisar, sin advertirme para que pudiera prepararme?

Él la miró con frialdad mientras se calaba el sombrero. Kerstin había olvidado lo alto que era, mucho más alto que ella, incluso más que Hasse.

—Son sabañones, nada grave. Todo el mundo en Norrland los padeció el primer invierno, cuando dormíamos en la tienda. Muchos quedaron bastante peor que yo.

—Los demás me traen sin cuidado.

Georg vaciló. Daba la impresión de que ansiaba marcharse. Kerstin le abrió la puerta, dejando entrar una corriente de aire frío, y después lo siguió a la negrura. Georg se volvió hacia ella.

—Había pasado mucho tiempo y no quería preocuparte. Lo sé, resulta difícil entenderlo, pero mis heridas tampoco me preocupan tanto. He tenido muchos otros motivos para inquietarme. Necesité mucha energía para sobrevivir.

Kerstin lo miró fríamente.

—Pero ¿por qué no te pusiste en contacto conmigo antes?

—Ya te lo he explicado. No quería presentarme ante ti hecho una piltrafa y sin un céntimo. Todavía me queda algo de orgullo. Después de cuatro años... no habrías querido saber nada de mí en ese estado.

—¿No entiendes que ese tipo de cosas me importan un pepino? ¡No tengo noticias tuyas desde hace varios meses y surges de repente, sin previo aviso, en Nochebuena! ¿Acaso esperabas que todo fuera como antes?

—No.

—¿No? Entonces, ¿qué?

Una sombra cruzó por los ojos de Georg.

—Te presento mis disculpas —dijo, al tiempo que daba media vuelta para dirigirse a la escalera.

Kerstin lo seguía con la mirada cuando, al ver sus anchos hombros y el sombrero, algo le vino a la cabeza. Cubierta de repente de un sudor frío, alcanzó a Georg.

—¿Fuiste tú quien me siguió?

Georg se detuvo.

—¿Qué?

—Hace dos días.

—Pero ¿de qué hablas?

—No te hagas el inocente. Eras tú, ¿no? Me perseguiste.

Georg la miraba atónito.

—¿Perseguirte? Kerstin, no podría correr aunque el diablo me pisara los talones. Tengo los pies hechos trizas.

Kerstin recuperó el dominio de sí misma. Se había dejado llevar por la sensación de saberse perseguida. Era evidente que no podía correr, cojeaba. En el rostro de Georg, además de dolor, se leía ahora inquietud.

—¿Alguien te sigue? ¿Desde cuándo?

—No quiero hablar de eso. Ya se acabó.

Él no parecía convencido.

—Bueno... Si estás segura...

—Estoy segura.

Se hizo el silencio, durante el cual no se oía otra cosa que el ruido de su respiración. Georg se levantó el sombrero y, una vez más, dio media vuelta.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando lo vio desaparecer en la penumbra, con la espalda encorvada y el cuello demacrado, los remordimientos asaltaron a Kerstin. Lo llamó. Él se detuvo y se volvió a mirarla, con una expresión indescifrable en el rostro.

—¡Que duermas bien! —le dijo ella con tristeza.

Georg asintió y, al alejarse, creyó oírle murmurar, a menos que se tratara de un ruido procedente del hueco de la escalera: «Tú también.»

Paseaba titubeante por el patio, a un tiempo aliviado y decepcionado. Si bien había esperado un reencuentro más desastroso, no podía decir que hubiera sido un éxito. Kerstin le reprochaba que ya no era el mismo. Saltaba a la vista que tampoco ella era consciente de su propia actitud: tensa, desconfiada y envarada. Puede que no hubiera cambiado físicamente, pero lo que es su temperamento...

Era una noche sin nubes, las estrellas brillaban intensamente en el cielo nocturno. El aire vivo le quemó la garganta mientras corría hacia las letrinas, al fondo del patio, para aliviarse: durante la última hora, en casa de Kerstin, había luchado contra la imperiosa necesidad de orinar, porque no quería dejar tiempo a la familia, mientras estuviera en el aseo, para hablar de él. Imaginaba que en aquel mismo momento estaban comentando su aspecto: sus dedos, su cojera, sus tics de lenguaje; no podía hacer nada al respecto.

Entró en una de las casetas y, tras cerrar la puerta a su espalda, se desabrochó la bragueta y procedió a aliviarse. Gracias al frío, el olor de los servicios públicos quedaba neutralizado en parte, pero el nauseabundo de los excrementos subsistía. Cerró los ojos y espiró por la nariz. Acto seguido se subió los pantalones, atravesó el patio nevado y salió del edificio. La calle estaba desierta.

Eran casi las diez de la noche y hacía un frío intenso. No tanto como en Norrland mas pese a todo glacial. Como cada vez que helaba, las sensaciones

volvían a los dedos de manos y pies que había perdido. Hizo lo que pudo por ignorarlas, se metió las manos en los bolsillos y tomó la dirección de Södervärn.

Menuda Nochebuena... Durante toda la velada se había sentido tan nervioso que a veces tenía la impresión de no estar allí, trastornado por su reencuentro, por el hecho de hallarse tan cerca de Kerstin, de casi poder tocarla. Lo conmocionaba asimismo la idea de que hasta esa noche no había sido capaz de recorrer la breve distancia que separaba los barrios de Södervärn y Rör sjö staden, el último muro que lo separaba de aquella con quien tanto había soñado y a la que a tal punto había echado de menos a lo largo de cuatro años.

Evidentemente, la cosa no era tan sencilla; la realidad se le antojaba más bien insulsa en relación con sus sueños. Kerstin parecía cansada y ajada. Le habían aparecido nuevas arrugas en las comisuras de los labios, no se había lavado el pelo y no exhibió una sonrisa hasta que Börje repartió las naranjas. Georg había confiado en que el collar de asta de reno produciría algún efecto, pero no le había prestado la menor atención.

Aunque su mujer no había dicho nada, era consciente de que algo no iba bien; le sorprendía que ni Elna ni Nils se hubieran dado cuenta. Parecía atormentada, como tras una noche de insomnio o de pesadillas. Algo la preocupaba, estaba seguro. ¿Cómo explicar, si no, su extraño comportamiento y el hecho de que lo acusara de haberla perseguido? ¿Por quién lo tomaba?

Dio una patada a un pequeño bloque de hielo, lo cual solo sirvió para intensificar el dolor en los dedos de los pies. Echaba de menos a Kerstin, pero al mismo tiempo se sentía aliviado de hallarse de nuevo lejos de ella. Su frialdad y su desconfianza lo habían desconcertado. Se preguntaba qué pensaba de él en ese momento. Era obvio que le molestaban sus sabañones, a

los que él ya no prestaba atención; le costaba un poco más atarse los zapatos, eso era todo. ¿Por qué para ella suponía un obstáculo infranqueable?

Mientras recorría Bergsgatan, que unía el barrio de Rörsgörestaden con el de Södervärn, se cruzó con un par de bicicletas y un peatón en la calle desierta. Las ventanas estaban cubiertas a causa del toque de queda, nada indicaba que fuera Nochebuena, a excepción del rumor de una cantinela que salía de uno de los pisos, en la esquina de la calle: «Bailemos, bailemos alrededor del enebro...»

Imaginaba a una alegre familia danzando alrededor del abeto o jugando a las cartas, a unos niños con los ojos brillantes disfrutando de sus regalos ante la mirada benévola de sus padres... Un poco como la pequeña familia de muñequitos que había tallado para Kerstin y con la que ella no había sabido qué hacer. A menos que aquella familia, detrás de las cortinas, viviera en realidad inmersa en la pesadumbre, la soledad y la desgracia. Tal vez Georg se estaba haciendo ilusiones.

Llegado ante el edificio de Greta, encendió un cigarrillo, observó el humo azul que ascendía en el cielo negro y pensó de nuevo en su mujer. Había llorado, estaba resentida con él, de manera que no le era indiferente. Pese a su prolongada separación, algo seguía uniéndolos. Cuando se acomodó en el sofá, a su lado, se sintió fulminado por el deseo. El calor que emanaba de su presencia le había provocado escalofríos.

Lo mismo había ocurrido cuando sus miradas se cruzaron durante la cena. La llamita que entrevió en ellos le decía que debía de seguir apegada a él; si se había mostrado hostil y reservada, era porque se sentía herida. Hasta ese momento no comprendió que habría sido preferible avisarla previamente de sus heridas, que debería haberse puesto en contacto con ella en cuanto salió de Stensele, en vez de vagar durante meses sin dar la menor señal de vida.

Si quería que su relación pudiera florecer de nuevo, debía tener sumo cuidado, dar tiempo a Kerstin para que se acostumbrase. No apremiarla como al principio de su historia, cuando se mostraba lleno de ardor, muy impetuoso, y tuvo que dominarse a fin de no asustarla. Necesitaban tiempo, eso era todo.

Arrojó la colilla, henchido de una esperanza que solo se sustentaba en vagas señales, una mirada de Kerstin, cierta tensión, nada más.

La llamó por teléfono al día siguiente. Ella le dijo que no quería verlo en las próximas horas, que necesitaba descansar y reflexionar, digerir cuanto había ocurrido. Lo entendía. De hecho, parecía más fatigada que hostil, lo que le dio el valor para proponerle que se vieran al otro día, tal vez para un paseo a lo largo del lago Pildammarna. Todo estaría cerrado y un poco de aire fresco les sentaría bien. Ella no respondió de inmediato. Oía su respiración al otro extremo del hilo. Se sintió vibrar como cuando la tenía sentada al lado en Nochebuena. Apretó con más fuerza el auricular, «ojalá no diga que no». Finalmente, aceptó. Acordaron encontrarse el día en cuestión, a las dos de la tarde, delante de la torre de agua.

La inminente cita, esta vez cara a cara, lo ponía casi más nervioso que su reencuentro en Nochebuena. Esperaba que hiciese buen tiempo y que Kerstin estuviera de mejor humor, pero llegado el momento el cielo estaba gris y encapotado. Ella lo saludó cortésmente si bien con reservas, estrechándole la mano como a un extraño.

—¿Damos la vuelta al lago? —propuso ofreciéndole el brazo.

Debido al frío, tenía los pómulos y la punta de la nariz sonrosados. Llevaba el abrigo azul con hombreras y una boina negra.

Los senderos del parque eran un hervidero de gente. Las aves a las que por lo general se veía planear por encima del lago —patos salvajes, fochas,

avutardas— permanecían en los juncos de la orilla, picoteando en la nieve en busca de comida, sin demasiado éxito; ya nadie tenía pan para echarles.

Los gritos y las risas de los patinadores resonaban en la superficie del lago helado. Kerstin y Georg se detuvieron un instante a observarlos.

—¿Recuerdas cuando patinábamos aquí?

Ella asintió, con la mano posada en su brazo.

—Fue hace mucho tiempo.

Un chiquillo vestido con jersey rojo y tocado con un gorro azul hacía derrapes controlados, frenando bruscamente al llegar cerca de los espectadores, que recibían salpicaduras de nieve en la cara; el niño salía disparado de nuevo, burlón. A Georg le habría encantado sumarse a él en el hielo, agarrarlo y levantarlo por las orejas, pero pese a su irritación no hizo nada de eso: en el centro del lago veía zonas oscuras que no le hacían la menor gracia. No solo jamás conseguiría atrapar al chiquillo, sino que ante todo no pensaba correr el riesgo de aventurarse en el hielo, no después de lo que le había ocurrido a Harald.

—Anda, ven.

Kerstin lo arrancó de sus pensamientos tirándole del brazo con impaciencia. Llevaban ya un buen rato allí plantados, él sumido en sus recuerdos, a cientos de kilómetros al norte, y ella congelada con su falda de lana y sus botines; hacía diez grados bajo cero.

—Por supuesto. Perdóname.

Dio unos golpecitos distraídamente en su mano enguantada y reanudaron la marcha, abandonando el camino que bordeaba el lago, con el fin de refugiarse en los alrededores del parque y protegerse del viento glacial.

Greta se lo había advertido: al presente debía reconquistar a Kerstin, habían ocurrido demasiadas cosas para que pudieran retomarlo donde lo habían dejado. Era inútil aferrarse al pasado, más valía partir de cero, pensar

en las posibilidades antes que en los obstáculos. Es decir, hacerle la corte como al principio, a fin de que reaprendieran a conocerse. En boca de Greta parecía sencillo y evidente, pero ahora que paseaban por el parque, cogidos del brazo como cualquier pareja, la cosa se revelaba claramente más difícil. Su mujer se mostraba taciturna y el silencio se volvía opresivo. Preguntas sobre su salud y la de sus padres, sobre el trabajo en la Colonial... A apenas unos cientos de metros habían agotado la conversación sobre los gozos y las sombras de la vida cotidiana.

¿Por dónde empezar tras cuatro años..., por los temas más fútiles y menos sensibles o bien por los graves y espinosos, los que realmente importaban? No tenía la menor idea, y tampoco se atrevía a preguntar más a Kerstin. Tenía la impresión de que su reencuentro había partido de una base equivocada. ¿No deberían al menos haberse estrechado entre sus brazos? Tenían tantas cosas que decirse..., y en cambio caminaban en silencio. Tal vez ahí estaba el problema: no sabían por dónde empezar.

De vez en cuando Kerstin miraba a su espalda, como si alguien los estuviera siguiendo. Él no dijo nada, pero reconoció su mirada enloquecida de la antevíspera.

—¿Y si fuéramos al Pabellón de Margareta? —le propuso—. Quizá después de todo esté abierto. Me tomaría muy a gusto un cafetito.

—Está cerrado —dijo Kerstin, quien de todos modos lo siguió hacia el interior del parque.

En verano, a veces daban conciertos, y el sendero que llevaba allí estaba rodeado de parterres de flores, hoy cubiertos de nieve. Georg veía ya perfilarse el pequeño edificio redondo y blanco con techumbre de cobre verde, que en efecto parecía cerrado. Mas no por eso renunció a la idea de llevar a Kerstin a tomar un café; era lo que necesitaban para romper el hielo. Señaló los parterres.

—Me pregunto qué flores se verán ahí en verano. Tal vez tulipanes. Debe de ser bonito.

Su mujer dirigió hacia allí una mirada cansada.

—Hace mucho que ya no hay flores. Desde hace años en los parques solo plantan coles, zanahorias y patatas.

Llegaron al pabellón. Georg subió la escalera y miró dentro por la ventana. Adivinó en la penumbra las sillas apiladas sobre las mesas juntas.

—Se diría que lleva meses cerrado.

—Ya te lo he dicho.

Se mantenía de espaldas, con la vista clavada en la avenida.

—¿Buscas a alguien?

Se sobresaltó.

—No.

Georg sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

—Quedémonos un rato. No hace demasiado viento.

Encendió el cigarrillo y se recostó en la pared.

—¿Me das uno?

—Ah, ¿fumas?

Ella se sirvió del paquete que Georg le tendía.

—Habitualmente, no. Solo de vez en cuando. Empecé cuando te fuiste a Norrland.

Le encendió el cigarrillo. La llama del encendedor vacilaba, Kerstin tuvo que hacer pantalla con las manos sobre las de Georg. Pese a los guantes, ambos sentían el calor de su piel. Dieron simultáneamente una calada y el humo ascendió despacio en el aire transparente.

—¡Oh, vaya! Así que, cuando el gato no está... —bromeó él.

—¿Qué quieres decir?

Señaló el cigarrillo y ella se relajó.

—Ah, sí... Empecé a fumar con Judit.

—En Norrland todo el mundo fumaba. Incluso los que antes nunca lo habían probado. Nos hacíamos la ilusión de que nos daba calor.

Ella lo miró y asintió sin una palabra. Fumaron un rato, codo con codo, en silencio. Kerstin miraba a otro lado, él la observaba a hurtadillas. Tiritaba, pero no parecía tan fatigada como en Nochebuena. Sin duda habría descansado un poco. Deseaba cogerle la mano y llevársela a la mejilla, pero al final no se atrevió. Un mechón de cabello se le escapó de la boina que le cubría la frente.

—Es la primera vez que salgo desde hace días —le confió ella.

—¿De verdad? ¿Cuántos días de vacaciones tienes?

Kerstin dio una última calada y tiró el cigarrillo.

—Algo más de una semana, porque el dos de enero es domingo. Vuelvo el tres.

—Igual que yo, entonces.

—Todavía no me has hablado de tu nuevo trabajo.

Él se tomó su tiempo para responder.

—¿Te acuerdas de Axel? Estábamos juntos en Svartnäset. Y en la escuela íbamos a la misma clase.

—¿Axel Böcklin? ¡Claro que sí! ¿Antes no trabajaba en *Arbetet*?

—Sí, pero ahora es redactor en un pequeño periódico de izquierdas, *Facklan*. Las oficinas están en el barrio de Möllan. Le hice una visita hace unas semanas. Me ha contratado como chico para todo y responsable de la imprenta.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Y qué sabes tú del oficio de impresor?

—No gran cosa, pero estoy aprendiendo. Ya pasé varias semanas en la oficina justo antes de Navidad. Está situada en un apartamento de un

dormitorio de lo más vulgar. Axel y los otros dos trabajan en una de las habitaciones y se ocupan del contenido; en la otra está la imprenta, donde pasará la mayor parte del tiempo.

Kerstin no parecía muy convencida.

—Ya veo. De manera que un periódico de izquierdas. ¿Es realmente pertinente, sabiendo dónde has pasado los últimos años?

El comentario lo hirió, pero logró dominarse.

—No es un periódico comunista, sino un diario para obreros comunes y corrientes.

Ella parecía haber perdido ya todo interés en *Facklan*.

—Confío en que sepas lo que haces —comentó.

—No, la verdad es que no, pero necesito algún ingreso. Si crees que ha sido fácil, que tenía de sobra dónde escoger, te equivocas. Con mi pasado, nadie quería contratarme. Contesté a montones de anuncios, durante todo el mes de noviembre, antes de ir a ver a Axel.

—Sí, todo noviembre sin llamarme.

Le volvió la espalda. La conversación relajada había concluido. Se le escapaba. Dio un paso hacia ella y le cogió la mano.

—Kerstin, sabes que han pasado muchas cosas. Apenas hemos rozado el tema, pero quería saber si..., si crees que podemos volver a empezar. Es lo que deseo.

Ella permaneció inmóvil un instante antes de liberar la mano con suavidad.

—No lo sé, Georg —respondió con tristeza—. Cuatro años es mucho tiempo. No sé si lo conseguiré. Como tú dices, han pasado muchas cosas.

Él volvió a cogerle la mano.

—Quiero saber todo lo que has vivido. Quiero reaprender a conocerte. Sé que no será fácil, pero..., intentémoslo, ¿te parece?

Kerstin se había dado la vuelta. Georg intentó de todos modos, aunque

torpemente, besarla. Saltaba a la vista que no era el mejor momento. Ella retrocedió asustada.

—Pero ¿qué haces?

—Nada. Solo trato de besar a mi mujer. A la que no he visto desde hace cuatro años. Pero constato que está prohibido.

—Yo... no estoy preparada, eso es todo.

Creyó percibir repugnancia en su voz y se puso rojo de cólera.

—¿Es a causa de esto? —dijo señalándose la cara—. Ya no soy lo bastante guapo para ti, ¿es eso?

—Desde luego que no.

—No te creo. ¿Y qué es lo que acechas todo el rato? ¿Al que te sigue? Ni siquiera consigues estarte dos segundos quieta en el mismo sitio.

Se había mostrado vehemente y Kerstin pareció sorprendida. Por un instante tuvo miedo de que le leyera la cartilla, pero su rostro no tardó en volverse inexpresivo.

—No creo que todo esto sea buena idea. Cómo explicártelo..., me he acostumbrado a vivir sin ti. A arreglármelas sola. Las cosas han cambiado desde que te fuiste. Eso de volver a empezar, yo... no sé si puedo. Todo esto me resulta tan... extraño.

—Kerstin, apenas acabamos de reencontrarnos. Necesitamos tiempo, pero vale la pena, ¡estoy seguro! Vayamos muy despacito. Veámonos varias veces por semana. Demos tiempo al tiempo.

—Pero ¿estás seguro de desearlo? —replicó ella, de repente pensativa—. Ya ni siquiera sabes quién soy.

Hizo esa constatación con frialdad, sin la menor emoción.

—Todo irá bien. Con el tiempo, todo irá bien.

Durante un momento se miraron a los ojos de verdad, por primera vez

desde su reencuentro. Los ojos de un azul grisáceo de Kerstin le recordaron el mar de Ribersborg. Ella se encogió de hombros.

—Ya veremos. Lo que es ahora, tengo frío. Volvamos.

Echó a andar sin esperarlo, con las manos en los bolsillos. Orgullosa e independiente, tan distinta de la Kerstin que había conocido.

La alcanzó cojeando ligeramente.

—¿Y si intentáramos dar con un café abierto?

Se acercaban a Baltiska vägen, con sus grandes árboles a ambos lados.

—Casi todo está cerrado, seguro —respondió ella sin mirarlo—, Malmö está muerto durante las fiestas, ¿lo has olvidado?

Caminaba deprisa, a él le costaba seguirla.

—En efecto, llevaba fuera mucho tiempo —replicó sin aliento y aminorando el paso.

Ella se paró en seco y lo miró. La expresión de su mujer era impenetrable. ¿Compasión, impaciencia, ternura? Ya no se atrevía a esperar cariño por su parte. Mas no por eso deseaba su compasión.

De nuevo echaron a andar, ahora más despacio. Se esforzaba por no mostrar que estaba sin resuello. Tras haber cruzado Carl Gustafsväg, Kerstin se detuvo otra vez.

—Más vale que tomes a la izquierda por aquí —le dijo—, te llevará directamente a la plaza Södervärnsplan.

—Pero ¿de qué hablas? ¡Te acompaño!

—No, Georg, pareces muy cansado y puedo arreglármelas sola.

Captó lo que intentaba decirle —le había dejado muy claro que no lo necesitaba— y, en efecto, estaba agotado. Los pies y las manos le ardían, no le convenía permanecer en el exterior con esa temperatura.

—Me habría gustado invitarte a tomar un café.

Kerstin se lo pensó.

—¿Mañana, quizá? La mayoría de los cafés habrán vuelto a abrir.

Se estrecharon la mano. La vio alejarse a paso vivo hacia Pildammsvägen. Esperaba que se diera la vuelta, pero no lo hizo.

El café Grönkullen era un club de jazz que Georg no conocía. Fascinado, miraba a los muchachos sentados a las mesas, con pantalones ceñidos, americana hasta las rodillas, calcetines blancos y corbata larga y multicolor. Vio a dos hombres que llevaban sombrero de ala ancha y el cabello sorprendentemente largo. Más allá en la sala, un bailarín de swing, vestido con una americana de hombros cuadrados y tocado con un gran sombrero, estaba sentado junto a una joven que llevaba un astroso abrigo de piel de conejo echado al hombro.

Las mesas y las sillas no hacían juego. En las paredes habían fijado fotos de músicos de jazz, en su mayoría negros. La puerta de la cocina estaba entreabierta. Por ella salía música, difundida por una radio, a cuyo son una muchacha preparaba tostadas. De vez en cuando canturreaba el estribillo, indiferente a su abominable inglés y a los clientes que pudieran oírla.

Kerstin había cortado en trocitos su *wienerbröd*, y ahora lo degustaba con mal disimulado placer, acompañándolo de vez en cuando con un sorbo de café. Tamborileaba el ritmo de la música sobre la mesa.

—¿Ya habías estado aquí? —le preguntó Georg.

—No, pero Börje sí, de vez en cuando. Le encanta el jazz.

Georg miró de nuevo a su alrededor. Después se acabó el café. Si aquel lugar le gustaba tanto a Kerstin, haría un esfuerzo, aunque la música lo irritase; otro de esos cambios a los que Kerstin no cesaba de hacer alusión.

Estaba impaciente por encontrarse a solas con ella. Tenían tantas cosas que decirse..., y aquel café era demasiado ruidoso para su gusto. Se inclinó hacia ella.

—Tenemos tanto tiempo por recuperar... Quiero saberlo todo. Todo lo que ha ocurrido desde que nos separamos.

Ella apartó la vista y esperó unos instantes antes de responder.

—No sé qué contarte. He vivido en casa de mis padres, he trabajado en la Colonial; la rutina, el envasado, como antes de la guerra. Ya te lo conté todo en mis cartas, más o menos.

Georg la escrutaba. Habría querido preguntarle sobre todo aquello que no había escrito en su correspondencia.

—¿Sigues viendo a Judit?

Ella hizo una mueca y depositó la servilleta.

—No. Ahora tiene novio. Un polaco.

Saltaba a la vista que no tenía en gran aprecio a aquel hombre.

—¿Has tenido... otras amistades?

Kerstin no contestó. Recuperó la servilleta y empezó a manosearla con nerviosismo, aparentemente incómoda. Georg recordó lo que le había dicho en Nochebuena.

—Decías que alguien te había seguido. ¿De qué se trataba exactamente?

—¿Es un interrogatorio? —le preguntó en tono cortante.

Sorprendido, Georg le aseguró que no había nada de eso, que se preocupaba por ella y nada más.

—Es comprensible, ¿no? Si alguien te hace daño, puedo ayudarte.

—No lo creo, la verdad.

Su respuesta le sentó como una bofetada. Herido, la interrogó con la mirada. Ella se incorporó y se disculpó.

—Por favor, olvidémoslo, ¿quieres? Sí, es cierto, alguien me siguió antes de Navidad; un hombre. No debería haber vuelto a casa de noche cerrada. Sea como fuere, no he vuelto a verlo.

Georg asintió, todavía herido, pero se consoló diciéndose que era tan solo

la tercera vez que Kerstin y él se veían. Greta se lo había advertido: al principio resultaría difícil, tendría que demostrarle que no pensaba darse por vencido, aunque por el momento su mujer tuviera más espinas que un cacto.

—¿Estás segura de que no lo conoces?

—Sí. Bueno, en fin, me parece que no. No le vi la cara, pero era más o menos de tu estatura y llevaba un abrigo como el tuyo.

—Es curioso... ¿Has notado algo poco habitual estos últimos meses? ¿Has tenido tus dimes y diretes con alguien, por ejemplo, alguien que ahora tratara de asustarte?

—No creo —repuso ella con mirada huidiza.

—Si te cruzas de nuevo en su camino, debes decírselo a la policía.

Ella asintió. Georg reparó en que tenía marcas rojas a la altura del cuello; de repente sintió mucho miedo. Algo no iba bien, pero no era el lugar ni el momento para hablarlo. De todos modos, no quería que volviera a reprocharle que la estaba sometiendo a un interrogatorio.

Kerstin se disculpó y se dirigió a los servicios. Georg reconoció, difundido por la radio de la cocina, el tema *Black, Brown and Beige* de Duke Ellington. Uno de los bailarines sentados a la mesa marcaba el ritmo con la cuchara. Él se esforzó por parecer indiferente. Su mujer tardó largo rato en reaparecer, pero parecía un tanto apaciguada. Hasta esbozó una sonrisa.

—Mejor hablamos de ti —dijo sentándose.

Él se incorporó.

—Como decías hace un rato, todo está en mis cartas —respondió con despreocupación.

—Yo diría que no. Diversos pasajes fueron censurados. Además, ¿no omitirías voluntariamente algunos detalles? Lo de tus heridas, por ejemplo...

—Bah...

—¿Qué fue lo más difícil, Svartnäset o las compañías de trabajo?

Lo observaba con determinación. Sus preguntas eran directas, demasiado directas. Tuvo que dominarse para no ponerse de pie y dirigirse a la salida. Tenía el estómago revuelto. Se miró las manos lisiadas.

—Supongo que Svartnäset.

—¿Y eso por qué? ¡Solo estuviste tres meses, frente a los tres años que pasaste en las compañías!

—El tiempo es lo de menos.

Kerstin lo miró atentamente. A él le dio la impresión de que era sincera al pretender entenderlo.

—Es a causa de tus camaradas, ¿verdad? Los que murieron.

Georg habría querido escapar de su mirada. Se le habían humedecido las manos. Fijó la vista en la ventana, húmeda a su vez, constelada de gotitas que resbalaban en regueros a lo largo de los cristales.

—Sí. Harald y John.

En la mesa de al lado se produjo un estallido de risa colectivo. Georg sintió que la cólera lo invadía. Detestaba aquel lugar, aquella música, a aquellos clientes, aquellas cortinas y muebles desparejados. No podía imaginar un lugar peor para evocar Svartnäset. ¿Acaso su mujer no podía entenderlo?

—¿Nos vamos? A menos que quieras otra cosa...

Ella sacudió la cabeza.

—¿Va todo bien? Estás algo pálido.

Él esbozó una sonrisa.

—Es solo que me duele un poco la cabeza. Un soplo de aire fresco me sentará bien.

Fue un alivio abandonar aquel café y su música agobiante. Respiró hondo; empezaba a sentirse mejor. Ofreció el brazo a Kerstin, quien, tras un instante

de vacilación, lo aceptó. Todavía estaba mediada la tarde, se dirigieron hacia el centro.

—Te repele hablar de Svartnäset, ¿no es cierto?

A modo de respuesta, él murmuró algo inaudible. Caminaron hasta adentrarse en el viejo cementerio. Era un remanso de paz situado en pleno centro de la ciudad, rodeado de altos árboles tras los cuales desaparecían las avenidas. Algunas tumbas parecían mausoleos. Pertenecían a familias acomodadas que habían desempeñado un importante papel en Malmö entre los siglos XIX y XX. A Georg siempre le había gustado aquel lugar por su quietud.

Se detuvieron ante una tumba cuyo epitafio resultaba casi ilegible.

—Todas las mañanas, en Svartnäset, me preguntaba si llegaría vivo a la noche, ¿puedes entenderlo?

Vio que Kerstin se estremecía.

—La verdad es que no —respondió tras un instante de silencio.

—Estábamos por completo a merced del frío y de los suboficiales. Y en Svartnäset el capitán era un auténtico cabrón, un sádico.

Ahí estaba de nuevo el dolor de cabeza. Se sentó en un banco, sin preocuparse de sacudir la nieve que lo cubría. Ella se quedó de pie, inquieta al parecer.

—¿Cómo es posible que no inculparan a nadie?

—No lo sé. Sin duda Cedrenius alegó legítima defensa. Se encontraba enfrentado a un motín; uno de los soldados que estaban de nuestro lado, Karlsson, llevaba un fusil. También él salió mal librado; Cedrenius lo golpeó con el revólver y quedó desfigurado.

—¡Pero eso es terrible! ¿Dónde está ahora?

—¿Karlsson?

—No, Cedrenius.

—No tengo ni idea.

Ella despejó un poco de nieve del banco y se sentó al lado de Georg.

—Ahora tal vez entiendas un poco por qué no me preocupan demasiado mis sabañones. Comparado con lo que otros tuvieron que soportar, no son sino rasguños.

—¿Qué harías si Cedrenius volviera a cruzarse en tu camino?

—¿Qué haría?

Abrió la boca, esbozó un gesto con el brazo e hizo amago de hablar, pero al instante calló. No tenía la menor idea de lo que haría en semejante caso. Tendía a pensar que sus ansias de hincarle un hacha en la cabeza no dejaban de ser una fantasía; no era un hombre violento, aunque profesara verdadero odio a Cedrenius.

—La verdad es que no lo sé —admitió—, pero de un modo u otro tendrá que pagar por lo que hizo.

Se levantó y tendió la mano a Kerstin. Tenía lágrimas en los ojos, sin duda a causa del frío.

—Ven. Vámonos, aquí nos estamos helando.

Después de Año Nuevo, tanto Kerstin como Georg volvieron al trabajo. Seguían viéndose, sobre todo los fines de semana: comían en casa de los padres de ella los sábados y los domingos. Después, si el tiempo lo permitía, iban al parque o a cafés que pudieran permitirse; no volvieron al Grönkullen. Aunque Georg no había dicho nada, Kerstin había adivinado la aversión que sentía hacia aquel lugar.

Una tarde fueron al cine, a ver una película bélica americana. Georg estaba tan angustiado —se sobresaltaba a cada disparo de fusil o cada ráfaga de ametralladora— que tuvieron que irse en el entreacto.

El *shock* provocado por el regreso de Georg no se había esfumado: Kerstin seguía turbada y en ocasiones su conversación resultaba dificultosa. En cuanto a su marido, evocaba el pasado con suma dificultad. Cuando las preguntas de Kerstin sobre Svartnäset, Cedrenius o sus camaradas de Norrland se volvían demasiado directas, se retorcía, transpiraba, se le encendía el rostro e invariablemente guardaba silencio antes de retirarse.

Había perdido toda ligereza, se había vuelto taciturno y lúgubre. Ella se había acostumbrado a su nuevo aspecto, pero no estaba segura de conseguir —o siquiera de querer intentarlo— habituarse a esa parte de sombra que no le conocía.

Un día, de resultas de una conversación especialmente apática, trufada de largos silencios opresivos, la idea del divorcio le pasó por la mente. Se dijo

que se habían convertido en dos extraños. No tenía nada de sorprendente, dado todo lo que habían vivido cada cual por su lado; nadie podría reprocharle una decisión semejante. De hecho, el divorcio empezaba a ser algo habitual.

Sin embargo, no hizo nada al respecto. Ya no tenían gran cosa en común, Georg casi nunca reía, su conversación se arrastraba a duras penas y ella amaba a otra; ahora bien, más allá de todos esos obstáculos, entreveía un brillo de esperanza: la manera en que a veces la contemplaba, el deseo que manifestaba hacia ella. Cuando sus miradas se cruzaban, ambos recuperaban cierta complicidad, pese a los años transcurridos lejos el uno del otro. A todas luces eso no era suficiente para lanzarse de nuevo a una vida en común, pero, en nombre de tales instantes fugaces, aceptaba de buen grado las torpes atenciones de Georg. Y a decir verdad, como Viola ya no estaba, le hacía la soledad menos penosa.

Un domingo de finales de enero —habían acabado de comer, sopa de patatas con albóndigas—, Nils hizo un anuncio a Georg y Kerstin.

—Confío en no presionaros, pero desde tu regreso, Georg, me he permitido hacer algunas averiguaciones para conseguir que vuestra situación avance. He tomado esa iniciativa porque considero que necesitáis tiempo para reencontraros.

Viéndolos a los dos, Elna y él, cabía adivinar que algo habían maquinado.

—Me han hablado de un piso, en Henrik Smithsgatan, que quedará libre dentro de unas semanas. Es pequeño y no muy moderno pero luminoso, en la segunda planta y da a la calle. Fue el cartero, un viejo conocido con quien juego a las cartas de vez en cuando, quien me habló de él. La inquilina actual es una viuda sin hijos. Deja el piso para volver a Kulladal, a ocuparse de sus

padres. El cartero se ha enterado porque ella le consultó sobre cómo hacerle llegar el correo después de la mudanza. Se marcha a finales de febrero.

Kerstin y Georg cambiaron una mirada fugaz.

—Es demasiado pronto. Todavía no disponemos de medios —murmuró Georg.

—Pensadlo bien, ya sabéis lo difícil que es encontrar piso hoy en día. Sería una pena no aprovechar la ocasión.

Kerstin se esforzaba por mantener la calma concentrándose en los movimientos de la cuchara en el cuenco de sopa.

—Georg tiene razón —dijo, finalmente, con voz tensa—. Apenas está empezando a ganarse la vida, y yo casi no tengo ahorros. Por lo demás, ¿dónde íbamos a encontrar muebles? No, no disponemos de medios.

—Tu padre puede avalarte —intervino Elna—. Y en un primer momento podríamos prestaros muebles.

Kerstin fue consciente de que la idea de tener por fin su propia casa la complacía, pero al mismo tiempo la asustaba. De todos modos, a fin de que Georg no se hiciera una idea equivocada, siguió emitiendo reservas.

—Habría que pagar un alquiler por adelantado, ¿no? Pues la verdad es que no me queda ni un céntimo de mi último sueldo.

—Podemos echaros una mano con el primer alquiler, ya nos lo devolveréis cuando podáis.

—No creo... —empezó Georg.

Kerstin lo cortó.

—Seguro que es un cuchitril, por eso la inquilina actual se muda.

—En absoluto —objetó Nils—. Según Thomasson, el cartero, es una vivienda bastante correcta.

Georg, incómodo, objetó de nuevo:

—Lo lamento, pero ni hablar de ello. No puedo aceptar que nos paguéis el

alquiler. Es mejor esperar a que se presente un momento más favorable. He empezado a ahorrar.

—Si crees que os estoy regalando ese dinero —replicó Nils—, te equivocas. Se trata de un préstamo. Elna y yo estamos seguros de que nos lo devolveréis, pero no hay ninguna prisa. Por otra parte, no solo te concierne a ti, también hay que tener en cuenta a Kerstin. Necesita un hogar propio, tras todos estos años durmiendo en nuestro sofá. Y mientras viváis separados, no podréis construir nada.

—Ya veo —intervino su hija con una risa sarcástica—, estáis impacientes por libraros de mí. Bueno es saberlo, mi presencia ya no es deseada en esta casa...

—Pero ¿qué estás diciendo?

Kerstin no prestó atención al resto de la conversación. Miraba a Georg con inquietud, y leyó en su rostro que también él se debatía entre sentimientos complejos y contradictorios.

Ardía en deseos de disponer por fin de una verdadera cama después de tantos años, de no tener que guardar todas sus cosas en una bolsa, de acondicionar su propio espacio con plena libertad... Se le antojó demasiado bonito para ser cierto. No obstante, eso significaba asimismo instalarse con Georg.

Este llevaba mudo largo rato ya. Ahora volvió a tomar parte en la conversación.

—Es demasiado pronto. No nos hemos visto mucho desde mi regreso. Todavía no hemos tenido tiempo de hablar, de reaprender a conocernos.

Impaciente, Nils barrió sus objeciones:

—¡Pues precisamente por eso! Pasar más tiempo juntos, en vuestro propio piso, ¿qué mejor ocasión? Al menos id a verlo, no tenéis nada que perder.

Elna abundó asimismo en ese sentido.

Kerstin fingía indiferencia, pero un brillo de esperanza había aparecido en sus ojos. Su marido, pensativo, raspaba una mancha del mantel.

—Dejaré que Georg decida —concluyó ella.

—La verdad es que Greta se sentiría aliviada de librarse de mí —admitió Georg—. Si Kerstin quiere, iremos a verlo.

—Bien dicho —aprobó Nils.

Era un piso vetusto. En algunas zonas había más de un centímetro entre las tablas del parqué; las ventanas dejaban pasar la humedad, había que poner juntas, el grifo de la cocina perdía y el fondo de la taza del inodoro presentaba unas manchas marrones que probablemente jamás se irían. Pero, gracias a las alfombras de franjas, la vivienda en su conjunto resultaba acogedora, y las habitaciones que daban a la calle, muy luminosas.

Kerstin se había quedado paralizada ante la cama doble del pequeño dormitorio. Oía a su padre hablar en la cocina con la viuda sobre el precio de los muebles que pensaba dejar. Georg se reunió con ella.

—Queda un poco oscura, ¿no te parece?

—Es por las cortinas. Las nuestras serán más adecuadas —repuso ella mirando las que colgaban allí, oscuras y pesadas.

Acto seguido salió de la habitación sin mirarlo.

«Las nuestras serán más adecuadas.» Se había abandonado a imaginar allí un futuro. Ya se veía en su casa, no podía evitarlo. Aquel piso era más grande y luminoso que el que había compartido con Georg antes de que se fuera. Estaba impaciente por tener allí sus cosas, limpiarlo, amueblarlo, tal vez incluso repintarlo.

Su marido la encontró en la sala de estar. Se hallaba sobriamente amueblada: un sofá de madera, un reloj de pie, alfombras a rayas y papel

pintado en las paredes. Kerstin exploraba el piso como si ya le perteneciera, palpando, con una seña discreta a Georg, el acolchado del sofá.

—Por lo menos tiene treinta años —le susurró, a fin de que la viuda no la oyera.

Nils y la viuda Mathiesson —que llevaba zapatillas y calcetines, y un vestido con estampado de flores que comprimía su generoso busto— no tardaron en reunirse con ellos.

Parecían haber llegado a un acuerdo. Nils hablaba de ayudar a la viuda con la mudanza a Kulladal. La señora Mathiesson le recordó que, antes de aceptar a los dos jóvenes como inquilinos, el propietario quería ver sus certificados de empleo y sus hojas de paga.

—Pero me sorprendería mucho que tuvieran problemas —dijo mirando a Kerstin y Georg con benevolencia—, una joven pareja tan encantadora como la que forman. Espero que se encuentren a gusto aquí.

—Gracias —dijeron ambos al unísono.

Se miraron: «Ahora ya es demasiado tarde para cambiar de opinión», pensó Kerstin.

Un cuarto de hora más tarde se despidieron de Nils, que quería hablar con el portero del edificio, y se encaminaron hacia el centro. Kerstin observaba las calles y las fachadas, los coches, los rostros y la indumentaria de los transeúntes con vivo interés.

—Es un barrio bastante agradable, y estamos a cinco minutos de casa de mis padres.

Georg asintió distraídamente. Como siempre, caminaba con las manos en los bolsillos. Ella notó que se esforzaba por disimular su cojera. En casa de la señora Mathiesson se había mostrado discreto, como si no quisiera atraer la

atención, tal vez por temor a comprometer sus probabilidades de conseguir el piso.

—¿De verdad quieres instalarte conmigo? —le espetó de repente.

—Sí... Creo que sí... Lo que es seguro es que quiero el piso. Tengo que marcharme de casa de mis padres, Georg.

—Comprendo. No todos los días ha debido de serte fácil.

Habían llegado al cruce de Amiralsgatan con Föreningsgatan. Pasó un tranvía por delante de ellos, seguido de dos autobuses, varios ciclistas y un coche a gasógeno. Él le rodeó los hombros con el brazo. Kerstin se sobresaltó pero por un momento se dejó hacer. Después se liberó con una sonrisa de disculpa.

—No debe de resultar fácil vivir de balde en la sala de alguien. Algo de ello sé también, en casa de Greta...

—Así pues, ¿quiere librarse de ti?

—Ya conoces el proverbio ruso: «Al cabo de unos días, los invitados empiezan a oler a pescado.» No hay que quedarse demasiado tiempo. Resulta agotador andar con cuidado todo el tiempo, no entretenerse en el cuarto de baño, no llenarse demasiado el plato en las comidas, no hacer ruido... Y pese a todas esas precauciones, acabas molestando con tu mera presencia.

—¡Eso es exactamente!

Él sonrió y, por primera vez desde su reencuentro, parecía casi relajado. Mientras seguían caminando cogidos del brazo, de repente Kerstin se sintió aliviada. Era casi como antes. Tal vez, después de todo, no era tan mala idea instalarse juntos. Podían hacer como si aquellos cuatro años no hubieran existido jamás.

Poco después pasaron por delante de los refugios antiaéreos cerca del puente de Amiral. Sobresaltada, Kerstin se paró en seco. Le volvió todo en

bloque a la mente: el primer beso de Viola, su olor a tabaco, a cerveza y a muguete, su piel suave, su risa ronca, su cabello corto y plateado...

Fue presa de vértigo y retiró la mano de la de Georg, antes de recostarse en uno de los refugios.

—¿No te encuentras bien?

—Me ha dado un pequeño mareo.

Georg parecía desvalido y de pronto la irritó. «No funcionará. No conseguiré olvidar a Viola.»

—¿Quieres que volvamos?

Habían previsto ir a un café no lejos de allí, pero Kerstin asintió. Se sentía débil, casi enferma, la cabeza le daba vueltas. ¿Qué estaba haciendo, al fin y al cabo? Georg era un extraño, un ser roto. Ella estaba sin un céntimo y se sentía alterada. Echaba de menos a Viola, habría querido que Georg siguiera lejos.

—Puede que sea mejor —admitió.

Durante los días siguientes lo evitó. Dejó que su padre acudiera solo a casa del propietario con sus certificados y las hojas de paga; prefería no pensar en ello, ya que por el momento nada se había suspendido definitivamente. Recordar de repente a Viola la había desquiciado. Por un momento, casi había imaginado que estaba de vuelta.

Una tarde, al salir de la fábrica, Kerstin fue a ver al comisario Hjelm. Ya le había telefoneado en dos ocasiones antes de Navidad, pero la última vez le había contestado en tono cortante, pretextando que lo molestaba. Desde entonces, ninguna noticia. Cuando llegó a su despacho, él ya estaba cerrando y se disponía a volver a casa. No obstante, al ver a Kerstin, volvió a abrir y la dejó entrar de mala gana.

En la pequeña habitación, que seguía saturada de humo, el comisario se acomodó detrás del escritorio, se quitó el sombrero, si bien dejándose puesto el abrigo, e invitó a Kerstin a sentarse.

—¿Ha tenido noticias de su amiga?

—No. Confiaba en que las tuviera usted.

—Se ha volatilizado. Fuimos a su oficina, hablamos con sus colegas, pero nada. También registramos su piso, y hablamos con el portero del edificio y con los vecinos; nadie la ha visto desde mediados de diciembre. Pero hemos localizado a sus padres.

—¿Ah, sí?

—Tampoco ellos tienen noticias desde hace meses.

—Entiendo —dijo Kerstin mirándose las manos.

—¿De veras? —preguntó Hjelm con una extraña sonrisa—. Pues yo no. No deja de ser una curiosa historia. Sus padres son profesores, gente muy respetable, tienen un jardín que parece más un parque y su villa recuerda un palacio, con columnas y todo lo demás; disponen de criados y hasta de jardinero. Y aunque la señorita Ahrle sea su única hija, no mantienen contacto alguno con ella. Tuve que insistir para que me confiaran que habían tenido problemas con ella durante la adolescencia; así que la enviaron a un internado lejos de su casa, no recuerdo dónde...

—En Värmland.

—Ah, ¿de manera que está al corriente? Por lo que pude entender, según parece el internado no surtió el efecto deseado. En opinión de su padre, incluso se agravaron las cosas. Tuve la impresión de que desaprobaba su modo de vida. Desde su mayoría de edad se limitan a ingresarle algo de dinero en su cuenta todos los meses. Cosa curiosa, no me parecieron muy preocupados cuando les informé de la desaparición de su hija. Hasta me dio la sensación de que su padre no quería mezclarse en el asunto. Sea como

fuere, les pedimos que dejaran de pasarle dinero a la cuenta bancaria. La hemos bloqueado, la señorita Ahrle ya no puede acceder a ella.

Kerstin asintió. En varias ocasiones se había planteado dirigirse a Lund para conocer a los padres de Viola, pero ahora se sentía aliviada de no haberlo hecho. ¡Pobre Viola, haber crecido en una familia semejante!

—¿Sabe a qué se refería su padre cuando dijo que el internado había agravado las cosas? No pude obtener ninguna información sobre la vida privada de la señorita Ahrle, sus padres no abrieron la boca sobre la cuestión, no dejaron de repetir que no sabían nada. ¿No está casada?

Kerstin se sobresaltó.

—No.

—¿No tiene amigos, ni amantes, ni admiradores?

—No lo sé.

Hjelm empezaba a perder la paciencia.

—Algo no va bien. No hemos conseguido dar con ningún conocido. Sus padres no han podido decirnos nada. Según parece, la única persona que conoció bien a la tal señorita Ahrle fue usted, señora Lindkvist.

Ella permaneció muda. El comisario prosiguió:

—Me he puesto en contacto con Estocolmo. A nuestros colegas de allí les consta que desde hace cierto tiempo alguien pasa información a los ingleses. Al presente estamos convencidos de que ese alguien es la señorita Ahrle; nos urge encontrarla. Debemos de haber pasado por alto algún detalle. Una persona no puede volatilizarse así como así, alguien ha tenido que ayudarla; alguien que la protege y que sigue escondiéndola. Trate de recordar, señora Lindkvist, ¿ha conocido usted u oído hablar de conocidos o de colegas de la señorita Ahrle? ¿Amigos o familia?

Era la pregunta que se temía. No quería mencionar a Katrin ni a Eleonor.

Si el comisario llegaba a descubrir las preferencias sexuales de Viola, no tardaría en adivinar el tipo de relación que Kerstin había mantenido con ella.

—¿Se ha puesto en contacto con Hasse, su colega de Estocolmo?

—¿Hasse?

El comisario sacó un dossier, lo abrió y lo recorrió con la vista frunciendo el ceño.

—Ah, aquí está. Ya lo había mencionado, ¿verdad? Declaró que el tal Hasse era un superior de la señorita Ahrle, un teniente, alto, castaño, ¿de unos treinta y cinco años?

—En efecto, así es. ¿Lo han encontrado?

Hjelm cerró el dossier.

—No hay nadie que se corresponda con su descripción. Todas las colegas de la señorita Ahrle son mujeres, aparte de un viejo sargento de Trelleborg. Debe de tener por lo menos sesenta años y no es ni alto ni castaño.

—No lo entiendo... —empezó Kerstin.

Pero enseguida se calló. No estaba en situación de demostrar que Hasse y Viola hubieran trabajado juntos. El comisario avanzó hacia ella con una chispa en los ojos.

—Acabaré por preguntarme si el tal Hasse existe realmente.

—Pero, bueno —exclamó Kerstin—, ¿por qué iba a inventarme una cosa así?

Hjelm se retrepó en el asiento con las manos detrás de la cabeza.

—Pues no lo sé, ¿para ponernos tras una falsa pista? Nadie lo conoce aparte de usted. Dijo que vivía en Fersens väg. Fuimos allí y llamamos a todas las puertas. Hablamos con todos los porteros y con innumerables inquilinos. No lo hemos encontrado.

—¿Qué quiere decir? Seguramente se habrá escondido, sabiendo que van tras su pista, ¡debe de ser así de sencillo!

El comisario la escrutó. Parecía un lobo, o más bien una hiena. Se preguntó cómo no se había dado cuenta antes.

—Mi instinto me dice que esta historia es mucho más misteriosa de lo que quiere admitir. ¿Qué me está ocultando, señora Lindkvist?

Kerstin se ruborizó. Sin responder, se puso de pie. Estaba claro que en lo sucesivo Hjelm no podría ayudarla. Por su parte, había hecho todo lo posible. El comisario se levantó a su vez.

—Proteger a un criminal también es un crimen.

—No estoy protegiendo a nadie.

Hjelm le dirigió una sonrisa de complicidad. De pronto, la sangre se le heló en las venas. Tal vez ya había comprendido lo que había sucedido entre Viola y ella.

El comisario le abrió la puerta. Cuando pasó por delante de él, percibió su aliento, un aliento de solterón amargado y dejado.

—Dice que no está protegiendo a nadie. ¿Ni siquiera a sí misma?

6

A principios de marzo se instalaron en el piso de Henrik Smithsgatan. El propietario había tardado en darles una respuesta y, cuando por fin tuvieron la conformidad, solo les quedaban unos días para mudarse. Todo fue tan deprisa que apenas tuvieron tiempo de volver a poner la cuestión sobre el tapete; tenían que firmar documentos, abonar el alquiler, adquirir muebles. Habían comprado lo esencial, cama, sofá, mesa y sillas, a la señora Mathiesson, y los padres de Kerstin les habían prestado algunos utensilios. El resto podía esperar.

El día de la mudanza, Georg se presentó con una mochila que contenía todas sus cosas. Kerstin y él no se habían visto en toda la semana, pero parecía más decidido que entusiasta. Nils había pedido prestado un carro. Mientras Georg lo ayudaba a cargarlo, Kerstin y Elna se pusieron a limpiar el piso.

Kerstin se recogió el cabello con un pañuelo y se puso un delantal. Su madre y ella empezaron a cepillar todas las superficies, hicieron desaparecer cuanto podía recordar a la señora Mathiesson: los cabellos rubios del cuarto de baño, los restos de comida en la cocina y un pendiente extraviado debajo de la cama. Al cabo de unas horas habían vencido a la mugre en todas las habitaciones y tomado posesión del espacio. Pronto la anterior inquilina no sería sino un vago recuerdo. Las ventanas estaban abiertas de par en par, el piso olía a aceite de pino.

Al atardecer, cuando los padres de Kerstin abandonaron el nuevo piso, estaban empapados en sudor, agotados y cubiertos de polvo. La vivienda se hallaba tan escasamente amueblada que las habitaciones hacían eco. Cuando la puerta se cerró tras ellos y oyó sus pasos alejándose por la escalera, de repente a Kerstin se le encogió el corazón. Dudó un instante si llamarlos y pedirles que se quedaran un rato más. Todos aquellos años pasados en su casa... habían llegado a su fin. La despedida había sido sencilla y sin ceremonias. ¿La echarían de menos, una vez de regreso en su piso, ahora más espacioso? ¿O por el contrario se sentirían dichosos de recuperar su sala de estar?

Georg le había leído el pensamiento.

—Solo están a cinco minutos de aquí. ¿Y si mañana te pasas a verlos?

—¿Perdón? No, todo va bien —se defendió ella.

Dirigió una mirada circular al piso, al sofá ajado y las cajas de cartón que quedaban por abrir. Por primera vez en todo el día, hizo una pausa para recuperar el aliento.

—No está mal, ¿verdad? —dijo su marido.

Estaba muy cerca. De nuevo se le puso la carne de gallina; por primera vez desde su regreso, estaban solos de verdad. Fuera, la noche empezaba a caer. Tenía el cuerpo dolorido, estaba impaciente por acostarse y dormir entre sábanas limpias, al lado de Georg...

—En efecto. Y aún será mejor cuando tengamos muebles.

No se atrevía a mirarlo. Murmurando que iba a hacer la cama, se dirigió al dormitorio.

Georg fue a la cocina y puso a calentar una mezcla de patatas, cebollas y carne que Elna les había preparado.

Kerstin corrió las cortinas azul oscuro del dormitorio y encendió la lámpara de la mesilla de noche. Miró la cama doble en la que hasta hacía

poco dormía la viuda Mathiesson; en el centro del colchón de color rosa había una mancha marrón, y en la cabecera dos redondeles amarillentos. Kerstin se estremeció al hacer la cama y se juró que empezaría a ahorrar de inmediato para comprar un colchón nuevo.

Ambos estaban muy hambrientos y, aunque la comida no fuera muy sabrosa, la devoraron con apetito. Al igual que ella, Georg se sentía incómodo. Hablaban poco y acusaban el cansancio de la mudanza. A fin de colmar el silencio, Kerstin hablaba de los muebles y de lo que les quedaba por hacer. Georg escuchaba, respondiendo distraído con monosílabos. Acabada la comida, se instaló en la sala de estar para fumar un cigarrillo y leer el periódico.

A Kerstin las piernas le temblaban de fatiga mientras fregaba la vajilla. Le habría gustado tomar un baño caliente. Al día siguiente iría a los baños públicos, pero por el momento debía contentarse con asearse en el lavabo. Se tomó su tiempo para lavar los platos, secándolos con esmero, al igual que los cubiertos. Después frotó la encimera hasta sacarle brillo. Por último, regó los sedientos geranios que la viuda había dejado en las ventanas.

Al no encontrar nada más que hacer, se quitó el delantal, se arregló el cabello y fue a reunirse con Georg en la sala.

—Voy a lavarme, estoy reventada.

Georg esbozó una vaga sonrisa y siguió leyendo. Ella cerró con llave la puerta del cuarto de baño, aliviada por disponer de un poco de soledad. No quería volver junto a él a la sala, sumida en un silencio opresivo, para oír como el reloj daba la hora de ir a acostarse y sentir, a cada instante, cómo aumentaba la tensión. Se miró al espejo lleno de manchas y observó su rostro cansado, sus grandes ojos oscuros.

Se desvistió despacio. Estar allí completamente desnuda le producía una extraña sensación. Llenó el lavabo de agua y jabón y se estremeció al pasarse

la manopla de baño por las axilas y la nuca. Se limpió debajo de las uñas, se cepilló los dientes y el cabello y se puso la bata. Se dijo que en la habitación contigua Georg debía de oír cada uno de sus movimientos. Se sentía vulnerable con la bata, pero de todos modos no podía dormir en el cuarto de baño.

—Me voy a la cama —dijo al salir.

Georg bajó el periódico y consultó su reloj. Solo eran las ocho de la tarde.

—¿Tan cansada estás? Cierto es que ha sido un largo día... Bien, pues buenas noches.

—Buenas noches.

Se dirigió rápidamente al dormitorio. Hacía fresco, se quitó la bata a toda prisa y se metió en la cama, que vaciló bajo su peso. Notaba los muelles; el colchón era a la vez demasiado duro y demasiado blando. Al revenderles aquel lecho, la señora Mathiesson había hecho un buen negocio. ¿Cuánta gente habría dormido en aquella cama antes que ella? ¿Habría muerto en ella el señor Mathiesson? Era más que probable.

Se subió el edredón hasta la barbilla, cerró los ojos y trató de conciliar el sueño. Cuando su marido entró en la habitación a su vez, hora y media más tarde, seguía completamente despierta. Sin embargo, controló la respiración y fingió dormir. Él permaneció un rato en el umbral antes de acercarse a la cama.

—¿Kerstin?

Se sentó en el bamboleante lecho. Ella mantenía los ojos cerrados y no se movía un ápice, rígida bajo las mantas. Oyó como Georg se desnudaba, y luego que rebuscaba en el armario ropero. Entonces la puerta del dormitorio volvió a cerrarse. Cuando abrió los ojos, se hallaba de nuevo sola en el cuarto; Georg había salido con la almohada y la manta.

Despertó muy temprano, sobresaltada. Una vez desaparecida la confusa sensación de encontrarse en un lugar completamente desconocido, se preguntó dónde se había metido Georg. La embargaba ya cierta tensión y, al no lograr dormirse de nuevo, salió a la sala de estar. Encontró a su marido dormido en el sofá, en calzoncillos y camiseta, con las piernas trabadas en la manta tejida por Elna. Tenía el rostro crispado, sin duda una pesadilla, pero no se atrevió a despertarlo. Sus piernas, sorprendentemente musculosas, se veían pálidas, cubiertas de vello fino y claro. Entonces le vio los pies, en efecto muy estropeados. Le faltaban todas las puntas de los dedos excepto las de los dedos gordos; no era de extrañar que cojease de ese modo. No obstante, se sintió aliviada; se lo había imaginado mucho peor. Había visto fotos de soldados ingleses de la Gran Guerra, algunos de los cuales ya no eran sino vegetales o meras bolas de nervios, sin piernas, sin brazos o sin mandíbula. En comparación, las heridas de Georg solo eran rasguños; a decir verdad, él había intentado varias veces convencerla de ello.

Georg se agitó. Ella retrocedió, por temor a que despertara y la descubriese observándolo en su sueño. Se volvió a la cama. Ver a su marido tan vulnerable en el sofá y pensar que había preferido instalarse allí para dormir despertaba en ella sentimientos encontrados de alivio y tristeza. Experimentaba, en relación con él, una mezcla de ternura, culpabilidad, impotencia... y compasión. Abrazó la almohada e, incapaz de conciliar el sueño, se volvió hacia la pared. El desprecio suele seguir de cerca a la piedad.

Por un acuerdo tácito, Georg siguió durmiendo en el sofá. Eso les permitía respirar, si bien al mismo tiempo les impedía abordar la cuestión más sensible concerniente a su relación.

Se instalaron, vaciaron las cajas de cartón, colgaron algunas fotos en la pared. Kerstin compró una alfombra de franjas para la sala. Tras los apretados

días subsiguientes a la mudanza, gozaban de cierta tranquilidad y se iban familiarizando con el piso. A medida que cedía a los caprichos de cocinera, que identificaba las ventanas mal selladas con burletes y los escondrijos de los ratones, Kerstin añoraba cada vez menos vivir con sus padres. En su casa, su madre se ocupaba de todo; hacer cola para comprar arenques al salir del trabajo, ir al mercado cubierto de Drottningtorget, apresurarse a volver de Möllan todos los sábados con la cesta llena de verduras..., todas esas obligaciones ahora se habían convertido en las suyas.

Georg la felicitó por su cocina y por la decoración del piso. Se mostraba taciturno, pero asimismo dulce, atento y generoso. Evitaban las conversaciones embarazosas, y se comportaban como dos cortesés extraños. En un principio, Kerstin se sintió agradecida a su marido de que no intentase tocarla. Sin embargo, poco a poco su sentimiento de culpa fue en aumento. No podían seguir así eternamente: ¿aceptaría su marido vivir sin hacer el amor? ¿Qué hombre lo haría?

De vez en cuando asomaba el verdadero Georg, cuando dirigía a Kerstin aquella mirada triste que le partía el corazón. Ahora bien, en cuanto ella lo miraba a su vez, bajaba la vista y volvía a ser tan neutro y cortés como antes.

En ocasiones la sacaba del sueño el incesante ir y venir de Georg por la sala de estar, o sus gritos, que a él mismo jamás lo despertaban. La primera vez, convencida de que se sentía indispuerto o se había lastimado, corrió a la sala y encendió la luz; no obstante, su marido dormía, con el rostro crispado, aterrador. Una expresión que a Kerstin le dejó entrever una parte de él que jamás podría alcanzar.

Varias semanas después de la mudanza, al salir del trabajo, Kerstin atajó por Betaniaplan con el fin de llegar a casa lo antes posible; hacía un frío de mil demonios. En una calle estrecha, el hombre salió de ninguna parte. Tal

vez estaba al acecho de verla pasar, escondido bajo un soportal. Lo vio con el rabillo del ojo y apretó el paso con el miedo en el vientre. Después echó a correr; la garganta le ardía y tenía lágrimas en los ojos. El extraño corría a su vez, haciendo crujir la capa de hielo de la calzada. Ella resbaló y perdió el bolso, pero reanudó la carrera sin volverse. Cuando llegó a Henrik Smithsgatan, tenía la sensación de llevar corriendo una eternidad.

En el momento en que llegaba al portal del edificio, oyó a alguien llamarla por su nombre.

—¡Señora Lindkvist!

Se quedó quieta, con la mano en el pomo.

—¿Por qué corre?

Era el comisario Hjelm. Se le acercó, cargado con el bolso de Kerstin.

—Ha perdido esto, ¿no?

Ella se lo arrancó de las manos.

—¿Qué hace usted aquí?

El rostro de Hjelm quedaba oculto bajo el ala de su sombrero. Dio un paso al frente.

—Señora Lindkvist, tengo algunas preguntas que hacerle.

—¿Sobre qué?

—Prefiero no hablar aquí. ¿Podemos subir a su casa?

Se sentía aliviada de haber recuperado el bolso, pero no le apetecía nada dejar entrar al comisario. Prefería que supiera lo menos posible en relación con ella.

—¿Es tan urgente? Puedo pasar por la comisaría mañana.

—Solo serán unos minutos.

No le quedaba otra opción que ceder. Mientras subían la escalera, la sensación de malestar se acentuó; tuvo la impresión de que él almacenaba

cada ruido, cada olor, cada detalle, con el fin de utilizarlos más tarde contra ella.

En el recibidor de su casa, Hjelm, en lugar de quitarse el abrigo, se dedicó a observar el lugar, luego dejó vagar la mirada hacia la sala de estar y la cocina con mal disimulada curiosidad. Kerstin se sintió turbada y la embargó cierto desaliento.

Se quitó con indolencia el abrigo, pero se dejó puestos los zapatos, para dar a entender al comisario que no pensaba permitir que se quedase mucho rato.

—Entre —dijo indicándole la sala.

Como el fuego de la chimenea llevaba horas apagado, hacía mucho frío en el piso. Hjelm estaba de pie en medio de la estancia.

—No tienen muchos muebles.

—No. Acabamos de instalarnos.

La mirada del hombre se detuvo en el sofá, donde seguían la manta y la almohada de Georg.

—¿Vive con su marido?

Ella asintió, confiando en que dejara de inspeccionar su hogar.

—¿Y no duermen en la misma habitación?

Kerstin se ruborizó. ¿Cómo se atrevía a hacer ese tipo de preguntas? El comisario la miraba de hito en hito y parecía acechar la menor expresión de su rostro.

—Mi marido tiene un sueño muy agitado.

—Ah...

Sin esperar su permiso, se instaló en el sofá, junto a la almohada y el pijama de Georg. Kerstin se acercó a toda prisa, lo agarró todo y desapareció en el dormitorio mientras se disculpaba. ¡Que hiciera sus preguntas y se largase de una vez! Necesitaba ir al lavabo, tenía hambre y se sentía incómoda en su presencia.

—Me he informado un poco sobre usted —dijo cuando ella volvió—. Al parecer, su marido ha pasado por las compañías de trabajo...

No dijo una palabra, y se puso en guardia.

—Según los datos que poseo, estuvo internado en varias compañías entre el cuarenta y el cuarenta y tres. Una prolongada condena, ¿no cree? Interesante...

Le temblaban las piernas. Se había cuidado mucho de evocar el pasado de Georg en presencia del comisario. Saltaba a la vista que él había hecho sus propias averiguaciones.

—Tengo cosas que hacer, de manera que si me disculpa... Las preguntas que quiere hacerme son sobre mí, ¿no es cierto? No sobre mi marido.

Hjelm esbozó una vaga sonrisa, dejando al descubierto unos dientes tan manchados de nicotina como las yemas de sus dedos.

—En efecto. No obstante, saber que Georg Lindkvist trabaja ahora como impresor en el famoso periódico de izquierdas *Facklan*, cuyas actividades seguimos muy de cerca, resulta sumamente interesante. No dábamos crédito...

Ella explotó.

—¡Georg no es un comunista! ¡Y, además, es inocente!

Hjelm no pareció convencido.

—¿De veras? Pues en ese caso se trata de un error judicial... No importa, no es de eso de lo que quería hablarle. Solo intento reunir informaciones coherentes, nada más.

Kerstin palideció. ¿Informaciones coherentes? El comisario no pareció notar su turbación. Se arrellanó en el sofá y cruzó las piernas. La nieve pegada a sus zapatos se fundía en forma de gotitas en el suelo. Los dobladillos de sus pantalones estaban empapados, constelados de perlitas de hielo.

—No ha sido del todo sincera conmigo, señora Lindkvist. Me parece improbable que haya tratado tanto a Viola Ahrle y no se haya encontrado jamás con ningún conocido o amigo suyo; aparte del llamado Hasse.

—Y, sin embargo, es la verdad.

—¿Nunca mencionó a nadie? ¿No recibió ninguna carta ni llamada telefónica?

Pensó en la llamada de la habitación del Hotel Angleterre, en las cartas de Eleonor, que había leído presa de tan deliciosos celos.

—No.

—Me cuesta mucho creerla.

Hjelm la miraba de hito en hito despiadadamente. Kerstin intentó eludir su insistente mirada. ¡Que se fuera de una vez! Sin embargo, él no parecía tener la menor prisa. Si seguía allí cuando Georg volviera, ¡sería una catástrofe! Se incorporó.

—Como le decía, tengo cosas que hacer, de manera que si eso es todo...

—Todavía no.

El comisario se levantó y se acercó a ella.

—La señorita Ahrle lleva demasiado tiempo desafiando a la policía. Tenemos razones para sospechar que alguien la está ocultando.

—No estoy al corriente.

—He encontrado esto. Era la pieza que me faltaba.

El hombre le tendió un trozo de papel doblado en cuatro. Solo necesitó un instante para reconocerlo; era la larga carta dirigida a Viola, que guardaba en el bolso. A todas luces el comisario lo había registrado antes de devolvérselo.

—Quédese la, puesto que le pertenece. Me he permitido leerla, y por fin comprendo el tipo de relación que mantenía con la señorita Ahrle. ¿Es por eso por lo que no comparte con su marido el lecho conyugal? No esté tan

asustada, las he visto de todos los colores, como imaginará. Llevo en la policía desde los veinte años.

Kerstin se derrumbó en el sofá. Los zapatos mojados del comisario habían dejado charquitos de agua por todas partes. ¿Cómo era posible llevar unos pantalones tan empapados? Fue presa de una violenta rabia.

—Trate de recordar, señora Lindkvist. ¿Está segura de que no mencionó a ningún conocido o amigo? Piénselo bien, es importante. A menos que prefiera que espere al regreso de su marido para hacerle la pregunta...

—¡Él no está al corriente! Ni siquiera la conoce.

—Tanto da —respondió Hjelm, impasible—, hablo de que sin duda le gustaría saber dos o tres cositas sobre ella.

A Kerstin aquella amenaza le hizo el efecto de una bomba que estallara dentro de su cabeza. En ese momento tuvo como una revelación.

—Fue usted, ¿verdad? Fue usted quien me siguió. Por dos veces.

—¿Seguirla? No sé de qué me habla. Por lo demás, tengo demasiado que hacer para prestarme a esos jueguecitos.

Se acercó un poco más, ocultando la luz e imponiendo a Kerstin su intensa presencia. Debía conseguir a cualquier precio que se marchase antes del regreso de Georg.

—Hay otra persona a la que puede hacer preguntas. Pero solo la vi una vez, y brevemente. Por eso no la he mencionado hasta ahora. En realidad no la conozco. Se llama Katrin. Ignoro su apellido, pero sé que vive en la plaza Sankt Knut, en el tercer piso del edificio más próximo a Amiralsgatan. Es una vieja amiga de Viola.

Se hundió un poco más en el sofá.

—¿Ve como finalmente no era tan difícil? Le agradezco su cooperación. No, no se levante, no es necesario.

La puerta se cerró a su espalda. Solo quedaban los charcos de agua en el

suelo.

Cuando Kerstin se aseaba antes de acostarse, se encerraba en el cuarto de baño. Georg oía correr el agua, imaginaba a su mujer desnuda frente al espejo, sacando espuma al jabón en su cuello, sus axilas, debajo de los turgentes senos; desabrochándose la falda, dejando caer las bragas al suelo, pasándose la toallita por la entrepierna...

Aquellas imágenes lo obsesionaban. Kerstin estaba tan cerca y al mismo tiempo tan inaccesible... ¿Acaso creía que le gustaba dormir en el sofá? Pese a que lo hubieran herido varias veces allá en el norte, su virilidad aún seguía absolutamente intacta. Resultaba humillante desearla en todo momento, y todavía más tener que ocultarlo cuando por la noche, con la bata castamente cerrada, se acercaba a darle las buenas noches.

A menudo dejaba la puerta abierta, pero nunca lo bastante para que él pudiera interpretarlo como una invitación. Exiliado en la sala, la oía quitarse la bata y meterse entre las sábanas. Siempre leía un rato antes de apagar la luz, y luego el silencio se instalaba en el piso; entonces él tardaba horas en dormirse.

La idea de que hubiera podido conocer a otro ya le había pasado por la cabeza y, como ella seguía rechazándolo pese a la vida en común, sus sospechas se habían reforzado. Ya no conseguía decirse que todo iría bien, que solo necesitaban tiempo. En ocasiones experimentaba el deseo imperioso

de sacudirla para que reaccionase; una bofetada o una caricia, tanto daba. Hasta cuando se encontraban en la misma habitación la echaba de menos; en tales momentos se sentía aún más desesperado que cuando estaba en Norrland.

Una joven hermosa, abandonada durante años en una ciudad que bullía de soldados extranjeros... Ciertamente, no sería la primera vez que ocurría. ¿Qué haría en ese caso? ¿Qué le diría si en efecto lo hubiera engañado? De lo que sí estaba seguro era de que ella le echaba en cara haberla dejado sola durante casi cuatro años. Aunque no dijera nada, se leía en sus ojos. No estaba en situación de exigir nada en absoluto, pero ya no podía más.

Un anochecer cometió un grave error. Había vuelto tarde, y la encontró acurrucada en el sofá. No se había preocupado de encender las lámparas ni de correr las cortinas del toque de queda. Tampoco había encendido la chimenea, y dentro de casa hacía un frío glacial. Cuando le preguntó si iba todo bien, ella se limitó a asentir con la cabeza. Encendió las lámparas. Su almohada y su manta estaban tiradas por el suelo en el dormitorio. Le pareció curioso pero no se molestó por ello. Lo llevó todo a la sala de estar para cubrir a Kerstin. Ella apenas reaccionó.

Corrió las cortinas del toque de queda y se dirigió a la cocina. Su mujer no había preparado la cena, y los platos de la mañana seguían en el fregadero. Encendió el fuego y le llevó té.

—Tómalo.

Ella bebió, despacio. Su rostro recuperó el color y, cuando le tendió la taza vacía, tenía los ojos más luminosos.

—Kerstin, ¿qué ha ocurrido?

Su mirada se ensombreció, y se dio la vuelta.

—Nada.

—¿Nada? ¡Pero si has llorado!

Lo miró brevemente y de nuevo se deshizo en lágrimas. La tomó en sus brazos y ella no lo rechazó.

—He pasado miedo. Casi pierdo el bolso —sollozó.

—¿De qué has tenido miedo? ¿Han vuelto a seguirte?

Vio el bolso justo a sus pies. Kerstin murmuró: «No.» Al hacerlo su boca rozó accidentalmente el cuello de Georg, quien se estremeció a su pesar. De repente la sentía más cerca que antes. Sus senos le rozaban la camisa.

—No..., no, he debido de equivocarme.

Se deshizo de su abrazo, le sonrió y se enjugó la nariz con la bocamanga.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Mi reacción ha sido excesiva, eso es todo. Tenía tanto miedo de haber perdido las llaves...

Apoyó de nuevo la cabeza en su hombro. Él no se atrevía a moverse. Su cabello le cosquilleaba la nariz, se embriagaba con su perfume. Su cuerpo rígido y anguloso se estremecía al contacto con el de Kerstin, tan tierno. Volvió a estremecerse, esta vez con mayor intensidad.

—No llores —dijo con voz estrangulada.

Se inclinó hacia su rostro y empezó a besarla en los ojos, la frente, las mejillas...

—Pero ¿se puede saber qué estás haciendo?

Un instante después sintió un dolor agudo y comprendió su error. Lo había arañado antes de refugiarse, hecha un ovillo, en el otro extremo del sofá. Lo miraba fijamente cual si fuera un predador a punto de atacarla.

—Querías violarme, ¿a que sí?

Él estaba estupefacto y apenas daba con las palabras.

—Perdóname...

Kerstin saltó del sofá, se refugió en el dormitorio y cerró con tal violencia

la puerta que las paredes temblaron. Él se levantó a su vez, pero no se atrevió a seguirla. La oyó sollozar y de nuevo le pidió perdón.

Fue al baño y se miró al espejo. Tenía el rostro lacerado: tres estrías ensangrentadas. Se limpió las heridas y, como pudo, se aplicó un apósito.

Hacía diez horas largas que no comía nada. Fue a la cocina y abrió el armario de la despensa. Encontró pan y queso, pero volvió a cerrar la puerta. Por mucha hambre que tuviera, en aquel momento era incapaz de ingerir nada en absoluto.

Se envolvió en el abrigo y se tendió en el sofá.

Al día siguiente salió temprano para no tener que cruzarse con su mujer. A lo largo de todo el día dio vueltas angustiado a lo ocurrido; las heridas de su rostro estaban ahí para recordárselo. Había ido demasiado deprisa, ella no estaba preparada, lejos de ello. ¿Cuánto tiempo más debería tascar el freno?

Cuando volvió a casa, Kerstin estaba en la cocina, preparando albóndigas de verduras. Al ver las heridas en el rostro de Georg, se quedó paralizada y, roja como un tomate, agachó la cabeza.

—Hola —le dijo—. ¿Te apetece ensalada de col como acompañamiento?

—No, gracias. —Se acercó a ella—. Lamento mucho lo sucedido. Si quieres que duerma en el sofá hasta el fin de mis días, sea, pero no me dejes.

Ella apartó la sartén del fuego y se volvió hacia él.

—¿Dejarte? ¿Y por qué habría de hacerlo?

—Esto..., pues... debido a lo de ayer. Reaccionaste tan violentamente...

—Es cierto. No debería haberlo hecho. No tenía derecho a lastimarte. Por lo demás, no estás obligado a dormir en el sofá. De hecho, fue idea tuya, no mía.

—Pero... yo creía que lo preferías así...

—Es verdad. Porque resultaba más sencillo. Estoy luchando con mis

sentimientos. Ya no eres el hombre con quien me casé. No tienes ya ni su aspecto ni su personalidad.

Aquellas palabras lo hicieron reaccionar con mayor dureza de lo que habría querido.

—¡Vale, hablemos de ello! ¡Tampoco tú eres la misma, Kerstin! Y me gustaría saber por qué. En lo que a mí respecta, he estado a punto de morir de hambre, de frío y de agotamiento. He visto desaparecer a amigos. ¿Y tú? ¿Qué te ha pasado en mi ausencia? ¡Algo mucho peor, imagino!

De inmediato lamentó haberse dejado llevar, pero ella mantuvo la calma. Parecía más bien incómoda y bajó la cabeza.

—No veo lo que intentas decir. Pero vamos a ver, ¿qué esperas en realidad? ¿Que me arroje en tus brazos y todo vuelva a ser como antes? Pues lo siento, pero es imposible.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—No soy capaz, eso es todo.

Georg la miró de hito en hito un instante. Encendió un cigarrillo y se dirigió a la ventana.

—¿No puedes o no quieres hablar de ello? —le espetó.

Ella se volvió de nuevo hacia la cocina y, sin responder, se dedicó a dorar las albóndigas. Entonces dijo, en voz tan queda que él apenas la oyó:

—No eres el único que ha perdido a alguien.

—¿Perdona?

—No, déjalo.

Él tiró el cigarrillo y se le acercó.

—Adelante, te escucho.

Kerstin apartó de nuevo la sartén del fuego. En la cocina flotaba un olor a quemado.

—Tuve una amiga —empezó, antes de hacer una pausa para frotarse las

manos en el delantal.

Luego se sentó pesadamente.

—No sabes quién es —prosiguió—, hace solo un año que la conocí. Se llamaba Viola. No tardamos en sentirnos muy íntimas la una de la otra. Ambas trabajamos para la protección civil local; vivía en el mismo edificio que mis padres. Estaba muy apegada a ella, hasta el día en que empezó a mentirme. Ignoro por qué... Tal vez se había cansado de nuestra amistad. Sea como fuere, un día, en la playa, tuvimos una verdadera pelea. La puse frente a los hechos, pero en lugar de confesar, me insultó. Entonces me alejé y jamás he vuelto a verla. Ha desaparecido. Eso fue hace cuatro meses.

Georg la miraba con aire circunspecto.

—¿Quién era exactamente y sobre qué te mintió? ¿Comunicaste su desaparición a la policía?

—Sí. La están buscando, pero todavía no han dado con ella. Se ha volatilizado, por así decirlo. Me siento tan culpable... Jamás habría debido enfadarme con ella. ¿Y si le ha ocurrido algo?

Georg estaba pensativo. No esperaba que su conversación tomara ese giro. ¿Cómo había salido a relucir ese tema mientras supuestamente estaban hablando de su matrimonio? Saltaba a la vista que allí había algo muy importante para Kerstin. Echaba de menos a su amiga, se sentía culpable, y en materia de culpabilidad, él sabía un rato. Incluso en ocasiones se decía que debía más sus pesadillas, atormentadas por el recuerdo de John, a los remordimientos que a Cedrenius o a lo que había tenido que soportar en Svartnäset.

—Confío en que la encuentren —dijo.

Era raro que no hubiera mencionado antes esa historia. De hecho, todo el asunto resultaba extraño. Acarició el brazo de su mujer.

—Te sientes culpable pero no lo eres. Sea lo que sea lo que haya ocurrido

entre Viola y tú, no tienes nada que ver con su desaparición. Eráis amigas y os enfadasteis. Puede que se sintiera herida, que te guardase rencor por ello, pero fue ella quien decidió volatilizarse. Y si le ha ocurrido algo, tú no tienes nada que ver. Hasta los mejores amigos se enfadan de vez en cuando, ¿no te parece?

Creyó ver cómo se ensombrecía el rostro de Kerstin. Le ocultaba algo, eso seguro, pero por el momento se guardaría mucho de presionarla más. Lo cierto es que se sentía dichoso y aliviado de que no tuviera intención de dejarlo.

Hjelm había seguido a Kerstin al menos una vez. Cosa extraña, se decía ella, no se parecía al hombre que la había agredido antes de Navidad; aquel era más alto, más corpulento y, aunque no le hubiera visto la cara, estaba casi segura de que no se trataba del comisario. Pero ¿por qué Hjelm la había seguido? ¿Por qué no llamar directamente a su puerta si quería preguntarle lo que fuera? Quizá no era la primera vez; tal vez llevaba tiempo vigilándola, con la esperanza de pillarla in fraganti.

En ese momento, debido a su torpeza, acababa de descubrir su secreto y había amenazado con revelárselo a Georg. Sabía que le contaría gustoso cuanto sabía, por poco que le fuera de utilidad para su investigación. ¿Cómo había podido ser tan estúpida de abandonar el bolso así como así, en plena calle? Le había ocultado cosas y Hjelm lo sabía. Sin duda volvería a acosarla, a menos que le proporcionase alguna información.

En su carta a Viola, Kerstin le decía que la amaba, que la echaba de menos y que lamentaba profundamente lo que había hecho. No incluía ningún detalle íntimo; sin embargo, el comisario había comprendido que se trataba de una relación ilícita. Él pretendía que ya las había visto «de todos los colores», en un tono y con una mirada cargados de sobreentendidos que despertaron la cólera de Kerstin. ¿Qué sabía Hjelm del amor, por muy seguro de sí mismo que se mostrara?

¿Había hecho bien en hablar de Viola a su marido? No estaba segura, le

había salido de manera espontánea. Solo quería que Georg comprendiese que no era el único que había sufrido.

Fueron pasando los días. Ni Katrin ni Hjelm daban señales de vida. Kerstin ignoraba si eso era de buen augurio o no. Una mañana leyó en el periódico que el Parlamento había votado en favor de la despenalización de las relaciones homosexuales. Según *Arbetet*, la homosexualidad más bien debía verse como una enfermedad.

Pensaba a menudo en ese artículo. Aunque no se considerase homosexual, la preocupaba. Se había enamorado de una mujer, cierto, pero se trataba de una excepción: Viola era única. Lo que había ocurrido entre ellas jamás se reproduciría con ninguna otra. A decir verdad, le costaba contemplar esa nueva ley como un avance: ¿qué era mejor, ser considerado un enfermo o un criminal?

Al presente Georg y ella dormían en la misma cama. A Kerstin le costaba conciliar el sueño, pero poco a poco se iba acostumbrando a su presencia, a los ruiditos que hacía, a su olor, al peso de su cuerpo sobre el colchón. Aparte de un beso de buenas noches, no la tocaba, sin duda por temor a que lo rechazase de nuevo. A veces la cama estaba ya vacía cuando despertaba. Su marido seguía acosado por las pesadillas. Se daba el caso de que lo echara de menos al abrir los ojos en la cama helada y ver a su lado la huella de su cuerpo. Alisaba el colchón con la mano, sin que por ello consiguiera librarse de esa sensación de vacío. Estaba bien dormir lado a lado, la sorprendió haberse habituado con tal rapidez.

Pocas semanas después de que Hjelm pasara por allí, Kerstin recibió otra visita inesperada, esta vez en la fábrica. Era casi mediodía cuando la señora Andersson, que había ocupado el puesto de jefe de equipo en 1940, al ser movilizado el anterior, le comunicó que alguien preguntaba por ella en la entrada; un asunto urgente. A la señora Andersson no le gustaban las

interrupciones en el trabajo, pero la persona había insistido en que era muy importante. Kerstin se puso en guardia.

—¿Es un hombre o una mujer?

—Difícil decirlo —ironizó la señora Andersson—, parece un hombre, pero habla como una mujer. ¿Es alguna de sus conocidas, señora Lindkvist?

El corazón le latía con fuerza. Interrumpió su tarea y se quitó el delantal.

—¿Puedo ausentarme? Solo faltan diez minutos para la pausa de mediodía.

—De acuerdo. Ya lo recuperará después —le advirtió la mujer en tono de desaprobación.

En la puerta la aguardaba una silueta achaparrada, con abrigo de hombre y zapatos bajos. El cabello corto, peinado hacia atrás, y el rostro pálido e inquieto.

—¡Katrín! —exclamó corriendo hacia ella.

La otra no respondió.

—Ha ocurrido algo. ¿Tienes tiempo para hablar?

Kerstin escrutó su rostro, pero no leyó en él el menor signo de cólera o de reproche.

—Subamos a la azotea, allí no hay nadie por el momento. Espera aquí, voy a buscar mi abrigo.

El aire era fresco y límpido. Kerstin se estremeció y se arrebujó más con el abrigo. Llevó a Katrín junto a las chimeneas, detrás de las cuales quedaban protegidas de las miradas. Esta mantenía las piernas separadas y las manos en los bolsillos. Realmente parecía un hombre.

—Tengo malas noticias. Viola fue detenida hace unos días. La acusan de espionaje.

Kerstin la miró de hito en hito, conmocionada.

—¿Cómo te has enterado?

—Anoche me telefoneó. La encontraron en una isla del archipiélago de Estocolmo. En Nåtårö, creo. Vivía en una cabaña propiedad de su vieja amiga Eleonor. Ha pasado allí todo el invierno, pese a que se trata de una cabaña de verano.

Katrin parecía hundida. Kerstin tenía la boca seca y las manos húmedas a pesar del frío.

—¿Cómo la han encontrado? ¿A través de sus padres? —aventuró, confiando en eludir su propia culpabilidad.

—No.

La voz de la otra era extraña, y su expresión, torturada.

—No hablamos mucho rato, apenas cinco minutos. Se mostraba agitada, casi histérica. Dice que fuiste tú quien reveló su escondite a la policía.

—Había oído hablar de Eleonor, pero no le dije nada a la policía. ¿Por qué iba a hacer algo semejante? Además, no conozco su apellido ni su dirección. Hacía tanto tiempo que ella y Viola...

Katrin asintió, exasperada.

—Lo sé. Viola debía de estar realmente fuera de sí; no tenía las ideas claras y buscó a un chivo expiatorio. No comprendo cómo pudo pensar que eras tú; las cartas que intercambiaron se remontan a varios años atrás. Dice que probablemente las leíste.

—Yo... Reconozco que no debí hacerlo. Fue por curiosidad, nada más.

—Sí, esas cosas pasan. Uno quiere saberlo todo sobre la persona a la que ama, aunque le duela. No eres ni la primera ni la última que hurga en los asuntos de otro.

Kerstin la miró sorprendida. Katrin contemplaba la ciudad que se extendía a sus pies.

—Lo sé por experiencia. Ignoro por qué Viola se lo tomó tan mal, debería haberse sentido halagada. Si al menos se hubiera abierto a mí... Nos

conocemos desde hace tanto tiempo... Nos tenemos mucha confianza. Si me hubiera hablado de vuestros problemas, tal vez habría podido ayudaros. —Su rostro se ensombreció—. Fui yo quien la denuncié —añadió.

Kerstin se quedó boquiabierta.

—¡Me sentí obligada! —prosiguió la otra—. La policía vino a verme hace unas semanas. Eran las dos de la madrugada. Irrumpieron en mi casa como si quisieran despertar al edificio entero. Sin duda era su objetivo: que los vecinos estuviesen al corriente y yo me sintiera humillada. Parecían la Gestapo. Me amenazaron, dijeron que bastarían unas palabras al propietario para que este me echara, y tenían razón: el dueño del piso me odia. Me hace pagar un alquiler exorbitante, y es un milagro que todavía no me haya expulsado. Una palabra de la policía y me vería en la calle. Si supieras cómo sudé la gota gorda para conseguir ese piso, la de mentiras que dije y la comedia que tuve que hacer...

Kerstin se apoyó en la chimenea con todo su peso. De manera que Hjelm y su cuadrilla la habían acosado hasta dar con lo que buscaban: a Katrin, ya sospechosa en razón de sus preferencias sexuales. Decididamente, aquel comisario era un verdadero hijo de mala madre.

—No te tortures. Es espantoso, pero con la policía siempre es así. Yo habría hecho lo mismo. No te quedaba otra opción.

Katrin asintió entre sollozos.

—Tienes razón, pero lo cierto es que no logro perdonármelo. Viola no solo era mi amiga, era como nosotras. He traicionado a una de las nuestras, a una hermana.

Kerstin, con los ojos como platos, se disponía a protestar, pero Katrin se adelantó:

—Bueno, como yo. No estoy insinuando nada, Kerstin.

Ella se sintió un tanto avergonzada.

—Perdóname. Estoy casada, como sabes, y mi marido ha vuelto.

—¿Ah, sí? Entonces tampoco para ti debe de ser fácil.

Durante un rato guardaron silencio. Contemplaron la ciudad. Katrin tenía el rostro encendido y surcado de lágrimas.

—¿Le has dicho a Viola que fuiste tú quien la denunció a la policía?

—No, no he tenido ocasión. Solo hemos podido hablar cinco minutos. Ha hecho falta un rato para que se calmase y yo pudiera comprender de lo que hablaba. A saber, de espionaje. La policía no me había dicho por qué la buscaban. ¿Tú sabes algo al respecto?

Katrin la miró intensamente. La otra tardó demasiado en contestar para poder hacerlo con una negativa. De todos modos, no por eso iba a confesar que había denunciado a Viola.

—Sí, en efecto. Era algo relacionado con su trabajo.

—Viola es una incorregible idealista —comentó Katrin una vez superado el asombro—. De manera que no resulta tan sorprendente. ¿Para quién trabajaba? ¿Para los rusos?

—No. Para los ingleses, creo.

—Eso me parece más lógico. De adolescente, Viola pasó varios veranos en Oxford, con una familia anglosueca. Habla inglés con fluidez. Al menos, la buena noticia es que no ha trabajado para los alemanes.

Kerstin la miró fijamente a su vez.

—¿Fue ahí donde conoció a Hasse? ¿En Oxford?

—¿Hasse? No sé quién es.

—¿No te ha hablado de su colega? Un teniente de Estocolmo. Insistía en que no se conocían de antes, pero al hojear uno de sus viejos libros encontré una foto suya de joven. Sentado en un jardín, delante de una vieja casa.

Katrin parecía incrédula. Kerstin prosiguió:

—Era verano. Había una pareja de unos cincuenta años y un perro, un

sabueso, creo.

La otra reaccionó por fin.

—¿Un sabueso? Entonces tal vez fuera Harry. El hijo de la familia con la que Viola pasaba los veranos. ¿Alto, castaño, guapo? ¿Algo mayor que Viola?

—¡Sí, eso es!

—Ya está, ya me acuerdo. Viola siempre decía que estaba loco por ella. Lo último que supe de él es que pensaba instalarse en Suecia para tenerla más cerca. No tenía motivo alguno para no creerla, a menudo produce ese efecto en la gente. ¡Así que Harry! Vaya, vaya... Solo lo he visto en foto, pero recuerdo lo del perro. Su madre es sueca y su padre, inglés, si mal no recuerdo. Entonces, ¿en este momento está en Suecia?

—Sí. Lo conocí.

De manera que era verdad. Hasse —o, mejor dicho, Harry— y Viola se conocían desde hacía mucho tiempo. Se había instalado en Suecia con la esperanza de que Viola acabara por enamorarse de él.

—¿Fueron pareja?

—Jamás, ¿cómo puedes pensar una cosa así? —se sorprendió Katrin—. A Viola solo le gustan las mujeres. Lo sabes mejor que nadie.

Recostada en la chimenea, Katrin estiró las cortas piernas. Sus zapatos de hombre brillaban al sol.

—Empieza a entrarme frío. Voy a volver.

—Espera un momento. ¿Qué va a ser de Viola?

—No tengo ni idea. La juzgarán, por supuesto. La semana que viene, me ha dicho. Si la condenan, supongo que irá a la cárcel.

—Me detesta —murmuró Kerstin, abrumada—, nunca me lo perdonará.

Katrin empezó a agitarse; se ajustó el pañuelo al cuello para protegerse del viento, a todas luces lista para marcharse.

—Siempre puedes llamar a la policía dentro de una o dos semanas para conocer el veredicto. No es seguro que te lo digan, pero puedes preguntar al contacto que tienes allí —le sugirió.

—El comisario Hjelm —repuso Kerstin con sombría expresión.

—Eso es. Por mi parte, no lo haré. Cuanto menos frecuente a la policía, mejor, como puedes imaginar.

La pausa de mediodía casi había llegado a su fin. Kerstin la acompañó a la entrada, le cogió las manos y se las apretó con fuerza. Después la vio alejarse a paso vivo, sin volverse, en dirección a su piso de la plaza Sankt Knut. El que había estado a punto de perder por culpa suya.

—Växjö, la cárcel de mujeres.

La mano de Kerstin se humedeció de repente en torno al auricular, estuvo en un tris de dejarlo caer. Habían transcurrido varias semanas desde su encuentro con Katrin. Había pensado a diario en llamar al comisario Hjelm, pero sistemáticamente aplazaba el momento. Durante todas las pausas de mediodía recorría las cabinas telefónicas. Incluso llegaba a levantar el auricular, pero siempre colgaba antes de que la telefonista tuviera tiempo de pasar la llamada. No tenía la menor confianza en Hjelm, de hecho, lo detestaba por todo lo que creía saber de ella. No obstante, quería informarse de lo que iba a ser de Viola.

El comisario adivinó enseguida el motivo de su llamada, no tuvo que insistir para que le informase de que Viola había sido condenada a dos años de cárcel, que por el momento se encontraba en detención provisional en Estocolmo, pero que dentro de poco sería trasladada a la cárcel de Växjö.

—¿Dos años?

—Sí, y no le ocultaré que el veredicto me decepcionó. Me esperaba al menos el doble. Mire, me siento personalmente implicado en este asunto, su

amiga y su cómplice, que todavía no ha sido detenido, cometieron sus crímenes aquí, en mi propia ciudad. Parte de la responsabilidad recae sobre mí. ¿Imagina el número de mensajes que su amiga ha podido descifrar y transmitir directamente a los ingleses ante las propias narices de nuestra policía? Sin su ayuda, señora Lindkvist, no los habríamos descubierto.

—Sí, lo sé.

—Al parecer, el juez de Estocolmo es un alma sensible. Según él, el hecho de que trabajase para los ingleses atenúa la gravedad de sus actos. Eso me supera. A mi modo de ver, el crimen sigue siendo el mismo, cualquiera que sea el país implicado. ¡El espionaje es el espionaje!

Oyéndolo se habría dicho que Hjelm se sentía personalmente traicionado por el juez.

—Su amiga consiguió convencerlo de que, más que una verdadera criminal, era una idealista algo confusa pero inofensiva. Dadas las circunstancias, tuvo suerte de que le cayeran solo dos años.

Kerstin no respondió. Dos años se le antojaban una eternidad.

De repente, de mejor humor, el comisario prosiguió:

—¿Le he dicho que yo mismo me dirigí a Estocolmo para ayudar a mis colegas en su investigación? La señorita Ahrle ha pasado el invierno en el archipiélago adoptando todo tipo de precauciones: no salía de casa, no encendía el fuego durante el día y mantenía las cortinas corridas. Se aisló por completo del mundo, vivía de conservas, de guisantes amarillos y de gachas en su cabaña helada. Cómo pudo aguantar constituye todo un misterio. Cuando nos presentamos para detenerla, parecía sinceramente sorprendida; sin duda estaba convencida de que era imposible dar con ella. Vestía diversas capas de prendas masculinas y estaba notablemente delgada. Se resistió, incluso llegó a morder a un agente y trató de huir... ¡Vamos, hombre, intentar huir de una isla!

—Ya veo...

—Luego habló de usted, señora Lindkvist, casi inmediatamente después de su arresto: «¿Se trata de Kerstin?, ¿es ella quien me ha denunciado?»

Aquello era demasiado. Era obvio que Hjelm intentaba provocarla. Se cubrió la boca con la mano para que no oyera su respiración entrecortada; estaba decidida a no hacer patente su emoción.

—¿Qué le contestó? —preguntó con la mayor frialdad posible.

Kerstin oyó al comisario dar una calada al puro, tras haber rascado una cerilla.

—No pierdo el tiempo hablando con criminales. Le dije que cerrase el pico.

Georg había aprendido a disfrutar la vida en el periódico. Axel, Tage y Liselott intercambiaban puntos de vista continuamente. Lo embargaba la sensación de que de nuevo la vida tenía sentido. La redacción se reunía todos los viernes; era el momento en que discutían nuevos temas, nuevas ideas y diversas opiniones.

—Tage, ¿podrías ir a Kirseberg para entrevistar al director de la escuela y preguntarle cuántos niños tienen derecho en la cantina a una comida gratuita?

—¿En Backarna? Casi todos los alumnos, es el rincón más miserable de la ciudad.

—Pobres, tener que llevar la escudilla alrededor del cuello todo el día... — se indignó Liselott.

—Quizá no es tan grave cuando todo el mundo está en el mismo caso — matizó Tage antes de volverse hacia Axel—. Según parece, la dirección de Doffeln impide a los sindicatos hacerse un hueco. ¿Ha llegado a tus oídos esa historia?

—No hay que pedir peras al olmo. Acordaos del viejo Schmitz, el fundador de la fábrica: odiaba a los sindicatos más que a nada en el mundo.

—Como todos los patronos, ¿no?

—Pero ¿quién confía todavía en Doffeln? ¿No es notorio que incorporan viscosa a sus tejidos? —añadió Liselott.

Los viernes Georg no estaba muy ocupado. Con el pretexto de que tenía trabajo en la oficina, acudía para asistir a las discusiones. Con frecuencia manifestaba su aprobación, aunque de vez en cuando no era así. En ocasiones incluso intervenía; a veces su opinión no carecía de impacto. Se entendía bien con Tage y Liselott. El primero conocía a la perfección la historia de Malmö. En cuanto a Liselott, era sorprendentemente erudita y endiabladamente inteligente. Según Axel, procedía de una familia de la alta burguesía, a la que se había opuesto desde los catorce años de edad, tras haberse sensibilizado por la política y empezar a leer cantidad de libros poco recomendables. Al terminar el bachillerato, había pasado un año en Berlín, frecuentando a grupos radicales. Había vuelto a Suecia más roja que nunca.

Georg se sentía algo intimidado por ella. Era consciente de sus propias lagunas, pero le gustaba oírle debatir con Axel. Unos debates agitados, trufados de juramentos en tono amistoso y de agudas citas. Había percibido que a Axel le gustaba Liselott; tras una o dos cervezas en el Gyllene Ankaret, este solía ponerse a hablar de ella. El hecho de que tuviera varios años más que él no parecía molestarlo. A Georg le conmovía constatar hasta qué punto el rostro de Axel se iluminaba al evocarla.

Una vez por semana iban a tomar una copa. Con frecuencia salían a relucir Svartnäset, sus viejos camaradas y Cedrenius. Axel había contratado a un abogado, un «perro viejo» con mucha influencia, con la esperanza de que acabaría por dar con el oficial.

Axel prestaba asimismo a Georg numerosos libros de política y de historia, que él leía con fervor cuando disponía de tiempo. Se trataba de temas áridos, pero consideraba esos volúmenes una especie de vínculo íntimo con Axel. Los pasajes que lograba captar eran en efecto interesantes, y cuanto más leía, más comprendía. Todo estaba ligado, sobre todo en lo concerniente a la guerra en curso. Cuanto más estudiaba la historia de cada país implicado —

en especial la de Alemania—, más se convencía de que la guerra hubiera podido evitarse, que hubiesen debido anticipar los acontecimientos, cosa que muy pocos habían hecho. Demasiados dirigentes estaban convencidos de que una segunda guerra mundial era imposible, subestimando a Hitler, andándose con rodeos con él hasta la llegada de lo inevitable.

En cuanto a Suecia, permitía que los alemanes atravesaran su territorio y se había negado a socorrer a Noruega cuando esos mismos alemanes la invadieron. Mientras los nazis asesinaban allí a oponentes y enviaban a estudiantes a los campos de concentración, las autoridades suecas seguían con la caza de comunistas entre sus propios ciudadanos; los periódicos de izquierdas habían visto prohibida su publicación, al contrario que los diarios fascistas. El ejército enviaba a viejos comunistas de Norrbotten a las compañías de trabajo, al tiempo que aceptaba que oficiales y otros altos responsables manifestaran abiertamente su admiración por Hitler.

Esas lecturas tuvieron el efecto de ayudar a Georg a abrir los ojos. A ellas siguieron numerosas discusiones con Axel y los demás en *Facklan*. El periódico disponía de una pequeña biblioteca propia, de la que Axel sacaba los libros que aconsejaba a Georg. En cuanto a los otros dos, los habían leído ya casi todos; Liselott incluso podía citar de memoria pasajes enteros. Por lo general emitía opiniones tajantes sobre la mayoría de los temas; las palabras de Tage eran mucho más moderadas.

En los últimos tiempos, cuando había demasiado que hacer en el diario, dejaban a Georg el cuidado de escribir artículos sobre acontecimientos locales. Se trataba más bien de breves, pero el mero hecho de ver impresas sus propias palabras lo fascinaba. Los recortaba y los pegaba en las páginas de un clasificador; tal vez un día se los mostraría a Kerstin.

En ocasiones acompañaba a Axel a reuniones sindicales o políticas. Visitaban la cantina de Värnhemstorget con el fin de entrevistar a las mujeres

que hacían cola, con un cubo en la mano, para que les dieran sopa. Iban a la zona este de Malmö a visitar a una familia numerosa que vivía amontonada en treinta metros cuadrados, con las camas hormigueantes de chinches y unos niños pálidos y hambrientos, de mirada vacía.

Si bien Georg había nacido en los barrios pobres, no por ello quedó menos conmocionado por la miseria que reinaba en Kirseberg. Durante los días siguientes sintió comezón; temió haber pillado chinches y verlas infectar su bonito piso de Henrik Smithsgatan.

El Gyllene Ankaret se había convertido en su lugar de encuentro habitual, un oasis insalubre y saturado de humo donde iban a tomar una copa todos los viernes después del trabajo. Georg se contentaba casi siempre con una o dos cervezas. En cambio, Axel parecía no tener límite, aunque casi no se notara que estaba ebrio. En tales momentos hablaba con mayor viveza, sus pómulos adquirían algo de color, los ojos se le ponían vidriosos, pero pese a todo lograba seguir el hilo de la conversación y pronunciar frases coherentes.

Su gran capacidad de absorción procedía, por supuesto, de una dependencia probada. Todos sabían que Axel guardaba en el cajón un frasquito, del que daba sorbos a lo largo de todo el día; hasta se lo llevaba discretamente a los servicios, al parecer sin ser consciente de que era un secreto a voces. Bastaba con olerle el aliento, siquiera brevemente, para rendirse a la evidencia.

Pese a sus numerosas y largas conversaciones, Georg jamás se atrevía a abordar el tema, convencido de que Axel se lo tomaría a mal. Georg no había tenido, ni en la escuela ni en Svartnäset, una acentuada inclinación por el alcohol. Después de pasar por las compañías de trabajo, la cosa había cambiado. Sin duda una reacción tardía a cuanto había vivido, una manera de

silenciar sus demonios interiores que poco a poco se había convertido en una costumbre necesaria para su buen funcionamiento.

Los viernes, tanto en el Gyllene Ankaret como en todo el barrio de Möllan, solían ser muy animados; los numerosos obreros de los alrededores acababan de recibir su paga semanal y podían olvidar un tanto las preocupaciones de la vida cotidiana. No obstante, ese viernes, cuando se sentaron a la mesa todavía reinaba la calma. Georg observaba a los clientes por encima del borde de su vaso. Acababan de dar las siete y media, el ambiente era agradable y relajado.

Varias horas y varias cervezas más tarde, la cosa cambiaría, una nube de humo gris flotaría por la sala e irritaría los ojos a los parroquianos. Todos los que por el momento estaban alegres y despreocupados se pondrían, según los casos, ruidosos, agresivos o sentimentales. Durante tales veladas, las refriegas eran moneda corriente, pero para entonces tanto Georg como Axel haría tiempo que se habrían marchado.

—¿Cómo va Kerstin? —preguntó este último, farfullando—. Debería pasarse uno de estos días por la oficina, para iluminarnos con su espléndida belleza.

—Está bien.

—¿Todo va bien en casa? Nunca hablas de ello.

Georg se encogió de hombros, provocando en el otro una sonrisita cómplice.

—A veces me alegro de ser un solterón. De no tener que rendir cuentas a nadie, de poder pasarme todo el fin de semana arrellanado en el sofá si me apetece.

—Con una botella de aquavit por toda compañía —añadió Georg. Axel no pareció herido.

—¡Con quien me dé la gana! Pero sí, ese suele ser el caso.

Durante un rato se dedicaron a observar a los clientes que afluían al café. Finalmente, Georg soltó un suspiro.

—Kerstin no quiere que oculte mis recuerdos de Svartnäset. Le gustaría que hiciera las paces con ese período o algo así...

Rememoró la discusión con su mujer varios días atrás, cuando la despertó gritando en sueños. Se había visto obligado a contarle su pesadilla.

—Salta a la vista que ella no lo ha vivido —dijo Axel.

—Exactamente.

—Oye, por simple curiosidad: ¿crees que serías capaz de olvidar y perdonar?

—Pero, bueno, Axel, ¿eres tú quien habla sin cesar de que detengan a Cedrenius!

—En efecto, pero ahora no estamos hablando de mí. A tus ojos, ¿bastaría con que detuvieran a Cedrenius? ¿O tienes alguna otra cosa en mente? Hablas a menudo de John.

Georg sintió crecer su vieja angustia.

—Es normal, ¿no? Estaba justo detrás de él cuando le dispararon. Soy en parte responsable de su muerte, así como del hecho de que sus hijos ya no tienen padre.

—Escúchame bien —replicó Axel en tono firme—, estás diciendo estupideces. Ya te lo he dicho, John no murió por tu culpa. Si la bala te hubiera alcanzado a ti, hoy Kerstin sería viuda. ¿Crees que sería mejor así?

—Sí, tal vez. Al menos no me sentiría tan miserable.

—¡Tonterías! Sientes vergüenza y lloras a John, es comprensible, pero llevado de la pesadumbre y la confusión, lo mezclas todo. Lo consideras una especie de mártir, pero ¿qué sabes tú de sus motivaciones? A John le gustaba que lo vieran como a un héroe, le gustaba ser admirado, lo cual no carece de riesgos. Es un juegucito al que uno suele exponerse inútilmente.

Georg sintió crecer la cólera en su interior.

—No te caía bien, ¿verdad? —dijo con frialdad.

—¿Y qué?

—Pues que lo envidiabas. A John lo apreciaban todos, y tú casi no tenías amigos. ¿Te has mirado a un espejo últimamente? Eres un borrachuzo, Axel. Apesta a alcohol. Y disertas sobre cosas respecto de las que no sabes nada.

Tras esas palabras, Georg se levantó y salió del local. El aire era suave y primaveral. Pasó cerca de un borracho, bajo un soportal, postrado ante su propio vómito amarillento; se arrebujó con el abrigo y apresuró el paso. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que había olvidado pagar su consumición, pero rápidamente llegó a la conclusión de que Axel podría encargarse de ello. Una copa más o menos...

No obstante, no tardó en lamentar el haberse dejado llevar. Ciertamente, Axel había dicho algunas cosas desagradables, pero no tenía mala intención. Por otra parte, le debía tanto..., en especial su trabajo. Axel era uno de los pocos amigos que le quedaban; los demás, a los que frecuentaba antes de la guerra, habían salido de su vida a su regreso. En su día se dijo que no podrían entenderlo y renunció a recuperar el contacto con ellos. Sin embargo, Axel sabía por lo que había pasado y podía dar prueba de compasión. Por mucho que se equivocase con respecto a John, su benevolencia no daba lugar a dudas.

Georg dio vueltas al asunto todo el fin de semana. Estaba impaciente por reconciliarse con Axel. Lo primero que hizo el lunes por la mañana fue tenderle la mano y pedirle perdón. Su amigo, mal afeitado y con la mirada vidriosa tras un fin de semana bien regado, no se mostró rencoroso. Se limitó a decirle que uno no tenía derecho a juzgar a los demás, a lo que Georg, aliviado, asintió.

Algo más tarde ese mismo día, Axel le informó que su abogado le había

pedido que contactara con otros reclutas de Svartnäset. Quería que dieran testimonio, por escrito, de los acontecimientos que habían tenido lugar allí entre enero y abril de 1940, insistiendo especialmente en el relato del motín que había desembocado en el asesinato de John Åkesson. Se disponía a hacer comparecer a Cedrenius ante la justicia.

La esperaba en el rellano, oculto en la oscuridad. Mientras metía la llave en la cerradura, se arrojó sobre ella.

—Entremos en tu casa, querida Kerstin.

Reconoció su voz de inmediato. Con una mano le impedía gritar y con la otra le inmovilizó los brazos. La arrastró con rapidez a la sala de estar, la empujó hacia el sofá y, tras lanzarse sobre ella, le aferró el cuello con firmeza. Kerstin intentaba arañarlo para liberarse, mas en vano; llevaba guantes. No tardaron en arderle los pulmones; solo veía la mirada furiosa de Hasse, su boca torcida y su corpulencia.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, zorra? ¿Eh? ¿Te das cuenta?

Ella trató de emitir algún sonido, pero solo un jadeo salió de su garganta. Al cabo de un momento la soltó. Sus pulmones se llenaron de aire y empezó a toser. Hasse retrocedió un poco y la miró de hito en hito.

—No tienes la menor idea, pero vas a pagarlo, pedazo de imbécil.

Kerstin, asustada, se hizo un ovillo en el sofá. Hasse sonrió socarrón.

—No puedes hacer nada. Estás a mi merced. Y tengo todo el tiempo del mundo.

Se sentó y sacó una pipa del bolsillo interior del abrigo. La llenó de tabaco, que apretó con la ayuda de un pequeño utensilio, y la encendió. No tardó en flotar en la estancia el olor que había detectado en el piso de Viola.

Hasse dio varias chupadas y señaló a Kerstin con la pipa.

—A ver —dijo con marcado acento de Escania—, explícame cómo una sucia piojosa de Malmö pudo enviar al garete nuestro trabajo. Un trabajo cuya importancia no has sospechado en ningún momento. ¿Cómo te atreviste a denunciar a Viola? Va a pudrirse dos años en la cárcel. No tienes ni idea de los palos que nos has puesto en las ruedas.

—Georg volverá de un momento a otro —murmuró ella.

—Me trae sin cuidado. Tanto mejor, de hecho. Le diré lo que Viola y tú hacíais juntas.

—¡No, te lo ruego!

—Como te he dicho, estás a mi merced. Ahora soy yo quien se halla en situación de destruirte. Ni siquiera vale la pena matarte. Basta con susurrar dos palabritas al oído del señor Lindkvist.

No recordaba haber sentido antes semejante miedo. Era inútil implorar su clemencia, toda confesión de debilidad no haría sino empeorar las cosas. No, más valía tratar de permanecer tranquila y firme. Si al menos pudiera dejar de temblar... Se incorporó un poco e intentó recuperar la compostura. Le dolía el cuello.

—¿Fuiste tú quien me siguió?

—Sí. Antes y después de Navidad. Así como en otras ocasiones; no siempre me has detectado. De la bola de nieve sí que debes de acordarte. Sí, lo confieso, fue un poco infantil, pero me encantó.

Kerstin no dijo nada. De pronto lo vio todo claro. Ahora la sorprendía no haberlo reconocido.

—¿Qué quieres de mí?

Hasse se sentó en el brazo del sofá, manteniendo la pipa en la boca.

—Es una buena pregunta. Serías absolutamente incapaz de ayudar a Viola a escapar de la cárcel. No tienes ningún poder, y el poco que hayas podido tener, lo perdiste al denunciarla. De manera que supongo que solo deseo verte

sufrir un poco, en represalia por todo lo que has enviado al garete. Por eso yo...

No esperó a que acabara la frase. Se levantó de un brinco y corrió hacia el cuarto de baño, pero Hasse la alcanzó antes de que se encerrase en él. Bloqueó la puerta con el pie y entró. Kerstin perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Pobre idiota.

La agarró del pelo y, tras arrastrarla hasta la sala, la arrojó sobre la alfombra. Ella no se levantó. El vestido se le había subido, desvelando la parte inferior de su cuerpo, lo que le daba un aspecto aún más vulnerable. Hasse se plantó de pie a su lado.

—Ya ves, has cometido otra tontería; mira que querer refugiarte en el cuarto de baño... Una puerta delgada como el papel, que podría hundir con el dedo meñique. ¿Por qué no has intentado el hueco de la escalera para pedir socorro a un vecino?

Kerstin se acurrucó gimiendo, con lágrimas en los ojos.

—Anda, deja de lloriquear —dijo él—, acabarán por oírte. Todavía no he terminado, de manera que no me interrumpas. Para o verás...

Respiraba pesadamente. Kerstin se cubrió la boca con la mano y trató de tragarse las lágrimas. Hasse soltó un suspiro y se derrumbó de nuevo en el sofá.

—Lo único que quiero es hablar contigo, así que deja de gimotear antes de que te haga callar definitivamente.

Se quedó en el suelo hasta que Hasse le ordenó que se instalase a su lado. Kerstin obedeció, sentándose lo más lejos posible de él. Él la miró hacer con un brillo de desprecio en los ojos.

—No solo se trata de trabajo, porque, ¿sabes?, resulta que Viola y yo nos amamos. Quiero pasar mi vida con ella. Y ahora está en la cárcel por tu culpa.

—Su bello rostro se ensombreció—. Hace diez años que amo a esa mujer, dotada de un valor y una inteligencia que ni siquiera puedes intuir. Esa mujer que en estos momentos vegeta entre débiles mentales y degeneradas. No desearía eso ni a mi peor enemigo. ¿Se puede saber qué mosca te picó para acudir corriendo a la policía?

En aquel momento parecía más abatido que irritado. Kerstin solo escuchaba a medias su perorata sobre la excelencia de Viola y la mediocridad de ella, la importancia de su trabajo, su vida futura arruinada; se preguntaba qué ocurriría cuando volviera Georg. ¿Qué le diría? ¿Qué diría Hasse? Estaba aterrorizada. Hasse iba de uniforme, de manera que muy probablemente armado, debía tratar de engatusarlo a cualquier precio.

—Te ruego que me creas, lamento lo que hice. Fue un malentendido. Creía que tú y Viola... En fin, veía con claridad que me estaba mintiendo. De hecho, no dejaba de hacerlo, y al final ya no sabía qué creer. Incluso telefoneé a la policía antes de Navidad para retirar mi declaración, pero era demasiado tarde.

—Tus excusas me importan un pepino. Le cogiste odio a Viola por una u otra razón. La denunciaste para vengarte. ¿Tal vez porque se había cansado de ti tras apenas unos meses? Una chica como tú no podía interesarla mucho tiempo. Deberías haberlo sospechado.

Al verse provocada, respondió sin reflexionar:

—¡Viola no te ama! Te utiliza, eso es todo. Te arroja algunas migajas para mantenerte bajo su bota, pero nunca será tuya. ¡No le interesas, los hombres no le interesan! Créeme, quizá no la conozca hace tanto como tú, pero eso me consta, y Katrin me lo confirmó...

No tuvo tiempo de acabar la frase. Hasse se había precipitado sobre ella, aplastándola con todo su peso contra el sofá, con el rostro encendido de cólera.

—¿Te atreves a hablar de Katrin, a la que igualmente denunciaste? Pues sí, estoy al corriente, fue así como encontraron a Viola en el archipiélago. ¡Realmente tu perfidia no conoce límites!

Presa del pánico, sintió la verga de Hasse contra su vientre. Él debió darse cuenta, porque la soltó y se apartó, asqueado.

—No sé qué hacer contigo. Merecerías una bala en la cabeza, pero Viola todavía no me ha dicho cuáles eran sus intenciones.

Kerstin se incorporó como pudo. Hasse, algo apartado, ahora parecía perdido. La había atacado en dos ocasiones y las dos veces había cambiado de opinión. Tal vez no fuese tan violento como quería aparentar. Esperó a que su respiración se apaciguase y, con voz algo más controlada, le dijo:

—Así pues, ¿siempre obedeces las órdenes de Viola?

—¿Qué?

—Tenías un perro, ¿no? Un sabueso... Lo vi en la foto, una foto que ya tiene sus años, de manera que supongo que el perro ya debe de haber muerto. Pues mira, qué curioso, Viola todavía tiene el suyo, y se llama Hasse, o más bien Harry. Porque Harry es tu verdadero nombre, ¿no?

Durante un breve instante creyó que de nuevo iba a arrojarle sobre ella. Fulminándola con la mirada, le preguntó qué quería decir con eso. Kerstin se obligó a mirarlo a los ojos.

—Viola te engaña como a un chino. Has malgastado diez años de tu vida por una mujer que jamás podrá amarte, al menos no como tú imaginas. ¿Sigues sin comprender? Eleonor, luego yo... Puede que incluso haya habido alguna otra, pero en todos los casos se trataba de mujeres. Deberías estar casado y tener hijos. Eso nunca ocurrirá con Viola. Te está manipulando. Dices que tengo que pagar, ¿y después? ¿De qué te servirá eso?

A todas luces Hasse no esperaba que se defendiera de ese modo.

—¡Para vengarme, para eso me servirá! —exclamó—. De todos modos, no

creerías que iba a dejarte vivir en paz, después de todo lo que nos has hecho...

El ruido de la llave en la cerradura los hizo sobresaltar a ambos. Hasse se levantó y se alisó el abrigo.

—Te equivocas —susurró—, te equivocas con respecto a Viola. Es de ti de quien se ha hartado, no de mí. Jamás vivirás un amor semejante, pobrecita.

Kerstin oyó a su marido llamarla desde el recibidor. Hasse se caló el sombrero. Georg se sobresaltó al verlo e interrogó a Kerstin con la mirada. Ella apenas se atrevía a respirar.

—Yo... no sabía que teníamos visita.

Hasse esbozó una sonrisa crispada.

—Estaba a punto de irme. Ha sido una visita muy instructiva.

—¿Ah, sí? —repuso el otro.

Se acercó a Hasse para estrecharle la mano, sin apartar la vista de Kerstin, que se esforzaba por mantener la compostura.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

Hasse le soltó la mano.

—Qué más da. Su mujer y yo tenemos una conocida común. Ha sido una simple visita de cortesía. No los molesto más.

Georg, sorprendido, vio a Hasse despedirse de Kerstin con una inclinación de cabeza antes de dirigirse hacia la puerta. Justo antes de marcharse, se volvió y la miró con expresión glacial.

—No olvidarás nuestra conversación, ¿verdad, Kerstin?

Georg parecía completamente superado.

—Qué curioso —exclamó dirigiéndose a su mujer—, se larga en el preciso momento en que llego yo. ¿Quién...?

Pero Hasse ya había salido. Georg le siguió los pasos.

—Hasta la vista —soltó hacia el hueco de la escalera, antes de volver a entrar en el piso, al parecer confuso e irritado.

—Pero ¿quién narices es ese? ¡Curioso tipo! ¡Ni siquiera se ha presentado!
Ella se esforzó por apaciguar su inquietud yendo hacia él y rodeándole el cuello con los brazos.

—Estoy tan contenta de que estés aquí...

Georg se deshizo de su abrazo.

—¿Va todo bien?

Kerstin asintió con la cabeza.

—¿Quién era?

—Ahora te lo cuento. ¿Nos sentamos?

Se acomodaron en el sofá, su marido en el lugar exacto que pocos minutos antes ocupaba Hasse.

—Era un amigo de Viola. ¿Te acuerdas, la que desapareció?

Georg asintió.

—He recibido malas noticias. Detuvieron a Viola hace más o menos un mes. Está en la cárcel, la han condenado por espía.

Consiguió contarle la historia tal como se había desarrollado, omitiendo voluntariamente algunos detalles. Georg la escuchaba incrédulo y desconfiado a la vez.

—No lo entiendo. ¿Estabas al corriente de sus actividades secretas? Parece increíble. Una espía que vive en Kornettsgatan, en Malmö, por añadidura tu mejor amiga, y que desaparece sin una palabra, sin dejar huella. Admite que puede resultar sorprendente; parece una película.

Ella murmuró que no sabía nada, pero Georg parecía perplejo.

—¿Y ese tipo quién era? Tenía acento de Estocolmo. Y por lo demás no demasiado educado.

Kerstin se estrujaba las meninges; debía convencer a su marido a cualquier precio.

—No ha sido intencionado. Debes saber que Viola y él trabajaban juntos para los ingleses. La policía también lo está buscando, sin duda por eso no ha querido decirte su nombre. De hecho, ni siquiera yo sé cómo se llama, solo conozco su nombre de pila. No lo había visto más que una vez, y muy brevemente.

—¿También a él lo busca la policía?! Dios mío..., Kerstin, ¿en qué lío te has metido, quién es esa gente?

—Yo no tenía ni idea.

Georg encendió un cigarrillo y dio varias caladas. No la creía, al menos no del todo.

—¿Y por qué ha venido aquí, entonces? ¿Únicamente para informarte de la situación de Viola?

—Sí. Sabe que somos buenas amigas.

—No sé qué pensar de toda esta historia. —Aplastó el cigarrillo antes de concluir—: Deberíamos llamar a la policía e informarles que ese hombre nos ha hecho una visita.

—¿Hasse? ¡No! —cortó ella, un poco demasiado deprisa.

—¿Y por qué no? ¡Lo busca la policía! Si se enteran de que ha venido aquí, puedes tener problemas.

—No quiero denunciarlo. Ha venido por propia voluntad.

—Pues bien, eso es muy leal por tu parte. En relación con alguien a quien apenas conoces... No me gusta esto, no me gusta nada en absoluto.

Ella se le acercó.

—Tal vez la lealtad no haya sido nunca mi punto fuerte, pero estoy aprendiendo.

Fue consciente de que debía poner toda la carne en el asador con el fin de echar pelotas fuera y vencer su desconfianza.

—Hablemos de otra cosa, ¿quieres? De todos modos, no volverá.

Lo abrazó y lo besó en la boca. Georg, pillado de improviso, se puso rígido y se volvió ligeramente de lado.

—¿Y tú qué sabes?

Kerstin meneó la cabeza y lo besó de nuevo, un beso aún más prolongado. Él empezaba a ceder.

—Es terrible que una amiga tan querida esté en la cárcel —acabó por decir—. Tal vez podrías escribirle, o incluso visitarla de aquí a un tiempo.

—Sí —repuso evitando su mirada—. Es posible que lo haga.

Durante las semanas siguientes, Kerstin vivió con el temor de que Hasse volviera. Se sobresaltaba al menor ruido, estaba permanentemente alerta. Ya no se sentía segura en ningún sitio, ni siquiera en casa. Lo peor eran las tardes en que, como Georg trabajaba hasta última hora, se encontraba sola en ella. Eran demasiados los que conocían su secreto, ya no controlaba nada. No lograba pegar ojo en toda la noche, roída por la inquietud. Alguien —¿Hasse, Hjelm?— acabaría por desvelar su infidelidad, estaba convencida de ello, solo era cuestión de tiempo.

En lo tocante al comisario, no podía hacer nada. Era preocupante que estuviera al corriente de su relación con Viola. Ahora bien, en el fondo, ¿qué ganaría con contárselo a Georg, ahora que ella estaba en la cárcel? Por el contrario, Hasse era imprevisible. Lo consideraba muy capaz de dar al traste con su matrimonio por pura perfidia. Podía asimismo agredirla en una calle desierta, terminar lo que había empezado en el piso, y esta vez estrangularla de verdad.

En el mes de mayo, durante una pausa de mediodía en la Colonial, harta de hacerse mala sangre, tomó una decisión. Hacía cierto tiempo que ya no estaba sola en la azotea, poco a poco sus colegas se habían ido sumando. Muchas

extendían una manta de viaje en el suelo para tenderse al sol y aprovechar, con los ojos cerrados, el recuperado calor. El viento primaveral jugaba con su cabello. En cuanto a Kerstin, se situaba a solas detrás de la chimenea, trastornada, agotada y ansiosa. El miedo le atenazaba el vientre y tenía los ojos hinchados a fuerza de pasar las noches en blanco; envidiaba a sus colegas, su vida despreocupada, le habría gustado tanto unirse a ellas...

Se masajeó las sienes; aún le quedaban cinco horas de trabajo, y se preguntaba cómo podría aguantar. ¿Se pasaría así el resto de su vida, preocupada y mirando por encima del hombro cada vez que saliera de casa? Mientras Hasse siguiera suponiendo una amenaza, no podría ni vivir en paz, ni estar contenta, ni brindar a Georg la oportunidad que merecía.

Mientras guardaba la fiambarrera, se decidió. Debía recuperar el control a toda costa. Tenía que conseguir convencer a Viola de que llamara a su lado a su perro guardián.

Había cuatro horas de tren hasta la cárcel de Växjö. Kerstin se dedicó a leer el periódico para matar el tiempo. Se enteró de que España había roto su alianza con Alemania y de que los Aliados se acercaban a Roma. La Unión Soviética había obligado a los alemanes a abandonar Crimea, pese a la orden de Hitler de que defendieran, hasta el último hombre, la ciudad de Sebastopol. Aunque el ejército del Führer se batía en retirada, Georg, al contrario que buen número de personas de su entorno, no creía en una paz inminente.

Kerstin recorría las diversas rúbricas, pero los caracteres de imprenta se superponían, se mezclaban; en realidad no leyó ningún artículo, a excepción del que versaba sobre Gustaf Raskenstam, un mujeriego que acababa de ser condenado a tres años y medio de trabajos forzados. «El hombre de las quinientas novias» había intentado resolver sus problemas económicos manteniendo relaciones con un centenar de concubinas; se había prometido con unas treinta de ellas. Su verdadero nombre era Anders Gustaf Eriksson. Observaba su foto y se preguntaba cómo aquel hombre, de cierta corpulencia, bigote caído y ojos demasiado juntos, había podido seducir a tantas mujeres. Según toda verosimilitud, rebosaba cortesía y tenía los modales y el aspecto de un hombre de mundo, con su coche de lujo y sus puros de marca.

Ella era de su misma calaña. Ciertamente, Raskenstam era un estafador de primer orden. A Kerstin la comparación la hacía sufrir, pero tenían un punto en

común: ambos habían traicionado a aquellos a quienes amaban, como si se hubieran perdido en los recovecos de un laberinto. La única salida, en el caso de Raskenstam, era la cárcel; en cuanto a ella, todavía no tenía la menor idea de cuál era.

El tren cruzó la frontera entre Escania y Småland. Pensaba en cómo había empezado todo entre ella y Viola: su primer encuentro —en su día, su acento de fuera y sus modales mundanos no dejaron de despertar la desconfianza de Kerstin—, su amistad, que se había forjado durante las horas pasadas en el helado desván, y la guerra, la cual supuso el origen de una intimidad que vino a colmatar el foso que las separaba. Por un lado, Viola, una joven de la alta burguesía con un lujoso piso, y por otro, Kerstin, obrera triste y abandonada. En la oscuridad del desván, se habían encontrado en pie de igualdad: dos mujeres jóvenes que vivían en la misma ciudad, en el mismo edificio, en tiempos de guerra, y que habían ofrecido sus servicios a protección civil.

Su mutua atracción había atenuado todavía más sus diferencias, y durante cierto tiempo solo pensaron en saciar el deseo que experimentaban la una por la otra. Ahora bien, una vez pasado el encanto de la novedad, sus disimilitudes se habían ido acentuando poco a poco. La llegada de Hasse había confirmado un desequilibrio que, ahora se daba cuenta, siempre había existido; sencillamente, había estado ciega de amor.

Con la frente apoyada en el cristal de la ventanilla, Kerstin miraba desfilar el paisaje primaveral y los campos dorados por el sol. En el vagón, además de los efluvios de estiércol procedentes del exterior, flotaba un olor a polvo y a carbón. A su lado, una mujer de su edad con un bebé en brazos; enfrente, dos estudiantes en pleno debate sobre lo que ocurriría después de la guerra.

Kerstin escuchaba distraídamente su conversación. Sentía aprensión ante el reencuentro con Viola, la cual no había sido advertida. Le había escrito tres

cartas, a las que no había contestado; se jugaba el todo por el todo. En su fuero interno confiaba en una reconciliación, pero por otra parte se le antojaba más realista estar preparada para una entrevista difícil.

La cárcel era un edificio blanco, macizo y antiguo, coronado por grandes chimeneas y ventanas de distintas dimensiones, algunas del tamaño de un ojo de buey. Todo en derredor se levantaba un muro de dos metros de altura. Algunas mariposas precoces y un par de abejorros revoloteaban por el jardín situado a la entrada. No se veía ni un alma.

Kerstin fue presa de una duda atroz; vacilante, se dejó caer en el banco del parque. ¿Realmente estaba preparada? No podía saber cómo la recibiría Viola; tampoco el aspecto lúgubre del lugar ayudaba mucho, que digamos. Pese a todo, recuperó el dominio de sí misma: al otro lado de aquellos muros se encontraba Viola, eso era lo único que importaba. Con el fin de recuperar la calma, sacó del bolso el espejo de bolsillo y se empolvó la nariz, se retocó con la barra de labios y se arregló el cabello. Acto seguido sacó los regalos que había comprado para Viola: una novela de estación de tren, una revista, papel para escribir y una bolsita de caramelos de mantequilla salada. Sospechaba que a Viola no le gustaría el libro, pero, con un poco de suerte, el resto hallaría gracia a sus ojos.

Lo guardó todo en el bolso, se levantó y se alisó el vestido azul. Con la mano en el pomo, se estremeció y le entraron unas ganas locas de huir. Viola, por su parte, no podía hacer otro tanto; se suponía que no debía pudrirse en la cárcel y en cambio allí estaba, por culpa de Kerstin.

Abrió la puerta. Apenas entrar, la detuvo una hosca celadora con uniforme gris, que le preguntó la razón de su llegada. Luego Kerstin tuvo que anotar su nombre y dirección, así como la hora y la fecha, en el registro de visitantes.

Entre tanto, la celadora le registraba el bolso al tiempo que la informaba de las reglas que debía observar durante la entrevista.

Otra vigilante la guio a través de un largo pasillo embaldosado y desierto, flanqueado de puertas cegadas, hasta la pequeña sala de las visitas, cuyo único mobiliario consistía en unas mesas y unas sillas clavadas al suelo, a la distancia reglamentaria. Al igual que en el pasillo, flotaba allí un olor a antiséptico, col hervida y algo acre e indefinible, tal vez el miedo. Una celadora alta de cabello rubio muy corto señaló una silla a Kerstin, que tomó asiento en ella con un nudo en el estómago. Dentro de pocos minutos Viola haría su aparición.

Tres mesas estaban ya ocupadas por visitantes que conversaban a media voz con las detenidas. Un hombre con un niño en el regazo hablaba con una mujer nerviosa que guiñaba los ojos sin cesar. Una pareja de edad visitaba a su hija todavía adolescente. Ocupaba la tercera una mujer madura, de aspecto desabrido y cabello oscuro, a todas luces la hermana de la detenida sentada frente a ella; tal vez su gemela, tan impactante era el parecido. Todas las detenidas llevaban un informe vestido gris y se tocaban con una pañoleta del mismo color que las zapatillas.

Viola se hacía esperar. A medida que pasaba el tiempo, Kerstin iba perdiendo seguridad. Del exterior, a través de la ventana provista de barrotes, le llegó el canto burlón de una alondra. La imaginó sobrevolando los soleados campos.

Llegaron otros dos visitantes: un hombre de edad y una mujer que llevaba a uno de sus hijos en brazos y al otro de la mano. Kerstin los miró con el rabillo del ojo. Dejando aparte la indumentaria, no había una clara diferencia entre las detenidas y sus allegados: su miserable condición saltaba a la vista en el rostro demacrado, la mirada inquieta, los dientes estropeados y la ropa remendada.

Kerstin trataba de hacerse muy pequeña. Con su vestido verde, su collar de perlas, el cabello recién lavado y los labios pintados, se distinguía singularmente de los demás visitantes. Estos, al igual que la celadora, la miraban con una mezcla de curiosidad y desconfianza, considerándola sin duda un tanto desplazada en relación con el contexto. Lo cierto es que al prepararse no había pensado en ello, simplemente quería ponerse lo más guapa posible de cara al reencuentro con Viola; la idea de que era mejor mantener un perfil bajo ni le había pasado por la cabeza.

La puerta se abrió, la celadora dejó entrar a una detenida pálida, con vestido gris, y le señaló la silla situada frente a Kerstin, quien se levantó estupefacta. Viola había adelgazado terriblemente. Los ángulos de su cuerpo huesudo se le marcaban bajo el vestido informe, los altos pómulos se le habían hundido de manera notable. Tenía el rostro macilento y sin maquillar, y las cejas, antaño depiladas con esmero, enmarañadas. El rubio cabello quedaba oculto por la pañoleta. Solo su mirada no había cambiado: penetrante, lúcida y glacial.

Viola se quedó paralizada. Aquel rostro amado ya no tenía nada de amable, era frío y sus ojos lanzaban rayos. Se quedó de pie junto a la mesa, mirando a Kerstin de arriba abajo.

—¿Qué haces tú aquí?

Su voz de bajo era tranquila pero amenazadora.

—¡Siéntate, Ahrle! —ordenó la celadora barriguda apostada detrás de ella.

Viola fingió no haberla oído pero tomó asiento.

Apenas un metro las separaba. Kerstin no conseguía mirarla a los ojos. Ruborizada, hurgó en su bolso y sacó los regalos, que depositó sobre la mesa.

—Quería darte esto.

Viola la miró con calma, sin prestar atención a los regalos, y luego, con un

brusco revés de la mano, los envió a freír espárragos. Las conversaciones cesaron y todas las miradas, sorprendidas, se volvieron en su dirección. La celadora acudió al instante.

—¡Ahrle! ¡Ten mucho cuidado, o irás a parar a la celda de aislamiento!

Viola no respondió. Observó fríamente a Kerstin mientras esta recogía los regalos desparramados. Varios caramelos habían escapado de la bolsita y rodado al pie de una mesa situada algo más lejos. Con lágrimas en los ojos, recuperó la revista, el libro, el papel en blanco y, tragándose la vergüenza, se incorporó.

—He venido a pedirte perdón. Yo no quería esto.

—¿Por eso me denunciaste?

—¡Claro que no! Estaba tremendamente furiosa. Me habías herido. Creía que tú y Hasse erais amantes. Ahora sé que estaba equivocada.

—¿De verdad crees que me interesan tus disculpas? Guárdate los caramelos para el viaje de regreso. Confío en que te atragantes con ellos.

—Pero... ¡Viola!

—Escúchame bien.

Viola hizo una pausa y, tras dirigir una mirada circular a los que las observaban fijamente y enseguida apartaban la vista, explicó a Kerstin, con calma y en voz baja, que le había arruinado la vida. Sus padres no querían saber nada de ella, hasta la habían desheredado. Después de la cárcel, jamás encontraría un trabajo digno de tal nombre, su carrera había acabado. Hasta Eleonor la detestaba desde que la policía había hecho partícipe de su relación amorosa a su marido.

—Todo lo que me era querido se ha ido al garete. Por tu culpa, voy a pasarme dos años de mi vida entre estas pobres infelices y unas imbéciles que ni siquiera saben deletrear su nombre. ¡Dos años! ¡Imagina todo lo que habría podido llevar a cabo sin tus estúpidos y patéticos celos!

—Lo sé —balbuceó Kerstin—, ¡fue un error! Si supieras cuánto lo lamento... Traté de retirar mi declaración, pero ya no era posible. Y no fui yo quien dijo a la policía que estabas en la isla de Nåttarö, ¡fue Katrin! ¡Tienes que creerme! Pienso en ello todos los santos días, siento tanto haber actuado así...

—¡Me importa un rábano que lo sientas! Y, encima, ahora me pides perdón... Lo lamento, pero no soy de las que ofrecen la otra mejilla. —Tras una breve mirada a la celadora, Viola se acercó y añadió—: Puedes meterte tu perdón en el culo, Kerstin.

Dicho lo cual, dirigió una sonrisa sarcástica a Kerstin, que se quedó sin respiración: cuanto la ligaba a ella, su elegancia, su voz por lo general tan dulce, se daba de bofetadas con aquella vulgaridad. A todas luces la vida en la cárcel ya había empezado a pervertirla.

Tras constatar que sus palabras habían producido algún efecto, Viola se retrepó en la silla y se examinó las uñas con un suspiro.

—¿Eso es todo? Entonces, ¿a qué esperas? ¡Lárgate! Me estás haciendo perder el tiempo.

Kerstin, hecha polvo, se sentía dividida entre el ansia de huir y la de agarrar y cubrir de lágrimas las manos de uñas mordidas de Viola. Su hostilidad la intimidaba, pero no podía por menos que sentir compasión. Dentro de poco, ella saldría de entre aquellos muros en absoluta libertad. Mientras que Viola...

Se preguntó cómo serían las celdas. Sin embargo, ese pensamiento le dolió, de manera que se apresuró a ahuyentarlo.

—Lo siento de veras.

La otra la miró con malicia.

—Sobre todo, no te creas a salvo.

—¿Perdona?

Viola se inclinó de nuevo hacia ella.

—Decía que sobre todo no te creas a salvo. Aunque yo esté encerrada, Hasse, o más bien el hombre al que conoces por ese nombre, sigue libre... Me obedece a pies juntillas, como siempre ha hecho. Y cuando salga de aquí, los dos volveremos a Inglaterra. Al contrario de lo que ha ocurrido en vuestro jodido país, ambos seremos recibidos con los brazos abiertos, gracias a nuestros valiosos servicios. Servicios cuya importancia ni tú ni las autoridades suecas habéis captado. Pero el que ríe el último, ríe mejor. Hasse y yo saldremos de esta. Y vosotros podéis ir todos al diablo.

—Pero no irás a... ¿Con Hasse? ¡Es un hombre!

—¿Y qué? Me obedece, como te digo, y eso es cuanto importa. Una sola palabra por mi parte y...

Kerstin empezaba a tener calor. Sentía miedo en la boca del estómago, pero también cólera al oír a Viola sugerir que Hasse podría hacerle daño solo con que ella se lo pidiera. Recordó el verdadero motivo de su visita, hasta el momento oculto por las intensas y turbadoras emociones suscitadas por aquel reencuentro. Con una voz que pretendía ser tranquila, le dijo:

—Ya me he encontrado con él.

Entonces detectó un brillo de sorpresa en los ojos de Viola, que, sin embargo, recuperó de inmediato su expresión implacable. Pero Kerstin estaba convencida: ignoraba que Hasse había ido a verla y eso la incomodaba. Tal vez su influencia sobre él no era tan grande como pretendía. Se guardó mucho de dejar traslucir nada en absoluto y se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y bien?

Kerstin no respondió de inmediato.

—No volveremos a vernos. Se acabó.

—No te corresponde a ti decidir.

—¿Cuánto tiempo más crees que accederá a ser tu títere? No le aportaré nada. Hablé con Katrin y ahora sé que tú y él jamás fuisteis amantes. Tienes razón, me puse celosa por nada. Sin embargo, Hasse... espera de ti cosas que no puedes ofrecerle. Quiere casarse y tener hijos. ¿Qué edad tiene, treinta y cinco? ¿Cuánto tiempo crees que podrá esperar?

Por primera vez, Viola perdió su seguridad, al tiempo que experimentaba un ramalazo de odio.

—Realmente te compadezco, Kerstin. Eres patética.

El desprecio resultaba casi más violento que el odio. Kerstin se esforzó por sonreír con desapego y se contuvo para no deshacerse en lágrimas. Debía jugar su última carta. Habría preferido no mentir, pero no tenía elección.

—Sé dónde se esconde Hasse o, mejor dicho, Harry. Puedo avisar a la policía en cualquier momento, y lo haré si no le dices que me olvide, que me deje tranquila. Hazlo o de lo contrario también él irá a parar a la cárcel y ya no te servirá de nada. Ya no tendrás a nadie fuera que pueda acudir en tu ayuda.

—Estás diciendo tonterías, como siempre.

—Como quieras. Pero lo lamentarás.

Se miraron de hito en hito un instante en silencio. Kerstin sintió que su cólera se apaciguaba. Viola estaba tan enflaquecida, tan lamentable, con sus labios partidos y sus ojos con marcadas ojeras... ¿Cómo habían podido torcerse tanto las cosas entre ellas? Apenas un año atrás se amaban y, pese a todos los malentendidos y las mentiras de aquellos últimos meses, en ella aún quedaba una pizca de amor. Era eso, más que ninguna otra cosa, lo que le habría gustado que Viola percibiese con ocasión de aquella visita. Le tendió la mano.

—Por favor, perdóname. Nunca volveré a hacerte daño. Viola, ¿acaso no sabes que te quiero...?

—¡Celadora! ¡Quiero volver a mi celda!

Viola se había levantado de repente. La vigilante barrigona suspiró.

—Cálmate, Ahrle.

—Quiero-volver-a-mi-celda. ¡Ahora!

Su clara voz resonó en la sala. Su pronunciación sin acento resultaba casi incongruente.

—Sí, sí, tranquila —murmuró la mujer, conciliadora, rebuscando en su manojito de llaves.

Viola se inclinó hacia Kerstin.

—No vuelvas. Ni me escribas. No quiero volver a verte. Para mí has muerto.

La celadora agarró a Viola del brazo y la condujo hasta la puerta, a la que llamó, y esperó. Un instante después, Viola había desaparecido, sin volverse.

Una vez fuera del edificio, Kerstin se dejó caer en el banco y dio rienda suelta al llanto. Al menos había aguantado hasta la salida. No habría reconciliación, ahora lo sabía. Viola la odiaba, probablemente para siempre. Al igual que antes, el sol brillaba, la vegetación desprendía sus diversas y variopintas fragancias, los pájaros piaban en los cerezos; estos estaban perdiendo las flores, que se amontonaban en el suelo formando montículos de blancura perfecta. Nada había cambiado y al mismo tiempo todo había cambiado. Habían terminado, toda esperanza se había volatilizado. Kerstin se repetía esas palabras sin calibrar por completo su alcance. Veía de nuevo el rostro lleno de odio de Viola. Su amor por ella le había impedido corresponderle con la misma aversión.

Embargada por la tristeza, no podía dejar de llorar, sacudida por entrecortados sollozos. Los visitantes, que uno a uno iban saliendo del edificio y sin duda la reconocían, la miraban con curiosidad; ella ocultaba el

rostro en el pañuelo esperando a que se alejaran, sin dejar de preguntarse por qué le preocupaban aquellos extraños, cuando Viola deseaba su muerte.

Una vez cesó su llanto, se quedó quieta. La tarde llegaba a su fin, las sombras se alargaban y atravesaban el parque. Las aves regresaban a sus nidos antes de la caída de la noche. Se levantó. Tenía todo el cuerpo rígido, estaba hambrienta y la invadía la sensación de haber envejecido varios años. Sus piernas la condujeron con dificultad por el camino de la estación. Debía olvidar a Viola y convertirse de nuevo en la mujer que era antes. Pero ¿quién había sido en realidad? ¿Y cómo llegar a ser esa mujer otra vez?

Sí, debía dejar atrás la cárcel, sumida en la noche, volver la espalda al pasado, borrar el recuerdo de Viola, confiando en que con el tiempo sus sentimientos —maltrechos y pisoteados pero intactos— se borrarían, aunque lo dudaba.

Tomó el tren nocturno a Malmö. Instalada junto a la ventanilla en el compartimento casi vacío y que aún conservaba el calor de los viajeros diurnos, habría querido estar ya de vuelta, que el tren arrancase de una vez, que circulara más deprisa, que la acunase. Cerró los ojos.

Fuera caía la noche, el violeta del cielo viraba al negro. Sin duda para entonces Georg estaría preocupado, le había dicho que iba a visitar a su tía a Trelleborg. Debía encontrar alguna excusa. No sería la primera vez que le mentía, pero debía ser la última. No más embustes.

El tren circulaba ahora envuelto en la noche y, justo antes de adormecerse, supo que siempre amaría a Viola, que en todo caso permanecería ligada a cuanto habían vivido juntas. El hecho indudable de haberse desembarazado de Hasse no bastaría para hacerla libre; tal vez no lo fuera jamás.

Estaban en pleno verano. Solo eran las siete de la mañana y el termómetro ya marcaba casi veinte grados. Fuera, las flores empezaban a marchitarse y el césped de los parques amarilleaba. Como todas las mañanas, Georg empezó por lavarse y frotarse vigorosamente con el fin de eliminar el sudor agrio de la víspera. Aunque la dejara correr mucho rato, el agua, debido a la canícula, no llegaba a salir fresca. Apenas acabar de vestirse, ya volvía a sudar.

Kerstin se había instalado ya a la mesa de la cocina y estaba desayunando. Georg entró, se sirvió café y tomó asiento frente a ella. Por una vez, parecía relajada. Las bolsas debajo de los ojos no estaban tan hinchadas y sus pómulos habían recuperado el color. Desde que fuera a visitar a su tía, se mostraba taciturna y lúgubre. Su mujer le aseguraba que no tenía nada que ver con él y que ya se le pasaría.

Georg se acabó las gachas y, tras prepararse la fiambarrera, dio un beso a Kerstin en la mejilla y se encaminó al trabajo. En el bolsillo de la chaqueta llevaba una carta, recibida pocos días atrás. Una carta de la viuda Åkesson. Deseaba enseñarle la correspondencia de John. También quería saber qué había pasado en realidad, pues por parte del ejército solo había recibido un comunicado lacónico, en el cual le anunciaban que su marido había muerto víctima de un disparo accidental. Confiaba en que Georg estuviera en condiciones de proporcionarle más información.

El tono de la carta era un tanto seco, casi conminatorio. Había algunas

tachaduras, así como manchas de tinta, lo cual llevaba a pensar que la mujer de John no tenía costumbre de expresarse por escrito. Sin embargo, la carta que tenía en las manos había conmovido sobremanera a Georg. Se preguntaba cómo habría averiguado su dirección. Como sabía que Axel no estaba en contacto con ella, supuso que la habría obtenido por mediación de Erik.

En el dorso de la carta estaban escritos su nombre y dirección: Helena Åkesson, Skällningagården, Simrishamn. Solo el nombre de la granja y de la población, a falta, sin duda, de verdaderas calles adyacentes. Según John, la granja de Skällningagården era «el lugar más bello de Escania». Estaba situada a un cuarto de hora del pueblo, y desde allí se veía el mar. Recordó que Erik hablaba en términos similares cuando recordaba su casa, en la península de Bjärehalvön.

Georg no sabía qué hacer con la carta. No estaba preparado para reencontrarse con Helena Åkesson. ¿Cómo hablarle de las circunstancias que rodearon la muerte de John? Hasta Kerstin ignoraba los detalles. ¿Cómo decirle que él mismo, debido a su cobardía, era en parte responsable?

Casi había llegado a la redacción. Se detuvo un instante y se quitó la chaqueta. Estaba empapado en sudor, se le habían dibujado círculos húmedos bajo las axilas. Maldijo la canícula, pero de inmediato se arrepintió; en Norrland había soñado con el calor como un muerto de hambre sueña con comida.

Se dirigió despacio hacia *Facklan* y decidió redactar una breve carta a Helena Åkesson, para explicarle que deseaba ayudarla, pero que en aquel momento estaba demasiado ocupado. Pasaría revista a sus recuerdos con el fin de suministrarle los máximos detalles posibles, como si no hubiera dado ya bastantes vueltas a todo aquello. Volvería a ponerse en contacto con ella, tal vez a principios del otoño.

Por la noche hacía demasiado calor para dormir. Pese a que Kerstin y Georg abrían todas las ventanas, ni siquiera una brizna de aire se colaba en el piso. Tendidos en la cama desvelados, uno al lado del otro, las horas iban pasando. La semana anterior Kerstin había humedecido las sábanas, pero no había servido de gran cosa. Hablaban a menudo de banalidades, en la penumbra, en tono cordial. Evitaban abordar temas espinosos.

Georg agradecía esos momentos. En la oscuridad, su comunicación era más fácil. De vez en cuando se rozaban y su mujer no rehuía el contacto. No dejaba de pensar en ella, en su cuerpo semidesnudo, pero se abstenía de tocarle siquiera la mano, por temor a ser rechazado de nuevo. Esperaba que fuera ella la que un día diera el primer paso.

El fin de semana anterior habían ido al mar. Cuando llegaron a Ribersborg, Kerstin se alejó de los pontones y se negó en redondo a acercarse al balneario, evitando a la muchedumbre de la playa, con el pretexto de que quería quedar a salvo de las miradas. Terminaron en una zona desierta y sórdida de la playa, donde la gente dejaba correr a sus perros sin correa y los fucos malolientes se amontonaban a lo largo de la orilla. Pese a la presencia, a su alrededor, de blocaos y soldados, Kerstin había insistido en que dejaran allí sus cosas.

Tras quitarse a toda prisa el vestido y las alpargatas, se quedó con el bañador azul oscuro y se tendió de espaldas. Mientras se desnudaba a su vez, Georg la observó, las caderas, los senos, las esbeltas piernas... La echaba de menos. ¿Por qué quería ocultarse a las miradas? ¿Acaso no sabía hasta qué punto era hermosa?

En dos ocasiones, el abogado de Axel, Folke Sundblad, había creído localizar a Cedrenius. Ambas veces Georg y Axel se habían sentido emocionados y enardecidos. No obstante, ambas resultaron ser una falsa

alarma. Cuando Sundblad les comunicó que se había confundido, Axel se sintió muy decepcionado, pero Georg no pudo por menos que experimentar cierto alivio; en su fuero interno, confiaba en que no encontrarán nunca a Cedrenius o, mejor todavía, que este hubiera abandonado la carrera militar o hubiese muerto. Tenía miedo de lo que sucedería si lo localizaban.

Axel no pensaba renunciar. Aunque tuvieran que poner todos los medios a su alcance, Cedrenius debía recibir su castigo. Por su parte, Georg, que apenas acababa de iniciar su nueva existencia, no estaba dispuesto a arriesgar su trabajo, su matrimonio y quizá su vida por Cedrenius. Pero se cuidó mucho de confesárselo a Axel.

La canícula se prolongó todo el mes de julio. Un día se enteraron de que Hitler había sobrevivido a un atentado organizado por oficiales alemanes. Era un jueves y, como todos los jueves, el periódico se hallaba en plena efervescencia. Axel redactaba su editorial, Tage estaba terminando una larga entrevista con Sven Linderot, presidente del Partido Comunista, anunciado como gran vencedor de las elecciones de septiembre. Liselott se hallaba en plena corrección, y Georg, ocupado en imprimir —todo debía estar preparado para la tarde—, cuando Axel lanzó un grito estentóreo. Georg detuvo la máquina, se limpió a toda prisa las manos y abrió la puerta que daba a la redacción. Axel hablaba por teléfono, Liselott y Tage lo contemplaban inmóviles. Georg les pidió por gestos una explicación, pero no sabían más que él.

Axel murmuró unos monosílabos y colgó. Se retrepó en la silla, sacó la petaca del cajón y dio unos largos sorbos, sin prestar atención a sus colegas. Al cabo de un momento se limpió la boca y miró a Georg, quien al punto le devolvió la misma mirada, preñada de temor y excitación.

—Era Folke. Lo han encontrado. Esta vez está seguro.

Folke Sundblad era un hombre menudo, con una perilla finamente recortada. Sus gafas de montura gruesa disimulaban una mirada viva y penetrante. Pese al calor, vestía camisa blanca, traje y corbata negros y calcetines rojos. Georg observó este último detalle cuando el abogado se instaló ante el escritorio de Axel y cruzó las delgadas piernas, listo para contarles el modo en que había localizado a Cedrenius.

El capitán había sido ascendido a sargento mayor de una brigada de infantería formada por cinco mil hombres, en Värmland, cerca de la frontera noruega. Un lugar donde acababa de producirse un trágico acontecimiento, gracias al cual Sundblad había encontrado el rastro de Cedrenius.

—Mi contacto en el tribunal de primera instancia me llamó ayer. Resulta que un soldado de esa brigada se suicidó el mes pasado. Lo encontraron ahorcado en un bosque, a raíz de lo cual varios soldados denunciaron a Cedrenius por brutalidad y acoso.

—¿Qué significa eso? ¿Lo han arrestado? —quiso saber Axel.

—Todavía no. Evidentemente, el ejército trata de encubrir el escándalo, prefiere solucionarlo a puerta cerrada. Durante semanas no ocurrió nada. Entonces, algunos soldados, exasperados, se pusieron en contacto con el diario *Nya Wermlands-Tidningen*, para dar testimonio de una represión sistemática, métodos de castigo retorcidos y de otra era, persecución de los simpatizantes de izquierdas, ejercicios y marchas hasta el agotamiento... Además, parece ser que el soldado que se suicidó era el cabeza de turco del sargento mayor.

Axel y Georg cambiaron una mirada de complicidad. Sundblad prosiguió:

—Hay que ser prudentes. No sé si debemos conceder mucha importancia a tales informaciones. Es posible que se trate de individuos desequilibrados y revanchistas que, por motivos personales, intentan desacreditar a Cedrenius.

Sin embargo, debo admitir que ciertos detalles presentan una preocupante similitud con los que tú me comunicaste, Axel.

Este asintió, pensativo.

—¿Cómo es posible que no hayamos leído en los periódicos ningún artículo sobre el asunto?

—Probablemente porque los periódicos no desean atacar a la institución militar. Si condenan a Cedrenius, la reputación del ejército quedará mancillada, y en tiempos de guerra no podemos permitirnoslo. Ahora bien, es posible que esos mismos soldados hayan presentado una denuncia contra Cedrenius. Es así como mi amigo del tribunal de primera instancia se ha enterado de esos acontecimientos. Además, el reportero del *Nya Wermlands-Tidningen* ha puesto dichas acusaciones en conocimiento de las autoridades, las cuales ahora se ven obligadas a abrir una investigación. Este asunto empieza a cobrar cada vez mayor importancia; el ejército no podrá evitar durante mucho tiempo más que la noticia se difunda.

—¿Y crees que el tribunal podría añadir al expediente nuestras experiencias en Svartnäset y utilizarlas como prueba? —preguntó Axel, entusiasmado.

—Lamentablemente, no. Para empezar, no es seguro que tenga lugar un juicio. Y en ese caso, solo se referirá a los supuestos crímenes de Cedrenius en Värmland.

Al ver la decepción de Axel, Sundblad añadió:

—No obstante, si en Karlstad sale mal parado, supondrá un agravante. Si lo declaran culpable y un día decidís denunciarlo, vuestras probabilidades serán mayores.

—¿Estás completamente seguro de que se trata de nuestro Cedrenius? —intervino Georg.

—Ahora es sargento mayor. Pero sí, estoy seguro.

Georg observó que Tage y Liselott los escuchaban con atención mientras fingían estar ocupados; conocían su historia y la de Axel, a falta de algunos detalles. *Facklan* era uno de esos escasos lugares de trabajo donde podías revelar que habías estado internado sin poner en peligro tu nombre, tu reputación y tu futuro. Sundblad retomó la palabra.

—Debo advertiros: no esperéis demasiado. Será difícil demostrar que existe una relación directa entre el suicidio y el supuesto acoso.

—Si hay proceso, a fe mía que iré a Karlstad —juró Axel—. Quiero ver la cara de ese cerdo cuando anuncien el veredicto.

—Es probable que vayas en vano. El proceso se celebrará sin duda a puerta cerrada.

—No me importa. Tendrán que trasladarlo al tribunal. Ya me las arreglaré para cruzarme en su camino —concluyó Axel.

Dio las gracias al abogado y le pidió que los tuviera informados de la evolución del caso.

Sundblad se levantó. Aunque Georg le sacaba una cabeza, proyectaba mucha fuerza y vitalidad. Le estrechó la mano vigorosamente. Al cambiar una mirada intensa a modo de saludo, Georg detectó una inmensa sabiduría en los ojos de un gris azulado del abogado. Estaba convencido de que no los decepcionaría.

—Te debemos un gran favor —intervino Axel—. ¿Cómo darte las gracias?

—Lo veremos en su momento —respondió Sundblad con aire travieso—. Llámame cuando todo haya acabado.

Pasaron las siguientes semanas en una impaciencia preñada de angustia. Esperaban de un momento a otro, con los nervios a flor de piel, la llamada de Folke Sundblad que les confirmaría la celebración del proceso contra Cedrenius. Axel estaba como metamorfoseado, pletórico de una energía casi

obsesiva. Ya no exhibía su máscara distante e irónica, bullía de ideas y se sumergía en el trabajo con renovadas ansias.

Solía quedarse en la redacción finalizada la jornada laboral y, cuando Georg llegaba por la mañana, ya estaba allí, con un cigarrillo en los labios, la camisa por fuera y el cabello revuelto, tecleando furioso en su máquina de escribir como si quisiera despertar al barrio. Georg sospechaba que ni siquiera volvía a casa.

Una mañana, temprano —Tage no había llegado todavía—, Georg sorprendió a Axel y Liselott. Ella estaba sentada, con la falda subida, sobre la mesa de Axel, que paseaba las manos a lo largo de sus hermosas piernas. Cuando se percataron de su presencia, Liselott volvió precipitadamente a su escritorio, dejando a Axel avergonzado y rojo como un tomate.

Georg apartó la vista y se encaminó hacia la sala de la rotativa. Estaba contento por Axel, y también un poco celoso. Su amigo había logrado seducir a Liselott, y él ni siquiera había conseguido todavía acercarse a Kerstin.

Axel acabó por convencerlo —tras numerosas pintas en el Gyllene Ankaret— de que lo siguiera a Karlstad.

—¡Imagina su expresión si lo condenan, daría cualquier cosa por verla! — exclamó, mientras Georg se aferraba a su jarra como un náufrago a una balsa—. Nos reconocerá, verá que hemos sobrevivido y comprenderá que no nos sentiremos satisfechos hasta que reciba su merecido. Entonces le quedará claro que, después del de Karlstad, tendrá derecho a otro proceso. Te garantizo que caerá de las nubes: ¡media docena de hombres dispuestos a testificar contra él!

A tenor de las palabras de Axel, todo parecía evidente. Además, ya se había puesto en contacto con algunos de sus antiguos camaradas para comunicarles la noticia.

A finales de agosto Sundblad les informó de que el proceso se celebraría el lunes 11 de septiembre. Axel compró los billetes de tren ese mismo día y aconsejó a Georg que intensificara su ritmo de trabajo, con el fin de poder tomarse dos días de permiso. Ausentarse más tiempo sería perjudicial para el periódico. Él escribiría por adelantado un editorial y algunos artículos.

Georg se preguntaba qué sucedería si el proceso se eternizaba: en un caso tan complicado, con la reputación del ejército en juego, podía prolongarse varios días, si no varias semanas. A fuerza de entusiasmo, Axel acabó por convencerlo de que era pertinente, pasara lo que pasase, ir a Karlstad. Ver a Cedrenius, deleitarse con su estupefacción cuando advirtiera su presencia... ¿No habían hablado y soñado tanto con eso?

Por supuesto que sí. Añadió que estaban más cerca que nunca de lograr su objetivo, que no podían renunciar con el pretexto de eventuales complicaciones o porque Sundblad sostuviera que iban a perder el tiempo. Por gran abogado que fuera, no había estado con ellos en Svartnäset ni en las compañías de trabajo, no podía saber por lo que habían pasado. En consecuencia, no debían sobreestimar su opinión, aunque se preparasen para recibir una decepción: tanto el viaje como el proceso podían no conducir a nada. Finalmente, corroído por su mala conciencia y por el recuerdo de John y Harald, Georg llegó a la conclusión de que su deber era ir. Tenía que superar el miedo a mirar a Cedrenius a los ojos, sobre todo por John.

También Kerstin se cuestionaba sobre aquel desplazamiento a Karlstad, teniendo en cuenta que, de todos modos, su presencia no influiría en el curso del proceso. ¿No era mejor que Georg se concentrara en su trabajo y su futuro, en vez de viajar al otro extremo de Suecia en compañía de Axel, al que por lo demás consideraba nervioso e inestable? La fecha de la partida se aproximaba sin que Kerstin cambiara de postura. Al final, Georg perdió la paciencia.

—¡Si no condenan a Cedrenius, no tengo futuro! —bramó—. ¡No tienes ni idea de lo que tuvimos que soportar, no lo comprenderás jamás!

Era la primera vez que le levantaba la voz; su mujer se sobresaltó y se le empañaron los ojos. Georg se arrepintió al instante.

—Kerstin...

Era demasiado tarde. Ella había dado media vuelta y fue a encerrarse en el dormitorio. Georg se tumbó en el sofá y clavó la vista al frente. Se sentía solo. Ojalá Axel hubiera estado presente. Con una sencilla palabra o una sonrisa, barría de un brochazo las dudas de Georg; sin duda habría sabido convencer a Kerstin de la importancia de su viaje.

Se quedó en el salón hasta bien entrada la noche, indeciso y deseoso de reconciliarse con Kerstin. Sin embargo, no se atrevía a llamar a la puerta y correr el riesgo de despertarla. ¿Y si tenía razón, si era absurdo marcharse? Ahora ya era demasiado tarde, habían comprado los billetes de tren, reservado el hotel y, si Georg se echaba atrás, Axel jamás se lo perdonaría.

Rememoró la manera en que, pocos días atrás, su amigo había colgado el teléfono a Adrian Karlsson, después de que este le anunciara que el proceso de Karlstad no le interesaba en absoluto.

—No lo entiendo. Karlsson nunca se ha recuperado de lo sucedido en Svartnäset. Está desfigurado, come, duerme y respira con dificultad, pero no quiere ni oír hablar de ello. Se niega a ir a Karlstad y a prestar testimonio si denunciemos el caso.

Georg defendió a su camarada:

—Según Fahlgren, el rostro de Karlsson se encuentra en tan terrible estado que ninguna mujer quiere saber nada de él. Vive en casa de su anciano padre, en una pequeña granja en pleno campo. Es comprensible que, de tanto dar vueltas al pasado, no quiera sumergirse de nuevo en él.

—Es un cobarde —zanjó Axel, intransigente.

Lo cual dejó entrever a Georg cuál sería la reacción de su amigo si finalmente decidía no acompañarlo.

Llegaron al hotel Kung Carl de Karlstad un domingo por la noche, hacia las diez, tras haber cambiado dos veces de tren, en Linköping y luego en Katrineholm. Su viaje había concluido con un pequeño paseo por la ciudad, tan oscura como Malmö debido al toque de queda. Las avenidas se hallaban desiertas, a excepción de un ciclista con el que se cruzaron en una calle adoquinada.

El hotel era un antiguo edificio adornado con molduras y torrecillas. Georg se dijo que debía de estar por encima de sus posibilidades. Nunca había dormido en un hotel. Con una pizca de mala conciencia, sopesó angustiado su magro monedero. Volvió a pensar en la discusión con Kerstin; al final, no se habían reconciliado.

En recepción, el registro fue rápido. Les entregaron las llaves de dos habitaciones contiguas, situadas en el tercer piso, sin ascensor, las cuales, para gran alivio de Georg, no eran tan caras como se figuraba. Tal vez Axel había conseguido una buena oferta. También cabía la posibilidad de que las habitaciones no fueran tan caras en Karlstad como en Malmö.

Las habitaciones eran más modestas de lo que hacía presagiar la fachada: una estrecha cama, una cómoda, una silla y un minúsculo escritorio sobre el que colgaba un espejo. El cuarto de baño se hallaba en el pasillo.

La suntuosidad del hotel era una engañifa, y, al comprobarlo, Georg se

sintió más a gusto. Inspeccionó satisfecho las mantas, las sábanas almidonadas y la almohada bordada con las iniciales del establecimiento.

Sobre la mesita de noche había un vaso, una jarra y una botella de agua de Vichy. Se sentó, abrió la botella y se la sirvió. Agradeció el burbujeo del agua salada y gaseosa en su boca. En la habitación contigua, oyó que Axel ordenaba sus cosas; dudó un breve instante si hacer lo mismo, pero al final se tumbó en la cama, que chirrió bajo su peso.

Con las manos detrás de la nuca, observó las telarañas del techo. Pese a la aprensión que le producía el día siguiente, se sentía curiosamente ligero y libre. Saboreaba aquel paréntesis lejos de Malmö, y se dijo que, si un día tenía dinero suficiente, llevaría a Kerstin al hotel Adlon o al Tunneln.

Estaba a punto de adormecerse, cuando Axel llamó con los nudillos a la puerta y entró sin más ceremonias.

—¿No tienes hambre?

—Sí, pero... ¿los restaurantes no habrán cerrado ya a estas horas?

Axel se burló de su inexperiencia.

—Estamos en un hotel —dijo—, nos conseguirán tostadas y cerveza.

Era casi medianoche cuando Axel volvió a su habitación, pasablemente achispado. Georg pudo por fin acostarse y saborear la sensación de las sábanas deliciosamente recias al contacto con su piel. No obstante, justo antes de quedarse dormido, sintió que se le aceleraba el pulso al pensar en encontrarse cara a cara con Cedrenius. Tardó largo rato en calmarse, era más de la una de la madrugada cuando finalmente consiguió conciliar el sueño.

Al día siguiente, a la pálida luz de la mañana, abandonaron el hotel para dirigirse al tribunal, atravesando la ciudad cercada por las aguas. El centro urbano se encontraba en una isla situada en mitad del río Klarälven, que desembocaba en el lago Vänern, tan enorme que no era posible distinguir la

otra orilla. Aquel día las nubes estaban tan bajas que parecían sumergirse en la extensión líquida.

Provistos de un plano, recorrieron las calles adoquinadas, más estrechas y menos animadas que las de Malmö. Cuando, a las nueve, llegaron ante el tribunal, se quedaron sorprendidos al comprobar que una pequeña multitud se había concentrado ya delante del edificio. Sobre todo, soldados, pero también civiles. Una mujer de unos cincuenta años, de pelo gris, facciones muy marcadas y vestida de negro de pies a cabeza, atrajo la atención de Georg. Esperaba al pie de la escalinata, sostenida por una mujer más joven, también vestida de luto. La de más edad tenía la vista clavada en la puerta cerrada del tribunal, ante la que estaba apostado un guardia.

—Debe de ser la madre del soldado que se ahorcó —murmuró Georg a Axel, quien, tras contemplar con discreción a la mujer, asintió.

Georg contó una veintena de soldados, que formaban pequeños grupos y debían de pertenecer a la misma brigada del soldado muerto. Le sorprendió su extrema juventud, aunque a lo sumo tendrían cinco o seis años menos que él y Axel. Se preguntó si los que se habían puesto en contacto con el periódico y presentado la denuncia se encontrarían entre ellos. Le habría gustado saludarlos.

—Ahí está la prensa.

Georg siguió la mirada de su amigo y vio a tres hombres en plena conversación. Uno de ellos llevaba una cámara fotográfica en bandolera.

—Por lo visto, no han logrado deshacerse de los medios de comunicación —dijo.

—Si condenan a Cedrenius, entonces ni el ejército podrá protegerlo. Saldrá en todos los periódicos, como lo haría cualquier otro criminal...

—¿Crees que confían en que lo condenen?

Axel se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero es lo que cabe esperar.

Georg empezó a sentir un leve dolor de vientre. El rostro de Axel estaba tenso, sombrío. Guardaron silencio unos momentos. A las nueve y cuarto, dos coches se detuvieron ante la entrada del tribunal. Cuatro militares, dos de ellos oficiales, se apearon del primero. Uno de los suboficiales fue a abrir la puerta del segundo; apareció Cedrenius, seguido de otro oficial y dos policías. Un rumor recorrió a la multitud.

—Ahí está —dijo Axel, al tiempo que aferraba el brazo de Georg.

Rodeado de soldados, Cedrenius se dirigió a la entrada. No parecía que la multitud lo hubiera sorprendido.

—¿Creen que corre peligro o qué? ¿Por qué está rodeado de guardias? —murmuró su amigo.

—No ha cambiado un ápice —susurró Georg.

La mano de Axel era como una tenaza alrededor de su brazo. Cuando los soldados llegaron al pie de la escalinata, el soldado de guardia abrió las puertas. Los policías ordenaron a la muchedumbre que se apartase. La gente obedeció despacio, de mala gana.

Cedrenius pasó a menos de dos metros de Axel y Georg, y subió los escalones de cuatro en cuatro. Este último se fijó en sus ojos sombríos, la tez levemente bronceada y el cabello gris. Era como si no hubiera envejecido ni un solo día desde Svartnäset. Distinguió a Georg y Axel y su máscara de aparente serenidad se alteró por un momento. Acto seguido desapareció en el tribunal, seguido de su escolta. El guardia regresó a su puesto con el mismo aire de autoridad. El momento tan esperado había pasado, la multitud se apretujó de nuevo ante la entrada del edificio. Georg exhaló un hondo suspiro, estremecido por la proximidad de Cedrenius; sin los soldados, habría podido alcanzarlo en apenas unos pasos.

Axel seguía conteniendo la respiración. Georg liberó su brazo con

delicadeza.

—Ha terminado. Solo nos resta esperar.

Su amigo asintió de manera maquinal.

Poco después, un movimiento entre la multitud atrajo su atención; la mujer enlutada intentaba subir la escalera. La joven la retuvo. El guardia la advirtió:

—Quédese donde está. ¡Es un proceso a puerta cerrada!

La mujer, fuera de sí, apuntó el dedo en su dirección.

—Está protegiendo a un asesino. ¡A un asesino! —aulló.

Todo el mundo oyó su voz, lo cual provocó que una bandada de cornejas se refugiara en un árbol cercano. El guardia, visiblemente molesto, se dirigió de nuevo a las dos mujeres.

—Señorita, haga el favor de pedir a la señora que se calme. De lo contrario me veré obligado a solicitar refuerzos y expulsarlas.

El guardia sacó su silbato. La mujer se echó a llorar y un rumor compasivo se elevó de la multitud.

—Eso ha sido un poco excesivo, ¿no? —preguntó uno de los soldados al guardia, que no respondió.

La que debía de ser su hija condujo a la mujer llorosa a un banco algo apartado. La calma no tardó en restablecerse. Georg sentía pena por la mujer. Por un momento pensó en acercarse, en pronunciar unas palabras de consuelo, pero prefirió no destacar y renunció.

—Como ves, no somos los únicos que deseamos su condena —dijo Axel.

Transcurrieron las horas. Algunos, cansados, se marcharon; varios soldados se habían instalado en los escalones, a buena distancia del guardia. Por fin, Georg y Axel los imitaron, encendieron un cigarrillo y se pusieron a hojear el periódico para matar el tiempo e intentar, en vano, calmar su angustia.

—¿Te he dicho ya que me he puesto en contacto con otros de Svartnäset

para informarlos de la celebración del proceso? —preguntó Axel.

—Sí, varias veces —respondió Georg, con un dejo de ironía que a su amigo le pasó por alto.

—Esperaba que algunos acudieran, pero no, por lo visto estaban muy ocupados.

—No hay nada raro en ello —dijo Georg, mientras pasaba, sin leer una palabra, las páginas del diario local—. No todo el mundo puede permitirse el lujo de tomarse un permiso en mitad de la semana.

—Aun así —insistió Axel—. Puedo comprender que Peter y Erik no puedan venir, están muy atareados. Pero Fahlgren y Karlsson están en el paro, tienen todo el tiempo a su disposición. Me siento muy decepcionado.

Georg suspiró. No era la primera vez que sostenían esta conversación.

—Norrland queda lejos de aquí. Tal vez carezcan de medios.

—Cuanto más seamos, más fuertes seremos.

—Sin duda. Pero ya verás, si denunciemos a Cedrenius a la justicia, nos apoyarán. Al menos Fahlgren.

—No estoy tan seguro. La gente es cobarde.

Al mediodía comieron tostadas. Hacía buen tiempo, un viento suave — diferente del de Malmö, frío y cortante— les acariciaba el rostro y acarreaba un olor a gasógeno y a gravilla recalentada al sol. El césped del parque estaba cubierto de hojas que anunciaban el otoño. Cuando terminaron de comer, Georg se quitó la chaqueta y se remangó. Pensó en Kerstin, a la que echaba de menos, y después, con una pizca de angustia, en lo que estaba en juego, en aquel mismo momento, dentro del edificio. ¿Qué pasaría si Cedrenius era absuelto? No sabía gran cosa del soldado que se había suicidado, aparte de su nombre, Bertil Holm, y su edad, diecinueve años. Como Harald en Svartnäset, debía de ser una persona especialmente frágil, por eso Cedrenius

se había ensañado con él. Sundblad les había relatado ciertas acusaciones presentadas contra el sargento mayor: al parecer había hecho uso del látigo para castigarlo.

Axel seguía dando vueltas a las mismas teorías que ya había formulado numerosas veces en el Gyllene Ankaret.

—Cedrenius era consciente de que, después de Svartnäset, debía adoptar un perfil bajo. Aunque consiguió que pagáramos el pato, a todas luces le resultó mucho más difícil explicar el asesinato de John. Por lo tanto, se retiró, oficialmente «por motivos de salud», durante los seis meses posteriores a Svartnäset. Cuando reapareció en Värmland, nuestro motín ya quedaba lejos. Y hete aquí que, no contento con reemprender sus actividades, lo ascienden a sargento mayor. Sin duda se hallaba convencido de que estaba a salvo, pero yo tenía la certeza, la absoluta certeza, de que acabaría por dar un paso en falso.

Georg le dio la razón. Cedrenius creía que podría parapetarse tras su inmunidad. En parte, no dejaba de tener razón: ya había escapado a la justicia pese a haberse producido un asesinato, en relación con el cual el ejército había cerrado los ojos, pero obviamente no había previsto que un puñado de simples soldados osarían denunciarlo a la justicia tras el suicidio de Bertil Holm.

El sol empezaba a declinar, despedía sus últimos rayos. Soldados y civiles entraban y salían del tribunal. A las tres de la tarde permitieron la entrada a algunos soldados que esperaban con paciencia en los escalones. No los vieron reaparecer.

Hacia las cinco, un Mercedes se detuvo delante del tribunal y un teniente coronel de unos cincuenta años y porte altivo, condecorado con numerosas

medallas, se apeó de él. La multitud lo siguió en silencio con la mirada. Las puertas del edificio volvieron a cerrarse a su espalda.

—Mierda —se lamentó Axel—, debe de ser uno de los testigos de descargo.

Acto seguido anunció que tenía algo que hacer y que se ausentaba unos cinco minutos.

—¿Algo?

—Sí. Vuelvo enseguida.

Sin embargo, tardó en volver. A las seis, las puertas del tribunal se abrieron y numerosas personas salieron por ella. Georg comprendió que la audiencia había concluido y que el proceso se reanudaría al día siguiente. La multitud se fue dispersando poco a poco. Georg estaba solo delante del edificio cuando, un cuarto de hora más tarde, Axel reapareció, con la camisa por fuera de los pantalones y apestando a alcohol.

—¿Me he perdido algo?

Georg se levantó con brusquedad.

—¿Sabes que empiezas a hartarme? ¿No puedes abstenerte, siquiera un día?

Echó a andar sin esperar a Axel. Pero no tardó en calmarse; su cólera no iba dirigida contra él, sino contra aquel teniente coronel cargado de medallas y cuantos seguían protegiendo a Cedrenius.

Se detuvo y esperó a su amigo.

—Perdóname, me he dejado llevar por la cólera. Tengo un mal presentimiento.

—Siempre tan pesimista —comentó Axel.

Recorrieron el trayecto de regreso al hotel sin decir una sola palabra.

Al día siguiente se repitieron las escenas de la víspera. Las dos mujeres de

luto estaban instaladas en su banco, con un termo y una fiambarrera; algunos soldados, no tan numerosos esta vez, se habían congregado en pequeños grupos al pie de la escalinata, y solo se hallaban presentes dos periodistas. Poco antes del mediodía, dos oficiales, uno de ellos un subteniente, penetraron en el edificio.

De nuevo tuvieron que hacer acopio de paciencia. A primera hora de la tarde, las nubes oscurecieron el cielo y el aire refrescó. Georg, con el cuerpo dolorido, tenía la impresión de llevar sentado ante el tribunal una eternidad, con aquel mal presentimiento en la boca del estómago. También los soldados parecían estar en guardia, y hablaban en voz baja. Varias horas después, buen número de ellos se levantaron y partieron.

Axel tenía resaca. Miraba al vacío, con un periódico abierto en el regazo. De vez en cuando, indiferente a las miradas de los demás, sacaba la petaca del bolsillo y daba unos sorbos. Georg no hacía ningún comentario. Solo esperaba que su amigo no desapareciera en algún bar. Algunos soldados salieron del edificio y se sumaron a los que esperaban con aire sombrío. Georg aguzó el oído para captar retazos de su conversación, mas en vano. Como había tomado al menos medio litro de café durante el desayuno, fue a aliviarse a los servicios públicos situados en el parque cercano. Concluida la tarea, se miró fugazmente en el espejo y se atusó el cabello. Se preguntó si Cedrenius lo habría reconocido: tanto Axel como él habían cambiado desde Svartnäset. Por fin, renunció a seguir especulando, jamás sabría lo que pasaba tras la mirada de acero de aquel hombre. Se estaba limpiando las manos, cuando dos de los soldados que había visto salir del tribunal entraron en los servicios.

—No vale la pena. No creo que hayamos... —dijo uno, antes de interrumpirse.

Acababa de reparar en la presencia de Georg. Este se quedó preocupado

por la frase inconclusa del soldado y confió en haberla malinterpretado: ¿se trataba de una alusión al proceso?

Se rezagó expresamente. Al cabo, los dos soldados fueron a lavarse las manos y se situaron a su lado en silencio. Estaban saliendo de los servicios, cuando se atrevió a dirigirles la palabra.

—¡Perdonad!

Los dos jóvenes soldados se detuvieron y lo miraron con desconfianza.

—Perdonad, solo quería saber... cómo va la cosa ahí dentro...

Cambiaron una mirada de complicidad.

—¿Cuál es tu interés en todo esto? —preguntó uno, con acento de Dalecarlia.

Georg sonrió con timidez.

—Espero desde ayer por la mañana. Y tengo motivos para seguir este proceso.

—¿Eres periodista? —inquirió el otro, con acento de Estocolmo.

—No. Hace años me movilizaron, como a vosotros. Tuve que vérmelas con Cedrenius en Norrland.

Durante un breve instante, los dos soldados lo observaron en silencio. De repente, Georg les mostró sus manos deformes.

—Podéis constatarlo con vuestros propios ojos. Además, perdí a dos amigos allí por su culpa. De ahí mi interés en verlo condenado.

Uno de los soldados se le acercó. Pero el otro dijo:

—Lo entiendo. Por desgracia, no tenemos derecho a decir nada sobre el proceso hasta que haya terminado.

—Por supuesto... Pero ¿podrías decirme al menos cuánto creéis que va a durar? Tengo que irme mañana y no querría perderme el veredicto.

—No lo sabemos, pero no creo que se eternice.

El otro soldado añadió:

—Cedrenius tiene muchos contactos. Personas poderosas.

Georg comprendía muy bien la situación. Les dio las gracias y los vio subir la escalera a toda prisa.

En aquel momento estaba casi seguro de que Cedrenius saldría absuelto. Así se lo habían dado a entender los dos soldados. En el momento en que había visto bajar de su Mercedes al teniente coronel, había tenido la certeza: aquel proceso no era más que un simulacro, un procedimiento simbólico que Cedrenius aceptaba tanto más fácilmente cuanto que conocía de antemano el resultado. La confianza que había traslucido la víspera así lo hacía entrever.

Folke Sundblad se lo había advertido: no debían alimentar excesivas esperanzas. Los dos soldados lo confirmaban, a todas luces resultaba casi imposible demostrar que Cedrenius era responsable de la muerte de Bertil Holm. Habrían tenido que pillarlo in fraganti, cuando le pasaba la cuerda alrededor del cuello. Y, para colmo, sin duda el tal Holm tenía tendencias izquierdistas.

Georg se dirigió con lentitud hacia el tribunal. Echó una ojeada furtiva a las dos mujeres instaladas bajo el castaño y a los soldados que fumaban y charlaban en los escalones. Pronto se reunirían con su brigada, y la madre de Bertil Holm, tras días de espera en aquel incómodo banco, tendría que recoger el termo, las tostadas y volver a casa con el rabo entre piernas, para encontrar en ella el cruel recuerdo de su hijo muerto y el vacío que dejaba su desaparición.

Se sentó al lado de Axel e intentó sustraerse a tan sombríos pensamientos. Por lo visto, el testimonio de un oficial prestigioso pesaba más que el de los simples soldados que describían humillaciones, acoso y abuso de poder; los oficiales se protegían entre sí, era el orden natural de las cosas. Por eso, a gente como Cedrenius jamás la declaraban culpable.

Pensó en repetir las palabras de los soldados a Axel. Sin embargo, se abstuvo, su amigo era frágil y, en situaciones adversas, propenso a entregarse al alcohol. Esperaría, con el deseo de que los soldados se hubieran equivocado.

Eran las cinco de la tarde, el sol desaparecía detrás de los árboles. Al día siguiente regresarían a Malmö. Georg se sentía aliviado, estaba un tanto cansado de esperar. Habían visto a Cedrenius, y Cedrenius los había visto a ellos, tal como estaba previsto. Sabía que corrían el riesgo de perderse el veredicto, pero así eran las cosas.

—Si mañana no han terminado, yo no volveré a Malmö —dijo de repente Axel—. Quiero estar aquí cuando anuncien el veredicto.

—Pero... ¿y *Facklan*?

—Liselott y Tage tomarán el relevo. Además, he dejado escritos mis artículos.

—Pero... ni Liselott ni Tage saben manejar la rotativa.

—Vete tú si quieres. Yo me quedo.

Georg se sintió contrariado. No le gustaba la idea de dejar plantados a los colegas de *Facklan*, y todavía menos a Kerstin. Además, Axel había prometido que regresarían juntos.

—Mira —exclamó su amigo, y señaló con el dedo en dirección al parque.

Un hombre se dirigía hacia ellos. Llevaba un abrigo militar y unas pesadas botas. A medida que se aproximaba, comprobaron que estaba parcialmente desfigurado: tenía la nariz rota y una larga cicatriz escarlata le recorría el rostro desde la mejilla hasta el mentón.

—Adrian Karlsson. No me lo puedo creer —murmuró Axel.

Fueron a su encuentro y le estrecharon la mano.

—Así que volvemos a encontrarnos —dijo Karlsson.

Había perdido los dientes delanteros, pero su voz no había cambiado. Y siempre con aquel pronunciado acento de Norrland, que al final se le había contagiado a Georg.

Se instalaron en la escalinata del tribunal. Axel dedicó una amplia sonrisa al recién llegado. Las personas que los rodeaban los miraron con curiosidad.

—¡Estoy tan contento de verte! ¡No me lo esperaba, me dijiste que no querías ni oír hablar de Cedrenius!

Karlsson les sonrió lo mejor que pudo. Su rostro estaba realmente maltrecho, y por el brillo desafiante de sus ojos, pudieron constatar que era muy consciente del efecto que producía.

—Cambié de opinión.

—¿Por qué vas de uniforme? Ni siquiera fuiste movilizado —quiso saber Georg.

—No, es en memoria de los buenos tiempos. Y para que me reconozca. Por lo visto, he perdido parte de mi belleza juvenil.

Axel rio.

—Todos hemos conocido tiempos mejores. En todo caso, no te has perdido nada. Hemos esperado todo el día. Es difícil saber cuánto tiempo más puede durar esto.

—Vosotros, la gente del sur, no tenéis paciencia. Cada cosa a su tiempo.

Le costaba articular. Tenía la boca como hundida. Georg se preguntó por qué no utilizaba una prótesis dental.

—En todo caso, es un placer volver a verte. De ese modo esperaremos juntos.

Karlsson contó que, después de Svartnäset, se había pasado casi dos meses en el hospital. Los médicos eran unos auténticos inútiles, unos chapuceros. Ya no podía respirar por la nariz, todavía aplastada; la mandíbula, que habían

reparado con alambre, había cicatrizado mal, y ni siquiera habían intentado salvarle el pómulos reventado.

—Unos auténticos charlatanes, os lo digo yo. Como para ellos no era más que un miserable criminal, un subordinado, me dejaron tirado.

—¿Y qué pasó después? ¿Te trasladaron a otra compañía de trabajo? —inquirió Georg.

—No. Tal vez se dijeron que ya había pagado bastante, y puedo asegurarnos que así es. De hecho, lo pago todos los días, cuando me contemplo en el espejo y cada vez que me miran.

Karlsson se sumió en el mutismo, limitándose a responder brevemente a sus preguntas, como si contar lo que le había sucedido hubiera acabado con sus fuerzas. Consiguieron averiguar que vivía en la vieja granja de sus padres, que estaba en el paro y que había perdido todo contacto con los demás reclutas de Svartnäset, incluido Sven Fahlgren. Cuando le preguntaron qué hacía toda la jornada, respondió lacónico: «Nada.»

Se sentían dichosos de haberse reunido después de tanto tiempo, pero la conversación no tardó en agotarse y guardaron silencio.

—¿En qué hotel te hospedas? —preguntó Axel al cabo de un rato.

—¿Por qué lo preguntas? —repuso Karlsson, desconfiado.

—Solo por saberlo. Nosotros nos alojamos en el hotel Kung Carl, al lado de la estación; no está mal. Si no has encontrado nada todavía, te lo recomiendo.

—No necesito hotel.

—¿Ah, no? En todo caso, esta noche pensábamos salir a tomar una copa. ¿Quieres venir?

—Tengo otros planes.

Axel y Georg cambiaron una mirada furtiva. Era evidente que Karlsson

tenía motivos personales para estar allí, en Karlstad, y no pensaba revelarlos. Su pasado común no contaba tanto como habían imaginado.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —insistió Axel.

Karlsson tampoco respondió a esa pregunta. Estiró las piernas; llevaba unos pantalones manchados de barro y deshilachados, tal vez los que usaba en Svartnäset, se dijo Georg.

—Quiero verlo, eso es todo —cortó Karlsson.

—De acuerdo, de acuerdo, no te pongas nervioso —lo apaciguó Axel.

El día declinaba. Las puertas del tribunal habían permanecido cerradas toda la tarde. Parecía improbable que hubiera un veredicto aquel día. Georg tenía frío y estaba impaciente por regresar al hotel, llamar a Kerstin, oír su voz y decirle que la echaba de menos.

Karlsson les preguntó si habían podido ver a Cedrenius.

—Sí —confirmó Axel—. No ha cambiado.

—No —admitió Karlsson—, es todavía peor que antes.

Parecía tan seguro de sí que Axel y Georg se interrogaron con la mirada.

—Esa clase de gente no mejora con el tiempo —añadió su camarada.

—No cabe duda de que tienes razón —dijo Georg—, pero por desgracia... No es que sepa gran cosa. He sorprendido la conversación de dos soldados que han prestado testimonio. Al parecer no se hacen demasiadas ilusiones.

—Oh, vaya —exclamó Axel—, ¿cuándo has oído eso?

—Hace un rato.

—Mierda.

—Lo van a absolver, es evidente. ¿Qué esperabais?

Georg y Axel, atónitos, no respondieron.

Eran casi las seis cuando se abrieron las puertas del tribunal. Salió un soldado, con el rostro pálido y serio. Se reunió con sus camaradas, que se

apretujaron a su alrededor y lo acribillaron a preguntas. Georg, Axel y Karlsson no lograron captar sus respuestas.

Tres oficiales, los que habían escoltado a Cedrenius hasta el tribunal dos días atrás, los siguieron. Ahora parecían más relajados. El subteniente dijo algo al sargento, quien asintió sonriente. Descendieron la escalinata despacio y, cuando uno de los periodistas —que se había pasado el día dormitando con el sombrero sobre la cara— se precipitó hacia el subteniente, este respondió con amabilidad a sus preguntas. Georg sentía una aversión visceral hacia aquel oficial.

—Es un veredicto justo y responsable —dijo el subteniente—. Lo que es bueno para el ejército es bueno para Suecia. Estamos en guerra. Rumores y calumnias minan la moral del país.

Mientras el periodista tomaba notas, salieron del tribunal dos soldados, dos tenientes, un policía y algunos civiles. Los siguió el teniente coronel, en plena conversación con un oficial de policía de cierta edad, tocado con un casco negro y un uniforme del mismo color.

Georg vio de reojo que la mujer de negro y su hija abandonaban el banco y se dirigían hacia el subteniente, cuya sonrisa satisfecha desapareció.

—Lo han absuelto —murmuró Axel.

—Ya os lo había dicho —insistió Karlsson—. Menos mal que estoy aquí, sabía que vosotros no lo conseguiríais.

Se disponían a pedirle explicaciones, cuando de pronto la madre de Bertil Holm exclamó:

—¡Dígamelo! Se trata de mi hijo —exigió, mientras se aferraba al brazo del subteniente.

Este, molesto, se volvió hacia el sargento, que se encogió de hombros.

—Se lo ruego —dijo despacio el oficial, al tiempo que se soltaba—, no estoy facultado para...

De repente, la mujer se quedó muda. Una silueta acababa de aparecer por la puerta del tribunal. Cedrenius. Contempló un momento a la multitud y empezó a bajar la escalinata. El teniente coronel fue a su encuentro, le estrechó la mano y deslizó algunos comentarios a propósito de la histeria de las dos mujeres.

Cedrenius asintió sin escucharlo, mientras escrutaba a la muchedumbre, y su mirada se demoró un instante en Axel, Georg y Karlsson, antes de volverse de nuevo hacia el teniente coronel.

La madre de Bertil Holm se disponía a subir los peldaños. Su hija y el subteniente trataron de impedirselo.

—¡Soltadme! Quiero mirarlo a los ojos —dijo mientras intentaba liberarse.

—Alguien debe intervenir antes de que cometa una tontería —murmuró Karlsson.

Acto seguido se dirigió a la escalinata, apartando a empujones a la gente, incluido el sorprendido reportero. Llegó a la altura del pequeño grupo.

—Pero ¿qué hace? —susurró Axel.

—No tengo ni idea —respondió Georg.

—Impida a su madre que siga avanzando —dijo Karlsson.

Karlsson se volvió hacia Cedrenius y se sacó un revólver del bolsillo. Sonaron tres disparos. Petrificado, el sargento mayor bajó los ojos hacia su pecho, donde se habían formado tres círculos rojos, similares a tres amapolas en plena floración. Tras vacilar, se derrumbó en los escalones.

La sangre había salpicado a la hermana de Bertil Holm, que estaba al lado de Cedrenius. Vibró el silbato del guardia, seguido de ruido de botas. Cedrenius, de rodillas, empezó a hipar. Brotaba sangre de su boca a intervalos regulares. Algunas personas que se habían quedado cerca se apartaron, otras prestaron ayuda al sargento mayor.

Varios policías surgieron del tribunal y formaron a toda prisa un cordón alrededor de Cedrenius, al tiempo que bramaban órdenes incomprensibles. Cedrenius tendió los brazos hacia Karlsson, que no se movía, contemplando con tristeza a su adversario. Cuando llegaron los policías, levantó las manos. Le arrancaron el arma y lo esposaron sin que ofreciera la menor resistencia. El sargento mayor se inclinó un poco más y cayó sentado en el suelo, respirando con dificultad.

—¡Una ambulancia! ¡Llamen a una ambulancia, mierda! —aulló el teniente coronel.

Una pequeña burbuja de aire se formó entre los labios de Cedrenius y sus ojos se cerraron. Minutos después se oyeron sirenas que anunciaban la llegada de una ambulancia y una comitiva de coches de policía. En el mismo instante, Cedrenius se desplomó cuan largo era.

Los sanitarios se abrieron paso hacia él. Tras tomarle el pulso y comprobar si todavía respiraba, menearon la cabeza.

—Ha muerto —susurró un soldado que estaba de pie detrás de Georg.

Vieron como Cedrenius desaparecía en el interior de la ambulancia.

Ya se habían llevado a Karlsson. Apenas partida la ambulancia, los policías empezaron a reunir a la multitud con malos modos. Muchos fueron trasladados de inmediato a comisaría para prestar declaración. Georg buscó con la mirada, en vano, a la madre y la hermana de Bertil Holm, así como a Axel. No dejaba de repetirse estas palabras: Cedrenius ha muerto.

—Es ese. ¡Lo he visto hablar con el asesino!

Se volvió. El guardia lo señalaba con el dedo. Al instante, dos policías lo rodearon y lo registraron sin miramientos. Aturdido, presa de una sensación de ahogo que lo hizo retroceder en el tiempo, incapaz tanto de protestar como de moverse, fue arrastrado a un furgón policial.

En la cárcel uno no tarda en perder la noción del tiempo. La celda de Georg no tenía ventana. Le habían quitado el reloj, así como los cordones de los zapatos y el cinturón. De vez en cuando se abría la mirilla; entonces, desde el banco, sólidamente sujeto a la pared, en el que estaba tumbado, veía aparecer un par de ojos. La lámpara del techo no se apagaba nunca y, cada vez que Georg se escondía bajo la manta, el guardia le bramaba insultos.

Había sido sometido a interminables interrogatorios, tuvo que permanecer durante horas en una habitación desnuda y fría donde dos policías —nunca los mismos pero siempre en pareja— lo sometían al tercer grado. Sabían que conocía a Karlsson: varios testigos lo habían visto hablar con él una hora antes del asesinato de Cedrenius. Querían que les dijera por qué motivo se encontraba en Karlstad, por qué se había dirigido al tribunal, por qué estaba interesado en el proceso de Cedrenius y qué veredicto esperaba.

No tardaron en informarse sobre su pasado, lo cual agravó las sospechas que alimentaban hacia él. ¿Por qué lo habían internado? ¿Por qué trabajaba para el periódico de izquierdas *Facklan*? ¿Hasta qué punto era cómplice de Karlsson?

También Axel había sido detenido, pero los interrogaban por separado, con el fin de que no amañaran sus respuestas. Ya desde la primera noche, a Georg lo despertaban para someterlo a un fuego cruzado de preguntas, en esencia las

mismas, salvo algunas perniciosas variaciones. No tardó en hacerse un lío, y sus respuestas parecían cada vez menos coherentes.

¿Cuántos días podían tenerte preso sin estar oficialmente inculcado?, se preguntaba, ¿dos días, más? Le prohibieron llamar a Kerstin. Sin duda estaría preocupada por él. Ya debería haber vuelto.

Su maleta seguía en el hotel, pero el personal, al ignorar la suerte que había corrido Georg, no podría informar a Kerstin si telefoneaba.

Cedrenius había muerto. Georg no se sentía ni aliviado ni feliz. Tan solo atónito, dominado, en su reclusión, por una sensación de irrealidad que se acentuaba a medida que transcurrían las horas. Revivía los acontecimientos de Svartnäset y volvía a ver la celda donde lo habían encerrado después del motín. Solo estaba en contacto con los guardias y los policías, que se empeñaban en intentar arrancarle confesiones.

No había cesado de proclamar su inocencia, tal como había hecho en Norrbotten varios años atrás. Sin embargo, en cada ocasión sus palabras se iban vaciando más de sustancia. La pequeña celda húmeda en que se encontraba lo reenviaba a su sueño recurrente de ser enterrado en vida. Entonces despertaba bañado en sudor, en un tris de darse cabezazos contra la pared para librarse de aquel terror.

Dejó de alimentarse. ¿Esta vez todo estaba perdido?, ¿todo aquello por lo que había luchado desde su regreso? ¿Perdería su trabajo?, ¿a Kerstin? ¿Lo condenarían de nuevo pese a ser inocente? Desconfiaba de los policías como de la peste; no eran más que los engranajes de un sistema del que él ya estaba excluido.

Calculó que debía de ser jueves. Si tal era el caso, se había perdido la impresión de *Facklan*. Llevaba dos días en la cárcel, pero se consolaba diciéndose que sin duda Liselott y Tage habrían llamado a Jonsson para que

les echara una mano. Esperaba sobre todo que hubieran recabado la ayuda de Folke Sundblad, aunque tal vez este tampoco podría hacer nada contra la maquinaria del poder.

Cuando la angustia resultaba insoportable, se golpeaba los muslos hasta que sentía la sangre circular bajo la epidermis. Debería haber hecho caso a Kerstin y no acudir a Karlstad.

Un interrogatorio más, el segundo de aquel día, en la pequeña habitación de paredes blancas, amueblada con tres sillas, dos de las cuales estaban ocupadas por policías a los que ya conocía. Uno de ellos, un hombre delgado pero barrigudo de unos cuarenta años, era por lo visto comisario; el otro, más joven, de cabeza afeitada, tomaba nota del interrogatorio.

El comisario, que respondía al nombre de Wihlborg, invitó a Georg a sentarse y le ofreció un cigarrillo y café. Este aceptó. Al fin y al cabo, no lo comprometía a nada.

—¿Puedo llamar a mi mujer?

—Eso depende.

—¿Depende de qué?

—De sus respuestas. De su nivel de cooperación. Si nos ayuda, podrá telefonar y recibir visitas. Podrá salir de su celda una hora al día, como los demás detenidos, leer el periódico y, si lo desea, escuchar la radio.

—¿Estoy inculpado?

—De momento, no.

—No estoy inculpado ni condenado. Por tanto, no soy un detenido, solo me están interrogando.

—Esa actitud no juega en su favor, señor Lindkvist.

A Georg le picaba el cuero cabelludo. No había podido lavarse desde que llegó. Tal vez la manta estuviera infestada de pulgas. Wihlborg lo observaba

en silencio. ¿Era consciente de su estado? ¿Confiaba en que se derrumbara, que llegara a un compromiso para salir de su celda? Debía aguantar a toda costa, no dejarse manipular. Dio un sorbo al café tibio.

—Es una mera constatación.

—No queremos retenerlo más de lo necesario. Solo necesitamos algunas aclaraciones. Ese periódico en el que trabaja, *Facklan*. ¿De qué tipo de publicación se trata?

—Ya se lo he dicho. Está destinado a todo el mundo, pero en especial a los obreros. Trata sobre cuestiones locales.

—Es un periódico comunista, ¿verdad?

—No, es un periódico de izquierdas.

—¿Y cuál es la diferencia?

—*Facklan* no es el portavoz de ningún partido político. Es un periódico de izquierdas, independiente. No tiene nada de ilegal.

Los dos policías cambiaron una mirada de complicidad.

—¿Cuánto tiempo pasó en las compañías de trabajo?

—Casi tres años. Ya se lo dije.

—También dijo que no era comunista. No obstante, las compañías de trabajo fueron creadas para aislar a los activistas comunistas, y demás elementos nocivos, del resto de la población, en especial de la población militar. ¿Por qué estuvo internado tanto tiempo?

—La verdad, lo ignoro. Cuando un campo cerraba, me trasladaban sistemáticamente a otro.

—¿Y si le digo que el difunto Cedrenius, su antiguo oficial al mando, era el responsable de sus traslados?

Georg lo miró estupefacto.

—No lo sabía.

—Pero lo había adivinado, ¿no? ¿Quién, si no? ¿No se convirtieron, usted

y otros obstinados, en sus enemigos jurados tras el motín que fomentaron en Svartnäset? ¿Quién sino Cedrenius tendría interés en saberlo encerrado?

Georg había sospechado que Cedrenius estaba detrás de todo aquello, pero nunca lo había sabido con certeza. Sin duda el capitán habría utilizado sus contactos y su gran fuerza de persuasión para lograrlo.

—¿Pero eso es completamente ilegal! ¿Cómo pudo saltarse la ley?

—Las compañías fueron creadas por los militares y no tienen nada de legal. En tiempos de guerra, a veces es preciso saltarse la ley. ¿Sabe lo que creo? Creo que usted, Axel Böcklin y Adrian Karlsson decidieron vengarse de Cedrenius. Se dan cita aquí, en Karlstad. Uno de ustedes se procura el arma del crimen, y lo planifican todo juntos. Tal vez se jugaron a suertes quién lo haría, a menos que Karlsson se presentara voluntario.

—¿Eso es falso! No teníamos la menor idea de lo que tramaba Karlsson, ni yo ni Axel. ¡Ni siquiera sabíamos que vendría!

—Tres antiguos soldados de Svartnäset, cada uno con un buen motivo para desear la piel de Cedrenius, se reencuentran en el lugar del proceso. Uno de ellos le dispara. Hay testigos que los vieron hablar largo y tendido con Karlsson justo antes del asesinato. Me parece poco probable que no tuvieran la menor idea de sus intenciones. Son viejos amigos. Y Karlsson los ayudó a organizar el motín de Svartnäset.

—Eso es verdad —admitió Georg, aturdido—, pero fue hace cuatro años. No tuve ningún contacto con él después de eso.

—Pero sí Böcklin.

—Sí, una o dos veces, me parece, pero se trataba de conversaciones muy breves, en el curso de las cuales Karlsson no manifestó por nosotros el menor interés. Ni por nosotros, ni por Cedrenius.

—Nos está haciendo perder el tiempo, Lindkvist. Su amigo ya lo ha confesado todo.

—¿Karlsson?

—No, Böcklin, el redactor de ese periodicucho para el que trabaja. Ha admitido que los tres planificaron el asesinato, y que estaba previsto que fuera Karlsson quien hiciera el trabajo sucio.

—Eso es imposible —murmuró Georg—, ¡no hay nada que confesar!

De pronto se levantó y gritó el nombre de Axel. Uno de los dos policías se precipitó hacia él y le ordenó que volviera a sentarse y guardara silencio. Georg perdió el conocimiento. Cuando despertó, se hallaba de nuevo en su celda. Tenía el rostro y la camisa empapados; tal vez le habían echado agua en la cara para despertarlo. Recordó lo que habían dicho los policías a propósito de Axel y sus palabras le produjeron el efecto de un puñetazo en el estómago. Se hizo un ovillo contra la pared y, saltándose las normas, se ocultó bajo la manta; quería desaparecer.

Lo dejaron en paz unas horas y, para su gran sorpresa, lo autorizaron a hacer una llamada telefónica. Intentó ponerse en contacto con Kerstin, pero no hubo respuesta. Entonces le dieron permiso para llamar a Greta, a la que relató brevemente lo sucedido y pidió que se pusiera en contacto con su mujer para decirle que estaba bien, que no debía preocuparse.

Lo soltaron al día siguiente. Firmó un formulario, le devolvieron la ropa y lo conminaron a mantenerse a disposición de la policía.

Axel lo esperaba delante de la prefectura, con un cigarrillo en los labios, el rostro contusionado, el cabello sucio y la ropa arrugada.

—¿Consiguieron hacerte confesar que estamos relacionados con el asesinato? —preguntó Georg.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas?

Axel le tiró del brazo.

—Ven, no nos quedemos aquí. Vamos a buscar nuestras pertenencias al hotel y volvamos a casa.

Camino del hotel, Axel le contó que había telefoneado a Folke Sundblad la víspera. Era él quien había conseguido su libertad, con la ayuda de las confesiones de Karlsson, quien los dejaba fuera de toda sospecha.

Tomaron el último tren a Göteborg. Georg se sentía tan aliviado que apenas acusaba la fatiga.

—Creía que lo teníamos crudo. Sobre todo cuando me dijeron que habías confesado.

—Me dijeron lo mismo respecto a ti. Pero yo sabía que esos tipos se estaban marcando un farol y que ya llevábamos demasiado tiempo retenidos. Telefoneé a Folke Sundblad en cuanto me fue posible.

—Gracias a Dios. No sé cuánto tiempo más habría aguantado en aquella celda. Tenía miedo de decirles lo que querían oír solo para poder salir de allí.

—Te habrían metido en la cárcel *illico presto*.

—Lo sé. Pero ya no tenía las ideas claras.

Axel sacó una pequeña botella de aquavit de su bolsa. Bebió a morro antes de ofrecérsela a Georg, quien vaciló un instante antes de acabar dando un trago. No estaba bueno, pero al menos resultaba estimulante.

—¿Dónde lo has comprado?

—En el hotel, por una fortuna.

—Ya me lo imagino...

Acabada la botella, Axel la tiró por la ventana.

—Pero ¿qué haces? —lo reprendió Georg—. Habrías podido..., no sé..., ¡matar a una vaca!

Se miraron un instante y se echaron a reír. Georg tenía una agradable sensación de embriaguez, reforzada por el hecho de no haber comido nada durante los últimos días.

—Cedrenius ha muerto —dijo de repente Axel, muy serio—. ¿Qué

hacemos ahora? Por mi parte, en cuanto llegue me emborracharé. Después, no tengo ni idea.

Llegaron a Malmö al mediodía del día siguiente, tras haber esperado al amanecer en la estación de Göteborg. Se despidieron en la plaza Gustav Adolf. Axel anunció que iba a tomar una copa a la cervecería Lugnet. A Georg lo sorprendió que no pareciera preocupado por *Facklan*, ni por Liselott y Tage, que los esperaban desde hacía un montón de tiempo.

—Yo iré al periódico un poco más tarde —dijo.

—Como quieras.

Georg vio desaparecer a su amigo por la esquina de Engelbrektskatan. Con un suspiro, recogió la mochila y se dirigió a su casa.

No esperaba encontrar a Kerstin en el piso, y todavía menos que se arrojara en sus brazos. No obstante, al cabo de un momento lo rechazó y le lanzó una mirada cargada de reproches. Su rostro estaba enrojecido por el llanto.

—¿Te has vuelto completamente loco? ¿Has visto las noticias? —explotó.

La siguió a la sala de estar. Sobre el sofá había un montón de periódicos. El asesinato de Cedrenius aparecía en primera plana del *Arbetet* del miércoles. Hablaban largo y tendido de Cedrenius, de su carrera, de los entresijos del proceso de Karlstad y de Adrian Karlsson, que ya había sido declarado culpable. Un artículo mencionaba el período en que este se encontraba en Svartnäset. El autor se preguntaba si había tenido cómplices:

Según Adrian Karlsson, el sargento mayor Robert Cedrenius, a la sazón capitán, habría expuesto a los reclutas de Svartnäset en numerosas ocasiones a peligros inútiles en el curso del invierno 1939-1940. Al parecer, su incompetencia y su crueldad provocaron graves accidentes, e incluso

fallecimientos, entre los soldados que, en el mes de marzo de 1940, decidieron rebelarse contra su jerarquía. Las protestas, al principio no violentas, degeneraron al final, culminando en un atentado contra la integridad física de Cedrenius. Siempre según Adrian Karlsson, el capitán habría disparado sobre un soldado desarmado, provocando la muerte de este. El testimonio de un asesino siempre es relativo. Sin embargo, su informe sobre los actos de Robert Cedrenius en Svartnäset presenta numerosas concomitancias con los hechos reprochados al sargento mayor en Värmland, por los cuales comparecía esta semana.

—Increíble —dijo Georg, una vez concluida la lectura—. ¡No imaginaba que la prensa hablaría de ello, y mucho menos *Arbetet*!

Mientras hojeaba los periódicos, se sintió aliviado al comprobar que la noticia había sido relegada enseguida al rango de suceso, y que la hipótesis sobre la presencia de presuntos cómplices no había sido divulgada.

—Estaba muerta de preocupación —prosiguió Kerstin—. ¡El mismo día en que debías volver, me entero por los periódicos de lo sucedido en Karlstad! Y cuando llamo a tu hotel, me informan de que no has pasado la noche allí. Sabiendo que detestabas al tal Cedrenius, pensé...

No terminó la frase.

—¿De verdad creías que había participado en su asesinato? —exclamó Georg.

—¡Pues claro! ¡Estaba convencida de que habíais montado el golpe entre los tres! Repetíais sin cesar que Cedrenius debía pagar por sus crímenes. Me persuadí de que ibas a ser condenado a cadena perpetua, y que una vez más me encontraría sola.

Georg intentó cogerle la mano, pero ella lo rechazó.

—Jamás habría hecho tal cosa. Jamás habría puesto en peligro nuestro

futuro. ¿Por quién me tomas?

Kerstin acabó por calmarse y Georg pudo tomarla en sus brazos. Le habría gustado que la prensa se extendiera un poco más sobre los extravíos de Cedrenius. Durante algunos días, los periodistas habían dado vueltas y más vueltas al «infame y cobarde asesinato de un oficial», divulgando muy por encima las declaraciones de Karlsson respecto a los atropellos de Svartnäset. Pronto otros acontecimientos ocuparían la primera plana, y lo sucedido en 1940 sería enterrado definitivamente.

Kerstin fue en busca de un trozo de papel garabateado al lado del teléfono y se lo dio.

—No soy la única que te creyó implicado. Una tal Helena Åkesson ha llamado varias veces. Tiene muchas ganas de verte. ¿Es la mujer de John?

Georg asintió.

—¿La conoces?

—No. Me escribió este verano para que nos viéramos. Decliné la invitación, estaba muy ocupado.

—¿Crees que ha insistido tanto a causa de Karlstad?

—Lo ignoro. Por lo visto quería enseñarme algo, pero supongo que ahora desea ante todo hablar de la muerte de Cedrenius.

Georg se moría de hambre y empezaba a sentir gran agotamiento. Ansiaba poner fin a aquella conversación.

—¿Sabes? —continuó Kerstin—. Es curioso, pero parecía extrañamente febril, por no decir excitada.

—¿Ah, sí?

—Sí, me dio la impresión de que esperaba que tuvieras algo que ver.

—En ese caso, se llevará una decepción.

—¿No deberías ponerte en contacto con ella? Parecía urgente.

Tras el despido de ocho empleadas más, en la Colonial reinaba un ambiente opresivo. Anisovitj, el director, había invertido gran parte de su fortuna en salvar la fábrica. Una vez agotadas las reservas financieras, la quiebra sería inevitable.

Kerstin escuchaba en silencio, en la gran sala donde antes trabajaban un centenar de personas, las recriminaciones de la docena de empleadas todavía presentes. ¿Cuánto tiempo les quedaba? Todavía confiaban en un milagro: que la guerra terminara, que las importaciones de especias, té y café se reanudaran o que Anisovitj cambiase de opinión y se decidiera a comercializar otros productos.

Kerstin debía tratar de encontrar otro trabajo, lo sabía. Sin embargo, no se decidía a examinar los anuncios por palabras; no se imaginaba su vida después de la Colonial. Judit había dejado la fábrica seis meses atrás y no parecía sentir la menor nostalgia. Pronto contraería matrimonio con su Krystof; habían encontrado piso al lado de Johanneskyrkan.

El director Anisovitj ya no era sino la sombra de sí mismo. Decían que, pese a los problemas económicos, había ayudado a docenas de familias judías a cruzar el estrecho; algunas seguían refugiadas en su villa, en Bellevue. Según la señora Andersson, los abuelos de Anisovitj procedían de Polonia. Tal vez aún le quedaba familia allí, aunque nunca hubiera hablado de ello a sus empleadas. La inquietud que lo embargaba se manifestaba en su espalda

encorvada, su mirada sombría y su cuerpo enflaquecido, que cada vez flotaba más dentro de la ropa.

Una mañana, temprano, Kerstin recibió una llamada de su madre. Börje estaba en el hospital, en el servicio de enfermedades infecciosas. La noche anterior se había desmayado y había vomitado sangre. Una mujer, cuyo nombre su madre, presa del pánico, había olvidado, se había ocupado de llamar a urgencias.

Hacía meses que Kerstin, desbordada, no veía a su hermano.

—En el servicio de enfermedades infecciosas... ¿Crees que es tisis?

—No digas eso —se lamentó su madre—. ¡Se pondrá bien, es necesario! Lo han operado esta noche, ahora mismo voy para allá...

—¿No está en cuarentena?

—Cuarentena o no, yo voy. Cuando pienso que ha estado enfermo todo este tiempo y no ha hecho nada... ¡Tendría que haberlo arrastrado al médico agarrado del pelo!

Kerstin pudo visitar a Börje pocos días después. En el servicio de enfermedades infecciosas tuvo que ponerse una mascarilla, una bata sanitaria y guantes. Al parecer, los médicos habían desprendido la pleura del pulmón derecho, introduciendo entre las costillas una jeringa grande para inyectar gas, con el fin de dejarlo fuera de uso y que tuviera tiempo de cicatrizar. La consigna era estricta: Kerstin no podía quedarse más de un cuarto de hora. Su madre ya había ido a verlo por la mañana, debía descansar.

Cuando Kerstin entró en la habitación, fue asaltada por un fuerte olor a productos desinfectantes. Al ver a su hermana, el rostro de Börje se iluminó. Había adelgazado mucho. Los ojos parecían desmesuradamente grandes en

relación con su rostro demacrado, pero, para alivio de Kerstin, habían conservado la misma expresión: burlona, un tanto huidiza y traviesa.

Börje intentó levantarse, pero de inmediato tuvo que renunciar; se contentó con saludar a Kerstin con la mano. Acto seguido, se puso la mascarilla.

—Qué arropadito estás —bromeó su hermana.

Cuando lo ayudó a incorporarse, Börje sufrió un estentóreo ataque de tos, que a Kerstin le dio dolor de oídos.

—¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor. Peor también, para ser sincero. Habría pasado gustoso de esta operación. Pero todavía me asusta más la siguiente, porque ahora sé exactamente lo que me espera.

—¿Será la misma operación exacta? ¿Otra vez?

—Todos los meses durante medio año.

Hablaba despacio y se interrumpía a cada frase.

—Pobrecito, es horrible...

Hizo amago de cogerle la mano, pero recordó las instrucciones de la enfermera: ningún contacto físico.

—Pero no voy a quedarme aquí. Cuando esté mejor, me trasladarán a Orup. Por lo visto, allí también practican la colapsoterapia.

Ambos sabían que el sanatorio de Orup tenía mala fama desde que se habían producido una serie de fallecimientos.

—Ciertamente funciona mejor que antes —se apresuró a decir Kerstin.

—De todos modos, no me queda otra opción.

—¿Por qué no fuiste a ver a un médico antes?

—Tranquila, no estoy desahuciado. Ya sabes lo que dicen de la mala hierba: nunca muere...

Börje la miraba desvalido. Tenía el rostro gris como la ceniza. ¿Qué había sido de aquel hermano pequeño pletórico de desdén y seguridad en sí mismo

al que siempre había conocido? Pese a las consignas, Kerstin le cogió la mano y se la apretó.

—¿Fue Ursula quien pidió la ambulancia?

—Sí —confirmó Börje—. Supongo que estaba harta de mis ataques de tos y de las manchas en sus almohadas.

—¿Vendrá a verte? Me gustaría mucho conocerla.

Un nuevo ataque de tos se apoderó de su hermano, esta vez más prolongado. Cuando volvió a tomar la palabra, tenía la cara escarlata.

—A Ursula no le gustan los hospitales. Además, no es mi novia, propiamente hablando. Vivo en su casa hasta que vuelva su marido. Por lo demás, como estos últimos tiempos la salud no me acompañaba, le costaba más aguantarme. Creo que no volveré a verla.

Kerstin, pese a su tristeza, dibujó una sonrisa. La enfermera los interrumpió; la visita había terminado.

—¿Volverás pronto? Los días aquí se hacen largos.

—Por supuesto. Volveré pronto.

Una semana después, Kerstin le hizo una nueva visita. Börje estaba sentado en la cama y leía el periódico; se había recuperado visiblemente. Según él, la operación había dado sus frutos, a menos que la mejoría se debiera a la sulfamida. Al verlo, Kerstin cayó en la cuenta por primera vez del miedo que tenía de perderlo. Gracias a aquel restablecimiento inesperado, los médicos confiaban en enviar a su hermano a Orup antes de lo previsto.

—¿Dentro de una semana?, ¿tan pronto?

—Tal vez no sea tan terrible, a fin de cuentas. Al menos ya no estaré encerrado a solas en mi habitación; allí hay un motón de tuberculosos como yo, más o menos graves. Creo que tendré una vida social desbordante.

—Mejor que te lo tomes así.

—¿Acaso tengo elección? No quiero morir.

—No te morirás.

—Espero que estés en lo cierto. Después de todo, siempre ha sido el caso, incluso cuando éramos pequeños.

—Sí, pero... recuerda, mamá siempre...

—Lo sé, siempre me apoyaba. Siempre me prefirió, aunque no lo mereciera. Ignoro por qué. Es injusto.

—No es culpa tuya.

—Debes de detestarme.

—Te detestaba. Pero éramos niños.

Se contemplaron en silencio y cambiaron una sonrisa. Kerstin echó mano al bolso.

—¡Casi lo olvido! Pensé que te iría bien un poco de lectura para Orup.

—¿*La montaña mágica*? —dijo él, mientras hojeaba el libro de cubierta vetuada—. Tiene pinta de ser, digamos... exhaustivo.

—Quieres decir que es un ladrillo —rio Kerstin—. Mejor, así te durará. La historia se desarrolla en un sanatorio de Suiza. Pensé que podría gustarte.

—¿Lo has leído?

Ella confesó que no.

—Me lo recomendó Viola —añadió, y al instante se arrepintió.

—¿Viola? ¿La que desapareció de manera tan repentina? Así todo se explica. No eres de las que se interesan por libros voluminosos, que yo sepa.

—Tengo que volver a casa. Georg me espera para comer.

—Quédate un poco más, por favor. Son menos estrictos con los horarios desde que estoy mejor.

Su hermana se quedó unos minutos más. Börje, a quien no gustaban mucho los dulces, aprovechó para ofrecerle los caramelos que su madre le había llevado. Ella prometió que se los daría a Georg.

—¿Has hablado a Georg de Viola, de vuestra relación? No pongas esa cara, hace mucho que estoy enterado...

—¡Cállate! —exclamó ella.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie. Os vi besaros en el desván del edificio. Había subido a gastarte una broma, imagina mi sorpresa...

—No tienes derecho a entrometerte en mi vida privada. No tienes ni idea de lo que es el matrimonio; nunca has tenido ninguna relación estable, no has querido a nadie salvo a ti mismo.

—No pretendía ofenderte, era solo curiosidad. Tienes razón, no es asunto mío.

—Deberías haberte casado hace mucho tiempo, o echarte novia, al menos. Ni siquiera tienes una amiguita. Te compadezco.

—Espera, Kerstin. No puedo sino alegrarme de que todo vaya mejor entre Georg y tú. Es una buena persona, habrá sido difícil para ti...

Kerstin se había levantado y se dirigía a la puerta. Justo antes de salir, se volvió hacia su hermano.

—No sabes nada de nosotros, nada. Te deseo una feliz estancia en Orup, y confío en que sea larga. Que descanses.

—Pero Kerstin —exclamó Börje, mientras intentaba levantarse—, ¡no digas eso! ¡Siempre hemos estado ahí el uno para el otro! ¿No crees que deberíamos...?

Ella salió sin oír el final de su frase.

Esa misma noche, después de cenar, Kerstin dio rienda suelta a su cólera durante largo rato, procurando no mencionar a Viola.

—Börje siempre ha sido insoportable —dijo Georg—. Pero pese a todo lo quieres.

—Es un mitómano, y logra convencer a la gente de que tiene una estrella

en el culo.

Georg pasó por alto su vulgaridad y trató de cambiar de tema.

—¿Crees que sabía lo de su enfermedad?

—Sí, pero se lo ocultaba a sí mismo, sin duda por eso no quiso consultar a nadie.

—Recuerdo aquella historia del certificado médico que le evitó ser movilizado.

—Muy propio de él. Debo confesar que le guardaba rencor por ello. Tú en Norrland, y él aquí, en Malmö, bien calentito; nuestra madre, que se ocupa de lavarle la ropa, que le cocina varias veces por semana..., sus prendas de lujo, sus regalos suntuosos... Es un cobarde y un perezoso.

—Börje no estaba hecho para el ejército.

—¿No le echas en cara que haya escapado de sus responsabilidades? Nuestro padre todavía lo hace. Esperaba que el ejército hiciera de él un hombre.

—¿Un hombre? Tu hermano ya lo es, Kerstin, aunque esa clase de hombre no esté hecho para el ejército. Tu padre debería haberlo comprendido. No, no siento rencor hacia Börje. Su movilización habría sido inútil. Estoy contento de que se librase.

La cólera de Kerstin se había apaciguado, pero seguía dudando si visitar a su hermano. Recibió de él una carta de disculpa en la que le aseguraba, de manera muy convincente, que sabría guardar su secreto. Fue trasladado a Orup, y se sintieron todavía más preocupados por él. Su madre, que conocía la reputación del sanatorio, estaba desesperada. Kerstin hizo un esfuerzo por controlarse con el fin de no alarmarla más.

Se abrió en mayor medida a Georg, evocando por primera vez las injusticias sufridas durante su infancia. Por ejemplo, su madre dejaba jugar a

Börje en el patio hasta última hora de la tarde, mientras que ella debía ayudarla a lavar, tender, doblar o planchar la ropa.

El hecho de hablar de ello le sentó bien, aplacó la animosidad que había alimentado hacia su hermano. Georg sabía escuchar con paciencia, se sintieron más unidos. Por primera vez desde su regreso, Kerstin agradeció que estuviera de nuevo a su lado, en un período en que todo podía cambiar en cualquier momento. Ya lo había comprobado demasiadas veces durante los últimos años.

Axel llevaba varias semanas sin poner los pies en el periódico. Georg había intentado comunicarse con él varias veces, sin resultado. Tuvo que sustituirlo, mejor o peor, con las correcciones y, cosa mucho más difícil, con la redacción de los editoriales. Liselott y Tage lo acribillaban a preguntas para las que no tenía respuesta. Jens Åkerman, de la cooperativa que pagaba sus salarios, había telefoneado para saber por qué *Facklan* ya no contenía veintidós páginas sino solo dieciocho; lo cual, según él, significaba menos anuncios publicitarios, menos ingresos y lectores descontentos. Georg le respondió farfullando que Axel estaba indispuesto y trabajaba a media jornada desde casa.

Aquello no podía durar. Georg dudaba si presentarse en el domicilio de su amigo. Tage y Liselott no soportaban que este hubiera desaparecido sin previo aviso y anunciaron que no querían seguir trabajando en semejantes condiciones.

—Un poco de paciencia —les imploró él—. Lo que ocurrió en Karlstad supuso una dura prueba. Creo que Axel necesita tiempo para...

Liselott le cortó la palabra.

—¡Que asuma sus responsabilidades! Y pensar que albergaba sentimientos hacia él...

Hubo un silencio incómodo. Georg prometió hacer cuanto estuviera en su mano.

Sabía que le resultaría muy difícil convencer a Axel. Sin duda, este había permanecido ebrio sin solución de continuidad desde su regreso de Karlstad. Cedrenius quedaría impune por siempre jamás de los atropellos cometidos en Svartnäset. Al parecer, la decepción de Axel había prevalecido sobre su sentido del deber y sus sentimientos hacia Liselott. Tal vez incluso había perdido todo interés por su trabajo en el periódico.

Georg temía presentarse en su casa. Descartó esa opción y lo llamó por teléfono en presencia de los otros dos, con el fin de demostrarles su buena voluntad; se sintió aliviado de que Axel no contestara, pero debía dar con una solución para hacerlo volver al periódico. De lo contrario, Tage y Liselott podían lisa y llanamente dejarlos tirados. Para hacer salir a Axel de su casa, tendría que inventarse algo que despertara lo suficiente su interés. Finalmente, se le ocurrió una idea y empezó a hacer llamadas. Si la memoria no le fallaba, el subteniente Wahl era de Helsingborg.

El piso de Axel, en la plaza Dalaplan, se encontraba a un cuarto de hora de *Facklan*. Georg se encaminó hacia allí una tarde, a última hora. Primero dio unos suaves toques a la puerta. Al no obtener respuesta, golpeó más fuerte.

—¡Axel, soy yo! ¡Vamos, abre!

Aplicó el oído a la hoja; ni el menor ruido.

—¡Abre, te digo, o derribo la puerta!

En ese momento se asomó un vecino, vestido con calzoncillos largos y camiseta.

—¿Qué significa ese jaleo? ¿Ha visto la hora que es?

—Es un caso urgente. Mi amigo está muy enfermo. Acaba de telefonarme. Es posible que no consiga levantarse. El corazón, ¿sabe?

—¿El corazón? Vaya, esa es nueva. Y yo que creía que simplemente

estaba borracho, como de costumbre —rezongó al tiempo que cerraba la puerta.

Georg llamó de nuevo. Al cabo de unos minutos oyó un gruñido, acompañado de ruido de pasos.

—Axel, soy yo. Déjame entrar. No me iré hasta haber podido hablar contigo.

—Vete. No quiero ver a nadie.

Esperó. Se produjo un ruido sordo, seguido de un insulto, y finalmente Axel entreabrió la puerta. Un tufo a cerveza, humedad, orina y cerrado escapó del piso. Axel daba miedo de ver. Llevaba la camisa y los pantalones tachonados de manchas; iba descalzo, mal afeitado, y en la frente, por encima de la ceja, tenía una herida abierta.

—Dios mío, Axel, pero ¿qué te ocurre?

—Nadie te ha pedido que te pasaras por aquí —replicó el otro intentando cerrar la puerta.

Georg fue más rápido.

—Hace un mes que no te vemos el pelo en el periódico. Ya no podemos más. Han llamado los chicos de la cooperativa, quieren hablar contigo.

—¿Eso es todo? En tal caso, gracias y hasta la vista.

De nuevo trató de cerrar la puerta, pero Georg aguantó y acabó por abrirla del todo. Su amigo lo fulminó con la mirada, le volvió la espalda y se adentró en la penumbra de la única estancia del piso. Pese al olor a vómito reinante, Georg lo siguió. Estuvo a punto de resbalar sobre algo líquido.

—¡Pero esto es una verdadera pocilga!

Axel se sentó en la cama y permaneció mudo. Georg descorrió los pesados cortinajes que cubrían las ventanas y subió las cortinas del toque de queda, dejando que entrase un poco de aire fresco. Luego encendió la luz; Axel protestó y se hizo un ovillo.

La vivienda se hallaba en un estado inmundado: un batiburrillo de objetos yacían en charcos que llevaban al aseo. Las moscas zumbaban alrededor de un plato abandonado encima de la mesa y el fregadero estaba a rebosar de vajilla sucia.

Georg abrió el ventanuco de la cocina para crear una corriente de aire. Encontró un vaso relativamente limpio, lo llenó de agua y se lo tendió a Axel.

—Bebe.

—El toque de queda... Pueden ponerme una multa, apaga la luz.

—Nos la suda el toque de queda. Bebe o te tiro el agua a la cara.

Axel obedeció.

—¡Puaj! Ya está, ¿contento? Ahora lárgate y déjame en paz.

Mientras preparaba café, Georg se preguntó por dónde empezar, desanimado por la magnitud de la tarea. Era absolutamente inútil tratar de hablar con Axel entre tanto estuviera bajo la influencia del alcohol; más valía hacer limpieza mientras esperaba. Recogió la ropa sucia, ordenó algunos libros en la biblioteca y otros los apiló a lo largo de las paredes. Reunió las innumerables notas desperdigadas, concernientes a Cedrenius, Svartnäset, Storsien, así como a las demás compañías de trabajo, y guardó una docena de botellas vacías debajo del fregadero. Durante todo ese tiempo, Axel lo observaba, con mirada sombría, sin moverse de la cama.

Rechazó la taza de café que Georg le tendía.

—¿Estás loco? ¡Son las nueve de la noche!

—¿Y qué? Anda, tómatelo.

Axel bebió, tosiendo y haciendo muecas. Georg también dio un sorbo; sin la menor duda, la noche sería larga.

Siguió ocupándose de la limpieza. Después de fregar los platos y limpiar los charcos del suelo, puso a calentar agua para llenar la bañera.

Axel se negó a lavarse, cosa que no lo sorprendió.

—Apestar —le dijo, al tiempo que lo arrastraba hacia el minúsculo cuarto de baño.

Cansado de lidiar, su amigo dejó resbalar al suelo las prendas que vestía. No llevaba ropa interior, su cuerpo era delgado y cubierto de moretones. Saltaba a la vista que exhibir sus partes íntimas no lo incomodaba. Georg recogió sus cosas.

—Aquí tienes el jabón y la manopla de baño. Confiemos en que dejes de apestar después de esto.

Acto seguido salió, cerró la puerta y tendió el oído. Dejar solo a Axel en el cuarto de baño comportaba un riesgo. Recordó la navaja de afeitar que había visto en un vaso sobre el lavabo y lo lamentó; dado el estado psicológico en que se encontraba, Axel podía muy bien abrirse las venas.

Al cabo de un minuto, para su gran alivio, oyó que se metía en el agua.

Al presente el piso resultaba casi habitable. Decidió preparar algo de comer. Una vez que Axel se hubiera lavado y alimentado, hablarían.

—¿De qué sirve? ¡No vale la pena!

Axel se había sentado a la mesa y, aunque limpio, seguía mal afeitado, vestido únicamente con los calzoncillos y la única camiseta limpia que Georg había encontrado en el armario. Apenas probó las gachas que le había preparado sin el menor condimento, al no haber encontrado ni leche, ni mermelada, ni azúcar; la despensa estaba vacía, por así decirlo. Hasta el momento, sin duda su amigo se había alimentado a base de tostadas y alguna comida en los bares de leche o, mejor dicho, en las cervecerías.

—Hala, a comer.

Axel tomó media cucharada, que tragó con dificultad poniendo los ojos en blanco. Georg se dijo que por ahora bastaba con eso: él ya había hecho bastante. Si se negaba a comer, peor para él.

—¿Qué es lo que no vale la pena?

—Todo. El periódico, mi vida entera. Creía en mi trabajo, pero ahora se acabó. Ya no veo interés alguno en continuar.

Fue en busca de cigarrillos, que sacó del bolsillo de sus pantalones, tirados sobre el leñero. Se encendió uno con la ayuda de un tizón y volvió a sentarse.

—Tanta energía metida en *Facklan*, ¿para qué?, ni siquiera somos libres de escribir lo que queremos, siempre debemos tener cuidado con lo que publicamos para no atraer la atención de las autoridades. Hace apenas un año, periódicos como el nuestro estaban prohibidos. Hoy nos toleran, mientras nos limitemos a redactar reseñas sobre las asambleas políticas, los sindicatos y las fábricas. Ahora bien, si por ventura nos apeteciera escribir sobre las compañías de trabajo, la policía haría su aparición antes incluso de que tuviéramos tiempo de pronunciar la palabra «censura». Estoy harto. Harto de fingir que veo un sentido a todo esto, de manera que he decidido dejarlo.

—¿Dejar de trabajar en *Facklan*?, ¿lo dices en serio?

—Sí. Dejarlo. Abandonar todo el asunto. Y tú, ¿cuánto tiempo piensas continuar? Decías que te interesaba el proceso de Karlstad, pero en realidad te la sudaba, ¿no? Sigo sin entender por qué viniste. Para ti nunca se trató de Cedrenius, tan solo de John, o eventualmente de Harald. Estás paralizado por el miedo y por tu sentimiento de culpa. Impotente. Incapacitado.

De repente Georg sintió la cólera crecer en su interior. Levantó la mano, pero detuvo el gesto a pocos centímetros del rostro de Axel, que no retrocedió un ápice.

—Pégame, ¿a qué esperas? Tal vez después te sientas aliviado. Tienes que dejarlo salir. Debe de ser penoso pasarse la vida en permanente tensión...

La mano de Georg temblaba. Por un instante se sintió cegado por la rabia, pero enseguida recuperó el dominio de sí mismo; solo se trataba de una

provocación gratuita, lo sabía muy bien. Bajó la mano. Axel le dirigió una mirada burlona.

—Estoy sorprendido. Creía que ibas a pegarme hasta hartarte. Podrías haberme hecho ese favor.

—No tengo ganas de hacerte el menor favor.

Pasó un ángel.

—Perdóname —dijo finalmente su amigo—, no tenía derecho a hablarte así. La manera en que vives tu vida solo te concierne a ti, y haces lo que puedes.

—Pero tú no. Mírate un poco, te has dado completamente por vencido. Comprendo que estés trastornado por lo que ocurrió en Karlstad, pero ¿vas a dejarte abatir por eso? ¿Al final habrá ganado Cedrenius?

—Bah... Menuda ingenuidad creer que en este asunto hay perdedores y ganadores. No se puede ganar. De hecho, tampoco para mí se trata ya de Cedrenius. ¿No has leído los periódicos? A nadie le interesa Svartnäset.

Señaló un montón de periódicos apilados junto a la cama.

—Al principio hablaron de Svartnäset en el *Dagens Nyheter*, el *Svenska Dagbladet*, en los periódicos vespertinos y los diarios locales, pero muy pronto dejaron de mencionarlo, y ni las autoridades ni los periodistas llevaron a cabo una investigación. Nadie. Los acontecimientos tuvieron lugar hace apenas cuatro años, pero la gente no quiere que se hable de ello. ¿Cuántos murieron en Svartnäset mientras estábamos allí? ¿Lo recuerdas?

—Primero Karlberg y Andrén. Luego Harald, otros dos y, por último, John, seis hombres en total.

—Seis hombres de la misma guarnición muertos en tres meses. Uno de ellos asesinado. Tendría que haber provocado un escándalo en la prensa que enviara definitivamente a Cedrenius y a los demás suboficiales a la cárcel. Pero nadie se dignó preocuparse de lo que ocurría en aquel remoto agujero, y

ahora que la guerra ha causado millones de muertos en Europa, todavía menos. Es demasiado tarde, Georg. Nadie quiere ya escucharnos.

La cólera de Georg se aplacó. Concebía demasiado bien la decepción de su amigo; también él se había visto frustrado por la indiferencia general de la prensa después de Karlstad, por su manera de ignorar a los muertos, todos aquellos años pasados en compañías de trabajo por culpa de Cedrenius y sus cómplices. Era como si quisieran decir a Georg y Axel: «Es la guerra, forma parte del juego, ¡dejad ya de quejaros!»

—La guerra acabará algún día —prosiguió—, y las cosas cambiarán. Las autoridades no podrán ignorarnos eternamente. Numerosos hechos, hoy mantenidos ocultos, saldrán entonces a la luz, y tú tendrás un importante papel que desempeñar. Porque tú debes escribir nuestro testimonio sobre todo lo que ocurrió, Axel. Tienes numerosos contactos, no te será difícil hacer que lo publiquen.

—Menuda idea... Ninguna editorial querrá saber nada.

Guardaron silencio un momento, que Georg aprovechó para cerrar las ventanas, poner en orden sus ideas y prepararse para el anuncio que debía hacer.

—Hay alguien que quiere verte.

Axel no dijo nada.

—El subteniente Anders Wahl. ¿Te acuerdas de él?

—Desde luego que sí. Ese cabrón nos traicionó. ¿Dónde lo has repescado?

—No ha sido fácil. Necesité varios días. Ya no es subteniente. De hecho, ni siquiera es militar desde marzo del cuarenta.

—Quieres decir desde que abandonó Svartnäset. Desde que decidió salvar el pellejo antes que acudir en nuestra ayuda.

—Eso fue lo que creímos, pero, según Wahl, las cosas ocurrieron de otro modo. Pretendía ponerse en contacto con la dirección de otra guarnición, pero

estaba tan enfermo que se desmayó en la nieve, en alguna parte entre Svartnäset y Morjärv. Neumonía. Afortunadamente, unos soldados lo encontraron. Cuando despertó en el hospital, unos días más tarde, nuestro motín había llegado a su fin y estaban evacuando Svartnäset.

—Pamplinas. Está tratando de cambiar los hechos en su beneficio.

—Eso fue lo que pensé. Pero hay documentos del hospital que demuestran que estuvo ingresado casi dos semanas.

—¿Y qué? Que cayera enfermo o no, ¿a mí en qué me concierne?

—Wahl lee los periódicos como todo el mundo. Sabe lo que ocurrió en Karlstad. Y quiere ayudarnos. Hemos acordado encontrarnos antes de Navidad. Puedes venir, si quieres.

—¿Y por qué iba a desear verlo?

Aunque Axel todavía se mostraba reticente, Georg constató, no sin cierta satisfacción, que había conseguido despertar su curiosidad.

—Porque accede a ser entrevistado en relación con Svartnäset. No tendremos el juicio que esperábamos, cierto, pero Wahl está dispuesto a relatar los acontecimientos que nos empujaron al motín, a fin de que la gente comprenda por qué actuamos así. Le dije que estabas escribiendo un libro, está dispuesto a participar en él. El testimonio de un exoficial tendrá cierto peso y será susceptible de despertar el interés de las editoriales.

Su amigo, pensativo, permanecía en silencio. Georg añadió:

—Si eso contribuye a cubrir de oprobio la memoria y el nombre de Cedrenius, tanto mejor, y vale la pena que lo intentemos. Sería una pena no aprovechar la ocasión.

Axel seguía sin decir ni mu.

—Piensa en todos los testimonios e informes que ya has recogido. Fahlgren, Peter, Erik y Martinsson; somos muchos de Svartnäset los que queremos hacer algo. No estás solo.

El otro se hacía de rogar, exhibiendo una mueca escéptica.

—¿Podemos contar contigo?

Axel se lo pensó. Un «no» y todo estaría perdido. Georg había jugado su última carta. No obstante, su amigo no se mostraba tan indiferente como quería aparentar. Tenía plena conciencia del hecho de que sus camaradas de Svartnäset esperaban mucho de él. Para que cuanto habían vivido no cayera en el olvido. Tal vez también con el fin de que se reconociera su inocencia, de que los rehabilitasen.

—No soy alguien que deja colgados a sus amigos —dijo finalmente Axel con las mandíbulas apretadas.

—Lo sé.

Por primera vez desde que habían iniciado la conversación, miró a Georg a los ojos, con gravedad.

—Mierda. ¿Acaso tengo elección?

Los alemanes empezaban a batirse en retirada. En octubre de 1944 Suecia dejó de exportar rodamientos de bolas a Alemania, en provecho de los ingleses. Diversos países, entre ellos Suecia, reconocieron la legitimidad del Gobierno exiliado de De Gaulle. En noviembre, Grecia era liberada de las fuerzas de ocupación del eje Roma-Berlín-Tokio.

En aquel entonces Kerstin leía con regularidad los periódicos. El final de la guerra se le antojaba inminente a todo el mundo. Se preguntaba si Viola tendría acceso a la prensa en la cárcel, si había tenido noticia de las brillantes victorias británicas, así como de la derrota cada vez más evidente del III Reich. Había transcurrido un año desde su disputa en Ribersborg. Poco a poco Kerstin comprendía que durante mucho tiempo había llevado anteojeras; ahora calibraba la magnitud de los conocimientos de Viola sobre la guerra y su desarrollo. Los informes sobre los campos en Alemania y Polonia eran cada vez más numerosos y precisos; Kerstin debía esforzarse por asumir la responsabilidad de leerlos hasta el final.

No había conseguido olvidar a Hasse ni la amenaza de Viola. Dondequiera que fuese, en aquella ciudad donde había crecido e incluso en su casa, Kerstin vivía con el miedo en el vientre y se sobresaltaba cada vez que llamaban a la puerta o que oía ruido de pasos a su espalda en una calle desierta.

Sin embargo, aquella tarde de finales de noviembre, era Katrin y no Hasse

quien la esperaba detrás de la fábrica.

—Tenemos que hablar —dijo con agresividad, agarrándola del brazo con rudeza—. Pero no aquí.

Kerstin la siguió, demasiado sorprendida para pensar en resistirse.

—Me mentiste descaradamente. Fuiste tú quien traicionó a Viola. Fuiste tú quien dio mi nombre y mi dirección a la policía. Me oíste hablar del arresto sin decir una palabra, dejando que pensara que por mi culpa habían encontrado a Viola en aquella isla. ¡Cuán miserable me sentí! Al principio me negaba a creer lo que Viola contaba sobre ti, pero tenía razón, eres una auténtica víbora.

—Katrín...

Esta la arrastró a una callejuela, bajo el soportal de un edificio.

—¿Cómo te has enterado? —quiso saber.

—¿Ni siquiera lo niegas? Merecerías que te abofeteara, pero no golpeo a las mujeres.

—Sí —admitió Kerstin—, todo es verdad. Fui yo quien acudió a la policía, quien les dijo que Viola proporcionaba información a los ingleses. Me había herido tanto, me había soltado tantas mentiras que ya no podía más. No tenía las ideas claras. Cuando quise retirar mi declaración, era demasiado tarde. Sé que me equivoqué.

—Pero ni siquiera te detuviste ahí, la traicionaste por segunda vez, ¿no es cierto?, al dar mi nombre y mi dirección a la policía. Sabías pertinentemente que los conduciría hasta Eleonor y que no tenía elección.

—Aguanté todo lo que pude. Me acosaban sin cesar para obtener información sobre los amigos y conocidos de Viola. Me resistí varios meses, pero acabaron por perder la paciencia. Me vi obligada...

—¿Obligada? No sabes de lo que estás hablando. Tú, con tu vida ordenada, tu trabajo, tu piso, tu matrimonio...

—¡Eso es falso! No sabes cómo sucedió, todo pendía de un hilo. La policía estaba al corriente de mi relación con Viola. El comisario Hjelm amenazó con contárselo todo a mi marido si no los ayudaba a encontrarla. Lo habría perdido todo, ¿entiendes? No me quedaba otra opción.

Al parecer, Katrin no se esperaba esa explicación.

—¿Y cómo se enteraron, entonces? Te lo aviso, no te conviene mentirme.

—Por casualidad. A menos que Hjelm lo adivinase desde el principio, no lo sé. Encontró una carta que había escrito a Viola y que llevaba en el bolso. Se me cayó una tarde mientras corría creyendo que me seguían.

—No me mientas...

—Esta vez no, Katrin. No quiero perder una vez más a mi marido, no lograría sobrevivir. Viola ya me ha abandonado. Si él me deja, ya no me quedará nada.

—Ya no sé muy bien qué pensar —murmuró la otra, desconfiada.

Kerstin tendió la mano hacia ella, pero, temerosa de su reacción, de inmediato esbozó un movimiento de retroceso.

—Lamento muchísimo haber puesto a la policía sobre tu pista. Jamás tuve la intención de mezclarte en esto. Todo es fruto de un error. Nunca debería haber ocurrido. Fueron mis celos los que llevaron a esta catástrofe.

—Entonces, ¿tu traición no es fruto de tu perfidia, de tu falta de lealtad? Eso es lo que cree Viola.

Ante esas palabras, Kerstin se sobresaltó.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y en cada ocasión se ha dedicado a cargar las tintas respecto a ti. Siempre pensé que exageraba, que su cólera le impedía ser lúcida.

—Pues tiene razón. Es culpa mía.

Katrin sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Menudo lío... Si al menos me hubieras hablado de Harry antes de acudir

a la policía, tal vez hoy las cosas serían diferentes. Me constaba que no mantenían una relación amorosa.

Empezó a llover. Kerstin tiritaba, solo podía pensar en una cosa, huir de aquella calle lluviosa y oscura y reunirse con Georg en su acogedor nido. A Katrin, en cambio, la lluvia no parecía incomodarla. Seguía igual de recelosa, pero al aparecer no tan furiosa. Finalmente, arrojó la colilla y se volvió hacia ella.

—En todo caso, hay algo que debes saber. Ha ocurrido algo improbable. Viola está enamorada. Ha conocido a alguien allí, en Växjö.

—¿En la cárcel?

—Evidentemente. Una mujer algo mayor que ella. Se llama Eva y la metieron en prisión por un delito similar al suyo. No conozco los detalles, solo sé que se trata de una activista. Sea como fuere, Viola dice que ha encontrado a su alma gemela.

A Kerstin se le encogió el corazón. Todo había ido tan deprisa... Solo un año atrás Viola y ella se amaban. Por su parte, esos sentimientos apenas se habían desdibujado. La otra prosiguió:

—Al formar parte de las presas más cultivadas, ambas trabajan en la biblioteca de la cárcel. Supongo que fue ahí donde se conocieron. Para Viola, que siempre ha tenido debilidad por la gente comprometida políticamente, Eva es una especie de modelo. La última vez que hablé con ella por teléfono, no se la quitaba de la boca. En consecuencia, Växjö se le ha hecho mucho más vivible... ¿Sabes cómo describió su primer encuentro? «Es como si hubiera encontrado una rosa sobre un montón de estiércol.» Me siento feliz por ella, en lo sucesivo su estancia allí será tanto más soportable. Pensaba ir a verla antes de Navidad, tal vez tenga ocasión de conocer a esa maravillosa... Pero... ¿estás llorando?

—No —respondió Kerstin, apartando la cara para enjugarse los ojos.

—Creía..., la verdad es que entre vosotras todo acabó hace mucho tiempo...

—Tienes razón —repuso tratando de sonreír—, soy una idiota.

Katrin se dulcificó.

—La amabas de verdad.

Kerstin luchaba por reprimir el llanto.

—Vaya, vaya —comentó la otra, fascinada—. De haber sabido que seguías loca por ella... Me pregunto si Viola lo entendió así...

El encuentro con Katrin sumió a Kerstin en una tristeza que le duró varios días. En aquel momento la ruptura estaba sellada, Viola había encontrado con quién sustituirla, otra a la que amar. Y ella, ¿a quién amaba ella?

Una tarde que estaba sola en casa, sacó las figuritas de asta de reno que Georg le había regalado por Navidad. Eran mayores de lo que recordaba. El padre medía unos tres centímetros, la madre algo menos. Los tres hijos —un niño, una niña y un bebé— eran de distintos tamaños. Las observó minuciosamente, fascinada por los pequeños detalles, el cabello rizado de la madre, el cochecito en la mano del niño. La niña llevaba un vestido con estampado de flores y el bebé, arrebujado con una mantita, llevaba en la boca un chupete minúsculo. Georg debía de haber empleado un tiempo demencial en fabricarlas, pensando en su futuro compartido. Ella había guardado las figuritas en la caja tras apenas dignarse mirarlas, lo cual sin duda alguna lo había herido profundamente.

Quitó la fina capa de polvo que cubría la cómoda del dormitorio, cambió el tapete y dispuso las estatuillas sobre él. Una curiosa familia, cada uno de cuyos miembros la miraba con sus grandes ojos.

¿Algún día sería capaz de amar de nuevo a un hombre, de amar a Georg? Viola la había sustituido, Kerstin sabía que podía hacer otro tanto, pero no lo deseaba.

Las figuritas acabaron por hacer que se sintiese incómoda. Parecían dirigirle un mudo reproche. De un revés de la mano las envió a rodar por el suelo. Después las recogió y las guardó en su caja.

Durante el mes de noviembre, la oscuridad invernal se instaló definitivamente. Al despertar era de noche. Cuando uno se dirigía al trabajo, era de noche; al volver de él, seguía siendo de noche. Hubo que sacar la ropa de invierno. Quedaba un mes hasta Navidad, pero Kerstin ya había empezado a hacer acopio de provisiones y cupones; Georg y ella se disponían a alimentarse de tubérculos, arenques y pan durante ese período de espera. Como Börje seguía hospitalizado en Orup, ese año no tendrían naranjas.

Mientras se dirigía a la redacción de *Facklan*, Georg luchaba contra el rigor del clima. Tenía los dedos de manos y pies hinchados a causa del frío, lo cual, una vez más y como siempre, le recordaba el maldito Svartnäset. Se dijo que tendría que haber escuchado a Kerstin y ponerse el abrigo de invierno.

Tage ya había llegado. Georg lo saludó. Echó una ojeada al último número de *Expressen*, abierto sobre la mesa de despacho de Axel. El paquebote *SS Hansa* había sido torpedeado; ochenta y siete muertos, solo dos supervivientes. Al parecer, el responsable era un submarino soviético. Junto al periódico, un montón de entrevistas pasadas a máquina; encabezando cada una, un nombre y una fecha: Sven Fahlgren, Peter Stolt, Folke Weber, Erik Månsson. Al final Axel se había dejado convencer y se había puesto de nuevo manos a la obra con la escritura de su libro sobre Svartnäset. Georg lo ayudaba siempre que tenía un momento libre. Se trataba de una ardua tarea:

todos los documentos relativos a las compañías de trabajo habían sido destruidos, y las autoridades se negaban a hacer cualquier declaración al respecto. Otra dificultad estribaba en que la mayoría de los exdetenidos se avergonzaban de su pasado y preferían no tener que recordarlo. Pese a tantos obstáculos, Axel permanecía sobrio, para inmenso alivio de Georg.

En la puerta de la sala de imprenta, Georg se cruzó con Axel, quien lo informó de que la rotativa había vuelto a bloquearse y le preguntó si se había puesto en contacto con Helena Åkesson. Esta había intentado dar con él en numerosas ocasiones. Hasta había llamado al periódico. Como siempre, Georg respondió: «Todavía no.»

—¡Pero si pronto será Navidad! ¿Cuánto tiempo más piensas tenerla esperando?

Sin una palabra, Georg entró en la imprenta. Llevaba varios meses postergando ese momento y su mala conciencia lo atormentaba. Se acercaba el nuevo año, y estaba impaciente por empezar de cero con Kerstin: confiaba en que ese año, 1945, su vida en común arrancararía definitivamente.

Un día tendría que volver a revisar los acontecimientos pasados; sus sueños seguían acosados por la culpabilidad. Estaba aterrorizado ante la idea de hablar con Helena y contarle las circunstancias que rodearon la muerte de su marido.

Acabó por telefonarla una tarde, a última hora, hacia finales del mes de noviembre. Le respondió en tono seco, con monosílabos, pero no tardó en resultar evidente que seguía deseando hablar con Georg. Él le ofreció sus disculpas por haber tardado en llamarla y propuso hacerle una visita a Simrishamn. Acordaron encontrarse el segundo sábado de diciembre.

El pueblecito de pescadores estaba bañado de luz. Aún no habían caído las primeras nieves, pero la tierra se hallaba cubierta de escarcha y dura como el mármol. Tomó la calle adoquinada que Helena le había indicado. A la salida del pueblo, aquella calle se convertía en un sendero que iba ascendiendo. Un cuarto de hora más tarde divisó la granja. Hizo un breve alto para apreciar las vistas. En la playa que quedaba más abajo, un grupo de soldados efectuaban ejercicios. Sus disparos venían a turbar la quietud del lugar. Reanudó su camino hasta la granja.

La granja Skällningagården gozaba de un agradable emplazamiento, pero, al acercarse, Georg pudo constatar que los motivos pintados en la puerta de entrada —rosetas y círculos típicos de la región— se estaban desconchando. La fachada encalada —sin duda blanca en su origen— se había deslustrado, faltaban tejas en la techumbre y varias ventanas habían sido condenadas. Desparramadas por el patio, invadido de mala hierba, se veían viejas herramientas oxidadas. Flotaba en el aire un olor a estiércol. No se oía ni un ruido. Estuvo a punto de echarse atrás, pero finalmente se dominó y llamó a la puerta.

Helena Åkesson abrió casi de inmediato, sin duda lo había visto llegar. Era delgada y debía de tener varios años más que él. Llevaba un vestido azul descolorido y el cabello castaño recogido en un moño. Pese a estar en invierno, las manos y el rostro seguían bronceados. Pequeñas arrugas recorrían el contorno de sus ojos. Un muchacho apareció a su espalda; era el vivo retrato de su madre.

—¿Es él, mamá? —dijo con una voz en plena muda.

Georg se quitó el sombrero y tendió la mano.

—Georg Lindqvist. ¿La señora Åkesson?

Ella asintió. El tacto de su mano era duro como el cuero. La siguió a una habitación mal caldeada, que a todas luces servía a la vez de cocina, comedor

y sala de estar. El mobiliario se reducía a una gran mesa rústica que reinaba en el centro, un armario pintado de verde, un fregadero y una chimenea, cuyas marcas negruzcas subían hasta el techo. Contra la pared opuesta, un sofá cama de madera, deshecho. Ni una alfombra en el suelo. Encima de la mesa, los restos del desayuno.

El muchacho no apartaba la vista de Georg. Cuando este le estrechó la mano, eludió su mirada, murmuró algo inaudible y se apresuró a retirar la suya. Se sentó a la mesa y se cortó una rebanada de pan, que empezó a masticar mirando al vacío. Georg se dijo que debía de ser más joven de lo que había creído, doce o tal vez trece años.

—Estoy contenta de que haya venido —dijo Helena invitándolo a sentarse—. John hablaba con frecuencia de usted en sus cartas. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Agua, o quizá algo más fuerte, una cerveza?

—Un vaso de agua me vendrá bien.

—Hay un largo trecho desde el pueblo hasta aquí, y además cuesta arriba.

El agua tenía un sabor un tanto acre, sin duda procedía del pozo situado en el patio. Mientras bebía, notó la mirada de Helena clavada en él. El chico rompió el silencio:

—¿Eras...? ¿Era usted amigo de mi padre?

—Podemos decirlo así. Era uno de mis mejores camaradas allí. Me ayudó con frecuencia. Nunca he conocido a un hombre tan valiente.

—Resultó duro para ustedes en Norrland —dijo Helena.

—Fue un infierno. Un verdadero infierno.

—¿Cómo murió mi padre? —preguntó de repente el chiquillo.

—Ahora no, Tore —le cuchicheó su madre cogiéndole la mano.

Él la retiró de inmediato.

—¿Y por qué no ahora? ¡Jamás nos han dado explicaciones! Si este camarada de papá sabe lo que ocurrió, debe decírnoslo.

—Tore, acaba de llegar, cálmate.

El chico fulminó a su madre con la mirada pero calló. Helena se volvió hacia Georg con una sonrisa incómoda.

—Echa de menos a su padre —dijo acariciando la nuca de su hijo.

—Lo entiendo —la tranquilizó él—, no se preocupe. Pero... John me dijo que tenía dos hijos.

—Sí. Britta tiene diez años, está en la escuela. No tardará en volver. Tore está a punto de cumplir catorce. Se vio obligado a dejar los estudios, alguien tenía que ayudarme con la granja.

Georg empezaba a sentirse incómodo en aquella fría estancia con la chimenea apagada y cuya pobreza era manifiesta. No obstante, por encima de todo se palpaban la aflicción y la tristeza, que la hostilidad de Tore ponía de relieve.

—Me enteré de lo de Cedrenius por el periódico. Según pude entender, usted no estaba implicado, ¿no?

—No, en absoluto. Fue uno de nuestros excamaradas, Adrian Karlsson, un tipo de Norrland. Sufrió mucho en Svartnäset y jamás se recuperó de aquello. Alimentó un odio especialmente tenaz hacia Cedrenius. De hecho, no es el único. Pero yo no tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Creo que...

Al verlo vacilar, Helena se le acercó un poco.

—¿Sí?

—Creo que no está bien, psicológicamente, quiero decir.

—Oh, vaya. Pues yo más bien diría que actuó de manera justa. Cedrenius merecía morir, ¿no le parece?

Georg la miró sorprendido. Saltaba a la vista que Helena no era ni débil ni carente de recursos, más bien endurecida.

—Supongo que sí —admitió.

—Y si le soy sincera, me habría gustado que estuviera usted implicado.

Pero Cedrenius está muerto y eso es lo que importa. Ha pagado por lo que hizo.

Georg no sabía qué contestar y el silencio se instaló en torno a la mesa. Helena debió de percibir su malestar, porque cambió de tema.

—Erik Månsson me escribió una carta a su regreso de Norrland. Me dijo que después de Svartnäset lo internaron en una compañía de trabajo. ¿Qué ocurrió en su caso?

Georg sentía que Tore lo miraba. Por alguna razón que se le escapaba, el chico no parecía tener una elevada opinión de él. Debía hacer un esfuerzo por no parecer escurridizo o cobarde.

—Lo mismo. Primero me enviaron a Storsien, y luego a otras compañías de trabajo. Con objeto de vengarse, Cedrenius nos había descrito como traidores y comunistas. Lamentablemente, las autoridades lo creyeron.

—Pero Cedrenius estaba solo —estalló Tore—, ¡solo contra todos ustedes! ¿Por qué no se limitaron a desembarazarse de él?

Georg le dirigió una sonrisa forzada.

—Las cosas no funcionan así en el ejército. Todo es cuestión de jerarquía y de grados. No nos quedaba otra opción que obedecer. Toda rebelión y toda desertión eran severamente castigadas. Y además... no estaba solo. Los otros suboficiales lo apoyaban, aparte de un subteniente.

—En todo caso, me alegra que ese viejo cabrón haya muerto —dijo el chico.

—Ya basta —intervino su madre—, ve a ocuparte del estiércol en el granero.

—Quiero quedarme —insistió él.

—Y yo quiero hablar a solas con el señor Lindkvist. Andando.

—¡Pero se trata de mi padre! —protestó con lágrimas en los ojos, negándose a levantarse.

Helena le dio un pescozón en la cabeza.

—No me avergüences y obedece. Y ya puestos, corta un poco de leña para el fuego y mira si quedan patatas en el huerto.

—La tierra está helada —protestó él frotándose la nuca—. ¡Por favor, deja que me quede!

Helena se levantó en un pronto y, sin decir palabra, tiró de la silla de Tore hacia atrás, obligándolo a levantarse. Acto seguido lo empujó hacia la puerta.

—Sal. Te llamaré cuando llegue el momento.

Una vez hubo cerrado la puerta, se volvió hacia Georg.

—Le ruego que lo disculpe. Con Britta la cosa todavía funciona, pero a Tore... me cuesta criarlo completamente sola. Desde hace un año se ha vuelto imposible.

—No tiene que excusarse —dijo Georg, un tanto turbado por la escena que acababa de presenciar—, a su edad yo era igual. No lo bastante mayor para ser un hombre, pero de todos modos había dejado atrás la infancia. No debe de ser fácil ni para él ni para usted.

—En efecto. Necesita a un padre —admitió, al tiempo que volvía a sentarse con un suspiro—. Lo he hecho salir para que pueda usted contarme lo que pasó con la muerte de John. En la carta que recibí solo me decían que fue víctima de un disparo accidental. Traté de obtener más detalles, pero en Norrland nadie pudo, o quiso, decirme más. Hasta Erik parece ignorar lo que ocurrió.

Georg recordó que Erik había sido uno de los primeros en abandonar el movimiento de protesta. De hecho, estaba en el almacén de la ropa cuando Cedrenius disparó.

—Sin duda Erik no vio nada —murmuró—. No estaba con nosotros.

—Cuéntemelo todo. Y no intente tratarme con miramientos. Quiero saber

lo que le ocurrió a mi marido. Me he imaginado ya tantos horrores que la cosa no puede ser peor. Dígame, ¿les hicieron daño? ¿Los golpearon?

Georg agachó la cabeza: por mucho que esperase esas preguntas, no lo desarmaban en menor medida.

—No, no nos golpearon, fueron más sutiles. Fue Cedrenius, al administrar el campamento de determinada manera, quien provocó todos esos accidentes, que para algunos resultaron mortales.

—Ni siquiera nos entregaron sus restos mortales para inhumarlo. Dijeron que tenían la obligación de enterrarlo allí, en Norrland, dada «la naturaleza de sus heridas».

—¿Cómo? ¡No tenía ni idea!

—De manera que comprenderá mi rencor... Mi marido murió en circunstancias sospechosas y ni siquiera tuvimos la posibilidad de despedirnos de él. Como tampoco podemos recogerlos ante su tumba. Tres días de viaje en tiempos de guerra... Estoy sola, tengo dos hijos y una granja de la que debo ocuparme, así que era imposible. Tengo la impresión de haber perdido a John por dos veces.

Georg, estupefacto, permaneció un momento silencioso, luego dijo:

—Es la cosa más cruel que jamás he oído. Están tratando de ocultar algo. El disparo no fue accidental.

—Entonces, cuéntemelo —dijo con rabia contenida.

—Ahora mismo. Pero antes... ¿puede darme un poco más de agua?

Tenía las manos húmedas y la boca seca. El corazón le latía tan fuerte que hasta ella podía oírlo.

—Por supuesto. ¿O prefiere café? Bueno, achicoria...

—Con mucho gusto.

Puso agua a hervir y lavó unas tazas del fregadero. Él se armó de valor. Llevaba cuatro años esperando ese momento.

—Fue culpa mía que Åkesson, es decir, John, recibiera ese disparo. Helena se quedó paralizada. Después se volvió despacio.

—¿Cómo es eso?

—No fui yo quien le disparó. Fue Cedrenius. Pero antes deje que le exponga el contexto.

—Le escucho —dijo sin apartar la vista de él.

—Fue a finales de marzo del cuarenta, bueno, eso ya lo sabe. Nos habíamos sublevado contra los malos tratos de que éramos objeto a diario. Nuestro camarada Harald y otros dos soldados acababan de morir ahogados, aquello ya era demasiado. Las marchas forzosas, las heridas, los accidentes, ya no podíamos más.

—Lo sé. Erik me lo contó.

—¿Ah, sí? —repuso Georg, un tanto desconcertado—. Pero ¿le dijo que fue a mí a quien se le ocurrió la idea de la resistencia pasiva, del motín?

Entonces Georg le contó el último día en Svartnäset.

Hablaba despacio, con voz sorda, evitando mirar a Helena a los ojos. Esta lo escuchó sin interrumpirlo.

—El día de la muerte de John nos presentamos ante el barracón de la ropa para exigirles que nos dieran de comer; sabíamos que allí habían almacenado alimentos. Estábamos frente al barracón cuando llegó Cedrenius, apuntándonos directamente con su arma. Apuntándome a mí, para ser más exactos, porque yo era el primero en su camino.

Hizo una pausa. Helena lo animó a continuar. Él habría querido huir, pero la intensidad de su mirada lo clavaba en el sitio. Penosamente, prosiguió:

—En el momento en que Cedrenius se disponía a disparar, John me empujó a un lado y recibió la bala en mi lugar.

Respiraba fuerte, con los ojos cerrados. Cuando los abrió, Helena se había vuelto hacia la ventana, a la que estaba pegado el rostro del muchacho.

Cuando ella le mostró el puño en alto, desapareció. Entonces se volvió de nuevo hacia Georg.

—¿Por qué ha venido? ¿Acaso busca la absolución?

—No..., no... Solo... quería... contarle... —balbuceó.

No había tartamudeado así desde su más tierna infancia. Helena lo miró de hito en hito un instante y su expresión se dulcificó.

—¿Sabe?, su historia solo me sorprende a medias. Me esperaba algo similar —admitió.

En la cocina, el hervidor silbó. Helena vertió dentro la achicoria y sacó dos tazas. Se dio la vuelta; parecía extenuada.

—No se lo diré a los niños. Para ellos, su padre fue víctima de un disparo accidental. Eso es todo. Ya resulta bastante difícil así, no necesitan saber que fue asesinado. Algún día, cuando sean mayores, tal vez les cuente la verdad.

—Diría que Tore ya sabe que hay algo que no encaja.

—Sin duda. Al igual que yo, por otra parte, y usted acaba de confirmarlo. Sin embargo, temo que los detalles lo perturben todavía más, y entonces, ¿qué haría con su cólera? Nada bueno, me temo. Ni para Britta ni para mí, y todavía menos para él.

Depositó la bandeja en la mesa y le sirvió café: tuvo que insistir para que tomara leche y azúcar. Él se sentía aliviado de haber podido por fin hablar de John, pero viendo la expresión de Helena, supo que no estaba dispuesta a dejarlo allí.

La mujer se sentó y se sirvió un café, que tomó a la manera de los campesinos, con un terrón de azúcar entre los dientes. Eso explicaba el mal estado de su dentadura, pensó distraídamente Georg. A lo lejos se oía el mugido de una vaca. Las tazas estaban estriadas de minúsculas

resquebrajaduras oscuras. Helena parecía abismada en sus pensamientos. Una araña tejía su tela en el techo.

De repente, la mujer se puso de pie.

—Britta vuelve dentro de una hora. No quiero que lo vea. Conocerlo ya ha perturbado a Tore.

Georg, desconcertado, la vio desaparecer y regresar con un fajo de cartas.

—No estaba segura de querer enseñárselas. Pero después de haberlo escuchado...

No la creyó, sin duda había preparado aquellas cartas mucho antes de su llegada. Era por eso por lo que había insistido en que se vieran. Se las confió con un brillo extraño en la mirada.

—Mire, ya sé bastantes cosas sobre usted. John lo mencionaba en sus cartas. Tore también las ha leído. Dicho lo cual, tal vez haya cambiado desde entonces. Me ha dicho que usted y mi marido eran amigos íntimos. No es eso lo que hace pensar su correspondencia. De hecho, se quejaba no poco de usted.

Al ver la torpe letra de John, Georg se estremeció. Pese a la insistencia de Helena, no le apetecía nada leerlas. Dudaba si decirle que tenía que irse, que debía coger un tren, pero era consciente de que no habría sido decente que se largase. Le debía algo.

A regañadientes, sacó una carta de su sobre. Tras las fórmulas de rigor y una breve relación de su trayecto hasta Norrland, John escribía:

Cuando nos repartieron en grupos, no tuve suerte. Menuda pandilla de aficionados. Solo uno de ellos, Erik (un joven granjero de Bjäre), parece tener lo que hay que tener, pero es increíblemente vanidoso. Los demás son de Malmö, gente de ciudad, de manera que aquí, en medio de ninguna parte, no sirven para nada. Está Harald, un estudiante, que ya muestra signos de

debilidad. Es demasiado joven e ingenuo, me pregunto sinceramente cómo saldrá adelante. Está también Axel, un periodista de izquierdas que se cree un intelectual, cosa que no le será de ninguna ayuda en estas circunstancias. Y luego está Georg, del que no sé muy bien qué pensar. Siempre lo llevo pegado a mí, lo cual, a la larga, resulta irritante. Se escucha demasiado a sí mismo, le gusta jugar al héroe, pero en realidad es tan novato e incompetente como los demás.

Georg sintió que se ponía colorado a medida que iba leyendo, el tono despreciativo de John le hacía el efecto de un mazazo. Dejó la carta; no pudo leerla hasta el final. Helena la cogió con gesto brusco y le ofreció otra. Esta había sido escrita varias semanas después.

—¡Vamos, lea eso, continúe! —le ordenó.

Llevado de una curiosidad malsana, pero asimismo por temor a contrariar a Helena, obedeció. La visión que John tenía de sus camaradas no había cambiado. Se quejaba de tener que pasar las veinticuatro horas con ellos, soportar sus ronquidos, sus pies malolientes, su sempiterna tos y su mal carácter. Erik era vanidoso, holgazán y fatuo; Harald, soñador, inmaduro, un inútil que había abandonado los estudios; Axel no era más que un ingenuo activista prosoviético, y a él lo describía en los siguientes términos:

Georg solo es un fanfarrón que oculta su cobardía tras una fachada de virilidad. Siempre está intentando impresionar a los demás, sin éxito. Por alguna razón que ignoro, está convencido de que somos amigos. Si vieras lo agradecido que parece cada vez que sale una palabra amable de mi boca... Casi me duele por él.

Georg tenía un nudo en la garganta.

—Es imposible —murmuró.

Helena lo miraba en silencio.

—Es imposible —repitió, más fuerte esta vez—. John era mi mejor amigo. Incluso me invitó a venir a verlos aquí, a Simrishamn. Decía que quería enseñarme su granja. ¿Por qué, pues, si no le caía bien? No entiendo nada.

—John podía ser muy duro. A veces nos pegaba. Casi siempre a mí, pero también a Tore.

—¿Les pegaba?

—Sí. Era severo pero justo. Si nos pegaba era porque nos lo merecíamos, estoy segura. Ni Tore ni yo le guardamos rencor por ello. Y si escribió todo eso, fue porque era verdad.

Rebuscó de nuevo en el montón de cartas, sin importarle la desazón de Georg. Le tendió una tercera.

—Debería leer esto. Es por su bien. John describe cómo los ayudó a soportar los ejercicios, cómo interrumpió, cuando Harald no merecía ser salvado, el suplicio de las baquetas. También dice que usted estaba a punto de pegar a Harald. Lea, mire lo que escribe: «Ya está, confirmado, Georg no es más que un gallina.»

Ya no veía nada. Se hallaba lejos, varios años atrás, en pleno invierno en Norrland, con una rama en la mano y el miedo en el vientre; un miedo tan intenso que se había cagado encima. Y Harald, con el torso desnudo, que se acercaba, vacilante y con la mirada perdida...

Se volvió hacia Helena, la cual estrechaba las cartas contra su pecho. Desde la muerte de John, sin duda habían sido su único consuelo. Ahora bien, aquellas cartas no solo la habían reconfortado, también habían alimentado su amargura. La suya y, con el tiempo, la de sus hijos. Para Tore, probablemente ya era demasiado tarde, pero Helena aún no lo había comprendido. Depositó la carta.

—Ya he leído bastante.

—¿De veras? Quedan todavía tantos detalles... No muy halagadores quizá, pero...

Él meneó la cabeza. Decepcionada, Helena recogió las cartas.

Transcurrieron varios minutos, en silencio. Helena parecía abatida y frustrada. Georg adivinaba el motivo: su marido había muerto y él estaba vivo. Había logrado sus fines, lo había herido, pero, aparte de eso, nada había cambiado. Solo quedaban el vacío y unas hojas de papel de las que la tinta no tardaría en borrarse.

La compadecía, pero a decir verdad había perdido su oportunidad. Media hora atrás habría hecho cualquier cosa por ella. Ahora ya no.

—Ignoro por qué John escribió tales cosas —dijo finalmente—. Si he de ser sincero, ya no sé muy bien qué pensar. Tal vez en realidad no era la persona a la que creía conocer. Resulta duro de aceptar, pero sus cartas son de lo más explícito. Nunca me apreció.

Tras ponerse de pie, se puso el abrigo y el sombrero. En aquel momento estaba impaciente por volver a Malmö, junto a Kerstin, a su acogedor hogar. La granja Skällningagården era un lugar sórdido y, a sus ojos, Helena no valía mucho más. Si se demoraba allí, sin duda acabaría por ser presa de la misma acritud.

—Le agradezco que me haya recibido. Ha sido... edificante. Ahora bien, piense lo que piense, las cartas de John no dicen toda la verdad. Muchos veteranos de Svartnäset lo verían de otro modo, pero tanto da. Solo hay una cosa que me intriga.

—¿Y qué es?

—Si John me apreciaba tan poco como pretende en sus cartas, ¿por qué me salvó la vida? ¿Por qué se sacrificó si yo no valía la pena?

Helena meneó la cabeza con sonrisa compasiva.

—Pero señor Lindkvist, sigue sin entender nada. El acto de John no tenía nada que ver con usted. Lo habría hecho por cualquier otro.

—¿Usted cree?

—Sí —asintió ella, con el orgullo de quien lo ha perdido casi todo—. Sí, porque John era algo que usted no será nunca: un héroe.

Epílogo

Kerstin luchaba por ponerse su nuevo vestido de color púrpura, comprado justo antes de su despido. La composición de la tela incluía viscosa y sin duda se deformaría a la primera lavada, pero qué más daba, era muy bonito, con su cuello de encaje y los botones de nácar en la espalda. Fuera, la luz empezaba a declinar.

Pronto serían las cinco de la tarde. Era Nochevieja, iban al concierto en el parque del Pueblo.

—Georg, ¿puedes ayudarme?

Él apareció en el umbral con el periódico en la mano.

—¡Qué guapa estás!

—¿Puedes ayudarme con los botones? No llego. Habrían hecho mejor en ponerlos delante.

—A mí me gusta así.

Debido a sus dedos estropeados, también él tuvo que luchar un buen rato. Cuando terminó, Kerstin se miró al espejo y se enderezó las medias.

—Ahora te toca a ti vestirme —le dijo—. ¡Hemos de salir en una hora si queremos tener buenos sitios!

—Ya voy, ya voy. ¿La camisa azul está limpia?

—Limpia y planchada. La tienes en el ropero.

La Colonial había cerrado sus puertas justo después de Santa Lucía. Las empleadas habían preparado una tarta en honor del director. Al verla,

Anisovitj se había echado a llorar. Todos tenían un nudo en la garganta. Se alinearon para despedirse de él y, cuando le llegó el turno a Kerstin, le susurró cuánto le había gustado trabajar en su fábrica; Anisovitj le estrechó la mano largo rato, sin decir palabra. Todas las empleadas se fueron con calurosas cartas de recomendación.

Las últimas semanas Kerstin se había esforzado por soportar la inactividad, al tiempo que buscaba trabajo. Tenía una pista gracias a un vecino que podía conseguirle un puesto a media jornada, en la verdulería de un tal Blom. Al ver sus referencias, se había mostrado bastante entusiasta, pero le dijo que no empezaría hasta después de vacaciones, una semana más tarde.

No echaba de menos la Colonial tanto como había temido; sabía desde hacía tiempo que la fábrica cerraría un día u otro. Lo que más echaba en falta era a las compañeras, el espíritu de grupo. Durante su discurso de despedida, Anisovitj había emitido la esperanza de montar una nueva fábrica, después de la guerra, en Malmö.

De repente, Kerstin se sintió culpable por haber comprado aquel vestido, así como las entradas para el concierto. Georg la tranquilizó. Había sacado la camisa azul, el traje y un par de calcetines. Al parecer, estaba de buen humor. Mientras él procedía a desvestirse, Kerstin lo miraba preguntándose si seguiría pensando en John. Su marido había vuelto de su visita a Helena Åkesson en un estado deplorable. Una semana más tarde ya iba mejor, repetía que no tenía sentido aferrarse al pasado.

—¿Me estás observando?

—¡Desde luego que no! —dijo ella saliendo de la habitación.

En la sala de estar, apagó las velas que adornaban el árbol de Navidad, en cuya cúspide reinaba un ángel, comprado en EPA en 1939. En la ventana colgaba una gran estrella. En el suelo, alfombras nuevas.

Rememoró la última Navidad en su antiguo piso. Las decoraciones, la preparación del jamón, las gachas de arroz, los múltiples regalos... Pese a todo ello, no se había obrado la magia: la partida de Georg hacia Norrland era inminente. Había llorado, el mismo día de Navidad. A la sazón no sabían que tardarían varios años en volver a verse. Durante un lustro, el ángel había permanecido embalado en su caja de cartón. Cinco años de más, se dijo.

Sin duda tendrían hambre después del concierto. Kerstin preparó algunas tostadas, *kavring*[11] con mantequilla, arenques, queso, junto con una cerveza y un vasito de aguardiente para cada uno. Casi había terminado cuando sonó el teléfono. Era su padre, que llamaba en relación con Börje. Kerstin no había visto a su hermano desde que lo trasladaron a Orup, pero sabía por su madre que iba lo bastante bien para no tener que seguir postrado en el lecho. Se pasaba los días jugando a las cartas, apostando monedas de un céntimo, cerillas o caramelos. Al parecer, la policía se había presentado en casa de sus padres para interrogarlos sobre Börje y sus asuntos. También habían ido a verlo a Orup. Él lo negó todo de plano.

—Tal vez también se pongan en contacto contigo. Tu madre está fuera de sí. ¿Puedes venir?

—Papá, no es un buen momento. Estamos a punto de salir hacia el parque del Pueblo.

—Por favor, solo un instante.

Entre tanto, Georg, recién afeitado, había entrado en la habitación. Con su traje, la camisa azul y los rizos rubios, que le formaban ondas en la frente, estaba guapo, pese a sus cicatrices.

—De acuerdo. Pero no nos quedaremos mucho rato.

Cuando llegaron a casa de sus padres, encontraron a Elna en estado de gran desasosiego.

Desconfiada, echó un vistazo al hueco de la escalera antes de cerrar la puerta. Los arrastró a la sala de estar, donde tomó asiento en el sofá, para volver a levantarse de inmediato.

—Es horrible. Se han presentado de sopetón, el día de Nochevieja, para agobiarnos con acusaciones incomprensibles. Kerstin, si te visita la policía, debes dejarles claro que tu hermano es inocente. ¡Mi pobre Börje! Esta mañana temprano han ido a verlo a Orup. Lo han interrogado durante horas. ¡En su estado! ¿Cómo pueden permitir los médicos algo semejante?

—¿Has podido hablar con él? —quiso saber Kerstin.

—¡No! Me lo han dicho los policías. He llamado en cuanto han salido por la puerta, pero la enfermera me ha dicho que estaba indispuesto, que no se podía hablar con él. ¡Ya no sé qué pensar de todo esto! ¿Crees que la policía ha prohibido que nos pongamos en contacto con él?

—Me parece raro —comentó Georg—. ¿Lo han detenido?

—No —intervino Nils—, de todos modos está enfermo. Pero en mi opinión solo es cuestión de tiempo. En cuanto esté lo bastante restablecido... Ya han detenido a uno de sus amigos, más bien un cómplice. Según la policía, lo ha confesado todo, sin duda con la esperanza de que le reduzcan la pena.

—¿Y quién es ese mentiroso? ¡Juro que le retorceré el pescuezo! —exclamó Elna, sentándose de nuevo y ocultando el rostro entre las manos.

Kerstin la miraba fascinada. Jamás había visto a su madre en semejante estado de agitación.

—¿De qué se trata? —preguntó a su padre—. ¿Una historia de mercado negro?

—En efecto. Han revendido alimentos, productos de lujo como chocolate, champán, relojes, alcohol, gasolina, dientes de oro, medias..., toda clase de

cosas, según la policía. Incluso han insinuado que Börje era el cabecilla de ese tráfico.

—Pero eso es absurdo —sollozó Elna—. ¿Cómo mi pobre hijito enfermo iba a planificar y llevar a la práctica semejantes crímenes, cuando apenas puede subir una escalera? Se trata de un error, la policía se ha equivocado de persona, ¿a que sí?

Miró de hito en hito a Georg y a Kerstin, suplicante y llena de esperanza. Nils, por su parte, se puso colorado y evitó la mirada de su mujer. Era obvio que sabía pertinentemente que Börje era culpable, pero no se había atrevido a decírselo a Elna. Kerstin se sentía a un tiempo enternecida e irritada a causa de su madre. Durante mucho tiempo no había cesado de reclamar un poco de atención por su parte, pero la mayoría de las veces tuvo que renunciar. Ya no se lo echaba en cara, aunque le constase que Börje era su favorito, sin duda por siempre jamás.

—Mamá, ¿recuerdas las naranjas de la Navidad pasada? ¿Las trufas de chocolate? ¿El coñac para papá?

—¿Y eso qué tiene que ver? —le espetó su madre, fulminándola con la mirada.

—Pues bien, ese tipo de productos ya no se venden. ¿Cómo crees que los consiguió Börje? Preferimos no decir nada porque nos apetecían esas naranjas y ese chocolate. Yo tengo parte de culpa. Ya hace tiempo, Börje me confió que andaba en trapicheos un tanto turbios. Era fácil deducir que se trataba del mercado negro, bastaba con ver su reloj de oro.

—¡Serás sinvergüenza! —vociferó Elna.

Corrió hacia Kerstin para abofetearla, pero Nils frenó su carrera y la agarró de los brazos.

—No es culpa de Kerstin —dijo—, sino nuestra. No se trata de calumnias, Börje es culpable, lo sabes tan bien como yo, sencillamente no quieres

admitirlo. Siempre te has negado a ver las estupideces que podía cometer y yo te dejé hacer para disfrutar de paz en el hogar. Tal vez por eso se haya descarriado.

—¿De qué estás hablando? —se sorprendió Elna, antes de volverse hacia Kerstin—. ¡Sabía que no podía confiar en ti! De manera que estás dispuesta a traicionar a tu propio hermano... Bien, al menos, ahora ya sé a qué atenerme con respecto a ti.

—No piensa lo que dice —la defendió Nils—, está conmocionada, eso es todo.

—¡No hables por mí! —se rebeló su mujer.

Georg consultó su reloj. Finalmente, Kerstin rompió el silencio.

—Tenemos que irnos. Hemos de estar en el parque del Pueblo antes de las seis y media.

—¡Su hermano va a ir a la cárcel y ella solo piensa en divertirse!

—Eso es injusto, Elna —intervino Georg—. Recuerda que no es a Kerstin a quien ha venido a ver la policía. La criminal no es ella.

Por un momento, la mujer, pasmada, no dijo nada, pero finalmente soltó:

—Pero ¿os habéis vuelto locos todos? ¡No se trata de mí o de Kerstin, sino de Börje! Si uno no puede confiar en su propia familia, ¿en quién puede hacerlo?

Hubo otro prolongado silencio.

—Lo siento mucho —dijo al cabo Kerstin, poniéndose de pie.

—Idos —dijo Nils—, ya os llamaré cuando las cosas se calmen un poco. Kerstin, si la policía se pone en contacto contigo, no trates de proteger a Börje. Ya es hora de que asuma sus responsabilidades.

Los alaridos de Elna los siguieron por la escalera. Kerstin estaba trastornada, titubeante. Georg la estrechó entre sus brazos y la ayudó a atravesar el patio.

—No te preocupes —murmuró—, acabará por calmarse. Realmente no piensa lo que dice.

—Me temo que sí.

Mientras caminaban hacia el parque del Pueblo, Georg trató de tranquilizarla, pero Kerstin apenas lo oía; se maldecía por haber imaginado —una vez al año no hace daño— que podrían pasar una velada agradable y despreocupada. Daba vueltas a las palabras de su madre y se carcomía de inquietud por su hermano.

Cuando llegaron al parque, la espesa bruma se levantaba lentamente, al tiempo que les llegaban el eco de la orquesta y el olor a salchicha y mostaza. Contemplaron los caballos dorados y esbeltos del tiovivo; desde los coches de choque les llegaban gritos de excitación. Dominando el parque del Pueblo, la gran noria se recortaba majestuosa contra el cielo negro. Pasaron por delante de una rueda de la fortuna donde se podían ganar bombones y de una caseta de tiro acaparada por chiquillos.

—Llegamos con retraso, vayamos directamente al pabellón Moriskan — propuso Georg.

Kerstin asintió, apretándole el brazo con mayor firmeza. Le encantaba aquel parque y su llamativa belleza, la embriaguez que engendraba. Aunque desde hacía mucho nadie podía ya ganar el menor bombón gracias a la rueda, y si bien el parque no tardaría en cerrar sus puertas en razón del toque de queda, seguía obrándose la magia. Había algunos patinadores en el pequeño lago helado. Sí, la gente necesitaba divertirse, pese a los peligros de la guerra. Kerstin constató que el parque no había cambiado en los últimos cinco años. Así pues, ¿tanto tiempo hacía que no ponía en él los pies?

Al ver las torres orientales del Moriskan, su mal humor se disipó un tanto. Intentaría acallar sus preocupaciones por espacio de algunas horas. De todos

modos, en aquel momento no podía hacer nada por Börje. Si la policía le hacía preguntas, encontraría algo que decir, y le constaba que trataría de protegerlo, lo mereciese o no. Al fin y al cabo, era su hermano.

El *hall* era ya un hervidero de gente y el ambiente resultaba electrizante. Acababan de abrir las puertas y los espectadores se precipitaban en la sala. Esta se hallaba casi llena, los mejores sitios ya estaban ocupados, pero Georg había detectado asientos libres en la quinta fila, hacia los que se dirigieron a largas zancadas. Un hombre de elevada estatura, cabello castaño y que vestía un uniforme extranjero se les adelantó, apropiándose de dos asientos.

Kerstin esbozó una sonrisa de disculpa al pasar por delante de él, que acababa de dejar el abrigo en la butaca contigua a la suya. Le resultaba curiosamente familiar, pero fue al ver acercarse a su compañera cuando los reconoció a ambos: eran Judit y su polaco.

Judit aún no había visto a Kerstin. Luchaba por abrirse paso, y la gente ya sentada tuvo que levantarse de nuevo. Pisó un pie y pidió disculpas en derredor. Pese a su torpeza, le sonrieron con benevolencia. Porque Judit estaba embarazada; bajo la ropa, su vientre sobresalía como un balón. Se le había redondeado el rostro, y su cabello pelirrojo parecía aún más largo y centelleante.

Por un breve instante, Kerstin dudó si eclipsarse. No había vuelto a ver a Judit desde que esta había abandonado la Colonial, poco antes del verano y justo después de su disputa. Pese a todo, la había invitado a su boda, pero Kerstin no había ido. Desde entonces, temía cruzársela..., y ahora allí estaba. No quedaban más asientos libres, estarían sentadas lado a lado.

Cuando Judit estuvo lo bastante cerca, Kerstin esbozó una sonrisa.

—¡Hola, cuánto tiempo sin verte!

Se preguntó qué habría podido contar Judit a Krystof sobre su amistad.

—En efecto, hace mucho tiempo. ¿Qué tal estás? —respondió su amiga en tono desapegado pero cortés.

—Bien, gracias. ¿Y tú? ¡Salta a la vista que bien! Enhorabuena —dijo sin convicción, sin saber adónde mirar.

La felicidad manifiesta de Judit y su vientre redondeado la herían un poco. Le recordaba todo lo que ella no tenía y que tal vez jamás tendría. Aunque Georg y ella iban por buen camino, en ocasiones perdía toda esperanza. Las zonas de sombra de su pasado mantenían entre ellos una distancia sutil pero palpable.

Con una discreta sonrisa en los labios, Judit se acarició el vientre, como suelen hacer todas las embarazadas.

—Sí, solo falta un mes. Y se agita como si tuviera prisa por salir —dijo mirando a Krystof.

—Es maravilloso. Enhorabuena —repitió Kerstin.

Georg se acercó a saludar. Cambiaron algunas frases corteses sobre la sala a colmo, el calor y el concierto. Los dos hombres empezaron a charlar, mientras que Kerstin y Judit se miraban de soslayo, huidizas e incómodas. Kerstin notó que el sueco de Krystof había mejorado mucho, ahora lo hablaba casi con fluidez, con un ligero acento.

Se apagaron las luces. Tomaron asiento, Judit y Kerstin una al lado de la otra. Judit ocupaba ampliamente su butaca con su corpulencia. Apoyó el brazo en el reposabrazos que separaba sus asientos. Kerstin se hizo muy pequeña.

No estuvo muy atenta a lo que ocurría en el escenario: los aires populares, los vales de Strauss y el homenaje a Glenn Miller, a quien pocas semanas atrás habían dado por desaparecido. Su avión se había estrellado en algún lugar del canal de La Mancha, no habían encontrado su cuerpo. Obras célebres se mezclaban con fragmentos no tan conocidos, los cantantes se

sucedían en escena. Georg le susurraba sus comentarios, a los que Kerstin asentía sonriente y con la cabeza en otra parte, emocionada a la vez que trastornada por la proximidad de Judit. La velada tomaba un giro inquietante. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por sonreír y aplaudir en los momentos adecuados.

En el entreacto, Krystof y Georg se dirigieron al bar para comprar algo de beber. Cuando volvieron, a Kerstin la sorprendió la fluidez de su conversación. Finalmente, Krystof no era tan obtuso y replegado en sí mismo como lo imaginaba. A Georg le interesaba su pasado en el ejército polaco. No tardaron en evocar la insurrección de Varsovia, dejando que Judit y Kerstin charlaran de sus cosas.

Esta última buscó algo que decir con el fin de mitigar la tensión reinante. Para ganar tiempo, fingió hurgar en su bolso. Debería haberse disculpado por no haber reanudado el contacto, pero la distancia con Judit parecía ya infranqueable. No daba con las palabras adecuadas ni conseguía fingir que se sentía feliz por ella.

En la sala hacía mucho calor. El vestido se le pegaba en las axilas. Dio unos sorbos a su limonada. En ese momento, Krystof y Georg hablaban del campo de concentración de Majdanek, liberado durante el verano. Cuando el primero, que conocía la región, se enteró de hasta qué punto el campo estaba cerca de Lublin, se quedó estupefacto. En su opinión, había otros campos de concentración peores que ese. Kerstin los escuchaba con creciente malestar.

—Me siento feliz por ti —dijo de repente Judit, en voz tan queda que solo Kerstin pudo oírla.

—¿Y por qué?

—Pues... me alegra verte con Georg. La última vez que hablamos te sentías tan desdichada...

—Gracias —respondió su amiga, aliviada—. Las cosas van mejor. Pero no ha sido fácil; de hecho, todavía estamos en ello.

—Vivir de nuevo juntos tuvo que ser complicado. Georg estuvo tanto tiempo ausente... Creo que no fui consciente de hasta qué punto todo esto suponía una dura prueba para ti.

Kerstin asintió y luego, haciendo acopio de valor, añadió:

—Judit, lo siento muchísimo. Todo..., no haber ido a tu boda...

La otra la interrumpió poniéndose el dedo sobre la boca.

—Chitón..., ya empiezan.

Esta vez logró concentrarse un poco mejor. Las palabras de Judit la habían tranquilizado. Tal vez la hubiera perdonado, después de todo. Su proximidad, sus brazos que se rozaban de vez en cuando, todo resultaba mucho menos embarazoso.

Al final, el escenario se llenó de cantantes disfrazados que entonaron pasajes de diversas obras. Kerstin se estremeció, e incluso se le llenaron los ojos de lágrimas, al escuchar un extracto de *Royal Fireworks*, de Haendel.

—Es precioso —comentó Georg con la mano apoyada en el muslo de su mujer.

Hubo dos bises. El director de orquesta deseó feliz año nuevo al público y las luces se encendieron. A los solistas les obsequiaron ramos de flores y acto seguido se abrieron las puertas, dejando entrar un soplo de aire fresco en la sala sobrecalentada. A su alrededor la gente se levantó, pero Kerstin siguió sentada, le costaba volver a la realidad, hasta que Georg se levantó y le tendió la mano.

—¿Vienes?

Fuera era noche cerrada y el frío se había acentuado. El tiiovivo estaba cerrado y el parque desierto, a excepción de los espectadores que iban

saliendo de la sala y desaparecían entre los árboles. Georg y Kerstin se demoraron un instante delante de la puerta para charlar con Judit y Krystof. Este rodeó con el brazo los hombros de su mujer y la atrajo hacia sí para besarla. Georg y Kerstin los miraron, convertidos de pronto en espectadores involuntarios de su idilio. Kerstin sabía que su marido compartía sus sentimientos: tristeza, amargura y frustración. Georg le cogió la mano y se la apretó; ella se sintió algo mejor. En un silencio embarazoso, esperaron a que Krystof y Judit pusieran fin a su abrazo.

Era un poco pronto para volver, pero el parque estaba cerrado y sería difícil encontrar un lugar abierto a aquellas horas, siendo Nochevieja. Además, Judit estaba extenuada. Con la cabeza apoyada en el hombro de Krystof, dio un largo bostezo.

—Lo siento, desde que estoy embarazada, me acuesto con las gallinas. A las nueve y media ya no me tengo en pie.

—Es normal, necesitas descanso —dijo Georg.

Kerstin constató la tímida deferencia con que su marido miraba a Judit; sin los menores celos, pero con una pizca de tristeza. Aunque no hubiera evocado el tema desde su regreso, deseaba ardientemente fundar una familia. La pequeña familia de muñecos estaba guardada en su caja. Tal vez había llegado el momento de sacarla, se dijo.

Georg y Krystof se estrecharon la mano, expresando el mutuo placer de haberse conocido.

—¿Seguimos en contacto? —sugirió el segundo.

Judit asintió a las palabras de su marido y, tras interrogar a Kerstin con la mirada, dijo:

—A mí me apetece. Busquemos un momento antes de que ya no esté en condiciones. Cuando nazca el niño, sin duda nos veremos desbordados. ¿Tú

qué dices, Kerstin? ¿La semana que viene, quizá? ¡Tenemos tanto tiempo que recuperar!

Kerstin le sonrió, consciente de que nunca podría decir toda la verdad a su amiga. No lo entendería.

—Con mucho gusto.

Georg anotó su número de teléfono en un trozo de papel, que tendió a Krystof.

—Bien —dijo Judit dirigiéndose a Kerstin—. Te llamaré.

Mientras Krystof y Judit se encaminaban hacia la salida de Barkgatan, ellos cruzaron el parque en dirección a Amiralsgatan.

La conversación con Krystof había dado que pensar a Georg. Se había enterado de cosas que uno no leía en los periódicos.

—Dado lo que Hitler hizo en Polonia, a Krystof le cuesta entender cómo pudimos permitir que los alemanes cruzasen libremente Suecia durante aquellos años con su armamento. Pone en entredicho nuestra neutralidad.

—Ya veo —dijo Kerstin pensativa.

Caminaban cogidos del brazo, la luna iluminaba la avenida nevada. No le apetecía romper el encanto de la noche evocando la guerra. Pensaba en Judit, en Börje, en su madre y en la Colonial, así como en su trabajo, sin el cual se sentía perdida... Finalmente en Viola, que pasaba el Año Nuevo en la cárcel. Tal vez en compañía de Eva.

El futuro de Georg y Kerstin era incierto, frágil, y eso la asustaba. Por su parte, su marido seguía hablando de la guerra.

—Se trata de una cuestión de perspectiva. Llevo años quejándome de lo que me ocurrió en Svartnäset y en las compañías. Pero mírame ahora. Gozo de buena salud, tengo una esposa, una casa, un trabajo. Mi vida no ha acabado, quizá justo acaba de empezar. Krystof dice que hay campos en

Polonia donde los prisioneros ya no tienen nada de humano y parecen esqueletos. Pretende que los alemanes han construido cámaras de gas...

Kerstin se soltó de su brazo y se tapó los oídos con las manos.

—Para. Te lo ruego, para.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? Ya hace tiempo que se habla de ello en los periódicos, aunque todavía no se haya confirmado nada.

—Es solo que... ya he recibido bastantes malas noticias por hoy.

Georg, en un primer momento sorprendido, dijo finalmente:

—Lo entiendo. Estás pensando en Börje.

Se miraron de hito en hito fugazmente. Kerstin se estremeció. Se encontraban en una zona muy oscura del parque. Los altos árboles, que pocos minutos antes contribuían a dotar de dulzura y magia al ambiente, ahora parecían cernerse amenazadores sobre ellos.

Kerstin se volvió. Dos sombras caminaban en su dirección. Amusgó los ojos. Una de ellas se le antojó familiar; un hombre de elevada estatura y ancho de hombros, que la interpeló:

—Vaya, vaya, así que volvemos a encontrarnos, señora Lindkvist...

Kerstin había percibido el peligro mucho antes de que se manifestase. Sin su abrigo del ejército, Hasse estaba irreconocible. Vestía una trenca verde oscuro con botones de cuerno y se tocaba con una boina de *tweed*. Iba acompañado de una bonita joven, a la que llevaba de la cintura; cabello castaño, abrigo rojo y botas de tacón alto.

Se quedó paralizada. Georg, sorprendido, miró de hito en hito a aquel hombre, que se acercaba a ellos con paso firme. La muchacha los miró a su vez.

—Harry, ¿quiénes son?

Tenía acento danés. Tal vez formaba parte de los judíos que habían conseguido cruzar el estrecho. Hasse sonrió.

—Una vieja conocida —dijo sin apartar la vista de Kerstin.

La joven parecía perdida. Como el silencio se eternizaba, tiró a Hasse de la manga.

—¿No nos presentas?

Kerstin agarró a Georg del brazo. Se preguntó si su marido se acordaba de Hasse y de su breve encuentro en su casa seis meses atrás. Al ver su expresión de perplejidad, llegó a la conclusión de que no.

—Otro día, tenemos prisa —respondió Kerstin con voz temblorosa.

Hasse la estudió largo rato, divertido.

—Veo que de nuevo te aventuras en el corazón de la noche. Deberías tener más cuidado, hay tantos tipos poco recomendables por ahí... Puede ocurrir cualquier cosa.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Georg.

Su mujer trató de tranquilizarlo.

—Todo va bien, está bromeando.

—Evidentemente —admitió Hasse, que al sonreír dejó al descubierto una dentadura centelleante—. Ah, por cierto, ¿tienes noticias de nuestra amiga común?

—No, ninguna.

«Ha llegado el momento de que Georg conozca la verdad», se dijo. Se incorporó para esforzarse por hacer frente a Hasse. El hombre elegante que tenía ante sí, capaz de una violencia que la muchacha que llevaba al lado sin duda no sospechaba, podía en aquel instante disponer a su antojo de su futuro. La sonrisa de Hasse se borró lentamente.

—Al parecer ha conocido en Växjö al amor de su vida.

—Lo sé.

—¿De quién habláis? —quiso saber Georg—. ¿Por qué Växjö?

—Hablamos de alguien a quien usted no conoce, señor Lindkvist. Alguien a quien su mujer y yo conocimos en el pasado.

—Tengo frío, Harry, vámonos —intervino la joven.

Hasse le dio unos golpecitos en la mano y le prometió que no tenían para mucho.

—He encontrado trabajo en otra parte, sin duda no nos volveremos a ver —dijo en tono cómplice.

—En Inglaterra. Y yo me voy con él... —añadió la danesa, al parecer muy segura de sí misma.

—Por supuesto —la tranquilizó él.

Kerstin sintió que le flaqueaban las piernas.

—Kerstin, ¿no te encuentras bien? —le preguntó Georg, preocupado.

Ella se irguió, esforzándose por sonreír.

—Entonces, os deseo a los dos muy buen viaje —dijo.

—Estoy un poco harto de Suecia —dijo Hasse, estrechando con más fuerza a su compañera—. Uno no se siente realmente bienvenido aquí, no sé si me entiende.

—Lo entiendo —dijo Kerstin.

La danesa miró a Hasse con cariño.

—¡Hace solo tres meses que nos conocemos y ya estamos prometidos! —exclamó.

A Kerstin no se le ocurrió nada que decir, y fue incapaz de devolverle la sonrisa. Georg le tiró del brazo, impaciente por volver y por poner fin a aquella conversación que no le concernía en absoluto.

—Kerstin, el parque no tardará en cerrar. Hemos de irnos.

Hasse sonrió de nuevo.

—Desde luego. Es solo que hacía tanto tiempo que no veía a la señora

Lindkvist... —dijo llevándose la mano a la boina en un gesto de despedida—. ¡Les deseo un buen final de velada y un feliz año nuevo!

—¡Hasta la vista! —dijo la joven.

Georg y Kerstin se quedaron allí plantados un instante, viendo alejarse a Hasse y su compañera.

—¿Quién era?

Kerstin soltó un suspiro de alivio.

—Un amigo de Viola.

En un primer momento, Georg pareció desconcertado. Luego se le iluminó el rostro.

—¡Ah, ya lo tengo! Es el que nos visitó la primavera pasada. Ya me parecía haberlo visto en alguna parte. Es curioso que siga en Malmö, ¿no? ¿No me habías dicho que lo buscaba la policía?

Su mujer no respondió. Tenía lágrimas en los ojos.

—Ahora lo recuerdo todo —prosiguió Georg—. Se largó apenas llegar yo. Estás hablando de Viola, esa amiga tuya que está en la cárcel, ¿no?

—Yo la amaba.

Aquellas palabras le habían salido espontáneamente.

—¿Cómo?

Kerstin meneó la cabeza. Esperó un poco antes de continuar.

—Hasse, el hombre con el que acabamos de cruzarnos, la amaba. Pero Viola conoció a otra persona. Tal vez por eso se marcha del país.

Su marido no parecía convencido.

—¿Cómo va a conocer a alguien en una cárcel de mujeres?

—No tengo ni idea —dijo ella cogiéndolo del brazo—. Hace frío, volvamos.

—Curioso tipo, el tal Hasse. Y su compañera, ¿qué edad debe de tener, diecisiete?

Kerstin no respondió enseguida. Había estado a punto de traicionarse y no daba crédito. Georg no se había dado cuenta de nada; sin la menor duda, pensaría que se le había trabado la lengua.

Se había librado por los pelos. Ahora bien, dada la reacción de Georg, tuvo claro que nunca podría decirle la verdad.

—Eso no nos concierne. Cada cual encuentra la felicidad como puede.

La luna ascendía en el cielo. Caminaban despacio a través de las calles desiertas, bordeadas de montones de nieve de al menos un metro de alto. Según el parte meteorológico, el invierno sería terrible, y Kerstin se preguntaba cómo podría aguantar. Desde hacía unas semanas, todas las noches el agua del grifo se helaba. Las calles estaban resbaladizas, debía aferrarse con firmeza al brazo de Georg.

Su marido parecía haber olvidado ya a Hasse. Le habló de su entrevista, justo antes de Navidad, con Axel y Anders Wahl. Este vivía en un pisito de soltero en Helsingborg. Las únicas huellas visibles de su pasado militar eran la manera de tender la cama y la hilera de zapatos embetunados con esmero en el recibidor. Su decisión de dimitir de su puesto de oficial en Svartnäset había sido el principio de un largo calvario. Ciertamente, se había librado de las compañías, pero también a él le había costado mucho encontrar otro trabajo. Además, su matrimonio se había ido al garete. Desde hacía algunos años, vivía a salto de mata como periodista.

—Confío en que el año cuarenta y cinco le sea más propicio.

—No des nada por seguro —sentenció Kerstin—. El futuro es una página en blanco.

—Supongo que así es —admitió Georg, burlándose con cariño de su tono un tanto solemne.

Habían llegado a Henrik Smithsgatan. En el recibidor, se sacudieron los

pies para desprender la nieve que se les había acumulado en los zapatos. La bombilla se había fundido, Georg soltó una maldición mientras luchaba con las llaves. Kerstin aún seguía trastornada, pero no pudo por menos que sonreír, apoyada en la pared, mientras esperaba a que la puerta se abriese.

Menuda velada, se dijo. Todo lo que temía había ocurrido. Se había cruzado a la vez con Judit y con Hasse, y había sobrevivido a ambos encuentros. Incluso había confesado amar a Viola, aunque Georg no hubiera oído más que lo que estaba dispuesto a oír.

Tal vez Judit y ella podrían ser amigas de nuevo. Estaba impaciente por que así fuera. En cuanto a Hasse, era poco probable que hiciera de nuevo su aparición. Al decirle que se marchaba a Inglaterra, sin duda había querido darle a entender que ya no tenía nada que temer por su parte.

Oyó el tintineo de las llaves en la oscuridad. No pensaba presionar a Georg, lo dejaría hacer, y él saldría adelante.

Habían vuelto a casa.

Y ni uno ni otra sabían qué les depararía el mañana.

Nota de la autora

En un hotel de Malmö es una novela libremente inspirada en hechos reales. Todos los personajes son ficticios. Igualmente en lo que respecta al campamento de Svartnäset y el Hotel Angleterre, que no tiene nada que ver con el famoso Hôtel d'Angleterre de Copenhague. El periódico *Facklan* jamás existió.

Según el escritor Malcolm Bradbury, la historia es «el conjunto de las mentiras que los contemporáneos se cuentan para comprender el pasado». Me he tomado algunas libertades con tales mentiras. Las compañías de trabajo existieron realmente, pero nadie pasó en ellas tanto tiempo como Georg Lindkvist. Durante la Segunda Guerra Mundial, los espías eran numerosos en Suecia, sobre todo en Estocolmo, pero, que yo sepa, nadie descifró ni envió el contenido de telegramas alemanes a Inglaterra, como hace Viola Ahrle. ¿Daban vueltas realmente los tiouvivos en la Nochevieja del año 1944? Seguro que no.

Me he permitido esas licencias, así como muchas otras, en nombre de la libertad artística.

Con todo, he intentado describir el contexto histórico con el mayor rigor posible. Los eventuales errores son únicamente responsabilidad mía.

La lucha por la supervivencia, el amor y la traición impregnan las páginas de esta intensa y cautivadora novela ambientada en la Suecia de 1940 que ya es considerada en Escandinavia como el *Casablanca* sueco



En Suecia, durante el duro invierno de 1940, Georg es reclutado para defender la frontera con Finlandia contra el avance del Ejército Rojo. Mal equipados, desnutridos y expuestos a temperaturas extremas, los soldados están a merced de oficiales sádicos e incompetentes. Tras un motín, Georg y otros soldados rebeldes son enviados a un campo de trabajo.

Mientras tanto, Kerstin, la esposa de Georg, sobrevive como puede en Malmö, atrapada entre una madre distante y un hermano dedicado al mercado negro. Ya no espera el regreso de su esposo, que ha estado tres años ausente, cuando conoce a Viola, una mujer rica, atractiva y culta de la que se enamora, y con la que vive una apasionada relación prohibida.

En la Navidad de 1943, Georg regresa, traumatizado por las experiencias vividas. Su inesperado retorno obligará a Kerstin a encarar una difícil decisión.

«Una novela completamente adictiva.»

Aftonbladet

Marie Bennett, nacida en Malmö, Suecia, en 1969, estudió Historia del Arte en la Universidad de Lund y más tarde Periodismo en la City University de Londres. Vivió en Francia, California y España antes de instalarse en Londres. *En un hotel de Malmö* es su primera novela, un best seller en Escandinavia.

Título original: *Hotel Angleterre*

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2015, Marie Bennett

Por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Rosa Alapont, por la traducción

Diseño de portada: © Sara R. Acedo

Fotografía de portada: © O-Young Kwon / www.aboutideas.net

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6666-285-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

Todas las notas son de los traductores del sueco al francés, Maja Thrane y Thibaud Defever.

[1] «El Trabajo», periódico de izquierdas de Malmö.

[2] Pastel tradicional de Escania.

[3] Salchichón curado y salado.

[4] Pastel hecho con masa de hojaldre, crema de vainilla y azúcar.

[5] *En svensk tiger*, imagen difundida por el Estado sueco a partir de 1941, recomendando a los ciudadanos que dieran prueba de decisión y guardaran silencio a fin de no menoscabar la neutralidad sueca.

[6] *Landstormspojkarna*: reserva del ejército territorial sueco, compuesta de chicos y chicas demasiado jóvenes para ser movilizados o de hombres de edad avanzada.

[7] Extraído del poema «Friheten leve» (Viva la libertad) del dirigente nacionalsocialista sueco Sven Olov Lindholm.

[8] *Facklan*, «la antorcha», *Flamman*, «la llama», *Eldsvådan*, «el incendio».

[9] Sveriges Kommunistiska Parti, el Partido Comunista Sueco.

[10] «Någonstans i Sverige», canción popular en Suecia durante la Segunda Guerra Mundial.

[11] Pan de centeno compacto, con azúcar moreno de caña.

Índice

En un hotel de Malmö

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Tercera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Nota de la autora

Sobre este libro

Sobre Marie Bennett

Créditos

Notas